BIBLIOTECA HOSPI
GRANADA
Sala B
Estante 18
Número 207

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala 13
Estante 62
Tabla
Número 22

2
Ernesto Paliano
39-14

LA SEÑORITA DEL QUINTO PISO.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE
GRANADA



ÍNDICE.

LOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

		Págs.
...ULO I.	Una casa de la calle del arrabal Mont-Martre. . .	5
...P. II.	La vecina que tiene fuego.	14
CAP. III.	El tarro de crema y las avellanas.	23
CAP. IV.	La señorita Felicia.	33
CAP. V.	El maestro y el discípulo.	43
CAP. VI.	La botella.—Dos al saco.	59
CAP. VII.	Los regalos.	68
CAP. VIII.	Las murmuraciones.	86
CAP. IX.	Las tres narices.	95
CAP. X.	El Doctor Urtuby.	110
CAP. XI.	Nuevo modo de curar los enfermos.	121
CAP. XII.	Todavía en la escalera.	128
CAP. XIII.	Encuentro inesperado.	137
CAP. XIV.	Cambio de habitacion.	151
CAP. XV.	Una escena de los Funámbulos.	165
CAP. XVI.	Un opíparo desayuno.	179
CAP. XVII.	Collinet sin domicilio.	191
CAP. XVIII.	Dos amores.	209
CAP. XIX.	Collinet desesperado.	217
CAP. XX.	El señor Bodinet.	229
CAP. XXI.	Una ciudad aérea.	241
CAP. XXII.	Cómo se abriga á un niño.	256
CAP. XXIII.	Un acontecimiento muy comun.	272
CAP. XXIV.	Otra vez las criadas.	281
CAP. XXV.	Un sugeto poco delicado.	288
CAP. XXVI.	Pesca de nuevo género.	301
CAP. XXVII.	El juego de rompe-cabezas chino.	317
CAP. XXVIII.	¡¡Una grosella!!	330
CAP. XXIX.	Las apariencias.	344
CAP. XXX.	Una alarma.	354

CA
CAP. XXXIII. Un caballe
CAP. XXXIV. En el pasage
CAP. XXXV. Una aria de Arm
CAP. XXXVI. Mr. Dufortier de C
CAP. XXXVII. Quinientos francos. .
CAP. XXXVIII. Una ratería. . . . .
CAP. XXXIX. El señor de los tres nombres.
CAP. XL. Escena de noche. . . . . .
CAP. XLI. Todos asustados. . . . . .
CAP. XLII. Un bofeton y sus consecuencias. . . . .
CAP. XLIII. Una equivocacion. . . . . .
CAP. XLIV. Historia de Felicia. . . . . .
CAP. XLV. Una mudanza económica. 5
CAP. XLVI. Junto al foso.. 545

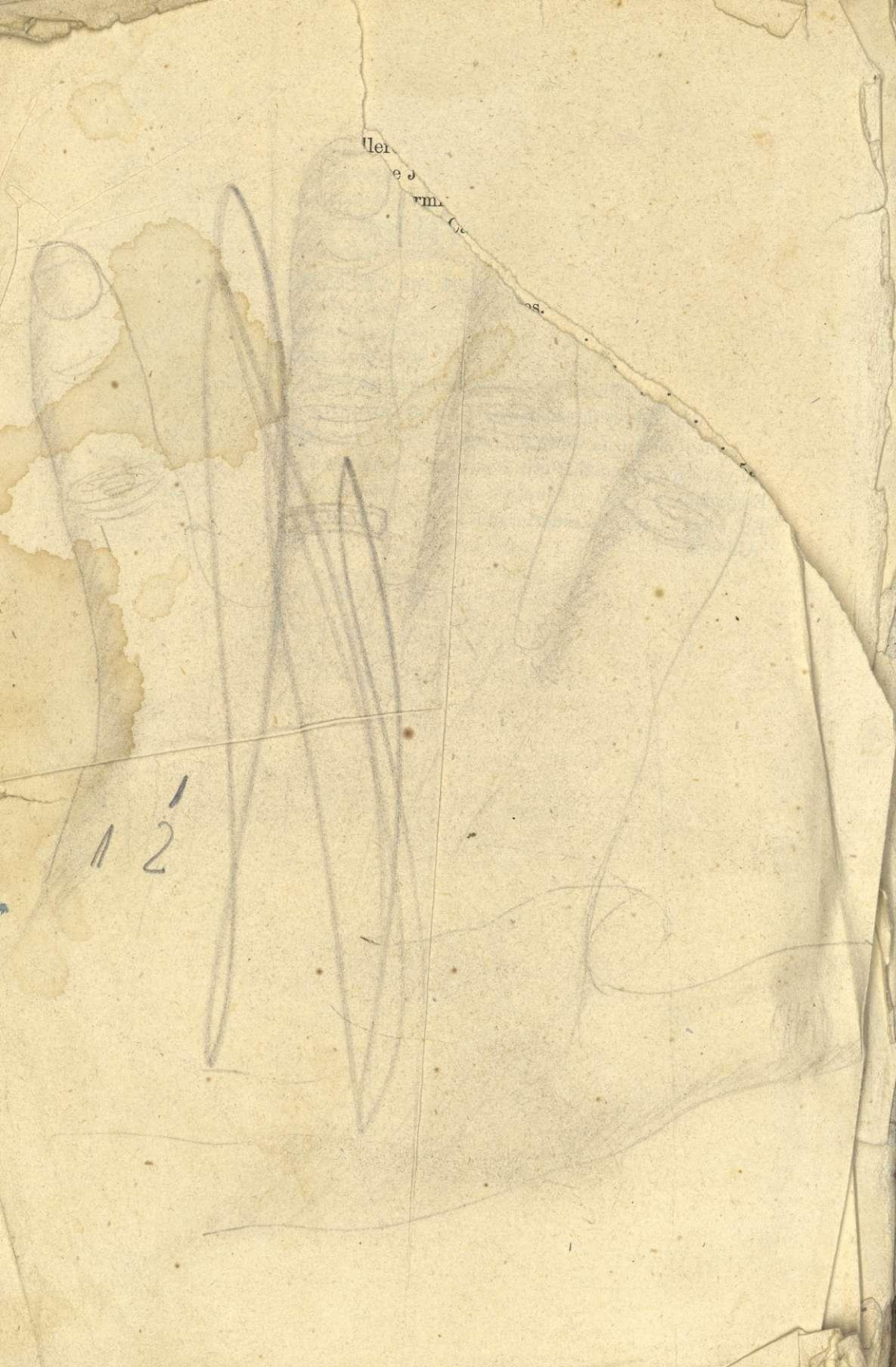
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

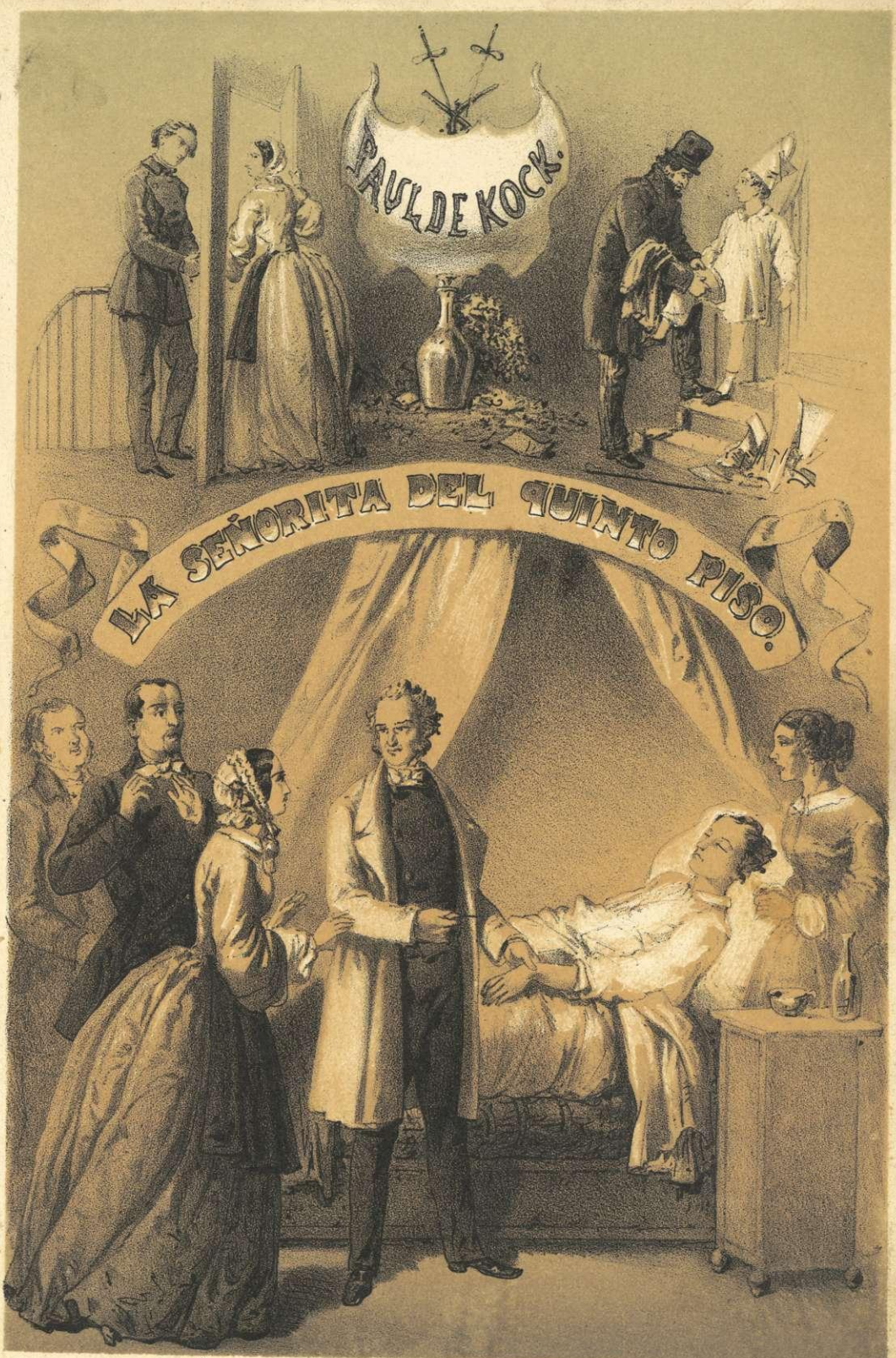


...TILLA

...ACION DE LAS LÁMINAS.

	Págs
. . . . .	
... Felicia.	34
...plé que le destinaban, etc.	83
...Dios mio! está dormido, etc.	186
...e vas á dar chocolate? etc.	253
Escóndame V., yo se lo suplico, etc.	357
Eh, señores! no está muerto! etc.	520
¡Ahí está!	561





J. Urrabieta dib.º y lit.º D. JESUS GRACIÁ EDITOR. Lit. de S. Gonzalez, Sta Clara 8. Madrid

11-331

JESUS GRACIÁ, EDITOR.

OBRAS DE PAUL DE KOCK.

R. 14002

LA SEÑORITA

DEL

QUINTO PISO.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

D. TELESFORO CORADA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

MADRID:
D. SALVADOR MONSERRAT,
ATOCHA 72.

HABANA:
D. JUAN ANTONIO GRACIÁ,
AGUIAR 55.

CADIZ:
LA PUBLICIDAD,
ENRIQUE DE LAS MARINAS 19.

1862.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Á CARGO DE D. FEDERICO JOLY Y VELASCO, CALLE DE LA BOMBA, NÚM. 1.

LA SEÑORITA DEL QUINTO PISO.

I.

UNA CASA EN LA CALLE DEL ARRABAL MONTMARTRE.

Era una casa muy grande, de bastante buena apariencia, con dos tiendas, una á cada lado de la puerta principal: á la izquierda un repostero que vendia aves crudas ó cocidas, pero siempre selectas y por consiguiente caras; á la derecha un pastelero que tenia además mesa y comidas, por lo cual se podia decir que era un pastelero-fondista. Esto no es estraño en París, donde la ganancia la constituye el número de profesiones que se reunen; así se vé que el panadero hace tortitas, la frutera vende chocolate, el especiero comercia en papel, el licorista despacha vino, y el carnicero suministra caldo al pormenor.

Esta casa tenia su puerta principal, en seguida un patio oblongo, despues otro cuerpo de edificio interior y otro patio mas pequeño que el primero, donde se habia querido hacer un huertecito y plantar una parra al rededor de las paredes para darle un aspecto campestre, pero sin éxito. En París es muy difícil arreglar un jardin, porque no hay aire suficiente, y el material ha reemplazado en todas partes á la verdura, lo cual podrá ser mucho mejor por lo que

hace á las ganancias que produzca, pero es infinitamente menos agradable á la vista, y menos higiénico. Comprendo que me direis: «Para ver árboles y yerba, se va uno al campo y no vive en París.» Es exacto; pero á mi vez podria yo responderos que en muchas grandes ciudades se arbolan las plazas; que en Lóndres, por ejemplo, cada *square* tiene su glorieta de árboles, y no por eso perjudica al buen aspecto de la plaza. Me direis aun que París tiene sus boulevards, paseos magníficos, sin iguales en el universo, y que todos están plantados de árboles que por desgracia no crecen. Y todavía acaso podria yo contestar algo, pero esto nos enredaria de palabras y me apartaria de mi pensamiento, haciendo de nuestra conversacion un volúmen inútil esto es lo que se llama *llenar cuartillas*, y ni es esta mi costumbre, ni quiero tomarla. Volvamos á la casa.

Decia que nada habia nacido en el segundo patio y me equivoqué. En un espacio de quince pies cuadrados, arreglado en un rincon de la izquierda y cercado por un enrejado de madera, habian logrado que se sostuviera en pié un pino de modestísima altura: sostenerse en pié es la palabra que convenia á este desgraciado árbol, que parecia mas bien enclavado entre un monton de piedras que plantado en la tierra; pero como por naturaleza los pinos están siempre verdes aun cuando no tengan vida, se podia creer que este se habia arraigado: algunas enredaderas que, á fuerza de trabajos, se habian hecho rodear las dos ventanas del piso bajo, acababan de dar á este patinillo el falso aspecto de un jardin. El espacio comprendido dentro del enrejado, formaba parte de la habitacion baja en que habia una escuela de niños; y en este trozo de césped verde, llamado pomposamente *jardin* por el maestro, tenian permiso para pasearse los alumnos durante las horas de recreo, con formal prohibicion de estropear nada, ni tocar á ningun sitio; prohibicion que parecia un sarcasmo. Mas como los alumnos escasamente pasaban de siete años, no se permitian ninguna reflexion sobre esto.

Vengamos ahora al cuerpo que cae á la calle. Junto á la escalera se hallaba el cuarto del conserje (en París no hay porteros, sino conserjes). Este conserje era una muger, lo cual hacia que los inquilinos cometieran una falta de idioma, diciendo: *la conserje*. Pero hoy es moda decir mal muchas cosas.

La conserje.. (ya que está permitido hablar así,) es una buena muger sesentona, que no tiene urraca ni cotorra lo cual habla en su favor, y no murmura de los inquilinos; cuya única preocupacion es saber por la mañana lo que comerá, y por la noche lo que ha de cenar. Esta aficion á comer, la hace olvidar á menudo que han venido á buscar á algun inquilino, y la razon que para él han dejado; pero no se puede pensar en todo, y cuando una conserje estudia la salsa que estará mejor á un trozo de carnero, no tiene nada de estraño que se olvide de cartas y comisiones.

Esta conserje se llama señora Ador. Tiene una sobrina muy pizpireta, que deberia guardar la portería cuando su tia se ausenta; pero á la niña la gusta mas corretear la calle; la tia tiene que salir á menudo para comprar que comer, y entre tanto la portería se guarda á sí misma.

El primer piso de la casa le ocupa completamente un fabricante de plaqué, con sus talleres y despachos. Como este industrial no fabrica mas que objetos elegantes y notables, no se trata mas que con altos personages, por lo cual sus almacenes son suntuosos, y su muger se dá el tono de una gran señora.

En el segundo piso hay dos partidos; uno está habitado por un médico. Es un hombre de cuarenta y cinco años, de buena reputacion y gran clientela, cuyas visitas no se obtienen con facilidad porque es muy buscado. Pero es un doctor alegre, que le gustan las reuniones, la buena mesa, el juego, y que tiene sobre todo una pasion estremada por la música. A los treinta años se le antojó aprender á tocar el violin; compró uno, fabricado por Amaty, tomó maestro, y se llevaba estudiando tres y cuatro horas diarias, tiempo que

robaba á sus enfermos, y que tal vez á alguno le salvaria de morir á sus manos. En fin, el doctor llega á tocar bastante mal su parte en un cuarteto de Pleyel, pero sigue estudiando á pesar de la desesperacion de sus vecinos, y este hombre que ha hecho magníficas curaciones, y cuya reputacion es mas justa en medicina que en música, no siente orgullo cuando ha salvado un moribundo, y se hincha de vanidad cuando le dicen: «Os he oido tocar el violin!... famosa mano de arco!... qué lindo *pizzicato!*» Fácil es comprender que esto solo se lo dicen sus cofrades.

El otro partido, que cuesta dos mil francos, pertenece desde hace muy poco tiempo á una célebre bailarina de la Ópera, muy hermosa, que tiene mucho talento, muchos adoradores, gasta mucho dinero y contrae muchas deudas.

Cuando vino á habitar esta casa, deslumbró por la magnificencia de su mobiliario. Nunca se habia visto allí nada tan elegante, tan fastuoso. La señora Ador y su sobrina se habian quedado estáticas admirando, la jóven un tocador ricamente tallado y dorado, y la conserje las cacerolas de plata forradas de porcelana.

Mas al poner una moneda de veinte francos en la mano de la señora Ador, que al recibirla hizo una grotesca reverencia, la señorita Cipriana la habia dicho:

—Señora conserje, os prevengo que si preguntan por la señorita Cipriana... ó si traen cartas y ramilletes con ese nombre, son para mí.

—Está muy bien. La señora es bastante conocida por su talento. Tengo el honor de haber oido hablar de ella, y mi sobrina que va algunas veces á la *Grande-Ópera*, ha tenido la satisfaccion de ver trabajar á la señora en una ópera en que no se hablaba

—Bien, bien, pero escuchad. No he visto al propietario: vive en esta casa?

—No señora: vive en la calle Mouffetard, en otra casa suya.

—Pero es que yo no tengo tiempo para ir hasta la ca-

lle Mouffetard. Es buen sugeto? Es amable?

—Es un señor muy gordo, que tiene una peluca rubia y un perro de Terranova... que ha sido comerciante de azúcar... no el perro, sino él... el Sr. Borrego.

—Pues bien, querida conserje, hacedme el gusto de decir al Sr. Borrego... Borrego!... vaya un nombre picaresco!... con un apellido como ese es imposible que sea malo!... Y continúo: direis á ese escelente Borrego que estienda mis recibos con el nombre de Mad. Patinosky... entendeis?

—Cómo! pues cuántos nombres tiene la señora?

—No me comprendeis. Mad. Patinosky es una amiga íntima que vive conmigo cuando no está en el campo, porque tiene una quinta magnífica... y si se dijera un castillo, no se exageraria.... pues bien, cuando mi querida Patinosky no habita su *villa*... y si se dijera palacio no se exajeraria, porque es un lindísimo palacio, todo de mármol y pórfido... y como digo, cuando no está en su palacio, cuando deja aquel paraiso es para venir á mi casa, en lo cual me dá un singular placer, y quiero por.... por razones de familia, que mi vivienda lleve el nombre de mi amiga. Por lo demás, esto se vé y se hace en París todos los dias, y me parece que no debe estrañaros.... digo.... creo que debe seros igual, toda vez que hay un mobiliario que responde ámpliamente de los alquileres.... me parece que el propietario no tiene por qué temer.

—Oh! seguramente. La señora tiene un mueblaje de princesa!... Es magnífico!

—Es que á mí me gustan las cosas buenas. Con que estamos convenidas; no es cierto?

—Es que la última vez que vino el Sr. Borrego, le dije que el partido del segundo piso estaba alquilado, y que íbamos á tener el honor de que fuera nuestra inquilina una gran artista de la Ópera.... la señorita Cipriana.

—Pues ahora le decís que está á nombre de otra persona, y en paz. Con que entendeis? Mad. Patinosky... Adios,

querida conserje; ya cuidaré de vos.

Y la bella Cipriana se separó de la señora Ador que al cabo de una hora, ocupada de un plato de ensalada de berza que queria aliñar, olvidó completamente el encargo de la bailarina.

Subamos al otro piso: en el tercero, los partidos son mas pequeños porque hay tres. Uno está ocupado por un empleado en el tesoro y su esposa, pareja muy tranquila y arreglada, que no tenian ni perro ni gato, ni daban ruido alguno: el marido salia todos los dias á las nueve para su oficina y volvia á las cinco y cuarto; la muger salia á medio dia para ir... á paseo, y volvia una hora antes que su marido, pues como no tenia criada, ni guisaba ella, subian la comida de casa del pastelero.

El partido del lado le habitaban dos señoras, madre é hija. La madre es viuda de su tercer marido; se casaria nuevamente de buena gana si encontrara el cuarto, pero como ya raya en los sesenta, es probable que no le encuentre. La hija no es viuda mas que del primero, aunque parece dispuesta á seguir el ejemplo de su madre. Hay en efecto familias en que los maridos no hacen mas que aparecer y desaparecer, como los fuegos fátuos.

Al otro lado vive un señor anciano con su criada; es un aleman, Mr. Beugle, antiguo negociante retirado del comercio con una gran fortuna, y sin saber en qué emplearla, no porque sea demasiado económico, no porque sea avaro, sino que despues de haber trabajado constantemente y no sabiendo en qué gastar su dinero, el gordo aleman pasa su tiempo en pasear por el boulevard Montmartre, fumando, cruzando siempre el mismo espacio, deteniéndose á ratos para ver á los paseantes, y repitiendo continuamente á los amigos que le saludan:

—Yo mi fastitia!.. yo mi fastitia mucho... yo no tenga nada que hacer.... esto es.... tonto!

Y hétenos ya en el cuarto piso. En este no hay mas que habitaciones para hombres solos, de suerte que encontramos lo siguiente.

A la izquierda vive Gaston Durandal; es un jóven de veintitres años, bien parecido, de estatura mediana, cabellos castaños, fisonomía dulce y un poco tímida, pero que se endurece cuando se enfada y hombrea. Sus grandes ojos azules no se atreven á fijar por mucho tiempo en uña muger, aun cuando ama á todas, bien sea porque se siente demasiado inclinado al amor, ó porque la vista de un rostro bonito le turba y conmueve hasta el punto de quitarle todas las facultades, y á pesar de esto siempre está alegre, amable, espiritual, y dispuesto á reirse y divertirse.

Gaston hace diez y ocho meses que está en París. Salió de Orleans, su patria, despues de la muerte de sus padres, y vino á París á buscar lo que se busca siempre: gloria y fortuna; porque ya era un poco poeta, y contaba con su pluma y el teatro para hacerse célebre. Pero entretanto que encontraba la gloria que no se prostituye al primer advenedizo, y la fortuna que se prostituye algunas veces aunque se gana con dificultad, habia encontrado el placer que á los veintitres años es lo que se halla en París mas fácilmente.

Junto á Gaston vive Alejandro Grandmoulin. Este tiene veintitres años; no es muy feo ni bonito, pero es alto y bien formado. Léjos de tener el aire tímido de su vecino Gaston, Alejandro lleva la cabeza alta, tiene la mirada atrevida, y sus ojos negros que, á fin de hacerlos parecer mayores los abre cuanto puede, se fijan sobre las mugeres bonitas de suerte que algunas veces las hace ruborizar. Este jóven está persuadido de que es preciso tener el aire atrevido para hacer conquistas, y sin embargo no es ni fátuo, ni pretensioso; asi es, que aparte de algunos defectos hijos de una mala educacion, Alejandro Grandmoulin era un buen muchacho, dispuesto á hacer un favor cuando quiera que fuera preciso.

Alejandro es corredor de mercancías, pero descuida algo los negocios por las diversiones; es perezoso por gusto, burlon por inclinacion, y encuentra una suprema delicia en

dormir; le agrada vestir bien y de moda, pero no ha podido nunca reunir dinero para comprar un reloj. En cambio, como su ventana está al Mediodía ha pintado un meridiano al lado, y en él consulta la hora cuando le es preciso.

A la habitacion de Alejandro sigue la de Alcibiades Collinet. Este es un rubito colorado, pequeño, delgadito, que tiene algo del zorro en su mirada y del mono en su sonrisa, taimado, melífluo en palabras y en acciones. Tiene casi la misma edad que Alejandro, mas aunque le gusta divertirse no descuida el trabajo; es pasante de escribano, y todo su afan es tener una escribanía de su propiedad.

Collinet es el reverso de la medalla de Alejandro; estremadamente tacaño, tiene reloj, y no se sabe cuánto tiempo hace que lleva el mismo paletot; por su gusto no le dejaria nunca, pero el paletot le deja á él.

La cuarta habitacion está ocupada por una muger que no teme la vecindad de tres muchachos solteros, que dice llamarse señora Montenlair, y afirma que tiene treinta y cinco años, aunque se la conoce que pasa de cuarenta. Es una actriz antigua, retirada del teatro á consecuencia de las intrigas de sus compañeras por sus brillantes triunfos escénicos.

La señora Montenlair es una morena que ha debido ser preciosa, pero que ha abusado del tabaco de polvo y de la ratafia de guindas. Hay todavía mucho garbo en su cuerpo y en su modo de vestir, y en estremo amable para sus vecinos, no cesa de repetir que cuanto ella posee es de todo el mundo.

Escusado es decir que los tres jóvenes que vivian en el mismo piso no han tardado en hacerse amigos. La juventud simpatiza prónto, es confiada y abusa terriblemente de la palabra amistad; los años y la esperiencia se encargan de desengañarla. En cuanto á la señora Montenlair tambien era muy comunicativa con ellos, hacia vida de hombre solo, y si ellos lo hubieran deseado, los tutearia para alejar todo cumplimiento.

Llegamos al quinto piso. Este le forman largos corredores, donde están las habitaciones de las criadas, porque Amanda, la sobrina de la portera, duerme en la portería con su tia. Fuera de los cuartos de las críadas, no hay mas que una habitacion pequeña, que se compone de una salita y una alcoba, y que ha sido alquilada amueblada por la conserje á una jóven que se la presentó con muy buenas recomendaciones. Esta jóven se llama Felicia; tiene los cabellos negros como el ébano, los ojos pardos, vivos y bailarines, la nariz un poquito remangada, y la boca, aunque un poquito grande, tiene una espresion muy amable, y deja ver al sonreirse una fila de dientes de una blancura deslumbradora. La señorita Felicia no es ni alta ni baja, pero tiene una figura lindísima, un talle muy esbelto, una preciosa pantorrilla, y un pié diminuto y ligeramente arqueado. En fin, se puede decir que Felicia era hermosa, aunque parecia que no lo sabia; no se hacia la coqueta, no afectaba para lucir ese aire altanero, ni miraba al suelo para hacerse notable. Todo en ella es franco, sencillo y natural: no hay en sus modales nada inconveniente ni imitado, y sabe entrar y salir en un salon como una persona de alta sociedad. No hemos dicho lo que hacia, pero la lectura de esta historia nos lo mostrará; entretanto acabaremos la visita de la casa.

Conoceis ya el cuerpo principal del edificio. El segundo, situado entre los dos patios y mucho mas pequeño, no era tampoco tan elegante; la escalera era estrecha y mala, y las habitaciones estaban ocupadas en general por matrimonios proletarios, ó empleados con mucha familia. En fin, el pabellon que terminaba el fondo de la casa, y estaba al fin del segundo patio, solo tenia el piso bajo y el principal, y entre los dos tres habitaciones. El primer piso le ocupaba entero una lavandera y planchadora de fino: y el bajo estaba habitado en un lado por un sastre remendon, y en otro por el Sr. Loupard, hombre de cincuenta años, largo como una lanza, delgado como una escoba, que se

decia bachiller en letras, y tenia la escuela de niños, delante de la cual estaba el cuadro cerrado con el enrejado de madera, que contenia el pino y las capuchinas.

Ya sabeis, pues, cómo estaba habitada la casa que acabo de describir. Podria tambien deciros el número.... pero creo mas prudente no hacerlo: algo tengo que reservar para mí.

II.

LA VECINA QUE TIENE FUEGO.

Estamos en el año mil ochocientos cincuenta y cinco, á fin de octubre; son las nueve de la noche, y hace frio. Alejandro Grandmoulin abre su puerta, sale al pasadizo descompuesto, sin corbata, con los tirantes caidos, el chaleco desabrochado, en fin, como el que acaba de levantarse de dormir y no ha reparado todavía en el desórden de su trage, estiende los brazos, dá un magnífico bostezo, se estira, y empieza á llamar con voz estentórea:

—Eh!... muchachos....! vecinos!... no teneis fuego? estoy helado. Vaya un otoño que se parece á un invierno!... Eh!... Nadie responde?... No hay nadie en todo el piso?... Diablo!... Estarán todos de boda?

Una de las otras puertas se abre: es la de la señora Montenlair, que asoma la cabeza y luego un brazo, en cuya mano tiene una palmatoria con luz, porque la casa no estaba alumbrada mas que hasta el segundo piso; los demás inquilinos tenian el derecho de romperse las narices al subir á sus habitaciones.

—Qué hay?... qué es eso? dice la vecina registrando el corredor con la vista. Ah! creo que es el Sr. Alejandro. Se os ofrece alguna cosa, Sr. Alejandro?

—Dispensadme, vecina, porque no me hubiera permitido nunca vocearos como acabo de hacerlo; me dirigia á mis dos amigos, pero me parece que no están en casa. Sabeis qué hora es? Hoy el sol no ha tenido por conveniente enseñarnos la cara, de suerte que mi meridiano no tiene hora.

—Acaban de dar las nueve.

—Las nueve!... imposible!... entonces ya es hora de comer.

—Pues qué, no habeis comido todavía, Sr. Alejandro?

—No señora, porque al volver de la Bolsa á las cinco, me sentia cansado, me acosté y me quedé dormido, y si no fuera porque he sentido frio, creo que todavía estaria durmiendo. Ya sabeis que dice un refran «El sueño quita hambre...» y por esa razon.... Tendríais por casualidad fuego?

—Yo lo tengo siempre. En mi casa no se apaga.

—Diablo!... sois entonces una vestal.

—Pasad, si quereis calentaros, calavera! Y si no fuera porque ya he comido, os ofreceria partir y hacer penitencia; pero ya lo he hecho, y no ha quedado nada.... Era un cuarto de pato, y todo lo he devorado.

—Sois en estremo amable, vecina. Me contento con vuestro calor y es bastante; pero antes permitidme que me componga un poco: me subiré los tirantes y abrocharé el chaleco.

—Para qué son esos cumplimientos? Entre hombres no deben gastarse; bien sabeis que yo soy un hombre.

—Eso lo decís vos, pero yo no me atrevo á creerlo.

Mientras que el gran Alejandro, (y decimos el gran, porque en efecto, á escepcion del maestro de escuela, era el mas alto y mas robusto que habia en toda la casa) repara el desórden de su vestido, se abre la puerta de Gaston. El jóven poeta aparece con una pluma en la boca y una vela en la mano, diciendo:

—Quién llamaba?... Ah! eres tú, Alejandro?

—Hombre, eso sí que tiene gracia! Abres ahora y he

estado llamando diez minutos; no es verdad, señora Montenlair? Estabas tú tambien dormido?

—Dormido?... no: estaba trabajando, embebido en mi composicion. Estoy haciendo un vaudeville en tres actos.

—Para qué teatro, Sr. Gaston?

—Todavía no lo sé, vecina: para el primero que se presente. Al escribirle no me llevo objeto determinado.

—Espero que me dareis un billetito.

—Desde luego podeis contar con él; desgraciadamente todavía tardará.

—Pues bien, deja por un momento el Parnaso y las musas, mi querido Gaston. Tienes fuego?

—No: por qué?

—Porque si tú lo tuvieras, no iria á incomodar á la vecina. Aquí la tienes.... es una vestal.... siempre tiene fuego.... segun asegura ella misma.... Conserva siempre el fuego sagrado.... vamos á calentarnos. Deja ya los versos; bastante has trabajado hoy.

—Hombre, ahora que estaba inspirado.

—Bah! tú lo estás siempre. Vecina, permitís que Gaston me acompañe al calor?

—Gaston?... Pues acaso está mi casa cerrada para él? No sabe que puede venir cuando le plazca?

—No digais eso, señora Montenlair. Gaston es un pícaro, y podia abusar.

—Vos sí que sois un loco. Con que, señores, pasad cuando gusteis; voy á echar un par de troncos.

Mad. Montenlair entra en su cuarto, y Alejandro dice á Gaston que miraba su pluma:

—Estoy seguro que mejor querrias que estuviese abierta para tí la Ópera que la casa de la vecina.... Y sin embargo, esta muger es un guapo chico.... ella dice que es un hombre.... Oye, y Collinet?.... sabes dónde está? No le has visto esta noche?

—No, no le he visto.

—Su escribano es capaz de hacerle trabajar hasta las

diez. Pero mira que es capricho y vocacion singular!... Meterse á pasante de escribano!

En este momento se oye silbar en la escalera la cancion de los estudiantes, y aparece entre la oscuridad una cabeza roja.

—Mira, dice Alejandro asomándose á la barandilla. En nombrando al ruin de Roma, ved que asoma. Llega, ven acá, columna de Themis! Apuesto cualquier cosa á que te has detenido coqueteando por el camino; por eso has tardado.

El jóven rojo, delgaducho. y de cara de raposa llega por fin á unirse á sus compañeros, trayendo un rollo de papeles en la mano, y otro debajo del brazo.

—Calla, dice sonriendo. Qué haceis en el corredor, señores?... Se ha convertido esto en salon de tertulia?

—Ibamos á calentarnos á casa de la señora Montenlair.

—Hola! tiene fuego?.. Me parece bien, porque hace un frio.... en la escribanía nos helamos, pero el escribano dice que no se debe tener frio antes del dia de Todos-santos.... así es que no hay brasero, y tengo los dedos como carámbanos.

—Y además tu paletot no debe abrigarte mucho.

—Y por qué no? Él es anchito....

—Sí, es anchito; pero debe tener una edad bastante venerable.... Demonio!... si parece un cedazo!

—Y qué quieres?... Yo no tengo facultades para estarme comprando ropa todos los dias.... en fin, vamos á calentarnos.

—Un momento, señores. Supongo que vosotros habeis comido.

—Ya lo creo!

—Sí por cierto, y hace ya tanto tiempo que me parece que no tendria dificultad en volver á comer.

—Pues yo estoy en ayunas, señores, y empezaria á comer de buena gana antes de volver á comer, como dice Collinet.

—Y por qué no has comido ya á estas horas?

—Por qué.... por qué!... por muchas razones. La primera, y sin disputa la mas poderosa, es porque no tengo dinero.

—Hombre!... y no te fian en tu restaurant?

—Sí, pero la última vez me han servido un plato de conejo en que se habian olvidado un rabo de gato, y esto me ha disgustado altamente.

—Y por qué no me has pedido dinero? dijo Gaston.

—Amigo mio, ya sé que no es tu modelo la hormiga, que te gusta prestar.... pero yo he recurrido á tí en otras ocasiones.... te debo.... y....

—Te pido yo algo?

—No, no me lo pides, es cierto; y es lo mejor que puedes hacer, porque lo que es ahora, seria inútil.

—Pues bien.

—Es que yo no quiero vivir á costa tuya siempre; tú no eres rico tampoco, estás comiendo de lo que has traido á París entretanto que lo ganas, para lo cual cuentas con el teatro y los editores.... Pobre Gaston!... tú no sabes lo que son estas dos cosas.... cuida de tu bolsillo, economiza, que no te estará demás.... En cuanto á Collinet, no me he dirigido á él, porque no presta un céntimo, si le matan.

—Has visto tú alguno que preste á los demás cuando no tiene para sí? No acabas de decirme que deberia comprarme un paletot nuevo? pues si no lo he hecho, es porque no tengo dinero.

—Querido Collinet, dejémonos de canciones. Hay personas que teniendo dinero no compran nada y se privan hasta de lo mas necesario: personas que confunden la economía con la tacañería, y yo conozco varias.

—Venís, vecinos? gritó Mad. Montenlair desde su habitacion.

—Vamos allá, vecinita, vamos!... En fin, dejemos esta cuestion, Collinet, y vamos á otra cosa. Hace ya una porcion de dias que te dí un pagaré de cincuenta francos con-

tra un tal Mr. Bodinet, que vive en la calle Galande; este pagaré estaba vencido hace casi un mes. Me habia presentado varias veces en su casa y no le habia encontrado, porque parece que este individuo sale antes que amanezca, y no vuelve hasta las tantas de la noche. Me dijiste que tú lo encontrarias, porque como pasante de escribano estás acostumbrado á esta clase de negocios. Has dado con ese Mr. Bodinet?

—Sí; esta mañana le pesqué en el momento que abria la puerta para largarse.

—Ah! bravo!... viva Collinet!... déjame que te abrace, amigo querido. Tú has conseguido atrapar á mi deudor, y él te habrá pagado, no es cierto?.. porque tú estás enterado de cómo se obliga á pagar.... Así, pues, dame mis cincuenta francos, porque voy á hacerme subir una comida opípara de casa del fondista de al lado.

—No te apresures tanto á abrazarme, porque no tengo nada que darte. Mr. Bodinet no ha pagado.

—Qué me cuentas?... que no ha pagado!... y mi tio me envia pagarés que no se pagan!... De quién se ha de fiar uno, Dios mio!... es la primera vez que me sucede. Mi tio, que comercia en cajas de polvo en Troyes en Champagne, suele á veces tener pagarés sobre París, de cortas cantidades.... me encarga hacérselos efectivos.... los hago verdaderamente, aunque á sus manos no llegan jamás. Pero como ha dicho muy bien Scribe en su *Dupin*, ó con *Dupin*, para el caso es igual: «Un tio es un cajero dado por la naturaleza.» Y pensar que ese miserable Bodinet no ha pagado!... ni te ha dado nada á cuenta?... porque yo te habia autorizado para tomar todo ó parte, segun se presentara.

—Nada, nada absolutamente. Me dijo con un tono impertinente y como el que está muy acostumbrado á ello: «No puedo pagar, no tengo fondos: no he podido vender las cajas porque estaban defectuosas.»

—Defectuosas!... las cajas de mi tio!... miente! Y sobre todo, que me las vuelva; yo las venderé. Pero, en fin, pues-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

to que no ha pagado, le habrás embargado.

—Y cómo?... En primer lugar que son cincuenta francos, y luego que el pagaré estaba hecho en papel comun; hubieran sido mayores los gastos que tenias que hacer que la deuda. Además que el mobiliario del tal Bodinet es apetecible! Todo lo que he visto, ha sido un catre de tigera, y una maleta que servia de mesa.

—Pero entónces, á qué especie de personas vende mi tio sus cajas de polvo? Le voy á escribir una carta que le haga saltar: con que todo está perdido? no hay esperanza?

—Todavía no hay que desanimarse. Bodinet, al declarar que no podia pagarme, añadió: «Además, observad que al pié de la firma hay espresado un fiador; presentáos á él y no dudo que os abonará.

—Un fiador!... y qué quiere decir eso?

—Otra persona que paga cuando no lo hace el que firma.

—Ah!... mil pipas!... eso es magnífico!... y yo que no habia reparado en el tal fiador!... Habia tomado eso por otra direccion de ese Bodinet.... En fin, dónde está ese último recurso?

El pequeño Collinet saca de su bolsillo una cartera vieja y mugrienta; estrae de ella un librito de memorias de papel de color, del libro un papel doblado, y por último, de este papel el pagaré de cincuenta francos de Alejandro; se le presenta, y este lee, aunque con trabajo, al final: «*En caso que nó, lo hará Mr. Loupard, maestro de escuela, arrabal Montmartre.... número.... número....* Diablo!... hay aquí un borron.

—Y qué necesidad tenemos del número? Mr. Loupard, que tiene un colegio.... vive en esta misma casa.

—Bah!... en esta casa hay un colegio?... Es quizá de señoritas?

—No; es una escuela de niños, que está en el fondo del patio. Creo que no es colegio, porque traen los chicos por la mañana y se los llevan por la noche.

—Bueno; que sea colegio, ó que sea escuela, poco me importa con tal que pague el maestro. Con que dices que en el fondo del patio? Pues voy allá corriendo.

Gaston detiene á Alejandro, diciéndole.

—Qué vas á hacer, hombre?... No sabes que son cerca de las diez? Estoy seguro que hace mucho tiempo que el maestro está acostado. Vas ahora á despertarle para que te pague en lugar de Bodinet?... Gastarias tu tiempo en balde. Mañana irás.

—Pero es que yo no tengo un céntimo y quiero comer, ó mejor dicho, cenar.... y no puedo esperar á mañana.

—Envia abajo á casa del pastelero ó del repostero...Eso es bien fácil.

—Sí, fácil es enviar, ya lo sé; lo que es difícil es que me fien, porque son unos miserables, y ya me lo han negado otra vez. Si fuera para tí, ya es distinto. Saben que pagas la cuenta sin regatear ni examinarla, y te enviarian toda la tienda.

—Pues bien, que digan que es para mí.

—Ah!... qué bueno eres, Gaston!... siempre el mismo!.. Te daria un beso, si no me dolieran las narices!... Aprende, Collinet!... Toma á Gaston por modelo.

—De ningun modo, murmuró el pasante examinando unos papeles. Yo no tomo por modelos á los que prestan dinero, cuando tal vez les hará falta á ellos.

Entretanto Alejandro se habia inclinado sobre la balaustrada de la escalera, y gritaba con una voz capaz de hacer saltar á los muertos de sus tumbas:

—Señora Ador... Eeeh!... Señora Ador!... amabilísima portera!... Ay!... no sé lo que me he dicho.... estimadísima conserje!... respetabilísima suiza!... hacedme el gusto de subir.... vos, ó vuestra sobrina.... la encantadora Amanda.... á quien haria el amor de buena gana, si no hubiera nacido en la isla de las Tortugas.

Los pesados pasos de la portera no tardan en oirse, porque la señora Ador es sumamente complaciente, y con tal

que no se la incomodara cuando guisaba ó cuando comia, estaba siempre dispuesta á servir á sus inquilinos.

Ya habia llegado á la meseta del tercer piso, cuando Alejandro la dice:

—No os incomodeis en subir mas, escelente conserje; harto siento que hayais subido tanto; no podia mas bien haber venido vuestra sobrina?

—Ha ido al teatro de los alumnos de la calle de La-Tour-d'-Auvergne á ver una amiga suya que trabaja de aficionada.... *El lobo marino*, que dicen que el cómico Grassot cuando se viste de lobo marino dá miedo. Por eso estoy sola en la portería.... es decir, hay allí cuatro criadas que murmuran de sus amos; pero si hay que ir muy lejos, no podré.

—Nada de eso, señora Ador, ni aun teneis que salir de la casa. Se trata solamente de llegarse á la tienda del fondista, y decirle que me envie.... esto es.... á mí no, sino á Gaston... que envie á Mr. Gaston Durandal una comida para uno, pero abundante. Dos platos fuertes á su eleccion... potaje, si tiene.... postres.... pan.., una botella de vino.... y en seguida que lo tenga listo.

—Para Mr. Gaston Durandal?

—Sí; pero que llamen en casa de Mad. Montenlair, donde vá á cenar mi amigo, porque allí está mas caliente que en su habitacion.

—Bueno, bueno; voy en seguida; Dos platos de postre, potaje á su eleccion....

—No, por Dios, conserje!... mil fardos de café!... no hagamos tonterías.... son dos platos fuertes á su eleccion... dos platos fuertes!... un postre.... No os olvideis, y andad prontito.

La señora Ador vuelve á bajar, y al mismo tiempo se oye de nuevo la voz de la señora Montenlair que dice:

—No venís, señores? Andad; esto está en disposicion ahora, y no siempre se logran estas ocasiones. Venid.... hay un fuego magnífico!

III.

EL TARRO DE CREMA, Y LAS AVELLANAS.

Los tres jóvenes entran en la habitacion de Mad. Montenlair, que se compone de tres piezas pequeñas: un comedor, un gabinete y una cocina; el sofá, que parece de la época de Luis XV, está forrado de terciopelo de Utrecht amarillo, mientras que los colchoncillos que están sobre él son de damasco verde. Todo lo demás corre parejas, y no parece sino que Mad. Montenlair tiene amueblada su casa con los desechos de varias guardaropías del teatro. Pero los vecinos se ocupan de esto muy poco: hay en efecto un buen fuego en la chimenea del gabinete, y se apresuran á instalarse al rededor de él.

—Nos aprovechamos de vuestra amable invitacion, vecina, y si no os incomoda....

—Incomodarme? al contrario, tengo en ello una satisfaccion. Acercáos, señores.... Ah!... que está aquí tambien el Sr. Alcibiades Collinet.

—Sí, señora; me he tomado la libertad de seguir á mis amigos....

—No sois tambien mi vecino?... Pues como tal, teneis igualmente derecho á mi fuego.

—Vecinita, dijo Alejandro, vais tal vez á reñirme, pero me he permitido ordenar que me traigan aquí la comida.... hubiera sentido tener que irme á comer solo en mi nabitacion.

—Habeis hecho perfectamente... pobre Alejandro!.. que todavía no habia comido!... Cuánto siento haberme comido

todo mi cuarto de pato!... estaba tan bueno!

—No he dudado jamás de las cualidades de vuestro pato, señora Montenlair; pero bastante haceis con calentarme esta noche, sin que fuera yo tambien á gravaros con mi alimento.

—Ay!... jóvenes!... Si yo fuera rica, no tendria nada absolutamente mio!... este es mi génio.

—Me parece que no tiene gran cosa! murmuró el pasante inventariando con la vista los muebles.

—He tenido una buena época, señores!... muy buena! Cuando me estrené en Bordeaux.... en *El sordo en la posada*.

—Hacíais vos el sordo?

—No tal: eso no podia ser. Hacia *Petronila*... Una provenzal.... el papel mas bonito de la obra.

—Es la primera dama?

—No, es una graciosa. Pero no conoceis *el Sordo?*... Si se hace mucho!

—Yo le he visto, pero me parece que el papel de *Petronila* es un papel corto.

—Sí, es cortito, pero es precioso.... está lleno de gracia.... no tiene una palabra de desperdicio. Me echaron tres ramilletes, y uno de los primeros comerciantes de Bordeaux me ofreció un chal magnífico, un carruage con dos caballos tordos rodados, y tres mil francos mensuales...

—Que vos rehusaríais, no es cierto?

—Nada de eso. Podeis figuraros tal cosa de mí?... Acepté: duró seis meses: no se hablaba en Bordeaux mas que de la seductora *Rosinita;* era mi nombre de teatro, y recordando mis brillantes triunfos en *El Sordo*, me llamaban *Rosinita-Petronilita*. Como digo, á los seis meses, mi buen comerciante quebró y se largó; pero á mí me importaba poco: el hecho es que yo me habia divertido.

—Seis meses á tres mil francos hacen diez y ocho mil; dijo el pasante: habríais ahorrado una bonita cantidad.

—Yo?... Vaya una idea!... nunca me llevé el objeto de

ahorrar.... además que en la época de los amores se piensa poco en el porvenir.

—Sí; pero la estacion de los amores pasa como la primavera.

—Tanto peor! Creeis que me pesa?... pues no por cierto. Al contrario, me he divertido y conservo siempre recuerdos agradables.

—Bravo! señora Montenlair, vos comprendeis la filosofía de Epicuro! bravísimo!.... tocad, porque profesamos los mismos principios.... nos entendemos.

Y Alejandro tendió su mano á la vecina, que la estrechó.

—La filosofía!... dijo el pasante: es muy buena en teoria, pero si esta señora no tuviera de qué vivir, no comeria cuartos de pato.

—Teneis razon, Sr. Collinet. El carnicero y el panadero no entienden de filosofía. Afortunadamente tengo una tia.... muy rica....

—Demonio!... qué decís?... con que teneis una tia rica?

—Ya lo creo!... Lo menos tiene quince mil francos de renta.

—Es un bonito capital. Y vive en París vuestra tia?

—Ni le ha visto en su vida. Está en Angulema.

—Y sois vos su única heredera?

—Creo que sí.

—Pero no estais cierta?

—De esas cosas no puede una estar segura.... Cuando entré en el teatro, mi tia riñó conmigo, me maldijo y me prohibió que la escribiera jamás. Mientras he sido actriz, la he obedecido; pero al cabo de diez y siete años la escribí lo siguiente: «Abandono la escena á pesar de los aplausos y de los triunfos que estoy obteniendo, puesto que os contraría que esté en el teatro.» Entonces me contestó: «Habeis tardado mucho en obedecerme; sin embargo, os señalo una pension de mil quinientos francos, advirtiendo que esto es cuanto podeis obtener de mí siempre.»

—Ah!... escribió *siempre?*

—Sí tal. Pues bien, me dije; con mil y quinientos francos de renta puede una divertirse; y me he divertido.

—Llaman! dijo Alejandro: debe ser mi cena.

Y corrió á abrir.

—Era en efecto un marmiton que traia una bandeja. Al punto le hicieron entrar, y Mad. Montenlair se apresuró á acercar una mesa cubierta de hule, lo cual economiza manteles y lavado.

El marmiton colocó la bandeja en el suelo, y fué poniendo sobre la mesa cuanto contenia; un potaje, dos platos tapados, un tarrito con crema, queso, almendras, avellanas, pasas, higos y pastelillos.

—Señores, hé aquí el maná! esclamó saltando Alejandro. Dudo que fuera tan apetitoso el suyo á los israelitas.

—Vaya una comida opípara! dijo Collinet olfateando los platos cubiertos. Y qué bien huele!

—Mira, Collinet. Hazme el favor de no ir metiendo las narices en cada plato.

—Pero tú no puedes comer todo esto.

—Que no puedo? Ahora lo verás. Y vino?... ah! aquí viene una botella.... de mi figura; chica!

—Si querrias una damajuana!

—Ea! ya está bien. Adios, muchacho. Ah! Gaston, ya que es la cena para tí, tienes cuatro cuartos que dar á este imbécil?

Gaston le dá para beber, y el marmiton sale llevándose la bandeja. Cuando se hubo alejado, el corredor se sienta á la mesa, destapa el potaje y esclama:

—Hombre!... potaje Crecy!.. el que mas me gusta.... esto es sublime!

—Mira los otros dos platos.

—No, no, no!... no los toqueis. Me gustan las sorpresas, y ya les llegará su vez... Delicioso potaje!.. Chicos, creedlo si quereis, pero esta comida, ó mejor dicho, esta cena es encantadora.

—Da gusto verle comer! dijo Mad. Montenlair.

—Porque se vé que como con gusto, no es verdad, vecina?.... Pues señor, despaché el potaje.

—Ya lo creo! No le has comido; le has tragado.

—Vamos, iré ahora mas despacio. Qué plato tomaré?

—Mira antes lo que tienen.

—Hombre, no!... déjalo!... Estos curiales se mueren por registrarlo todo.

—Apuesto á que es guisado.

—Y qué vamos á apostar?

—Tú el tarrillo de crema.

—Contra qué?

Alcibiades Collinet reflexiona un instante, registra sus bolsillos y su cartera, y murmura al fin:

—Contra una décima.

—Contra una décima!... Quieres largarte?... Pues no me viene á ofrecer cuatro cuartos por mi tarro de crema?.. y observad bien que es de chocolate.... es decir, lo mas escogido, mas nutritivo, mas oleaginoso en materia de cremas. Mira, te hago otra proposicion: ayer se me ha roto mi vaso de noche, y todavia no le he reemplazado: te apuesto mi tarro de crema contra aquel servicio dorado tan bonito que sacaste en el boulevard de San Martin en uno de esos bazares de porcelana en que se rifan objetos en un globo que dá vueltas. He observado que el dia de año nuevo pululan estos juegos en los boulevards.... yo no sé si será con objeto de propagar la aficion á la porcelana.... pero me gustaria mas que fueran tiendas de juguetes para los niños.... Con que te resuelves?... aceptas la apuesta?

—De ninguna manera.... un objeto que me viene á costar seis reales.... contra lo que vale por la lista real y medio todo lo mas!...

—En primer lugar que no te ha costado eso, porque tú nos digiste que le habias ganado en seguida; y además, mi tarro está lleno de chocolate.

—Y mi servicio tiene un ojo pintado en el fondo.

—Peor que peor!... Esos ojos son de muy mal efecto, porque parece que están fisgando.... Vamos, añadiré un pastelillo y un poco de queso.... me parece que está ya bien!

—Bueno; y la apuesta se hará estensiva á los dos platos.

—Cómo es eso?

—Quiero decir que si en cualquiera de los dos platos hay guisado de carne, yo gano.

—No debia de aceptarlo, pero sea!... lo mismo dá.... para que veas que no soy mezquino. Estamos corrientes?

—Sí.

—Toca: además que tenemos testigos.

—Veamos.

Alejandro levanta la tapadera de uno de los dos platos, y esclama.:

—Pollo con tomates!... he ganado este.... te permito destapar el otro.

El pasante lo verifica rápidamente y se queda estupefacto al ver un trozo de anguila.

—Has perdido! dice el corredor empezando á comer el pollo. Tu vaso de noche me pertenece.... Pollo con tomates!... anguila á la tártara!... los dos platos que mas me gustan.!.. esto es delicioso!... decididamente hoy estoy de suerte!...

—Vamos, es preciso que esta noche tenga yo alguna maldicion.... Cómo este fondista que generalmente tiene carne guisada, no la manda ahora?... y el muy judío no me sabe dar otra cosa cuando yo llego á su casa á comer!..

—Ah bribon! conque apostabas con trampa?.. Hijo mio, castigo del cielo!... Además que si no te sirven pollo ni anguila, es porque son platos delicados y caros: á cada uno se le dá lo que le corresponde.

—Puedes tú hablar!... Si el fondista hubiera sabido que era para tí, de seguro que no te hubiera enviado mas que su condenado guisote.

—Vamos, quiero ser generoso!... cuando coma los postres, te daré una avellana.... Pues señor, este pollo es sucu-

lento.... Caramba!... lo que me ha mandado poco, ha sido pan.

—Yo tengo, vecino, por pan no os apureis.

—Acepto, pues, benéfica señora.... pero con una condicion: en reconocimiento á vuestras bondades, me permitireis ofreceros este tarrito de crema de chocolate que tanto deseaba Collinet, y por el cual ha perdido otro.... que no es de crema.

—Nada de eso; tomáoslo vos, pues os veo con buen apetito.

—De ningun modo, vecina. O aceptais, ó rehuso vuestro pan.... y lo sentiré.

—En este caso, acepto; pero á mi vez quiero que probeis mi ratafia de guinda.... Justamente el Sr. Filoseles.... un antiguo amigo mio, me ha traido ayer una botella.

—Convenidos. Acepto sin cumplimientos, y la probaré.

—La probaremos! gritó Collinet.

—Qué gorron eres, Collinet!... Tened cuidado, vecina: es capaz de vengar en vuestra ratafia la pérdida de su apuesta, y beberse toda la botella.

—Que beba la que quiera. Todo cuanto yo tengo es suyo.

—Señora, sois muy amable. Es muy anciana vuestra tia?

--Tendrá unos setenta años.

--No está mal.

--Cuidado, vecina!... este aprendiz de escribano tiene intenciones amorosas.... y os vá á pedir la mano al segundo trago de ratafia. Pero.... no dices nada, Gaston?... en qué diablos piensas?

--Eso no se pregunta. A la edad del señor Gaston, no se piensa mas que en el amor.

--Cá!... Pues estais equivocada, vecina. Gaston no tiene amores.... no puede conseguir anudar unas relaciones. Comprendeis esto? á veinte y tres años, bien formado, guapo, generoso, con talento.... no tener conquistas á montones?... vamos, si parece increible!... Ahí está Collinet,

sin ir mas lejos, que ni es bonito, ni generoso.... pues tiene su trapicheo... una bordadora de tirantes que lleva todos los Domingos á los sitios en que se entra gratis... y á quien dá para refrescar agua de limon á cuarto el vaso.... ó helados de á dos cuartos, de los que venden á la puerta de los teatros del boulevard del Temple, por las noches.

--Mira, yo pago á Teresita lo que me acomoda, lo entiendes?

—Y qué es lo que yo digo? la pagas *lo que te acomoda*, pero no lo que le acomodaria á ella... pobre Teresita!... para ser andaluza, ha elegido un caballero bien escurrido.

--Y tú, que te haces el gracioso y nunca tienes un cuarto... qué es lo que pagas á tus queridas?

--Yo?... en primer lugar, las pago con mi persona, que no es despreciable... despues, cuando estoy en fondos jamás las rehuso nada, y si me pidiesen... la luna!... yo me arreglaria para dársela. Vecina, no me habiais prometido pan?

--Tomad, y Dios os conserve el apetito. Solo de veros comer, le siento yo tambien.

--Ya lo creo! Yo he sido siempre muy apetitoso.

--Pero volvamos á Gaston. Es cierto lo que dice de vos vuestro amigo?

--De mí, señora Montenlair? Y qué dice de mí? contestó Gaston que no habia oido la conversacion.

--Lo veis, vecina? Estaba distraido con sus planes de comedia, y no nos ha oido.

--Es cierto... acabo de hallar un magnifico efecto para el desenlace de un vaudeville, y estoy satisfecho de él. Qué me preguntábais, vecina?

—Que si es verdad que no sabeis hacer una conquista?

—Ay! sí: demasiada verdad! Pero no es culpa mia. Cuando veo una muger que me agrada, me encuentro tan torpe, tan cortado, tan tímido en fin, que no sé qué decirla. Así es que me toman por un imbécil, y me vuelven la espalda.

—Pues es preciso que lo desecheis, vecino: la timidez sienta bien á las muchachas, pero es muy perjudicial á los hombres. En Burdeos los hombres no tienen nada de tímidos... yo he recibido una porcion de declaraciones... y luego que á las mugeres no les gustan los hombres tímidos.

—Es decir que se burlan de ellos!... Eso es lo que yo le estoy repitiendo continuamente, vecina... Despachado el pollo.... paso á la anguila.... el trozo es pequeño, pero la salsa es esquisita... se comeria uno con ella un pan de municion.

—Pero eres un Heliogábalo, Alejandro?

—Te callarás al fin, escribano en ciernes? Ah! y te prevengo que desde esta noche quiero ocupar el mueble que he adquirido.

—Ocuparle!... crees quizá que es una habitacion, ó un baño?

—*Sufficit!* yo me entiendo, y tú me entiendes. Vecina, me querríais hacer favor de otro poco de pan?

—No le deis mas, vecina: va á reventar.

—No dirias eso si estuvieras en mi lugar, que bien lo deseabas.

—Si lo hubiera deseado, nadie me impedia haber pedido cena... gracias á Dios todavia tengo algunos reales en el bolsillo para cenar.

—Para cenar tú, convengo; pero no para que cenen los amigos.

—Vecino, la crema es deliciosa.

—Tanto mejor, señora Montenlair; y ahora que he llegado á los postres, para probar que no soy egoista, invito á toda la sociedad á partirles conmigo.

—Ah!... bravo! bravísimo!... Decididamente Alejandro es tan grande como su nombre.

Y al decir esto, el pequeño Collinet toma el pan de la vecina, corta un enorme pedazo, y vá á sentarse á la mesa atacando al queso de Roquefort. Mad. Montenlair toma unas pasas, y Alejandro se divierte en cascar las ave-

llanas con el codo. Gaston no toma nada.

--Cómo! Sr. Gaston, no teneis apetito?... á vuestra edad?... y eso que no estais enamorado!... Si lo estuvierais, comprenderia por qué no comíais.

--Oh, Dios mio! no quisiera mas que estarlo; no por falta de deseo... Me enamoran todas las muchachas bonitas que encuentro en la calle. Muchas veces me ha sucedido seguir á una, y atravesar delante de mí otra que me ha parecido mejor, y he dejado á la primera por seguir á la segunda.

--*Qui duos lepores sequitur, neutrum capit.*

--Pero, en fin, vecino, cuando sigais decididamente á una, procurareis entablar conversacion, porque ella no ha de ser quien empiece.

--No me atrevo nunca á decirla nada; toso de cuando en cuando, ó me pongo á cantar entre dientes.

--Bien; pero una mujer no va á responder á un hombre porque tosa ó cante.

--Yo le he enseñado mi método, dijo Alejandro, el cual siempre me ha salido bien. Se dice á la mujer que se trata de conquistar: señora, lleva V. el chal manchado de blanco en la espalda... permítame que se lo limpie. Llega uno y frota con su pañuelo, y como no puede ver por la espalda si es cierto ó no, lo cree, dá las gracias, y ya está entablada la conversacion.

--Pues yo, díjo Collinet, tengo otro medio. La piso los talones; se vuelve incómoda, como es natural, y la pido mil perdones diciendo que ha sido un perro que me ha empujado. Raras veces he dejado de seguir hablando con ellas.

--Me parece mejor el método del Sr. Alejandro... Pero Dios mio!... me dais miedo cascando las avellanas con el codo... os vais á lastimar.

--No hay cuidado, vecina; esto es muy fácil: mirad. Se coloca la avellana en un sitio sólido de la mesa, se pone el codo encima, cuidando de que el *cubitus* apoye com-

pletamente sobre la avellana, se pone el brazo recto, se pega con la otra, y... de este modo... ya veis... cascada la avellana.

--Pero debe doler el codo.

--No, nada de eso. Quereis que os haga cascar una así?

--Gracias: no quiero probar.

--Voto á diez inventarios!... exclamó el pasante viendo la botella vacia: pues nó se ha bebido todo el vino?

--Pues qué querias? que lo dejara ahí para tí?

—Por vida!... y yo que me he atracado de pan y queso!... fortuna que la vecina nos ha ofrecido ratafia...

--Teneis razon, y os la voy á dar.

En el momento en que Mad. Montenlair se levantaba para tomar su botella, dieron dos golpecitos á la puerta. La actriz se detuvo sorprendida diciendo:

--Oiga!... quién puede llamar tan tarde?... Filoseles ha venido ayer... y jamás viene dos dias seguidos...

—Filoseles es el antiguo amante ¡que regala ratafia! dijo Alejandro por lo bajo á sus amigos. Por lo que se vé, fabrica licores... será confitero?

Los jóvenes se levantan diciendo:

--Si estorbamos, vecina, nos iremos... sentiriamos incomodaros.

--No, señores, no;... quedaos... yo no se... voy á ver quien és.

IV.

LA SEÑORITA FELICIA.

Mad. Montenlair abre, y vé delante de ella una preciosa jóven que parece tener veinte años; lleva un sombrero de paja amarillo y negro, un trage sencillo de museli-

na de lana, y un chal de borra de seda; pero todo esto lo realza una figura distinguida, graciosa, amable; unos lindísimos ojos negros, una boca franca y espiritualmente cortada, un talle esbelto, y un aire seductor.

Era la señorita Felicia, la persona que ocupa una pequeña habitacion en el quinto piso, que se apresuró á saludar á la actriz diciendo:

--Mil perdones, señora, por haberos incomodado á esta hora; pero vengo del teatro... y me acuerdo ahora de que no tengo ni siquiera un fósforo para encender luz... hice ánimo de comprarlos cuando salí, y se me olvidó... no puedo acostumbrarme á dormir sin luz... y si tuviéseis la bondad de facilitarme un par de fósforos...

--Ah!... vivís en la casa, señorita?

--Si señora; vivo arriba habrá unos quince dias... á no ser por esta circunstancia, no me hubiera permitido llamar aquí.

--Entonces sois la señorita Felicia. La portera me ha hablado de vos. Me dijo que tenia una vecina muy linda.

--Favor que me ha dispensado.

--Pasad, señorita, pasad... voy á daros los fósforos.

La jóven sigue á Mad. Montenlair, que la hace entrar en la sala donde están los tres jóvenes. La señorita Felicia se detiene en la puerta al ver tanta gente. mientras que los tres amigos manifiestan el placer que sienten al ver tan bonita muchacha.

--Os presento, señorita, estos tres jóvenes que tambien son vecinos, y han venido esta noche á mi cuarto á calentarse y á hacerme la tertulia. Viven en el cuarto piso... aquí... Apuesto, señores, algo bueno á que no sabiais que teniais tan preciosa vecina... y espero que tendreis una satisfaccion en conocerla.

Los tres amigos saludaron á la jóven que los devolvió el saludo con suma gracia y sin turbarse.

—Cómo! esclamó Alejandro fijando en ella la vista: esta señorita vive en la casa?



V. Urrabieta, dib.º y lit.º

Lit. de S. Gonzalez, S. Clara 8. Madrid.

— Era la Señorita Felicia.

—Si señor; vive arriba.

—Hará poco tiempo.

—Unos quince dias.

—Quince dias!... y no os he visto hasta ahora!... Decididamente estoy en desgracia.

—Bajo á comprar muy de madrugada, y muchas veces no salgo en todo el dia.

—Es que yo madrugo tambien, dijo Collinet paseando por ella una mirada de curial, y tampoco he tenido la suerte de encontraros, señorita.

Gaston no dijo nada; se contentó con presentarla una silla, diciendo, ó mas bien, balbuceando:

—Si quereis... hacernos el favor... de sentaros...

—Oh! muchas gracias: es ya tarde, y me retiro.

—Descansad un momento, hija mia, dijo la señora Montenlair; no temais, que los vecinos son harto galantes... además... cuando todos vivimos en la misma casa.... no hay mal ninguno en que se desee saber la vecindad que se tiene. Sabeis que habeis tenido suerte llamando aquí?... Sí, porque equivocadamente podriais haber llamado en el cuarto de uno de estos señores...

Felicia se sentó, y contestó:

—Sabia que esta era vuestra habitacion, señora, y no he llamado por casualidad. Cuando vine á vivir á esta casa, la portera me ha dado noticia de sus habitantes... los de este piso, porque los de los otros no me interesaban. Sin embargo, sé que el primero está ocupado por un fabricante de plaqué, cuya señora que es una *elegante*, no sale jamás á pié, ni gasta mas que trajes de seda ó terciopelo. En el segundo no hubiera ido á llamar á casa del médico porque no estoy enferma, ni á casa de esa brillante bailarina que no abre sin que den la contraseña, porque teme á los acreedores. En el tercero hubiera temido turbar el reposo del empleado y su esposa que se acuestan temprano, segun dicen: la señora viuda y su hija viuda tambien, parece que reciben bastante mal; y en cuanto al ale-

man gordo... Mr. Beugle, que vive igualmente en el tercero y pasa su vida en fastidiarse... me hubiera librado bien de llamar á su puerta... no se me fuera á pegar su enfermedad. No quedaba mas que este piso, porque el mio no le cuento.... y sabia como estaba habitado. Ya veis, señora, que no podia dirigirme sino á vos... cuya bondad y atencion me habian elogiado de antemano.

Todo esto fué dicho con tanta finura como tacto. Los jóvenes se miraron, y Alejandro dijo á Collinet:

--Tiene talento esta chica... se espresa bien... tanto mejor... será mas agradable su conquista... porque... á mí no me gustan las mugeres tontas.

--Qué bien ha pasado revista á los cinco pisos!... Magnífica imaginacion para hacer un inventario; verdad, Gaston?

Gaston se limitó á responder.

--Qué hermosa es!... ya estoy enamorado de ella.

La señora Montenlair que ha observado del mismo modo la facilidad con que se esplica su vecina, mueve la cabeza diciéndola:

—Sabeis, señorita que acabais de hacernos en cuatro palabras el retrato de nuestros vecinos, de una manera sumamente delicada?... qué bien espresado!... con qué soltura!... con qué naturalidad!... una graciosa de la Comedia Francesa no hubiera hecho otro tanto. Dispensadme la pregunta; habeis hecho comedias de aficionados?

--No, señora, nunca.

--Pues es lástima, porque hubiérais desempeñado vuestro papel maravillosamente.

--No lo creo yo así, señora... además no me gusta... y no porque yo desdeñe la profesion... sino porque la considero sumamente difícil... Es preciso tener tanto talento para conseguir triunfos en el teatro!... porque para quedar una confundida siempre en la medianía, no debe elegirle ni continuar en él.

--Es verdad, dijo Alejandro: es una torpeza hacerse silbar!

Pero conociendo que acababa de tirar una piedra al tejado de Mad. Montenlair, se apresuró y añadió:

--Es una torpeza... para los hombres, porque las mugeres... cuando son bonitas... no se repara en las equivocaciones, y todo se las tolera.

La actriz, que desea cambiar la conversacion, se dirige á su vecina.

--Sois de París, señorita?

--Sí señora; y he habitado en él hasta la edad de quince años y medio.

--Ya me parecia á mí, dijo Alejandro, que esta señorita no podia ser de otra parte. No hay en ella nada que huela á provincia.

--Vivia con mi padre, porque perdí á mi madre cuando vine al mundo. Hace seis años, habiendo tenido tambien la desgracia de perder á mi padre, una tia que tengo y que habita en las cercanías de Grenoble, en el Delfinado, me escribió que fuera con ella; fuí en efecto, y he estado á su lado seis años.

--Seis años!... entonces, segun vuestra cuenta, teneis mas de veinte años.

--Cumpliré pronto veintidos, señora.

--Veintidos?... Pues ninguno os los daria.

--Pues si parece que no tiene diez y ocho.

--Pero aunque estábais con vuestra tia, vendríais á París algunas veces en ese tiempo?

--No señora; ni una sola: mi tia habitaba una casita aislada en el campo; la gustaba poco el bullicio y ni aun iba á la poblacion... No comprendia cómo hubiera personas que tuvieran deseos de ver á París.

--No deberia conocer mucho las modas vuestra tia, segun eso. Vos os fastidiaríais completamente á su lado?

--No, señor. Su casa estaba situada sobre una colina, desde la cual se veia un panorama magnífico... Los alrededores de Grenoble son deliciosos y la campiña muy risueña. En nuestro jardin teniamos flores de rara belleza, y

yo soy muy apasionada por las flores... Bastante las echo de menos.

—Y sin embargo, habeis vuelto á París.

—Es que mi tia ha muerto tambien... y yo no podia vivir sola en aquel sitio.

—Y habeis hecho bien en volver, hija mia; no estais todavía en edad de alejaros del mundo, de vivir confinada en una quinta... Y ahora, qué pensais hacer? os ocupais en algo? Con qué recursos contais?

Felicia se mordió ligeramente los labios, vaciló en responder un momento, y por fin dijo:

—Todas las mugeres saben coser y bordar.

—Justo; ó al menos, todas las que quieren dedicarse á esos trabajos. Pero hay unas mas largas que otras. Adelantais vos mucho?

—Oh! no, señora, no tengo esa presuncion.... Coso.... lo suficiente para saber hacer un traje... es lo principal.

—Ah! entonces sois costurera.

—No, señora; no soy costurera.

—Bordais?

—Bordo... mis cuellos.

—Sois tal vez camisera?

Felicia, que parece incómoda con tanta pregunta, se levanta vivamente respondiendo:

—No, señora... pero, dispensadme... si me hicierais favor de esos fósforos... es ya tarde...

—Voy á dároslos, señorita; pero antes quisiera que tomáseis un vasito de ratafia, con que iba á regalar á estos señores en el momento que llamásteis.

—Lo agradezco mucho, señora, pero no acostumbro á beber licores...

—La ratafia no es licor... es una bebida muy sencilla... y es de guinda... no os pondré mas que una gota.

Mientras que Mad. Montenlair dispone los vasos, Alejandro se acerca á la jóven y la dice con el tono mas amable:

—Señorita; os han presentado vuestros vecinos, pero no os han dicho en qué se ocupan, y voy á reparar este olvido.

—Oh! es inútil. Lo sé, porque la conserje me lo ha dicho tambien. Vos sois corredor de mercancías, el señor es pasante de escribano, y.... este caballero... creo que.... es autor....

Al decir estas palabras, detiene su vista sobre Gaston, que se siente ruborizar y contesta balbuceando:

—Sí, señorita... soy... es decir... procuro... deseo serlo... empiezo ahora... Os gusta el teatro?

—Sí, señor; mucho.

—Y habeis estado esta noche sin duda?

—En efecto; vengo del Gimnasio.

—Y... y...

Alejandro la preguntaria de buena gana con quién habia estado, pero la señora Montenlair presenta sus vasos de ratafia. Cada cual toma el suyo que se apresura á beber; Felicia hace su elogio, dice que es delicioso, pero se niega á aceptar mas, toma los fósforos que su vecina habia colocado sobre la mesa, la dá nuevamente las gracias, saluda graciosamente á sus vecinos, y parte rápidamente.

—Preciosa! preciosísima muchacha! esclama Alejandro cuando la jóven ha desaparecido. Qué formas tan magníficas! qué bien cortadita toda ella!... Señores, la habeis visto el pié?

—Sí; un pié pequeñísimo, arqueadito!... dijo Collinet echándose á pechos otro vaso de ratafia sin que le observaran. No es uno de esos piés anchos, planos, con los cuales no hay peligro de caerse aunque se quede uno dormido sobre ellos.

—Y qué ojos tan vivos!... añade Gaston: qué voz tan simpática!... quién creeria que tiene veintidos años?

—Ay! vecinos, qué poco inteligentes sois en fisonomías! esa es la ventaja de las narices remangaditas... hacen el rostro muy aniñado... si yo hubiera tenido la nariz

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

remangada, estaria haciendo todavía las damas jóvenes en el teatro de Bordeaux.

--No lo sabia, dice Alejandro. Os agradezco el aviso, vecina: á medida que me vaya haciendo viejo, me daré de puñetazos en la nariz para remangarla. Pero lo que es cierto es que la señorita Felicia se espresa con facilidad... que no comete faltas de lenguaje. Esa muchacha debe haber recibido una educacion esmerada: no os parece lo mismo, amable vecina?

—Señores, esa jóven es linda seguramente y tiene atractivos... no es tonta, y basta hablar un momento con ella para convencerse... pero á pesar de todo esto, no ha querido decir en qué se ocupaba, y eso es lo que no me gusta. Yo la pregunté, y me parece que esta es una pregunta sencilla y natural; y no observásteis que parecia impacientarse?.... no vísteis que desde aquel momento tuvo prisa de marcharse?

--Sí, señora, lo observé, dijo el pasante; como observé tambien que ella sabe lo que hacemos todos nosotros.

--Y qué hay en eso de estraño? contestó Alejandro. La portera se lo habrá contado; la señora Ador lo cuenta todo. Al venir á vivir aquí, habrá querido saber cómo estaba habitada la casa, y nada mas natural que desear uno saber las personas que le rodean. Ella misma lo ha dicho.

--Y eso hace su elogio, añadió Gaston. Habeis visto su frente?... Tersa, alta, noble...

--Ta, ta, ta, ta!... Allá vá eso!...Ya te has enamorado de ella?

--Oh! sí: confieso que me ha trastornado la cabeza.

--Y á mí tambien.

--Y á mí.

--Sí; pero tú entretanto, Collinet, no haces mas que apiparte de ratafia. Vecina, si no teneis cuidado, se vá á tragar toda la botella.

--Dejadle! que beba, si le gusta.

--No, es que en ese caso, tambien á mí me gusta; mi

nueva pasion no me ha hecho perder la gana de comer y de beber. Señores, la vecinita debe tener una pierna magnífica. Cuando se tiene un pié tan bonito siempre vá acompañado de una pierna hechicera; no es verdad, señora Montenlair?

--Generalmente, vecino, pero no siempre. Suele haber escepciones....

--Y venia del teatro. Pues sola no habrá ido.

--Bueno! habrá estado con su amante... eso es lo mas probable... Tiene veintidos años, es bonita... debe por consiguiente tener un amante... y si no tiene mas que uno, es bien juiciosa.

—Ah! por qué pensar mal tan ligeramente, Alejandro? Por qué no creer que esta jóven sea prudente, recogida?...

—Hombre, porque vive sola... no tiene padres, ni parientes... ha viajado... ha vuelto á París... y no nos ha querido decir en qué se ocupaba, probablemente porque no se ocupará en nada... y cuando una jóven vive sola... y no se ocupa en nada.. se sabe de memoria en qué se ocupa.

—Participo algo del parecer del señor Alejandro, dijo la actriz. Sin embargo, no se deben aventurar juicios ligeros. Muchas veces las apariencias engañan.

—Y las apariencias están en favor de esta jóven. Se presenta bien, se espresa bien, no tiene mala traza....

—Lo que he sentido es no haberla preguntado en qué se ocupaba su padre.

—Quizá tampoco lo hubiera dicho.

—En fin, puesto que la conserje sabe tan bien lo que hacen todos los vecinos de la casa, ella podrá decirnos cuál es la ocupacion de esta niña.

—Es exacto; y ahora vámonos á dormir, porque son mas de las doce, y estamos impidiendo á la vecina que se acueste.

—Nada de eso, señores. Nunca me ha gustado acostarme temprano. He sido trasnochadora, porque siempre

he tenido la opinion de que el tiempo que se duerme es tiempo perdido.

—Es cierto, y en ese caso le pierdo yo considerablemente... A propósito, vecina; conoceis vos en la casa á un tal señor Loupard, que tiene una escuela de párvulos?

—Le he visto pasar algunas veces, y en verdad que el pobre hombre no tiene trazas de gozar muchas comodidades.

—Cuerno!... pues eso es peor!... yo que necesito verle!... En fin, mañana temprano le veré... Buenas noches, vecinita.

—Buenas noches, señora Montenlair.

—Buenas noches, señores.

Una vez en el pasillo, los tres jóvenes abren sus respectivas puertas y se detienen en el umbral.

—Voy á soñar con la hechicera vecina de arriba, dice Alejandro.

—Y yo tambien.

—Y yo... pero yo soñaré despierto.

—Veamos, señores... un momento!... hagamos un convenio. Esta muchacha nos gusta á los tres... y todos queremos hacerla la corte, no es esto?

—Sin duda.

—Ah!... si ella pudiera amarme!

—Pues bien!... es preciso que no nos desuna esta rivalidad... porque... hablando francamente, es una estupidez que vayamos á incomodarnos por cuestion de faldas.

—Y, sin embargo, es lo que sucede diariamente.

—Nada de eso. Convengamos en portarnos lealmente. Nada de chismes de unos para con otros. El que sepa ser mas amable, se la llevará probablemente, y este á su vez se lo dirá al punto á los otros dos, á fin de que cesen en sus galanterías, y continuaremos siendo amigos. Os parece bien?

—Perfectamente.

—Convenidos.

—Démonos las manos como prenda de nuestro pacto de buena amistad... Y ahora que está ya jurado, cada cual á su negocio... y buenas noches.

—Hasta mañana.

—Ah!... caracoles!... ya se me olvidaba!... Y el objeto que he ganado?... Ya veis como un lindo palmito hace olvidar todos los negocios!... Vamos, Collinet, ábreme tu puerta que voy á buscar ese objeto.

—Yo te le daré mañana.

—Eso sí que no... le quiero, le necesito esta noche.... serias capaz de romperle por no dármele.

Alejandro entra en la habitacion del pasante, se apodera del vaso de noche, adornado de un ojo en el fondo, y se lo lleva á su cuarto, diciendo:

—Es gracioso!... hombre, es bonito!... Como llegue á conseguir mis proyectos amorosos, regalo á mi conquista este servicio.

V.

EL MAESTRO Y EL DISCIPULO.

Alejandro, contra su costumbre, se levanta temprano, y se apresura á ir á la pequeña escuela, porque necesita dinero. El recuerdo de la linda vecinita del quinto piso no le ha impedido dormir, no porque sea insensible á los atractivos de la señorita Felicia, sino porque se cree de antemano seguro de hacer su conquista. No teme á ninguno de sus rivales: Collinet ni es bonito, ni rumboso, y Gaston es demasiado tímido para saber sacar partido de las ventajas con que le ha dotado la naturaleza.

Alejandro sale á las siete de la mañana de su cuarto; se para en la meseta y mira hácia arriba para ver si apercibe alguien en el quinto piso; pero todas las puertas están cerradas. Por un instante se le ocurre la idea de subir y ponerse á cantar cualquiera cosa, mas al tentar sus bolsillos vacíos, se dice:

—Los negocios antes que todo. Además, en amor como en guerra, qué se necesita para romper las hostilidades?... dinero!... siempre dinero!

Y animado por esta reflexion, baja rápidamente la escalera, atraviesa el primer patio, llega al segundo donde no habia entrado jamás, divisa el desgraciado pino medio seco y siete ú ocho muchachos de cuatro á siete años que quieren correr por el pedazo cercado con el enrejado. Mira á todas partes, y lee encima de las ventanas de la izquierda:

ESCUELA DE INSTRUCCION PRIMARIA.
SE ADMITEN NIÑOS PARA LA ENSEÑANZA,
Y PARA ENTRETENERLOS.

—Aquí debe ser, dijo Alejandro entrando en un pequeño vestíbulo que separa las dos habitaciones del piso bajo. Y dando la vuelta al boton de la puerta de la izquierda, se encuentra en la clase de Mr. Loupard. Es esta una sala grande mas larga que ancha, y enteramente desnuda; probablemente se ha pensado que los niños romperian el papel, y se ha creido inútil vestirla de él. En cambio, las paredes están adornadas de numerosas manchas de tinta, de muñecos de todas dimensiones, de ensayos de narices y orejas, de nombres, cifras, firmas, y palabras sueltas, escrito todo con pluma, lápiz y carbon, que hacen de esta sala una especie de museo infantil.

A través, y en las dos terceras partes de su longitud hay bancos de madera, delante de los cuales se hallan las mesas en que trabajan los alumnos. En la parte que está desocupada, se vé una mesa grande de madera ennegre-

cida, en forma de pupitre, ó escritorio, y un sillon viejo que ha estado forrado de cuero, pero que en la actualidad no tiene mas que algunos pedazos de forro. Ambas cosas están colocadas sobre un tabladillo elevado del suelo unas ocho pulgadas, de suerte que desde este sitio se puede dominar toda la clase. Detrás del escritorio hay una pizarra colgada en la pared.

—Diablo!... diablo!... dijo Alejandro mirando alrededor. Todo esto es tan sencillo que anuncia pobreza: bien sé que no es precisa una clase suntuosa para estos indivíduos que he visto jugar al salto... pero sin embargo, esto me parece tan puritano... y no oigo á nadie... Estará el maestro durmiendo todavía?... no, no es probable... cuando uno no es rico, es madrugador... veamos... voy á preguntar á los chiquillos.

Y abriendo una de las ventanas que están al nivel del jardin, se dirige á los niños que están jugando.

—Jóvenes, podríais decirme donde encontraré al señor Loupard? Os lo agradeceré.

Los chiquillos miraron á Alejandro con ojos espantados; unos se echan á reir, otros le sacan la lengua y todos se ponen á gritar:

—Ohé!... ohé!...

—Mira!... qué quiere ese tio?

--Viene á la escuela?

--Ay!... es un grandullon!

--Que se vaya!

--Fuera!... fuera!... darle un masculillo!...

--Gracias, muchísimas gracias, caballeritos: si os envian aquí para que aprendais á sacar la lengua, á poner los dedos en las narices, y hagais muecas, habeis aprovechado el tiempo perfectamente; pero con todo esto no me decís dónde podré ver á vuestro profesor?

--Mira como nos hace burla!

--Ay!... el señorito!...

--Quereis jugar con nosotros?

--Teneis una pelota de goma?
--Me comprais un barrilete?
--No veis como se rie?
--Señorito!... señorito!
--Seño-ri-to! seño-ri-to!

De repente cesan los gritos, y Alejandro adivina la causa al ver llegar á un hombre alto, seco, amarillo, vestido con un viejo leviton verdoso que le llegaba hasta los tobillos, y que abotonado herméticamente, no dejaba penetrar los secretos del chaleco y del pantalon; una corbata de color, arrollada como una cuerda, era todo lo que se podia ver por encima de este misterioso leviton. Sobre él descollaba un rostro largo, huesoso, que afectaba cierta gravedad, pero que sin embargo no tenia nada de severo, aunque la larga visera de una gorra de tela gris ocultaba con su penumbra toda la parte alta de la cara.

El señor Leopard, porque era él mismo, que venia de comprar, llevaba en su mano izquierda un tarro de hoja de lata lleno de leche, y un pan redondo bajo el brazo. Su mano derecha estaba mas ocupada; llevaba en ella una mala espuerta descubierta y sin asa, llena de carbon, sobre el cual habia puesto medio cuarteron de manteca mal envuelta en un papel, un cornetillo lleno de café en polvo, y una docena de manzanas que tenian casi el color del carbon; además habia colocado artísticamente entre las manzanas y el carbon, un tarro que habia sido de conserva, lleno de melaza, por el cual temia incesantemente que el menor movimiento de una manzana le derramase la melaza en el carbon. Así es que llevaba la espuerta con gran precaucion, y como un regidor presentando las llaves de una ciudad al vencedor.

Al ver un estraño en su clase Mr. Loupard, y presumiendo que es el padre de algun nuevo alumno que quieren confiarle, trata de disimular lo que lleva á fin de no dar á conocer que no tiene criado y va él en persona á comprar. Por un movimiento rápido deja deslizar el pan que

tenia bajo el brazo hasta la entrada de un vasto bolsillo de su hopalanda; mas aunque el bolsillo es de grandes dimensiones, no puede contener el pan entero, y deja fuera mas de la mitad; para ocultar el tarro de la leche, usa de otra estratagema; desabrocha el último boton de su levita, y esconde la olla de lata debajo de la falda, cuya operacion le obliga á esconder tambien la mano.

Todos estos movimientos son ejecutados con destreza, pero queda todavía la espuerta llena de todos los efectos y á la cual no hay medio de hacer pasar debajo de la levita. Mr. Loupard, pues, no encuentra otro recurso para ocultarla que hacerla pasar á su espalda; mas al verificarlo, se vé en la necesidad de volver el brazo, y teme derramar el tarro de melaza al hacer este movimiento. Todas estas circunstancias dan al pobre profesor tal aire de turbacion é inquietud, que al adelantarse hácia Alejandro, no sabe qué postura guardar, y para saludarle concluye por dejar caer el pan al suelo, y derramar la mayor parte de la leche.

—Es á Mr. Loupard, maestro de primeras letras, á quien tengo el honor de hablar? pregunta el jóven saludando.

—Sí, señor, él mismo... Os suplico me dispenseis si os recibo de esta suerte... pero tan de mañana... mi criada no sé dónde ha ido... y...

—Cuidado!... mirad que se os caen las manzanas...

—Bah!... no importa!... quién repara en eso?

—Y el carbon tambien lo estais sembrando.

—Cómo?... carbon, decís?... no, no es....

Y el pobre profesor, que no queria enseñar su espuerta, se pone colorado como un tomate, tratando al propio tiempo de enderezar lo que tiene á la espalda. Pero Alejandro, que tiene lástima de su situacion, le quita rápidamente el fardo, y le coloca encima de un banco diciendo:

—Permitidme que os ayude, y os descargue. Yo sé tambien lo que son las pequeñeces de una casa, y me sucede muchas veces ir yo mismo á comprar... generalmente cuando lo hago, salgo ganando, porque me evito la sisa de

mi *groom*... oh!... son unos ladronzuelos los tales *grooms*!..

—Señor, yo... la verdad... estoy confundido... no sé... es preciso que mi criada se haya perdido!...

—Mi *groom* se pierde tambien á menudo... hay ocasiones que está sin parecer hasta ocho dias... creedme, es una verdadera desgracia el tener criados!... con qué gusto se pasaria uno sin ellos... si se pudiera.

—Es cierto, caballero. Y deseábais tal vez hablarme para algun nuevo alumno? Yo enseño á leer, á escribir, y las tres reglas primitivas; no llego á la division... á menos que no tengan siete años, y añadan al honorario cincuenta céntimos al mes.

—Dispensadme, señor Loupard, pero no se trata de eso. No he venido á veros para confiaros ningun alumno.

El semblante del maestro se oscurece, y empieza á ocuparse de sus manzanas limpiándolas con un pañuelo de color, despues de haber quitado la melaza de entre el carbon.

—Señor Loupard, vengo á vos por una necesidad...

—Cómo, caballero!... Y para eso entrais en la clase?... Y yo, que he vertido la leche... id al patio; allí vereis una puertecita amarilla...

—Tampoco es eso, señor Loupard, tampoco es eso.... creeis que para eso hubiera venido á incomodaros?.... por quién me tomais?

—Pues entonces?

—Conoceis por casualidad á un tal señor Bodinet?

—Bodinet!... esclama el profesor levantando la vista al cielo. Si le conozco!..., á Bodinet!.... ah!.... sí, caballero; tengo esa desgracia... Bodinet!... quisiera no haberle conocido... solo el oir su nombre me saca de mis casillas.

—Yo no sé si os saca á vos, pero temo no me eche á mí de la mia. Mirad, señor Loupard; aquí hay un billetito firmado por ese Bodinet, á quien no conozco. Son cincuenta francos. Este pagaré me le ha enviado mi tio. Ha costado un gran trabajo encontrar al deudor que sale de su

casa antes de amanecer... por fin, se ha podido conseguir, pero no ha pagado.

—No me sorprende eso en él, caballero.

—Ha contestado que no tenia dinero... pero viendo que se le apremiaba, añadió: «mirad lo que hay escrito debajo.» Y en efecto, debajo de la firma... servíos mirar vos mismo lo que hay escrito.

El maestro de escuela aproxima el pagaré á sus narices, lo cual parece indicar que es corto de vista, y lee deteniéndose en cada palabra.

—*En caso de necesidad.... abonará Mr. Loupard.... maestro de primeras letras... arrabal Montmartre...* Qué significa esta broma tan pesada, caballero?

—Oh!... veo, señor Loupard, que no estais muy al corriente de los negocios mercantiles. Esto significa que no pagando Mr. Bodinet, se tiene el derecho de venir á preguntaros si quereis pagar por él para no desairar su firma... y si así lo haceis, no debo ocultaros que me hariais un especial favor.

—Pagar por él, caballero!... pagar por ese bergante!... No me faltaria mas que esto para que fuera el ribete de la empanada!... Pero se necesita ser bien atrevido, bien desvergozado para haber escrito esta... vos llamais á esto una necesidad?

—Se llama así comunmente.

—Esta horrible necesidad al pié del pagaré.

—Pero vos no teneis fondos de ese señor Bodinet?

—Fondos!... no, caballero; no tengo fondos suyos... lo que tengo es otra cosa que os voy á enseñar.

Y aproximándose á una de las ventanas, empezó á llamar:

—Eh!... hola!... caballerito Arístides Bodinet, servíos acercaros aquí en seguidita.

Una vocecita regañona respondió:

—Señor maestro, he prestado mi trompo á Bertrand, y no quiere dármele... yo quiero mi trompo!

—Y yo no quiero dártele!.... para qué has roto mi bomba?

—No fuí yo; ha sido Finart.

—Mentira, que has sido tú!

—Fuiste tú!

—Dáme el trompo, ó te pego un cachete.

El maestro saca la cabeza, gritando.

—A ver?... si no hay silencio, voy allá con la correa!.. prontito, aquí, Arístides!

Un momento despues entra en la clase un chiquillo como de cinco años. Es un rubito de cara alegre, despierta, de aire marcial, muy plantado, que no es bonito, pero que tiene una de esas fisonomías frescas y simpáticas que tanto agradan en un niño por lo mismo que son raras en las personas mayores. Sus ojos azules son pequeños, pero muy vivos; se fijan sin vacilar en la persona á quien habla; su boca es grande y bien cortada; su nariz un poquito ancha y remangadilla, y su color blanco y rosado.

El traje del muchacho se compone de una mala chaqueta rota por los codos, un chaleco que no tiene mas que dos botones, y un pantalon remendado y recosido, aunque no tanto que impida á la camisa salirse en algunos sitios y flotar por detrás entre las piernas del pantalon que le llega escasamente á los tobillos, sitio á que alcanzan unos malos calcetines: unos zapatos torcidos y sin suelas casi completan el traje del jóven Arístides, y este vestido mas que modesto no impide al chiquillo presentarse con la soltura de un page de la edad media. Pero la cuestion del trompo se habia elevado á trompis, y de ello eran señales evidentes sus cabellos desgreñados, unos cuantos arañazos en la cara, y su color como el de la cresta de un gallo.

Al presentarse en la clase, vá derecho hácia el maestro gritando:

—Maestro, Bertrand me ha arañado, y yo le he dado dos puñetazos... he hecho bien... pero él dice que le he hecho sangre en las narices... Me alegro!.... y como no me

dé el trompo, todavía le voy á sacudir mas... El verá...

—Callad, Arístides... he dicho que silencio, y quieto aquí!... yo aclararé esa historia del trompo... Caballero, veis este niño?

—Sí, y me gusta mucho.... Tiene cara de listo.... no debe ser torpe!

—Oh! ya lo creo que no lo es!..Hay ocasiones en que me hace preguntas superiores á su edad... es una cabeza loca!... alborotador... quimerista... pegándose con los compañeros por quítame allá esas pajas... pero tiene muy buen fondo, y sobre todo no es hipócrita. Pues bien, caballero, es el hijo de Mr. Bodinet... Me le trajo hace mas de un año... Se ha cumplido en el mes de Setiembre. Estaba vestido tal como le veis con la sola diferencia de que su ropa se hallaba en mejor estado... pero los niños destrozan muchísimo en un año. En fin, su padre me dijo, dándose el tono de un hombre importante: «Señor mio, aquí está mi hijo, á quien quiero que eduqueis... enseñadle muchas cosas, y sobre todo que aprenda á hacer fortuna, que es la ciencia mas útil.—Caballero, respondí, antes de hacer fortuna es preciso aprender á leer y escribir, pues si bien es cierto que se ven personas que han hecho carrera sin saber nada de esto; esas personas deben considerarse como escepciones, como anomalías... Antes de nada, procuraré que este niño sea prudente, estudioso, obediente, á fin de que mas adelante llegue á ser un hombre probo y virtuoso.» El padre que parecia estar distraido, replicó: «Pues bien, os le confio, y vos sabreis lo que debeis hacer... Desde luego queda instalado aquí; le mantendreis... come poco... le lavareis, le instruireis, y arreglaremos cuentas.—Un momento! le interrumpí; no recibo niños á pupilo... sin embargo... si os es absolutamente preciso, como quiera que no tengo otros, me haré cargo de él... pero en ese caso... por el pupilaje completo, instruccion, y ropa limpia, me dareis trescientos francos el primer año, y á medida que vaya creciendo iremos aumentando el precio.—

Muy bien, respondió Bodinet; no me parece caro...—Estamos conformes... que se quede.» Pero viendo que se disponia á salir, le detuve diciéndole: «Pero, caballero, y el equipaje de este jóven? porque ya comprendeis que por trescientos francos no voy tambien á vestirle.—Su equipaje?... contestó Bodinet rascándose una oreja: trae dos camisas puestas, y otro par de medias en el bolsillo: no tendrá bastante para los primeros meses?—No es posible, señor: necesita lo menos media docena de camisas, pañuelos, medias, una blusa... en fin, todo lo que es preciso.—Bien, pues yo os enviaré el equipaje en toda esta semana. Aquí están las señas de mi casa.» Y volvió á intentar largarse, pero yo le detuve de nuevo, para decirle: «Pero, señor, no sabeis cuál es la costumbre? Cuando se lleva un niño á un colegio, se paga siempre por trimestres anticipados... y aun hay algunos donde se exije un semestre... pero yo me contentaré con tres meses... de suerte que teneis que darme setenta y cinco francos.» Mr. Bodinet hizo entonces una mueca estraña; se tocó, registró todos sus bolsillos, y concluyó por presentarme trece francos y medio, diciéndome: «No tengo mas que esto encima... yo os enviaré el resto con el equipaje del pequeño.» Mas viendo que yo no me contentaba con sus trece francos, corrió á un paquete cuidadosamente envuelto en un papel, que habia colocado en un banco cuando entró, y esclamó con aire de importancia: «Cáspita!... caballero, puesto que tan poca confianza teneis en mí, voy á mostraros que en cambio yo la tengo en vos... Voy á dejaros valor de mil francos... pero me es igual porque estoy atestado de mercancías... y últimamente, esto desvanecerá todo vuestro temor con respecto á vuestros adelantos.» Al decir esto, desenvolvia su paquete: yo esperaba ver joyas, alhajas de oro y plata; pero el lio no contenia otra cosa que cajas de polvo, de las cuales habia como una veintena de diferentes formas y tamaños... ahora os las enseñaré... Yo, caballero, no soy inteligente en estos objetos porque no tomo polvo, mas él me dijo.

«Todas estas cajas son de un gran valor: las hay de platina, de concha, de madera de Judea... en fin, una con otra valen á cincuenta francos. Con todo, si encontrais medio de colocarlas á veinte, hacedlo, os lo permito. Y ahora, supongo que estareis confiado y tranquilo, pues ahora sois vos el que me adeudais; no importa; sereis mi almacen, mi depósito, como si dijéramos, y recurriré á vos en caso de necesidad. Adios; volveré á veros pronto.» Y partió, sin siquiera dar un beso á su hijo. Confieso que yo estaba aturdido en medio de las cajas de polvo, pero en fin, me quedé con el chiquillo. Pasó un mes, y no volví á ver á Mr. Bodinet. Iba á la casa, cuyas señas me habia dejado, y siempre me contestaban. «El señor está fuera; no sabemos cuando volverá.» Durante este tiempo, Arístides rompió sus dos camisas y sus dos pares de medias. Pasó otro mes, y nada! Traté de vender algunas cajas, y me ofrecieron por la mejor treinta y cinco sueldos.... no he querido darlas á ese precio temiendo perjudicar á su dueño... En fin, qué puedo decíros?.... Han pasado meses y meses.... Mr. Bodinet ha mudado de domicilio sin dejar sus señas.... y no se ha vuelto á ocupar de su hijo... Yo hubiera podido ir á quejarme al comisario... y hubieran puesto al niño... qué sé yo dónde? pero á deciros verdad, no he tenido valor; es guapo, aunque algo alborotador... tiene mucha disposicion... aprende cuanto quiere... y he dicho para mí: «Seria una lástima ponerlo en la calle; es verdad que come mucho para su edad, pero come de todo, y por consiguiente no es difícil mantenerle...» Así es que ahí le tengo.... le visto como puedo... aun cuando eso me cuesta mas trabajo, porque yo mismo....

Mr. Loupard hace un movimiento como para separar su levita y enseñar el pantalon; pero comprende que seria esplicarse demasiado, se detiene, y prosigue:

—Desgraciadamente vamos á entrar en el invierno, y esta pobre criatura está casi en cueros.... pero en fin... la Providencia es grande! quizá ella me enviará algunos alum-

nos que paguen bien, y trataré entonces de atender á todo. Ahora bien, caballero; creeis que no debo desairar la firma de Mr. Bodinet?

Alejandro ha escuchado atentamente al maestro de escuela. Ese hombre que á primera vista le ha parecido torpe y ridículo, ha tomado otro aspecto á sus ojos; ahora vé en él un hombre generoso, sensible, caritativo, y le tiende la mano diciéndole con voz conmovida:

—Señor Loupard, dadme la mano... me considero feliz con estrecháros la.

—Señor... me honrais demasiado.

—No tal... el honrado soy yo... porque vos sois un hombre de bien!... Se vé que no sois rico, y sin embargo conservais á vuestro lado un niño, cuyo pupilaje no se os paga... partís con él lo poco que teneis mejor que abandonarle... lo que su padre no ha vacilado en hacer, vos no os atreveis!... ah!... lo repito... sois un hombre honrado!... Yo soy un calavera... como y gasto cuanto gano... muchas veces mas de lo que gano... pero á pesar de todo, si yo tuviera un chiquillo, me arreglaria de suerte que jamás le tuviera en poder ageno... y si os he de hablar francamente... ese Mr. Bodinet me parece un solemne canalla.

—Ah! caballero... no digais esas cosas delante de su hijo!...

—No nos oye... está goloseando la melaza.

—Cómo?... á ver!... caballerito Arístides?... qué estais haciendo ahí?

—Si era para ver si es buena!... Es para almorzar yo, no es verdad?

—Veremos... si sois bueno, os pondré un poquito en el pan: sinó, pan seco.

—Ah!... bah!... siempre dice eso papá Loupard... pero nunca me dá pan seco... por eso le quiero yo mucho... es mi amigo... No es verdad, papá Loupard, que tú eres mi amigo?

Y el chiquillo se abraza á las piernas del maestro

que mira á Alejandro murmurando:

—El picaruelo conoce el modo de desarmarme... me ha tomado el pan bajo el sobaco... y no hay medio de enfadarse con él!... Caballero, quereis que os enseñe las cajas de polvo?... Voy á hacerlo, con eso me direis próximamente lo que valen.

—Es inútil, señor Loupard... conozco perfectamente ese género, y sé tambien de que fábrica proviene... salen de manos de un tio mio que hace este comercio, y á él es á quien Mr. Bodinet ha suscrito un billete de cincuenta francos. En cuanto á su valor, varia entre veinticinco y cuarenta sueldos; de suerte que si os las pagan á este último precio, podeis darlas sin recelo.

—Y el tal Bodinet que decia que me dejaba efectos por valor de mil francos!... Se puede mentir mas descaradamente?

—A propósito, puedo daros sus señas. Vive en la actualidad en la calle Galandes, número 7 ó 9, pero tampoco se le halla en casa jamás.

—No importa... Iré á hacer las últimas tentativas.... A lo menos, ya que no sea otra cosa, que me dé con que comprar á su hijo ropa de invierno.

—En efecto, este pobre chico no debe tener calor; esa chaqueta y ese pantalon están amenazando dejarle completamente en cueros.

—Guardad esa camisa, Arístides.

—Si la guardo, pero se vuelve á salir otra vez... es porque hay un agujero.

—Ayer no era mas que un rasgoncillo... le habreis hecho mayor cuando os habeis peleado, como haceis contínuamente.

Alejandro se acerca á Arístides y le dá una palmadita en el carrillo, mientras este le mira sonriendo.

—Hola!.. con que somos pendencieros, eh? caballerito.

—Cá!... no señor... si es jugando.

—Qué edad tienes?

—Pronto cumpliré cinco años.

—Tienes frio en los brazos?

—No señor... cuando tengo frio, me pongo á jugar á calienta-manos.

—Así se calientan las manos, es verdad. Pero tu pantalon está roto por detrás y te debe entrar viento... Ese sitio no te le harás entrar en calor jugando á calienta-manos.

—No, señor... pero caliento la camisa y me la guardo...

—Vamos, veo que no te faltan recursos... Quieres venir conmigo?

—Dónde?

—A mi casa... no es lejos, porque vivo en la misma casa... Te daré confites.

—Vaya!... entonces, sí que quiero... si papá Loupard me lo permite.

—Vamos á pedirle licencia.

Alejandro se dirige al maestro de escuela que está arreglando las manzanas y la manteca.

—Señor Loupard, soy vecino vuestro, me llamo Alejandro Grandmoulin, y vivo en el otro cuerpo de la casa. No soy rico, pero sin embargo debo conservar en mi guardaropa algunos vestidos usados que podrian servir al niño. Me permitís que se los dé?

—Ah!... caballero!... qué bueno sois... los acepto con reconocimiento á nombre de mi educando.

—Entonces en marcha! vamos andando, Arístides!... Señor Loupard, espero que me permitireis la satisfaccion de volveros á ver.

—Caballero, me honrareis siempre que vengais.

Alejandro toma de la mano al chiquillo y llega con él á su cuarto en el momento en que Collinet salia para ir á su estudio.

Al ver á su vecino, exclamó el pasante:

—Ah! vienes de ver al maestro de escuela?... Y bien, te ha pagado?... Y el apéndice aquel de *en caso de necesidad*...?

—La necesidad? Mírala... aquí tienes la necesidad... conmigo la traigo!

—Calla!... y quién es este descamisado?

—No te lo digo, hombre?... la necesidad... de cinco años... porque la hay de todas edades... pero cuando uno es tan niño, no tiene fuerza para resistirla.

—Pero qué diablos estás ahí diciendo?

—Qué es eso?... qué hay? preguntó Gaston entreabriendo su puerta y asomando la cabeza para ver lo que pasa en el corredor.

—Entrad un momento en mi habitacion, señores, y os esplicaré todo lo que hay... Arístides, vamos adentro.

Alejandro hace entrar al niño: Gaston y Collinet los siguen. Una vez en su cuarto, el jóven les cuenta lo que acaba de saber de Mr. Loupard, y la conducta de este con el hijo de Bodinet, y termina su narracion, diciendo:

—Ahora, señores, espero que no dejareis que lo haga todo ese pobre maestro de escuela, que, segun me parece, no tiene bastante ni aun para sí. Mirad de qué modo está vestido este muchacho... ó mas bien, reparad que no está vestido de ningun modo, y estamos á entrada de invierno. Vamos... todo ello es negocio de nada... se trata de regalarle algunas prendas de las que nosotros ya no nos ponemos... Mr. Loupard hará que se las arreglen á su cuerpo... y á lo menos este muñeco no se helará con el frio... lo cual seria lástima, porque os aseguro que hay algo bueno en esta cabeza y en este corazon!

—Lo que acabas de hacer está muy bien hecho, Alejandro, contesta Gaston dando un beso al niño: voy á revolver entre mi ropa.... debo tener una porcion de cosas que darle.

—Y tú, futuro escribano, no te mueves?

—Yo?.... no creo que tengo nada que le esté á su cuerpo.

—Si no se trata de que esté á su cuerpo... eso ya se ar-

reglará... ó es que tendrás el mal corazon de no darle nada absolutamente?

Collinet no contesta, pero entra refunfuñando en su habitacion.

A los pocos minutos, Alejandro habia encontrado un pantalon viejo, un pantalon de punto, dos chalecos, uno de ellos de franela, y se lo iba poniendo todo en el hombro á Arístides. Gaston trae un lio con camisas usadas, pañuelos, corbatas, y un vestido completo de paño negro en medio uso. Ya no se esperaba mas que á Collinet. Este, despues de tardar mucho, llega con dos cuellos postizos y una media de algodon, que presenta diciendo:

—Esto es todo lo que he encontrado para poderlo dar.

—Cómo, Collinet!... ni aun traes el par de medias completo?... guardas acaso la otra para regalársela á Teresita?

—Si hubiese encontrado la compañera, no le daria esta... me las hubiera guardado para mí... precisamente no tengo mas que las puestas.

—Pero qué quieres que haga con una media?

—Toma!... puede hacer de ella un gorro de dormir.

—Chico!... has hecho perfectamente con meterte á pasante de escribano.

—Señores, cuando uno no tiene bastante para sí, me parece que... en fin, ya sabeis el proverbio:—*La caridad bien ordenada empieza por uno mismo.*

—Ese proverbio ha sido hecho para los corazones duros.

—Oye, oye!... dice el niño. Todo esto que hay aquí es para mí?

—Sí, chiquitin. Vas á vestirte como un estudiante de farmacia de tercer año.

—No, pero aquí hay tambien para mi amigo Loupard... Todo para mí, no... y para él?

—Para él, lo que tú quieras darle.

—Bueno!... entonces se lo daré todo, que tambien él me dá de comer.

—Mirad, señores, aquí teneis una criatura agradecida... oh! cuando yo decia que hay en él un buen corazon... no todos le tienen igual; es verdad, Collinet?

—Me voy; estoy tardando ya en mi estudio.

—Dime, Arístides; podrás llevar tú solo esto hasta la escuela?

—Sí que puedo!... vaya!... ya lo creo!...

—Pero es que pesa!

—No importa; puedo con ello!

—Escucha; y si no puedes llevarlo al hombro, llévalo arrastrando; todo se reduce á lavarlo.

—No, no; puedo con ello. Muchas gracias, señores.

—Hasta la vista, Arístides. Ah!... oye... no te pelees con Bertrand, sobre todo cuando...

—Ya entiendo: cuando esté bien vestido... oh!... entonces... como él me diga cualquier cosa... ya verá... siempre me estaba llamando: «pobreton, haraposo.»

—Ah!... eso ya es distinto. Si te dice eso, sacúdele firme; harás divinamente, hijo mio: decididamente este es un muchacho de provecho.

VI.

LA BOTELLA.—DOS AL SACO.

Cuando el pequeño Arístides se alejó, Collinet tomó su rollo de papelotes, le colocó debajo del brazo, y dijo:

—Con que, señores, me voy.

—Y yo tambien, añadió Alejandro tomando su sombrero. Voy á ver si trabajo algo hoy, porque no tengo un

céntimo. Y tú, Gaston, vas á salir tambien?

—Yo? no: no salgo tan temprano.... tiempo tengo.... Necesito trabajar.

Al hallarse en el pasadizo, los tres jóvenes se miran, se echan á reir, y miran hácia arriba.

—La has visto tú?

—No.

—Y tú?

—A quién?

—Hazte el tonto!.... En quién pensamos los tres en este momento?... No es en la vecinita de arriba?

—Ay!... es verdad!... Pues mira, ya no me acordaba.

—Qué gracioso!... ni yo!

—Sabeis, señores, que la guerra no es igual?

—Eso digo yo. Gaston tiene mucha ventaja sobre nosotros. Nuestras ocupaciones nos obligan á abandonar la casa á Collinet y á mí, en tanto que Gaston es capaz de no salir en todo el dia, de ponerse á trabajar en el pasillo mismo, á fin de atrapar la chiquilla al paso... pero á bien que él no es emprendedor, y esto nos iguala... nosotros la buscaremos á domicilio.

—Eso!... nosotros la notificaremos nuestro amor cuando se halle en su casa.

—Vente!... futuro tabelion: voy á enseñarte de camino donde se venden medias deshermanadas, para que otra vez no te espongas á hacer otro regalo incompleto.

—Oh!... no, no soy emprendedor!... tienen razon!.... decia Gaston para sí viendo á sus amigos bajar la escalera. Pero ahora lo seré.,. quiero serlo... porque la imágen de esta jóven encantadora ha estado toda la noche ante mi vista... no he podido dormir un solo momento... Qué hermosa es!... sus ojos tienen una espresion tan dulce y tan espiritual!... qué talle tan esbelto!... cada movimiento tiene un hechizo... su voz llega al corazon... qué timbre tan argentino!... No, jamás he amado como la amo á ella!.... Pero, Dios mio!... me amará ella á mí?... tal vez ninguno

de nosotros lo consiga... ayer casi no ha reparado en mí... la hablé tan poco!... si bajara ahora que los otros se han ido... Ah!... creo que oigo abrir una puerta!

Una criada baja y se echa á reir en las barbas del jóven que se pasea por el corredor con la pluma en una mano y el cuaderno en la otra. Gaston finge entrar en su cuarto; pero cuando se ha asegurado de que la criada se ha alejado, abre suavemente la puerta, y vuelve al pasadizo á mirar al aire.

Hace cerca de diez minutos que está de centinela, cuando oye abrir otra puerta, y baja otra criada. Gaston entra en su cuarto y sale cuando ha pasado. Se abre otra puerta, pero es en el piso de abajo. Es el aleman gordo, Mr. Beugle, que sale de su casa. Gaston, que deseaba una ocasion de hablar en el corredor, para disimular su vigilancia, se asoma á la barandilla y saluda á su vecino.

—Buenos dias, Mr. Beugle. Hoy salís tempranito.

—Oh!.... puenos tias, senior Caston.. Está pueno el tiempo!

—Sí; pero hace frio... Vais á dar un paseito?

—Oh, Tios mio!... Gué quereis que jaga?.... Yo no sape en qué pasar el tiempo... yo mi fastitia... yo no tenga nata que jaser.

—Por qué no leeis?... Eso siempre distrae algo!... ó es que no os gusta la lectura?

—Oh!... sí!... yo ama mucho la lectura... pero yo no sape leer pien totos los lipros franceses!

—En ese caso, leed los alemanes.

—Oh! no... eso mi fastitia!... Guereis un puen sigaro?

—Lo tomaré de buena gana.

Gaston baja al tercer piso; toma el cigarro que su vecino le presenta, y trata de continuar la conversacion, aunque sin dejar de mirar arriba.

—Comeis generalmente en la fonda, Mr. Beugle?

—Oh! no: es mi doméstiga que jase mi gosina... ella jase pien... no... mas yo está agostumbrato.

—Y por qué no comeis en una fonda? es mas alegre.... distrae mas...

—Oh! sí: mas en casa te la fonta no sirpe á mi aquello que quiere yo gomer... Guanto yo pite un bollo asato, me sirpe una otra gosa en salsa... y así totos los tias...

—Y qué entendeis por un bollo asado?

—Oh! Tios mio!... un bájaro!... un ape... que puela...

—Ah! ya comprendo!... un pollo!...

—Ya... un bollo!... eh! puenos tias!... poy á tar una pueltecita.

—Y el teatro, Mr. Beugle?... debíais ir á menudo al teatro!... tambien es divertido... se pasa la noche...

—Oh! sí; es dipertido.... mas yo me tuerme... yo no gomprente pien... haria falta mí que piene alcuno otro gon mí... y espligue mí... y entonces ya gomprenteria pien.

—Y bien... se lleva... por qué no llevais una señora, por ejemplo

—Oh! yo no gonoce senioras.

—Ahí teneis dos... en vuestro mismo piso... dos viudas, que... estoy seguro que se alegrarian de entablar relaciones con vos.

El aleman se inclina hácia Gaston, y le dice con aire picaresco:

—Oh!... ellas son ponitas no!

—Ah! Mr. Beugle!.... con que las necesitais bonitas? vamos, ya veo que sois aficionado.

—Oh! sí; yo era aficionado otras peces.... mas ahorá yo no es... atiós... puenos tias... poy á pasear!

Gaston no se atreve á detenerle por mas tiempo, yendo lentamente á su habitacion, donde entra, teniendo cuidado sin embargo, de dejar la puerta abierta de suerte que nadie pueda pasar por el corredor sin que él lo vea. En vano procura trabajar; le es imposible escribir una sola escena, ni hacer un verso, y en lugar de ocuparse de su comedia, no piensa mas que en la vecina del quinto piso. Al menor ruido saca la cabeza para ver mejor quién pasa. Se

apesadumbra viendo que no hay esperanza, y consulta qué pretesto podria tomar para ir á llamar á la puerta de la señorita Felicia, diciéndose:

—Alejandro ya le habria encontrado, y no tendria miedo de presentarse!... Pues yo quiero vencer ahora... quiero que ella me ame... pero para esto es preciso á lo menos que yo me declare.

De pronto suena ruido de pasos en el corredor; Gaston se levanta acelerado dejando caer la silla y la mesa, derramando el tintero y manchando el papel en que escribe, corre al pasillo, y se encuentra á la señora Montenlair en paños menores, y llevando en las manos algo que vá á vaciar.

El jóven se detiene confuso y su vecina se vuelve á meter corriendo en su casa diciéndole:

—Buenos dias, vecino.... me habeis asustado.... habeis salido como un caballo desbocado... no me mireis, porque estoy completamente de mañana.

Está segura!... No es ella la que yo deseo ver.... ah!.... la señorita Felicia sí que debe estar hechicera en ese traje... oh!... y para eso, que tuviera que recojer del suelo alguna cosa!... qué pierna tan bonita!...

Este pensamiento inflama la imaginacion de Gaston, pierde la cabeza, y ya no se contiene: sube la escalera diciendo:

—Tanto peor!... la pediré... un vaso de agua.

En el momento de llegar á los últimos escalones, Gaston oye abrirse una puerta, y se presenta Felicia.

La linda jóven se detiene al encontrarse con el vecino; este, por su parte, se siente confuso, turbado, como si le hubiesen sorprendido en un delito, se apoya en el pasamano, y dice:

—Ah! perdon, señorita.

—Buenos dias, caballero. Subíais?

—Sí señorita... Iba... yo no sé si me atreva...

—Necesitais alguna cosa?

—Eso es justamente. Me encuentro por casualidad sin agua... tenia sed... y...

—Voy ahora mismo á serviros.

—Señorita, os suplico que me dispenseis... A la verdad, es una indiscrecion, no conociéndoos sino desde ayer, atreverme á incomodaros...

—Y por qué no?... entre vecinos es lo mas natural.... No he llamado yo anoche en casa de esa señora, que por cierto es sumamente amable?... habrá salido ahora... y por esta razon habeis pensado en mí?...

Gaston se muerde los lábios y contesta:

—Sí, sí... me parece... creo que ha salido.

—Servíos acabar de subir.

La jóven abre de nuevo su puerta, y saludando al jóven, le dice:

—Tomáos la molestia de pasar adelante: no entrais en ninguna habitacion elegante, pero vos sereis indulgente.

Gaston no se hace repetir la invitacion; entra en el cuarto de la jóven, respira con delicia, y mira alrededor diciendo:

—Ah! qué hermoso está esto!

—Bien veis que es demasiado modesto.

—Qué aroma!

—Es porque tengo algunas flores: es mi mejor adorno. El resto de los muebles no son mios. Cuando salí de París para ir á casa de mi tia, vendí todo lo que tenia, de suerte que al volver hubiera necesitado comprar de nuevo. Vivir en una casa de huéspedes, no es muy oportuno para una soltera; así es que me he dado por satisfecha con encontrar este cuartito amueblado en una casa honrada.

—Oh!... pero si esta habitacion es lindísima... qué bien se debe estar aquí!... pasaria en ella toda mi vida.

—La jóven sonrió al ver el entusiasmo de Gaston; y respondió:

—Creo que estareis mejor en vuestra casa.... al menos aquella no estará hecha en forma de boardilla.

—Os aseguro que estoy mucho mejor aquí... qué hermosas vistas!...

—Próximamente debeis vos tener las mismas.

Gaston lo examinaba todo lleno de dicha; sus ojos se detenian sobre el modesto lecho colocado en el fondo de la habitacion, sobre la mesita, sobre los vasos de flores, sobre el sillon colocado junto á la ventana y que él suponia ser el sitio habitual de Felicia. No decia nada; su corazon estaba henchido de júbilo, y no podia hacer mas que suspirar.

Entretanto la jóven habia ido á tomar una botella de barro que llenó de agua, y la coloca sobre la mesa, diciendo:

—Aquí teneis lo que deseábais.

Gaston vé con dolor que ya no puede permanecer allí por mas tiempo, porque su vecina iba á salir, y tal vez fuera á algun negocio urgente. Mira alrededor y se dirige á la puerta balbuceando.

—Ah!... decís bien, señorita... íbais á salir, y tal vez os estoy estorbando... dispensadme.

Y sale suspirando de casa de su vecina, que le sigue. Cuando entrambos se hallaban casi abajo, Felicia le mira, y esclama:

—Y bien, vecino; en qué estais pensando? No habeis tomado el agua.

—Ay!... es verdad!... se me ha olvidado.

—Es mia la culpa, que no observé... Esperad, esperad.

En pocos segundos sube la jóven, abre, toma la botella, vuelve á cerrar y se encuentra al lado de Gaston, que continúa indeciso y como clavado en aquel sitio.

—En verdad, señorita, la dice, que no sé cómo agradeceros toda la molestia que os causo... soy un majadero, un aturdido ..

—No es tan grande el mal... ya está aquí, y voy á llevárosla hasta vuestro cuarto, porque los hombres no saben andar mucho con estas cosas.

—Ah!.... eso sí que no lo permitiré!.... otra incomodidad.... no, no; dádmela, yo la llevaré.

—Nada, no os canseis; os la daré á vuestra puerta.

—Pero yo no puedo permitir que vayais cargada.

Y el jóven toma la botella por el fondo mientras Felicia la retiene por el cuello: Gaston quiere llevarla; ella se resiste, pero al fin cede precisamente en el momento en que él renuncia á su deseo, y la botella cae y se hace añicos é inunda de agua la escalera.

Gaston contempla estupefacto el destrozo, y Felicia se echa á reir.

—Veis como digo yo bien?... Soy un torpe!

—No, soy yo, que la solté de repente.

—Oh!... no me disculpeis.

—Ultimamente, no creo que es tan grande la desgracia.

—Ah!... eso no, y aun es fácil de repararse, porque yo creo que debo tener una casi igual. Voy á buscarla corriendo.

—Para qué?... No merece la pena...

—Sí, sí; yo he roto la vuestra, vos debeis tomar la mia.

Gaston entra rápidamente en su cuarto, cuya puerta está abierta, y Felicia le sigue diciendo:

—No, no; yo la tomaré, y subiré á llenarla en un momento.

Y el jóven se detiene confuso en el momento de tomar la botella que está sobre la chimenea, porque acaba de ver que está llena de agua.

Felicia lo ha observado tambien, y se ruboriza tanto como Gaston, quedándose los dos jóvenes un momento parados, mudos, uno en frente de otro. Pero Felicia al fin se compadece de la turbacion de su vecino y rompe el silencio:

—Os habiais equivocado... teniais agua.

—Cómo!... tenia...

—Sí; mirad!

Gaston levanta los ojos, pero no para mirar á la botella: su vista se detiene sobre la mirada de la jóven, y con los ojos henchidos de amor parece implorar su perdon.

En este momento se oye en el pasillo la voz de Mad. Montenlair que canta, trastea, y dice al fin:

—Ya siquiera estoy mas presentable... pero cuando el señor Gaston me habló... me daba miedo á mí misma.

Felicia se sonrie viendo á Gaston bajar los ojos y ruborizarse avergonzado de que se le hubiera cogido en otra mentira. Sin embargo, la jóven no se irrita: hay mentiras que las mugeres perdonan fácilmente.

Entretanto, Felicia dá un paso hácia la puerta, y saluda:

—Adios, caballero.

Gaston se apodera de una mano, y apretándosela, la dice:

—Perdonadme... ahora ya sabeis que todo cuanto he dicho ha sido solo un pretesto... me abrasaba el deseo de volveros á ver... esperaba que bajariais... he pasado una parte de la mañana en la escalera, pero vos no pareciais, y no podia resistir mas... Toda la noche he pensado en vos... y desde hoy pensaré siempre.

—Pero, caballero, apenas me conoceis... me habeis visto ayer por primera vez... Oid... Convengamos en una cosa... me vísteis.... me habeis encontrado pasable.... y habeis creido que nada habia mas fácil que entablar relaciones... Por eso me decís lo que sin duda repetís muy á menudo á otras mugeres... y de lo cual no sentís lo mas mínimo.

—No creais tal cosa, señorita: oh!.... preciso es que la impresion que me habeis causado sea grande y verdadera... para haberme atrevido á decíroslo... Mi amor ha sido mas fuerte que mi timidez... hasta este momento jamás me he determinado á decir otro tanto á ninguna muger.... y es que nunca he sentido lo que siento por vos.

—Dispensadme si no os creo tan ligeramente...

—Ah!... qué es preciso hacer para que me creais?.... decid!... mandadme!

—Primeramente, dejarme marchar; porque si alguno viniese y me encontrara en vuestra habitacion, podria formar juicios que no me serian favorables.

Gaston suelta la mano de Felicia, que satisfecha de su sumision, sale de la habitacion diciendo:

—Adios, señor Gaston.

Y acompañando estas palabras con una sonrisa que le indicaba que no le guardaba rencor.

El jóven sale al pasillo detrás, pero ya ella estaba en el piso de abajo y no se atrevió á seguirla. Por fin, se decide á entrar en su cuarto, cuya puerta cierra: sin embargo, está satisfecho de sí mismo, porque empieza á tirar su gorro por el aire esclamando:

—Al fin hablé... me he declarado... sabe que la amo... y no ha parecido enfadarse!... Bien!... viva!.. desde hoy ya no tengo miedo!... me lanzo, y voy á caminar en el amor tan de prisa como Alejandro.

VII.

LOS REGALOS.

No bien habia terminado su entusiasmado monólogo, vé la botella, y dice:

—Con todo, he roto la botella de la señorita Felicia, y es preciso darla otra... tanto mejor!... ya tengo un motivo

para volver á su casa... compraré la mas bonita que encuentre... y se la llevaré cuando vuelva!... Al momento!... listo!... voy á comprarla, porque en este momento me es imposible trabajar.

El jóven se pone un paletot y sale. Al bajar, se encuentra á la señora Montenlair en conversacion animada con la conserje, y al pasar le hace un movimiento de cabeza que quiere significar muchas cosas; pero Gaston no se detiene aunque adivina que se trata de la señorita Felicia, ó que ella es el objeto de la conversacion.

Gaston no sabe donde se venden botellas, y marcha á la casualidad mirando á derecha é izquierda. De pronto siente que le agarran del brazo. El que se le ha reunido es un jóven autor con quien se ha unido hace poco tiempo, y que le ha prometido trabajar con él en colaboracion. Es, pues, un conocimiento precioso para Gaston, porque puede ayudarle á introducirse en los teatros, cosa mas difícil que lo que parece, y que otros géneros de literatura.

Durante su conversacion, se proponen mútuamente almorzar, dirigiéndose para ello á un café *restaurant* del arrabal Montmartre. Mientras el desayuno, arreglan el plan de una comedia, lo cual es causa de que el desayuno se prolongue hasta bastante tarde, de suerte que Gaston vuelve á su casa despues de las tres, con una preciosa botella que ha comprado en el boulevard.

Pero en tanto que Gaston ha olvidado sus amores por el desayuno, Alejando Grandmoulin no ha estado ocioso. Despues de haber corrido toda la mañana de tienda en tienda, ha logrado colocar una gran partida de café; ha hecho que le adelanten su corretaje, y una vez con el dinero en el bolsillo no ha pensado mas que en hacer la conquista de la vecinita del quinto piso. Como para conseguir lo que se desea respecto á mugeres, el mejor medio son las flores de todas especies, Alejandro compró para empezar sus hostilidades un soberbio ramillete, y se encaminó á su casa, diciendo:

—Todas las mugeres tienen cariño á las flores... y esta nos dijo ayer que echaba de menos las del jardin de su tia... por consiguiente, mi ramillete llegará como llovido del cielo... esta galantería la predispondrá en mi favor.... y una vez inclinada á mí... lo demás, ello solo corre.

Al llegar, pregunta Alejandro á la portera si está en casa la señorita Felicia.

—No, señor; ha salido *desde esta mañana acá!*... responde la señora Ador sin cesar de espumar el puchero, mientras que Amanda su sobrina, que en aquel momento está en la portería, examina abriendo una cuarta los ojos el ramillete que tiene el jóven en la mano, y al fin sin poderse contener esclama:

—Ay! qué hermoso ramillete!... digo!... mirad, mirad, tia...! qué soberbio ramillete!

—Ya veo... ya veo... estoy segura que no han puesto zanahorias.

—Zanahorias!... en un ramillete de tanto gusto!... qué estais diciendo?

—Dejad á vuestra tia ocuparse en su cocido, Amanda; ya veis que no piensa mas que en el caldo, y todo lo demás la es indiferente.

—Debe haberos costado muy caro, porque en este tiempo no se encuentran camelias.

—Desde luego debe suponerse que no es un ramillete de cuatro cuartos... Ah!... otra cosa!... Gaston ha salido esta mañana, señora Ador?

—Sí, señor; tambien ha salido y no ha vuelto, porque aquí está su llave; y á mas que ahora, en este *istante*, no hago mas que acabar de arreglar su cuarto, y el vuestro *á la par*.

—Está bien; pues cuando vuelva, hacedme el favor de decirle que yo no estoy en casa, si es que pregunta.

Y al subir la escalera, iba diciendo entre sí.

—De esa suerte, no sospechará nada, y no me acechará... No es que yo tema sus tentativas, pero bueno es enga-

ñar á sus rivales; me voy á poner con el oido pegado á la cerradura, y cuando oiga subir á la linda vecinita, la detendré al paso. Es un pájaro que se debe matar al vuelo.

Llegado al cuarto piso, se encuentra de manos á boca con la señora Montenlair que salia de vaciar en el cuarto escusado lo que no habia podido verificar antes por el encuentro de Gaston. Como no tenia criada, y ella cuidaba de su casa, se la hallaba con bastante frecuencia en el pasillo.

Alejandro trata de esconder su ramillete poniéndolo á su espalda; pero á una muger que tiene esperiencia se la engaña con mucha dificultad, y Mad. Montenlair era sobrado práctica.

—Buenos dias, señor Alejandro: qué temprano volveis hoy!

—Sí, es cierto, vecina... se me habia olvidado recojer una cosa... pero vuelvo á salir en seguida!.... De qué os sonreis, vecina?

—Yo?... de nada... ¡pero, tened cuidado!... mirad, vais á estropearle... no os acerqueis á la pared tanto... seria lástima, porque es bonito.

—Estropearle?... ah! ya!... le habeis visto?

Y el jóven al fin se decide á presentar su ramillete, diciendo:

—Sí, hoy son los dias de una tia mia.... y voy á felicitarla.

—Hola!... y para dar los dias á vuestra tia la comprais ramilletes como ese?... Sois ciertamente el modelo de los sobrinos!

—Es bonito, verdad?

—Ya lo creo!... ay!... ese ramillete me recuerda los que me arrojaban en Bordeaux!... Quisiera que Filoseles viera ese ramillete... él, que cree haber llevado al estremo la galantería cuando me compra cuatro cuartos de albahaca.

—Con que hasta la vista, vecina.

Alejandro entra en su cuarto mas que de prisa, y cier-

ra la puerta; Mad. Montenlair hace otro tanto murmurando:

—Un ramillete así para su tia!... si creerá que me mamo el dedo!... pues no me ha tomado por una *gili*?

Pocos minutos despues de entrar Alejandro, vuelve Gaston con su botella. La conserje le dice que sus amigos no están en casa, ni la señorita Felicia tampoco, y sube ligero la escalera, diciéndose:

—Voy á esperarla al paso, y le daré la botella.

Tambien tropieza con Mad. Montenlair que estaba barriendo su puerta, y tambien le vé la botella, y le dice:

—Oiga!.... el señor Gaston ha hecho compra, segun veo.

—Sí, vecina: habia roto mi botella, y acabo de comprar otra.

—Aaah!... pero, qué elegancia!... qué lujo!... vaya!... no os gusta una cosa cualquiera... es preciosa! tallada!... y es cristal!

—Oh! sí: me gustan mucho las botellas bonitas.

—Teneis razon, porque parece que en ellas sabe mejor el agua, no es cierto?.... y esta es magnífica!... ay!.,.. esa botella me recuerda un servicio de agua que me regalaron en Bordeaux, qué tenia otra botella exactamente igual á esa... y cuánto os ha costado, si no es curiosidad?

Gaston hace un movimiento de impaciencia, y se apresura á entrar en su cuarto, contestando:

—Veinticinco sueldos, vecina.

—Veinticinco sueldos!.... una botella de cristal tallado!... una botella como esa!... habrá querido decir veinticinco francos!... pero ahora que recuerdo... parece que estaba incómodo... que le contrariaba mi encuentro... je!... aquí hay algo!... los ojuelos de la chiquilla de arriba han puesto á éstos muchachos en revolucion!... no puede ser otra cosa!... Ay!... hubiera deseado que Filoseles hubiera visto esta botella... quizá eso le hubiera animado á comprarme otra igual!

Y se entra despues de acabar de barrer.

Un cuarto de hora despues, llega el pasante y se para en la portería donde se hallaba la señora Ador enteramente ocupada de su olla. Collinet no necesita tomar su llave, porque la lleva consigo constantemente; la portera no cuida de su habitacion porque, segun él, es un gasto supérfluo, toda vez que no necesita que se cuide de ella la habitacion de un soltero que no para en casa en todo el dia; lo único que hay que hacer es la cama, y con dar dos puñetazos al colchon, está lista.

—La señorita Felicia, esa jóven que ha fijado su domicilio en este inmueble, está en casa en el susodicho instante? pregunta olfateando el puchero.

La señora Ador prueba el caldo, y responde:

—Le falta sabor!... Cuando dije que estaba segura!... no tiene zanahorias... esta Amanda me quema la sangre!.... que nunca ha de poner *cudiado* cuando la mando por la verdura!

—Señora Ador, estoy viendo que no me habeis entendido, y reitero y formulo por segunda vez el siguiente interrogatorio: La señorita Felicia, cuyo domicilio se halla en el quinto piso de este edificio, se encuentra al presente en su casa?

—Pero, señor!... qué tienen hoy todos con la señorita Felicia? dice para sí la portera haciendo un gesto porque se acaba de escaldar la boca al probar de nuevo el caldo; y añade en alta voz:

—No, señor, no; la señorita Felicia no está.

—Muy bien: ah!... señora Ador, si Gaston y Alejandro os preguntasen por mí, os ordeno y mando negar el hecho... Tengo razones, motivos, causas agravantes para permanecer solo absolutamente. Están ellos en casa?

—No, señor.

—Tanto mejor; pues yo tampoco estoy.

Y Collinet sube la escalera diciendo:

—Esto sí que es bueno!... mis rivales pensarán que yo

no salgo del estudio antes de las cinco y media, como acostumbro, y se van á llevar un solemne chasco!... es verdad que he necesitado forjar un embrollo para verme libre!.... pero entre escribanos!... Están acechando á un deudor que no paga, hace una porcion de tiempo, con que yo dije: «Dejadme á mí, que yo conozco un café donde él suele ir; estaré al cuidado, le atraparé, y haré porque me pague. «En seguida me han dejado en libertad... Mañana diré que el deudor ha partido por el ferro-carril.... Voy á acechar la vuelta de la vecinita, y con eso podré ofrecerla esta caja de fósforos que he comprado espresamente para ella... oh!.... y debe agradecérmelo... será sin disputa una galantería que me abrirá sus puertas... y solo habré gastado dos cuartos... Esto sí que es entenderlo!... de esta suerte comprendo yo el amor... Los que se arruinan por sus queridas son unos imbéciles... lo que es yo, no me he de arruinar jamás!

En el momento de poner Collinet el pié en la última escalera contemplando gozoso su caja de fósforos de dos cuartos, sale Mad. Montenlair de su cuarto llevando en su mano una alfombrilla que vá á sacudir por la ventana del pasillo.

—Voto á diez espedientes!... se dice Collinet; no quisiera que se supiese que habia vuelto!... Pero no hay medio de evitar el encuentro!

Y se guarda en el bolsillo su compra á tiempo que la señora Montenlair le sonríe diciendo:

—Calla! es el señor Collinet!... cómo venís tan temprano?... Es estraño, porque no acostumbrais ordinariamente á volver del estudio hasta cerca de las seis... estais enfermo?... os sentís indispuesto?...

—No, vecina, por ahora me siento bien... pero hoy.... era el santo del principal... y ya comprendeis... nos ha dado asueto.

—Ah!... con que son los dias del escribano?... de suerte que se llama como la tia del señor Alejandro... que ha

entrado hace poco con un magnífico ramillete.

—Cómo!... Alejandro ha vuelto?.... y con un ramillete?....

Y añade para sí:

—Esa bruja portera me ha engañado!... con que Alejandro compra ramilletes?.. es de hecho para la susodicha jóven... sin duda quiere dársele, y hablar con ella aprovechando esta ocasion.

—Cómo se llama vuestro principal, señor Collinet?

—Si os he de decir la verdad, ni aun lo sé... pero me es igual! Él nos ha dicho: Hoy es mi dia! y nosotros no le hemos preguntado mas tampoco.

—Era por saber si ese nombre puede aplicarse á los dos sexos... de todos modos, voy por gusto á ver el almanaque.

—Anda, curiosa del infierno, vé á consultar tu almanaque! dijo para sí Collinet entrando en su cuarto. El diablo cargue contigo y con todas las casas de vecindad!.... todas tienen su lado bueno y malo!.... hay ocasiones en que se agradecen los vecinos... pero hoy me ha cargado esta soberanamente.

Mad. Montenlair sale precipitadamente, gritando:

—Vecino, no lo comprendo!... hoy es San Melon y mañana San Hilarion!... que el escribano se llame así, pase... pero una muger!... Calla... no está... se ha entrado en su cuarto... y ha cerrado la puerta!... los tres han vuelto antes de lo acostumbrado!... decididamente, aquí hay algo... Tambien el pasantillo traia no sé qué en la mano, y lo guardó en el bolsillo al verme.... ello era cosa chica.... apuesto á que aguardan que pase la jovencita de anoche... pues yo tambien voy á acechar, porque ha de ser divertido... y mas para mí que no tengo nada que hacer ahora... Oh!... los hombres!... qué hombres!... ay!... en Bordeaux me aguardaban á mí tambien!.... y ahora.... Filoseles me hace pasar dias enteros esperando!... *oh témporas! oh moros!* como decia aquel autor viejo á quien silbaban siem-

pre... en fin, sacudamos la alfombra, y acechemos como quien no quiere la cosa.

Mad. Montenlair entra en su habitacion y dá un gran portazo; pero pasados algunos minutos, sube una criada la escalera, y al atravesar el pasillo del cuarto piso, todas las puertas se abren de repente, y se cierran al mismo tiempo.

—Calla! dice la criada, mientras continúa subiendo: qué tienen todos los vecinos de este piso? están jugando al escondite?

—Está en casa!

—Está dentro!

—Ha venido!

—Es por ella!

—Es por la vecina de arriba!

—Está acechando la niña!

Tales son las reflexiones que ocurren á los tres amigos, sumamente contrariados por no poder trabajar en secreto. Pero al cabo de un momento, se dicen para sí:

—Ultimamente, tanto peor!

—Y qué? poco me importa.

—Porque estén ahí, no he de dejar de ofrecerla lo que he comprado para ella.

—Qué bien voy á divertirme! piensa Mad. Montenlair.

Y abre suavemente su puerta, sale de puntillas, baja con precaucion unos cuantos escalones, y en seguida sube haciendo ruido, tarareando entre dientes, y apenas llega al pasillo cuando se la presentan los tres jóvenes, abriendo de repente sus puertas y llevando en la mano, uno el ramillete, otro la botella, y el tercero su caja de fósforos.

Los tres se miran entre sí; la señora Montenlair suelta la carcajada, y los vecinos hacen otro tanto. Habia verdaderamente causa para ello, porque cada uno de ellos salió con un aire tan resuelto, y puso una cara tan compungida al reconocer á la ex-actriz, que era muy difícil mirarlos sin reirse.

—Vamos, apreciabilísimos vecinos, dejad esas caras de

requiem y venid á ofrecerme vuestros regalos, dice Mad. Montenlair con tono burlon: veo que teneis algo que ofrecerme, y os prometo no hacerme la desdeñosa y aceptar todo cuanto se me presente!

—Oiga!... qué ramillete!... esclama Gaston observando el que Alejandro tiene en la mano; á quién le destinas?

—A su tia, que debe llamarse Hilarion ó Melon, dice la vecina.

—No, vecina; ya no quiero fingir, porque tampoco veo la razon que me impida declarar que quiero intentar la conquista de la señorita Felicia... para ella, pues, es este ramillete. Y tú, Gaston, que vas á hacer con esa botella?

—Dársela á esa misma jóven en reemplazo de la que le he roto esta mañana.

—Tú la has roto... vamos, veo que no has malgastado el tiempo!... para que uno se fie de estos tímidos!... pero, y tú, Collinet? tú tienes algo en la mano... te has despilfarrado con algun regalo?... seria menester repicar recio... Son quizá diamantes lo que contiene esa cajita?

—Nada de eso, señores; ofrecer diamantes á esa jóven seria ofenderla: equivaldria á decirla: Quiero seduciros, compraros!... y voto á diez ejemplares del código!... yo no alimento, ni alimentaré jamás tales pensamientos.

—Estamos conformes; pero en fin, esa caja?...

—Son fósforos.... son cerillas fosfóricas.... y de primera calidad... esa jóven carece de ellas, y ...

—Ja, ja, ja! una caja de fósforos de dos cuartos!...

—Sí, sí, señores: una caja de fósforos de dos cuartos!... os hace reir, no es verdad? pues esto es mas útil que un ramillete.

—Sí, y sobre todo menos caro.

—Es el demonio este Collinet!... A nadie sino á él se le ocurririan tales ideas. Ja, ja, ja!

—Ja, ja, ja!

—Reid, reid cuanto querais: veremos qué regalo es mejor recibido!... el mio no tiene consecuencias, y estoy se-

guro que por esta circunstancia ha de ser el único que ella acepte.

—Señores, dijo Mad. Montenlair que se habia asomado á la barandilla; ahora vais á saber á qué ateneros: ahí sube la señorita Felicia.

Todos los jóvenes sienten una viva emocion; hasta el mismo Alejandro, á pesar de su seguridad habitual en materia de mugeres, se encuentra turbado, se siente casi sin ánimo cuando vé aparecer por la escalera la linda cabeza de Felicia.

—La jóven se sorprende al ver á todos los habitantes del cuarto piso á las puertas de sus respectivas habitaciones; vá en su consecuencia á saludar y seguir su camino, cuando un «Señorita?» murmurado por los tres mancebos al mismo tiempo, y que parece anunciarla algo de estraordinario, la obliga á detenerse y esperar la continuacion.

Pero la continuacion no llega... parece que de los tres jóvenes cada uno espera que sea otro el que empiece. Mad. Montenlair se compadece de su turbacion, y toma la palabra.

—Vecinita, no os vayais tan de prisa, pues llegais á propósito... Aquí teneis á estos tres señores que parece que quieren ofreceros alguna cosa... y que sin duda no saben cómo empezar... lo cual, á decir verdad, me estraña en ellos sobremanera.

—No comprendo... Estos señores tienen alguna cosa que ofrecerme?... á mí?...

—Dios mio!... señorita, dice por fin Alejandro, todo ello es bien sencillo, y no merece verdaderamente la importancia que le estamos dando... Yo sé que os gustan las flores... y he pensado que no haria mal en ofreceros este ramillete que tengo el honor...

—Señorita, barbotó Gaston presentando su botella; esta mañana cometí la torpeza de romper vuestra botella.... y me consideraria dichoso si os dignáseis aceptar esta en cambio.

—Señorita, dice á su vez el pasante enseñando la caja de fósforos, anoche no teníais cerillas, y como yo sé donde se venden de las mejores, me he apresurado á proporcionaros esta caja, que me alegraria ver en vuestro poder.... el regalo es de poca ó ninguna consecuencia, y...

—Señores, contesta la jóven con seriedad, no acostumbro á recibir regalos, ni ramilletes; no tengo además el gusto de conoceros sino desde anoche, y os suplico me dispenseis si no altero mis costumbres.

Los tres jóvenes se quedan confundidos, consternados; los tres bajan la cabeza mirando al soslayo al que se halla á su lado. Mad. Montenlair, observando que Felicia se dispone á continuar subiendo, la detiene por la falda, y va á tratar de convencerla, cuando llega hasta ellos un ruido de voces, entre las cuales suenan algunas recorriendo toda la escala cromática de la cólera, en uno de los pisos bajos.

Para conocer la causa de este escándalo, es preciso que volvamos al maestro de escuela, Mr. Loupard.

Cuando vió llegar al pequeño Arístides cargado de ropa blanca y esterior á medio usar, no pudo menos de preguntar á su educando, y este le contó inmediatamente que el señor que se le habia llevado habia ido á su casa con él, y habiendo llamado á otros dos amigos suyos, entre todos le habian regalado lo que llevaba.

El pobre profesor se siente henchido de reconocimiento hácia estos jóvenes que se han compadecido de la desnudez del niño, y que le han favorecido sin ruido, sin ostentacion, por el solo placer de hacer bien; en seguida examina los efectos, dá un grito de alegría á la vista de un paletot que está todavía en buen uso; se admira contemplando el traje negro, los pantalones, los chalecos; siente brotar las lágrimas á sus párpados viendo las camisas, los pañuelos, las corbatas; y por último, llena de caricias á Arístides que ha soltado los vestidos para correr de nuevo á la melaza, y le dice:

—Esos jóvenes son tus bienhechores... les has dado las gracias?

—Oh! sí tal; me dás pan, papá Loupard?

—Pero no basta que tú lo hayas hecho; es preciso que yo vaya tambien á manifestarles mi gratitud.

—Bueno: y dáme tambien manzanas.

—Sabes bien donde vive el caballero que te llevó?

—Ya lo creo, vive en la otra casa.

—El caso es que no puedo ir en este momento, porque ya es hora de empezar la clase; pero en el momento que la concluya, tú me llevarás á casa de esos señores tan generosos... y yo escojeré la caja de polvo mas bonita que haya.... y al caballero que estuvo aquí.... no me acuerdo de su nombre... le rogaré que la acepte como muestra de mi agradecimiento.

A las cuatro, y despues de acabada la clase, Mr. Loupard colocó en su bolsillo una caja cuidadosamente envuelta en papel de seda, tomó de la mano á Arístides, al cual habia puesto ya un chaleco de los que le habian regalado, y que siendo demasiado grande podia servirle de paletó, y le dijo:

—Guiame á casa de tus padrinos.

El jóven Bodinet, que como habia venido por primera vez no habia tenido cuidado de contar los pisos, se detiene en el tercero delante de una puerta, diciendo:

—Aquí es.

Mr. Loupard tira de la campanilla, algo fuerte, es cierto pero él creia llamar á la habitacion de un soltero, en tanto que el campanillazo habia sido en casa de las dos viudas: la madre, Mad. Mirolin, setentona, alta, seca, de color de chocolate, con la nariz colorada como un pimiento, enseñaba al hablar unos dientes que mas de un lobo hubiera envidiado, y su voz ágria y chillona taladraba el tímpano aun cuando hablase baja y pacíficamente.

La hija, Mad. Joly, mas alta todavía y mas escuálida que la madre, tenia una cara huesuda, los ojos saltones

que parecia estar siempre encolerizada y sobre todo desde que veia que su viudez se prolongaba indefinidamente, y una voz ronca y aguardentosa que hubiera hecho honor á un contrabajo.

Estas dos señoras conservaban siempre una especie de rabia contra sus vecinos, á quienes habian lanzado mas de una provocadora mirada, que habian pasado desapercibidas. El aleman gordo, Mr. Beugle, habia observado con ellas la misma frialdad que los jóvenes del cuarto piso. Desde este tiempo, las dos viudas fruncian las cejas, y escupian siempre que encontraban á cualquiera de ellos.

Mad. Joly fué la que vino á abrir la puerta, diciendo:

—Quién se permite llamar aquí de ese modo? pues no parece que van á romper la campanilla?... Qué se os ofrece?... quién sois?... qué quereis?

A este flujo de preguntas hechas con la mayor acritud, el maestro se siente turbado; sin embargo, logra reponerse, y responde:

—Mil perdones, señora.... es cierto que repiqué demasiado... tengo la mano pesada... pero aquí vive el... desearíamos verle... darle las gracias... abrazarle!...

—Eh?... qué decís?... á quién quereis abrazar?... acabareis de esplicaros?... por quién preguntais?

—Por la persona que vive aquí... Es á causa de los vestidos que ha regalado á Arístides... oh!... y están muy buenos.... hay sobre todo un traje negro... un paletot... pero tened la bondad de dejadnos entrar.

—Qué es eso de entrar?... No entrareis por cierto... Qué cancion es esa del traje negro y el paletot?.... os figurais acaso que esto es una ropavejería?

—Qué pasa, Guillermita?.... con quién estás hablando?... quién llamó?...

Estas palabras, dichas desde dentro, llegan como el pito de una locomotora á los oidos de Mr. Loupard, que trata todavía de hacerse comprender balbuceando:

—Señora; si ese caballero no está, me haceis favor de

decirme cuando se le podrá ver?

—Pero qué?... cuál?... quién?... qué caballero es ese?... sabeis que ya me estais fastidiando?

—Señora, pregunto por el caballero que vive aquí.

En este momento llega la madre, Mad. Mirolin, que creyendo que su hija está en peligro, y que se quiere allanar su domicilio, se ha armado de la badila y esclama:

—Qué hombre es ese?... quién es ese pilluelo?... algun mendigo, estoy segura... Ea, á ver si os largais de aquí, ó grito: ladrones!

—Señora, contesta irguiéndose con dignidad el maestro de escuela; yo no soy ni un mendigo, ni un ladron. Veamos; Arístides, no vive aquí ese caballero que tan generosamente te ha dado los vestidos?

—Caramba!... me parece que sí!

—Este hombre viene sin duda equivocado, mamá; probablemente preguntará por ese buey de en frente ó por el matrimonio Patineaux.

—Pues llamad en casa de los Patineaux, y preguntad si le conocen.

—Llamar en casa de los Patineaux?... seria inútil. El marido no vuelve de su oficina hasta mas de las cinco y la muger tampoco está todavía.

—Y bien?... qué tenemos aquí que ver con las equivocaciones? Señor mio, no se llama en ninguna parte de ese modo, y mucho menos no sabiendo donde se llama.

—Cuando se vá á casa agena, se informa uno antes de la portera!... pero la nuestra es tan descuidada!... deja subir á cualquiera... ni aun pregunta siquiera donde van.

—Permítidme, señora: yo no pregunto por ningun señor gordo.... al contrario....

—Bueno, bueno!... ahí le teneis!... Podeis hablarle de vuestros pantalones, y dejadnos aquí en paz!

Mr. Beugle volvia á su casa porque ya eran las cuatro, y acostumbraba á comer siempre á esta hora, aun cuando no tuviera hambre. Las personas estrictamente me-



V. Urrabieta dib.º y litº

Lit. de S. Gonzalez, S. Clara 8, Madrid

El puntapie que le destinaban fue á perderse en los pantalones de Mr Beugle.

tódicas hacen como este una porcion de operaciones casi sin apercibirse de ellas, sin que les resulte placer ni diversion alguna, pero sin embargo no las alterarian cinco minutos por temor de enfermar.

Mr. Loupard se vuelve hácia el gordo aleman, le saluda humildemente, y dice á Arístides:

—Dime, hijo mio; es este caballero alguno de los tres que te han vestido?

—Cá!... no; ninguno era tan gordo.

—Puenos tias, senior... gué guereis fós? pregunta Mr. Beugle examinando al chiquillo que se entretiene en sacar la lengua haciendo burla á Mad. Mirolin.

—Caballero, esclama Mad. Joly dirigiéndose á su vecino, otra vez tened mas cuidado de indicar mejor vuestra puerta, para que no vengan á llamar á la nuestra los que os busquen!... Si hubieran roto nuestra campanilla, nos la hubiérais tenido que pagar.

—Gómo?... yo no gomprente... esto senior bregunta esta seniora?...

—No, caballero; pregunto por unos jóvenes generosos que han vestido á este pobre niño. Veamos, Arístides; me parece que te has equivocado. Yo no veo mas puertas.

Arístides estaba enteramente ocupado en hacer muecas á Mad. Mirolin y no oia á su maestro; pero la vieja esclama de repente corriendo tras él para pegarle:

—Bribon!... tunante!... verás como yo te enseño á sacar la lengua!

Pero el chiquillo no espera que la obra siga á la palabra, y corre á ocultarse detrás del aleman, que le parece muralla bastante sólida, y el puntapié que iba destinado para él, vá á perderse en los faldones del frac de Mr. Beugle, que sale de su apatía ordinaria y quiere abofetear á las dos viudas; pero Loupard se interpone y le detiene. En este momento es cuando los jóvenes del cuarto piso miran lo que pasa debajo de ellos, y Arístides reconociendo á Alejandro, esclama:

—Ah!... allí están!... allí están!... arriba!... mas arriba!... allí están!

Mad. Joly y su madre, que tienen miedo de Mr. Beugle, se salvan en su casa, cuya puerta se les oye cerrar con llaves y cerrojos. Mr. Loupard se confunde en escusas con el aleman que se tienta la parte posterior continuamente, diciendo:

—Pueno! pueno!.... yo no biensa mas en eso.... y es ponito... pien ponito toto esto ñiño!... oh! mas estas senioras están pien malas!

Mr. Loupard y su discípulo llegan por fin al cuarto piso, donde Alejandro esclama al verlos:

—Cómo!... sois vos, mi querido profesor?... y érais vos tambien el que estaba enredado de palabras con las dos *Artemisas* del tercer piso!.... pero qué íbais á hacer en casa de esas ariscas viudas?

El señor Loupard saluda á la reunion del pasillo, y responde enseñando á Arístides:

—Oh! ha tenido mi discípulo en parte la culpa: yo le habia dicho que me guiara á vuestra habitacion, y el niño se equivocó de piso.... parece tambien que las señoras de abajo son algo irascibles....

—Y para qué deseábais venir á mi casa? teneis algo que pedirme?

—Pediros!... oh! no, señor; tengo que daros las gracias á vos y á vuestros generosos amigos por todo lo que habeis hecho en obsequio de este pobre niño.

—Cómo!... y por eso habeis venido? Bah!... eso no vale la pena, y no debíais haberos incomodado en ello, señor Loupard.

—Perdonadme, señores, yo creo por el contrario, que lo merece demasiado.

—Basta, basta, señor Loupard: no hablemos de eso.

—Pues yo, dijo Mad. Montenlair, como soy curiosa, suplico al señor que hable, porque, francamente, me gusta saber lo que hacen mis vecinos.

—Señora, este caballero vino á mi clase para cierto negocio... vió á este niño, abandonado en mi casa por su padre....

—Y que vos conservais á vuestro lado sin que nadie os retribuya, señor Loupard.

—Qué quereis?... no puedo resolverme á ponerle en la calle... me falta valor.... mis medios son bien escasos... y por esta razon, el pobrecillo carecia de vestidos... Señora, veia yo llegar el invierno, y me contristaba... pues bien, el señor se trajo al chiquitin á su casa, y en union de sus dos amigos... no es así, Arístides?

—Sí, sí; los tres, los tres! estos tres!

—Han dado á esta criatura trajes, ropa blanca... en fin, con que hacerle un equipaje completo para mas de un año... Y no quieren que venga á darles las gracias!.... oh!.... sí tal: las buenas acciones no deben ocultarse... es preciso publicarlas, aun cuando no sea mas que para animar á otros á hacer lo mismo; no es verdad, señora?

Mad. Montenlair no contesta al profesor mas que sonándose las narices, en tanto que Felicia vuelve la cabeza á otro lado para enjugarse una lágrima que se está desprendiendo de sus párpados. En cuanto á los tres jóvenes no contestan una palabra, y presentan una fisonomía tan consternada como si se les hubiera cojido infraganti en algun delito. Al terminar su narracion, el maestro saca de su bolsillo una caja de polvo, y se la ofrece á Alejandro, diciendo:

—Espero que no la rehusareis, pues demasiado conoceis su procedencia.

—Y yo la acepto, señor Loupard; pero como yo no tomo polvo, se la ofrezco á mi vez á la señora Montenlair, que espero no rehusará este pequeño obsequio.

—No ciertamente! esclama la antigua actriz. Dadme cualquiera cosa, y estad seguro de que no la rehusaré!.. yo no rehuso nada... es una costumbre que adquirí en Bordeaux...

—Y yo, señores, dijo Felicia sonriendo á los tres jóvenes, tambien acepto lo que tan galantemente me habeis ofrecido, porque, segun acabo de oir, dais de tan buena gana que seria una crueldad desairaros.

Los jóvenes dan un grito de alegría. El ramillete, la botella, y la caja de fósforos pasan instantáneamente á las manos de la vecinita que sube con todo ello á su cuarto, en tanto que Mr. Loupard, despues de reiterar las gracias á cada uno de los señores, vuelve á su clase con Arístides, que al pasar se acuerda, y dá en seguida un fuerte puntapié en la puerta de las dos viudas.

VIII.

LAS MURMURACIONES.

Algunos dias despues de los acontecimientos que habian pasado en el corredor del cuarto piso, una criada jóven, llamada María, de ojos vivos y fisonomía pizpireta, de nariz remangada y trage siempre esmerado, se detenia en el segundo piso de esta misma casa, y en el momento de abrir la puerta de la habitacion del doctor, su amo, colocaba su cesta en el suelo, y entablaba conversacion con otra criada rubia, jóven, y bonita, y cuyo traje era mas bien de doncella que de cocinera.

Esta última se llamaba Ceferina, y estaba al servicio de la bailarina de la ópera.

—Buenos dias, señorita Ceferina: cómo vamos?

—Como veis, señorita María; siempre bien; venís de la compra?

Sí, porque hoy hay jaleo; tenemos comida y convidados... Dios mio! qué Babilonia!... Desde que me he levantado, no he parado un momento; y pensar que esto tiene que durar hasta que me acueste!

—Parece que vuestro médico dá comidas á menudo.

—Ay!... no me hableis de eso!... no sé qué gusto tiene en que se le coman cuanto tiene esa porcion de pegotes que no vienen á verle mas que en estos dias!... y llama á eso amigos!... amigos para comer, cuando á uno le cuesta el dinero, se encuentran al revolver cada esquina. Yo se lo digo algunas veces. «Señor, no deis de comer en un mes, y ya vereis lo que se acuerdan de vos los amigos.»

—Y qué contesta?

—Nada!... Se echa á reir, y me dá palmaditas en los carrillos, diciéndome: «Tontuela!.... es preciso tomar el mundo como le encontramos.»

—Hola!... con que vuestro amo os dá palmaditas en el carrillo?

—Toma!... y si no fuera mas que eso!... pero todo es puro juego, broma, y nada mas.

—Sí, sí, ya comprendo!.... Sabeis que teneis una magnífica colocacion, señorita María?... En las casas donde no hay muger, se está perfectamente... hace una lo que quiere... Estoy segura que vuestro amo no os pide jamás la cuenta, ni le parece caro nada de lo que comprais.

—Eh?.... vaya!.... pues no faltaba mas!.... tendria que ver que se le ocurriera esa idea!.... Pues tambien vos, señorita Ceferina, debeis estar bien con la señorita Cipriana, porque, segun se vé, es generosa... yo os veo por lo menos vestida muy á menudo con trajes que la he visto á ella.

—Sí, es bastante amable.... Me dá trajes suyos.... pero no me dá dinero jamás... Creereis, querida, que en tres meses que llevo en su casa, no hay medio de conseguir que me dé un cuarto de mi salario?

—Oh! pues eso es un fastidio!... y eso que aparenta tanta riqueza!.... cualquiera creeria que estábais nadando en oro!

—En oro! en lo que nadamos es en acreedores, y todos los dias hay que inventar un pretesto para que nos dejen en paz!... La señora es derrochadora si las hay... Yo la he visto algunas mañanas recibir cartas que contenian billetes de banco... Vamos... cualquiera se figuraria que iba á pagar sus deudas... Que si quieres!... Se pone á bailar en la sala, se viste, sale, corre todas las tiendas, todos los almacenes, compra sombreros, papalinas, chales, alhajas, y hay ocasion en que al volver á casa no tiene ni con qué pagar el carruage... Ya lo creo!... cuántas veces la he tenido yo que prestar dinero para los coches!...

—Y cómo os componeis para prestarla dinero si ella no os lo dá?

—Toma!... eso es muy sencillo... las tres cuartas partes de los trajes, de los sombreros, y de los adornos que ella no se suele poner mas que un par de veces y en seguida me los dá, los revendo... y al fin, eso aprovecho.

—Aaah!... pues mirad, señorita Ceferina, cuando por casualidad tengais algun chal de crespon de la India.... reservádmele, que yo le compraré: hace mucho tiempo que estoy deseando uno.

—No me digais mas... la señora tiene uno, yo la diré que ya no está bueno, y en seguida me lo dará.

En este momento, Gaston que subia, pasa delante de las dos criaditas que le examinan detenidamente de piés á cabeza. El jóven llevaba en la mano derecha un ramillete de violetas, que trata de ocultar á las miradas de las indiscretas muchachas metiéndole entre la manga.

Apenas pasa y sube al otro piso, cuando las jóvenes se miran sonriéndose.

—Ja, ja, ja!... qué tontuelo!... con su ramillete que no quiere que se vea!

—Es uno de los jóvenes del cuarto piso.

—Sí; y no es feo!.... De los tres es el que mas me gusta.

—Yo prefiero al mas alto... uno que se llama Alejandro... tiene traza de calavera... siempre que pasa junto á mí me ha de decir alguna tontería.

—Y os gustan esas tonterías?

—Toma!... qué seria de la vida si no fuera por esos ratos que una se divierte? Y sin embargo, de algun tiempo á esta parte, no me dice tantas... está siempre de acecho en la escalera.,... y tambien los otros dos.,... los suelo ver cuando subo ó bajo de mi habitacion. Vos no dormís arriba?

—No; mi amo quiere que esté cerca de él, por si á media noche se pone malo.

—Pues yo encuentro mejor y mas cómodo tener una habitacion separada.

—Verdad es que eso me incomoda algunas veces... sobre todo cuando viene á verme un primo mio... Y qué es lo que acechan en la escalera esos jóvenes del cuarto piso?

—Pues qué... no lo sabeis?... pues si es la noticia del dia... la novedad de la casa!...

—Ya, pero si es que yo no puedo saber nada. En el momento que el señor entra, toma el violin, y me aturde los oidos, que siempre parece que me están zumbando su música ratonera.

—Verdad es que está pesado con su violin.... nosotros le oimos desde nuestra casa, y tambien nos incomoda soberanamente.

—Si incomoda á todo el mundo!... Pero sepamos la noticia.

—Oid. Los tres jóvenes del cuarto piso están enamorados de esa muchacha que vive en el piso mio, que se llama... señorita Felicia.... una morena coquetuela.... que se dá un tono de virtuosa!.. no nos habla á las vecinas, y tiene alquilada la habitacion amueblada... los muebles son de Amanda, la sobrina de la portera.

—Ah!... sí!... ya he visto á esa alondra! Y quién es?.. qué hace?... en qué se ocupa?.... de dónde es, ó de dónde ha venido?

—Eso es lo que yo queria saber tambien, y con ese objeto entré el otro dia en casa de la señora Ador, la conserje... por cierto que á lo mismo habia entrado Mad. Montenlair, la artista retirada... Ya veis, con esa prosopopeya que gasta, hace que todos en la casa estemos deseando saber si es la hija de un príncipe, ó de un freidor de patatas.

—Vamos, y qué os ha dicho la conserje?

—No mucho, porque ya sabeis... En quitándola de sus guisotes, no sirve para nada. Segun ella, la señorita Felicia es una jóven muy bien educada, ha tenido una buena posicion... su padre estaba empleado en el ministerio.

—Tal vez de escribiente.

—Eso se me ha figurado á mí tambien.

—Y cómo se llamaba?... porque, en fin, Felicia no es un apellido.

—Eso dijimos nosotros á la portera, y contestó: «Yo no la conozco mas que con este nombre... ni ella me ha dicho otro tampoco.»

—Vaya una salida!... Pues debia haberla preguntado su apellido... ella que está al cuidado de la casa, no debia haberse contentado con el nombre de pila... sí, porque arguye malicia el no decir mas que un nombre á secas.... y si viene á mano, un nombre que no es el suyo.

—Teneis razon, pero como ha pagado el mes adelantado!... y luego venia recomendada á la portera por persona de su satisfaccion...

—Quizá por el especiero... Pero, en fin, no se sabe cuál es su estado? en qué se ocupa?

—En nada.

—Vive de sus rentas?

—Así parece.

—Pues cuando se tienen rentas no se vive en un quinto piso.

—Esa es tambien mi opinon.

—Recibe á alguien? viene alguno á verla?

—Primero dijo la conserje que nadie; despues añadió: «Solo suele venir un caballero, ya de edad, bien vestido, aunque feo: ese ha venido tres ó cuatro veces.»

—Vamos!... ese será su protector.

—Pardiez!... bien poco tiene eso que adivinar!... Será algun hombre casado, y viene de tarde en tarde por temor de comprometerse.

—Y sale á menudo esa señorita?

—Sí tal; muy á menudo.

—Entonces es que tiene citas fuera. Y esos tres hombres gustan de esa muñeca?

—Ya lo creo!.. pues no os digo que están continuamente en la escalera esperando que pase? Pero lo mas gracioso es que se ocultan uno de otro; cuando se abre una puerta, otra se cierra de repente... parece que están jugando al escondite.

—Y á quién se inclina ella?

—No lo sé todavía.... yo creo que trae á los tres entretenidos.

—O mas bien que se entiende con los tres... es lo mas probable.

—En fin, yo he de saberlo, y pronto. Mi habitacion está pegadita á la suya, y desde hoy me voy á dedicar á oir y atisbar todo lo que pueda.

—Hareis bien.... Ay!.... ahora siento mas estar en el mismo departamento que mi amo, ese endiablado aprendiz de violin!... hola!... alguien sube... de seguro vienen á buscarle.

En efecto, una muger como de cincuenta años, modestamente vestida, con una papalina de color indefinible, y la nariz atascada de tabaco, llega á la meseta y saluda á María con humildad, diciendo:

—El señor doctor Urtuby está en casa?

—No, señora; no ha venido todavía.

—Ay, Dios mio!.... con que no ha vuelto *dende* esta mañana? porque yo vine *trempano*, y os encargué que le dijérais que se *allegara* á mi casa.

—Pues todavía no ha vuelto.

—Y cómo me voy á componer?.... porque tengo á mi *hombre* malo con una fuerte inflamacion en el *Pedro-Antonio*, (1) *sigun* él dice.... además, está de peligro porque *dende* ayer acá le he *encajao* cuatro lavativas, y *toas* se le han *quedao drento*.

—Y qué quereis que yo le haga?

—Volverá pronto el doctor?

—No puedo decíroslo.

—Pues generalmente los médicos tienen horas... y están tan *arreglaos* á ellas como un músico al compás. Me parece que os dejé esta mañana la papeleta.... Cantapollos, calle de los Mártires.

—Sí, señora; ahí la tengo y se la daré á mi amo en el momento que entre.

—Y qué voy á hacer ahora con mi *hombre, tan y mientras* que vá el médico? Os parece que le emboque otra lavativa?

—No veo inconveniente en ello; si no le alivia, al menos no le hará daño.

—Pues lo haré así, porque al fin vos debeis saber... la criada de un médico debe *de por fuerza* entender algo de remedios.... siempre, el andar entre ello....

—Oh!... ya lo creo!... algunas enfermedades me atreveria á curarlas tan bien como mi amo, porque muchas veces oigo lo que receta....

—Pues corriente; voy al momento... ay!... el caso es que Cantapollos tiene ya la barriga como un pandero.

—Razon de mas. De qué son las ayudas que le habeis puesto?

—De agua de linaza nada mas.

(1) Quiere decir, verdóneo.

—Pues podeis tomar cuatro cuartos de miel de caña.

—Miel de caña?... vaya!... pues poquito que me gusta á mí!... me parece que sabe á caramelo.... *cuando mas y mucho* debo tener algo en casa, porque como una no puede *mercar* otra cosa de dulces....

—No me habeis comprendido... No digo que lo tomeis para vos, sino que lo pongais en el agua de linaza.

—Ah, ya!.. eso es otra cosa... Tambien me han dicho que el tabaco es un *purgatorio*... Le haria daño á mi *hombre* si le echara lavativas de tabaco?

—Ya lo creo!.... no penseis en tal cosa.... es muy peligroso!

—Bueno es preguntar para saber... yo tampoco lo habia creido, porque yo *dicia* para mis *adrentos*: Cómo es posible que el tabaco tenga la virtud de hacer estornudar por abajo como por arriba?... Ea, pues voy á *mercar* la miel de caña!... con que, *á la paz de Dios*, señoras.... Me hareis el favor de enviar al doctor en cuanto *alleyue*?

—Sí, señora; sin falta.

Y luego que la buena muger se habia marchado, añadió:

—Esta es otra! El amo vino esta mañana, le entregué la papeleta, y ni la miró siquiera... tomó el violin, y se puso á estudiar lo que vá á tocar esta tarde con sus amigos, porque despues de comer tienen concierto.... tendremos esa infernal algarabía.... Pero, ay Dios mio! á todo esto me estoy olvidando de mi asado que deberia estar ya en el fuego!...

—Esperad un momento.... aquí teneis á un camarada que vá subiendo.

Es en efecto el gran Alejandro que trepa las escaleras de cuatro en cuatro escalones, llevando en la mano izquierda un ramillete demasiado grueso para poder ocultarle en la manga. Al ver á las dos muchachas, se sonrie y trata de continuar subiendo; pero Ceferina, la criada de la bailarina, le ataja el paso, diciéndole:

—Qué de prisa subís, señor Alejandro!.... vais á ahogaros.

—Oh! no... Perderé yo el aliento, cuando vos perdais el corazon, preciosa Ceferina.

—Oiga! y por qué creeis que no puedo yo perder el corazon?

—Porque debeis haberle dado hace ya mucho tiempo.

—Pues os equivocais, porque le tengo enterito.

—Apostaré á que no.

—Qué quereis apostar?

—Dos besos.

—Eso seria jugar al ganapierde.

—Vamos, dejadme pasar, encantadora camarista.

—Qué prisa teneis?.. vamos, es sin duda por el ramillete?

—Tal vez.

—Es muy bonito!... Me le regalais?

—No puede ser... está ya prometido.

—De veras?... ya adivino á quién.

—Poco tiene que adivinar: á Mad. Montenlair.

—Estais de broma, eh?... á Mad. Montenlair.... qué te parece, María?

María se contenta con sonreir, mirando tiernamente á Alejandro, que la toma por el talle, diciendo:

—Es bonita esta Mariquita!... quereis colocaros en mi casa?... os contrato para todo.

—Esa colocacion la tiene ya donde está, en casa del doctor!... contesta Ceferina riendo. Y al mismo tiempo estas palabras hacen ruborizar á María, que murmura con tono irritado:

—No sé qué quereis decir con eso, señorita Ceferina!... deberiais medir vuestras palabras, porque de esa suerte este caballero puede pensar cosas.... que no son.... y últimamente, que yo no me mezclo en vuestros negocios. Poco me importa que recibais todos los dias ayudas de cámara, primos y bomberos, ni que hagais subir por la noche á vuestro cuarto...

—A quién?... qué atrocidad!... qué horror!... quién ha dicho que yo introduzco por la noche hombres en mi cuarto?... eso no es cierto! Tan solo una vez subió un bombero, y eso fué porque tenia principio de incendio, y vino á apagarle.

—Bueno; si digo que no me importa!... pero tampoco es regular que os metais en lo que pasa en nuestra casa.

—Hija mia, pues si no se habla de otra cosa en todo el barrio!...

—Yo no me cuido de las malas lenguas!... ni voy á charlar con las fruteras!

—Pues no estais poco tonta!... dejadme en paz!... Ay!.. oigo á la señora!

—Y yo á mi amo, y el asado debia ya estar en el fuego!

Las dos criadas entran en sus respectivas casas, cerrando vivamente las puertas. En cuanto á Alejandro, se habia aprovechado de la disputa; y mientras cada una por su parte queria echarla de virtuosa para incitarle, él se habia eclipsado bonitamente, y se habia metido en su cuarto.

IX.

LAS TRES NARICES.

La señorita Felicia, conmovida por la conducta que los tres jóvenes habian observado con el alumno de Mr. Loupard, habia consentido en recibir sus presentes, pero no por eso habian adelantado mas en sus proyectos.

Al dia siguiente de los regalos, el pasante de escribano, que era muy madrugador, subió al quinto piso antes de

marchar á su estudio, y llamó suavemente á la puerta de la jóven, que sin abrir, preguntó:

—Quién está ahí?

—Soy yo, señorita... Collinet! vuestro vecino de mas abajo. Venia á preguntaros... si habiais dormido bien... y al mismo tiempo.... á saber si son buenos los fósforos.... porque si no arden bien... os les cambiaré.

—Muchas gracias: he dormido perfectamente, y los fósforos son muy buenos.

—No estais todavía levantada?

—No, señor; no madrugo tanto. Hasta otro rato.

Collinet no se atrevió á prolongar la conversacion, y se alejó diciendo:

—He subido demasiado temprano: veremos á la noche.

Media hora despues volvieron á llamar con mas fuerza á la puerta de la jóven, que preguntó de nuevo sin abrir:

—Quién es?

Y el grande Alejandro contestó:

—Soy yo, Alejandro, encantadora vecinita. Quisiera tener el gusto de saludaros, pues estais ya levantada, porque os oigo andar por la habitacion.

—Sí, pero no estoy vestida: lo siento, mas no puedo abrir.

—Bah!... si quisiérais, pronto se pone una bata; además que debeis estar seductora en ropas menores.... ay!.... tengo tantas cosas que deciros!... No estaré mas que cinco minutos.... un instante, si quereis... pero dejadme entrar un poco.

—Siento en el alma negarme á ello, pero es imposible: no recibo visitas.

—Pero es que yo no soy una visita; soy un vecino.

—Con todo, es imposible.

—Diablo!... dijo Alejandro bajando á su habitacion: está durilla!... pero no me acobardo. Con las mugeres, todo es cuestion de tiempo!.... no hay mas!... tengo tiempo de sobra, y conseguiré lo que deseo.

Una hora mas tarde, Gaston, echando á un lado su timidez habitual, vino tambien á llamar á la puerta del cuarto de la señorita Felicia, balbuceando con voz temblorosa:

—Señorita, os pido perdon.... si me tomo la libertad.... es que... me parece que ayer os he dado una botella sin tapon... y si es así... iré á buscar uno en seguida.

Para Gaston se entreabrió la puerta: Felicia apareció al dintel, y le respondió sonriendo:

—Os doy gracias, pero le tiene.

—Ah! le tiene?... Me alegro, porque yo creia... y seguis bien, señorita?

—Bien; gracias.

—Me permitís pasar un momento, si no os estorbo?

—Siento rehusarlo, pero es imposible.

—Y por qué es imposible hoy lo que fué posible ayer?

—Porque ayer... tuvísteis un motivo... Yo creí verdaderamente que no teniais agua, y no reflexioné que habia hecho mal en recibir un jóven en mi casa.... mas ahora conozco que cometí una imprudencia. Vuestros amigos quieren tambien venir á verme, y si os recibiese á vos, qué razon podria alegar para negarles á ellos la entrada?.... Bien lo conoceis, señor Gaston.

—Ah!... mis amigos han venido á veros?

—Han venido á llamar, pero no les he abierto. Si saben que lo hecho para vos, se incomodarán... Idos, pues, os lo suplico.

—Pero, señorita, en último caso me importa un bledo que mis amigos se incomoden ó no... Creeis acaso que voy á dejaros de amar por respetos suyos? Ayer parecia que me oiais sin cólera.... no me prohibísteis venir á vuestra casa... Qué he hecho, pues, desde ayer, para que me trateis con tal rigor?

—Señor Gaston, no estoy incómoda, pero os repito que ayer he sido una aturdida. Vos me hablais de amor... y esa

es una razon para que no os reciba, porque... no quiero que se me hable de amor.

—Que no quereis?... pero eso es imposible!... Se puede veros, estar á vuestro lado, y pensar en otra cosa que en amaros? Y por qué no quereis que os hable de amor?... Está vuestro corazon comprometido?

—Oh! no por cierto... está absolutamente libre.

—Entonces... si me prohibís esto... es porque os disgusto... porque no soy de vuestro agrado... ó porque conoceis que no me amareis nunca.

—No, nada de eso... no hay tal.

La jóven dá esta contestacion con tal rapidez, que hace concebir esperanzas á Gaston; se apodera de su mano, y la dice con ternura:

—En ese caso... aunque yo no os hablara de amor, lo leeríais siempre en mis ojos, porque no cesará jamás.

—Al contrario... si efectivamente me amais, os suplico que me olvideis.

—Olvidaros!... eso sí que es imposible!

—Vuestros dos amigos han empezado á hacerme la corte obstinadamente, y esto... francamente... me desagrada. Qué pensarán de mí en la casa?... Ay!... Dios mio!... cierran abajo una puerta!...

La linda jóven cerró vivamente la suya, y Gaston, despues de estar algunos minutos inmóvil en la meseta, adelantó la cabeza poco á poco, se aseguró que era Mad. Montenlair que sacudia su alfombra, y bajó lentamente entrando en su cuarto.

Desde este dia, los tres galanes no habian vuelto á llamar á la puerta de su vecina, pero todos estaban en acecho continuamente para tratar de hablarla en la escalera. Entretanto, sea que Felicia espiara para salir el momento en que no apercibia á nadie, sea que se hubiera hecho mas madrugadora, ó que saliera con menos frecuencia, el resultado era que no podian verla, ó si por casualidad pasaba en el momento que abrian sus puertas, subia la escalera con

tal rapidez que habia llegado á su cuarto antes que sus vecinos hubieran tenido tiempo de saludarla, y ofrecerla sus ramilletes.

Entonces solia abrir su puerta la señora Montenlair, se echaba á reir, y decia al que podia sorprender:

—Hola!... parece que no hay novedad!.... Pobre vecino!... Ay Dios!... esto me recuerda á Bordeaux... No veia yo mas que flores por donde quiera que iba pasando... pero yo las aceptaba... no era tan orgullosa... además que, recibir un ramillete, no obliga á nada... Creedme, jóven, no os apasioneis tanto por la señorita Felicia... Es preciosa!... oh! en cuanto á eso, yo soy la primera que la hago justicia... pero no se sabe lo que hace, ni en qué se ocupa.... La portera la conoce lo mismo que nosotros.... es verdad que ha pagado un mes adelantado; pero eso qué prueba?... Ha venido recomendada por personas de alto copete, segun dice la señora Ador... pero es muy estraño que esas personas no vengan á verla... Y luego ese nombre... Felicia solamente!... Todo esto es muy misterioso, y el misterio nunca promete nada bueno.

Pero los discursos de la ex-actriz pasaban sin hacer impresion en la imaginacion de los jóvenes; los hermosos ojos de Felicia, su talle esbelto, su diminuto pié los ensordecian para las conversaciones que tocaban á la linda vecinita: por otra parte, ese misterio de que rodeaba su vida, léjos de estinguir su amor, le encendia con mas violencia, porque todo lo que tiene visos de novelesco seduce la imaginacion de los enamorados, que arreglan una novela á su antojo, y cuando llegan á amar á su heroina, todo lo miran por el lado feliz.

Mientras las dos criadas del segundo piso se entraban en su casa para que no las sorprendieran charlando, Alejandro habia llegado á su cuarto con el ramillete, y dejado la puerta entornada, diciéndose:

—La linda Felicia ha salido, segun me ha dicho la portera... preciso es que vuelva, y yo la veré subir. Esta

vez no se me ha de escapar, porque cuando pase la agarro por la falda, aunque tenga que rompérsela; ese seria un motivo mas de estrechar relaciones... y no tendrá mas remedio que escucharme.

Gaston se habia hecho casi la misma reflexion, cuando vino con su ramillete de violetas, y entrambos se habian sentado junto á las puertas entreabiertas, asomando de vez en cuando la punta de la nariz, y retirándola rápidamente cuando apercibia la de su vecino.

A las cuatro y media próximamente llegó el pasante de escribano; en vez de ramillete, traia un pedazo de pastel envuelto escrupulosamente en un papel. Apenas entró en su cuarto, tomó la misma posicion que sus amigos, asomando ó escondiendo sus narices, segun el ruido que oia en la escalera.

Al poco rato suben la escalera; son pasos de muger, pero no tienen la ligereza de los de la señorita Felicia. Sin embargo, asoman las tres narices. Es la cocinera del fabricante de plaqué del primer piso que sube á su caramanchon; es una muchacha gruesa, pesada, amazacotada, por decirlo así, de formas macizas, y que se llama Adelaida: al apercibir estos principios de caras que asoman detrás de las puertas, se echa á reir, diciendo:

—Ay!... las narices!... ja, ja, ja!... las tres narices!... je, je!... tienen trazas de estar heladas!

Y continúa subiendo, mientras que canta un trozo de cancion, que dice:

Porque el amor es cosa buena
estando al lado del fogon.

Apenas han transcurrido tres minutos desde que pasó la cocinera gorda, cuando vuelven á oirse nuevamente pasos. Alejandro, cuya puerta es la primera segun se sube, dice para sí:

—Ella debe ser, porque ahora suben con mucha pre-

caucion... eso es para que no la oigan...: pero no se me escapa... la agarro por la falda...

Y uniendo la accion al pensamiento, el jóven adelanta el brazo, agarra una cosa, y oye al mismo tiempo un redondo juramento que no le ha pronunciado una voz de muger. Adivina entonces que se ha equivocado, suelta lo que tenia cogido, y quiere cerrar la puerta, pero se lo impiden, gritando:

—Qué quiere decir esto?... si se trata de darme bromas, no las admito, porque esas son bromas de mal género!.... Caballero, me habeis desgarrado el paletot!... No, voto al diablo!.... no cerrareis la puerta!.... necesito una esplicacion!...

A los acentos de esta voz tan conocida, Mad. Montenlair abre vivamente su puerta, diciendo:

—Cómo!... sois vos, Filoséles?... qué es eso?.... qué teneis?... qué hay?... qué os ha sucedido?... con quién disputais?...

El señor Filoséles es un hombrecillo de unos sesenta años, muy mal conservado, que lleva una peluca blonda de dimensiones fabulosas parecida á las que se usaban en tiempo de Luis XIV. Su color es bastante pronunciado, pero especialmente los pómulos y las narices parecen tomates; es muy rabioso, como casi todos los de estatura pequeña; en fin, es de temperamento sanguíneo y por consiguiente muy colérico. Así, retiene con las dos manos y con toda su fuerza, la puerta que Alejandro quiere á toda costa cerrar.

—Me preguntais qué hay, Rosinita? esclama el viejecito de la gran peluca, sin soltar la puerta. Hay, que en el momento en que pasaba tranquilamente por aquí para ir á vuestro cuarto, han abierto bruscamente esta puerta, ha salido una mano, y me ha agarrado del paletot, rasgándomelo de arriba abajo!... Oh!... pero.... por los cuernos del diablo!.... yo veré quién es la persona que se ha permitido....

En este momento, Alejandro, cansado de tirar inútil-

mente de su puerta, la suelta de repente, y el señor Filoséles que no halla resistencia y estaba tirando de ella con toda su fuerza, cae de espaldas y cuan largo es, en el corredor.

Mad. Montenlair corre á él y procura levantarle; el viejo jura como un carretero, porque al caer se le ha vuelto la peluca lo de atrás adelante, y le tapa la cara llenándole la boca de cabellos.

Alejandro sale de su casa, le ayuda á poner en pié, y procura disculparse.

—Siento altamente, caballero, lo que acaba de pasar... creed que no fué esa mi intencion.... ha sido un error.... os tomé por uno de mis vecinos de al lado, á quien queria dar una broma.

—Señor mio, esto no puede quedar así... Rosinita, hacedme el favor de volverme la peluca, que estoy comiendo pelo... Sabeis, caballero, que son graciosas vuestras bromas?... tirarse á mí como un perro rabioso.... desgarrar mi paletot!...

—Os repito, señor, que ha sido una equivocacion.... os pido mil perdones...

—Vamos, Filoséles, vamos, dice Mad. Montenlair: tranquilizáos. Seguramente mi vecino el señor Alejandro no pensaba que érais vos quien pasaba en ese momento.

—Oh! no señor, y por eso le suplico que me dispense.

Pero cuanto mas disculpas presentaban al hombrecillo, mas colérico se ponia: empezó á dar patadas y á esclamar á voz en grito:

—Es que he dicho que esto no se queda así... cuerpo de tal!... y no queda!... Despues de arrojarme al suelo, y romperme la ropa, quereis componerlo con escusas?... No, voto á las uñas de Satanás!... no estoy de humor de que nadie se divierta conmigo, por vida de veinticinco pipas!.... No tengo yo la sangre tan blanca!...

Ya enfadado de ver la insolencia del vejete, cambia de tono Alejandro, y se dirige á él diciendo:

—Oiga!... con que nó?... sabeis que me vais ya cargando, cara de pera cocida?... Os parece?... este antiguo retrato de Luis XIV que se ha escapado de una tapicería, porque suelto mi puerta, y se cae, y se le vuelve la peluca, no quiere comprender que es una broma?... y bien!... qué quereis, viejo sátiro?... quereis batiros?.... al momento!... Justamente en mi cuarto hay pistolas!... bajemos al patio, y en el jardin de la escuela nos pegamos dos tiros... pronto... es negocio de un momento... cara de remolacha!

Ahora es Mad. Montenlair la que se pone delante de Alejandro, y se abraza á él esclamando:

—No, no por Dios!.... un duelo!.... batirse!... quereis verme morir á vuestra presencia?

—Vecina, yo no quiero nada; pero este caballero tiene gana de que yo sepa de qué color es su sangre, y voy á darle gusto.

Pero como suele suceder generalmente, cuando el viejo rabietas vé que su contrincante es un jóven que no tiene miedo, baja de tono, y se pone á arreglar su peluca, diciendo:

—Pero... es que.... bien comprendeis.... cuando suceden cosas de esta naturaleza... y que no se esperan... yo... ya veis... tengo roto el paletot....

—Eso no es nada, Filoséles.... Yo le compondré.... le echaré un zurcido curioso, y no se conocerá... Vamos.... que no haya cuestion por eso... Dos hombres de valor no deben empeñar un lance por una bagatela... además, yo conozco al señor Alejandro: es incapaz de haber tenido intencion de ofenderos.

—Pues no estoy diciendo que ha sido una equivocacion?

—Ah! ya!... eso es otra cosa!.... No me habia enterado!... En ese caso... puesto que ha sido una equivocacion... no hay mas que hablar!... Vámonos, Rosinita, andad!

—Pasad vos delante, Filoséles.

El vejete hace un saludo sin gracia á Alejandro, por-

que, á pesar de todo recuerda que le ha llamado cara de pera cocida y cara de remolacha, y entra en la habitacion de Mad. Montenlair, que se queda detrás para decir al jóven:

—Es atroz!... tiene un génio endiablado!.... como que en otro tiempo vendia mostaza en Bordeaux!

—Pues parece que se le ha quedado en las narices, respondió el corredor sonriendo. Pero es flojilla, no es de primera calidad, de la superior! Andad, Petronilita, ir á recoser á vuestro Filoséles... Ah!... decidme: por qué gasta esa peluca tan enorme?

—Porque dice que eso le preserva de los dolores en el cuello.

—Ya!... en efecto, esa es una razon.

Cuando la vecina se ha metido en su casa, oye Alejandro reir á carcajadas á sus dos amigos.

En seguida abren las puertas respectivas, y Alejandro se coloca en medio del pasillo, diciéndoles:

—Hola!.. estais contentos, no es verdad?... os habeis divertido bien?... Lo cierto es que la escena debia ser chistosa vista desde vuestros palcos!... Tiene gracia este viejezuelo!... era digno de que se le fotografiara, sobre todo cuando aljofifaba los ladrillos con la peluca.

—Y Rosinita que por poco se desmaya en tus brazos?....

—Eso hubiera sido lo mas gracioso!... En fin, la señorita Felicia tiene la culpa de todo esto.

—Entonces, querias romperla su vestido?...

—Yo?...

—Claro es!... No has roto el del comerciante de mostaza?

—Yo no queria romperla nada; deseaba solamente detenerla un momento al paso, y me parece que vosotros no estábais pegados á las puertas tampoco con otra intencion, hijos mios!... oye!... qué diablos tienes tú tan envuelto en ese papel, Collinet?... son mas fósforos?

—No, es otra cosa.

—A ver?... enséñala.

—No quiero... Os pido yo que me enseñeis vuestros ramilletes?

—Nuestros ramilletes se sabe de qué son por el olor; pero si es que eso huele de otro modo... parece que... puf!.. si apesta á grasa!.... Es una salchicha quizá lo que vas á regalar á la vecina?

—No quiero decir lo que es.

—Por mas que te des importancia, no hemos de creer que es ninguna joya! Y á todo esto, señores; sabeis que se está divirtiendo en grande con nosotros la vecinita de arriba?

—Hombre, no!... ella no nos ha dado ni esperanza, ni citas: nosotros queremos verla, y ella trata de evitarnos: esto es todo.

—Y tú lo crees así, trovador?... Cómo se conoce que acabas de salir de tu pueblo!... Al contrario, ella está satisfecha de habernos barajado los cascos á los tres... esto la divierte!.... sí, hombre!... ella debe ser coqueta!.... Todas las mugeres lo son.

—Pues estás engañado. No es coqueta, porque no quiere que se la hable de amor.

—Te lo ha dicho ella?

—Sí.

—Pues eso lo que prueba es que tú no la agradas, y nada mas... Ah! suben la escalera!... es una muger!...

Los tres jóvenes corren á asomarse á la barandilla, miran abajo. Una señora, como de treinta años, vestida con gusto, sube y se detiene en el piso tercero, registrándose el bolsillo.

—Es Mad. Patineaux, dijo Alejandro.

—De cierto?

—Estoy seguro.

—Bonito cuerpo!... corresponde la cara?

—Espérate!... ahora la verás!... voy á hacerla levantar la cabeza.

Y empezó á dar agudos gritos. Mad. Patineaux levanta en efecto la vista, se ruboriza al verse examinada por tres jóvenes, y responde con una inclinacion de cabeza á sus saludos.

—Mil perdones, señora, dice Alejandro: tal vez os habré asustado... Dios mio!... no tengo yo la culpa, sino un maldito calambre que me ha dado en esta pantorrilla... y cuando me acontece esto.... siento un dolor tan agudo.... ay!... ay!... ahora me aprieta!

—Deberíais bajar á casa del doctor Urtuby que vive en el segundo piso, y él sin duda os dispondria alguna cosa que os aliviara.

—Ay!... aay!... teneis razon, señora... y haré lo que me decís... bajaré á ver al doctor.... ay!.... ay!.... cuando pueda sentar el pié... porque en este momento le tengo en el aire... es imposible... Con todo... ay!... os doy un millon de gracias por vuestro consejo, señora.

—No hay de qué.

Mad. Patineaux halla su llave, y entra en su casa, saludando graciosamente á los jóvenes del cuarto piso.

—Es verdad que es bonita esta muger?.... dice Alejandro, despues que la vió desaparecer.

—Preciosa! contesta Gaston: y sin embargo... nada hay en ella de particular... toda su figura es vulgar.

—Vamos, tú dices eso porque no te ha mirado como á mí.

—Escucha, dijo Collinet; tiene traza de ser muy tierna. Si será tambien amable?... no será estraño que el marido... je!, je, je!...

—De qué supones tú eso?

—Amanda, la sobrina de la portera, me ha dicho que la ha encontrado muchas veces del brazo de un jóven de bigotes, el cual la deja siempre en la esquina de la calle Cadet...

—Tanto mejor: eso quiere decir que no me daria á mí cuidado añadir un floron á la corona de Mr. Patineaux.

—Y si te gusta tanto, por qué no la haces la córte, y dejas de ocuparte de Felicia?

—Ah! no!.... eso sí que nunca!.... Mad. Patineaux es linda, pero la jóven es preciosísima!... Además que eso no impide... yo cazo siempre que encuentro... nunca por mucho trigo es mal año! y gracias á mí la habeis visto, que si no hubiera sido por mi calambre, no hubiera levantado la cabeza.

—Alguien vuelve á subir, dijo el pasante; pero ahora es un hombre.

—Calla!... si es Mr. Loupard!.... qué diablo nos quiere ahora?

Era en efecto el maestro de escuela que subia las escaleras cuatro á cuatro, y se detuvo en el cuarto piso, sorprendido de encontrar en el pasillo á los tres jóvenes.

—Buenos dias, señor Loupard, dijo Alejandro. Buscais á alguno de nosotros?

—Sí, señor: efectivamente, iba á vuestra casa para....

—Pues bien, si os es igual, aquí os recibiremos... porque en nuestras habitaciones no hay fuego: además que nos gusta mas recibir nuestras visitas en el pasillo, porque se vé mas claro.

—Y porque no se ensucian nuestros cuartos que están perfectamente limpios y encerados, añadió Collinet.

—Nada, señores... nada: no hay que molestarse por mí en lo mas mínimo.... yo me encuentro bien en todas partes.

—Sentaos, pues, señor Loupard, dijo Alejandro indicando al maestro de escuela los primeros escalones del quinto piso.

—Repito que no os molesteis por mí, señores. A mí me agrada estar en pié... Pues venia á consultaros acerca de una cosa que me apura. Ante todo debo deciros que he ido hoy á la calle Galande con las señas que vos me habiais dado, á ver si podia dar con Mr. Bodinet...

—Y qué?

—Qué?... que no está, ni vive allí, señores. Se ha mudado ayer... sin pagar, segun me han dicho; es decir que se ha mudado de incógnito, de tapadillo, furtivamente.

—Comprendo!

—No le seria muy difícil, respondió Collinet; nada poseia...

—En fin, señores, habiendo desaparecido este hombre poco delicado...

—Chit!... esperad, señor Loupard: abren una puerta en el tercer piso... quizá sea por mí.

Alejandro se inclina de nuevo sobre la balaustrada para mirar abajo, creyendo que es Mad. Patineaux que vuelve á salir; Gaston y Collinet se apresuran á hacer otro tanto, mientras que el maestro de escuela, asustado del modo con que sacan los jóvenes el medio cuerpo fuera, esclama:

—Señores, señores!... cuidado, por Dios!... os lo suplico... no os asomeis así... vais á caer de cabeza!...

Al mismo tiempo Mad. Joly que es la que ha salido de su habitacion con un feo y ordinario servicio en la mano, dirigiéndose á desocuparle en el lugar escusado de su piso, empieza á refunfuñar de suerte que la oigan los de arriba.

—Vaya que está gracioso!.... vá llegando dia que en esta casa no se vá á poder hacer la menor cosa.,... ni las ocupaciones mas sencillas ó mas naturales, sin que los vecinos la estén á una acechando y espiando!... Ya estoy yo mas que fastidiada con esas personas holgazanas que no saben pasar su vida mas que en la escalera!... No, pues como la portera no ponga un término á esto, me iré á quejar al señor Borrego, el propietario... y si no al comisario de policía!

El aleman abre su puerta al oir voces y se dirige á ella

—Buenos tias, seniora!... Gué es gue teneis?... es el fueco gue haper en fuestra gasa!

—Dejadme en paz!... no hablo con vos!... mas vale que en lugar de salir á curiosear, trateis de impedir á vuestro

gato que salga, que alborote, que corra, y sobre todo que se venga á ensuciar en mi felpudo!... como le llegue á cojer le rompo el espinazo!

—Mi jato!.... el jato mio está limbio gomo el oro, seniora!... fos no sapeis gue tecís... el jato mio no está alporoto tamboco... él está... está...

—Caballero!... tened la bondad de callaros!... Oh, Dios mio!... qué casa!... qué asco de casa!

Y Mad. Joly entra en su cuarto dando un violento porrazo.

—Mr. Beugle hace otro tanto, diciendo:

—Ista seniora mi fastitia mucho!

Los tres jóvenes se rien á mas no poder de la cólera de Mad. Joly; pero cuando ya se han tranquilizado algun tanto, Mr. Loupard vuelve á tomar la palabra.

—Pues como decia, señores, este señor Bodinet que no piensa en darme ni un céntimo por la educacion y alimentos de su hijo, habia dejado en depósito, ó mas bien en rehenes en mi poder unas veinte cajas de polvo... hoy son solo diez y nueve las que hay. Y es el caso que habiéndoselas enseñado á un sugeto, ha consentido en tomármelas todas á razon de dos francos cada una, buenas con malas.

—Dádselas, señor Loupard, dijo Alejandro: dádselas; ese es próximamente su valor... aprovechad la ocasion.

—Pero caballero, estaré en mi derecho vendiendo esas cajas que Mr. Bodinet me ha dejado en garantía? Podré hacerlo?

—Cómo que si podreis?.... Pues ya lo creo!.... No es verdad, Collinet, que el señor tiene el derecho de venderlas?

—Cuánto tiempo hace que las teneis en vuestro poder? pregunta el pasante.

—Trece meses, caballero; mas de trece meses; y solo he recibido trece francos y cincuenta céntimos por el pupilaje de Arístides Bodinet, ajustado de antemano y con

consentimiento de su padre en cien escudos.

—Podeis vender las cajas; pero cuidad de que os den una factura en regla de la dicha venta. Son treinta y ocho francos mas que habreis tomado á buena cuenta de lo que se os debe.

—Gracias, señores, os doy mil gracias. Puesto que creeis que tengo derecho, voy á efectuar la venta, porque los tiempos están malos, y me obliga la necesidad. El invierno se viene encima, y no tengo ni una mala astilla para que se calienten los pobrecitos alumnos, que vienen muertecitos de frio.

Mr. Loupard saluda, y baja corriendo.

—Excelente hombre!... exclama Alejandro. Ahí le teneis, que no se atrevia á disponer de la miserable garantía que le ha dejado su deudor!... Y á todo esto, ya es de noche. Es hora de ir á comer. El amor no debe hacer olvidar el estómago... al contrario. Pero, qué es eso? no pensais comer vosotros?... bien veis que la chiquilla come fuera, á lo que parece, mientras nosotros la esperamos en la escalera... Con que, no os animais?... Vamos... comeremos juntos... un tente-en-pié de treinta y dos sueldos... Gaston regalará despues el café, y yo el plus. Te conviene, Collinet?

Los jóvenes aceptan, y salen juntos, dándose cada uno el parabien de no dejar á sus rivales en casa.

X.

EL DOCTOR URTUBY.

Eran las cinco menos cuarto cuando el doctor Urtuby entró en su casa, limpiándose el sudor de que traia inun-

dada la frente, á pesar del frio que hacia, y al parecer muy cansado; lo cual, sin embargo, no le impidió correr á sacar de la caja su violin, y ponerse á afinarle.

El doctor tiene una figura agradable y elegante; está casi calvo, pero su fisonomía es todavia jóven, y su mirada viva.

—Qué profesion!... qué maldita profesion! dice sin dejar de afinar su instrumento. Ni un minuto de que poder disponer!...oh!... y si se creyese á los enfermos, no se separaria uno de ellos ni un segundo!... no tendria tiempo jamás de estudiar mi parte en este cuartetto de Mozart.... y que la música de Mozart no es nada fácil... cuerno!.... Ha venido alguien, María?

—Sí, señor. Primero de casa de Mad. Lepinel, que dicen que tal vez hoy *saldrá de su cuidado*, porque se sentia peor....

—Ya me hará el favor de esperarse, y no jugarme la partida de parir cuando tengo convidados á comer!... Todavía tiene trabajo para tres ó cuatro dias!... Pero no era eso lo que yo te decia... Preguntaba si habia venido alguno... alguno de los nuestros.... de nuestros convidados!...

—Para qué?... no tienen prisa... Ya vendrán cuando se vayan á sentar á la mesa!

—Picarilla!... siempre mordaz!... esta Mariquita!... Demonio!... ya se me saltó la prima.... con tal que tenga otra....

—Despues vino esa señora que tiene sesenta y cinco años y quiere hacerse vacunar... Mad. Toquet...

—Canario!... pues no la vacuné la primavera pasada?

—Dice que no está muy segura de haber tomado la vacuna.... que corren voces de que hay viruelas.... y tiene miedo.

—Vieja loca!.... pues no se hace vacunar todos los años?... Y de qué mil diablos tiene miedo?.... cree acaso que las viruelas la pondrian mas fea?... Ah!... vamos, ya soy feliz!... encontré una prima.

—En seguida llegó esa jóven recien casada.... que quiere consultar con vos.

—Ah!... ya!... delicadillo es el caso!.... pobre muchacha!... en otro tiempo se hubieran mandado las pruebas.... pero ya la justicia ha variado y no se administra como otras veces!... y es lástima, porque no deja de tener gracia.

—Señor, y qué pruebas eran esas?

—Yo te lo esplicaré, María; yo te lo esplicaré cuando estemos mas despacio... Subirá?... demonio!.... temo no se me vaya tambien á saltar.

—Despues volvió la muger de ese señor que tiene media docena de lavativas en el cuerpo, y no las puede devolver.

—Pues bueno, que se las guarde, y me deje en paz!...

—Sí, me parece que sube.

—La dije que le pusiera otra....

—Hiciste bien... Estaré afinado?.... Estas diablos de cuerdas nuevas!... no hacen mas que estirar....

—Pero es que os aguardan.

—Pues que aguarden! María, voy á mi gabinete á dar un repasito á mi parte del cuartetto... si vienen á buscarme, dí que no estoy.... entiendes? despide á todo el mundo... echa cualquier disculpa... que me han venido á buscar para otro, que he salido fuera de la poblacion, que no vuelvo hasta mañana.

—Está bien, señor.

—Y sobre todo, Mariquita, cuida de la comida!... Ya sabes que vienen profesores de gastronomía!

—Vaya una gracia!... cuando se trata de cosas buenas, todos son conocedores... y vos no os quedais atrás.... bien sabeis distinguir los buenos bocados!

—Pues por eso te conservo, Maricuela.

Y despues de haberla dado una palmadita por bajo del talle, corre á encerrarse en su gabinete y se pone á cencerrear en el violin.

No tarda mucho en oirse la campanilla, y se presenta un señor viejo, amarillo como un membrillo, y muy encorbado.

—El doctor Urtuby.... vive aqui!

—Aqui vive, pero no está en casa, contesta la señorita María, teniendo sujeta la puerta como para cerrar.

—Cómo!... no está?.... pues si la portera me ha dicho que acababa de entrar.

—Puede ser; pero por lo visto habrá vuelto á salir.

—Qué desgracia!... y el caso es que tenia que darme una receta por precision. Estoy seguro que mi boticario se ha equivocado; le habia pedido bálsamo tranquilo para friccionarme los riñones que me duelen... yo no sé qué demonios me ha dado, que desde que mi muger me ha dado una friccion, no puedo enderezarme... Creo que tengo *lumbago*.

—Será que vuestra muger os habrá frotado muy fuerte?

—No sé; voy á esperar que el doctor vuelva.

—No os tomeis ese trabajo; ha ido al campo, y no volverá hasta mañana.

—Qué contratiempo, Dios mio!... Pues bien, ya que no hay otro remedio, ahí teneis las señas de mi casa: Mr. Hurlé, calle de Provenza.

En este momento, el doctor poseido de su parte, se dá tan buena traza, que el sonido del violin llega á los oidos del viejo, el cual no pudiendo enderezar el cuerpo, endereza la vista, como si con sus ojos quisiera penetrar las paredes, diciendo.

—Calla!... Teneis músicos en casa?

—Sí, señor; es un sobrino del amo que estudia en el violin, ahora que no está su tio; aprovecha estas ocasiones, porque cuando el doctor está en casa, no quiere oir el violin.

—Y se comprende muy bien!... un sábio no se para en esas bagatelas... Ay! ay!... mis riñones!

—Con que, adios, caballero.

—Pero, señora, no podriais indicarme qué haria yo para enderezarme?... Me han aconsejado los baños....

—Sí, sí, bañaos.

—De Bareges.

—Sí, sí; con mostaza. Hasta otra vista.

Y cierra la puerta, corriendo á la cocina; y llegándose al cuarto de su amo; le grita:

—No toqueis tan fuerte, que os oyen los enfermos.

—Escucha este pasage, Mariquita!... en la cuarta cuerda... como Paganini!...

—Qué tengo de escuchar?.... y el timbal que se va á quemar?... os están esperando en la calle de Provenza, en casa de Mr. Hurlé para un lumbago...

—Bueno.

—Es que no se puede poner derecho.

—Está bien; mañana iré... Escucha, escucha... esto vá *arpegiado!...*

—Emperegilado?... yo lo aliñaré como debe estar, y no quedareis descontento.

A las seis menos algunos minutos llegan los convidados del doctor, que son siete: tres médicos, dos boticarios, un estudiante de medicina, y un aprendiz dentista. Entre estos señores, uno toca el violin, otro el contrabajo, y otro el violoncello. Los otros se contentan con manejar primero el tenedor y luego las cartas.

—Buenos dias, *virtuoso!*

—Buenos dias, gran artista!

—Buenos dias, célebre violinista!

Estos saludos van cambiando los convidados con su anfitrion, al mismo tiempo que le estrechan la mano, y luego empiezan las conversaciones parciales.

—*Quid novi,* doctor Dumousseaux?

—Nada de particular. Dicen que Lambelle ha inventado una pasta nueva para curar las enfermedades del pecho.

—Y entonces cómo es que dejó morir á su muger?

—Porque sin duda en aquella ocasion no habia concluido de confeccionar su pasta.

—Sabeis que Dupuivers ha encontrado un remedio infalible para el cólera?

—Ó lo que es lo mismo, ha inventado un cólera para su remedio. Cuando le llaman para un enfermo, le hace creer que tiene el cólera, le aplica su remedio, y queda curado y satisfecho.

—No deja de tener oportunidad!

—Señores, dicen que hay muchas fluxiones de pecho; es cierto?

—Sí.

—Y son peligrosas?

—Cuando no se acude á tiempo, sí.

—Ja, ja, ja!... Vaya una ocurrencia!... cuando no se acude á tiempo, á todas las enfermedades les sucede lo mismo.

El doctor Urtuby viene á interrumpirlos, diciendo:

—Eh, señores!... qué diablos!... vamos ahora á hablar de enfermos y enfermedades?.... nos hemos reunido para esplicar un curso de terapéutica?... Me parece mas bien que estamos aquí para divertirnos y reir un rato... los negocios sérios dejarlos para mañana.

—Urtuby tiene razon... sino que este diablo de Courtillard, desde que ha comprado una botica, no piensa mas que en vender sus drogas, y quisiera que todo el mundo estuviera enfermo.

—Silencio, estudiante!... Cuando seais doctor, veremos en qué pensais.

—Mas valia que Courtillard aprendiera á tocar el cornetin... con eso nos acompañaria.

—Y además que el cornetin es instrumento que deberian saber tocar todos los boticarios.

—Vais á empezar vuestras bromas de siempre con los farmacéuticos?... pues ya están muy gastadas... ni aun en los vaudevilles pasan.

—Pues es lástima, porque es cosa que dá materia larga... Ah!... á propósito, Courtillard... es verdad lo que me han dicho?

—Y qué os han dicho?

—Que os ibais á establecer en la calle de Sietevias, para tener mas clientela.

—Todavía?... Yo tomaré la revancha.

—Señores, el teatro de las Bouffées se ha abierto ya. Quién de vosotros ha ido?

—Yo estuve antes de ayer.

—Y qué tal?

—Mal. Siempre hacen la misma funcion.

—Ya, pero cuando la funcion es buena, no se cansa uno.

—No estamos conformes!... se cansa uno aunque sea de una cosa buena, cuando es siempre la misma cosa. Acordaos si no del cuento del *Pastel de anguila,* de Lafontaine... Lafontaine tiene razon.

María se presenta á la puerta del salon, diciendo:

—El señor está servido.

—Ah! bravo!

—Gran palabra!

—Escelente noticia!

—Oiga! y este pícaro Urtuby conserva siempre su criadita!

—Es bonita!

—Sobre todo muy graciosa!

—Y pizpiretilla!... je, je!... Urtuby la tiene hace ya mucho tiempo.

—Señores, nada tiene de estraño... guisa bien, y esa es la causa de conservarla.

—Y nosotros somos incapaces de pensar otra cosa.

—A la mesa, señores.

Todos se dirigen al comedor, y se colocan á la mesa en silencio y con cierta solemnidad.

En general los médicos y los boticarios son conocedo-

res gastrónomos, y hombres que saben comer; cosa que no todos hacen, porque no basta comer mucho para saber comer.

Durante el primer servicio, la conversacion casi estuvo reducida á palabras sueltas.

—Decididamente teneis una escelente cocinera.

—Esta *marinera* es deliciosa, y suculenta.

—Pido un voto de gracias para la señorita María.

—Todavía no, señores, esperad!.... aun no hemos concluido.

—Estoy en eso!.... pero ya voy yo empezando á animarme!

—Oh!... en la mesa se aguza el ingenio... y si no mirad á Courtillard!... cómo paladea todo lo que come... vá despacio, bebe con oportunidad.

—Lo cual quiere decir que sé comer.

—Ah! sí: en la mesa estais admirable!... os envidio!... Gran quijada!

—Con todo, preferiria la vuestra, si tuviera filisteos que matar.

—Hola!... Mirad, señores, una frase que no carece de gracia!.... Bravo, Courtillard!... tratad de encontrar muchas así, y tendremos el gusto de escribir sobre vuestra oficina lo siguiente: *Courtillard; cura los males, y los hace.*

— Mucho sentiria haber hecho este.

Al mismo tiempo suena la campanilla, y Urtuby dice á sus convidados:

—Hablemos bajo, señores... María tiene la consigna: No estoy en casa.

María llega al cabo de algunos minutos, y dice á su amo:

—Es otro aviso de casa de Mad. Lepinel; que no espera mas que á vos para *salir de su ocasion.*

—Pues bueno, que me espere.

—Yo he dicho que todavía no habiais vuelto.

—Entonces, estamos conformes... Ah!... María!... estos señores te dán un voto de gracias por tu *marinera*.

—Oh! sí; seguramente!

—Merecia una condecoracion!

—Honor al talento!

—Gloria al arte culinario!

—Gracias, señores; muchas gracias.

—María, quieres darnos manzanilla y volnay?

—Este diablo de Urtuby tiene siempre vinos escelentes!

—Y le gusta tenerlos en su casa, en lo cual se diferencia de otros muchos que les gustan los buenos vinos en las casas agenas.

—Sí, señores; me agrada tener buenos vinos que ofrecer á mis convidados.... cuando estos saben apreciarlos; porque no me hableis de esos hombres á quienes se les sirve un vino generoso, un vino de cuerpo, nombre y edad, y lo beben como si bebieran vino tinto, sin reparar en ello, y continuando la conversacion de la lluvia, del buen tiempo, de su opinion política... Cuando se trata con tales ignorantes, con paladares tan depravados, no hay mas que un propósito que formarse: no darlos de beber jamás sino vino tinto, y malo.

—Tiene razon Urtuby, muchísima razon: dar vinos escelentes á quien no sabe apreciar sus cualidades, es echar margaritas á puercos.

La campanilla suena de nuevo, y los convidados se callan. María aparece al poco tiempo.

—De casa de Mad. Roussilly, que tiene una neuralgia.

—Está bien. Esas cosas duran mucho tiempo: todavía la tendrá mañana.

—Y tambien de casa de Mad. Tibouté.

—Qué quiere?

—Que tengais la bondad de pasar por su casa, porque tiene mala la lengua.

—Cuando las mugeres tienen la lengua mala, no hay mas remedio que cortársela. Dános champaña, María. Ya lo estais viendo, señores: si no dijera uno que no estaba en casa, ni aun comer le dejaban. Qué diablo!... para curar á los demás, es preciso empezar por vivir uno.

—A propósito, doctor. He visto al pintor Duflou... enteramente bueno... os debe la vida.

—Cómo? cómo?

—Sí, señores. El doctor ha hecho una soberbia cura, porque el pintor Duflou estaba ya casi desahuciado.

—Sí, tuve suerte... y ha sido por un nuevo tratamiento... Esta noche oireis el andante del segundo cuartetto... qué magnífico!... hay una variacion dificililla... pero saldrá... ya lo creo!.... oh!... la música!... no hay nada mejor....

—Perdonad... En este momento hay este asado que no cabe mas perfecto...

—*Emollit mores ne sinit esse feros*!

—Otra vez la campanilla!

—Y que viene de prisa!.... necesariamente debe estar muy malo!... aprieta, hijo, aprieta!... la vá á romper!

Trascurren algunos momentos, y no entra la criada; pero se oye hablar recio en la antecámara.

—Quién arma ese ruido?

—Parece que es testarudo.

—Vaya un fastidio!... pues no me molesto.

Por fin aparece María medio asustada, diciendo:

—Señor, no quiere irse.... jura, grita, chilla... es un estrangero, porque arma una algarabia... no se le entiende una palabra... trae un pañuelo en la mejilla... creo que le duelen las muelas.

—Yo no soy dentista.

—Eso es lo que yo le he dicho, pero no cesa de gritar como un desesperado: «El curandero!.... yo quiero el curandero!»

—Armandito, quereis llegaros á ver qué se le ocurre á

ese animal? dice el doctor al aprendiz dentista, que se levanta de la mesa rápidamente, diciendo:

—Al momento... voy allá... pues si precisamente yo no deseo mas que ejercitarme.

—Pobre hombre!... va á ver las estrellas!... dice el boticario Courtillard sin dejar de comer. No confiaria yo mi boca á este muchacho!

—Y por qué?

—Demonio!... por qué?... por que no hace muchos dias fué mi criada, y por sacarla una muela la arrancó un pedazo de oreja.

—De oreja?... hombre!... eso es increible!

—Pues es exacto, señores. Al pasar las pinzas de una mano á otra no ha tenido en cuenta qne habia colocado la mano sobre el hombro de la muchacha, y la agarró la oreja...

—Es particular!... Atiza!!... habeis oido ese grito!

—Si: es que le está operando.

—Como no le arranque la nariz...

—Y continúan los gritos!

—Continuará tal vez tirando.

Por fin aparece el jóven con aire de triunfo exclamando:

—Está listo, señores! Ah! qué bueno es llevarse consigo los instrumentos siempre!

—Le habeis sacado la muela!

—Ya lo creo!... le he sacado tres.

—Demonio!... tenia malas tres muelas?

—No: no tenia mas que una, pero me la indicó mal... y me equivoqué en la primera... la segunda fué que se corrió el instrumento: pero la tercera... oh!... en esa ya iba yo seguro, y salió perfectamente.

—Os doy la enhorabuena, porque ese hombre debe haber ido muy contento.

—Oh! contentísimo!... Sin embargo, no quiso pagarme mas que una muela... pero yo le he regalado las otras dos.

—Y habeis hecho muy bien. De ese modo se adquiere clientela!

XI.

NUEVO MODO DE CURAR LOS ENFERMOS.

La comida se terminó alegremente. El jóven estudiante no economiza las bromas al aprendiz dentista por la seguridad con que opera á sus clientes haciéndoles grandes rebajas, pero el artista regala á María lo que habia recibido por su operacion, y esto pone fin á los equívocos de los convidados.

Apenas se habia tomado el café, cuando Mr. Urtuby toma su violin, invitando á los tres aficionados á hacer lo mismo con sus instrumentos respectivos.

—Y nosotros que no somos músicos, dice el doctor Dumousseaux, vamos á jugar al nuevo wisth, al wisth francés.

—Y qué es el wisth francés?... no le conozco... es algun juego nuevo?

—Es el wisth sin compañero, y... francamente, lo creo una felicísima invencion, porque es insoportable oir siempre disputar á los compañeros, cosa que no falta en una partida: al menos, jugando cada uno por sí, no tiene nadie que reñirle.

—Y dónde habeis aprendido ese juego?

—Pardiez!... con las reglas que he visto anunciadas y he comprado en una librería del boulevard de San Martin, junto al teatro.

Los músicos se colocan delante de sus atriles, y los jugadores al rededor de la mesa. Las dos partidas empiezan, pero los músicos no quieren que se haga ruido, y los jugadores no pueden contener á veces sus esclamaciones.

—Silencio ahí!... grita el doctor Urtuby. Dijisteis que en ese nuevo wisth no se hablaba una palabra, y haceis mas ruido que nosotros.

—Es que os estamos aplaudiendo.

—No es verdad que este motivo es precioso?

—Lindísimo.

—Me gusta mas su vino que su música, dice en voz baja uno de los jugadores de wisth.

—Pobre Urtuby!... es materialmente una enfermedad su pasion por el violin.

—Pues deberia curarse.

—Cá!... es incurable.

—Rayos y centellas!... si no tocan bien, al menos tocan bien fuerte!... Tengo los oidos taladrados y la cabeza hecha una bomba... ni veo las cartas.

—Lo que es yo no vuelvo á casa de Urtuby cuando haya música.

Los músicos acababan su segundo cuartetto, y los jugadores su quinta partida, cuando se oyó otra vez la campanilla, y al cabo de algun tiempo, llega la criada diciendo á su amo:

—Señor, es la vieja de esta mañana... la que tiene al marido atestado de ayudas.

—Te he dicho que la despidas.... no estoy.... déjanos en paz.

—Si es que la vieja absolutamente quiere irse... dice que está cierta que os hallais en casa... se lo ha dicho la portera... quiere hablar con vos, y es capaz de pasar ahí

toda la noche... y me está incomodando, porque no me deja hacer el ponche.

—Dála un vaso de él y que se vaya.

—Que si quieres!.. le beberá, pero no se irá... Salid un minuto, señor; hablad con ella, y que se largue... la mandais cualquier cosa, y se irá contenta.

—Vamos, ya que es preciso!.... Soy con vosotros, señores.

El doctor sale á la antecámara donde encuentra á la señora Cantapollos, respirando el aire con delicia, porque llega hasta sus narices el olorcillo del ponche.

—Y bien, señora?... veamos... por qué obligarme á dejar otros enfermos?... lo que vuestro marido tiene no es cosa de cuidado. Todos los dias está sucediendo ponerse una persona ayudas y no devolverlas.

—Ay, señor doctor de mi alma! yo os lo pido por Dios y por todos los santos de la corte celestial!... venid á ver á mi *hombre*... os *asiguro* que vá reventar si no le socorreis... en este momento está como un tonel, como un globo... si se le echara á rodar, ó se le dejara caer, estoy cierta que botaria como una pelota.

—María, dame una pluma y papel... Voy á poneros una receta, señora.

—Pero, señor doctor, no quereis venir conmigo á ver á Cantapollos?

—Me es absolutamente imposible, señora... tengo otro enfermo, del cual no puedo separarme un momento.

—Pero si Cantapollos queria que le vierais, porque se le han abierto grietas en la barriga, y quiere enseñárosla.

—Y yo os digo que es imposible... Ahí teneis esa receta... que la tome, y yo iré otro dia.

—Otro dia!... pero si era preciso que fuérais *de seguida*, porque mi *hombre* quiere curarse lo mas pronto que se pueda... ya veis... es músico... y es preciso que salga á *buscarse la vida*.

—Ah!... vuestro marido es músico?

—Sí, señor; toca en los bailes, en los *treatos* de aficionados, en los cafés, y así...

—Y qué instrumento toca?

—Toca el violin, *con perdon de vuestra merced*... y que le toca mas fuerte!...

—Ah!... toca el violin?

—Vaya!... ya lo creo!... y tiene uno *mú* bueno... una alhaja!... En una ocasion le ofrecieron por él muchísimo dinero, y yo le *dicia*: Por qué no te aprovechas de esa ganga?.... Cuando pasan rábanos, comprarlos!.... ahora vendes tu *charivarius*, y con ese dinero compras otro violin mas barato.

—Cómo? cómo!... vuestro marido tiene un *Stradivarius?*

—Sí, señor, sí!... eso es!.... un *chirivarius!*.... *Sigun* dicen, son muy raros esos violines... y con todo, yo no le encuentro *diferiencia* de otro *cualsiquiera*.

—Y le tiene en casa?

—Ya lo creo!... su violin!.... si no le está viendo, no está contento.

—Demonio!... es preciso que yo lo vea y me asegure... María, vé á buscarme mi sombrero, pronto!.... y dí á esos señores que al momento vuelvo!

—Cómo!... vais á salir, señor?

—Sí; voy á ver á Cantapollos.

—Ay!... por fin!... *bendita sea su alma!*... no ha podido *por menos* de darle lástima...

—Y el ponche, señor?

—Sírvele en el salon... ó si no... espera... vamos á probarle... Vamos, señora, tomad un vasito; esto no hace daño, y calienta.

—Ay, señor doctor!... muchísimas gracias!... qué bueno está!... es un verdadero *néitar*.

—Y ahora en marcha.

El doctor sigue á la señora Cantapollos, que durante todo el camino no cesa de elogiar la bondad del ponche, y

el talento de su marido. Por fin, llegan á la calle de los Mártires, entran en una casa de apariencia decente, suben cinco pisos, y se hallan en casa del músico que ocupa una habitacion modesta, pero regular y aseadamente amueblada.

El enfermo está acostado; pero al oir llegar gente, dice:

—Eres tú, Diana?

—Sí, amigo mio, yo soy; no te impacientes.... traigo al doctor Urtuby.

—Ay!... gracias á Dios!...

El doctor encuentra á un hombrecillo muy colorado, muy hinchado, muy impaciente y muy colérico, que esclama en cuanto le vé:

—Señor médico!.... tengo siete en el vientre!.... y no quieren salir!... esto no puede seguir así... os suplico que procureis sacármelas!

—Bueno, bueno!... no hay cuidado!.... Veamos: tocais el violin?

—Ay!... en este momento, no tocaria ni la zambomba.

—Tranquilizaos!.... la impaciencia aumenta las enfermedades... Es cierto que teneis un *Stradivarius?*

—Lo que yo tengo son siete lavativas en el cuerpo... y por eso os he mandado llamar, doctor.

—Lo sé, lo sé... todo se arreglará... Es verdadero *Stradivarius* el que teneis?

—Sí, sí, señor... pero en este instante quisiera mejor tener un cólico.

—Ah!... aquí en esta mesa veo una caja de violin!.... Está dentro?...

—Pero si no se trata de violin ahora.... Mirad el vientre, doctor... os lo suplico.

—Permitid!... primero es preciso que yo vea y me asegure de que este es un verdadero *Stradivarius.*

Y el doctor se lanza á la caja del violin y se dispone á abrirla, mientras el enfermo se agita en la cama, gritando:

—Pero qué es lo que haceis, doctor?.... dónde vais?.... venid aquí... qué vais á buscar en ese sitio?

—Voy á examinar vuestro *Stradivarius*.

—Con mil demonios!... mi vientre es el que es preciso examinar, y no mi violin, que no está enfermo... además, yo no quiero que nadie ande con él... ese violin le toco yo solamente.

—No tengais cuidado, los violines me conocen.

—Y qué me importa á mí eso?.... yo no quiero que el mio haga ese conocimiento.

Sin inquietarse por la prohibicion del músico el doctor saca el violin de su caja, le examina por todas partes, le tienta, le golpea, y esto hace que Cantapollos se revuelva mas en la cama.

—En efecto... este es el color... el aspecto de un *Stradivarius*.

—Le habeis sacado al fin?... mil rayos!... pero, y mi vientre? No le golpeeis.... me le vais á romper.... Ira de Dios!... qué hombre es este?... me han traido un loco y no un médico!... Quereis dejar ese violin en su sitio, voto á la sombra de Paganini?!

En lugar de hacer lo que se le dice, el doctor toma el arco, y empieza á afinarle, esclamando:

—Hermosas voces!... magníficas voces!... llenas... dulces... sonoras...

—Y se pone á tocar!... esto es ya mucho atrevimiento.... quién diablos me ha traido este médico?.... Quereis acabar, caballero, por vida de Satanás? ..

Léjos de acabar, el médico empieza con toda su fuerza de arco la Polaca de un trozo de *Viotti*. Entonces Cantapollos dá un salto sobre la cama y grita:

—Qué horror!... á ver si dejais eso, con mil truenos!... eso es pésimo... es una música infernal... es.... ay!...

Pero de repente los gritos del enfermo cesan; en lugar de agitarse como antes, no se mueve de la posicion que ha adquirido, su rostro se anima, y su muger se aproxi-

ma á él temiendo otra cosa, y diciéndole:

—Qué tienes, Cantapollos?... qué te pasa, amigo mio?

—Nada, nada!... ya somos felices!... ya salen.... gracias á Dios!

—De verdad?... seria posible?... ay!... qué médico tan sábio!... Doctor!... doctor!... mirad!... habeis curado á mi *hombre* tocando su violin!... esto es soberbio!... al fin Cantapollos está aliviado...

—Ah! demonio!... ahora me acuerdo... y él que estaba tan colérico!... dice el médico dejando rápidamente el violin sobre la mesa y tomando su sombrero. Me largo cuanto antes...

—Oh! no, señor doctor!.... yo os estoy sumamente agradecido... dispensadme si os he dicho ciertas cosas.... pero yo no podia adivinar que este era vuestro modo de curar.

—Bueno, bueno... hasta la vista!...

Y sin escuchar al enfermo que se deshacia en protestas de gratitud, ni á su muger que le sale á despedir hasta la puerta de la calle, el doctor parte como una exhalacion, y llega á su casa, gritando con aire triunfante al verse entre sus amigos:

—Señores, os va á costar trabajo creer lo que voy á decir; pero protesto y juro que es la verdad, la pura verdad. Acabo de curar radicalmente á un enfermo, tocando el violin junto á su cama. Oh supremo poder de la música!

Todos se echan á reir, y el doctor Dumousseaux le pregunta:

—Pero de qué le habeis curado?... era aficionado á la música?... sepamos qué enfermedad padecia.

—Oh! ese es un secreto. Lo que puedo deciros es, que desde mañana voy á ensayar este nuevo método curativo en otras enfermedades.

—Buen provecho, dice el boticario en voz baja. Desgraciados los que padezcan de los oidos!

—Está loco! contesta Dumousseaux. Tendrá que ver

un médico yendo á visitar con un violin debajo del brazo!

—Señores, quién sabe?... objeta el estudiante. Estamos en el siglo del progreso... no sabemos... no conocemos aún cuál podrá ser la virtud de una prima, y cuál la de un bordon... quién puede calcular?... tal vez están llamados á hacer algun dia un gran papel en la medicina!

XII.

TODAVIA EN LA ESCALERA.

Cuando la linda Felicia entró en su casa por la noche, la detiene la portera, diciendo:

—Esperad, señorita... tengo aquí una cosa para vos.

—Para mí, señora?... responde la jóven asustada. Y quién ha podido buscarme?... qué nombre os han dicho?

—Cómo qué nombre?... naturalmente el vuestro... teneis acaso muchos nombres?... de todos modos, yo no conozco mas que el que vos me habeis dicho.... la señorita Felicia... nada mas.

—Ah!... es verdad; dispensadme, señora.

—No hay de qué, hija mia; pero estais como asustada... tampoco hay motivo, porque mirad.,... lo que tengo que daros es: primeramente este ramillete que el señor Alejandro Grandmoulin me ha dejado para vos, diciéndome: «Se le hubiera atado á la puerta, pero hay en el mismo piso varias criaditas que no hubieran tenido escrúpulo en apro-

piársele ..» con que aquí le teneis, señorita.

Felicia rehusa el ramillete que le presenta la portera.

—Gracias, señora... guardadle, y devolvédsele á quien os le entregó, porque yo no le tomo. Ese jóven es sumamente cortés, y estremadamente amable; pero no veo la razon que tiene para enviarme ramilletes, ni yo tengo ninguna para aceptarlos ni de él, ni de otro cualquiera.

—Vaya!... pues si me los ofrecieran mí, yo los aceptaria, responde la sobrina de la portera que está sentada en un lado. Un ramillete como este en invierno... ya es cosa de algun valor!

—Oh! sí, afirma la tia: estoy segura que con lo que ha costado se hubiera podido comprar un rico pastel, y siempre se *pega mas al riñon*. Con que decididamente no le tomais, señorita Felicia? Se le devolverá al señorito Alejandro?

—Sí, sí, señora; hacedme el favor, porque no quiero tomarle.

—Bueno, bueno, como querais... eso es cuenta vuestra. Ahora, tomad una carta que han traido para vos... no vino franca... son tres sueldos...

Felicia se echa á temblar, y murmura:

—Una carta para mí!... eso no es posible!

—Caramba! señorita, se me figura que yo sé leer... mirad, mirad... «A... la... se...ño...ri...ta... Fe...li...cia... y las señas de la casa sin faltar una. A menos que ahora no seais la señorita Felicia...

—Teneis razon, señora... es para mí.

La jóven dá los tres sueldos á Mad. Ador, toma la carta, y sube rápidamente la escalera, en tanto que Amanda se apodera del ramillete, y se le refriega por las narices, diciendo:

—Vaya, y qué gestos!... la señorita del quinto piso!... rehusa los ramilletes, y recibe cartas... y qué monadas!... haciendo como que se estraña de que la escriban!.... Habeis visto, tia?... hoy lleva velo en el sombrero.

—Tiene razon; hace muy bien; eso abriga.

—Vaya un abrigo!... no, no es eso... lo que parece es que tiene miedo de que la conozcan, y se oculta.

—Porque lleva velo?

—No habeis observado cuando la dijisteis que teniais una cosa para ella?... Primero se puso pálida, despues roja, y despues verde.

—Y segun tú la miras, no sé como no dices que tambien se puso azul.

—No, no señora; lo dicho, dicho. Esto tiene algo de misterioso. Las criadas de la casa dicen bien.

—Y qué es lo que dicen las criadas de la casa?

—Dicen que una jóven que no tiene mas que el nombre de pila... que no tiene estado, ni ocupacion... que no hace nada, ó por lo menos no se sabe lo que hace, no anuncia nada bueno.

—Eso lo dicen porque la señorita Felicia es muy bonita, y tienen coraje de ver que todos los jóvenes se enamoran de ella.

—No, no: y dicen tambien que habeis hecho muy mal en alquilarla la habitacion amueblada.

—Y á ellas qué las importa?

—Es que esas personas pueden acarrear compromisos.

—La señorita Felicia no recibe á nadie.... solamente á un señor anciano alguna que otra vez... muy de tarde en tarde... pero parece muy hombre de bien... además ella no dá ruido... paga bien... qué mas se la puede pedir?

—Y si fuese una gran criminal?

—Qué bestia eres, Amanda!... Si me la ha recomendado Mad. Lambertin, una señora tan respetable...

—Que acaso la conoce tanto como nosotras. Cuántas veces se recomiendan personas solo por haberlas visto una vez, por casualidad, y porque á primera vista nos han agradado?... Además, Mad. Lambertin que vivia en otro tiempo en el barrio, ya no vive... y acaso no sabreis vos misma donde vive.

—Amanda, me estás incomodando con tus charlatanerías! vé á comprarme queso de Gruyère para cenar.... y será mejor que estar de *parleta*.

Mientras pasaba esta conversacion en la portería, la linda habitante del quinto piso subia la escalera mirando aquella carta que parecia quemarla los dedos; se detiene en el tercero, se aproxima al reverbero, y al examinar la letra del sobre parece consolarse y murmura:

—No es de él, no... no es esta su letra... oh!... no importa... sepamos al punto... la impaciencia me mata.

Rompe la oblea, y su vista se dirige al pié del escrito, donde lee: «Collinet, vuestro vecino del cuarto piso, primer segundo pasante de escribano.»

La jóven sonrie, y guarda la carta en el bolsillo diciéndose:

—Ah!... es Mr. Collinet quien me escribe!... entonces no será muy interesante... Vamos... hacia mal en asustarme... qué desgracia temblar siempre!... Dios mio!... durará esto toda la vida?... yo, que deberia ser tan dichosa!... yo, que soy naturalmente alegre!... Cuando este pensamiento, cuando este recuerdo me asalta, huye mi alegría, y me encuentro bien desgraciada!... Ah!... esto es cruel, es horrible!...

Felicia continúa subiendo. Al llegar junto á su puerta, donde no hay mucha luz, tentando para encontrar la cerradura, su mano tropieza con un ramillete de violetas colocado allí. Ella le toma suspirando:

—Ah!... bien!... muy bien!... él no ha entregado su ramillete á la portera... estoy segura que es de él!.... de Gaston!

Una vez dentro de su habitacion, la jóven se apresura á procurarse luz, y examina el ramo de violetas, aspirándole con placer y feliz al contemplarle. De repente dice:

—He rehusado el otro, y no deberia quizá aceptar este... pero quién sabe que le he tomado?... últimamente... yo me le he hallado ahí... no sé quién le ha colocado... Si no fue-

se Gaston!... pero, sí... debe ser suyo.... Alejandro me ha enviado el otro... Collinet me ha escrito... A propósito, voy á ver qué es lo que me dice..... Si no hubiera venido la carta por el correo, de seguro que no la recibo... pero cómo podia yo adivinar que era de este jóven?... Y qué letra tan mala y tan ligada!... pero procuremos descifrarla.

Y la jóven lee lo siguiente:

«Señorita; cansado de esperaros en vano en la escalera, sin poderos hablar *en persona*, y no teniendo el *derecho* de *notificaros* para que os presenteis *ante mí*, me atrevo á escribiros algunas palabras en papel *extrajudicial*, para deciros que vuestra imágen está *encarcelada* en mi corazon. Yo quisiera *citar* el vuestro al *tercero dia*; pero autorizais vos la *demanda? Protesto* que me debeis algo *ante el tribunal* del amor; pagadme, pues, ó de lo contrario, os *perseguiré por la ley* aunque tenga que llegar al embargo *personal:* una palabra bajo mi puerta, y *sin gastos*; por piedad, ceded á mi *primera instancia*; una palabra al *infrascrito*= COLLINET, vuestro vecino del cuarto piso, primer segundo pasante de escribano.»

—Qué galimatías! dijo Felicia estrujando el billete entre sus manos y arrojándole al suelo. Si se ha figurado el señor Collinet que voy á contestarle, está bien engañado... pongamos en agua mi ramito de violetas. Si Gaston supiera que las cuido, se alegraria... pero no lo sabrá... Pobre jóven!... y es bien parecido.... tiene un aire tan dulce... tan bueno... Si yo pudiera amar á alguno... creo que le preferiria á cualquiera otro... ah!... y pensar que no me es posible... que es preciso no amar á nadie... y que pasaré de esta suerte mi vida!... Cuando pienso en esto, es tal la ira que se apodera de mí, que todo lo haria pedazos!

Y comenzó á dar con el pié en el suelo. A pocos momentos, oye tocar por debajo, y al mismo tiempo la voz de Mad. Montenlair, que la dice:

—Qué teneis, vecinita?.... estais mala?.... quereis que suba?... necesitais algo?

Felicia, avergonzada de lo que acaba de hacer, se aga-

cha, y poniendo la boca junto á los ladrillos, contesta:

—Gracias, señora: dispensadme si os he incomodado haciendo ruido... estaba aprendiendo una polka.

—Ah! ya!... eso es otra cosa!... pues bailad, hija mia, bailad, y no lo dejeis por mí... Yo tambien hubiera querido polkar con Filoséles... pero es inútil pensar en ensayar con él bailes nuevos... es tan torpe y tan pesado!...

—Soy una loca, se dijo Felicia, volviendo á levantarse y oliendo su ramillete. Habia resuelto no volver á pensar en esto... pero hay momentos en que hay dentro de mí un poder superior.

Y se sienta negligentemente en una silla, con el ramo de violetas, que mira tristemente, en la mano, y cayendo á poco en una profunda abstraccion; tan profunda, que hace ya gran rato que han dado las doce de la noche, y está en el mismo sitio sin pensar en acostarse.

Pero la arranca de su meditacion un ruido sordo que suena en la escalera, producido sin duda por alguno que sube rápidamente y con precaucion: los pasos se detienen delante de su puerta, y en seguida llaman muy suavemente y con cierto temor.

—Quién está ahí? quién llama tan tarde? pregunta Felicia asustada.

Pero el susto se disipa al momento que reconoce la voz de Alejandro, que responde muy bajo y con la boca en la cerradura:

—Soy yo, vecina... Alejandro... ay!... dispensadme si os despierto y os incomodo... pero... ay!... si supiérais lo que padezco!

—Padeceis?... pues qué os ha sucedido?

—Vereis. Al subir á casa hace un momento, como la escalera está tan oscura, se me ha torcido un pié, y he caido al suelo haciéndome ó una herida ó un chichon en la frente... ay!... por vida!.... cómo me duele!.... Luego, al levantarme me he dado de cara no sé con qué!... y tengo aquí en el ojo... ay!... tambien me duele mucho!... Si vos,

señorita, que sois tan buena, quisiérais.... dicen que poniendo una compresa en el pié.... no sé de qué.... pero seguramente tendreis algo de qué hacerla... Ay!... si viérais el trabajo que me cuesta sostenerme en pié... Querriais hacerme el favor de prestarme una silla?

Felicia recuerda haberle oido subir con bastante ligereza, no cree una palabra de la novela que ha improvisado Alejandro, y le contesta:

—Pero, caballero, sufriendo tanto con el pié, en lugar de subir hasta aquí, habria sido mejor que hubiéseis llamado, ó bien á uno de vuestros amigos que viven en el mismo piso, ó bien á la señora Montenlair.

—Ay!... señorita... cuando esos condenados de amigos mios duermen, ni un cañon los despierta!... además que yo creo que todavía no han venido... estarán sin duda de baile... En cuanto á la vecina Montenlair, he visto entrar en su casa á su respetable adorador, Mr. Filoséles, y he pensado que seria una indiscrecion irlos á incomodar... Ay!... Dios mio!... no puedo estar así... ay! qué dolor!... creo que me voy á desmayar, si no me abrís la puerta.

—Señor Alejandro, puede ser en efecto que necesiteis auxilios, pero de todas suertes, yo sola no puedo seros de grande utilidad...

—Al contrario, señorita... ay!... para poner una compresa, no es precisa mucha gente.

—Y costándoos tanto trabajo sosteneros sobre el pié, necesitais un brazo sólido que os acompañe á vuestro cuarto.

—No, porque una vez ligado y teniendo algo puesto, me aliviaré... Abrid y vereis.

—Esperad: antes de abriros, voy á llamar á Mad. Montenlair, que estoy segura que acudirá en seguida; hace un momento se ofreció á subir, creyendo que yo estaba mala... ya veis que esto no la incomodará... y entre las dos podremos sosteneros y curaros mejor.

—No, no, vecinita.... no llameis á la señora Monten-

lair... os lo ruego... es inútil... no corremos muy bien desde que rompí el paletot á su viejo Filemon Filoséles... sería capaz de ponerme en el pié alguna cosa que me le pudriera, y fuera preciso cortármele.

—Bah!... no os figureis eso... voy á llamarla.

—No, no... hacedme el favor... no la llameis... parece que el pié ya no me duele tanto... lo que siento mas es el ojo... me duele mucho... creo que tengo algo dentro de él... alguna paja... ó algo de tierra... quizá con soplarle se quitaria, pero ya veis... yo no puedo hacerlo... y quisiera; pero es imposible... me hariais el obsequio, aunque no fuera mas, de dármele un soplo?

—Mirad, señor Alejandro, hablando francamente, os confieso que ni creo en vuestro ojo malo, ni en vuestro esguince. Vos queriais entrar: primeramente, la hora no es oportuna; y en segundo lugar, os he dicho que no podia recibir vuestras visitas; además, os suplico que seais bastante amable para concederme el favor de no dejar en la portería mas ramilletes para mí. Desde luego os concedo que es una esquisita galantería en vos; pero esas galanterías pueden formarme en la casa una reputacion dudosa, y no puedo aceptarlas de ninguna manera.

Alejandro dá una patada en el suelo diciendo:

—Voto al infierno!... con que os habeis enfadado?.... ah! sois bien severa conmigo!

Felicia suelta una carcajada, y le contesta:

—Hola!... parece que el pié se ha mejorado... estais ya mas fuerte?

—Pues bien, sí, es cierto; el pié está mejor.... pero no se debe rehusar á nadie soplarle en el ojo... un desconocido cualquiera que os lo suplicara en la calle, se lo concederiais.

—Esperad, señor Alejandro... oigo alguien que sube la escalera... podeis decir á quien quiera que sea que os lo sople. Buenas noches, y aliviarse.

En efecto, era la señorita Ceferina que subia á acostar-

se bastante tarde, porque su ama, la brillante bailarina de la ópera, habia tenido convidados á cenar, y la cena se habia prolongado hasta una hora harto avanzada. La jóven camarista, que habia oido hablar en el corredor, habia detenido el paso para escuchar, y oyó las últimas palabras que le dirigieron á Alejandro. Al llegar junto al jóven, le acercó la bugía á la cara, y soltó una estrepitosa carcajada al ver dos grandes círculos negros que Alejandro se habia pintado con carbon al rededor de su ojo izquierdo.

—Qué es eso? esclama este incómodo viendo reir á la criada... Qué hay en mi persona que os haga reir de ese modo?

—Ja, ja, ja!... No quieren soplaros el ojo?.... pues es lástima, porque le teneis lindísimamente ribeteado... ja, ja!... lo menos habeis gastado en ello dos pedazos de carbon!... ja, ja, ja!

—Quereis callaros?... quién os manda decir eso?

—Ja, ja!... si parece que teneis una careta!... vamos, limpiaos eso!... si supiérais que bonita cara teneis así... embadurnada de carbon!... Pobre chico!... laváos.

Y la linda rubita al decir esto, abre su puerta y entra en su cuarto sin dejar de reir; pero fuera de intento, ó fuera distraccion, su puerta quedó entreabierta.

Alejandro lo vé, y se precipita detrás suplicándola que le sople el ojo para arrojar de él la paja que le molesta.

La rubia Ceferina se empeña en que no quiere acercarse, pero el jóven suplica, insta, y es tan perseverante, que al fin, aunque nada vé, como él afirma y atestigua que le duele estraordinariamente y que tiene dentro algo que le estorba, consiente al fin en soplarle el ojo.

XIII.

ENCUENTRO INESPERADO.

Alejandro bajaba de puntillas la escalera del quinto piso para volver á su cuarto, y nuestro jóven esperaba no encontrar á nadie en el corto trayecto que tenia que recorrer.

Pero en el momento que metia su llave en la cerradura, se abre bruscamente otra puerta del mismo piso, y casi al propio tiempo se encuentra Gaston á su lado. El jóven poeta está pálido, convulso, y apenas tiene fuerza para hablar, para murmurar con voz alterada:

—Tú vuelves ahora!... bajas!... de dónde vienes?

Alejandro se quedó cortado al pronto viendo acercarse á él una persona con la rapidez del relámpago; pero al reconocer á su amigo, al observar su emocion, su palidez, la ansiedad que está pintada en todas sus facciones, el jóven sonríe, y dando un golpecito en el hombro de Gaston, le contesta:

—No dormias, pues?... Pobre muchacho!... con que es decir, que en lugar de descansar, estás aquí de acecho y acaso pasas la noche en este sitio?

—No se trata ahora de mí, Alejandro!... respóndeme... te lo suplico... de dónde vienes?... ah!... no estás viendo lo que sufro?... no observas que no me rio?

—Vamos, cálmate, *Otelo!*... si yo fuese un malvado, si hiciera como tantos de nuestros llamados Tenorios que se vanaglorian las mas veces de lo que no han hecho, te diria que habia pasado el rato en casa de la encantadora Felicia...que era un feliz vencedor...y hasta seria este un medio bastante ingenioso para hacerte abandonar la partida... Pero no, no lo haré... no mentiré por el placer de afligirte... ni diré que soy el amante de una muger, que estoy cierto que nada me hubiera concedido... encuentro esto bajo, pequeño y mezquino. Así, pues, tranquilízate; no vengo de casa de la señorita Felicia.... he estado.... hablando un rato con la rubia Ceferina, la camarista de la brillante bailarina que vive en el segundo piso.

—Ay, querido Alejandro!... tú me vuelves la vida!... Gracias!... mil y mil gracias!

Y Gaston se arroja al cuello de su amigo, y le abraza tan estrechamente que parece que le vá á ahogar. Alejandro pugna por desasirse de él, lo cual consigue con gran trabajo, y esclama:

—Voto á cien quintales de cacao!.... á juzgar por tu modo de abrazarme, es preciso que estés hecho un diablo de amor por la vecina!... Pero creo que no me darias tan espresivamente las gracias si supieras que el no haber sido mas feliz, no es culpa mia... porque... francamente, cuando anoche subí esas escaleras, no llevaba yo el pensamiento de llamar, ni llamé en el cuarto de la revoltosilla Ceferina, sino en el de la hechicera Felicia... y... la verdad... no sé por qué se me habia figurado que conseguiria entrar.

—Cómo!... querias?... esperabas?...

—Ya lo creo que queria!... por qué no te tengo de contar mis proyectos como te he contado mi derrota?... yo juego limpio! Pues sí, habia imaginado una porcion de ardides, que yo creia infalibles... me he hecho el cojo, el casi tuerto; he parodiado en todos los tonos la célebre y popular cancion: *Abreme la puerta, por amor de Dios....*

pero todo inútil. Me ha oido, me ha contestado, pero no me ha abierto... Esta muchacha no se deja sorprender tan fácilmente; está siempre en guardia, como el que conoce el peligro perfectamente... En fin, no ha creido en ninguno de mis males, y hasta creo que se ha reido de mi desesperacion.

—Ay! mi querido Alejandro, ya respiro!... si supieras qué desgraciado era!... á pesar mio y aunque no quiero escuchar, yo no sé cómo es, pero es lo cierto que oigo el ruido mas leve que se hace en la escalera. Me pareció oirte subir, si bien no estaba muy seguro de ello... pero en la duda, me ha sido imposible pegar los ojos... me he levantado... y pensaba haber ido á llamar á tu puerta para ver si estabas, cuando te he oido bajar... Ah!.... qué tormento!... qué incertidumbre!... qué horribles celos despedazaban mi corazon!.... perdóname, Alejandro, perdóname.... dichoso tú que no conoces esta tortura!

—Escucha, Gaston; sabes que se me figura que has caido de cabeza en la ratonera?.... Estás seriamente enamorado de la chiquilla?

—Que si la amo!... ay, amigo mio; es mas que pasion lo que siento por ella!... es delirio, locura!... lo que al principio no fué sino una galantería dirigida á una muchacha bonita, ha llegado á ser un sentimiento que no me deja un punto de reposo... la imágen de esta hechicera jóven no se separa de mí un momento... la tengo ante mi vista... me sigue á todas partes... y ni aun puedo dedicarme á trabajar. El teatro, esa comedia que estaba componiendo.... todo lo olvido, y no hago mas que pensar en ella... Oh.... si no llego á ser correspondido, no sé lo que será de mí!

—Diablo! diablo!... pues la cosa es mas seria de lo que parece!.. y no es este por cierto el medio de hacer el amor á las conquistas de este género... Hé aquí las consecuencias de estos muchachos muy juiciositos y muy prudentes que siempre han estado muy arregladitos, y no han tenido el mas pequeño estravío!... Están espuestos á hacer mayores

necedades y mas graves que nosotros á quienes se tacha de calaveras!... Nosotros tomamos el amor por su lado agradable, gustoso; pero los celos, los suspiros, la desesperacion!... gracias por el regalo!... no somos aficionados!.... eso se lo dejamos á los novicios, ó á las cabezas exaltadas que hacen el amor todavía como en los tiempos de Amadis de Gaula, ó de Orlando el furioso!... En fin, tú, Gaston, con tu corazon vírgen y tus ideas novelescas, en lugar de divertirte con esta conquista de paso, has hecho de ella un gran negocio... Estoy seguro que esa chicuela haria de ti cuanto la diera la gana... y hasta apuesto á que serias capaz de casarte con ella, si te impusiera esta condicion para corresponder á tu amor.

—Casarme con ella!... ese seria mi mayor deseo!... eso seria para mí el paraiso en la tierra... saber que era mi esposa... que yo solo tenia el derecho de poseer su amor!... ay!... solo esa idea me entusiasma, me arrebata, me trasporta!....

—Ta, ta, ta, ta!... allá vá eso!... decididamente este amor te ha barajado los cascos. Veamos, Gaston; reflexiona un poco... Conoces siquiera á esa muchacha á quien quieres hacer tu esposa, darla tu apellido?.., No; léjos de eso, ignoras cuál es su familia, y ni aun sabes su nombre!.. No, porque Felicia á secas no es un nombre... De dónde viene?... qué hace?... en qué se ocupa?.... cuáles son sus medios de subsistencia?.... todo lo ignoras. Ya ves que se encierra en un misterio que no es natural... y hasta elude las conversaciones ó las preguntas que se la dirigen relativas á esta circunstancia... Ahí nos ha contado una historia de una tia suya que vivia en el Delfinado, en cuya compañía ha vivido seis años, y de donde ha vuelto absolutamente sola á París.

—Habiendo muerto su tia...

—Sí, ya sé que dijo que habia muerto su tia... pero tambien sé que ha debido heredar algo de ella, puesto que debia tener bienes en atencion á que poseia una casa de

campo y una criada para asistirla.

—En ese país no se necesita una gran fortuna para tener todo eso.

—Ni aun ha dicho el nombre de esa tia!... le ha ocultado lo mismo que el de su padre... No se esplica acerca de nada absolutamente... ni sobre su posicion, ni sobre lo que sabe, ó es capaz de hacer!... Piénsalo bien, Gaston!.... Todas esas cosas importan poco ó nada cuando se trata de una querida... de un conocimiento pasagero, momentáneo; pero al tratarse de una esposa!... de una muger propia!.... oh!... todos estos accesorios son muy serios y muy esenciales... No se debe dar ligeramente su nombre, ni confiar su honor, su reposo, su porvenir, á una persona que pueda tener el menor secreto para nosotros!... seria portarse como un necio, ó un loco, y tú no eres ni una cosa ni otra!.... He dicho, y me jacto de que ni Caton en persona hubiera hablado mejor.

—Pero, Dios mio!... mi querido Alejandro, tú anticipas los sucesos!... todavía no me parece que se trata de mi matrimonio con la señorita Felicia... creo que para eso seria preciso hacerme amar antes por ella.

—Escucha, Gaston; puesto que estás verdaderamente enamorado de esa jóven, empiezo por decirte que desde este momento dejo de ser tu rival, y no vuelvo á hacerla la corte.

—Cómo!.... de veras?.... será cierto?... Ay!.... amigo mio!..

—Poco á poco!... si vas otra vez á ahogarme, me retracto. Válgame el cielo!... no me agradezcas tanto lo que hago... no tiene en mi concepto un gran mérito, porque empiezo á sospechar que á la muchacha no la he entrado por el ojo, y por consiguiente no quiero hacer el oso. Má voy á decirte, porque yo lo entiendo y tengo gran esperiencia en el asunto. Me atreveria á asegurar que eres tú á quien distingue la linda morena.

—Yo!... crees tú que soy amado?... oh dicha!... Ay Ale-

jandro!... tú no puedes figurarte cuán feliz soy en este momento!

—Pero, canario!... déjame... cuerno!.... tiene el diablo en el cuerpo!.... no se le puede decir nada!.... todo le arrebata!

—Bien, yo tendré paciencia, Alejandro; no te incomodes; pero continúa, te lo suplico. Tú has observado, has visto alguna cosa que anunciara que la vecina me daba cierta preferencia? Dímelo, dímelo por Dios!.... Me causa tanto gozo oírtelo!...

—Pero estarás quieto?... no vendrás á estrangularme?

—Sí, mira, no me muevo.

—Pues bien, sí: he visto... esas nadas... esas cosas insignificantes... pero que por mas insignificantes que sean, dicen mucho y muy claro á cualquier hombre que haya estudiado á las mugeres. Una mirada.... una frase.... el modo de dirigir la palabra... la preferencia de una muger se muestra en todo esto... En general, Gaston, las mugeres que tan bien saben disimular muchas cosas, no saben ocultar el secreto de su corazon. Se creen muy diestras, muy astutas, y son lo mas torpe que te puedes figurar en estos casos... siempre se venden!... unas veces mostrando mucho fuego, otras afectando una frialdad ó una aversion que nada justifica.... La vecinita te ha mirado dos ó tres veces, como las mugeres miran cuando un hombre les agrada.

—Ah!... qué placer!... qué gozo!... qué!...

—Me has prometido estarte quieto!.... Continúo. Tú además, tienes muchas ventajas para esperar con ella un buen resultado. Yo ahora dejo de hacerla la corte, y en cuanto á Collinet, es un tacaño que no es capaz de gastarse con una muger mas que el importe de un pastelillo, ó de una caja de fósforos. Esta circunstancia, unida á su físico, no debe alarmarte. Pero si yo renuncio á esta conquista, que á pesar de todo me hubiera agradado, porque la muchacha es bonita, es con la condicion de que tengo

de ser tu amigo, y por consiguiente, como tal, quiero tener tambien el derecho de darte buenos consejos, y la esperanza de que los atenderás. Acaso no los seguirás; casi, casi podria apostarlo; pero los oirás al menos.

—Sí, mi querido Alejandro, sí; oiré tus consejos, los seguiré tambien, haré cuanto tú me digas... Por ejemplo, si me dijeras que hoy...

—Bueno, bueno, ya me lo contarás mas tarde. En este momento, toda mi amistad no puede resistir al tremendo sueño que tengo, y con el que estoy luchando todo el tiempo que llevamos de conversacion. No soy de hierro y me voy á acostar.

Alejandro entra en su cuarto: Gaston, despues de vacilar un momento, se decide á hacer otro tanto que su amigo, porque atormentado por la inquietud y los celos, no habia pegado los ojos y tenia necesidad de reposo: ahora que ya no teme ver á Alejandro renovar sus tentativas con Felicia, vá á dormir tranquilamente, y sus sueños serán de color de rosa porque le acaban de decir que no era indiferente á su encantadora vecina, y lo cree de buena fé.

Son las nueve de la mañana. Una jóven cubierta con una linda papalina colocada con esmero y cerrada en cuanto es posible, cuya circunstancia favorece al rostro que rodea, sube ligeramente la escalera, despues de haber hecho con su cabeza un pequeño saludo á la portera, que en este momento hacia el papel de estar barriendo la puerta y adelanta la cabeza para ver las provisiones que la jóven del quinto piso lleva en su canastillo. Probablemente no son muy vulgares, porque la señora Ador hace un movimiento de admiracion y murmura entre dientes:

—Zapato! cómo se regala mi linda inquilina!... Dios me perdone!... es una perdiz soberbia la que he visto en su cesta... y uvas de primera... Fontainebleau puro!... Preciso es que gaste mas de quince sueldos diarios para comer así!

Era en efecto la señorita Felicia que volvia de la com-

pra y se apresuraba á subir la escalera, esperando no encontrar en ella á nadie; pero en el momento de llegar al segundo piso, y cuando pasaba por delante de la puerta del doctor Urtuby, esta puerta se abre, y sale el médico con ese aire afanoso de un facultativo que tiene un sin número de enfermos.

El doctor y Felicia se encuentran cara á cara: la jóven palidece, baja los ojos, y trata de pasar, pero el sugeto de quien ella parece que quiere huir la ha reconocido, porque deja escapar un grito, diciendo:

—No me equivoco!... es la señorita Ernestina Danglade á quien tengo el honor de saludar... Oh!... cómo habeis crecido; cuál os habeis desarrollado desde que no os he visto!... Pero os conservais tan bella como siempre!... Vuestra fisonomía no ha cambiado lo mas mínimo: por eso os he reconocido al punto.

Mientras el doctor habla, Felicia ha cambiado varias veces de color, parece estar sobre ascuas, y mira á todos lados para asegurarse de que nadie ha podido oir lo que acaba de decirla Mr. Urtuby, al cual responde al fin con turbacion:

—Sí, señor... yo soy... pero no quisiera...

—Ah!... llevais un canastillo con provisiones!.... vivís por casualidad aquí?... Dios mio!... tendria, sin saberlo, la dicha de ser vecino vuestro?

—Sí, señor... en efecto... vivo en esta casa.... pero.... por piedad, señor doctor... vos fuísteis amigo de mi padre, y en su nombre no me rehusareis un favor que quiero pediros.

—Un favor!... cuantos querais, lo que deseeis, hija mia: no sabeis lo feliz que me considero con poderos ser útil en algo... Mi buen Danglade!... decís bien... era su amigo... ojalá hubiera querido seguir el régimen que le prescribí en su enfermedad... pero no se cuidó... no hizo caso... Mal hecho!... algunas veces damos buenos consejos los médicos... Despues de su muerte, me dijeron que habíais ido á

Grenoble ó por allí, á vivir con una tia que era sola y queria adoptaros y teneros á su lado... era en efecto el mejor partido que podiais tomar, porque érais sumamente jóven... no teniais aun diez y seis años... y á esta edad, ni se puede, ni se debe vivir sola... pero cómo es que ahora?...

—Señor Urtuby, esa es precisamente la gracia que iba á pediros... Os lo suplico; tened la bondad de no hablar á nadie absolutamente de mí... no pronuncieis mi nombre, no se le hagais conocer á nadie ni de la casa ni fuera de ella.... tengo razones.... razones gravísimas para ello.... creedme... solo deseo vivir ignorada, desconocida, retirada... no quiero ni aun que se sepa que estoy en París.

El rostro del doctor se puso serio; consideró algunos instantes á la jóven, y al fin la respondió con tono grave:

—Señorita, haré cuanto sea de vuestro agrado. Cualesquiera que sean los motivos que os obligan á ocultaros de vuestros amigos... cualquiera que sea vuestro secreto... no trataré de averiguarle, le respetaré.... porque, francamente hablando, señorita, de vos no puedo suponer nada vituperable... pero si la suerte dispone que algun dia necesiteis de mí, ya sea como médico, ya como amigo para daros un buen consejo, recordad que fuí honrado por vuestro padre con su estrecha amistad, y que consideraria como una felicidad el que vos me distinguiérais con la vuestra. Adios, señorita.

Y saludando profundamente á la jóven, bajó rápidamente las escaleras.

En cuanto á Felicia, se apresuró á subir á su cuarto, diciendo:

—Dios mio!... el doctor Urtuby era el que vivia en esta casa!... Y en efecto... ahora recuerdo que cuando vine á alquilar, la portera me dijo: «En el segundo piso vive un médico... que tiene un nombre tan revesado... jamás puedo acordarme de él.» Yo no la pregunté mas, porque nunca supuse que este fuera el médico que tan amigo fué de mi padre... pero no, Mr. Urtuby es un hombre de honor...

además, se dice que los médicos son como los confesores.... sí, él guardará el secreto... Dios mio!... por qué es preciso que haya en mi vida un misterio que tiemblo que se divulgue?... ah!... qué vida, santo cielo!... Verme obligada á ocultar mi nombre... el de mi padre... esto es horrible... es cruel!... y sin embargo, no hallo otro medio para evitar una desgracia mucho mas horrible todavía.

Felicia llega á su piso sin mas tropiezo y se encierra en su habitacion, donde se deja caer en un asiento y queda entregada á sus meditaciones.

Mas apenas se habia cerrado su puerta, cuando la del doctor Urtuby vuelve á abrirse rápidamente, y la criadita María saca primero la cabeza, mira con precaucion hácia arriba, y no viendo á nadie, baja las escaleras de cuatro en cuatro y se dirige á la portería, donde entra sin aliento, diciendo:

—Ah!... ya sé algo nuevo!... Ya he descubierto el gran misterio!.... bien me figuraba yo que aquí habia algo.... que no era lo que queria parecer!... si yo no me equivoco nunca... lo adivino todo!.... ahora sí que la cosa va á ser divertida!

Mientras que hablaba de este modo, la señora Ador, su sobrina Amanda, y la cocinera gorda del fabricante de plaqué, que por casualidad se hallaban entonces en la portería, abrian ojos y boca de un palmo para tratar de comprender el sentido de este flujo de palabras que María ensarta sin tomar aliento siquiera. Aprovechando en fin un momento en que la recien venida se vé obligada á detenerse para respirar, esclama Amanda:

—Sabeis que no comprendemos una palabra de todo lo que nos venís contando?... Ante todo, decidnos; de quién hablais?

—Cómo! no os lo he dicho?

—No por cierto.

—Y no habeis adivinado que es de la señorita Felicia?... de la belleza del quinto piso?

—Ah! se trata de ella?

—Sí tal.

—Oh! pues entonces hablad, decidnos todo lo que sepais.

—Primeramente, mi amo, el señor doctor, conoce á esa mocosuela.

—Es posible?... y quién os lo ha dicho?

—No me lo han dicho: hace un momento que oí hablar junto á la puerta de nuestra habitacion. Mi amo acababa de salir... Yo dije para mí: «será él quien habla ahí fuera?» Y naturalmente, acerqué el oido á la cerradura y todo lo escuché.

—Y qué bien habeis hecho!

—Por desgracia, me parece que hacia ya algun tiempo que estaban hablando... de suerte que no he podido pescar gran cosa.... solo oí que mi amo decia á esa agua de achicorias...

—Cómo!.... llamais á mi inquilina agua de achicorias?

—Sí; llamo de este modo á todas las personas que no me agradan, porque detesto el agua de achicorias.

—Pero, acabad, señorita María... Caramba, tia!... calláos ahora... qué empeño teneis de interrumpir en el momento mas interesante!...

—No quiero, no me dá la gana de que llamen á mi inquilina, Achicoria: eso de poner motes es grosero, es de poca educacion: y si yo llamara á vuestro amo Remolacha, lo encontrariais fino?.... Seguramente que os incomodariais.

—Dios mio!... pero qué retahila por una sola palabra!... No os incomodeis por eso, trataremos con cortesía á vuestra inquilina; se le llamará Princesa, si quereis; pero vuelvo á mi conversacion. Pues, como digo; mi amo la decia: «Señorita, haré lo que querais... aunque eso me parece muy vituperable... pero en fin, no importa... puesto que he tenido estrecha amistad con vuestro honrado padre... y al-

gun dia os considerareis feliz al encontrarme, porque tendreis necesidad de mí... no lo dudeis... y esto... y lo otro... y lo de mas allá... y Dios os guarde.» En seguida, mi amo la ha saludado profundamente, y entonces la... la princesa... ha subido á su cuarto, y yo la he oido suspirar fuertemente, y se me figura que lloraba diciendo: «Ay!... qué desgraciada es la que es criminal!»

—Cómo!... de veras ha dicho eso?

—Y si no eran estas palabras precisamente, serian otras parecidas, que para el caso viene á ser lo mismo.

—Y es eso todo lo que sabeis?... pues no es por cierto gran cosa.

—Efectivamente: vinisteis así como queriendo decir que sabiais tanto!...

—Cómo!... pues qué!... tomais todo lo que he dicho por nada!... esa jóven, que se hace pasar por tan honrada, y que hace cosas vituperables, y ruega al doctor que no las diga... en fin, antes de muchos dias he de saber todo lo demás... Por supuesto que ahora que sé que mi amo conoce á esa... princesa, desde hace mucho tiempo, voy á subir á preguntarle, y tendrá que responderme, ó de lo contrario...

—Ah!... pensais que vuestro amo os dirá que sabe quién es la señorita Felicia?

—Ya lo creo!... si él no tiene nada oculto para mí!

—Ah!... vamos... ya eso es otra cosa!

—Hola! hola!... De qué se trata aquí?... dijo la señorita Ceferina asomando la cabeza por la puerta de la habitacion.

—Entrad, rubita; no estais demás, dijo la gorda Adelaida, mientras que Mariquita se muerde los lábios, porque aun está picada con Ceferina, su antigua amiga.

—Estamos hablando acerca de la señorita del quinto piso. El amo de María, el doctor Urtuby, la conoce muy íntimamente, segun parece, y la ha dicho que lo que ella hacia era muy criminal, y que si en otro tiempo no hu-

biera sido amigo de su padre, podria muy bien perderla, y hacerla conocer quién es!... pero que en memoria de la antigua amistad que le unia con el infortunado que la dió el ser, y á quien habian matado de pesar sus estravíos, no diria nada.

—Lo estais viendo?.... os convenceis de que teniamos razon cuando deciamos que la conducta de esa jóven era muy oscura?... No tiene nada de estraño que sea monedera falsa!

—Oh! no: yo no he dicho eso!... Cómo habia de ser mi amo amigo de una persona que hace moneda falsa?... No, no; no se deben desfigurar mis palabras.

—Bueno, pero de todos modos habeis dicho que ella hacia cosas vituperables, y que se acusaba de ser criminal.

—Pues yo, dijo la portera, yo no acuso á mi inquilina... no la creo capaz de ninguna cosa mala... lo que sí digo es que para ser una persona que vive en un quinto piso, come igual que uno que vive en un primero, por no decir mejor... esta mañana traia en su canastillo una soberbia perdiz, y uvas... vaya unas uvas!... parecian nueces!... solo de verlas se me hacia la boca agua.

—Una perdiz!.., Dios santo!... pues si están por un sentido!... mi ama me habia encargado una para almorzar; pero, hija... cuatro francos!... se necesitaban dos lo menos... y dije para mí; para un plato solo hay que gastar diez francos, sin contar los aliños... un cuerno!... y lo que he hecho ha sido tomar un pollo.

—Y las uvas?... á doce sueldos la libra!...

—Qué doce sueldos!.... á quince las uvas Fontainebleau... y no han de ser de las mejores...

—Y esa señorita come eso?.... perdonad, pero no creo que sea con el fruto de su trabajo, porque, segun dicen, no hace nada...

—Y aunque lo hiciera!... pues qué, el trabajo de una muger dá para comer perdices?... gracias si come un potage... y... y...

—En fin, ya lo sabremos, puesto que el doctor Urtuby conoce tan bien á esa señorita. María ha dicho que ella *meterá los dedos* á su amo.

—Yo no he dicho tales palabras!... Esta Adelaida se sirve de unas frases!... parece una verdulera!...

—Vaya!... no vayais á *emberrenchinaros* por el doctor *musiquin!*... cuidado que me trae loca la cabeza vuestro amo con su violin *chicharra!*... vaya un médico!... se pone á *tocarles la música* á los enfermos!...

—Calla!... tambien Adelaida hace *calembours?*

—Es igual. Yo quisiera que los vecinos del cuarto piso, los jóvenes, supiesen el modo de vivir de esa *calandria;* con eso no andarian *tras de ella como los perros.*

—No; yo creo que ya no están tan acalorados, dijo Ceferina haciendo un gesto; y apostaria cualquier cosa á que por lo menos Alejandro no piensa ya en ella siquiera.

—Hola!... dijo María. Cuando asegurais que no piensa en ella, es porque estareis cierta de que piensa en otra.

—Yo no sé lo que ha pasado esta noche allá arriba en el quinto piso, dijo la cocinera gorda; el resultado es que toda ella he estado oyendo un *rebullicio*... Unas veces llamaban á las puertas, otras hablaban, otras cuchicheaban, chillaban... qué sé yo?... Vos lo habeis oido, rubita?

—Yo? no: ni una palabra!... Ay!... mi ama ya se habrá levantado, y querrá el desayuno... Voy corriendo...

—Esperad, señorita Ceferina: entregadla al mismo tiempo esto, dijo la portera.

—Y qué papeles son estos?

—Canario!.... papel sellado, no lo veis?.... La señorita Cipriana debe saber lo que es, porque bien á menudo los recibe... Esta vez el alguacil que ha traido este, ha dicho que era un apremio para pagar en el término de veinte y cuatro horas; y que si no iban á embargárselo todo.

—Dios mio! . cuánto nos encocoran!.. Y no sé por qué dicen eso, porque no pueden embargar.... el alquiler está hecho á nombre de Mad. Patinoski...

—Yo se lo he dicho así, y ellos me han contestado: «Ya, ya!... la cancion de siempre! pero no cuela!» Yo os refiero lo que dijeron... ahora que vuestra ama se las componga.

—Mi ama!... sabeis lo que me va á contestar en cuanto la presente todos los papelotes estos? «A ver si los echas al fuego, y pronto!» Yo... ya veis.... hago lo que me manda... y además que á mí, qué me importa?... Ay!... van á dar las diez y media... me voy... Buenos dias, señoras.

—Y yo tambien me largo, que no he hecho nada arriba.

—Y yo, que ni aun he dado una escobada.

Las criadas salen todas de la portería y se dirigen á sus respectivas habitaciones: la portera, una vez sola con su sobrina, la dice:

—Lo que me apura es una cosa...

—Qué, tia mia?

—Que el alquiler de la bailarina no está á nombre de esa señora Pati... Pato... Patonuski... el señor Borrego ha estendido siempre los recibos á nombre de la señorita Cipriana, que fué lo que yo le dije cuando alquiló.

—Pero ella habrá debido ver esos recibos...

—Bah!.... habrá hecho de esos papeles lo que hace de todos los que recibe de los alguaciles.

—Y bien mirado, tal vez no sabrá leer, como les sucede á otras muchas actrices.... cuando hay cómicas que no saben leer, no tendrá nada de estraño que no sepa una bailarina.

XIV.

CAMBIO DE HABITACION.

La señorita Cipriana no habia dejado en efecto de hacer de la notificacion que acababa de recibir lo que su camarista habia dicho á la portera. Acostumbrada á no ocu-

parse mas que de intrigas amorosas, ó de bailes pantomímicos, no concebia la brillante bailarina que una muger pudiese tener negocios serios, ponerlos en órden, observar cierto arreglo, pensar en el porvenir, ni aun en el dia de mañana; esto la era insoportable; ganando mucho dinero, colmada de regalos por sus numerosos adoradores, y pudiendo nadar en la abundancia, habia hallado el medio de no tener nunca una peseta, de estar acribillada de deudas, y de tener constantemente una parte de sus alhajas en el Monte de piedad.

Como se vé por este retrato, y cualquiera lector curioso habrá tenido frecuentes ocasiones de observarlo, las Cipriánas abundan estraordinariamente en el teatro.

Entre tanto, el último plazo concedido por la ley habia espirado, y la señorita Cipriana oyó un dia llamar á la campanilla de su habitacion. Esto la hizo despertar bruscamente de un sueño delicioso en que se figuraba estar viendo á sus plantas todos los abonados, y todos los alabarderos de la Grande Ópera, y tocó un timbre para llamar á Ceferina; pero Ceferina no habia bajado todavía, porque aun no eran mas que las nueve de la mañana, hora demasiado matinal para la doncella de una bailarina, y mas si se habia visto precisada á hacer alguna curacion á su vecino. Siguen llamando con mas fuerza; la bella Cipriana se viste apresuradamente un peinador, y vá refunfuñando á saber quién se permite venir á alborotar su casa á una hora en que solo van los aguadores.

Pero su sorpresa fué grande al ver á la señorita Amanda, la sobrina de la portera, que pálida y desconcertada, entra rápidamente, cierra la puerta sin hacer ruido, y dice apresuradamente:

—Ahí están, señora!... y esta vez sí que no hay remedio!... sí... sí!... son ellos!... ellos!...

—Ellos!... ahí están!... quién?... quiénes!... Esplicaos, Amanda.

—Señora, los alguaciles que vienen á embargar todo

vuestro mobiliario... qué lástima!.. unos muebles tan preciosos!...

—Mi mobiliario?... nunca!... pero no, hija mia; os alarmais sin motivo... el alquiler está hecho á nombre de Mad. Patinoski.... Esta no es mi casa; la dueña de ella no está aquí, y el embargo no puede verificarse.

—Ay, Dios mio!... señora, esa es la equivocacion!... mi tia no ha esplicado todo eso bien al señor Borrego, el propietario; los recibos están hechos á vuestro nombre... miradlos... buscadlos!...

—Por vida!... es cierto lo que me decís?... pues esto es cruel!... pero vuestra tia es un alma de cántaro!...

—Yo he subido corriendo á avisaros: no han llegado mas que dos que están abajo en la puerta principal; pero parece que esperan á otro todavía... será al escribano... Segun dicen, no se puede embargar sinó.

—Esperad, esperad, Amanda!.... esa gente no sabe en qué piso vivo, no es verdad?

—No, señora; todos los papeles que han traido, se los han dejado siempre á mi tia, diciéndola: «Para entregar á la señorita Cipriana...» pero nunca han preguntado el piso... ahora le preguntarán para subir.

—Perfectamente; pues lo que hay que tratar es de buscarme otra habitacion en la casa.

—Cómo!... quereis?...

—Claro es que quiero!... necesito á toda costa salvar mis muebles!... Ay, mi querida amiga!... no hay cosa que dé tanto talento, como el peligro imprevisto!.... Esperad que me eche un pañolon al cuello, porque estoy casi desnuda... Ea!... ya estoy lista!... ahora salgamos aprisa y subamos.

—Y dónde quereis ir?

—Yo no lo sé... pero quiero encontrar otra habitacion... Ah!... ya recuerdo... la de Ceferina... eso es... diré que su habitacion es la mia... que aquella es mi vivienda...

—Pero, señora, no os creerán...

—No importa. Yo los diré que estoy en mi casa, y no tendrán mas remedio que contentarse con esta declaracion.

Y suben como un rayo las escaleras: llaman una y otra vez á la puerta de Ceferina, pero inútilmente; nadie contesta.

—Ah!.... este sí que es un chasco!.... y no me puedo quedar en el pasillo... Pero, cómo es esto?.... Mi doncella ha salido ya?

—No sé, pero casi me atreveria á jurar que yo no la he visto pasar por la portería.

—Estará charlando en cualquiera otra habitacion!.... pero pensemos en mí... Veamos; quién vive en el segundo piso, enfrente de mi habitacion?

—El doctor Urtuby. Tiene sobre la puerta un rótulo que dice: «*Médico.*»

—Y en el tercero?

—Un matrimonio, dos señoras viudas madre é hija, y un aleman gordo que apenas habla el francés.

—Ninguno vale nada. Y en el cuarto?

—Una señora sola, y tres jóvenes solteros muy amables, cada uno en su cuarto.

—Tres hombres solos?... ya estoy salvada!.... por qué no lo dijísteis desde el principio?... Tres jóvenes!... de seguro, uno de los tres consiente en cambiar de habitacion conmigo... Pronto!... vamos á verlos... Despachémonos.

La señorita Cipriana salta los escalones como si estuviera haciendo piruetas, y Amanda casi no puede seguirla! Llega al cuarto piso precisamente en el momento en que Alcibiades Collinet salia de su cuarto algo mas tarde que de costumbre, es cierto; pero como su estudio estaba muy distante, pensaba disculpar con la distancia el tiempo que habia dado á su pereza.

Al descubrir á la bella bailarina, el pasante se queda estupefacto y admirado. En efecto, la señorita Cipriana era capaz de producir ese efecto: alta, bien formada, de talle

esbelto y prominente seno, poseia además una pierna bien contornada y terminada por un pié chiquito y bien cortado; unamos á esto una cabellera blonda abundantísima y perfumada, un rostro griego, una nariz irreprochable, una boca que si bien no era diminuta, en cambio estaba provista de blanquísimos dientes; ojos vivos, atrevidos, espirituales, y un cútis fino como el raso, y trasparente como el cristal: figúrese el lector todo esto envuelto solamente en un ligerísimo peinador de batista guarnecido de encaje, un pañolon de cachemir echado al descuido sobre los hombros, los piés calzados por unas lindísimas babuchas de seda, trage todo él que en vez de ocultar sus hechiceras formas, las daba mayor encanto; añada unos brazos torneados y desnudos, y concebirá sin mucho trabajo que bien puede quedarse en contemplacion delante de esta figura un hombre de veintiseis años: nosotros conocemos muchas personas de mas edad que les ha producido el mismo efecto una cosa igual siempre que la han visto.

—Quién es este? preguntó Cipriana á la sobrina de la portera, señalando á Collinet.

—Es el señor Collinet, uno de los jóvenes, que es pasante de escribano.

—Un pasante de escribano?... tanto mejor... sí... esto tendrá mas gracia!

Y la artista echa á correr y se coloca delante del jóven, tomándole las manos, oprimiéndolas fuertemente entre las suyas, y diciéndole en tono de súplica:

—Vecinito... porque yo soy vuestra vecina... la señorita Cipriana... artista coreográfica... contratada en el teatro de la Ópera... vivo en el segundo piso...

—Lo sé, señorita.... he tenido el gusto de encontraros dos ó tres veces en la escalera...

—Con que me conoceis?... Tanto mejor: en ese caso no me negareis un favor que exijo de vos... pero al momento, al momento... es urgente!...

—Cómo?...

—Sí, prestadme vuestro cuarto; voy á instalarme en él, y diré que es el mio: en cambio vos podeis pasar á mi casa... en el segundo piso... tomad... aquí teneis la llave... Si no habeis almorzado todavía, tomad lo que gusteis... la mesa está puesta desde anoche... Quedamos en eso, no es cierto?

—Y vos, señorita, quereis cambiar de habitacion?.... Pero por qué?

—Porque los alguaciles vienen á embargarme... Tengo un mobiliario que vale lo menos doce mil francos, y no quiero que lo embarguen: comprendeis?.. Amanda, bajad á la portería, pronto!.. cuando pregunten, les decís que vivo en el cuarto piso, la segunda puerta á la izquierda.

—Pero, señorita.... ó señora....

—Como querais.... no importa.... ambos títulos son iguales.

—Si os instalais en mi domicilio embargarán mis muebles.

—Y qué os importa eso?... todo lo arreglaremos.

Y sin querer oirle mas, entra en el cuarto de Collinet, y esclama soltando una gran carcajada:

—Digo!... y tiene miedo de que le embarguen!.... farsante!.. pues no hay duda que el embargo seria lucido!.. Una mesa de pino manchada de tinta... seis sillas... una cómoda de nogal.... un espejo.... y un cofre mas viejo que el morirse.

—Señora, es un baul... un baul del tiempo de Luis XIII! es un monumento histórico!

—Pues, á pesar de eso, y contando con la cama, apuesto á que todo ello no vale cien francos.

—Y no habeis contado el tirabotas!

—Vamos, estamos convenidos... esta es mi casa.

—Pero, señorita, esa sustitucion.... si llegara á descubrirse.... sabeis que me espongo?.... que pueden castigarme?...

—Vamos... yo os respondo de que nada se descubrirá...

al contrario, dentro de muy pocos dias pagaré.... además, no quereis hacer nada en obsequio de las señoras?... un favor tan leve á una vecina?.... vaya, mi querido amigo... sed galante...

Y diciendo esto con un tono de voz dulcísimo, la señorita Cipriana dejaba al descuido entreabrir su pañolon, tomando actitudes graciosas de las que se adoptan en los bailes. Collinet, que admiraba su figura y sus gracias, dá de repente una vuelta sobre sí mismo, y esclama:

—Lo que querais, señorita... es imposible resistir.

—Mirad... ya suben... partid pronto!

—Cuando digo que no hay medio de resistir.

La bailarina empuja al pasante fuera de la habitacion, y cierra la puerta. Collinet procura tomar un aire grave, cuando descubre á Gaston, que ha entreabierto su puerta para saber lo que pasa. El pasante se apresura á decirle:

—Si preguntan por la señorita Cipriana, artista de la Ópera... vive ahí... Comprendes?

—Perfectamente.

—Es preciso decírselo á Alejandro para que no haga una majadería.

—Se le dirá. Pierde cuidado.

Collinet baja un piso, y se encuentra con los tres individuos, en quienes reconoce al punto tres cofrades; pero baja la cabeza y va á pasar de largo, cuando uno de ellos le detiene diciéndole:

—Dispensadnos, señor; vivís en la casa?

—Sí, soy vecino de ella... es decir... que tengo en ella mi morada.

—Tendreis la bondad de decirnos dónde vive la señorita Cipriana, bailarina de la Ópera?

—Arriba, señores: en el cuarto piso, la segunda puerta á la izquierda.

—Mil gracias.

—Ya veis que no nos habian engañado abajo, dice uno de ellos.

—Sí, pero es estraño, contesta el escribano: habia oido decir que vivia en el segundo piso... En fin, subamos.

Los alguaciles suben, se detienen delante de la puerta indicada, y llaman.

—Quién es? pregunta una voz femenina.

—La señorita Cipriana?

—Aquí es.

—En ese caso teneis la bondad de abrir?

—Quién sois?... qué quereis?... yo no recibo tan temprano.

—No es preciso que recibais, sino que abrais; venimos en nombre de la ley. Habeis recibido un apremio para el pago de una deuda de cinco mil y quinientos francos, más los intereses y costas, que teneis con el señor Dupont, mueblista-tapicero. No habeis pagado, y si rehusais abrir, tenemos el derecho de hacer buscar al comisario, á fin de echar abajo legalmente la puerta.

—Está bien, señores, está bien; voy á abrir... Dejadme siquiera echar un traje decente.

—Corriente, señora, esperaremos.

Al cabo de dos minutos, Cipriana, que no tiene otro traje que su peinador y su pañolon, se decide á abrir la puerta al escribano y alguaciles, y en seguida se echa á correr y se mete en la cama de Collinet. Al acostarse, no es dueña de contener un gesto de dolor, dá dos vueltas, y al fin murmura:

—Dios mio! es imposible estar aquí mucho tiempo!.... qué cama es esta?... ese hombre está durmiendo sobre guijarros!... estoy segura que se me vá á llenar el cuerpo de cardenales!

El escribano entra en el cuarto de Collinet, hace una mueca singular, mira á su alrededor, vá á registrar un cuartucho oscuro, donde no habia otra cosa que un orinal, y despues pasea una mirada atónita sobre sus acompañantes que, como él, se miran entre sí estupefactos. Durante esta escena, toda puramente mímica, la bella bailarina

hace cuanto puede por no soltar la carcajada.

—Es esta vuestra habitacion, señorita? dice al fin el escribano con un tono ligeramente irónico.

—Pues que veis que estoy en ella, claro es que aquí vivo.

—No, dispensadme... eso no seria razon suficiente.

—Cómo que no es razon suficiente?... pretendeis insultarme?... no me veis acostada?

—No es mi ánimo faltaros en lo mas mínimo, señorita; pero verdaderamente es tan singular ver una artista de renombre... una persona de vuestro talento habitar en una vivienda tan modesta!...

—Hay alzas y bajas, caballero... la fortuna es muy inconstante!... Hoy tengo una habitacion exigua... y sencilla... Quién sabe si dentro de algunos dias podré tener una casa suntuosa y magnífica?...

—Pero, señorita, el señor Dupont el tapicero os ha suministrado otros muebles que estos... seguramente que no es por este mobiliario por el que le debeis cinco mil y quinientos francos... ni aun tiene colgaduras la cama... ni hay siquiera cristales en las ventanas!

—Ta, ta, ta!... los muebles del señor Dupont hace mucho tiempo que están léjos... Además, creo que no tengo que dar cuentas, señor escribano... y me parece demasiado exigir... Os he abierto, habeis entrado en mi casa.... si no estais contento en ella, podeis marcharos, que yo no os he de detener por cierto.

—Bueno, bueno!... dijo el escribano buscando una silla para sentarse; y volviéndose á su amanuense, continuó:

—Despachemos: hagamos nuestro deber.... Señor Tripon, sentaos junto á la mesa, y escribid lo que voy á dictaros.

—Ya estoy listo.

—Un espejito con cuadro de madera amarilla... seis sillas de paja y madera de nogal... tres de ellas rotas... una mesa de pino con un hule muy viejo encima... una cómo-

da de nogal... Picard, id abriendo los cajones, y ved lo que hay en ellos.

El individuo apostrofado se dirige á la cómoda, tira del primer cajon superior, y empieza á inventariar con una gravedad completamente curial.

—Primer cajon. Un chaleco blanco, un chaleco negro... un frac viejo agujereado por los codos... un pantalon negro...

—Pero, señorita, todo esto son vestidos de hombre!

—No tiene nada de estraño, señor escribano; frecuentemente me visto de hombre, porque me es mucho mas cómodo para ir al teatro.

—Continuad, Picard: escribid, Tripon.

—Segundo cajon. Tres camisas... Hay que desdoblarlas para ver si son de hombre ó de muger?

—No, dejadlo. Continuad.

—Tres pares de calcetines...

—Cómo, señorita!.... usais calcetines?.... no os poneis medias?

—Qué hay de sorprendente en ello, puesto que sabeis que me visto de hombre con mucha frecuencia?

—Cuatro cuellos postizos... seis pañuelos de algodon... un calzoncillo de baño.... un chaleco de franela.... un corsé....

—Un corsé... ya veis, señor escribano, que hay tambien prendas que no son de hombre.

—Pero yo no creo que os vestireis en vuestro traje solo con el corsé, y hasta ahora eso es lo único que he hallado perteneciente á vuestro sexo. Veamos el tercer cajon, Picard.

Mientras que Picard abre el cajon indicado, el escribano menea maliciosamente la cabeza, y la señorita Cipriana tiene que volver á otro lado la cara para reir, y dice para sí:

—De qué tendrá aquí ese corsé el pillastre de Collinet?.. pertenecerá tal vez á su querida... si siquiera hubiera

dejado por ahí algunas otras prendas!...

—Una pipa... dos pipas... tres pipas de fumar.

—Señorita, fumais en pipa?

—Algunas veces; con eso me doy un aire mas varonil.

—Una caja de polvo, de las llamadas de cola de raton... un estoque.. unos cuantos terrones de azúcar de cebada... un cepillo de dientes... un cepillo del calzado... un cepillo de cabeza... un cepillo de uñas... dos navajas de afeitar con su suavizador...

—Señorita; necesitais tambien afeitaros cuando os vestís de hombre?

—Precisamente afeitarme, no; pero crio bastante vello en los lados de la cara, y encuentro mas cómodo cortármelo con navaja que arrancármelo.

El escribano impaciente ya y no pudiendo contenerse, dá un puñetazo sobre la mesa en que está escribiendo el amanuense Tripon. Este movimiento hace saltar en el aire el tintero de cuerno que llevaba el pasante para hacer el inventario, y llenándole la cara de tinta cae sobre la mesa; pero Tripon con la mayor imperturbabilidad limpia la mesa y se limpia la cara con la manga, diciendo friamente:

— Así como así, mi paletot se iba poniendo blanco!....

Terminado el inventario de la cómoda, el escribano hace seña á Picard de que pase al baul, y abierto el cofre, se encuentran en él tres pares de zapatos viejos que no sirven ni para chancletas, una pistola sin perrillo, un tarro desportillado, unas cuantas cerillas fosfóricas, y un saquito lleno de harina de linaza.

El escribano se levanta para examinarlo, y reconociendo los zapatos, dice:

—Señorita, estos zapatos es imposible que sean vuestros. Cabeis vos dentro de ellos, bailando.

—Justamente por eso me los pongo, señor mio; porque el baile es mi profesion.

—Está bien; se conoce que teneis talento, toda vez que

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

á todo hallais tan fácil salida y tan pronta contestacion sin embargo, espero que me hareis la justicia de no creer que me dejo engañar... no me mamo el dedo, señorita.

—Ignoro lo que quereis decir.

—Bien: Tripon, podeis cerrar el inventario.

—Ya está, señor.

—Os dejamos, señorita.

—Como querais, señores.

—Pero vos, Picard, vais á quedaros aquí guardando el mobiliario.

—Cómo!... qué decís, señor escribano? esclama Cipriana sentándose en la cama con trabajo y haciendo gestos de dolor: vais á dejar aquí una persona?

—Sí por cierto; voy á dejar un guarda de los objetos embargados; la ley me autoriza á ello... con el objeto de que no se pueda sustraer nada de lo inventariado.

Y al decir estas palabras, el escribano sonríe irónicamente, mientras que Cipriana, que no esperaba esto, monta en cólera, y esclama:

—Caballero, esa es una broma de muy mal género!.... No creo que podais temer que se sustraiga ninguno de los pobres objetos que se hallan en esta habitacion... qué interés podria haber en ello, Dios mio?...

—Señorita, tratais vuestros muebles con demasiada severidad.

—Os he dicho yo que son de valor? ya lo veis: casi equivalen á no tener ningunos, y yo creo que nadie podria codiciarlos; por consiguiente, espero que no quedará guarda ninguno.

—Dispensadme, señorita, pero este es mi derecho..... Señor Picard, ya lo habeis oido; vos sois el depositario y el responsable de este mueblage.

Picard es un hombre como de cincuenta á cincuenta y cinco años, horriblemente feo, y repugnantemente súcio: tiene sobre todo una nariz que participa del pico del loro, y del tomate; esta enorme nariz, que despues de infinitas

curvas baja aplastándose á confundirse con el labio superior, es de color de vino, sembrada de lunares y verrugas de color mas oscuro aún, y para acabar de embellecerla está siempre atestada hasta las alas, de tabaco: no de rapé, ni de otro polvo que se acostumbre á tomar, sino de tabaco de chicotes de cigarros puros, ó colillas de cigarrillos de papel, picado y desmenuzado, mas no tanto que á veces no se perciban algunos palos que enredándose en el vello de la nariz se le quedan colgando como otras tantas campanillas.

Este tabaco económico era el solo que tomaba Picard; aseguraba que tenia sobre el otro la gran ventaja de que un solo polvo se conservaba en la nariz todo el dia sin deteriorarse; unos anteojos de nariz y cristales redondos, como se gastaban á fines del siglo pasado, se ostentaban orgullosos sobre la nariz elefantina del señor Picard; pero fuera que solo los llevara como adorno, ó que no le fueran los cristales de grande utilidad, lo cierto es que muchas veces los levantaba ó bajaba de suerte que no miraba por ellos.

Cipriana, que al principio se asustó considerando á Picard, y su desmesurada nariz, esclama de nuevo:

—Cómo!... el señor es el que vá á quedarse aquí?

—Sí, señorita.

—Pero, y si tengo que vestirme? que mudarme de camisa?

—El señor Picard se meterá en ese cuartito.

—Buen consuelo!.. un cuarto con puertas vidrieras y sin cortinas.

—En ese caso, tampoco hay apuro: se saldrá al pasillo, y no volverá á entrar hasta que le digais: «Está corriente.»

—Está gracioso!.... y si tengo ganas de.... de cualquier cosa?

—Se saldrá al pasillo, señorita.

—Y si viene gente á verme?

—Entonces entrará y vigilará.

—Y por la noche?

—De noche lo mismo que de dia.

—Ah!... pero esto es atroz!... es odioso!

—Sin embargo, señorita, vos podeis salir y entrar cuando gusteis, pues no estais detenida... en no llevándoos nada....

—No tengais cuidado; procuraré usar de ese derecho.

—Servidor vuestro, señorita.

El escribano parte con su amanuense, y Cipriana queda sola con el señor Picard: este, despues de haber examinado varias sillas, para asegurarse de cuál de ellas estaba en estado de recibir su individuo sin depositarle en el suelo, encuentra al fin una que le satisface; se sienta gravemente en ella, teniendo cuidado de volver la espalda á la cama; estiende sus piernas, levanta los anteojos, se acomoda como el que espera estar mucho tiempo sin cambiar de postura, y terminados todos estos preparativos, saca del bolsillo un lio de papel de estraza, que desenvuelve con precaucion; dentro hay todavía un poco de tabaco picado, y sumamente mojado; coje un poco, lo dá vueltas con los dedos en la palma de la mano, y luego que ha hecho una bola, se la echa en la boca con la misma satisfaccion que el chiquillo que vá á chupar un dulce, y se deja inclinar la espalda y la cabeza sobre el respaldo de la silla, para saborearlo mejor.

Cipriana habia visto todo esto; habia seguido con los ojos todos los movimientos del señor Picard, diciendo para si:

—Calla!... está haciendo una píldora!.... oiga!... y se tiende en la silla como si fuera á instalarse aquí por mucho tiempo!.... Pues no tengas cuidado, que pronto vas á estar en baile!

Y en seguida dice en voz alta:

—Señor... señor guardian!

El señor Picard vuelve lentamente la cabeza, procura

tomar un tono amable, y contesta:

—La señorita me interpela?

—Sí, señor.... Deseo levantarme.... vestirme.... y ya comprendeis...

—Ah! sí: perfectamente, señorita!... No tengais cuidado. Estoy vuelto de espaldas, y os prometo solemnemente no volver la cara.

—Señor mio, yo no confío en tales promesas.... tanto mas, cuanto que vos teneis traza de uno de esos calaveras que se lanzan á todo en tratándose de mugeres.

A estas palabras, Mr. Picard quiere sonreir de satisfaccion, y está á pique de tragarse la bola de tabaco; empieza á hacer esfuerzos por volverla á la boca, y al fin todo esto termina por una ruidosa y abundante espectoracion.

—Así, pues, continuó Cipriana, señor Picard,—ya me acordé de vuestro nombre—vais á hacerme el favor de salir por un momento al pasillo, no es cierto?

—Si os es absolutamente preciso....

—Oh! sí: absolutamente, señor Picard. Me seria imposible ponerme las ligas en vuestra presencia. Me turbaria sobremanera.

El guarda se levanta, y llega á la puerta sin volverse, la abre, y se vá á pasear en el pasillo, donde se oyen sus pasos por delante de la habitacion de Collinet.

XV.

UNA ESCENA DE LOS FUNÁMBULOS.

En vista de la confidencia de Collinet, Gaston despues de ver entrar á los alguaciles en casa del pasante, se habia apresurado á llamar en el cuarto de Alejandro, dán-

dole parte de cuanto estaba pasando cerca de ellos. Alejandro, curioso por saber cuál seria el resultado de esta aventura, se habia levantado y vestido rápidamente, y se habia colocado de centinela dejando la puerta entreabierta, mientras que Gaston hacia otro tanto por su parte.

Los jóvenes vieron bajar al escribano y su pasante; pero se preguntaban qué podria hacer todavía el otro tercer personage con la bella bailarina. En este momento vieron salir á Picard de casa de Collinet, y pasearse por el pasillo á lo ancho y á lo largo. Observando que estas idas y venidas se prolongaban indefinidamente, y no tenian traza de concluir jamás, los dos vecinos empezaron á adivinar la verdad, y cada uno por sí empieza á revolver en su imaginacion medios de aburrir y fastidiar al paseante del pasillo.

Picard, entregado completamente á las delicias de mascar tabaco, y apretando alguna que otra vez un taco del mismo que pugnaba por salirse de la nariz, no habia observado ni las dos puertas entreabiertas, ni las dos caras que aparecian de vez en cuando: mas de repente estas puertas se abren, Gaston y Alejandro aparecen cada uno con una escoba en la mano, y barriendo los desperdicios y el polvo de sus habitaciones con un ardor y una actividad que hubiera hecho honor á mas de cuatro criadas; el pasillo se cubre de una nube de polvo, llega hasta el señor Picard por entrambos lados, y como le pillan en medio, ambos echan sobre él la basura con la escoba. Al cabo de un momento, el guardian estaba casi enteramente cubierto por una atmósfera de polvo.

Los dos jóvenes esperaban que en vista de esto se incomodaria y se largaria, pero se equivocaban. Picard, en su triste oficio de guardian habia atravesado por otras peripecias unas de mas y otras de menos consecuencias que esta: su ropa nada podia temer, porque no era posible ensuciarla mas que estaba; y en cuanto á él, con su nariz atestada de colillas de cigarro, desafiaba á la mas mínima

partícula de polvo á que penetrara por aquel tabi
cuanto á los ojos, en bajándose un poco los ante
daban protegidos. Mr. Picard vé impasible, sin c
venir hácia él este nuevo Simoun que parece q
pultar, y se contenta con apoyarse en la balaust
ser un poco diciendo con amabilidad.

—Ay!... es verdad!... no me habia acordado!
la hora de limpiar y hacer todos los quehaceres
sas... y estas habitaciones por lo que se vé, estab
do á voces que se las barriese... no tiene nada de
lo mismo me pasa á mí... yo no limpio la mia tampoco
todos los dias.

Alejandro y Gaston se miran apoyándose en sus escobas; no esperaban encontrar á un hombre tan bien escudado contra el polvo. Ambos se muerden los lábios, y entran vivamente en sus cuartos, saliendo en seguida uno de ellos con un gran jarro de agua, y el otro con una inmensa cubeta, y se ponen á regar el suelo absolutamente como si no hubiera nadie, enviando gruesas manotadas de agua á las piernas del señor Picard; pero este recibe el agua con el mismo aire beatífico que el polvo, limitándose á decir:

—Ah!... sí... es verdad!... el agua es una magnífica cosa para apagar esa espesa nube de polvo que han levantado las escobas..... No, no tengais cuidado por echar agua.... el agua lava, y así como así el pasillo y yo lo necesitamos.

—Ah! perro!.... murmura Alejandro que vé que ha gastado inútilmente toda su agua, No habrá un medio de echarle de aquí? Ès invulnerable este hombre... de buena gana encenderia fuego en el pasillo, pero no... podria incendiar la casa... me costaria el dinero... y es demasiado caro!... Voto vá!... pues ello es preciso que se largue.

Gaston no dice nada, pero mira á su amigo con aire desesperado. De repente Alejandro entra en su casa, y Gaston espera á ver lo que hace. El jóven corredor vuelve á

está en mangas de camisa, y trae sobre el brazo
y en la mano uno de esos junquillos con que
bra á sacudir la ropa. Coloca su gaban en una
madera que habia en el pasillo con ese objeto
puerta. A la del cuarto de Gaston habia otra, y
señal de Alejandro, entra en su habitacion, to-
c y otro junquillo y sale al pasillo á hacer otro
su vecino.

os jóvenes empiezan á sacudir su ropa con toda su fuerza. Esta vez vuelve á aparecer el polvo acompañado de un ruido continuo; pero Mr. Picard menea la cabeza siguiendo los golpes, y empieza á cantar entre dientes al compás de los junquillos.

Alejandro se dá una palmada en la frente, y en seguida esclama dirigiéndose á Gaston con aire impertinente:

—Caballero, he observado que cuando yo me pongo á sacudir mi ropa en el pasillo, os dá tambien el antojo de sacudir la vuestra... Me querreis esplicar qué significa esto?... Hace un momento que me puse á barrer, y vos barristeis; empecé á regar, y empezásteis tambien á echar agua... el señor dirá que no miento... No es verdad, caballero, que no parece sino que este señor tiene un empeño especial en imitar, en remedar todo cuanto yo hago?.... Pues esto no es natural... Con qué objeto se hace?.... por qué es ese empeño?... es por ventura que os habeis propuesto burlaros de mí?... Truenos y rayos!... si supiera que esa era vuestra intencion, os aseguro que la cosa no quedaria así!

Antes que Mr. Picard tenga tiempo de contestar una palabra, Gaston, que ha comprendido la intencion de su amigo, se apresura á responderle en el mismo tono:

—Qué quiere decir eso?... cómo!... qué hay?... á fé mia que la cosa es divertida!... El señor encuentra singular que yo barra mi cuarto, que riegue, que limpie y sacuda mi ropa... sabeis que no deja de tener gracia la pretension?.... como si uno no fuera dueño de su voluntad!... como si no

pudiera uno hacer lo que le diera la gana en su casa, ó como si estuvierais constituido en Mentor mio!... Vaya!.... vá á ser preciso dejar el piso á vos solo, caballero, y ni aun pasar por aquí cuando vos esteis!.... Ni un portero, ni un zapatero tendria ideas tan escéntricas!... lo dicho; y si no que lo diga con franqueza este señor que nos está oyendo y segun parece está de centinela en el pasillo...

—Señores... señores...

Alejandro corta la palabra á Mr. Picard, para decir á Gaston:

—Todo eso, caballero, no son mas que palabras.... subterfugios... lugares comunes... pero entretanto no satisfaceis, ni respondeis á lo que yo he dicho!... si tratais de buscar evasivas, os engañais!.... Por qué parece que teneis formado empeño en imitar todas mis acciones?... eso, eso es lo que yo encuentro malo.... eso es lo que me incomoda....

—Bah!... bah!... concluyamos!..... dejadme en paz.... Si yo tuviera empeño en imitar á alguno, no seria á vos ciertamente... sois demasiado ridículo para que nadie piense en imitaros!

—Ridículo!... con que yo soy ridículo?... Me estais insultando, caballero!

—Y vos me estais ya cargando!

—Señores!... señores!... calma!...

—Yo os haré ver con quién os meteis, seo trastuelo!

—Vos no me hareis ver nada, seo giganton! Y cuenta, que si tratais de haceros el insolente conmigo, tambien sabré corregiros.

—A mí?... ah! esto es ya demasiado!.... voy á castigar á ese atreviduelo!

—Voy á dar una leccion á ese fanfarron!

Y al punto se lanza Alejandro hácia Gaston, con su junquillo en la mano; pero en el momento en que descarga el golpe, Gaston se coloca detrás de Mr. Picard que recibe el varazo en el hombro: entonces Gaston á su vez

quiere sacudir á Alejandro; pero este se defiende poniendo de escudo al guardian, que recibe un tremendo latigazo de lleno en la espalda. Picard trata inútilmente de sustraerse á las fatales varas, gritando:

—Pero, señores, cuidado!... por Dios!... reparad... observad que soy yo!... mirad...

—No, no miro nada!... quiero castigar, quiero dar una soba á este botarate, mequetrefe!.... dice Alejandro dando vueltas al rededor de Mr. Picard, mientras que Gaston hace otro tanto, diciendo:

—Dejadme, caballero... no me detengais!... quiero enseñar á ese patan!.... toma, charlatan!.... Ah!... te escondes, no es verdad?.... Escóndete, escóndete!. .. por mucho que te escondas, yo te alcanzaré... toma! toma!...

—Pero es que... rayo de Dios!... señores, queriendo sacudiros uno á otro, es á mí á quien sacudís los dos!... voto á Satanás!,.. y esto es preciso que termine, ó grito auxilio!....

—Sí, señor; id á llamar á la guardia!... es lo mejor!..

—Cuerpo de un perro!... si pudiera alejarme, ya hace mucho tiempo que me hubiera largado... pero no puedo separarme de aquí, porque estoy custodiando el mobiliario de vuestra vecina.

Los jóvenes continuaban su maniobra, y fingiendo quererse pegar hacian llover los latigazos sobre Mr. Picard, que luchaba como un desesperado por salirse de en medio de ellos. Entretanto el ruido de esta batahola atrae la atencion de los vecinos; primero se abren las puertas del tercer piso, despues las del quinto, y últimamente en el mismo donde pasa la escena, la de la habitacion de Mad. Montenlair, que contra su costumbre habia permanecido cerrada hasta entonces, se abre tambien, y el señor de la enorme peluca, el amigo del alma de esta señora, Mr. Filoséles en fin, aparece á esta puerta á ver lo que pasa; en este momento, Alejandro, fingiendo perseguir todavía á Gaston, trataba de pegar á Picard, pero esta vez no que-

riendo este servir de blanco á los combatientes, se baja de repente, y la vara agitada con fuerza, vá á cruzar la cara del señor Filoséles, que hacia á este tiempo su salida.

El fiel amigo de Mad. Montenlair lanza un grito penetrante, y se pone á jurar como un carretero llevando la mano á la mejilla, y gritando que le asesinan.

Este acontecimiento termina el combate simulado de los dos jóvenes. Cipriana por otro lado abre la puerta para decir á Picard que ya puede volver á entrar, porque ella se vá. La bella artista no conserva mas que su peinador; pero esta vez para figurar que está vestida, se ha reliado en su pañolon como una muger del pueblo andaluz. Al ver á sus dos nuevos vecinos, los sonrie con gracia, pero su mirada se detiene principalmente en Gaston, y dice para sí:

—Lástima que no hubiera cambiado de cuarto con este!... es mejor mozo que el otro!

Entretanto Alejandro, al reconocer á Mr. Filoséles, cuyo paletot desgarró anteriormente, y viendo que le habia dado un latigazo, aunque involuntariamente, se siente acometido de un acceso de risa tal, que no le puede resistir y se le aumentan mas las contorsiones y la cólera de que se halla poseido. Gaston imita á su amigo; la bella Cipriana participa de la hilaridad de los jóvenes, y cuando la señora Montenlair sale á su vez al pasillo para averiguar lo que sucede, encuentra á su dulce amigo de color de violeta y sin poder hablar, de la ira que le causa el ver á todo el mundo reir de que haya recibido un latigazo en el rostro.

—Qué pasa?.... qué hay?.... Dios mio!.... qué teneis, Filoséles?.... estais morado.... parece que habeis tomado una insolacion.

—Tengo... ten... ten.. tengo... un... un... un... palo... la... la... la megilla... la megilla...

Filoséles estaba como los niños que empiezan á hablar; tartamudeaba, sin poder acabar las palabras. Gaston se apresuró á contestar por él.

—Dios mio!... mi apreciable señora Montenlair!... estamos pesarosos.... pero verdaderamente no ha sido culpa nuestra.... teniamos una disputa acalorada Alejandro y yo... queriamos pegarnos con los junquillos... no habia en ello gran peligro, como podeis calcular... y al perseguirme Alejandro, tropezó con el señor que salia inadvertidamente de vuestra casa.

—Es cierto eso, señor Alejandro? preguntó Rosinita dando á sus palabras un tono afligido.

Pero Alejandro, en lugar de responder, suelta con mas fuerza la carcajada, porque Mr. Filoséles empieza á tropezar tambaleándose como los chiquillos.

—Voto á la firma de Salomon!... grita Picard, pasando su bola de tabaco del lado izquierdo al derecho de la boca. A mí tambien me han sacudido de lo lindo! Preguntádselo, preguntádselo, y estoy seguro que no dirán que no: pero, bah!... qué importa todo esto cuando se ha recibido el bautismo del trópico?

—Señor mio, á mí me importa un pepino que hayais recibido el trópico, grita Filoséles, que al fin puede esplicarse: lo que sé y me importa es que me han cruzado la cara con un látigo.

—Si no es un látigo, Filoséles: es un junquillo.

—Lo mismo dá... y en el momento en que se me ha pegado con él, el señor no podia alcanzar á su amigo que estaba al otro lado!.... aquí ha habido una mala intencion desde luego... tanto mas, cuanto que el señor no es la primera vez que me falta.... no hace mucho tiempo que me rajó en este mismo sitio el paletot!... Estos son hechos premeditados... este es un complot formado espresamente contra mí... no parece sino que el causarme toda especie de incomodidades y perjuicios le divierte, le hace reir, tanto á él, como á sus amigos... pero lo que es ahora, por las uñas de Satanás que el asunto no terminará con meras esplicaciones... lo entendeis, caballerito?

—Filoséles!... por Dios!... Filoséles!...

—Atrás, señora!... dejadme!... tengo derecho á exigir una reparacion!...

—Es exacto, señor mio, y nada mas puesto en razon, dijo Alejandro dejando de reir. Por mi parte no la rehusaré... La última vez que tuvimos contestaciones acaloradas os propuse la pistola... ahora os propongo el florete... si os conviene, Gaston los tiene en su cuarto, se les quita los botones en un momento, y contando con su amabilidad, nos batiremos en este mismo sitio testigo de vuestra desgracia.

—Hombre!... esto es atroz!... esto es insultante!... esto es para hacer saltar de coraje al mismo Job... no contento con la ofensa, añadís el sarcasmo!... no satisfecho con haberme marcado el rostro, quereis atravesarme el vientre!... esto es... irritante, caballero!... qué os habeis figurado de mí?... por quién me tomais?.... creeis acaso que soy un imbécil?

—Nada de eso, señor Filoséles!... jamás he tenido tan feo pensamiento de vos!.... preguntad á Gaston, y él os dirá....

—Hola!.... parece que ya no estais reñido con vuestro amigo!... con el que fingiais quereros apalear para apalear á los demás... Era un pasatiempo de jóvenes, no es verdad? Es bonito, precioso, y sobre todo de buen género el tal pasatiempo!... pero yo lo arreglaré... voy ahora mismo á denunciar estos pasatiempos á la autoridad.... Voy á hacerla saber cómo estos señoritos se emboscan en el pasillo para tender lazos á las personas que vienen á la casa... ahora, al punto, voy á presentar mi queja, y á pedir mil y quinientos francos de daños y perjuicios por el cardenal que tengo en la mejilla!...

—Filoséles, amigo mio!...

—Dejadme en paz, señora!... quiero ir á casa del comisario!...

A esta salida de Filoséles, los jóvenes se echan á reir, y la artista de la Ópera les imita; en cuanto á Picard, se

mete en la habitacion de Collinet, diciendo:

—Bah!... mucho ruido y pocas nueces!.... Bien se conoce que ese buen señor no ha pasado el trópico.

—Id, pues, señor mio, dijo Alejandro poniéndose su paletot; id á casa del comisario. Yo, en vuestro lugar, no pediria por mi mejilla mil y quinientos francos, sino mil escudos. A decir verdad, los vale porque tiene un cardenal magnífico.

—Bueno, bueno!... dentro de poco veremos si reis tambien como ahora.

—Mientras os mire, será muy difícil que deje de hacerlo.

—Venid, Filoséles... entrad, amigo mio... yo os bañaré....

—No, señora, no; quiero presentar mi mejilla tal como está al comisario.

—Filoséles, estais loco!... eso no es tener sentido comun!... si os obstinais en ir á buscar al comisario, mi puerta y mi corazon se os cierran para siempre!

La señora Montenlair pronuncia estas palabras con un tono casi trágico que produce una violenta impresion sobre el señor de la peluca á lo Luis XIV; vacila, se balancea, sopla... Rosinita, aprovecha este momento, y para asegurar su triunfo, enlázale en sus brazos haciéndole entrar hácia atrás; la puerta se cierra sobre esta especie de polka, y Cipriana esclama:

—No hay cuidado, señores, no irá á casa del comisario: la vecina no quiere, y una muger debe siempre tener recursos para arreglarse de suerte que su amante haga lo que ella desee.

—Seniores, ya no fos patís mas? pregunta desde el tercer piso el aleman gordo que salia atraido por el ruido, mientras que las señoras Mirolin, que tambien habian abierto su puerta y asomádose á curiosear, la cierran con estrépito, gritando:

—Vaya una casa!... esto es una leonera!.... es un es-

cándalo!... no se puede vivir aquí!... cada dia se vá habitando por mas chusma!... pero yo aseguro que daré cuenta de ello!... me quejaré al señor Borrego!

—Harás bien, mamá, porque si continúan de esta manera, vá á llegar el dia en que no podamos ni salir ni entrar en casa!... serán capaces de pegarnos tambien!

—No, Mr. Beugle, no nos batimos, responde Alejandro inclinándose sobre la balaustrada para contestar á su vecino; no nos pegaremos mas, y segun veò haremos bien, porque las señoras Mirolin parecen muy incómodas con nuestro proceder. Ya estoy temiendo que un dia de estos nos van á llevar delante del comisario.

—Oh! *tarteifle!* istas senioras barece gue tienen un coléra muchio boquito fuerte!

—Y sin embargo, no tenia nada de espantoso nuestro combate! continúa Alejandro dirigiéndose á la bailarina. Y además, solo llevábamos por objeto con él, el desembarazaros de ese señor feo que hacia centinela delante de la puerta de Collinet: imaginamos ese ratito de diversion por el estilo de las pantomimas de los Funámbulos!

—Sois en efecto sumamente amables, señores; sé lo que os debo, porque he estado oyendo detrás de esa puerta todas las pasadas que jugábais á ese pobre guardian, y me divertia grandemente con ellas.

—Para haceros un favor, señora, dijo Gaston, no hay nada que no seamos capaces de emprender.

—Ay!... bastante envidiamos la suerte de Collinet.... tener la dicha de prestaros su cuarto!...

—No ha sido él por cierto quien me le ofreció, sino yo la que se lo he pedido... y á pesar de eso ha habido dificultades para que me le cediera, y no lo ha hecho de muy buena gana!... yo tambien siento que la casualidad no me hubiera hecho encontraros mejor que á él.

Estas últimas palabras van evidentemente dirigidas á Gaston, porque la señorita Cipriana le está mirando en

este momento del modo que significa claramente entre los conocedores del teatro. «Me agradais, os amo; espero que me amareis vos tambien, no es cierto?»

Gaston se ruborizó como una doncellita, y se sintió conmovido, porque la artista coreográfica es en estremo seductora, y además tiene una gracia, un abandono, una voluptuosidad que encanta en todos sus movimientos; únase á esto la originalidad del trage, el tono de sus frases, el fuego que brilla en sus ojos, y se comprenderá fácilmente que á pesar de su pasion por Felicia, el jóven sintió latir su corazon con fuerza al contemplar á la bailarina: por mucho que una muger ocupe el corazon de un hombre, nunca puede llenarle de tal manera que no quede un rinconcito vacío para el deseo que pueda hacer nacer otro lindo palmito. La naturaleza es esta, tal es su condicion, y creer que se hallará de otro modo, ó que podrá conseguirse cambiarla, es tener demasiada confianza, ó demasiada buena opinion de sí mismo.

—Y qué pensais hacer ahora, hermosa señorita? dijo Alejandro, cambiando un cigarro con Mr. Beugle que ha subido al cuarto piso.

—Ante todo largarme de ese cuarto y no volver mas á él... Dios mio!... no entiendo á ese señor Collinet!... cuanto tiene es mezquino!

—Pero si no volveis, dónde pensais ir?

—Me vuelvo á mi habitacion, en el segundo piso.

—Pero es que ya el segundo piso no es vuestro, toda vez que habeis cambiado con Collinet.

—Me complazco en creer que se dignará darme hospitalidad, la cual aprovecharé para despedirle, porque... bien debeis comprender que no puedo tenerle á mi lado... es un jóven... y feo además... no, no... no le quiero junto á mí... su cuarto, vaya... pero á él, no me acomoda!

Y dice todo esto sin dejar de mirar á Gaston de un modo que le quiere decir clara y terminantemente: «Si vos estuviéseis en su lugar, á vos no os despediria!»

—Comprendo! dice Alejandro: veo perfectamente lo que deseais... pero quizá no sea prudente entrar tan pronto en vuestra casa... el escribano, de seguro no ha creido la farsa que se ha representado delante de él...

—Bien, pero es el caso... que necesito vestirme ... ya veis como estoy... no puedo permanecer así...

—Pues os aseguro que estais muy bien; con ese traje estais encantadora, se atreve á balbucear Gaston lanzándola una mirada, que ella le devuelve centuplicada.

—Oh! porque vos sois demasiado indulgente, pero bien sé yo que no estoy presentable!.... nada, nada!.... voy.... Pero, aguardad... sube la sobrina de la portera... qué vendrá á anunciarnos?

Subia en efecto Amanda con ese aire espantado que toman todas las personas vulgares cuando se las figura que van á dar una mala noticia; al llegar al cuarto piso, se dirige á la bailarina.

—Señorita, sabeis que la cosa se vá poniendo fea?

—De veras?,.. pues qué hay?

—Mi tia dice que está mal hecho el haber consentido que se engañase á la justicia, que eso puede comprometerla y complicarla en un mal negocio.... porque el principal de ellos... el escribano, se lo ha indicado así al alejarse.

—Pero, en fin, esplicadnos lo que ha pasado, Amanda!.. Veamos; hablad, y no tomeis ese aire trágico como si fuerais á representar la *Medea* ó la *Judit*!

—Pues bien, escuchad, señorita. Cuando bajaron los alguaciles, el escribano se detuvo en el segundo piso, porque esta gente de la curia son astutos como zorros; llamó en casa del doctor Urtuby, y preguntó: «Dónde vive la señorita Cipriana, bailarina?» pero esa tonta de María, la criada del médico, como no sabia nada, les ha señalado vuestra puerta, diciendo: «Ahí en frente.»

—Y eso qué importa?... puedo haberme mudado. Y qué mas?

—Despues, parece que el escribano ha ido á llamar en vuestra habitacion; ha tocado la campanilla una porcion de veces, y nadie le ha contestado.

—Han hecho muy bien... Además que me parece que el señor Collinet estará á estas horas en su estudio, y no en mi casa.

—Oh!... no; perdonad, señorita; nosotras le hemos visto entrar, pero no ha salido.

—Cómo!... á mas de las once de la mañana, no está en su estudio todavía Collinet?..... dijo Alejandro: eso sí que es bien estraordinario!... Y qué diablos puede hacer en casa de esta señorita?

—Habrá encontrado la casa muy de su gusto y estará tomando posesion de ella, replicó Gaston.

—Pues será preciso que pase por el disgusto de devolvérmela, contestó la bailarina con una amable sonrisa.

—Pero, señorita, entonces se queda en la calle el pobre Collinet, porque ahora no puede entrar en su cuarto.

—Dios mio!... pues qué, tan difícil le será encontrar quien le aloje por un poco de tiempo?... no es cierto, señores?...

—Oh!... tecís pien, seniora, esclamó Mr. Beugle. Yo puede mí alojarle pien; que isto senior fenga á mi japitasion, y él guedará allí, si no puede introtucirse en su gasa.

—Gracias, gallardo aleman, generoso vecino!... en ese caso, voy á llamar á mi casa.... me quereis dar el brazo, señor Gaston?

Y diciendo estas palabras, tomaba el brazo del jóven y se apoyaba en él con ese abandono que indica una gran intimidad. Gaston cede á la dulce presion de aquel brazo, cuyo contacto le hace sentir una agradable emocion; mas al levantar por casualidad la vista al quinto piso en este momento, descubre á Felicia que estaba asomada á la barandilla del corredor, y le miraba con una espresion tan tierna y tan triste, que esta mirada le atravesó el corazon.

Gaston se para como cortado, y no sabe qué hacer; vá á soltar el brazo de Cipriana, pero esta le arrastra consigo diciéndole:

—Vamos!... qué teneis?... qué os sucede?... no os moveis... Andad, vamos á buscar á vuestro amigo, señor distraido... no parece sino que hay que llevaros por fuerza!

Gaston se deja llevar, y siente algo frio que ha caido sobre su frente en este instante... era una lágrima que habia brotado de los ojos de Felicia!

XVI.

UN OPÍPARO DESAYUNO.

Hemos dejado á Alcíbiades Collinet precisamente en el momento, que fascinado por los encantos y las gracias de la hermosa bailarina, se habia dejado echar á la calle recibiendo en cambio de su habitacion la llave de la de la señorita Cipriana. Collinet habia bajado la escalera, se habia inclinado delante de sus cofrades á quienes encontró en el tercer piso, y despues de asegurarse de que seguian subiendo, se habia detenido en el segundo, habia introducido la llave en la cerradura, y habia penetrado en el domicilio que estaba autorizado á mirar como suyo.

Al penetrar en la antecámara, el jóven dá un grito de

sorpresa, en el comedor dá dos, en el salon dá tres, y por fin, en el gabinete, verdadero santuario de la voluptuosidad y la molicie, donde todo era espejos, terciopelo y seda, donde la elegancia, el buen gusto y la coquetería habian presidido al mueblage y adorno, Collinet se quedó estupefacto, desvanecido; jamás habia visto nada que ni aun se aproximase á este lugar encantado; ni aun habia podido nunca formarse una idea de este lujo deslumbrador, y no halla otro medio mejor de atestiguar su admiracion que arrojarse al suelo y dejarse rodar sobre la alfombra, que era á la verdad tan grande y suave como un colchon.

Despues de haberse arrastrado, tendido, rodado como un gato al sol, se levanta y se deja caer sobre la cama que aun está deshecha y descubierta, como que su dueña se habia levantado algunos momentos antes: qué diferencia de su miserable camastro que parece relleno de piedras! el aire perfumado que se respira en esta alcoba, el corsé de Cipriana que está allí, cerca de él sobre un mueble, todo sonrie á su imaginacion, y quitándose bruscamente sus zapatos, se acuesta en la cama vestido, tapándose con la ropa hasta la cabeza y diciendo:

—Esto sí que es estar en la gloria!.... ay!.... dá gozo oler esta cama!... está saturada de aromas!... qué diferencia de la mia!.... pues no me muevo de aquí!.... tanto peor... ella me ha cedido su cuarto en cambio del mio; luego todo, todo cuanto hay aquí me pertenece.

Orgulloso de este hallazgo, el pasante permanece casi un cuarto de hora sumergido en el lecho. Al cabo de este tiempo, saca la cabeza porque se siente sofocado, y esclama:

—Sin embargo, no quiero estar aquí todo el dia..... ay!... ahora me acuerdo.... tambien me dijo que podia almorzar si queria... que no tenia mas que buscar y tomar lo lo que mas me agradara... caspitina!... como esté arreglado el comedor del mismo modo que la alcoba, voy á sacar la barriga de mal año!... qué imbécil era yo!... me esta-

ba aquí embobado cuando la mesa me está llamando.

De un salto se encuentra Collinet fuera de la cama, se pone los zapatos, y echa á correr al comedor atravesando por un elegantísimo tocador en el cual no se detiene porque tiene mucha hambre.

La mesa está cubierta: tambien se echaria á rodar el pasante de buena gana, como hizo en la alcoba, segun le admira lo que está viendo; pero no lo verifica sin embargo, porque este pavimento solo está cubierto de una finísima estera de junco, y en medio de la estancia se eleva una rica mesa redonda de madera de naranjo.

Collinet abre la despensa, y vá colocando sobre la mesa media ave trufada, un bote de pasteles de Nerac apenas empezado, sardinas, aceitunas, salchichones de distintas clases , un pastel de Chartres, confituras, crema, frutas en conserva, bizcochos, quesos, frutas secas, diferentes especies de dulce, y dá gritos, salta, hace muecas y cabriolas á cada nuevo manjar que coloca: viene su turno á las botellas, y toma todas cuantas descubre: poco le importa que estén empezadas ó que estén llenas; él quiere tener muchas y variadas. Por fin, se detiene cuando nada halla que poner sobre la mesa, se sienta, y durante un momento devora con los ojos solamente, pues no sabe por dónde empezar.

Pero esta incertidumbre dura poco. Al fin se decide á dar la preferencia al ave trufada, y de tal manera devora que no se diria que come, sino que escamotea los bocados, como temiendo no tener tiempo de comer todo lo que tiene á su vista; en seguida se dirige á la botella que tiene mas inmediata: es Volnay sencillo; jamás le habia bebido, y le saborea con una delicia íntima. Deja el ave, toma el pastel, y cree tambien prudente cambiar de vino, y apoderándose de una botella larga y delgada, se sirve un Bordeaux Leoville de primera clase.

—Es Bordeaux! esclama llenándose un vaso tras otro. Sí, le reconozco en su sabor á violeta... Algunas veces lo

he bebido con Alejandro.... cuando pagaba él... pero, quiá!... ni por asomo se aproximaba á este... bebamos!.... esto es una cosa régia!... Ay!... señorita Cipriana!... vuestra casa es una verdadera alhaja.... una joya.... el paraiso encantado de Mahoma... la casa Chevet... el palacio de Lúculo.... Probemos estas aceitunas... y están escabechadas... qué refinamiento de gastronomía!... pero qué gran pensamiento!... esto es de un gusto esquisito... bueno!.... ahora le toca al salchichon!... bravo!.... riquísimo!... selecto!... con esto es preciso beber!... qué botella es esta?... vén acá, prenda!... trabemos conocimiento.... buenas relaciones de amistad!.. á mí me gusta la gente buena... y aquí no hay nada malo!... veamos... es vino amarillo... amarillo como el oro... oh!... este es un gran color!... un color que promete!... esquisito!... sublime!... voto á mi fé de escribano futuro!

Era en efecto un escelente Madera el que acababa de servirse: hasta entonces no habia bebido mas que el que se fabrica en Cette y en París; pero al gustar este, salta de alegría.

—Ay qué vino!... qué néctar!... esto sí que es verdadero Madera, y no la zupia, ese mal calducho envenenado que nos venden por ahí con este nombre!.... caracoles, y cómo calienta!... pasemos á los pasteles de bote... ya tengo poco apetito... qué desgracia!... quisiera ser un Lúculo, un Heliogábalo, un Milon de Crotona!.... qué diablo!... todos los dias no encuentra uno gangas de esta especie!... en fin, beberé.... bebiendo aprieta lo sólido, y se hace un poquito de sitio!... porque es preciso comer de todo... desocupar las botellas... en una palabra, aprovecharse de la ocasion, ya que se me ha venido rodada... en cuanto al estudio... eh!, qué demonio!... hoy no es dia de trabajo... al diablo el estudio... inventaré una historia... contaré al escribano un cuento, y *laus Deo!*... Caramba!... estos pasteles de Nerac son suculentos, pero tan secos... ahogan!... es preciso beber con ellos, y beber mucho!... y qué beberé?... Toma!....

pues si hay aquí dos botellas que todavía no he tocado siquiera!... Ah!... debo honrarlas; seria hacerlas un desaire y no portarme bien, no decirlas nada!... los caballeros deben ser galantes y corteses con las damas!... Veamos!...

Collinet se sirve de otra botella que estaba empezada, pero se vá hallando en un estado que no sabe lo que bebe.

—Me parece, tartamudea con trabajo. Tengo, así como una idea... de que esto ha de ser Chambertin.... sí.... esto debe.... debe ser Chambertin....

Bebamos, bebamos
del suave licor:
brindemos beodos
á Baco, y no á Amor...

Yo no sé si tiene diez años.... pero.... es esquisito.... qué lástima que se concluya el apetito á medida que se va comiendo!... no, pues ello... es preciso!... yo... he de comer todavía... de todas estas frioleras.... qué hay aquí en medio...? bueno!... en bebiendo... se hace sitio!... á beber!....

A fuerza de beber para comer, y de comer para beber, Collinet llega al estremo de no poder permanecer sentado, pues está completamente borracho: se deja deslizar de la silla al suelo, pero esta vez, en lugar de hacer locuras, ni dar saltos, se tiende pesadamente en el sitio donde ha caido, y se duerme con un sueño profundo.

La señorita Cipriana habia bajado al segundo piso apoyada en el brazo de Gaston, y volviendo á cada instante la cabeza para hablarle: algunas veces la volvia tan de cerca, que sus lábios tocaban el rostro del poeta: este, por timidez se habia separado al principio, pero poco á poco habia ido desapareciendo ese temor, y ya no retiraba la cabeza. Debemos considerar que un jóven no es una doncellita, y además, cuando se presenta la ocasion de ser feliz bajo la forma de una muger jóven, hermosa y provocado-

ra, rara vez se tiene la suficiente prudencia para desperdiciarla.

Gaston habia ya olvidado la triste mirada de Felicia, habia secado la lágrima que mojó su frente, queriéndose convencer de que seria una gota de agua ó cualquiera otra cosa casual, y se deja conducir y fascinar por la bella bailarina. «Oh!... los hombres!.. los hombres!... direis acaso, lindas lectoras... son muy malos!»...-Dios mio!... es verdad!... hace mucho tiempo que sucede esto... que se dice... y lo peor, lo mas sensible es que no tienen traza de enmendarse, y siempre siguen dejándose llevar por las mugeres.

Al llegar al segundo piso, se detienen delante de la puerta de la señorita Cipriana; con la pareja baja tambien la sobrina de la portera.

—Ceferina debe tener otra llave de mi cuarto, dice la artista; pero yo no sé dónde puede haber salido hoy tan de mañana mi doncella!... no parece sino que se ha desaparecido!

—Pues ni mi tia ni yo la hemos visto salir, señorita.

—Vamos á ver si en llamando abren, ó si entretanto viene.

Cipriana llama una vez, dos veces; pierde la paciencia, y se cuelga de la campanilla casi para romperla... trabajo inútil! Collinet dormia con el sueño de los borrachos, y aun cuando se hubiera disparado un cañon junto á él, no hubieran conseguido despertarle.

—Qué significa esto? esclama Cipriana. Decididamente, ese jóven no está dentro. Si estuviera en casa ya hubiera abierto.

—Tia, ha salido el señor Collinet? preguntó la señorita Amanda inclinándose sobre la barandilla; y en seguida se oye contestar la voz de la senora Ador:

—No, no ha salido. Y estoy *moralmente* segura, porque no me he separado un momento de la puerta. Estoy ocupada en tostar café, que huele deliciosamente.

—Entonces, qué le ha pasado á ese chico? Veamos, señor Gaston, qué debo hacer? aconsejadme. Tengo precision de vestirme; estoy tan desarreglada que doy miedo, y además, quiero, necesito absolutamente entrar en mi casa.

—Pero esta ya no es vuestra casa, dice Amanda, puesto que habeis dicho á la justicia que vivíais en el cuarto piso.

—Qué torpe sois, querida!... vivo en el cuarto piso para los alguaciles... me comprendeis?... pero para mí, y para mis amigos mi casa es esta siempre! Vamos, Gastoncito, no me decís nada? no se os ocurre nada que aconsejarme?

—A fé mia, no veo mas que un solo medio! Enviar á buscar un cerrajero, y descerrajar la puerta.

—Es verdad, teneis razon. Es lo mas breve. Amanda, hija mia, corred á buscar un cerrajero.

Amanda vuelve á asustarse y esclama toda azorada:

—Pero, Dios mio, señorita, vos no habeis reflexionado!... y si vuelven los alguaciles?... y si el guardian que ha quedado arriba, oye los golpes, y baja, y vé que están descerrajando esta puerta por órden vuestra?... Entonces sabrán que esta es vuestra habitacion, se probará que mi tia y yo hemos mentido, y estamos comprometidas.

—Ay!... cuánto me fastidiais con vuestras reflexiones y con vuestros temores, niña!... Están quizá los alguaciles en la escalera acechando lo que se hace en toda la casa? En cuanto al guardian, no hay que hacer mas que impedirle salir del tabuco de arriba, y eso, en mi concepto, es cosa fácil: vuestro amigo, ese alto, se encargará de ello, no es verdad, Gaston?

—Seguramente; voy á decírselo.

Pero en el momento que Gaston vá á subir se vé bajar á la señorita Ceferina muy colorada, con los ojos bajos y medio dormidos, y que procura tomar un aire de sorpresa cuando vé á su ama en la meseta de la escalera.

—Ah!... gracias á Dios que parecísteis, señorita!... es-

clamó esta: se podrá saber de dónde venís?

—Señora, bajo de mi cuarto.

—De vuestro cuarto!... si he estado yo llamando una porcion de tiempo, y no me habeis respondido!

—Señora... es que tal vez estaria entonces en el de la señorita Adelaida.... la criada del primer piso.... porque esta noche he estado mala, y ella me ha asistido... me ha dado té....

—Bah, bah!... esos son cuentos!... Además, es esta hora de bajar?

—Como he estado mala....

—Basta, señorita; mas tarde averiguaremos esto. Teneis la llave de esta puerta?

—Sí, señora.

—Pues abrid aprisa, y sepamos qué le ha pasado al señor Collinet... Espero que no se habrá asfixiado en mi casa, aunque tampoco ha tenido tiempo para ello.

Ceferina abre, y Cipriana entra con Gaston. Amanda se queda en la puerta de vijía. Se dirigen á la antesala y no hallan á nadie.

—Veamos el comedor, dice la bailarina: yo le invité á que se desayunara...

—Oh! señorita, esclama Gaston. Pues entonces no hay que preguntar!... todo lo adivino. Vos no sabeis de lo que es capaz Collinet delante de una mesa bien servida.

Penetran en el comedor, y allí, debajo de la mesa, entre los restos del festin, que le han acompañado en su caida, hallan á Collinet tendido á la larga en el suelo, y roncando como un figle.

—Ay!... Dios mio!... se ha dormido debajo de la mesa!.... vamos, del mal el menos.... pero es preciso despertarle para que se vaya.

—Si no estuviera mas que dormido, poco importaria; pero sospecho y temo mucho que esté borracho.

—Creeis eso?... pues en efecto que es peor... y sin embargo, yo no quiero que permanezca aqui, porque me estorba.



V. Urrabieta, dibº y litª

Lit.de S. Gonzalez, S. Clara 8, Madrid

Ah ! Dios mio esta dormido debajo de la mesa.

—Vámos.... procuraremos despertarle.

Gaston se inclina hácia el pasante; le sacude el brazo, le mueve, le grita. Collinet se limita á lanzar un gruñido sordo, y murmura en seguida:

—Dejadme dormir!... ah!... que bien se duerme en esta cama perfumada!...

—Pues no se le figura que está en mi cama?.... dice Cipriana. No gasta cumplimientos!... Despertadle!

—Dificilillo lo veo.... es lo que yo me habia figurado.... está completamente borracho.... no se puede tener en pié.

—Qué horror!... yo le dije que se desayunara, es cierto; que tomara lo que quisiera, pero no que se emborrachara.

—Vos no se lo dijísteis, pero él lo ha hecho.

—En fin, borracho ó no, yo no quiero que permanezca aquí... y sobre todo en ese estado!... Qué asco!... un jóven ponerse así... Veamos, Gastoncito... á ver si podeis aunque sea sacarle rodando... Vaya un hombre!

—Pero, señorita, nó se puede hacer con él lo que con una paca de algodon.

—Bueno, pues del modo que creais mejor!... el asunto es que yo me vea libre de él!... Dios mio!.... me ataca á los nervios verle ahí!...

—Es que yo solo no puedo con él... llamaré á Alejandro para que me ayude.

—Sí, sí, llamadle, y quitadme de aquí cuanto antes á ese borrachin!... seria capaz de ensuciar las esteras con su borrachera.

Gaston sale á la escalera y llama á Alejandro que hablaba arriba todavía con Mr. Beugle. El jóven alto se apresura á bajar, y cambia una sonrisa al paso con la rubia Ceferina. En seguida entra en el comedor, y al ver á Collinet embriagado y como muerto en el suelo, suelta la carcajada y esclama:

—Aquí teneis un muchacho que ha inaugurado mara-

villosamente su nuevo domicilio.... ha querido tomar al punto completa posesion... y ni se ha dignado dar parte del cambio de habitacion á sus amigos. En eso le reconozco!... Esa cualidad es muy suya!...

—Vamos, Alejandro; es preciso que se le quitemos de aqui á esta señorita.

—No es difícil. Le tomamos cada uno por debajo de un brazo.... no está muy grueso, de suerte que no puede pesar mucho... Pero una vez fuera de aquí, qué vamos á hacer de él?... Hé aquí la cuestion. No hay medio de reintegrarle en sus lares... el guardian no lo permitiria.... En mi cuarto tampoco le quiero..... mi cama es estrecha, y me gusta dormir solo.

—No, es que yo tampoco quiero instalarle en mi casa... es demasiado curioso... revolveria mis papeles, desarreglaria mis manuscritos, y no me entenderia, ni me dejaria cosa con cosa.

—Ay!... qué tontos somos!... ya está todo arreglado.... el aleman.... Mr. Beugle... me acaba ahora mismo de decir que él le daria hospitalidad... vamos á llevarle allá. Justamente ese gordo helvético está diciendo siempre que se fastidia... esto le distraerá. Vamos, tómale por el lado izquierdo, yo le levantaré por el derecho... ánimo!... á la una... dos... oooíh... Caracoles!... este animal pesa mas de lo que yo creia!... y luego como no se ayuda....

Por fin, consiguen los dos amigos levantar á Collinet, pero se ven precisados á sostenerle y á llevarle, porque él no se halla en estado de andar, y no hace mas que murmurar:

—Me duele.... la cabeza!.... quiero dormir!.... no despertarme.... ay!.... me duele la cabeza!.... la cabeza!....

Afortunadamente Gaston y Alejandro tienen bastante fuerza para subirle el tramo de escaleras que él no hubiera podido subir. Mr. Beugle estaba todavía á su puerta, y abre unos ojos de á palmo al ver el estado del pasante.

—Mr. Beugle, dice Alejandro; os traemos el jóven á

quien os habeis dignado ofrecer hospitalidad con la misma abnegacion que si fueseis un escocés.

—Y mas luego, gué tiene fuestro jófen?

—Oh! esto no es nada; ha caido en una especie de letargo, del cual seria imprudente despertarle, pero dentro de tres ó cuatro horas volverá en sí como si tal cosa le hubiera pasado. Con que dónde podemos depositar este chorlito?

—Fenid... fenid... en mi japitacion!...

Los jóvenes siguen al aleman, cuya casa está elegantemente amueblada, y sumamente limpia. En el recibimiento hay un gran divan, y en él colocan Alejandro y Gaston al ébrio, que apenas queda descansado, empieza nuevamente á roncar con un tremendo estrépito.

—Foy á tecirlo á la toméstiga de mí, dice Mr. Beugle: ella está partita á jaser las brofisiones, y mas ella non biensa engontrar un otro senior aquí.

—Está bien, Mr. Beugle; os damos infinitas gracias.... además que Collinet es un muchacho discreto y bien educado, que estamos seguros que no abusará de vuestras bondades.

Los jóvenes salen de casa del aleman, y una vez en la escalera, dice Alejandro:

—Estoy mas contento con que se haya queda do en casa del aleman que no que hubiera ido á la mia: no sé por qué se me figura que cuando despierte vá á ser ella.... por eso no he querido decir á ese virtuoso tudesco el estado de Collinet.... eso quizá le hubiera retraido de admitirle en su casa.... Oiga, qué es eso, Gaston?.... vuelves á bajar?... no subes á casa?

—No... voy á....

—Vamos, acaba con mil de á caballo!... vas á casa de la bella bailarina!.... crees que no he observado que has hecho su conquista?... canastos!... se necesitaba estar ciego!... Pues mira, tanto mejor!... me alegro, porque eso te formará... una bailarina!.... una ninfa de la Ópera.... no

podias haber caido mejor!.. Decididamente tienes una suerte loca hace algun tiempo!

—Oh! dijo Gaston, no vayas á creer que estoy enamorado de la señorita Cipriana!

—Nada de eso; no me figuro tal cosa!... de esas mugeres no se enamora uno... se vuelve loco quince dias, y se acabó... no se piensa mas en ellas... Son como el vino de Champaña... marea, pero la borrachera se disipa tan pronto como se toma.

—La señorita Cipriana me ha comprometido á almorzar con ella... acaba de decirme bajito que me aguardaba... y me parece impolítico hacerla esperar.

—Anda, anda!... á qué viene fingir conmigo?... Demasiado veo que estás lleno de gozo por tener esta ocasion de hallarte á solas con una muger encantadora... y amable... En la vida, querido Gaston, el que no aprovecha las ocasiones de ser dichoso, es un tonto!... Generalmente se dice. «Lo mismo es hoy que mañana!....» Mañana!.... pobre nécio!... quién puede estar seguro del mañana?... además, todos los efectos tienen sus causas.... todos los principios tienen sus consecuencias.

—Es que no quiero que te puedas imaginar que he olvidado á Felicia... y si yo pensara que ella sabia que habia ido á casa de la señorita Cipriana... no iria...

—Y harias muy mal!.... esa misma circunstancia no puede menos de serte sumamente favorable para con tu linda vecinita!... Nunca nos aman tanto las mugeres, como cuando nos creen amados por otras... un hombre á quien no mira ninguna muger... que no fija la atencion de las damas... que no hace ninguna conquista.... demonio!... si alguna le toma, se cansa de él en seguida.... Vé, pues, á almorzar, querido; nada te recomiendo, ni te encargo, porque estoy bien seguro de antemano que tú no te pondrás en el estado de Collinet.

XVII.

COLLINET SIN DOMICILIO.

Mr. Beugle habia salido á dar su acostumbrado paseo, mas antes de salir habia esperado la vuelta de su criada, y la habia dicho:

—Yo tiene en gasa de mí un jófen que aloja jasta que pueta entrar en tomiciliamiento te él... él tuerme pien... fos le tejareis tormir á él... es pien ponito isto jófen!

La criada de Mr. Beugle es una de estas solteras de treinta y seis años, que han sido bonitas, que conservan todavía algo de la belleza pasada, que han sabido á fuerza de mil artificios ganarse el afecto de sus amos, y pareciendo siempre que están sometidas á sus menores órdenes, encuentran el medio de no hacer mas que su sola y única voluntad. Añadamos á esto que era alemana como su amo, lo cual le complacia en estremo, porque de ese modo, aun en su vida íntima, le proporcionaba el gusto de no hablar mas que en la lengua de su país.

La señorita Krettly, pues, ha recibido sin contestar una palabra la órden confidencial de su amo, pero al mismo tiempo dice para sí:

—Qué significa esta idea de dar hospitalidad á un es-

traño? quiere acaso el señor hacer su casa posada?... ó se le figura tal vez que no trabajo bastante con lo que tengo que aun quiere añadirme una persona mas á quién servir?.. No, pues se ha equivocado!... Yo le aseguro que tengo de hacerle despedir bien pronto!... que se vaya á una fonda, ó á una casa de huéspedes!... Veamos si es cierto que es tan bonito como dice el amo.

A las alemanas les gustan mucho particularmente los muchachos bonitos; así es que Krettly vá al punto al salon donde duerme Collinet tendido sobre el divan.

Pero desgraciadamente el pasante no era bonito, y menos aun durmiendo: la borrachera además habia abultado sus facciones, inflamado su color, y todavía le afeaba mas. En fin, tenia el cabello rojo, y Krettly no podia sufrir á los hombres que tuvieran el cabello de este color; sostenia que tenian tan mala intencion como los borricos, ó los cochinos jaros.

La criada de Mr. Beugle hace una mueca de desagrado al examinar á Collinet, y esclama:

—Oh!... *tarteifle!* ya le conozco!... es uno de los calaveras del cuarto piso!.... pero los otros son buenos mozos, en vez que este es feo y rojo!... Pues me gusta la idea del amo!... traerse á casa á este individuo!... si se habrá vuelto loco ó tonto?... Ay!... qué horror!... y tiene los piés sobre el divan, con esos zapatones súcios y llenos de lodo!... Esto sí que me desespera!... Ea, se acabó!.... Pues qué; yo me voy á estar afanando por aljofifar, encerar, y tener la casa como un espejo de limpia, para que un perdido como este venga á poner sus piés sobre mis muebles? Eso sí que no!... Espera, espera, y verás lo que te pasa!...

Krettly en un rapto de cólera agarra á Collinet por los piés y le arroja al suelo bruscamente, creyendo que el golpe le despertará; pero el pasante se limita á lanzar un gemido sordo, como si solo hubiera cambiado de posicion, y empieza á roncar con mas fuerza y mas estrépito.

—Qué preciosa música!.... parece un figle!.... dice la

criada retirándose incómoda. Y no se despierta!... es acaso un liron este tio?... pero, señor; qué idea habrá sido la suya de venir á dormir aquí?... habrá perdido la llave de su cuarto?... Por qué no ha hecho descerrajar la puerta?... No, pues de todos modos, y sea lo que sea, yo no le quiero aquí, y aseguro que no ha de estar mucho tiempo!... Poner los piés sobre nuestros muebles!.... qué atrocidad!..,. pues no nos faltaba otra cosa!

Las alemanas son estremadamente aseadas, y la señorita Krettly llevaba esta cualidad hasta la tiranía. Hubiera sido capaz de reñir á su amo, si antes de entrar en casa no se hubiera limpiado los piés cuidadosamente en el felpudo, aunque no los trajese súcios. Cepillaba y enceraba las habitaciones de suerte que costaba trabajo andar por ellas sin riesgo de resbalar y caer; tenia tan sumamente limpios todos los muebles, que se podia mirar en ellos como en una luna de Venecia: con estas circunstancias, se deja fácilmente comprender su cólera al hallar una persona en el salon, tendida sobre un hermoso sofá, con unos zapatos que parecian no haberse limpiado desde el dia de su nacimiento, y especialmente sabiéndose que á los pasantes de los escribanos les gusta ensuciarse.

La señorita Krettly preparó su comida como de costumbre, es decir, á la alemana, pues de este modo sabia que complacia á su amo; pero casi le dá sentimiento aderezar su berza ácida, sus salchichas con patatas, y su filete de vaca con gelatina de grosella, al pensar que probablemente Mr. Beugle convidará á comer en su compañía al dormilon. Cuando ya se aproximaba la hora de comer, dice para sí:

—Vamos á ver si ese animal que nos ha entrado aquí para dormir, ha vuelto á poner los piés con esos zapatos manchados sobre el divan. Como haya sucedido tal cosa, ya no gasto mas consideraciones: traigo una cubeta de agua y se la echo por encima de la cabeza.

Y se dirige suavemente al salon; entra y se aproxima

sin hacer ruido al divan sobre el cual está de nuevo roncando y durmiendo siempre Collinet, pero al acercarse lanza un grito de horror, y se queda como petrificada.

Fácilmente se comprenderá lo que ha hecho prorumpir en esa esclamacion á la criada alemana, si se tiene presente que durante su sueño, el pasante que habia comido tan bien como habia bebido, sintió una de esas revoluciones interiores que dan siempre su resultado; en fin, y para decirlo todo de una vez, el señor Collinet habia lanzado de su estómago cuanto le incomodaba, sobre el mueble que le servia de cama, y dormia tranquilamente como el guerrero que se acuesta sobre sus laureles.

Difícil seria pintar la cólera ó mas bien el furor de Krettly al ver el rico divan y la alfombra del salon indignamente manchados por las inconveniencias de Collinet: hubo un momento en que rechinó los dientes, apretó los puños, y se la vió pronta á saltar sobre el inofensivo durmiente, como un tigre sobre su presa, y á hacerle pedazos con las uñas y con los dientes. Mas de repente se detiene, reflexiona, y se modera diciendo:

—No... dejemos ahí á ese cochino descamisado.... no quiero tocarle.... no quiero limpiar nada.... Voy á esperar al amo... si le dijese lo que ha pasado, no lo creeria... vale mas que él lo vea por sus propios ojos, y espero que esto le quitará la gana de prestar su casa á nadie para que vengan á dormir á ella!.... Me voy de aquí, porque si estoy mucho tiempo viendo esta indignidad, no voy á poderme contener y le voy á dar un pateo ó una paliza!

La alemana sale del salon, vuelve á la cocina, mira la hora, cuenta los minutos, porque la devora la impaciencia por ver entrar á su amo; pero justamente este dia, Mr. Beugle tarda en volver mas que de costumbre; se acerca la noche, porque á fin de Noviembre anochece temprano, y Krettly vá á abrir la puerta, y se pone á esperar en la meseta de la escalera ansiosa de ver cuanto antes á su señor.

A poco llega Mad. Mirolin, que trae en la mano un

manojo de perejil, y un cenacho con huevos y manteca; al pasar por delante de la puerta del aleman, vé á la criada y empieza á refunfuñar diciendo:

—Vaya!.... bueno!.... ahora es la criada de ese buey gordo aleman la que ha tomado á su cargo espiar... no nos faltaba ya mas que eso!... que todo el mundo quiera saber y enterarse de lo que comemos y bebemos... Jesus!... qué casa!... qué peste de casa!...

Antes de dar lugar á entrar á Mad. Mirolin, su hija Mad. Joly, abre la puerta diciendo en voz alta:

— Ay!... mamá!... cuánto lo siento!.... pero olvidé decirte que compraras tambien tocino.... no hay aceite ni manteca para aviar las cogujadas... si las hubieras comprado fritas...

—Bueno, bueno!... cállate!... no hay necesidad de decir lo que tenemos para comer!... no estás viendo que están escuchando á las puertas?... Vaya, que no nos faltaban mas que estos moscones!

—Decidme, señora; no soy yo quizá dueña de salir á mi puerta? esclama Krettly, que no es muger de dejarse faltar sin responder; á mí qué me importa lo que vos comeis? tengo yo que ver con eso?... no parece sino que es muy interesante saber los manjares que constituyen esa gran mesa...

—Yo no hablo con vos, cocinera!... estais?... y os prohibo apostrofarme!

—Y por qué me llamais moscon? para moscones vos y vuestra hija... Creeis que no os veo por la mañana salir y entrar treinta veces con el pretesto de verter agua en el comun, y poneros á escuchar á la puerta de la señora Patineaux?... se os figura que no observo que cada vez que llaman á su puerta abrís vos la vuestra para curiosear quién viene á su casa?

—Qué infamia!... qué indigna mentira!...

—A vos, qué os importa lo que pasa en casa agena?

—Callad el pico, cocinera!... ó si nó, vais á ver...

—Qué?... qué es lo que voy á ver?

—Mamá!... por Dios!... yo te lo ruego!... ven... no te comprometas con esa muger... ven.... entra.... yo iré por el tocino.

—Esta muger, como vos decís, no se asusta por tan poco! entendeis, *señoras?* esta muger no tiene miedo!

—Oh!... esto es odioso! esto es horroroso, escandaloso!... desde mañana despido la casa.... iré á ver al señor Borrego...

—Tanto mejor.... Mucho ganará la casa con que os largueis.

—Callaos, víbora!

—Lo dicho!... cabal!...

—Mamá..... ven..... entra.... las comeremos sin tocino!....

—Sí, voy adentro... pero esto no ha de quedar así.... hay leyes... entendeis?... hay jueces de paz...

—Y á mí, qué me quereis decir con esa música?... Ea, ea!.... id á buscar el tocino, no se os sequen las cogujadas.

—Callaos, trapo!

—Ja, ja, ja!... trapo, eh?... con que trapo?... y qué?... pero estos trapos son nuevos y límpios... eso es mejor que ser como vosotras, rodillas viejas y súcias!...

—Rodilla!.... pues no me ha llamado rodilla?.... á la guardia!...

—Mamá, que te vas á poner mala!... entra!... entra!..

Y Mad. Joly, á fuerza de tirar de la ropa de su madre, consigue al fin hacerla entrar, y cierra bruscamente la puerta.

—Por fin, esto siquiera me ha distraido un poco, dice Krettly cuando vé retirarse á las vecinas. Con todo, quisiera que viniera el amo!

Al cabo de un momento, sale Gaston de casa de la señorita Cipriana, y sube rápidamente á su cuarto, mirando hácia arriba como quien teme ser descubierto. Viene de

almorzar con la bailarina, y á fé que el desayuno ha sido largo.

—No es todavía el amo, dice Krettly al ver subir á Gaston. Es uno de los jóvenes de arriba.... y con qué precaucion subia!... se hubiera dicho que tenia miedo de que le oyeran!... con que por lo visto, tiene su trapillo abajo?.... vaya que se descubren unas cosas!... hola!... ahora sí que creo que es el amo... no, pues tampoco es, porque se oyen dos voces... todavía no es él!...

Las dos personas que subian entonces traian entre sí un pequeño altercado que hubiera podido pasar por riña si al hablar no conservaran un tono perfectamente tranquilo, y un sonido de voz que no salia del diapason ordinario de la conversacion.

Era Mr. Patineaux que al volver de su oficina, como acostumbraba, á las cinco y algunos minutos, acababa de encontrar en la escalera á su esposa que entraba tambien; este dia, sin duda habia hablado mucho esta señora en casa de la persona á quien habia ido á visitar, pues habia olvidado la hora: siempre se habia arreglado de modo que volvia á su casa antes que su marido, y le decia que no salia jamás.

Al reconocer á su mitad que sube la escalera delante de él, y que vá vestida con cierta coquetería, el empleado del tesoro esperimenta una sorpresa mezclada de cierta inquietud, porque el marido de la mejor pasta y mas marido que haya en el mundo, tiene algunas veces momentos en que recuerda que su muger le ha jurado fidelidad.

—Cómo!.... eres tú, Ana?.... dice Mr. Patineaux deteniendo por la falda á su esposa que en aquel instante hubiera querido esconderse debajo de tierra, ó volar de entre sus manos; pero disimula su emocion, y contesta:

—Sí, yo soy. No lo ves? Qué hallas de estraordinario?

—Muger!... tú dices que no sales nunca!.... De dónde vienes tan compuesta?... digo!... el traje de volantes... el sombrero nuevo...

—Dios mio!... qué visionarios son los hombres!.... pero toda la ropa, no se hace para ponérsela?... Un sombrero se pone descolorido en el armario cuando no se usa... se hace antiguo... y á los trajes les sucede lo mismo.

—Bien, estoy conforme; pero entonces, por qué este último domingo cuando salimos á pasear juntos, y te dije que por qué no te vestias, me contestaste: «No quiero ponerme mi sombrero nuevo para un triste paseo: le guardo para mejor ocasion?» Has encontrado por casualidad hoy esa ocasion mejor?

Mad. Patineaux reprime una sonrisa, que su esposo no puede ver afortunadamente, porque ella va delante, y responde:

—Jesus, qué hombre!... dije eso el domingo.... probablemente porque no tendria gana de vestirme.... esas cosas no deben ocuparse de ellas los hombres.... son caprichos femeninos....

—No, querida, si es porque he hecho una observacion; siempre que salimos juntos, te pones lo mas malo y lo menos de moda que tienes!... Por lo visto, conmigo no te se presentan buenas ocasiones de lucir tus trajes!

—Sabes que hoy estás ridículo de veras?

—Ridículo?... tambien podrá ser!... Con tal que no pase de ridículo!...

—Qué quiere decir eso, caballero?

—En fin, Ana; de dónde vienes tan tarde?... cuando debiera estar puesta la mesa?...

—Pues bien, vengo de casa.... de Mad. Choquet.... bien sabes que es una de mis amigas antiguas... hacia mucho tiempo que la habia prometido hacerla una visita... y como nunca salgo, no podia llegar la hora nunca.... Pero hoy dije para mí: voy á ver á mi querida Luciana, que todos los dias me espera!.... y aproveché la ocasion.... Estás contento?

Todo esto lo ha dicho Mad. Patineaux con una volubilidad que prueba la satisfaccion que siente por haber halla-

do una respuesta plausible; pero Mr. Patineaux se rasca la barba, y murmura:

—Ah!.... con que vienes de casa de tu amiga, Mad. Choquet?

—Creo que cuando lo digo...

—Y la has encontrado en casa?

—Ya lo creo; y hemos estado charlando una porcion de tiempo!.... eso es lo que me ha entretenido, porque tenia tantas cosas que contarme!... pobrecilla Luciana!... hemos hablado del tiempo en que estábamos juntas en el colegio... que reuniamos las dos solas nuestras comidas.... haciamos *comiditas!*... ay!... qué dulces son los recuerdos de la infancia!... esa es la causa de que se me haya pasado la hora, amigo mio.

Mr. Patineaux ya no se rasca la barba: esta vez se rasca la frente, y dice al fin con tono grave:

—Pues bien, señora, ahora mismo, al volver de la oficina, acabo yo de encontrar á Choquet.... el marido de vuestra amiga Luciana.

—Aaah! que has encontrado á Choquet!... y qué?... no veo en eso nada de estraño!

—Pues lo hay, y es lo siguiente. Al preguntarle, como es natural, por la salud de su esposa, me contestó: «Creo que estará buena, porque ayer marchó á Fontainebleau para pasar allí ocho dias.»

Esta vez no rie Mad. Patineaux, sino que por el contrario se pone muy pálida, porque conoce que acaba de encerrarse ella misma, y que la costará mucho trabajo salir del atolladero; entonces hace lo que hacen todas las mugeres en estos casos: toma el partido de enfadarse ella primero, diciendo:

—Y bien, caballero; qué quiere decir todo eso, y qué deduccion sacamos de ello?

—Esto sí que tiene gracia!.... está bonito!.... con que deciamos que qué deduccion? Pues á fé mia que me parece bien sencilla, señora! Toda vez que vuestra amiga Luciana

ha salido ayer de París, no venís ahora de su casa, y todas esas historias de colegio son embustes... No tiene nada de estraño que hayais hecho tambien hoy *comiditas*, pero seguramente no habrá sido con Mad. Choquet.

—Vaya una retahila de palabras inútiles!.... Si no he estado en casa de Mad. Choquet, habré estado en otra parte, y se acabó.

—Pero esa otra parte es la que yo deseo saber, señora.

—Si me lo hubiérais dicho en otro tono, tal vez os hubiera contestado... pero cuando os habes permitido sospechar de mí, y quereis tratarme como una esclava!... por la misma razon no diré una palabra!

—Señora, repito que quiero saber de dónde venís!

—Y yo repito que no me dá la gana de decirlo.

—Cuidado, Ana!... Mira que pierdo la paciencia... De dónde vienes?

—No quiero decirlo; no lo digo.

—Porque no puedes!..., porque temes que te pille en otra mentira como ahora!... Ana, de dónde vienes?

A estas palablas, los esposos han llegado á su casa; entran, la puerta se cierra, y Krettly ya no puede oir mas.

—Véase lo que son las cosas! dice la alemana: esta Mad. Patineaux tambien tiene su trapillo.... y forja embustes.... y se encuentra cogida en el garlito.... con ese airecito que parece que no ha roto un plato en su vida!.... Ja, ja!.... Pobre empleado del tesoro!.... Si has creido que tu muger era otro tesoro, te has engañado atrozmente!... Ah!.... esta vez sí que es el amo!.... le reconozco en la tos.

Mr. Beugle subia con su paso pesado é igual, pero la criada no le dá tiempo de llegar á la puerta: se lanza á él, diciendo:

—Gracias á Dios!.... acabárais de llegar!.... no habeis tardado poco!.... Buenas, buenas cosas tengo que deci-

ros.../ muy bonitas os esperan!....

—Gómo!... jay ponitas gue me esberan?.... tentro te mi gasa?

—Hay, que habeis dado hospitalidad á un cochino, á un pillo, que sin duda no ha dormido jamás sino en muladares!... venid á ver cómo ha puesto vuestro salon, vuestro divan, vuestra alfombra!... ah!... están bonitos!... venid á verlos!... Espero que me hareis el favor de plantarle á la puerta en seguidita, porque en cuanto á mí, os advierto que me despido, como sigais teniendo en la casa á ese puerco!

—Y mas gómo?.... no saprá yo gue basa en gasa te mí?... y pien?... yo no gombrente....

—Venid... venid á verlo y lo entendereis!

El buen aleman se deja llevar al salon: con gran sorpresa de Krettly, el pasante no estaba allí, pero las pruebas de su inconveniencia existian lo mismo, y esto es lo que ella hace notar á su amo que menea la cabeza diciendo:

—Oh! sí: mi lo feo pien! y es isto jófen gue ha jecho ista gosa?

—Y quién sinó?

—Oh!... bues isto no está pueno!

—Ya lo creo que no está bueno! está indigno!

—Mas isto jófen está malo?

—Cuando uno se siente malo, se pregunta dónde está el retrete, y no se queda en un salon!

—E pien!... mí greo gue ya es bartito... toto istá agapado!

—Partido!... yo no creo tal cosa, ni lo comprendo. Yo le dejé aquí en el salon, y no le he visto salir.... Ay Dios mio!... qué apostamos á que se ha ido á acostar á vuestra cama?

—Eh?... gómo?...

—Vamos á ver, señor, vamos á ver!...

Los temores de Krettly eran fundados: al dar una vuel-

ta en el divan, Collinet se habia caido al suelo, y el golpe medio le habia despertado. Sentándose luego de mala gana, y no encontrándose acostado muy á su gusto en el divan, habia calculado, aun en su estado de somnolencia, que en aquella casa debia haber una alcoba con una cama, y que en ella se estaria mucho mas cómodo y se dormiria mejor. Entonces se habia levantado dando traspiés, y agarrándose como habia podido á los muebles, habia conseguido abrir una puerta que vió: era en efecto de la alcoba de Mr. Beugle, que estaba encerada, limpia y cuidada con el mismo esmero que el salon.

Collinet se habia dirigido desde luego á la cama; al querer subir habia tropezado con la mesita de noche derribándola y rompiendo lo que tenia dentro; pero sin fijar la atencion en este incidente, habia por fin logrado trepar al lecho que era bastante alto, y allí una vez, tomando los piés por la cabecera, habia plantado sus piés con los zapatos súcios sobre la almohada; una mullida almohada cubierta con una funda de tela finísima y blanca, y guarnecida de encaje; en seguida habia acabado de desocupar su estómago de lo que le incomodaba, y se habia puesto á roncar á mas y mejor.

Al apercibir la mesa de noche caida, el vaso nocturno hecho pedazos y el delantero de la cama inundado, Krettly lanza un grito de furor. Hasta el mismo Mr. Beugle sale de su ordinaria apatía viendo los desastres causados por la persona que ha recibido tan cortesmente: pero lo que acaba de irritarle es ver los piés de Collinet sobre la almohada, y una parte de la guarnicion de encaje desgarrada, y enganchada en los clavos de que están cubiertas las suelas de los zapatos del pasante.

—Oh!... qué feo!... mas isto es ya temasiaro... fuerte!... isto ya basa te gastaño! esclama el aleman con cólera.

—Y bien, señor; qué os decia yo?..vos no queríais creerlo!... ya lo veis... ha tomado vuestras habitaciones por una cuadra!... ahora verás, cara de papion!... vamos á echar-

le al punto, señor!... á la calle con este puerco!...

—Oh! sí: está breciso marcharle!.... mí no puete, no guiere gue esté mas joras isto jófen en gasa de mí.

—Ya lo creo!... de ninguna manera!... todo lo romperia!... Espera, espera, y verás lo que te pasa!... Yo te haré bajar mas que de prisa de la cama del señor!... una cama tan hermosa, tan limpia, tan mullida, tan bien hecha!.... una cama donde no se hace nada súcio.... venir á ponerla de este modo!... esto irrita!

Para acabar mas pronto, Krettly pasa al hueco de la pared, y agarrando el primer colchon con toda su fuerza, vacia por el otro lado todo cuanto hay encima. El pasante se despierta asustado del golpe, y grita:

—Vamos á ver!... qué hay?... todavía me duele la cabeza!... en fin... es igual!... qué almuerzo!... un almuerzo de príncipe!.. dónde estais, hechicera señorita?.. qué es esto?.... dónde estoy yo?.... no conozco este sitio... quiá!.... aquel era mucho mas bonito!

—Senior!... dice Mr. Beugle ayudando á Collinet á levantarse: fos estais en la gasa te un jompre gue se tenia gontento pien te alojar á un jófen pien edugado... mas no á un begueño... buerco!... gomprenteis pien?... Así, fos poteis iros bronto de gasa de mí!... fos japeis toto roto en gasa de mí!

—Cómo...! en vuestra casa?... yo estoy en casa de la bella bailarina.... estoy en su casa.... entendeis?.. como en la mia!... y no me quiero ir!... ahora voy á sentarme á la mesa otra vez...

—Ah!... tú quieres volverte á sentar á la mesa, ganapan?... ahora lo veremos!

Y al decir esto la señorita Krettly, que se ha armado de una escoba, empuja con fuerza á Collinet apoyándosela en los riñones, mientras que Mr. Beugle para secundar á su criada se presenta con la badila. El pasante no tiene bastante fuerza en las piernas para resistir, y cediendo á fuerzas superiores, se encuentra sin saber cómo en la me-

seta del tercer piso, y con todas las puertas cerradas.

La embriaguez, llevada al estremo que la habia llevado Collinet, y acompañada además de una indigestion, embrutece al que la pasa; este individuo obra como una máquina, y mas bien en fuerza de la costumbre, que por tener la conciencia de lo que hace, ó por su voluntad.

Así, despues de haberse encontrado algunos momentos en la meseta sin poderse esplicar por qué está allí, Collinet sube la escalera agarrándose al pasamanos, y vá á llamar á su puerta porque la reconoce.

Mr. Picard acababa en aquel momento de entrar en la habitacion de que le habian constituido guardian. Obligado á bajar un momento para comprar qué comer, porque al fin un depositario no está en la obligacion de dejarse morir de hambre por el depósito, Mr. Picard habia comprado de prisa queso, pan, y medio cuartillo de vino; armado de estas provisiones, que no eran en verdad un festin de Sardanápalo, habia vuelto al domicilio donde la señorita Cipriana se habia propuesto no volver á poner los piés.

Mr. Picard oye llamar, y se apresura á abrir, llevando en su mano izquierda el pan y en la derecha un pedazo de queso de Gruyère que se parecia mucho á una piedra de fusil; una vela de sebo de las de ocho en libra, metida en el cuello de una botella por no haber otro candelero, daba una claridad dudosa á la habitacion del pasante de escribano.

Al apercibir á un hombre todo descompuesto, con el andar avinado, y la traza de medio dormido, que se precipita en la habitacion sin decir una palabra, Mr. Picard vá á colocarse delante del jóven para cerrarle el paso, diciendo:

—Y bien?... qué hay, señor mio?... qué se os ofrece?... qué buscais?... qué es esto?... si preguntais por la señorita Cipriana ó la buscais, os prevengo que ha salido.

Collinet guiña los ojos, mira á Picard con un aire completamente estúpido, y tartamudea como si se estuviera mascando la lengua:

—Qué estais ahí diciendo?... yo no os conozco para nada absolutamente!... qué haceis aquí?.... vengo á acostarme.

—Acostaros?.... oh!.... no hareis tal cosa! estoy aquí autorizado por la ley, y debo quedarme.

—Qué cancion es esa de la ley?.... os digo que podeis largaros, porque me voy á acostar.

—Y yo digo que no!... qué diablo!. . yo no puedo permitir que os acosteis... Si la señorita Cipriana estuviese aquí, y ella consintiera en recibiros.... y que os acostarais... ya comprendeis que no tendria el derecho de oponerme... pero en su ausencia... yo no puedo cargar con semejante responsabilidad....

—Pero, qué música es esa?.... Es quizá que ahora no tengo derecho á acostarme en mi casa y en mi cama?

—En vuestra casa!... no, perdonad!... estais engañado... esta no es vuestra casa... tal vez os hayais equivocado de puerta.... No tiene nada de estraño.... eso sucede cuando se... ha comido bien. Esta es la habitacion de la señorita Cipriana.

—Eso no es cierto, estais diciendo majaderías!.... en fin, acabemos.... quiero mi cuarto, estoy en mi casa, y quiero acostarme.

—No me equivoco. Estos muebles se han embargado hoy como propiedad de la señorita Cipriana, y esta es su casa.

—Cá!.... os digo que eso era por divertirse!... era una broma!...

—No tal!...

—Caramba!... este hombre es obtuso... no quiere comprender!...

—El embargo no es una broma, amiguito!... Yo os respondo de que ha sido hecho con todas las formalidades necesarias; es bueno, válido.

—Cómo!... será posible?... habrán embargado mis muebles?.... mis efectos!.... Entonces me han robado!... quiero

mi pantalon negro; quiero, necesito tomar un pañuelo....

Y Collinet se precipita hácia la cómoda; pero Picard le detiene, diciéndole:

—No toqueis á nada de esto.... está embargado.

—Pero si estos efectos son mios.

—Son de la señorita Cipriana.

—Eso no es verdad!... si ella lo ha dicho, ha mentido! yo quiero mis efectos!

—Os digo que no tocareis á nada, ó voto á mil pipas que os las vais á ver conmigo!

—Pero, caballero, si voy á mudarme de pantalon!

—No tengo nada que ver con eso!

—Si necesito un pañuelo!...

—No me importa.

—Ea, ya estoy yo mas que cargado!... quiero mis efectos, y los tendré!

Y Collinet se dirige á la cómoda de nuevo; pero Picard era un hombre sólido, y además no se necesitaba una gran fuerza para triunfar de uno que apenas se puede tener en pié; en un momento toma el guardian al pasante por medio del cuerpo, le levanta como una paja, le planta en la escalera y cierra la puerta dándole con ella en las narices.

El desgraciado Collinet se pone hecho una furia; vuelve á llamar á su puerta, dá fuertes puñetazos, tremendas patadas, pero inútilmente, porque no le abren. Entonces va á llamar á casa de Alejandro, gritando:

—Alejandro!... ábreme... te lo suplico!.... ese bárbaro aleman me ha puesto á la puerta... no sé por qué.... y no puedo entrar en mi cuarto!.. me han echado de mi habitacion, y me duele mucho la cabeza!...

Pero Alejandro le responde sin abrir:

—Querido amigo, lo siento, pero yo tambien estoy malo... tengo jaqueca!.... Por qué has dado lugar á que te despida Mr. Beugle?... te habrás propasado con la doncella, y esas son las consecuencias!.... En fin, yo no puedo

abrir... llama en el cuarto de Gaston, á ver si él por casualidad puede admitirte... Buenas noches!

Collinet llama á la puerta de Gaston, pero este se habia detenido muy poco en su casa: solo el tiempo preciso para vestirse, porque la bella Cipriana le habia dicho:

—Querido amigo, deseo que me lleveis á comer á la *Casa dorada*, y en seguida iremos al teatro... al Francés ó á los Funámbulos.... ya lo pensaremos.... aunque á mí me gustan mucho los payasos.

Y el sensible Gaston habia prometido, porque un hombre no puede rehusar nada á una hechicera muger; por consiguiente Collinet llama y aporrea la puerta de Gaston, que permanece cerrada á pesar de todos sus esfuerzos.

—Voto á cien inventarios!... esclama el pasante desolado. No hay nadie aquí!... Y ahora, qué va á ser de mí?... Dónde me acuesto?... Dónde duermo?... yo que tengo tanta necesidad de dormir?... Decididamente empiezo á creer que la señorita Cipriana se ha burlado completamente de mí!... sí... voy recordando... voy teniendo ideas, y.... recapacitemos. La bailarina llegó á mi cuarto, me suplica, me insta, y por último me ofrece cambiar de vivienda... toma mi cuarto, me incita con el suyo, y luego me pone á la puerta!... esto sí que está bueno!... Ah!... qué pensamiento!.... si llamara en casa de la señora Montenlair!... sí, sí!... llamemos!... es mi última, y mi ya única esperanza!

Collinet va en efecto á llamar al cuarto de la ex-actriz. Pasa algun tiempo sin responderle, mas al fin se abre la puerta, y la señora Montenlair aparece medio envuelta en una bata.

—Ah!... sois vos, señor Collinet?... pregunta Rosinita. En qué puedo serviros?... qué se os ofrece?

Mas á pesar de este cumplimiento, sostiene la puerta entreabierta, y se queda como cerrando el paso.

—Ay, mi querida vecina!... si supiérais lo que me pasa!... mirad... voy á contároslo... figuraos que... pero no... seria demasiado largo, y no quiero fastidiaros.... pero sa-

bed que no puedo entrar en mi casa... y no sé donde meterme á dormir... Si fuéseis vos tan amable que me permitiéseis dormir un poco en vuestra habitacion.... en cualquier parte.... en un rincon.... yo no os incomodaré.... y hasta prometeré no roncar.

—Oh! imposible, señor Collinet, absolutamente imposible!.... siento en el alma negaros este favor, pero está dentro Filoséles y como tiene tantos resentimientos de vuestros amigos, no puede ver á ninguno de los del piso sin incomodarse; ya comprendereis que no estoy en el caso de reñir con él... al fin es un amigo antiguo.... Con que buenas noches, señor Collinet; me alegraré que al fin podais descansar.

Mad. Montenlair, al concluir estas palabras cierra tambien su puerta: entonces el infortunado pasante se decide á sentarse en los escalones. Hasta siente deseo de llorar; pero echa de ver que no tiene pañuelo, y procura retener sus lágrimas.

Se contenta con apoyar la cabeza en la pared, diciendo:

—Hé aquí una situacion especial!.... verme obligado á dormir á la puerta de mi habitacion!.... privado de mis efectos.... de mi ropa.... sin un pañuelo siquiera para sonarme!.. . todo, todo me lo han embargado!.... hasta mis muebles!.... Ah!.... estas son las consecuencias de dejarse engatusar por las mugeres!... Es verdad que he almorzado á cuerpo de rey... no puedo negarlo.... pero, y ahora?..... y ahora?...

Y diciendo estas palabras, vuelve á dormirse con la misma tranquilidad sobre la escalera que si se hallara en la cama de la bailarina ó del aleman.

XVIII.

DOS AMORES.

A la mañana siguiente de este dia memorable que ha visto Collinet oscurecer y amanecer en la escalera, despues de haberse refrescado de la embriaguez, vá á cosa de las siete de la mañana á llamar en el segundo piso á la puerta de la señorita Cipriana. Llama inútilmente porque no abren. El jóven comprende que una señora del teatro no se levanta tan de mañana, y se decide á ir á su estudio, prometiendo sin embargo hacer una escapada durante el dia para volver. Ya revolvia en su imaginacion buscando la disculpa que habia de dar á su principal acerca de su ausencia del dia anterior, cuando la señora Adon, la conserje, le detiene al paso para entregarle una carta de la bailarina, diciéndole:

—La señorita Cipriana me ha dicho que os entregue esto cuando os viera... Esta artista me ataca á los nervios... toda la noche he estado soñando con la justicia.... Creedme, señor Collinet.... cada persona que se presenta delante de la portería, se me figura un escribano que viene á embargarme, y estoy toda *cohibida*....

Collinet no responde á la conserje, toma la carta, que

le parece mas pesada que un billete ordinario: al tentarla, siente en efecto que hay dentro algo, y se apresura á abrirla. La carta contiene tres monedas de veinte francos, y estas palabras:

«Caballero; siento infinito haberme visto obligada á despediros de mi casa un poco bruscamente; pero es preciso que á vuestra vez comprendais que os habiais puesto en un estado bien poco interesante. Como no he de volver á vuestro cuarto, en el cual todo lo que hay es malo, feo y viejo, y tampoco me es posible admitiros en mi casa, temo que os halleis algo apurado en este momento, pues que no podeis entrar en vuestro domicilio. Por esta razon me atrevo á enviaros esa corta cantidad á fin de que podais pagar vuestro alojamiento en cualquier parte hasta que yo haya arreglado mis negocios. Os doy nuevamente las gracias por vuestra amabilidad=Cipriana.»

—Cómo!.... esclamó. Me envía sesenta francos por junto para indemnizarme de mis efectos... de mi guardaropa.... de mis muebles, que se hallan embargados tambien!.... digo!.... á mí, que tengo allí un pantalon negro que solo cuenta seis meses de servicio, y no me costó menos de treinta y cinco francos!... Tiene gracia la tal señora!... para tratar con ella de negocios, la única!.. pero en fin, de todos modos, guardemos estos sesenta francos, y busquemos un medio para hacerme fuerte y recuperar cuanto antes mi propiedad!... Oh!.... como yo encontrara alguno, á buen seguro que volviera á emborracharme mas.

Mientras que el pasante se aleja, guardándose el dinero en el chaleco, Gaston subia á su cuarto piso; al llegar al pasillo, vá á abrir su puerta, se registra y no encuentra la llave; es inútil buscarla por todos los bolsillos, se la ha dejado sin duda en casa de la señorita Cipriana, y este contratiempo le es tanto mas sensible, cuanto que teme encontrarse con Felicia.

El pobre no sabe qué partido tomar, cuando oye bajar

ligeramente el tramo de escalera del quinto piso, y en dos segundos Felicia, perfectamente envuelta en un cómodo abrigo y cubierta su cabeza con un lindo sombrero con velo negro, aparece delante de él.

La linda jóven está mas pálida que de costumbre, y cierta espresion melancólica que se vé en todas sus facciones, dá á su rostro algo de mas interesante. La melancolía es á veces un encanto mas en la belleza, y los ojos bajos de Felicia tenian en este momento un atractivo mas poderoso todavía que cuando se fijaban sobre uno con serenidad.

Gaston no pudo menos de temblar al encontrarse delante de esta jóven á quien ha jurado amor y fé; le parece que vá á adivinar que ha faltado á sus promesas, y sin embargo, siente en el fondo de su corazon que adora siempre á Felicia; pero en este momento está avergonzado, teme que se lea sobre su rostro lo que ha hecho, y por la primera vez siente haberse encontrado con la encantadora jóven del quinto piso.

Con todo, no puede resolverse á dejarla marchar sin hablarla... Felicia vá á pasar, despues de saludarle, sin levantar los ojos á mirarle, pero se detiene á su voz.

—Sois vos, señorita?... salís bien temprano.

—En efecto, caballero; y vos tambien, segun veo...

—Yo?... no... no salia... es decir... sí... sí salia... iba á una cita... con un autor... y como sé que acostumbra á salir bastante temprano... por eso... Hace mucho frio, no es cierto?

—Me parece que no tanto como ayer.

—Ah!... creeis que?...

—Pero vos teneis prisa, caballero, y no quisiera deteneros...

Felicia hace un movimiento para continuar bajando, pero Gaston esta vez la detiene suavemente por el brazo.

—Oh! no; ya no tengo prisa, puesto que os he encontrado... puesto que puedo hablaros, porque estas ocasiones

son tan raras... se os vé con tanta dificultad!... y no quereis permitirme que vaya á saludaros á vuestra habitacion....

—No, caballero; bien sabeis que no acostumbro á recibir visitas... os he dicho que habia hecho mal en dejaros entrar una vez en mi casa.., además que me parece que no teneis ningun motivo para desear tanto ir á mi cuarto... y me estraña por cierto que insistais tanto en ello. En mi casa, señor Gaston, no encontrariais ningun recreo, ninguna distraccion... Qué atractivo podria tener para vos la conversacion de una persona que no va á las sociedades... que no vé nada, ni sabe nada de cuanto pasa, que no puede hablaros ni de bailes, ni de espectáculos, ni de conciertos, que ignora hasta los trajes de moda, cuyo modesto vestir no atrae las miradas... cuyo carácter mas bien triste que alegre, no posee nada que cautive, que retenga, que atraiga?.. Oh! no, no, señor: no son esta clase de conocimientos los que debeis frecuentar... Vos hallareis otros seguramente que os ofrezan mayores encantos... y que, estoy persuadida que se tendrán por satisfechòs en recibiros.

Habia en estas palabras algo que podia hacer pensar que la señorita Felicia tenia conocimiento de las nuevas relaciones de Gaston con la bailarina, y el tono con que fueron dichas bastaria para hacérselo comprender á un hombre mas acostumbrado á intrigas amorosas que Gaston; pero él no puede comprender que se sepa tan pronto todo cuanto ha hecho. Está en la inteligencia de que Felicia que jamás se asoma á la escalera, ignora cuanto sucede en la casa. Es cierto que el dia anterior pudo verle hablando con la bella Cipriana, pero no estaban solos; los seguian Alejandro y la sobrina de la portera, y esto está muy lejos de ser una relacion íntima. Como esta relacion ha llegado tan pronto á la intimidad, y se ha anudado tan repentinamente, el jóven cree que no hay motivo ni aun de sospecharla, porque hasta á él mismo le estraña encon-

trarse siendo el amante favorecido de una muger, en la cual ni pensaba siquiera el dia anterior.

Pero el aire de tristeza con que Felicia le habla le desgarra el corazon; levanta la vista sobre su linda vecina, y entonces se asombra de su palidez, de su aire abatido, de la rubicundez de sus ojos, que ella procura ocultar bajándolos cuando la mira, y esclama:

—Dios mio!.... señorita, qué pálida estais!.... os sentís mala?...

—No, caballero; no tengo nada.

Hay modos de decir *no tengo nada*, que significa positivamente: «Sí, sufro, tengo algo, padezco, y vos debeis verlo, y conocerlo.» Felicia habia respondido de este modo, y así fué que Gaston repuso:

—Sin estar enferma precisamente, se pueden tener inquietudes... pesares... Las penas del alma causan á veces mas estragos que las enfermedades físicas.

—Pesares.... tormentos!.... ay de mí!.... esos los tengo siempre!... murmuró Felicia como si hablara consigo misma. Creí un momento que podria olvidarlos... pero me he engañado!...

—Teneis pesares, señorita, y no quereis confiármelos?... y sin embargo, me consideraria tan dichoso si me permitieseis partirlos con vos!...

—Vos, señor!... eso es imposible!... nadie puede partir conmigo mis pesares!... Dios mio!.... he hecho mal en decir esto... Las penas que no pueden tener consuelo, se deben guardar en el fondo del corazon!... para qué es llorar, cuando el llanto no puede remediarlas?

—A vuestra edad, señorita, no es de presumir que no se pueda hallar consuelo.... pero como vos me juzgais tal vez indigno de vuestra confianza...

—Hay secretos que deben encerrarse en el fondo del alma!... Yo os lo suplico... olvidad cuanto os he dicho... no sé en qué estaba pensando.

—Habeis dicho ahora mismo que habeis tenido un mo-

mento en que olvidásteis vuestras penas... por qué no podrian borrarse completamente de vuestra memoria?

—Dios mio!... os lo repito, señor Gaston; no sé lo que os he dicho hace un instante!... Perdonadme que os haya detenido en este sitio, diciéndoos cosas.... que no pueden interesaros.

—Qué estais diciendo?.... Pues qué, no me interesa cuanto os pertenece?

—Razon tenia en aseguraros que mi sociedad no os convenia... Ya lo veis... estais casi tan serio y triste como yo.... os lo repito.... mi compañía no es del género de las que vos necesitais.

—Y dónde podré hallar otra mas agradable?

—Dónde?... No léjos quizá!...

Al decir estas palabras, Felicia se contiene y mira atentamente dos pisos mas abajo; Gaston se ruboriza, y empieza á temer que la jóven sabe algo de sus nuevas relaciones. Por fin, despues de algunos momentos de silencio, murmura:

—He ido á casa de esa señora del segundo piso.... porque Collinet estaba dentro... y como estaba un poco alumbrado... y la señorita Cipriana no queria que se quedase... subió, y me suplicó que la acompañase.... para sacarle de su habitacion.... Esto es todo.

—No os pregunto nada, señor Gaston, y no teneis que darme cuenta de vuestras acciones!... Digo solamente, que esta.... señorita de la Ópera es hermosa.... que sobre todo tiene traza de intimar relaciones muy pronto.... que sus modales son incitantes... y que comprendo que á su lado debe pasarse el rato perfectamente.

—Oh!... las personas del teatro no gastan cumplimientos, y sobre todo con los autores.

—Es muy justo, caballero; así que hallo muy natural que hayais contraido relaciones con la señorita Cipriana... lo que me estraña, es que viviendo en la misma casa, no hayais procurado hacer su conocimiento antes.... pero ya

que lo habeis hecho... no dudo que le continuareis... oh!... y tendreis razon!... es tan agradable ver cerca de sí figuras hermosas, rostros amables, risueños, personas que no piensan sino en divertirse!.... cuya vida es una continua série de placeres!... oh!... no vale mucho mas que aburrirse al lado de otras personas tristes, cabizbajas, que sufren, que no os dicen bonitas frases?.... á estas personas se las habla un momento... por casualidad... ó cuando no se sabe qué hacer... pero se les olvida pronto.... porque solo de recordarlas se pone de mal humor.... y cuando se está á su lado se padece.... Es verdad.... teneis razon... Adios, señor Gaston.

—Señorita, os alejais de mí de esa suerte?.... Estais enfadada conmigo porque fuí ayer á casa de esa jóven del segundo piso?

—Yo no, caballero, no estoy enfadada... y con qué derecho podia yo enfadarme?... quizá tengo yo algun dominio sobre vos?... y en el caso que le tuviese, creedme.... le emplearia en aconsejaros que continuárais vuestras relaciones con la bella bailarina.... porque.... es una sociedad que os conviene... A su lado hallareis distraccion, placeres... todo cuanto buscan los jóvenes... y hariais muy mal en privaros de frecuentarla.

Despues de haber dicho estas palabras con una sonrisa que disfraza harto mal su profunda emocion, Felicia saluda al jóven, y baja rápidamente la escalera: Gaston se queda inmóvil, como enclavado en aquel sitio, sorprendido de la manera con que le ha hablado su linda vecina, y no comprendiendo que habia cometido una insigne torpeza dando á creer á Felicia que él la creia celosa de la bailarina; porque eso era equivalente á decirla: «Estoy seguro de que me amais.» Las mugeres no perdonan nunca á un hombre que demuestre esta seguridad, y para conseguir con ellas, es preciso por el contrario, aparentar que creemos que no nos aman. Pero no era estraña esta falta de Gaston; era novel, y no tenia esperiencia.

—Qué conmovida estaba!... dice para sí suspirando profundamente. Pero, qué bien se espresa!.. oh!.... de seguro esta jóven no es una obrera... todo está revelando en ella que ha recibido una educacion esmerada... que no es una simple griseta... Y qué pesares son esos, cuyo recuerdo la persigue sin cesar?... ah!.... veo que jamás me lo confiará!... se ha alejado de mí bruscamente... y por mas que ella quiera decir lo contrario, estoy cierto que se ha incomodado conmigo... porque me ha visto ayer mañana acompañar á la señorita Cipriana á su casa!... Pues qué seria si supiera... ah! y conozco en el fondo de mi alma que daria veinte Ciprianas por una sola sonrisa de Felicia!... pero sin embargo... no se puede á veces... Cuando una muger hermosa mira con amor, cuando vemos brillar en su rostro el fuego de la pasion.. apartarse, huir como José!.. oh!.,.. es muy difícil de conseguir!.. Caramba!.. y á todo esto, yo no encuentro mi llave!.. y no es cosa de quedarme á la puerta!... tanto peor!... ahora necesito volver por la llave!.... no me voy á pasar el dia en la escalera!... oh!.. en cuanto recobre la llave dichosa, me despido de Cipriana, y no vuelvo mas á su casa... no quiero causar un disgusto á Felicia, ni que me vuelva á hablar como hace un instante.

Gaston vuelve á bajar corriendo, y llama apresuradamente en casa de la bailarina, mirando asustado al rededor, como si temiera que alguien le viese. Cipriana misma sale á abrirle.

—Vengo á buscar mi llave, que debo haberla dejado olvidada aquí... y no puedo entrar en mi casa.

—Tanto mejor, pues á esa circunstancia debo el que hayais vuelto.

—Oh! pero me voy al punto.... Dejadme buscar la llave.

—Iros al punto?... quisiera yo ver eso!.... yo sé dónde está vuestra llave... la tengo yo guardada... y os prevengo que por ahora no pienso dárosla.

—Pero es que tengo precision de entrar en mi casa.... Tengo que trabajar... que...

—De lo que teneis precision es de quedaros aquí, caballerito, y de almorzar conmigo.... y despues ya tengo formado el plan para todo el dia... un plan soberbio... encantador!...

—Oh!.. es imposible!... necesito....

—Callad, y no repliqueis!.... no teneis nada que hacer... los autores no tienen jamás otra cosa que hacer que pasear... creeis acaso que yo no lo sé?... además quiero que se haga mi voluntad!... me gusta ser obedecida!

Gaston quiere replicar; pero dos brazos mórbidos y hechiceros le enlazan, y él se deja retener.

Y durante ocho dias todo continúa del mismo modo; sábios proyectos de prudencia por parte de Gaston para el dia siguiente, que se cambian en otras tantas partidas de placer con la seductora Cipriana.

XIX.

COLLINET DESESPERADO.

Así transcurren aún muchos dias, durante los cuales Gaston lleva el mismo método de vida: por la mañana, Gaston piensa en retirarse á trabajar, en separarse del lado de la bailarina; pero todos sus castillos se derrumban ante

una sonrisa provocadora, ó una mirada lánguida de la bella Cipriana que poseia á fondo el secreto de volver loco á un hombre; y los que han estado sin hacer locuras hasta los veinticuatro años, son como los avaros, que cuando se hacen pródigos se arruinan. La humanidad en general no puede acomodarse al justo medio; es preciso que viva y se deje arrebatar por los estremos.

Durante estos dias de locura, Gaston no ha visto á Felicia ni en la escalera ni á su paso; tampoco él ha procurado verla, porque se conoce culpado; teme que sepa cuál es su conducta, y como no ha adquirido la costumbre de mentir, comprende que se ha de ver muy embarazado para dar una disculpa, si ella le hace la mas leve pregunta.

Collinet se habia decidido al fin á ir á dormir á una modesta casa de huéspedes, pero todas las mañanas antes de ir al estudio, no dejaba de pasar por su antiguo domicilio. Empezaba por llamar en casa de la señorita de la Ópera, mas no le abrian jamás. Entonces subia al cuarto piso, llamaba á su puerta, y Mr. Picard le abria al punto, y le sonreia diciendo:

—Ah!... venís á buscar á la señorita?.... Veo que decididamente teneis desgracia, caballero... jamás encontrais en casa á la señora.... es verdad que siempre está fuera. Desde el primer dia que estoy aquí, salió y no ha vuelto mas. Yo supongo que estará en el campo.

—Oh!... no, señor, no! respondió Collinet encogiéndose de hombros y paseando de muy mal humor por la habitacion. Esa señorita se ha ido porque no vive aquí.... porque esta no es su casa, sino mia, y estoy bien seguro, segurísimo de que no volverá á poner aquí los piés.

—Caballero, todos los dias me repetís que esta es vuestra habitacion... entonces, por qué hemos encontrado aquí á esa señora?... y recuerdo muy bien que cuando subiamos y os encontramos, el mismo escribano os ha preguntado en la escalera dónde vivia la señorita Cipriana, y vos le respondísteis: «En el piso segundo, la segunda puerta á la iz-

quierda...» Pues bien, esta es la puerta.

—Es muy cierto, respetable guardian, y no trato de negarlo... dije eso en efecto.... pero fué simplemente una broma... gana de reirme por un momento....

—Caballero, bien sabeis que con la justicia no se bromea.

—Además, esta señorita es sumamente seductora, y.... qué diablos!... ó es uno hombre ó no lo es... No habeis hecho vos ninguna tontería por las mugeres?

—No lo recuerdo, caballero.... ah!... sí; me casé.... y mi esposa tomó soleta, ó en otros términos, abandonó el domicilio conyugal á las diez semanas de vivir juntos, só pretesto de que la incomodaba el olor de mi nariz.

—Entonces, os suplico que me permitais tomar un pañuelo y unas medias de esta cómoda, porque los necesito.

—Nunca, señor; eso sí que no puede ser... todo está sellado, señor... es sagrado... Ya veis lo que es un alfiler.... pues bien, si quisierais tomar un alfiler de esa cómoda, os diria lo mismo: «Imposible!...» aunque me ofrecierais mil escudos por llevaros la cosa mas mínima de aquí, los rehusaria.

—No tengais cuidado, que no os ofreceré esa cantidad.

Estas conversaciones concluian siempre por accesos de cólera de Collinet que empezaba á dar patadas, y queria hendir la cómoda para sacar lo que le hacia falta; pero el incorruptible Picard que, sin duda por estar muy acostumbrado á escenas de esta especie, no le alteraba ni le conmovia el coraje diario de Collinet, terminaba el capítulo de las violencias con agarrarle por la cintura, depositarle en el pasillo, y cerrar la puerta en sus narices.

Una mañana en el momento de hacer su visita diaria á su domicilio del arrabal Montmartre, Collinet se quedó petrificado al observar un tremendo cartelon en la puerta de la calle, y escrito en el cartel con letras muy gordas: «*Venta por embargo.*». Continuó leyendo y reconoció el

inventario de todos sus muebles que se vendian en pública subasta al dia siguiente á medio dia.

Es imposible describir el furor del pasante; entra en la casa, y se precipita en el cuarto de la señora Ador, gritando:

—No, no será!... yo no me dejaré poner en la calle.... arrebatarme lo que es mio... dejarme en cueros, como un San Juan!... Y mi hermoso pantalon negro!.... tambien se venderá!... y todos mis efectos... porque son mis efectos los que están en ese cartel anunciados... han tenido la audacia de anunciar la venta para mañana á medio dia ...pero yo me opongo... lo ois, portera? me opongo, y os prohibo terminantemente que dejeis salir nada de cuanto está escrito en este cartel, porque bien sabeis que es mio, mio solo, y que ni mis efectos ni yo le debemos nada á nadie.

Al decir estas palabras, Collinet agarra bruscamente del brazo á la portera, sin reparar que iba á tomar una gran cucharada de café con leche, y la sacude con tal energía que todo cuanto contenia la cuchara salta al rostro de la señora Ador, la cual por su parte al sentir que se quema se pone tan furiosa como su inquilino, y puede librar su brazo, diciendo:

—Qué maneras son esas, señor mio?.... me estais llenando la cara de café!.... me habeis abrasado!.... no veis que está hirviendo?.... que me ha saltado en un ojo?...

—Habeis visto el cartel y la venta que en él se anuncia, portera?

—Esas cosas no se hacen, caballerito.

—Eso justamente es lo que yo os digo... no quiero que esas cosas se hagan.

—Y entonces por qué las haceis vos?

—Cómo que yo las hago?... qué estais diciendo?... no me estais oyendo decir que me opongo?...

—Me habeis derramado el café.... me lo habeis salpicado todo á la cara!.... me habeis abrasado.... debo, segun me escuece, tener todo el rostro achicharrado!

—Dejadme en paz!... idos al infierno con vuestro café!.... Me habeis entendido?.... No dejeis salir de aquí ni una hilacha.... vos me respondeis hasta del mas ínfimo calcetin que se venda.

—Cabales!... en eso estoy pensando!... en ocuparme de vuestros trapos!... lo que me vais á pagar es lo que tengo que gastar en curarme las quemaduras que me habeis hecho!

Collinet ya no escucha á la señora Ador; sube las escaleras de cuatro en cuatro, se cuelga del cordon de la campanilla de casa de la señorita Cipriana, y la raja del primer tiron; entonces empieza á pegar puñetazos, patadas, y por último dá en la puerta hasta con la cabeza. Viendo que se está lastimando inútilmente, sube al cuarto piso, y dá un fuerte puntapié á su puerta.

Mr. Picard abre, siempre con la sonrisa en los lábios, y las narices atascadas de picaduras de colillas de cigarros, y saboreando con aumento continuo de saliva un enorme chicote que dá á su carrillo izquierdo el aspecto de una fluxion.

—Guardian!.... esclama Collinet cuadrándose delante de Picard. Esto es ya demasiado burlarse de uno!.... Ya comprendereis que yo, ni puedo ni debo sufrirlo!... entendeis?... que me opongo!...

—Entonces, Dios os guarde, caballero. Yo no tengo la culpa... la señorita Cipriana no ha parecido todavía.

—Eh!.. qué me importa á mí la bailarina?.. Nada... es decir.... sí me importa, porque es preciso que yo la vea.... es preciso que yo tenga una esplicacion terrible con ella!... sí, terrible!.... porque ella me ha obligado á este paso violento, caballero, desposeyéndome de mi casa.

—Creo haber tenido el honor de deciros otra vez que eso no me importaba.... podeis esplicaros con esa señora cuanto querais.

—Pero si es que ella no quiere abrirme!... siempre que llamo, nadie me responde... como si cantara... he roto aho-

ra la campanilla, he arrancado el cordon... y nada... Pero esto no queda así... no puede ser!.... Decidme; no venderán nada, no es cierto?.... ese cartel es una broma, verdad?

—Oh! no; perdonad, caballero... la venta se verificará tal y conforme está anunciada en el edicto.... mañana á medio dia... á menos que antes de esta hora pague la señorita Cipriana.

—Cómo!... pero esto es horrible!... con que harán la atrocidad de vender lo que es mio, lo que me pertenece, para pagar las deudas de esa... acróbata?...

—Ya os he dicho, que en este asunto no se os conoce á vos para nada.

—Ah!... con que no se me conoce?.... eso es!.... pues bien, yo voy á hacerme conocer... Quiero mi pantalon negro, quiero mis pañuelos, quiero mis medias, quiero todos mis efectos, lo entendeis?

Y Collinet se precipita con tal rapidez en la habitacion que deja caer á Picard, y corriendo á la cómoda, se dispone á forzar los cajones, cuando Mr. Picard que se ha levantado viene á él, y trata como de costumbre de agarrarle por el cuerpo y echarle fuera. Pero esta vez Collinet se defiende como un leon, y ruedan los dos por el suelo súcio y empolvado de la habitacion. Durante algunos momentos sostienen una lucha á puñetazos sumamente vária, encontrándose tan pronto encima como debajo de su adversario cada uno alternativamente.

Pero Mr. Picard era mas fuerte, y rodando y á puñetazos consigue plantar á Collinet en el pasillo; allí piensa y trata de dejarle, mas entonces es el pasante quien no le deja á él, y se agarra con piés y manos gritando:

—Dadme al menos mi pantalon!... como no me le deis, voy á haceros pedazos el vuestro!

Al ruido de esta lucha, abre Alejandro su puerta. Al ver á Collinet rodando con Mr. Picard, su primer movimiento es echarse á reir, pero despues corre á separar á los

combatientes. El agente, al punto que se vé libre, se apresura á entrar en la habitacion que está encargado de custodiar y cierra la puerta.

—Cómo, Collinet!... dice Alejandro ayudando á levantar al pasante. Das batallas en la meseta de la escalera?... Jamás te hubiera creido tan belicoso!.... Qué te ha hecho ese buen señor que posee tan magnífica nariz para que te batas con él?

—Has hecho mal en separarnos, Alejandro!... iba á romperle el pantalon!...

—Hombre, no sé qué diversion te iba á proporcionar eso.

—Van á vender mis muebles, mis efectos.... no lo sabes?

—Y bien?... qué culpa tiene de eso el pobre hombre?... No comprendo cómo tú, pasante de escribano, puedes hacer á este guarda responsable de todo esto!...

—Es que estoy desolado, rabioso, furioso, desesperado!....

—Pero por qué no te diriges á la señorita Cipriana?.... ella es quien te ha tomado la habitacion.

—Ya llamo á su puerta todas las mañanas.

—Y qué te ha dicho?

—No me abre nunca.

—Pues mira, pobre Collinet, lo que son las cosas!.... alguno hay mas afortunado que tú, á quien le abren sin que llame.... y francamente..... tú debias tener participacion en los favores que se le conceden... pero qué quieres?... *sic vos, non vobis*....

Gaston subia á este tiempo la escalera, pensativo y caviloso: se hacia á sí mismo los mas crueles reproches por su conducta, y no se atrevia á levantar la vista al quinto piso. Al llegar al suyo, se detiene estrañando ver en el pasillo á sus dos amigos.

—Cómo!.. grita Collinet dirigiéndose á Gaston, á quien no habia visto hacia algunos dias. Es cierto que vas fre-

cuentemente á casa de la señorita Cipriana?.... Es verdad que eres tú su favorito?... su cortejo?...

—Cuando yo te lo digo!... repone Alejandro. Y si quieres mas pruebas, mira á nuestro poeta.... observa el cambio que se ha operado en él... contempla ese aire triunfante.. ese continente de vencedor...

—Triunfante!... vencedor!... y lleva los ojos bajos!.... alegre, y tiene cara de cementerio!...

—Eso es por modestia.

—Es cierto lo que dice Alejandro, Gaston?.... Me has soplado la dama de la Ópera?

—Yo no te he soplado nada.... Tú no la hacias la corte....

—Pero desde el momento en que consentí en dejarla apoderarse de mi cuarto, abrigué la esperanza de que ella me recompensaria colmándome de sus mas dulces favores.

—Y por qué no pusiste tus condiciones de antemano?

—Hombre, esas cosas no es preciso decirlas!... eso siempre se sobrentiende!..,. Y comprendo que tienes razon.... hubiera debido hacerla firmar un escritito en papel sellado.... Pero tú vas á su casa... yo no tengo domicilio.... y á tí te admite.... Van á vender mis muebles, y tú obtienes su amor.... Vamos.... confieso que encuentro esto muy poco delicado por tu parte.

—Pobre Collinet!... te aseguro que yo no he buscado lo que ha sucedido... pero no veo la razon de que por causa tuya hubiera yo debido rehusar una dicha que me venia á buscar.

—Esta bailarina es falsa como una mula de alquiler!... Cuando vino á suplicarme que la cediera mi cuarto y tomara el suyo, que cambiara con ella, tambien me ha hecho gestos á mí... me ha lanzado miraditas tiernas.... En fin, parecia que solo aguardaba que yo me declarara.

—Pero, querido, dijo Alejandro; por qué cuando te hallas en casa de una muger encantadora, te achispas al estremo de acostarte debajo de la mesa?... Sabes que tienes

un modo singular de querer seducir?... En seguida te hemos llevado á casa de ese buen aleman, nuestro vecino, que te dió hospitalidad con toda su alma, y has hecho allí mil horrores... Qué quieres, hijo mio?... Está visto que no eres lo mas á propósito para alternar en sociedad.... y que es preciso acostarte tempranito como á los niños.

—Está bien!... os llamais mis amigos, y me vendeis!... y osareis cuando estoy á punto de ser despojado de todo cuanto poseo... porque en fin... está anunciada esa maldita venta para mañana á mediodia...

—Tranquilízate, Collinet.... yo compraré tu baul.... y puedes hacer de él una cabaña para guarecerte.

—Está bien, repito!... puesto que se me lanza á el abismo, puesto que se me empuja á la desesperacion, ya veremos de lo que soy capaz!...

—Veamos, Collinet; fuera de broma..... en cuánto estimas tu mobiliario?... podrá valer... ochenta francos?....

—Qué indigna burla!...

—Bueno!... pongámosle cien francos.

—Cien francos!

—Ciento... y me parece mucho!... Pues bien, en cuanto veas á la seductora Cipriana. la tomas cuatro besos... El beso de una muger bonita.... á razon de veinte y cinco francos uno, no es caro!...

—Cómo!...

—No, querido; generalmente cuestan mas, mucho mas!... Con que, es cosa decidida.... cuatro besos, y te reintegras del valor de tu mobiliario.

El pasante no responde, pero se dá un puñetazo con cólera en el sombrero, y se le hunde en la cabeza, lanza miradas furiosas á sus vecinos, les enseña los puños, y baja rápidamente la escalera jurando como un carretero á quien se le ha atascado el caballo.

—Pobre Collinet!.. dice Alejandro. La verdad es que debe quererte mal, Gaston... Y cómo van tus amores?

—Mis amores!... ah!... yo no tengo mas que uno... y

temo que ya haya perdido su correspondencia!...

Y el jóven miraba con pena hácia el piso superior.

—Aaaah!... miras ahora al quinto piso!... pero si yo te pregunto por el segundo.

—Oh!... el segundo... el segundo ha sido un momento de estravío... una locura pasagera.

—Pues hijo, es un momento que dura ya quince dias.

—Ya está concluido... se me ha metido en la imaginacion que he concluido con Cipriana.

—Por eso miras al quinto piso.

—He mirado siempre!... pero nada veo.

—Tú sabes lo que se dice en la casa acerca de la señorita Felicia?

—No sé nada... Qué dicen?

—Ante todo, debo advertirte que son hablillas de porteras y criadas; por consiguiente, aprécialas en su verdadero valor.

—Está bien; habla.

—Parece que el doctor que vive en el segundo piso, enfrente de tu conquista, encontró hace poco tiempo en la escalera á la linda vecinita; el doctor dió un grito de sorpresa, la niña uno de espanto.... El doctor la conoce, conoce á su familia, y sin duda... sabe muchas cosas que pueden concernirla... puesto que ella le ha rogado... le ha suplicado que no la descubra... que no diga su verdadero nombre.... porque segun se vé el nombre de Felicia es un nombre postizo... de aquí se ha deducido que esa jóven debe ser una gran criminal, que se oculta para sustraerse del castigo que merece.... que debe ser culpable de infanticidio, de asesinato, de incendio, de robo, ó de fabricacion de moneda falsa.... Ya ves, querido Gaston, á lo que te puedes esponer amando á una persona cuyo conocimiento no sabemos si podrá comprometerte.

—Pero ese es un infame tejido de mentiras y absurdos!... Pobre Felicia!... Si fuera menos hermosa, se encar-

nizarian mucho menos con ella... Y tú crees esas calumnias, Alejandro?

—Ni mas ni menos que tú!... De seguro la vecinita tiene algun secreto que no quiere revelar, eso sí!... Ella no es una simple obrera, no es una griseta!.. es fácil de conocer en sus maneras, en el modo que tiene de espresarse, que ha recibido buena educacion y ha frecuentado las sociedades... Ella oculta su nombre... probablemente tendrá sus razones para ello, y esto no es de ningun modo una prueba de que tenga nada que reprocharse... Pero este es el defecto del populacho... Para él donde quiera que hay misterio, hay crímen... siempre supone el mal, jamás el bien... y desgraciadamente muchas veces acierta.

—Ah!... yo quisiera que Felicia tuviese alguna falta de que acusarse!... me consideraria dichosísimo perdonándosela!

—No vayamos tan léjos... no se debe desear que una muger sea culpable jamás.... porque está muy espuesta á abusar del permiso.... Pero á propósito; por qué decias que tus amores con la bella bailarina tocaban á su fin?.... os habeis separado tronados hoy quizá?

—No es eso precisamente... Sin embargo, he encontrado á Cipriana mas fria que otros dias... Contra su costumbre, no me ha detenido todo el dia, y cuando la pregunté qué pensaba hacer hoy, me dijo que iba á dedicarse á estudiar sus piruetas.

—Ay, ay... pobre Gaston!... si tu querida vuelve á estudiar sus piruetas, bien puedes tomar tu partido... ó estás ya reemplazado, ó no tardarás en estarlo... pero eso debias esperártelo... con esas mugeres, los lazos se rompen con la misma facilidad que se anudan... y tú debes estar orgullosísimo de haber poseido durante quince dias el amor de una bailarina... y sobre todo, un amor desinteresado.

—Adios, Alejandro... voy á trabajar... voy á tratar de reparar el tiempo perdido... porque... debo confesarlo para mi vergüenza... desde que entablé estas malhadadas rela-

ciones, no he escrito ni una línea!....

—Hombre!... todo no se puede hacer á un tiempo!

Gaston entra en su cuarto despues de haber dirigido una triste mirada al piso superior, diciendo entre sí:

—El médico del segundo piso conoce á la señorita Felicia! es preciso que yo me ponga enfermo para trabar conocimiento con este médico.

Al dia siguiente cerca de medio dia, en el momento en que la justicia llegaba para proceder á la venta del mobiliario de Collinet, y mientras este corria desesperado, decidido á comprar por segunda vez su pantalon, la señorita Cipriana subia vivamente al cuarto piso, y ordenaba que la venta no tuviera efecto, pagando al contado todo el importe de su deuda.

Al punto escribano, comisario tasador, alguaciles, todo desapareció como por encanto, y esa turba de compradores, de revendedores, de noticieros y de curiosos, á quienes atrae siempre el anuncio de una venta, se dispersó bastante descontenta de haberse molestado para nada al fin.

Entonces la bella Cipriana se aproxima á Collinet que todavía duda si debe creer á sus ojos, y le dice:

—Ya podeis volver á tomar posesion de vuestro domicilio y de todo lo que hay en él, querido amigo: ya veis que no valia la pena de alborotarme la casa todas las mañanas, y romperme la campanilla.

—Es verdad, señora, respondió Collinet con tono picado; pero si me hubieseis dejado entrar en vuestra casa.... como tenia esperanza de que sucediera... no hubiera hecho ruido á vuestra puerta.

—Oiga!... señor Collinet, veo que quereis hacer pagar muy caros los favores que haceis!... Pero... ay, Dios mio!... Me estoy aquí hablando, y el conde de Tamponiskoff me está esperando en mi casa!...

El conde de Tamponiskoff era el sucesor de Gaston, y no habia aceptado la sucesion con adláteres.

XX.

EL SEÑOR BODINET.

Hácia el fin del mes de Diciembre siguiente, con un tiempo muy frio, habiendo nevado en abundancia tal, que las calles y los *boulevards* de París estaban completamente tapizados de blanco, un individuo de unos cuarenta y cinco á cuarenta y seis años entró como á media mañana en la casa del arrabal Montmartre, cuya portera es la señora Ador, y pasando por delante de esta sin que ella fijara en él su atencion porque en aquel momento se hallaba sumamente ocupada en la confeccion de la salsa de un conejo, atravesó sin detenerse el primer patio de la casa, y se dirigió hácia el partido interior como quien ya conoce perfectamente el camino.

El individuo en cuestion es de una estatura elevada, y ámpliamente cuadrado; su cuerpo reposa en miembros sólidos, y el movimiento de batan que él le imprime al andar, parece anunciar al hombre que sabe que es bien formado y cree que se le debe admirar. Y sin embargo, la facha en general de este personage es mas bien vulgar que

distinguida; sus piés son anchos y largos, sus manos rojas y gordas, y todos sus movimientos tienen algo de canalla.

La cara se halla en perfecta relacion con el resto del cuerpo. Tiene el cabello rubio y bien puesto, pero su color es de un encarnado tal que en algunos sitios tira á violeta; su nariz larga y delgada tiene las ventanas sumamente dilatadas; su boca es grande, sus lábios delgados están continuamente cerrados; sus ojos pequeños, colorados, y medio cerrados se mueven sin cesar de izquierda á derecha con una espresion que positivamente no inspira confianza; trata de continuo de tomar un aire amable sonriendo de un modo particular que dá á su fisonomía un completo parecido con la de un gato que acaba de robar una buena presa; no lleva bigotes, sino toda la barba que se riza tan obstinada y apretadamente como si un peluquero se la hubiera rizado á fuego.

Este personage es el señor Bodinet, el padre del pequeño Arístides; vestia en esta ocasion un paletot color de café, y de pelo muy largo. Este paletot, abotonado herméticamente hasta la barba, no dejaba ver ni chaleco ni camisa; una corbata de colores muy chillones, y que casi podia pasar por bufanda segun lo alta que la llevaba puesta, le ocultaba toda la parte baja de la cara; un pantalon de color de aceituna, repasado y remendado en algunos sitios, hacia bastante mal efecto junto al gaban, y no bajaba lo suficiente á cubrir sus botas caidas, desvencijadas, y muy sucias; y en fin, un sombrero de copa alta, y de alas anchas que de negro se habia vuelto colorado, y parecia haber sufrido muchas composturas, coronaba este traje, al cual debemos añadir un baston grueso imitando la caña de Indias, que el señor Bodinet hacia dar vueltas de vez en cuando con la destreza de un tambor mayor, y tendremos un retrato exacto de este individuo que marcha con la cabeza muy alta, y registrándolo todo con la vista de arriba abajo.

Mr. Bodinet vá derecho á la escuela del señor Lou-

pard: el jardinito estaba desierto, y además tenia una capa de nieve que le cubria completamente.

Pero era la hora de clase; todos los alumnos estaban en sus bancos delante de sus mesas, y Mr. Loupard les trazaba sobre la pizarra letras de unas magníficas dimensiones, cuando entra Bodinet bruscamente, esclamando:

—Cuerpo de tal!... está helando!... esto se llama hacer frio!... afortunadamente aquí se está mejor que afuera!... hola!... tenemos fuego en el brasero?... no hay demasiado, pero, en fin.... voy á calentarme!

La voz alta y chillona de este señor atrae la atencion general; los chiquillos que se quedan encantados cuando se presenta una ocasion de suspender su trabajo, vuelven todos la cabeza del lado del recienvenido, y Mr. Loupard hace lo mismo que sus alumnos; pero casi al momento se levanta, vá al encuentro de la persona que ha entrado, y la saluda diciendo:

—No me engaño!... es el señor Bodinet á quien tengo el gusto de saludar?...

—Sí, mi querido señor Loupard; el mismo; responde Mr. Bodinet, sin siquiera llevar la mano al sombrero que cubre su cabeza. Ja, ja!... apuesto cualquier cosa á que no me esperábais!.... pero á mí me gusta sorprender á mis amigos.

—Perdonadme, caballero; os estoy esperando hace mucho tiempo.... y de lo que me sorprendia era de que no pensárais en venir, estando aquí vuestro hijo, y....

—Bueno, bueno, mi querido señor Loupard; vos debeis tener ya bastante esperiencia para saber que en el mundo no se puede hacer siempre todo lo que se quiere... he estado viajando... á negocios... porque estoy asediado de ellos... creedme, no sé dónde tengo la cabeza... pero, cuerpo del diablo!... añadid un par de carbones al brasero!.... párece esto lumbre de ladrones!...

—Caballero, presumo que debeis estar impaciente por abrazar á vuestro hijo... y es natural!.... Arístides!....

niño!... salid de vuestro banco.... corred á los brazos del autor de vuestros dias.... Me parece que debeis estar satisfecho.... este niño posee las mejores disposiciones imaginables!.... es un jóven de grandes esperanzas!.... Arístides!...

—Está bien, señor Loupard, está bien; dejad quieto al chiquillo... cuerpo de un perro!... tiempo tengo de verle... No se debe distraer á las criaturas cuando trabajan, porque despues, ni el mismo diablo puede hacerles volver al estudio.

Pero á pesar de las advertencias poco paternales de Mr. Bodinet, el maestro de escuela fué á buscar al pequeño Arístides, que en este momento se ocupaba en hacerse con unas bolitas que se le habian caido del bolsillo debajo del banco al suelo. A fuerza de grandes trabajos pudo el señor Loupard agarrarle, y ponerle en pié, y ya una vez conseguido, le dijo:

—Venid, hijo mio, venid pronto.... vuestro señor padre está allí... venid á abrazar á papá!...

—Yo quiero mejor mis bolas.... si los otros se las encuentran, las van á guardar... y no me las volverán!...

—Vamos, Arístides!... dejad las bolas!. .. tened reflexion!... no hagais muecas, que vais á ver á papá.

—Yo tenia seis.... yo quiero las seis!...

—Arístides, me hareis incomodar!... hijo mio, no habla en vuestro corazon la voz de la naturaleza?... sonáos!...

—No tengo pañuelo.

—Pues esta mañana teniais uno.... qué habeis hecho de él?...

—No sé... ah! sí!... se le presté á Bouchonnet para que se le pusiera en la cabeza, porque no tiene gorra, y tenia mucho frio...

—Os disculpo, porque esto aboga en favor de vuestro buen corazon... pero Bouchonnet deberia procurar que sus padres le compraran una gorrita!... vamos, venid!... vuestro papá os espera!

—Me trae algo?

—No lo sé; es probable, pero no lo aseguro.

Se vé, pues, que el chiquillo no tenia gran prisa en abrazar á su padre, ni este por abrazar á su hijo; se habla de la voz de la sangre, pero lo que es preciso colocar ante todo, es la voz del corazon, y el corazon de un niño no puede sentir ningun amor por una persona que jamás le ha hecho ninguna caricia, ni le ha dado la menor muestra de afecto; la ternura de un niño es siempre para el que le prodiga cuidados, para el que le dá cuanto há menester, le protege y le alimenta, y el título de padre no basta para ser amado, si no se llenan todos los deberes que este título impone.

El señor Loupard sonó al pequeño Arístides, y en seguida le tomó de la mano y le condujo hasta Mr. Bodinet, que acaba de sentarse junto á la estufa despues de haber abierto la portezuela de la hornilla, y metido las puntas de los piés dentro de ella.

—Caballero, dice el maestro de escuela; aquí teneis á vuestro hijo.

Y al mismo tiempo empuja suavemente al niño para que se precipite en los brazos de su padre; pero en lugar de esto, el jóven Arístides al sentirse libre, se lanza hácia otro chiquillo de su edad que echa á correr riéndose, y le dice:

—Tú tienes mis bolas!.... Finart!.... tú las has recogido!... A ver si me las das en seguida!...

—Eso no es verdad!.... estas bolas son mias.... yo no tengo las tuyas... quieres dejarme en paz?

—Mira que te sacudo como no me dés las bolas.

—Ven por gusto, y veremos!

Entre los niños, generalmente los hechos siguen muy de cerca á las amenazas, porque no reflexionan en las consecuencias que podrán tener las acciones que cometen. Ya Arístides y Finart estaban rodando por el suelo, cuando Mr. Bodinet vuelve negligentemente la cabeza, murmurando:

—A ver el arrapiezo!.. ya veo que tiene grandes esperanzas efectivamente.

—A ver, señoritos!.... hola, hola!.... qué significa esto?... prontito!... suéltense!... separáos... vivo!...

Y el maestro de escuela se disponia á ir á separar á los combatientes; pero el señor Bodinet le detiene:

—Dejadlos, señor Loupard; dejadlos que se den cuatro cachetes!... no hay peligro en que ensayen sus fuerzas, y se acostumbren desde chiquitos al pugilato.... estoy contento de ver á mi retoño tan valiente!... Mirad, mirad!.... ahora es él el que está encima... Bravo, Arístides!... valor!... Aprieta, hijo mio!...

—Oh!... no, caballero... yo no debo tolerar esto!.,.

—Pues haceis muy mal!.... esto es gimnasia!.... los griegos la cultivaban mucho!...

Mr. Loupard corre á los combatientes, los separa administrando á cada uno un ligero cachete, y vuelve á conducir hasta su padre al pequeño Arístides, todo desgreñado y con un arañazo en la mejilla.

—Ah!.... este es mi hijo!... dice Mr. Bodinet examinando á Arístides que seguia mirando con furor á su contrincante. Sí, le reconozco... aire decidido!... muy bien!... eso me gusta!.... ah!.... picarillo!.... y llevas en la mejilla una herida honrosa..,. honrosa, sí, porque eso prueba que estabas de cara á tu enemigo.

—Finart tiene mas que yo!...

—Tanto mejor!.... así quiero creerlo... Diablo!.... y no ha desmejorado este bribonzuelo desde que está aqui!... al contrario... está gordo como un ternero!... Estás mas gordo que tu padre, tunantuelo!... estoy contentísimo de haberte colocado aquí,.. en este colegio... veo que has adelantado, y cuando se hacen sacrificios por un hijo es al menos una recompensa el ver que no son del todo perdidos.

A la palabra *sacrificios*, el señor Loupard aguza los oidos, y una dulce esperanza se desliza en su corazon; cree

que Mr. Bodinet vá á pagarle todo lo atrasado que le debe por la pension de su hijo, y vuelve á empujarle hácia su padre, diciéndole:

—Niño, ya os he dicho que abraceis á vuestro papá!

Arístides se deja llevar, mirando siempre á Finart, pero el señor Bodinet le separa con la mano, diciendo:

—Está bien, está bien... veremos mas tarde.... cuando esté limpio... porque en este momento tiene la cara súcia y tiznada como un rasca-chimeneas.

—Ya lo creo; no veis que ha andado rodando por el suelo?... Arístides, id á lavaros á la fuente.... y al mismo tiempo podeis cepillaros.

El chico no deseaba otra cosa que poderse alejar.

—Ahora bien, dice Mr. Bodinet metiendo sus piés mas en el hornillo de la estufa; hablemos un poco de negocios, si os parece, señor Loupard.

—No deseo otra cosa, señor, responde el maestro de escuela, sentándose en frente de Mr. Bodinet al otro lado de la estufa: tenemos en efecto que arreglar cuentas....

—Pardiez!... bien lo sé, señor maestro... creiais acaso que lo habia olvidado?... oh!... á mí no se me olvida nada: además, llevo mis libros con tal exactitud, que no puedo jamás ni cometer una falta, ni equivocarme.... y ya comprendeis que en el comercio es preciso todo esto.... Sino se tuviera todo este órden... dónde iriamos á parar?

—Oh!... hablais perfectamente. En ese caso debeis saber que me trajisteis vuestro hijo en el mes de Setiembre del año pasado.... el 6 de Setiembre, caballero.... yo tambien llevo la fecha exacta, porque la inscribo en el libro de entradas y salidas de mis educandos; ahora bien, como estamos cerca de fin de Diciembre, hace un año y tres meses cumplidos que el niño está en mi casa. A razon de trescientos francos por año, segun convinimos, y de los cuales solo he recibido trece francos y cincuenta céntimos, componen la suma de....

—Basta, basta, señor Loupard; esa cuenta está arregla-

da al momento.... ya nos ocuparemos de ella cuando sea tiempo!

—Me parece que al cabo de quince meses es tiempo ya... sin contar que para vestir decentemente al niño ha sido preciso...

—Si os digo que ya me contareis eso mas tarde... oh!... y os aseguro que en este particular no tendremos la mas pequeña diferencia... no soy yo de esas personas que quieren saber y analizar cuarto por cuarto la cuenta que se les presenta... Peste!... esas son miserias... mezquindades que solo cometen los pobretones... yo cuando pago, no analizo... tengo confianza... yo me digo: «Estoy tratando con un hombre honrado; por consiguiente no debo desconfiar de él!...» Yo soy así, señor Loupard, y me complazco en creer que vos sois como yo, y que os he inspirado la misma confianza...

El pobre maestro de escuela, aturdido por el flujo de palabras que Mr. Bodinet ensarta cada vez que él quiere replicar, y casi intimidado por la seguridad y el tono protector con que son dichas, se contenta con inclinarse sin responder, impaciente por saber dónde vá á parar este caballero. Despues de haber metido todavía mas adentro de la hornilla sus piés, sin inquietarse, ni tratar de averiguar qué era lo que habia que le hacia resistencia, Mr. Bodinet saca de su faltriquera un pañuelo de seda encarnado muy roto, pero que procura no estender del todo á fin de no meter los dedos por los agujeros, y procurando sonarse en él, toma de nuevo la palabra.

—Mi querido señor Loupard, ved ahora de lo que se trata. Cuando vine á confiaros el chiquillo, no teniendo en aquella ocasion fondos encima.... lo cual puede suceder al mas opulento capitalista... os dejé objetos de valor importante.... creo que debeis acordaros.

—Quereis tal vez hablar de las cajas de polvo?...

—Precisamente, señor Loupard... de las cajas de polvo es de lo que quiero hablaros.... porque son magníficas....

objetos de lujo... superfinos... primera clase.... fabricadas por el mejor artista... especialidad en este género.... creo que eran... no estoy cierto si veinte, ó dos docenas....

—Habia veinte, caballero; ni una mas.

—Bien, sean veinte... puede ser, y no voy á entrar en disputa por el número....

—No creo que teneis por qué entrar... debeis saber que no habia mas que veinte.

—Si digo que estamos conformes!.. no hay para qué hablar mas del particular!... Pues bien, señor Loupard... en el dia tengo proporcion de deshacerme de ellas muy ventajosamente... con una ganancia loca... y vengo á suplicaros que me las entregueis... las venderé inmediatamente, y esta noche misma, con esos fondos, volveré á saber lo que importa vuestra cuenta, y á pagaros todo cuanto os debo por el chiquitin... ya veis que esto es lógico, y justo.... así, pues, dadme las cajas.

Mr. Loupard al principio se ruborizó al oir hablar de las cajas, pero en seguida la impudencia de Mr. Bodinet le hizo salir de su carácter; no es dueño ya de contener su cólera, y esclama con una voz, que esta vez cubre la del recien venido:

—Vuestras cajas!... vuestras cajas!... venís á pedírmelas de nuevo al cabo de quince meses que habeis estado sin darme noticias vuestras, sin informaros siquiera si vuestro hijo era muerto ó vivo!...

—El tiempo nada tiene que ver con los negocios.... el chiquillo no me apuraba, porque sabia que estaba en buenas manos.

—Y es acaso con el precio de esas cajas con el que pensais pagarme mas de cuatrocientos francos que me debeis?

—Y por qué no?... vamos á ver!

—Porque vuestras magníficas, vuestras soberbias cajas no son mas que tacos de madera, porque no valen mas de dos francos cada una.... lo cual en total hacen cuarenta

francos, que es la cantidad en que las he vendido!... Oh!... ahí tengo la factura!... Despues de haber esperado mas de trece meses sin tener noticias vuestras, señor mio, y sin haber recibido de vos la menor suma, el menor traje para vestir á vuestro hijo que estaba casi en cueros vivos....

—Qué es lo que acabo de oir, nombre de cien pipas!... esclama Bodinet dando un fuerte puñetazo sobre la estufa, y afectando un tono desesperado. Cómo, caballero!... habriais vendido.... os habriais permitido vender mis cajas... habriais dispuesto de un valor... ¡de mercancías que os he confiado en depósito?... como si las colocara en un almacen?.... Nombre de un perro!.... Sabeis, señor mio, que el caso es grave, y que os habeis metido en un negocio feo?... Disponer de lo que no os pertenece!.,.. Nombre de un diablo!... vais á pagarme ahora daños y perjuicios!...

—Ah!... segun eso yo soy el que os debo?.. hombre!... eso sí que tiene que ver!...

—Sí, señor: me debeis, me debeis!... si habeis vendido á vil precio, tanto peor para vos!... yo tenia ajustadas mis cajas en seiscientos francos.... las habeis vendido á ese precio vos?

—Seiscientos francos!... eso es imposible!.. á mí me han ofrecido á cuarenta sueldos por una.... yo se las he hecho ver á muchos mercaderes... he consultado, y me han asegurado que no valian mas; si las he vendido á ese precio... es porque tengo la factura en mis manos... aquí está... Miradla!

Mr. Bodinet arroja al aire la factura que el buen maestro de escuela le presentaba, diciendo:

—Dejadme á mí de papelotes. Os vuelvo á repetir que no teniais el derecho de disponer la venta de esas mercancias que yo os habia confiado en depósito.

—Caballero, me debiais trece meses de pupilage por vuestro hijo que nada habia recibido de vos siquiera para vestirse... otros en el caso mio, hubieran presentado al niño en casa del comisario, porque jamás se os hallaba por

ninguna parte; pero he tenido lástima de vuestro pobrecito hijo, y el haber vendido esas cajas no pasa de ser un leve anticipo á buena cuenta, bien leve por cierto, pues que dista todavía mucho de la totalidad.

—Un leve anticipo!... Tengo yo acaso la culpa de que no entendais lo que haceis, y deis las cosas casi de balde... regaladas?... pero soy bueno naturalmente.... Escuchad, señor Loupard; no quiero daros un disgusto... obligándoos á comparecer ante los tribunales... eso en mi concepto, os perjudicaria mucho en vuestra profesion... Hay un medio de arreglarlo todo... Yo tenia proporcion de venderlas en seiscientos francos... vos asegurais que yo os debo cuatrocientos por el niño, lo cual, si os he de decir la verdad, me parece algo caro... pero no importa... estoy conforme.... pues bien... me dais el recibo de los cuatrocientos francos, y doscientos mas en efectivo. . al contado... porque cuatro y dos son seis... De este modo estamos en paz, y tan amigos como antes.... eh?.... qué os parece? ya veis que soy complaciente!

El maestro de escuela levanta los brazos al cielo, y de seguro juraria, si no se hallara en presencia de los alumnos... pero sacude sus manos una contra la otra lanzando un gemido gutural.

—Doscientos francos!... doscientos francos!... Con que es decir que yo iba á tener pupilos años enteros de balde... y encima á pagar doscientos francos á sus padres?.,.. Caballero, encontrais eso justo?... eso es decoroso?.... es esto probidad?

—Y qué me decís á mí?... No hubiérais vendido mis mercancías.

—Tenia el derecho de hacerlo!

—No tal.

—Sí, señor.

—Os digo que no!

En este momento, una espesa humareda que sale del hornillo de la estufa, acompañada de un fuerte olor á gra-

sa, ó gordura, viene á poner fin á esta disputa.

Mr. Loupard se levanta rápidamente, y viendo los piés de Mr. Bodinet metidos en el hornillo, esclama:

—Oh, Dios mio!... qué habeis hecho con vuestros pies, caballero?... habeis volcado mi almuerzo que estaba cociéndose dentro... Voto á!... teneis el diablo en el cuerpo!..

—Eh!... nombre de tal!.... Y por qué guisais ahí dentro?... me hubiérais prevenido antes!... bonitas me habeis puesto las botas!

El maestro de escuela habia colocado en el hornillo un plato hondo de barro, en el cual habia unas pocas de judías con salchicha, y junto á aquel, en otro plato, tres manzanas para que se fueran asando lentamente. Al meter los piés en el hornillo, Bodinet habia ido empujando poco á poco lo que habia encontrado; pero cuando los dos platos no pudieron andar mas, como continuaba avanzando los piés, concluyó por romperlos, y todo lo que contenian formaba con la ceniza una pasta que le llenaba las botas.

Al ver sus habichuelas y sus manzanas pegadas al calzado de Bodinet, el maestro de escuela se puso furioso; rechaza con cólera al que acaba de pisotear su comida; se pone de rodillas delante de la estufa, mira en el hornillo, y esclama con tono lamentable:

—Todo!.... todo perdido!.... mis peras.... mis salchichas... mis pobres habichuelas!... Cá!... Y no puede recojerse nada!.., Nada!... oh desolacion!!..

—Maestro!... maestro!... dejádnoslas comer así!... gritan los chiquillos dejando sus asientos y saltando por encima de las bancas para llegar mas pronto junto á la estufa.

El desgraciado Loupard está de tal modo desolado con lo que le sucede, que deja á sus alumnos hacer lo que quieren; los abandona la estufa, se pega en la frente, y lanza miradas feroces á Bodinet, que en este momento está limpiando sus botas con una muestra de escribir que estaba sobre una banca, diciendo;

—Afortunadamente, no me habia puesto las botas de charol.... pero tengo que mandar embetunar estas en cuanto salga de aquí.

XXI.

UNA CIUDAD AÉREA.

—Veamos, mi querido señor Loupard, continúa Bodinet comiéndose una habichuela que habia quedado intacta sobre el empeine de su pié; concluyamos cuanto antes. Si no teneis los doscientos francos en vuestra casa, lo cual le sucede al mejor pagador.... dadme á buena cuenta.... setenta... cuarenta... y mas tarde volveré por el resto.... Ya os he dicho que era complaciente... y quiero probároslo!

—Daros dinero!... cuando sois vos el que me debeis, señor mio!... oh!... no lo espereis... no seré tan imbécil todavía...

—Vamos, entonces quereis que os lleve ante los tribunales, que os dé á conocer por un hombre desleal.... por un hombre que dispone de lo que no le pertenece... Lo sentiré, pero si no os convenís, me veré precisado á hacerlo.

—No os temo, caballero!..,. gracias al cielo tengo testigos.... personas que en un caso de apuro me defenderán si vos me acusais... Han visto vuestras cajas.... se han reconocido.... se sabe lo que valian.... hay un jóven que lo

sabe mejor que los demás, porque las cajas son de su tio... á su tio se las habeis comprado.... y aun habeis hecho un pagaré que no habeis satisfecho... y en el cual habeis añadido que podrian presentarse á mí para el reembolso.... porque, segun parece, queriais que yo fuera la víctima completa!.... ahora, ahora mismo voy á buscar á ese jóven... se llama Alejandro Grandmoulin.... y vamos á ver si vuestras cajas valian seiscientos francos.... y si teneis derecho de amenazarme con la justicia.

Hacia ya algunos instantes que Bodinet habia perdido mucha de su seguridad, y al oir pronunciar el apellido de Alejandro, se apresura á detener al maestro de escuela que se disponia á salir de su casa; le contiene por el brazo, y tomando un aire de honradez y proteccion, le dice:

—Eh!.... vamos á ver.... mi querido señor Loupard!.... dónde vais?... qué diablo!... vamos quizá á reñir por una bicoca?

—Me acusais de falta de delicadeza, me quereis llevar ante los tribunales, y no quereis que me incomode?

—Pero sí todo ello era puramente una broma, mi querido profesor!... yo!... buscaros cuestion, tener pleitos con un hombre como vos!.... la probidad, el honor personificado?.. vaya, vaya!... y habeis podido creerlo?... eso fué una humorada y nada mas.

—Pues, caballero, son humoradas esas á las cuales no las hallo maldita la gracia!.... Es quizá cosa de broma cualquiera palabra, cualquiera acusacion que toque á la reputacion de uno?...

—Pero, Dios mio!... señor Loupard, la cuestion es que vos no me conoceis todavía!.... Si me conociéseis mejor, sabriais que me gustan estraordinariamente las farsas.... soy muy bromista... me divierto con todo... me gusta mas un rato de risa que una buena perdiz... qué quereis?... cada uno tiene su carácter, y este es el mio... Cuerpo de tal!... los bribonzuelos se están regalando lindamente con vuestras habichuelas.... Hombre!.... y olia bien!.... Siento ha-

berlas derramado, porque hubiera comido con vos.

—En fin, caballero, yo no entiendo una palabra de todo este embrollo!... Adónde quereis venir á parar con vuestra cuenta de las cajas?...

—Os lo repito, una broma solamente.... Yo me habia dicho: «Voy á amedrentar un poco á este estimable señor Loupard; le diré que mis cajas valian seiscientos francos para ver la cara que pone...» y habeis caido en el lazo como un inocente!... Confesemos que he sabido hacer perfectamente mi papel, no es verdad?

—En ese caso quiere decir que no hallais malo el que yo las haya vendido por dos francos cada una?

—De ningun modo!... sí ese era próximamente su valor... Alguna que otra vez.... cuando por casualidad encuentra uno un primo, suelen venderse á dos francos y medio, ó cosa así... pero esto es muy raro.... Caramba!.... sabeis que olian divinamente estas habichuelas?.... Y no teneis ninguna otra cosa para almorzar?

—No señor; y no me apuro, porque no pienso almorzar hoy... no tengo gana... vuestra broma me ha quitado el apetito!

—Pues no diré yo otro tanto que vos.... y daria mil gracias á cualquiera que me ofreciera un almuerzo... Ah!... tambien mi hijo!.... el bribon tambien acomete á las habichuelas!

—Ahora bien, caballero; puesto que ya estamos de acuerdo sobre el artículo de las cajas de polvo, creo que vendreis con la intencion de pagarme la cuenta de la pension de Arístides.

—Justamente, señor Loupard..,. esa es la palabra, y vos habeis dado con ella... venia con esa intencion... pero desgraciadamente no cuento en mi bolsillo mas que con la intencion... pensaba haber reunido fondos aquí cerca... en la calle Rochechouard... diez mil francos que debia tomar del cajero de esa nueva empresa que tiene alborotado á todo París... Vos habreis oido algo de ella!.. No se habla de

de otra cosa en la bolsa, en el boulevard de los Italianos... Qué éxito tendremos!... un éxito asombroso!

—Con qué, caballero?

—Es verdad que hay que confesar que este pensamiento vá mas allá de todo cuanto se ha imaginado hasta el presente.... es una magnífica invencion!.... Se trata de construir una ciudad en el aire!

—Una ciudad en el aire?.... No comprendo una palabra....

—Vais á comprenderme ahora mismo.... Sabeis lo que es un globo, con el cual se eleva uno al espacio?

—Sin duda; y he visto muchos.

—Muy bien. Sabeis asimismo que en el dia se construyen de unas dimensiones colosales.... que hay algunos cuyas barquillas son como bonitos botes, que pueden contener de diez á doce personas?.... Habeis visto el famoso globo *Godard?*.... Era magnífico.... era una casa volante!...

—En efecto que era grandísimo.

—Pues bien, señor Loupard, ese globo mónstruo ha dado la idea á un hombre de génio, ya demasiado conocido por sus ascensiones aereostáticas, de hacer construir una pequeña ciudad aérea. Este hombre ingeniosísimo se ha dicho: «En París, y hasta en sus arrabales, van poniéndose los alquileres de las casas á un precio fabuloso.... y aun así no se encuentran.... no hay donde vivir... el tabuco mas mezquino cuesta un ojo de la cara... y si esto continúa, llegará el dia en que no habrá ni donde meterse... pues bien, busquemos un remedio á este mal inminente. Me dirán que todos los dias se están construyendo casas nuevas; pero esas se alquilan todavía á precios mas subidos que las viejas. Además, irá faltando terreno, y á menos de que se vayan poniendo unas casas sobre otras, vendrá un tiempo en que no habrá medio de edificar en París.... En su consecuencia, y puesto que lo que se necesita es terreno para tener casas baratas, ya que

en la tierra no le hay, en el aire no falta nunca.... hagamos una nueva ciudad en el espacio por medio de globos de distintas y varias dimensiones... por ejemplo... un globo muy grande para un partido completo.... la canastilla se divide en cuatro compartimientos... alcoba, sala, comedor y cocina... Globo mas chico, mas modesto, como para una vivienda de obreros.... es suficiente con dos piezas.... en fin... globos pequeños para cuartos de hombres solos... una sola habitacion sirve para todo.... No necesito deciros que todos estos edificios tienen vistas magníficas.... con que, mi querido señor Loupard, qué decís de esta idea? no os parece admirable como á mí?

El maestro de escuela oia á Mr. Bodinet abriendo ojos y oidos para no perder una sílaba de tan asombroso proyecto, si bien no parecia enteramente convencido del estraordinario mérito de esta nueva invencion.

—Dispensadme si os interrumpo para manifestaros una duda que me ocurre... Comprendo el proyecto... pero perteneciendo cada casa á un globo.... cómo se compondrá uno para salir y volver á su casa?

—Cómo se viaja en globo, señor Loupard?... Me parece que la cosa no tiene nada de difícil.

—Pero, y cuando se ocurra salir?

—Nada mas sencillo, ni mas fácil. Ante todo, los globos-casas estarán sujetos, fijos en la tierra por medio de gruesos cables con anclas.... Esto, como debeis figuraros, era preciso para sostener todas las casas en el mismo sitio, sin lo cual se corria el riesgo de quedarse dormido en Francia é ir á despertar á Italia ó á Turquía; ya entonces no habia ciudad. En seguida otras cuerdas atan y retienen á los globos entre sí. Esta es una escelente medida de seguridad, porque supongamos que le sucede un accidente á vuestro globo.... que revienta, por ejemplo.... no podeis caer, porque los otros globos os retienen, y como es imposible que todos los globos revienten á la vez, estais por consiguiente tan tranquilo arriba como abajo. Además, para

recreo de la sociedad se establecerán pequeños puentes de tablas de canastilla en canastilla, los cuales procurarán á los habitantes la facilidad de respirar el aire libre, y de poder visitarse mútuamente, si lo desean. Así, vos, inquilino de un gran globo-casa, haceis, por ejemplo, el amor á una simple griseta que vive junto á vos.... no teneis que hacer otra cosa sino echar vuestro pasadizo, ó vuestro puentecillo desde vuestra barquilla á la suya, y ya podeis pasar á su casa á jugar con ella una partidita de báciga, ó de cualquiera otro juego.

—Pero, y cuando se necesite pan, carne... en fin, provisiones?

—Toma, toma!... creeis acaso que no habrá arriba panaderos, carniceros, taberneros?... taberneros, sí; porque lo que es por ahora la única cosa que le falta á nuestras casas aéreas son las bodegas.... pero á bien que vivimos en un siglo de progreso y de invenciones..... y estoy seguro que se hallará medio de construirlas... Pero, no lo dudeis, habrá allá arriba tiendas de todo.

—Pero, decidme; si un vendedor deseara hacerse con alguna cosa que no tuviera, cómo se la podria procurar?

—Nada mas fácil. Cuando se quiera ir á tierra, se deja deslizar por las mismas cuerdas que sostienen y fijan los globos... y aun para los que tengan miedo de subir ó bajar así, se pueden tener escalas de cuerda... ó cestillos en los cuales se les hará bajar y subir por medio de tornos, como bajan á las minas los trabajadores.

—Pero de todos modos hay perjuicio, porque si necesitais un cuarteron de manteca, y vuestra criada tiene que bajar á proporcionárselo porque arriba no le hay, retardará vuestra comida.

—Pero creeis quizá, señor Loupard, que nuestra ciudad aérea va á estar quizá allá en la luna?.... Nada de eso.... á fin de hacer fáciles las comunicaciones solo tendrán diez metros mas de elevacion los globos-casas que los tejados

de las casas terrestres, y nada mas; con eso se consigue la doble ventaja de que las personas que en tierra vivan un poco elevadas, puedan desde sus ventanas echar algunos ratitos de conversacion con los habitantes del aire.

—Ah!... ya eso es diferente!.... pero una ciudad en el aire... tan cerca de los tejados... eso incomodará á los chiquillos para remontar sus barriletes, ó sus cometas.... En fin, caballero, yo no veo en todo esto relacion ninguna con el dinero que me debeis.

Aunque no dejaba de hablar, hacia algunos instantes que el señor Bodinet examinaba á su hijo de piés á cabeza atentamente, y como el que medita algun proyecto... Pero esta preocupacion no le impide contestar al maestro.

—Válgame Dios!... mi querido profesor!... pues la relacion es muy sencilla. El inventor de la ciudad aérea formó al punto una sociedad... anónima, para la esplotacion de su invencion; ya comprendereis que para construir tantísimos globos se necesitan fondos... muchos fondos!.... se han creado, pues, acciones de á diez francos... son muy baratas... pero es porque se ha querido poner al alcance de todas las fortunas... se han creado diez millones de acciones de á diez francos.

—Diez millones!...

—Sí por cierto... para ganar ciento.... las han arrebatado de entre las manos... y aun es mas... hoy en la Bolsa... en los círculos mercantiles han subido á mil doscientos francos... ya veis, señor Loupard, ya veis qué ganancia tan bárbara!... Mil doscientos francos por diez!... Esto es magnífico!.... con qué facilidad se puede hacer fortuna en este siglo!... entretanto vamos á crear obligaciones de á quince francos, reembolsables por quinientos en el término de ciento y cincuenta años... Ya veis, ya veis que en efecto es una ganancia terrible!...

—Sí; pero teniendo que esperar ciento cincuenta años, es bien eventual!

—Podeis retirar antes la obligacion, si quereis...

—Ya lo creo! sin ganancias!... Tambien se muere uno antes que termine la obligacion. En fin, yo no comprendo una palabra de todo esto.

—Porque no entendeis de negocios, mi querido señor Loupard, pero por lo demás es muy sencillo, sencillísimo!... Voy á haceros una comparacion. Me han prestado, por ejemplo, cien mil francos con los cuales emprendo especulaciones ventajosas. Adquiero ganancias de las cuales debo naturalmente hacer partícipes á los que me han prestado; pues bien, llega un fin de año, los reuno á todos....

—Y los dais su parte de beneficios.

—No, no es eso precisamente!.... Les digo: «Señores, tened la bondad de prestarme además otros cien mil francos, y entonces emprenderé especulaciones mas vastas, y que dejen ganancias monstruosas!..» Ya veis que con estas palabras no pueden menos de hallarse satisfechos.

—Pues señor, confieso que me embrollo, y no entiendo una palabra de vuestras operaciones comerciales... En fin, eso no es del caso; dejemos estos negocios, y vamos al que nos interesa.

—Pues ahí voy á parar... Pardiez! señor Loupard, si no me dejais llevar las cosas por su órden!.... Y en el comercio, creedme... el órden es el todo... es la base de todos los negocios...

—Pues si sois vos que me contais cosas...

—Oidme. Yo soy miembro de la comision de vigilancia de la sociedad anónima de las habitaciones aéreas.... hago tambien los anuncios para los periódicos.... porque ahí... ahí sí que es preciso alambicar y desplegar todo el talento!... El anuncio!... los anuncios son el todo!... son el alma de los negocios!... son los que levantan las fortunas, los que apresuran á los morosos.... en fin, sin anuncios se puede decir que no hay negocios posibles!... Como no tengo quien me iguale á saber redactar un anuncio, naturalmente me los hago pagar bien, porque.... francamente.... el talento ha de tener alguna recompensa.... y los mios,

que mas que anuncios son prospectos....

—Vais á decir que soy un ignorante, pero no sé lo que es un prospecto.

—Es posible?... pues bien, mi digno amigo, vais á oir el que he hecho para nuestra nueva invencion, porque le sé de memoria.

—Ya escucho.

—*Hace mucho tiempo que la necesidad de una ciudad aérea se sentia generalmente, porque la tierra no era suficiente para contener sus habitantes. Este fenómeno vá á realizarse. Se está construyendo en este momento una ciudad que se colocará en el espacio, sostenida por globos. En ella se podrá vivir sumamente barato. Si no temiéramos que muchos de nuestros lectores no comprendieran el verdadero sentido de nuestras palabras, ó las tomaran como un juego, diriamos que estarán allí como los pájaros. Venid, pues, á vivir en el aire, vosotros los que ocupais habitaciones malsanas, ó vivis en calles infectas!.... Arriba tendreis siempre aire puro, y gozareis de todas las comodidades.* Eh? vamos, qué os parece?.... atrae, no es verdad?

—Dispensadme, pero vuestra última frase me hace ocurrir una reflexion.

—Qué frase?

—Respecto á las comodidades que ofreceis. Me parece por el contrario, que en vuestras habitaciones aéreas será muy difícil establecer ciertas y ciertas comodidades... por ejemplo, letrinas.

—Hombre, nada mas sencillo que lo que habeis dicho. Mirad; en el fondo de cada barquilla se deja un pequeño espacio abierto, sobre el cual se puede sentar con toda comodidad.

—Pero entonces los habitantes de la tierra están espuestos....

—Señor Loupard, en las grandes operaciones, en las empresas colosales, sabed que no se detiene uno en esas mi-

serias, en esas pequeñeces!... Pero vuelvo á nuestro asunto... La compañía me debe unos diez mil francos de anuncios.... el cajero habia salido hace poco, pero me dijeron: «Si volveis dentro de dos horas, ya habrá vuelto, y se os pagará al punto...» Volveré despues de haberme desayunado, porque... la verdad... tengo apetito... No teneis por casualidad nada que echar á perder por ahí?... Hubiera comido esto de buena gana.

—Ay!... no, señor: lo único que tenia es lo que veis perdido en el hornillo.

—Entonces, me retiro.... es igual.... almorzaré en la fonda!... A ver!... y mi hijo?... vamos aquí, bribonzuelo... venid, que os veamos... basta ya de glotonería!...

Arístides se decide al fin á separarse de la estufa en la cual no quedaba ya nada, y se aproxima á su padre con aire franco y gallardo.

—Ajá!... aquí está este buen mozo!.... el que debe ser algun dia mi heredero!... Buen continente!.... marcial.... oh!... llevará la frente como su padre... debe tenerlo en la masa de la sangre. Dentro de dos meses cumplirá cinco años!...

—Oh!... Y sabeis, caballero, que está muy adelantado para la edad que tiene?...

—Ya lo creo!... bribonzuelo!.... y sabeis vos, querido profesor, que está vestido.... como un hijo de un embajador?... Una bonita blusa... pantalon nuevo.... chaqueta de lo mismo... de una rica tela, á fe mia... y un bonito chaleco además!... Veo que habeis derrochado locamente con este chiquillo, mi buen señor Loupard!...

—Oh!... no he sido yo, caballero!... mis escasísimos recursos no me hubieran permitido estos gastos... son unos jóvenes que viven en la casa... Vieron al niño que estaba... tan mal vestido... tan poco cubierto.... y como ya hacia frio, tuvieron lástima, y le han dado una porcion de cosas con las cuales he podido hacerle vestir enteramente.

—Esos jóvenes no han hecho mas que su deber.... El

que tiene lo supérfluo debe dar al que carece de lo necesario.

—Sí, pero no todo el mundo obra de ese modo... además que no creo ricos á esos jóvenes.

—No importa.... Ah!.... pardiez, tengo una idea!.... miéntras hago tiempo... voy á llevarme al chiquillo para que le vea su padrino... precisamente vive en este barrio... y hace una porcion de tiempo que está deseando dar un abrazo á su ahijado... el chiquitin es guapo... y estoy persuadido que en cuanto le vea va á llorar de alegría, y le hará un buen regalo... tanto mas cuanto que estamos cerca de año nuevo... lo menos una moneda de cuarenta francos te va á dar, picarillo, para que la gastes y convides á tus compañeros.... Oís, mi buen señor Loupard?.... Voy á llevarme al pequeño... por poco tiempo... su padrino vive en la calle Azul... á dos pasos de aquí.... en seguida recogeré mis diez mil francos, y al traeros al niño de nuevo, ajustaremos la cuenta y os pagaré.

—Si es por poco tiempo... lleváosle... pero no vayais á dejarle solo, caballero, porque una desgracia puede suceder con la mayor facilidad... ya veis... hay tantos carruages por las calles!...

—Oh!... no tengais cuidado!... quiero demasiado á esta criatura para que vaya á esponerla al menor riesgo... Toda vez que yo he de volver, yo mismo os le traeré.... estamos conformes... Vamos, Arístides, vente conmigo.

El niño meneó la cabeza negativamente mirando al maestro, y diciendo:

—No, yo no quiero ir con él... tiene trazas de pillo...

—Cómo!.... qué es eso, bribonzuelo?.... tratar de ese modo á su padre?... no querer venir conmigo á ver á su escelente padrino que va á hacerle una porcion de regalos... Anda!.. tu padrino es un caballero tan rico como generoso... te va á dar los aguinaldos.

El niño continuaba sin moverse meneando la cabeza: el señor Loupard va entonces á él, y le dice:

—Vamos, Arístides!... vos no podeis ni debeis desobedecer á este caballero... es vuestro pápá...

—Yo no le conozco... yo quiero mejor quedarme aquí, y hacer bolas de nieve con mis compañeros....

—Pero, qué es esto?... todavía sigues obstinado en no querer venir conmigo?... Vamos á ver... quieres antes tomar una buena taza de chocolate con barquillos?... qué te parece?...

En cuanto el chiquillo oyó hablar de chocolate, se aproximó á su padre. A los niños siempre se les obliga por las golosinas, y aun hay hombres muy barbados que toda su vida son en este particular como los niños.

—Je, je, je!... bien sabia yo que al fin habia de dar en la cuerda sensible!.... dijo Bodinet levantándose. Vamos, pues... pero antes poneos la gorrita, porque supongo que la tendreis, no es así?... poneos la mejor...

—No tiene mas que una.

—Pues entonces poneos esa... No teneis tampoco alguna otra prenda mejor que esta? un paletot, una capa para encima de la blusa? Ya comprendeis que para presentarle á su padrino deseo que vaya bien vestido... eso halaga mi amor propio.

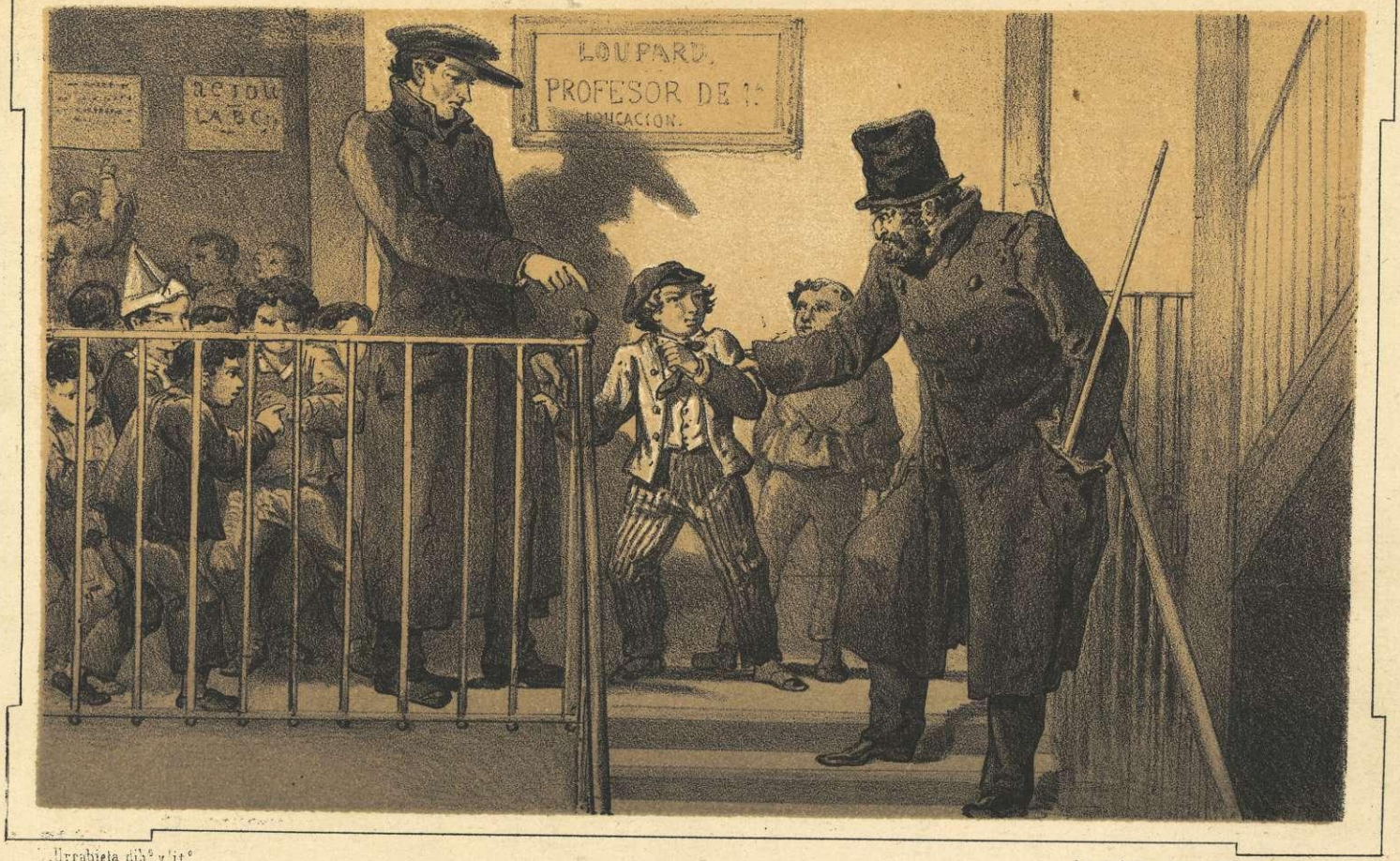
—No tiene otra cosa, pero está así bastante abrigado; y aun vos mismo le habeis encontrado hace un momento que tenia buena ropa.

—Oh!... sin duda!... mas para ir á casa de su padrino, cuanto mejor mas me alegraria. Tiene un pañuelo en el bolsillo?

—No, no tengo ninguno.

—Señor Loupard, me quereis hacer el favor de dar un pañolito á este niño?... No me gusta que se limpie las narices en la manga, como la mayor parte de los chiquillos.

El maestro corre á buscar un pañuelo y se le pone en el bolsillo á Arístides, que toma de la mano á su padre, diciéndole·



Urrabieta dib.º y lit.º

Lit.de S.Gonzalez S.Clara 5.Madrid.

Me hará V. tomar el chocolate?—Por eso debemos empezar, querido mio, ea vamos, en marcha.

—Me vas á dar chocolate?

—Por ahí vamos á empezar, picaruelo!... Ea, en marcha!... hasta muy pronto que nos volveremos á ver, mi estimado señor Loupard.

Y Mr. Bodinet sale de la clase llevándose á su hijo de la mano.

Al salir de la casa, el señor Bodinet sube la calle arriba del arrabal, y marcha á paso tan precipitado que obliga al pequeño Arístides á ir corriendo para seguirle; sin embargo, su padre le lleva de la mano, y aun cuando el niño quisiera desenlazarse no podria.

Al cabo de algunos momentos de esta marcha apresurada, el niño dice:

—Dónde está el chocolate?

—Ya lo verás cuando lo tomes.

Esta respuesta no satisface enteramente al chiquillo, pero Mr. Bodinet habia contestado de un modo que no convidaba á la conversacion. Arístides se calla y continúa trotando.

De repente Mr. Bodinet como herido de una idea súbita, entra en un almacen de comestibles, diciendo:

—Dadme una mano ó dos de papel de estraza fuerte y grueso, del que sirve para hacer pantallas á las velas de sebo.

Mientras que despachan á su padre, vuelve á interrogar el niño:

—Y el chocolate?.... es aquí donde vamos á tomar el chocolate?... yo le quiero en seguida.

—Mr. Bodinet pone fin á las reclamaciones de su hijo aplicándole un fuerte capirotazo en la nariz, acompañado de estas palabras:

—No me gusta que los niños se permitan hacer preguntas... con que á callar, ó sacudo!

Salen del almacen llevando siempre Bodinet á su hijo de la mano, y debajo del brazo un gran rollo de papel de estraza.

El señor Bodinet camina como ensimismado; mira sin cesar á derecha y á izquierda, examina las casas que no tienen mas que un solo pasillo para entrar, y parece, en fin, como que busca un sitio á propósito para llevar á cabo algun proyecto formado de antemano. Entretanto continúan subiendo la calle; el niño empieza á murmurar entre dientes, pero no se atreve á hacer ninguna pregunta á su padre, porque su fisonomía se va poniendo cada vez mas adusta.

Se aproximan por fin á la barrera, cuando Mr. Bodinet vé una casa de muy mal aspecto, sin ninguna tienda inmediata, y que solo tiene por vecindad una tapia de jardin, y por entrada un callejon estrecho y oscuro como boca de lobo.

Una sonrisa de satisfaccion aparece en su fisonomía: se adelanta hácia esta casa, y empuja rápidamente al chiquillo dentro del portal, diciéndole:

—Entremos!.... Aquí es donde vas á tomar el chocolate.

—Ay!... si aquí no se vé gota!...

—Anda adelante... mas... Ya estamos junto á la escalera... Espera... quítate la blusa.., pronto!

—Y para qué quereis que me quite la blusa?

—Porque el chocolate no se toma nunca con blusa... Vamos, despáchate... Ahora quítate la chaqueta.

—La chaqueta tambien?

—Haz lo que te digo, y pronto!... No se toma chocolate con chaqueta... podrias manchártela!.... obedece.... ya está bien... ahora el chaleco... y el pantalon.... vamos!....

—Ay!... entonces voy á quedarme desnudo del todo!... tendré frio...

—Cállate, pilluelo!... voy á ponerte otro traje... con el que se toma el chocolate sin cuidado de mancharle...

—Es que yo tengo frio!...

—A ver si obedeces sin replicar, ó te doy un pescozon!... Los niños no deben razonar.

Desnudo ya el niño, Mr. Bodinet empezó á envolverle los muslos y las piernas con grandes hojas de papel de estraza sostenidas con alfileres; por el cuerpo hace otro tanto, y despues por los brazos; en seguida le pone en la cabeza un cucurucho del mismo papel, y cuando ya tiene á su hijo vestido de este modo, le dirige á la salida diciéndole:

—Ahora que tienes el traje conveniente, vuelve á bajar toda la calle... corre delante, que yo te sigo... pero te prohibo que vuelvas la cabeza.

—Yo no quiero salir así... esclama Arístides con cólera. Estos no son vestidos... me van á apedrear!...

—Cómo es eso?... todavía no estás contento, y te he vestido como si estuvieras de máscara?... Pronto!... echa á correr!...

—Que no, ea!... yo quiero mi ropa... y el chocolate... Dónde está el chocolate?...

—El chocolate?... toma chocolate!...

Y al decir estas palabras aplica un puntapié en la parte posterior al chiquillo. Esta vez Arístides ya no pide mas: se escapa corriendo, mientras que Mr. Bodinet habiendo hecho un lio con todos los efectos del niño, se lo mete debajo del brazo, y se escurre por otro lado.

XXII.

CÓMO SE ABRIGA Á UN NIÑO.

Hacia mucho tiempo que Gaston no habia vuelto á ver á Felicia, y sin embargo deseaba vivamente encontrarla de nuevo, porque habia olvidado completamente á la bella bailarina de la Ópera, ó si se acordaba de ella alguna vez, solo era para reprocharse las locuras que habia hecho con ella. Cuando Alejandro se burla de él, diciéndole:

—Cómo!... sientes haber sido el amante feliz de una muger jóven y bonita?... Eso no es tener sentido comun.

Gaston responde suspirando:

—Y si estas relaciones me han hecho perder el amor de una persona á quien amo verdaderamente, de una persona que, lo conozco, hubiera hecho la felicidad de mi vida... no tengo motivos para reprochármelos?. .

—Esas relaciones no te han hecho perder nada.... una infidelidad sin consecuencia, no nos hace jamás perder el corazon de una muger... á menos que la vecinita del quinto piso sea de otra pasta que las demás mugeres.

—Bien ves que no puedo conseguir verla.... sin duda huye de mí... se esconde en el momento que me oye.... porque acaso ahora me detesta!...

—Te repito que no tienes sentido comun!... Yo tampoco veo á la linda vecinita, ni mas ni menos que tú, y á mí no tiene razon ni motivo ninguno de huirme!.... pero

ahora parece que se oculta de todo el mundo... desde que ha encontrado en la casa ese médico que la conoce.... Decididamente hay algun misterio... la señorita del quinto piso es la heroina de alguna novela... Casi empiezo á sentir tanta curiosidad como las criaditas de la casa!

Los dos amigos acababan de encontrarse en la escalera, y Alejandro reñia nuevamente á Gaston por su tristeza que parecia aumentar cada dia, cuando atrae su atencion un ruido súbito.

Son gritos, silbidos, hurrás, y todo acompañado de estrepitosas carcajadas, lo cual anuncia que no se trata de ningun accidente desgraciado.

—Qué alboroto es ese? dijo Alejandro. Oyes, Gaston?

—Sí... gritos de los pilluelos... algunos perros que estarán riñendo.

—No producen esa algazara las riñas de perros... Oye, oye, se prolonga... aumenta... si parece que entran en casa!... bajemos... vamos á saber qué es ello.

En efecto, la entrada de la casa estaba invadida y literalmente tapiada por la gente.

Era el pequeño Arístides que volvia con un traje de papel de estraza; por el camino habia escitado primero la hilaridad de algunos paseantes, y despues la sorpresa de los pilluelos que le habian seguido, gritando: «A ese! á ese!»

El niño habia seguido corriendo, porque tenia frio, y deseaba encontrarse de vuelta en su escuela; afortunadamente recordaba el camino que habia llevado; no tenia que hacer mas que bajar la calle seguida, pero á cada instante se veia mas estrechado por la turba que se apiñaba mas y mas, y á costa de gran trabajo habia podido encontrar su casa.

Y por cierto que ya era tiempo, porque uno de los alfileres que componian sus calzones acababa de caérsele; la hoja de papel flotaba al viento, y amenazaba separarse de sus compañeras.

Alejandro atraviesa el círculo de gente que gritaba:

—Es una mogiganga!:..

—Temprano ha hecho este que sea Carnaval!

—Un niño de papel de estraza!

—Un muchacho de máscara!

—Bonito traje para este tiempo!

—Debe estar muerto de frio ese angelito!

—Cá! estará vestido por debajo!

—No tal. Ahí se le ha roto el pantalon, y se le vé en cueros!

—Y es verdad... Pobrecito!...

—Vaya una ocurrencia!...

Sumamente incómoda por ver invadida su puerta por la turba, la señora Ador que no reconocia al niño, queria echarle con la escoba, cuando Alejandro logró penetrar hasta la conserje; al momento el niño corre á él y le abraza, diciendo:

—Ah!... tú no me echarás, verdad?... tú... tú eres mi... amigo!

—Calla!... si es el pequeño Arístides!... pobre criatura!... quién diablos te ha ataviado de ese modo?

—Ha sido papá... me dijo que este era el vestido que se ponia para tomar chocolate!...

—Tu padre?... pues esto sí que es mas original!

—Conoceis á ese chico, señor Alejandro?

—Sin duda: es un alumno del señor Loupard... Por qué queriais echarle... y nada menos que á escobazos?

—Ay, señor!... cómo queriais que yo reconociera á esta criatura... vestida como dos cuartos de especia?... Pronto... lleváosle á vuestro cuarto... á ver si toda esta gente se larga... y nos deja en paz!... Digo!... y yo que en este momento estaba haciendo una tortilla!... estoy segura que se me habrá achicharrado!... Amanda irá á advertir al señor Loupard.

Alejandro toma al niño en brazos á fin de comunicarle algun calor, y se apresura á subir la escalera, seguido de Gaston, al cual dice:

—Tienes tú lumbre en tu cuarto?

—No, chico!... ni leña tampoco!...

—Diablo!... están los fondos en baja?

—Y tan en baja!

—Yo jamás tengo lumbre... Collinet no está... bien que aunque estuviera, seria lo mismo, porque tampoco él enciende nunca... y ello es preciso que se caliente este angelito que está tiritando... y á pique de agarrar una pulmonía ó cualquiera otra enfermedad.

—Por qué no le llevaste en seguida á la escuela?

—Por qué? Porque en primer lugar, todavía tenia que atravesar dos grandes patios... y despues... crees tú que se calentaria mejor en la escuela?... Ahora lo verás... Arístides... teneis fuego todo el dia en la estufa en vuestro colegio?...

—No... le... encien... den... por... por... la... maña.... na... y luego... ya... en... todo el dia... po.... ponen.... mas... le... leña!

El niño apenas podia hablar, de tal manera tiritaba, y sin embargo miraba á Alejandro, le abrazaba y le sonreia.

Este á su vez le dá un cariñosísimo beso, esclamando:

—Por vida de mil demonios!... y dice que es su padre quien le ha puesto así!... No puede ser!... es imposible!...

—Sí... sí... ha sido... papá!... me dijo... que... que... me quita... ra... la... ropa... y me po... nia pa... papel... y me... decia... Es... este... es el... tra... tra... traje... para... to... tomar... cho... choco... chocolate...

Por fin llegan al cuarto piso, y Alejandro esclama:

—Voto á!... y yo que estaba apurado!... Vamos á casa de la señora Montenlair que tiene siempre tan buen fuego... ella tendrá tambien una satisfaccion en calentar á este chiquitin.

Y tira del cordon de la campanilla... pero la puerta no se abre.

—Habrá salido quizá?... No es probable... quién se va á pasear con el frio que hace?

—Tal vez esté dentro el señor Filoséles.

—Veamos... volveré á llamar.

Esta vez se entreabre la puerta, y la señora Montenlair asoma las narices, diciendo:

—Qué es eso?... quién anda ahí?... ah!... sois vosotros, señores?... qué hay de nuevo?

—Señora Montenlair, sabemos que siempre teneis un buen fuego... permitidnos entrar en vuestra casa para que se caliente este chicuelo que se muere de frio... porque está casi en cueros.

—Ay!... mis queridos vecinos... cuánto lo siento!... pero Filoséles está ahí... bien sabeis que no puede veros... he tenido que obedecer... he tenido varias cuestiones por vos... queria hacerme mudar...

—Eh!.. mil bombas!... no se trata de eso ahora, sino de esta criatura que está dando diente con diente... Si no quereis que entremos nosotros, no importa; tomad el pequeño, y colocadle delante del fuego.

—Perdonad, señores, pero es preciso que tome permiso de Filoséles antes... tened la bondad de esperar un poco.

El perfil de Mad. Montenlair desaparece, y la puerta vuelve á cerrarse.

—Vieja loca!... murmura Alejandro. Cómo!.... y será preciso el permiso de ese maniquí de gran peluca para recibir un pobre niño que se muere de frio!... Oh! las mugeres!... Y aun se dirá que son buenas?... sí, lo son, cuando se halagan sus pasiones... Como el tal Filoséles rehuse dar hospitalidad al chiquitin.... bien puede tener cuidado con su peluca!

—Tienes mucho frio, niño? dice Gaston tratando de calentar las manos de Arístides entre las suyas.

—Oh! no... no, señor... mucho, mucho, no.

—Vamos á ver si nos abren!... Tanto peor para ellos si no lo hacen.... En seguida entro en mi cuarto, y quemo todas las sillas... de todas suertes, esto levantará humo y producirá, como es consiguiente, incomodidad.

—Señores, dijo entonces una voz dulce que partia del piso superior, si quereis subir al niño... en mi cuarto hay fuego.

Gaston se estremeció, porque reconoció la voz de Felicia. En cuanto á Alejandro, trepa como una ardilla al quinto piso con su carga, y entra en casa de la linda vecina esclamando:

—Ah!... bravo, señorita!... esto sí que es sublime! .. No quereis recibir á nadie... nc se os halla jamás... pero reapareceis, y se abre vuestra puerta cuando se trata de hacer una buena accion!... enhorabuena!... rasgos como este son magníficos, lo repito.

Habia en efecto un buen fuego en casa de la jóven; instalan á Arístides en un sillon que colocan delante de la chimenea, y el niño estiende con delicia sus piernas y sus manos al calor, en tanto que Felicia dice mirándole:

—Y cómo es que este niño está vestido solo de papel de estraza?...

—Esto es una fechoría de su señor padre, que se me antoja que ha de ser un pillastre en toda la estension de la palabra... Ya tenia yo varias otras razones para sospechar de su delicadeza... pero esta accion las corona... es el remate!... Calla!... suben la escalera... debe ser el señor Loupard á quien fueron á prevenir de la vuelta de su alumno, vestido de máscara. Permitis, señorita, que este digno maestro pase adelante?... quizá él puede esplicarnos algo de este acontecimiento.

—Sin duda que puede hacerlo... Estando el niño aquí, nada mas natural que su maestro venga.

Alejandro corre al encuentro del señor Loupard. Gaston, feliz con hallarse al lado de Felicia, estaba inmóvil en un rincon de la habitacion, y parecia que temia moverse por miedo de que le despidieran, pero sus miradas seguian todos los movimientos de Felicia; en cambio esta ni aun le miraba, y solo parecia ocuparse del niño: tocaba sus manos, sus mejillas, y le veia con alegría cesar de tiritar.

El buen maestro de escuela lanzó un gemido doloroso al divisar á Arístides envuelto en papel. Corre á abrazar al niño, dicendo:

—Es posible?... Yo no queria creer lo que me decia la sobrina de la portera: «Han envuelto uno de vuestros alumnos en papel de estraza, ni mas ni menos que un chorizo que se pone á asar!...» Y era verdad!... Pobre criatura!... Pero, quién te ha quitado tus vestidos?... quién ha tenido la bárbara maldad de poner á un niño en la calle envuelto en papel, con un frio de diez grados?...

—Ha si... sido... mi... mi papá.

—Tu papá?... el señor Bodinet?... habrá sido capaz?.... oh, Dios mio!... esto me sofoca... me aturde!... me anonada!!..

—Calmáos, señor Loupard, dijo Alejandro; y pues que nuestra amable vecina quiere darnos hospitalidad por un momento, y calentar al pobre Arístides, contadnos en primer lugar cómo es que vuestro alumno ha salido de la clase... Esta señorita nos está ofreciendo sillas: por mi parte acepto, y me siento... porque siempre se está mejor así para hablar... Eh!... Gaston!... qué haces tú ahí metido en ese rincon?... parece que estás en penitencia... ven á sentarte aquí con nosotros.

Gaston murmura con voz apenas inteligible:

—No sé si esta señorita.... permitirá.... si no tomará á mal... que yo permanezca...

Felicia, que probablemente ha entendido bien, presenta por toda respuesta una silla á Gaston, pero teniendo cuidado de colocarla en un sitio separado del que ella ocupa. El jóven se sienta inclinándose para dar las gracias. Mr. Loupard y Alejandro se ponen al lado de Arístides, y Felicia pasa á sentarse al otro lado de la chimenea.

El maestro cuenta sucintamente cuanto ha pasado por la mañana entre él y el señor Bodinet.

—Cómo!... dice Alejandro. Ese señor pretende que las cajas de polvo valian seiscientos francos?... Pardiez!... ten-

go de escribírselo á mi tio!... Pero sabeis que en todo eso veo una solemne bribonada?... Coloca á su hijo de pupilo, no paga el pupilage, deja en depósito cuatro fruslerías que no valen nada, vuelve al cabo de quince meses á reclamar los efectos que está seguro de no encontrar, y pide quince veces su valor!... La combinacion es diestra por lo menos... Y decís que cuando me nombrásteis, ese quidam cambió de tono!... Canario!... ya lo creo!.... desde luego adivino la razon... mi buen tio Grandmoulin debe haberse dejado sorprender todavía con algunas mercancías por este caballero de industria, porque últimamente me ha enviado dos letras aceptadas por el tal Mr. Bodinet.... pero ahora no es una bagatela como el otro pagaré... son setecientos francos cada una. Y como es costumbre, no habiéndomelas pagado á su vencimiento, se las devolví á mi tio, el cual me las ha enviado de nuevo, escribiéndome lo siguiente: «No perdones medio alguno, y haz prender á ese señor Bodinet, pues ahora conozco que es un insigne bribon, y se ha burlado indignamente de mí.» Ya comprendereis con esto, por qué el apellido Grandmoulin debe tener un sonido desagradable para los oidos de este caballero.

—Y habeis empezado las diligencias contra él?...

—Ay! mi querido señor Loupard!... Mi tio me habia enviado dinero para los gastos... pero me encontraba apurado, y debo confesar que eché mano de él y lo empleé en otra cosa... En fin, esta es una pequeña digresion... Proseguid vuestro relato.

Al oir hablar de la ciudad aérea, Alejandro soltó una estrepitosa carcajada, diciendo:

—Decididamente ese señor Bodinet es un tuno con talento... debemos hacerle justicia... no hay nada de estupidez... al contrario, se vé en él una imaginacion fecundísima en recursos!... es lástima que haga tan mal uso de ella, no es verdad, Gaston?... eh!... Gaston!... muchacho, estás momificado?.. ó es que no te atreves á hablar porque es-

tás en casa de nuestra encantadora vecinita?...

—Yo?... no... escucho... atiendo...

Mr. Loupard acaba su narracion, haciendo observar que no estaba en sus atribuciones el rehusar á un padre que llevase á su hijo á ver á su padrino.

—Ahora bien, hijo de mi alma, prosigue dirigiéndose á Arístides; dínos lo que has hecho con tu papá... dónde te ha llevado.., por qué fatalidad has vuelto en ese traje inconveniente é insuficiente... cuéntanoslo todo... no omitas ninguna circunstancia.

—Oh!... no es difícil, señor maestro... ahora voy á contarlo, papá Loupard!... ese señor que dice que es mi papá, me llevó. Entró á comprar este papel en un almacen de comestibles... en seguida hemos andado una porcion de tiempo... siempre derecho.... Despues me empujó en un portal muy oscuro, y me metió allí... luego me hizo quitar los vestidos, y me decia que sino los iba á manchar cuando tomara chocolate... despues me puso estos papeles, y me sacó fuera del portal... á la calle... y me dijo: «Echa á correr hácia abajo, que yo te sigo.» Yo no queria salir así... pero él me dió un puntapié.... Entonces yo eché á correr... luego oí que me silbaban y me seguian gritando: «A ese!... A ese!...» Yo lo que hacia era apretar la carrera,.. pero tenia mucho frio... y se habia juntado mucha gente al rededor de mí y no podia correr ya... cuando ví la casa y la conocí... Entro, y la portera queria echarme á escobazos... Y yo tenia mucho mas frio... estaba tiritando... Yo queria decirla: «Este es mi colegio!» y no podia hablar... gracias á que llegó este señor que es mi amigo, y él me conoció en seguida.

Esta sencilla narracion del niño es seguida de un largo silencio, porque todos se sienten el corazon oprimido, y no hay quien se atreva á reir pensando lo que aquella criatura ha debido sufrir. Para haber mirado, ó mirar con indiferencia los padecimientos ó las lágrimas de un niño, es preciso no tener corazon, ó preferir á los animales! Noso-

tros conocemos personas que sienten mas un animal que un niño: es verdad que tambien hemos mirado siempre á estas como seres mal conformados: debe sin duda faltarlas algo en el corazon.

Alejandro es el primero que rompe el silencio diciendo:

—Qué os parece, señor Loupard?... Y todavía debemos dar las gracias á ese señor Bodinet, porque siquiera ha dejado á su hijo la camisa, las medias y los zapatos.

—Ay, caballero!... para desnudar de esa suerte á su hijo, era preciso que estuviese bien falto de dinero.

—Hombre dignísimo entre todos los dignos!... Hé ahí una reflexion digna de vos!... Pero no se trata de eso ahora... nuestro jóven amigo no puede quedarse vestido así... ó por mejor decir, no puede quedarse sin estar vestido, porque ya se le vá un pedazo de pantalon... Veamos... teneis otra ropa que ponerle?

—Ay, Dios mio!... Señores... no posee otra cosa para el invierno... yo no habia previsto esto... Tiene un pantalon y una chaqueta de verano... de tela... y esto no le dará mucho calor... pero le pondré dos camisas.

—Bah!... pero no puede estar en la clase con las dos camisas solamente... Teneis dinero, señor Loupard?

—Ay!... no señor... todos me deben.

—Hombre, y yo soy al contrario... yo debo á todo el mundo... y no tengo un céntimo... pero tú, Gaston... tú que eres hombre arreglado...

Gaston se ruboriza, y murmura:

—Dios mio! .. no sabes cuánto lo siento... pero... en este momento... estoy sin dinero...

—Ah!... justo!... justo!... comprendo!.. No digas mas... no me acordaba.

Y Alejandro se inclina al oido del señor Loupard para decirle:

—No recordaba que ha sido por espacio de quince dias el amante de una bailarina... y estas señoras tienen tan-

tisimos caprichos!... Caracoles!.. y cómo nos compondremos?...

—Oh!... ahora ya tengo calor!... dice Arístides: ya no me duelen las uñas.

—Sí, sí... tienes calor aquí... pero no has de estar continuamente delante del fuego... Hombre!.. no te muevas tanto.. Mira... ya se larga tambien tu coraza... si traes esa hormiguilla contínua, dentro de poco te quedas vestido como nos pintan al Amor... escepto el cendal... desgraciadamente te falta el cendal.

Mientras hablaba Alejandro, Felicia se habia levantado y habia tomado apresuradamente su abrigo y su sombrero.

—Estamos estorbando, señorita, porque vais á salir, dijo Gaston levantándose.

—No, señor; no me estorbais, nada de eso... solo os pido permiso para salir un momento... pero no tardaré... pronto estoy de vuelta.

Y la jóven sale precipitadamente.

—Calla!... Y la vecina se va?... dice Alejandro levantando la cabeza.

—Sí, pero ha dicho que vuelve al momento.

—Bueno!... quiere decir que nosotros la guardaremos la casa... es una prueba de confianza que nos dá al dejarnos solos en su cuarto... oh!... pero ya sabe ella que no somos nosotros *Bodinet*... Y está todo esto bonito, arreglado, bien amueblado...

—Es precioso... preciosísimo! dice el maestro de escuela recorriendo la habitacion con la vista.

—Oh!... no es este el cuarto de una obrera! añade Gaston moviendo la cabeza.

—Bueno!... que sea la jóven lo que quiera, interrumpe Alejandro, qué nos importa?... Lo que hay de cierto es, que para dar abrigo á esta criatura ha quebrantado sin vacilar sus costumbres... ella que vive como una huroncilla... que huye vecinos y vecinas... que no quiere recibir

á nadie... mira qué pronto abrió la puerta, nos permitió instalarnos en su casa, nos ha dejado dueños de registrarla, y todo porque ha visto á este chiquitin tiritando!... luego en ella hay algo... es decir, es sensible... tiene buen corazon... Que vengan todavía á decir mal de ella delante de mí, y van á escapar malísimamente... No te parece así tambien á tí, Gaston?... Ah!... bueno!... ya estás en contemplacion delante de la cama de la jóven... Quieres que el señor Loupard se entere de que estás enamorado de ella?... pues bien... listo!... ya lo sabe... pero todo esto no nos dá un pantalon y un paletot para el nene... y francamente... yo no tengo ya mas ropa de que poderme deshacer para aviarle.

—Ay, señor!... ni yo tampoco, murmura el profesor. Es decir... tengo un frac... el frac negro viejo que tuvisteis la bondad de darle... y como el niño tenia ya bastante ropa... me le habia reservado yo para los dias solemnes.... pero ahora mismo voy á cortarle para hacerle de él una chaqueta... Sera una lástima!... ese frac me hubiera servido á mí todavía lo menos diez años... pero no vacilo... no debo vacilar... voy...

—Pero, esperad, señor Loupard, esperad un momento... Aun cuando corteis el frac, no tenemos pantalon.

—Quién sabe?... veremos si se le puede sacar un pantaloncillo de los faldones.

—Pero se necesita tiempo para arreglar todo eso... la ropa no se hace al vapor... y esta criatura no puede esperar...

—Yo le pondré tres camisas.

—Dale con las camisas!... Vestidle de muger, y ya está listo.

—Ah!... soy un miserable!... esclamó Gaston paseando á grandes pasos la sala: he gastado, tirado, derrochado cuanto poseia.... y no contento con eso he contraido deudas!...

—Cómo, cómo es eso?... Ay, pobre Gaston!... Tam-

bien tú tienes deudas? dice Alejandro. Yo habia creido que tenias una fortunita.... que tenias un patrimonio en tu pais.

—Patrimonio!... aun me queda una casita en Orleans, donde nació mi madre, y ella siempre me habia estado rogando que no me deshiciera de esta propiedad... pero será preciso... Vine á París con cinco ó seis mil francos... y en el dia no tengo un real!

—Pues yo estaba en la inteligencia de que la bella Cipriana no habia querido recibir de tí ningun dinero.

—Y nada ha recibido; pero todos los dias se trataba de una nueva diversion; ya era preciso tomar un palco en el teatro... y siempre un palco de proscenio... ya era fuerza tener todo el dia un carruage á nuestras órdenes... comer y cenar en las primeras fondas... en las mas á la moda... La señorita Cipriana en persona hacia la lista de comidas... y siempre escogia lo mas esquisito, lo menos abundante, y lo mas caro... otro tanto sucedia con los vinos!...

—Ay, querido amigo! No prosigas, porque veo que seria cosa de no acabar jamás.

—En fin, en los diez y ocho dias he derrochado próximamente dos mil y quinientos francos.

—Cuerno!... y lo creo!... en ese camino se corre mucho, hijo mio!... no ves que está sembrado de flores, de caricias, de placeres, de goces?... Pero, diez y ocho dias seguidos!.. Mucho es eso para un autor que empieza, y que todavía no está aleccionado... mas que por su querida.

—Hé aquí que no solo no poseo un céntimo, sino que el mes próximo tendré que satisfacer un pagaré de mil y doscientos francos!

—Demonio!... has firmado pagarés?

—Era preciso. Un dia que debiamos comer con varias amigas suyas en la *Casa Dorada*, y no tenia mas que dos francos por único capital.. encontré un prestamista... á un interés exorbitante..... pero necesitaba dinero... y pasé por cuantas condiciones le dió la gana de imponerme.

—Y no me has hablado una palabra de eso... á mí, á tu amigo?...

—Para qué?.. Podias tú acaso prestarme ese dinero?...

—No, pero hubiera buscado otro prestamista menos judío!... Vamos á ver, señor Loupard; vos debeis entender algo en materia de mugeres, no es cierto?... Vos, que llevais una vida pura y frugal... qué debeis pensar de un jóven que ha gastado dos mil y quinientos francos en diez y ocho dias con una muger que no es su novia?...

—Ay, señor!... La juventud ha sido siempre aturdida, siempre ha hecho locuras!... *El hijo pródigo* ha hallado siempre imitadores!...

—Pero decidme: aquel se vió reducido al deplorable estado de tener que guardar puercos... yo espero que á Gaston no le llegará ese caso.

—Lo que siento mas que nada, Alejandro, es que me has obligado á confesar mi posicion delante de la señorita Felicia... Ya ella pensaba bien mal de mí... qué concepto formará ahora?

—Hombre, déjanos en paz con tus lamentaciones amorosas, y tratemos de buscar un pantaloncito á este muchacho.

La vuelta de Felicia puso fin á esta conversacion. La linda jóven trae un lio bastante voluminoso metido dentro de un pañuelo de seda, y le coloca sobre las rodillas del maestro de escuela, diciéndole:

—Tomad, señor maestro; permitidme que os ofrezca esto para vuestro alumno... tenia algunos ahorrillos que destinaba para comprar cuatro bagatelas que no son precisas... los he dado diferente destino, y estoy contenta y me considero dichosa en poder hacer hoy lo que estos señores hicieron en otra ocasion por este pobre niño.

El señor Loupard se inclina humildemente, y abre el paquete que contiene un pantalon, un chaleco, un paletot, todo de paño nuevo, y forrado para abrigo: en fin, viene allí hasta una gorrita para reemplazar al cucurucho de

papel con que el señor Bodinet habia adornado la cabeza de su hijo.

El buen maestro de escuela, se queda estupefacto, y no puede mas que balbucear:

—Ay, señorita!.. esto es mucho!.. esto es demasiado!... tanta generosidad!...

—Señor, ahí no hay mas que lo absolutamente preciso.

—Caracoles!... esto es sublime!... esto es... piramidal!.. esclama Alejandro mirando á la preciosa niña que parece querer huir de que se la den gracias por su bondad: en seguida se levanta diciendo:

—Pues, señor; es preciso que me permitais abrazaros, y daros un beso... y estoy seguro de que no me lo rehusareis, porque no os le pido como enamorado, sino como prenda de la mas franca é inalterable amistad... como un amigo leal... como un hermano.

Felicia sonrie, y presenta su mejilla á Alejandro que aplica sobre ella un sonoro beso (1).

Entretanto, Gaston no dice nada, no se mueve de su sitio; pero una lágrima salta á sus párpados, y vuelve la cabeza para enjugársela.

—Arístides, dá las gracias á esta señorita... mira todo lo que te ha comprado!

—Es para mí todo esto?... Ay!... qué bonito voy á estar!... pónme en seguida toda esa ropa, porque este papel tan áspero me pincha la carne.

El señor Loupard viste en un momento al niño, cuya picaresca fisonomía gana mucho con su nuevo traje. Cuando ya está completamente arreglado, le dirige á Felicia para darla las gracias.

---

(1) Como no todos nuestros lectores están en la obligacion de saberlo, debemos hacerles la aclaracion de que en Francia es una cosa corriente y puesta en uso este beso como muestra de afecto solamente, y sin que por ello se arguya malicia ni ofensa. Generalmente se dá en la frente ó en la mejilla. (*N. del T.*)

El niño corre resueltamente hácia la jóven, y se planta delante de ella diciéndola:

—Gracias, señorita!... Quieres darme un beso ahora que estoy bonito?

Felicia mira por algunos instantes al niño que la tiende los brazos; en lugar de inclinarse hácia él, parece vacilar y sentir como repugnancia de recibir sus caricias; sin embargo, haciéndose superior á estas sensaciones, abraza á Arístides, aunque ceremoniosamente y como quien cumple una mera fórmula de política.

—Es particular!... dice Alejandro al oido de Gaston: apostaria cualquier cosa á que no la gustan los niños... y en ese caso, lo que acaba de hacer por esta criatura tiene doble mérito.

—Papá Loupard, esclama Arístides mirándose el traje de arriba abajo, ahora que ya estoy vestido otra vez y con ropa nueva, no iré mas con ese señor que es mi padre, aunque quiera llevarme otra vez á tomar chocolate.

—Hijo mio!... señores!... aconsejadme... si esto aconteciese... si volviera ese señor á mi casa y quisiera llevarse nuevamente á su hijo... cómo me compongo yo?... tendré el derecho de negarme á ello?... porque al fin es su padre...

Y el pobre maestro miraba á los jóvenes con rostro compungido.

—Tranquilizaos, mi querido señor Loupard, dice Alejandro. Despues de la fechoría que acaba de verificar no es probable que ese señor venga á visitaros en mucho tiempo!... Con todo, si fuese tan osado, venid al punto á buscarme... ya sabeis que tengo muchas cuentas que arreglar con ese Bodinet.... y tengo además curiosidad de conocerle.

—Pero, y si habeis salido cuando venga?

—Os respondo que me hallareis siempre en casa... pero, lo repito; creo que esos son temores vanos.... os repito que despues de lo que ha hecho hoy, no se atreveria á ve-

nir á vuestra casa... y en fin, cuando un padre despoja á su hijo, y le pone en la calle en cueros vivos con el tiempo que hace, no es un padre, vive Dios!... sino un ladron, y si quiere volver á hacer de las suyas, se va á buscar al comisario de policía... pero estamos abusando de la hospitalidad y de la bondad de esta señorita, y me parece que ya es tiempo de retirarnos y dejarla en libertad.

Todos se levantan, dan las gracias nuevamente á Felicia, y se despiden de ella. Gaston sale el último: hubiera deseado obtener una palabra, una mirada que le devolviera un átomo de esperanza; pero la jóven conserva constantemente los ojos bajos, y cierra la puerta sin mírarle siquiera.

XXIII.

UN ACONTECIMIENTO MUY COMUN.

Pasa una semana, y tras de esta otra, y el señor Bodinet no vuelve á ver á su hijo: el maestro de escuela empieza á tranquilizarse, porque ha llegado á tomar miedo á este individuo á pesar de ser su acreedor; teme que quiera llevarse otra vez su hijo, y emplear para resistirle el apoyo del comisario, seria un acto de autoridad de que no se siente capaz el señor Loupard, y que repugna á su carácter.

Una mañana se encuentra Alejandro con la señora

Montenlair en el pasillo; no la habia vuelto á ver desde el dia en que iba buscando fuego para calentar á Arístides, porque hacia algun tiempo que la vecina no se dejaba ver y hasta parecia evitar el encontrar á sus vecinos.

—Hola!... aquí está la encantadora Rosinita Petronilita!... esclama Alejandro saludándola con aire burlon. Os vais haciendo rarísima, vecina, pero me felicito de haberos encontrado: tenia deseos de daros las gracias por habernos dejado el otro dia á vuestra puerta, con un niño en brazos casi desnudo y muerto de frio... Válganos Dios, señora Montenlair!... Vos, á quien hemos visto todos tan buena, tan amiga de hacer un favor, tan cariñosa!.. *Quantum mutatus ab illo!*.. Lo cual, traducido para vos, quiere decir, que os hallo muy cambiada en mal.

—Dios mio!... mi querido señor Alejandro!... no me querais mal, ni os incomodeis... no es culpa mia!... Si hubiese estado sola en casa, creeis que hubiera vacilado un momento en recibiros?... pero Filoséles se va haciendo un tirano...

—Y vos os dejais tiranizar?... vos!.. la ex-perla de Bordeaux!...

—Ay, mi querido amigo!... Ya no estoy en Bordeaux desgraciadamente, ni trabajo en *El Sordo*... Hay que acomodarse á las circunstancias... y estoy obligada á considerar á Filoséles por muchas razones.... y la principal... ya os podeis figurar...

—Pues no hace mucho tiempo que pareciais no temer á nadie.

—Ya!... porque entonces no habiais vos tenido esos dos fatales encuentros con Filoséles... Desde entonces os aborrece... os tiene un odio mortal... y me ha dicho muy terminantemente: «Rosinita, si alguna vez llego á encontraros en conversacion con los jóvenes del piso, si dejais entrar uno solo en vuestro cuarto... aunque no sea mas que para encender una luz... se acabó... no vuelvo á poner los piés en vuestra casa...» Sabiendo esto, os diré lo que pasó el

otro dia... Cuando entré y le dije: «Ahí traen un niño para que le deje calentarse en el fuego!..» al momento contestó: —Y quién le trae?..» La conserge, contesté... Al punto se levantó diciendo: «Voy ahora mismo á ver si en efecto es la conserge quien le trae... pero como proceda de alguno de vuestros vecinos, le voy á meter de cabeza en la letrina.» Entonces... lo que hice para evitar otro encuentro... fué decirle que yo habia rehusado admitirle.

—De suerte que ha sido el viejo especiero el que ha encontrado prudente, justo y humanitario dejar que se hiele un niño si viene de parte nuestra!... Está bien... me alegro de saberlo... yo me las entenderé con ese caballero... se ha de acordar de mí!...

—Ay, señor Alejandro!... por Dios!... os lo suplico.... no tengais otra disputa con él... sino, vais á ser causa de hacerme mudar de casa.

—Sentiria perderos de vecina, señora Montenlair, pero no puedo yo responder de los acontecimientos.

—Dios mio!... voy á estar con el alma entre los dientes cuando aguarde á Filoséles, por temor de que os tropeceis en la escalera.

—Decidle que venga á veros por la ventana...Ese es el único medio que encuentro para evitar una gran desgracia.

—Válgame Dios, señor Alejandro!... qué malo sois!....

—Los malos, vecina, son los que dejan helarse á un niño en un pasadizo, teniendo en su casa un buen fuego.

Desde que ha dado el vestido nuevo á Arístides, la señorita Felicia no se ha dejado ver por sus vecinos, vive mas retirada que nunca, y para ir á comprar lo que la es preciso, parece espiar el momento en que no hay nadie en la escalera. Gaston se aflige de no poder manifestar á Felicia su arrepentimiento y su amor; al menor ruido que oye, deja su pluma y corre al pasillo; pero cuando por casualidad es su linda vecina la que pasa, baja demasiado rápidamente para poder detenerla, ó sube tan de prisa que an-

tes de que él haya podido decir una palabra, ya ella ha cerrado su puerta.

Con todas estas preocupaciones, el enamorado jóven habia olvidado totalmente su pagaré de mil y doscientos francos, y se halla sumamente sorprendido cuando vé una mañana presentarse en su casa un cobrador, para hacerle efectivo.

—Cómo!... ha cumplido ya el plazo?... esclama Gaston admirado. Yo le creia aun mas largo.

—No, caballero... *pagaré á treinta y uno de Enero....* ved si gustais...

—Treinta y uno de Enero... justamente... y estamos en esa fecha... Dios mio!... cómo pasa el tiempo!...

—Con que pagais, caballero?

—Bien quisiera, pero no puedo... no tengo dinero... Sin embargo, no paseis apuro, ni os inquieteis por esa cantidad... Estoy terminando mi libro... que espero vender en seguida... tengo además un vaudeville presentado en el Teatro del Palacio Real... y á último recurso, venderé la casita que poseo en Orleans... ya veis que no hay motivo de temor.

El cobrador se sonríe, y contesta:

—Todo eso no es de mi incumbencia, señor; mirad, aquí están las señas del banquero. Lo que únicamente debo preveniros es que si en todo el dia de hoy no pagais, mañana estará vuestro pagaré en los tribunales.

—Y qué quereis que yo haga?...

Gaston procura ponerse á trabajar, diciendo:

—Oh, señorita Cipriana!.. qué cara me habeis costado!... por mas que dos mil y quinientos francos sean una miseria en vuestro concepto!... Estoy bien seguro que mi sucesor el conde de Tamponiskoff gastará con vos diez veces mas que yo... y no por eso le amareis mas... Pero no siento yo lo que he gastado!... ay!... el dinero puede recuperarse... tal vez puede sonreirme la fortuna... alcanzar nombre, gloria... mas podré del mismo modo reconquistar

el amor de Felicia?... qué digo?... sé acaso que ella me ama?... No; veo que estaba fascinado... que me hacia ilusiones!... Si me hubiese amado, Alejandro me ha dicho que una infidelidad no nos hacia perder jamás el amor de una muger... pero Alejandro puede haberse equivocado... todas las mugeres no aman lo mismo... y las que él ha conocido, de seguro no se parecen en nada á Felicia.

Dos dias despues llama Collinet á la puerta de Gaston. El pasantillo tiene en la mano un papel sellado, y se le presenta á su amigo con aire burlon, diciéndole:

—Toma, Gaston. Estoy comisionado para entregarte esto en propia mano, y que te concierne.

—Y qué papel es ese? preguntó el jóven poeta. Si tienes algo que decirme, no puedes hablar en lugar de escribir?

—Yo?... yo no tengo que decirte nada absolutamente. Es mi escribano quien te habla por medio de este *protesto* que me ha encargado entregarte.

—Y qué es eso de *protesto?*

—Es un auto judicial, por el cual te se previene que si no pagas tu crédito de mil y doscientos francos, te se arrestará.

—Ah!... es ese condenado pagaré?... pero si no tengo dinero!...

—Eso no me importa... aquí tienes tu *protesto*... me voy á mi estudio!...

—Pero escucha, Collinet... puedes decir á tu escribano que tenga un poco de paciencia... Hoy mismo estoy citado con un editor que tal vez me compre mi novela.

—Los escribanos no entienden de esas cosas!... los escribanos no son mas que comisionados de sus clientes, y no tienen otras atribuciones.. Se les manda trabajar y trabajan... Te aconsejo que tomes tus medidas.

—Pero al menos podrás rogar á tu escribano en mi nombre que me den tiempo....

—Se lo diré.

Y Collinet se aleja frotándose las manos, y diciendo:

—Hola!... tú me soplas las damas!... toma la bailarina mi cuarto, y tú te introduces con ella!... yo duermo en la escalera, mientras tú estás en su casa junto á la chimenea!... Hijo mio, donde las dan las toman... Ahora me llegó á mí la vez!... No me cuidaré yo por cierto de pedir á mi escribano que te dé tiempo!... al contrario... voy á decirle que te has enfadado, y le has llamado... capigorron!

Gaston ha estrujado entre sus manos, sin mirarle siquiera, el papel que el pasante le ha entregado. Otro tanto hace con otros papeles que le trae mas tarde la portera, porque Collinet juzga mas conveniente no entregárselos él á su vecino, y una mañana, el futuro autor se encuentra altamente sorprendido al oir llamar á su puerta, y ver presentarse delante de él un sugeto bastante cortés, que le pregunta:

—Es al señor Gaston Durandal á quien tengo el honor de hablar?

—Sí, señor.

—En ese caso, servíos seguirme.

—Y dónde, caballero?

—A la prision por deudas de la calle de Clichy... á menos que no tengais con qué pagar vuestro pagaré de mil doscientos francos, mas las costas que suben á ciento cinco francos; total, mil trescientos francos.

—No puedo pagar... pero antes de constituir á las personas en prision, se deberia prevenir al menos.

—Se os ha prevenido perfectamente, caballero.... el escribano os ha mandado puntual y fielmente todos los autos.

—No los he leido.

—Debiais haberlo hecho.

—Pero es que yo habia rogado á Collinet que pidiese tiempo á su escribano en mi nombre.

—Y quién es ese Collinet?

—Es el pasante que ha hecho las diligencias.

—Ah!... sí... un jóven pequeño... rojito... Él es quien me ha indicado la hora en que os hallaria en casa con seguridad.

En este momento la puerta de Collinet que estaba entreabierta hacia algun tiempo, se cierra precipitadamente.

—Está bien, caballero, dice Gaston: no creais que trato de huir... de qué me serviria?... Permitidme solamente tomar mis manuscritos... las obras que tengo entre manos... y soy con vos al momento...

—Tomad lo que gusteis sin apresuraros... tengo abajo un carruage que nos espera.

Cuando Gaston sale de su casa con el guarda del comercio, encuentra á Alejandro que salia tambien, y le tiende la mano diciéndole con tono melancólico:

—Adios, Alejandro... me voy...

—Hombre!... con qué tono tan triste me dices eso!.... Creo que irás á almorzar con este caballero.

—No, voy preso.

—Preso!... Dios mio!... y por qué?

—Por el pagaré de que te he hablado... mil doscientos francos y las costas... mil trescientos cinco francos... Puedes tú prestármelos?... Verás que pronto me dejan en libertad!

—Pobre Gaston!... si yo los tuviera... crees que hubiera esperado á que me los pidieras?

—Oh! no.... bien lo sé.... conozco tu corazon, Alejandro.

—Voto al sol!... ponerte preso!... Pero Collinet no te ha prevenido?...

—No... pero en cambio ha dicho á este caballero á la hora en que podia hallarme en casa positivamente.

—Tunante!... puerco!... y se llamaba amigo!... Yo le ajustaré las cuentas á ese bellaco!

Alejandro mira con cólera la puerta de Collinet, pero está herméticamente cerrada.

—Qué quieres, Alejandro?.... Las locuras se pagan....

por lo demás, preso y todo, trabajaré... no puede perderse el tiempo... y si no puedo vender la novela que estoy acabando... escribiré á Orleans para que vendan la casita que mi madre queria tanto... aunque esto lo haré en el último estremo... Tú vendrás á verme á la prision, no es verdad?

—Oh!... no tengas cuidado!... Crees que voy á olvidarte porque no estés ahí?

En seguida, llevando aparte á Alejandro, le dice Gaston:

—Lo que me causa mas pena, es separarme de ella... la encontraba muy raras veces, pero, en fin..... sabia que estaba ahí... cerca de mí... y esto ya era una dicha... Mas de una vez en medio de la noche me he levantado.... he subido sin hacer ruido, y me he sentado junto á su puerta... así estaba mas cerca de ella!... allí he pasado horas enteras sin decir nada... sin llamar, porque sabia bien que ella no me hubiera abierto... pero me parecia que estaba por ella... que protegia su sueño... y me volvia á mi cuarto contento y feliz!... No se lo digas, Alejandro, porque ni lo creeria... ni la enterneceria mí amor!... Sobre todo, no la digas que estoy preso por deudas.... adivinaria fácilmente por qué las he contraido... Te hago estas advertencias, solo como una medida de prevision.... por lo demás, creo que nada tendrás que decirla... porque ni aun preguntará por mí... ni se informará de lo que me ha sucedido... ni acaso sabrá que no estoy ahí!... Adios, Alejandro!... Ah!... si yo hubiera sido razonable, no iria donde voy.

—Bah!... ríete de eso!.... Cada edad tiene su contribucion... esta es la de la juventud, y es preciso pagársela.... Esta es otra deuda... y por cierto que es la única que yo he pagado de todas las mias.

—Adios, Alejandro, adios!

Gaston estrecha la mano de su amigo, dirige una última mirada al piso superior, y baja rápidamente la escalera acompañado del guarda del comercio.

Alejandro se queda en el pasillo consternado, afligido, furioso. Cierra los puños, aprieta los dientes, y da una tremenda patada en el suelo, murmurando:

—Ira de Dios!... se encierra á un guapo chico como este, porque se encuentra en un momento de penuria... él, hombre de bien, probo, honrado, que pagará sus deudas en el momento en que tenga dinero... y yo no podré atrapar á ese canalla de Bodinet!... un bribon... un estafador.... que vive solo engañando... y que roba... hasta á su propio hijo!... Sí, porque si yo tuviera el dinero que me debe Bodinet, podria con él pagar la deuda de Gaston, y librarle... Vamos, cuerpo de tal!... no hay que hablar mas de esto!... es preciso que yo dé con ese tunante!

Cuando ya ha desaparecido Alejandro del pasillo; y todo ha quedado en silencio, se entreabre suavemente la puerta de Collinet, asoma primero la punta de una nariz, despues un ojo que mira en todas direcciones, y por último aparece el pasante, observa con cuidado, y salta rápidamente mas bien que baja la escalera, diciendo:

—Imbécil de guarda!... va á decir que he sido yo quien le ha dicho á qué hora podria encontrar con seguridad á Gaston en su casa!... y Alejandro se ha incomodado.... es capaz de sacudirme!

Al pasar por delante de la portería llama á la portera.

—Señora Ador, me mudo, despido la habitacion... podeis cuando os parezca poner papeleta...

—Pero, señor Collinet, esta no es la época de despedir...

—No me importa... tratad de alquilarla cuando os acomode, porque yo no estoy en esta casa mas tiempo.... ya he estado demasiado!... ya me he divertido bastante!

XXIV.

OTRA VEZ LAS CRIADAS.

En París hay acontecimientos que es difícil de ocultar á los porteros. Por ejemplo; si teneis deudas, él lo sabrá antes que todo el mundo, porque él recibe los protestos, las citaciones, y si por casualidad no toma parte la justicia ni hay papel sellado, á él se quejarán vuestros acreedores, en su cuarto hablarán, gritarán, jurarán, amenazarán cuando no os encuentren, ó cuando despues de veros hayan sido despedidos sin dinero.

Cuando un portero ó una conserje saben que os ha sucedido cualquier acontecimiento dichoso ó desgraciado, es absolutamente lo mismo que si se hubiera pregonado por toda la casa.

La señora Ador, y la señorita Amanda habian recibido casi todos los papeles sellados para Gaston; despues habian visto llegar al guarda del comercio, muy de mañana, con un vigilante y un carruage; viendo que el vigilante se quedaba abajo, la señorita Amanda se habia apresurado á preguntarle qué hacia allí, y este la habia contestado con alguna rudeza:

—Estoy acechando á fin de que ese individuo á quien

venimos á arrestar, no tome las de Villadiego.

En fin, habian visto salir á Gaston llevando varios rollos de papel debajo del brazo y acompañado del guarda que habia dicho al cochero en voz alta, en el momento de subir al carruage:

—A la cárcel por deudas, calle de Clichy.

Al punto esta noticia contada á las criadas de la casa habia subido de piso en piso, y de cuarto en cuarto, añadiéndola algun nuevo comentario cada inquilino. Las señoras Mirolin en particular habian bailado de alegría, diciendo:

—Ya hay uno!... qué alegría!... si pudieran arrestar del mismo modo toda la casa!...

La señora Montenlair, al contrario, lo habia sentido.

—Pobre muchacho!... Ay!... si yo estuviese en fondos como en Bordeaux!... pero aun cuando se lo dijera á Filoséles, no me prestaria un franco con ese objeto!

La señora Patineaux, que tenia un corazon sumamente sensible y no entraba jamás en su casa sin echar una miradita furtiva hácia el piso superior, sobre todo despues que habia cambiado algunas palabras con Alejandro, y desde que su esposo la estaba atormentando con la idea de que se vestia para salir sin él, lo cual la sugirió el pensamiento de hacer conocimientos dentro de la casa á fin de no morirse de fastidio y poder estar agradablemente acompañada; la señora Patineaux, decimos, habia dejado escapar un profundo suspiro sabiendo que habian llevado preso á uno de sus jóvenes vecinos, si bien se informó de que no habia sido al mas alto de todos.

La criada de Mr. Beugle habia dicho:

—Lástima que no se hayan llevado al puerco rojo que hizo... horrores en casa!

La del médico, la señorita María, habia ido á contar á su amo este acontecimiento, y el doctor habia tomado su violin, diciendo:

—Como ese jóven toque cualquier instrumento, la pri-

sion, lejos de ser un daño, será un favor para él, porque podrá estudiar libremente sin que nadie le vaya á distraer, y adelantará considerablemente.

—Y si no sabe tocar el violin?...

—Entonces... tambien puede y tiene tiempo de aprender.

La señorita Cipriana, instruida de este incidente por su doncella Ceferina, se habia afligido al pronto esclamando:

—Pobrecillo Gaston!... y tal vez le habrán arrestado por alguna deuda insignificante... por una miseria... Oh!.. pero yo no le dejaré... no quiero que esté preso... esta idea sola me atormenta cruelmente!

Pero un instante despues el conde de Tamponiskoff habia venido á buscar á la bella bailarina, para que estrenara una nueva carretela, y Gaston habia sido olvidado completamente.

Y á pesar de todo; como la linda jóven del quinto piso no se trataba con nadie en la casa, hubiera ignorado siempre lo que le habia pasado á su vecino, si la señorita Ceferina, que se habia apercibido de que Gaston venia á suspirar á la puerta de Felicia, no hubiese acechado un dia el momento en que esta subia á su cuarto, para decir en voz alta en la escalera:

—Pobre señor Gaston!... haberle puesto preso!... cuánto lo siento!... si él cuenta con mi ama para que le ponga en libertad, me parece que ya tiene para dias... y sin embargo, se ha gastado muy bien el dinero con ella!.... lástima que haya durado tan poco, porque se divertian bien!

Estas palabras llegan hasta el corazon de Felicia, que se apresura á entrar en su casa para que no observen su turbacion, su emocion; pero una vez sola no trata ya de contener sus lágrimas, y se dice:

—Hé aquí dónde le ha conducido su amor por esa muger!.... la ha sacrificado todo cuanto poseia.... mucho ha

debido amarla!... ah!... yo hubiera jurado tambien que me amaba!... me lo decia de una manera que parecia tan cierto!... yo le creí, y á mi pesar dejé á mi corazon amarle!... Me parecia tan hermoso amar!... olvidaba mi cruel posicion... me decia que debe ser muy dulce poder dar espansion al corazon con el de una persona que divida nuestras penas... nuestros sufrimientos... que pueda protegernos si una desgracia nos hiere... aconsejarnos si nos hallamos en una situacion dudosa... porque la verdad es que yo no tengo ninguna persona de quien poder implorar proteccion... Mr. Bremont, ese antiguo amigo de mi padre, á quien se lo habia contado todo... Mr. Bremont, que venia a verme algunas veces... que me profesaba el mas cariñoso afecto.... y al cual estaba segura de haber encontrado siempre dispuesto á defenderme si me hubiese hallado amenazada... acaba de morir... he perdido un buen amigo.... La pobre Ernestina Danglade no tiene ya nadie que la proteja, que la defienda... porque el doctor Urtuby es un conocido, mas no un amigo... Además, él nada sabe y yo no le confiaria jamás mi secreto.

La linda jóven permanece largo rato absorta en sus pensamientos, y de repente, enjugando sus ojos, corre á la cómoda, registra uno de sus cajones, y toma una pequeña cartera que guarda en su bolsillo, diciendo:

—Porque me haya engañado.... porque haya amado á esa bailarina.... no es una razon para dejarle preso.... cuando está en mi mano libertarle.... Por otra parte, ya creo que no ha vuelto á ver á esa muger... ni va á su casa... y mas de una vez... hace ya dias... le he oido por la noche subir silenciosamente la escalera.... detenerse junto á mi puerta... y permanecer allí horas enteras... Yo no le veia... pero, quién á no ser él, podria hacer esto?... Ah!... yo no dormia mientras él se hallaba cerca de mí.... pero tenia tambien un especial cuidado de no hacer el menor ruido á fin de que no pudiera ni aun sospechar que yo estaba despierta!... le libertaré... pero no quiero que sepa que

es á mí á quien debe su libertad... Y entónces, cómo me arreglaré?... Yo no puedo encargarme de dar los pasos necesarios para que salga de su prision.... No veo mas que un medio... su amigo Alejandro... oh!... es un buen muchacho!... No me hace la córte, y me parece que puedo fiarme de él... es preciso que yo le vea... ir á su casa... seria comprometerme... si me viesen entrar ó salir del cuarto de ese jóven... hay tan mala gente en esta casa!... Todas las criadas tienen traza de estarme siempre espiando... dirian que era la querida de Alejandro... y á pesar de todo, es preciso que yo le vea, para que Gaston no esté preso mas tiempo... Yo acecharé esta noche el momento en que vuelva á su casa... Sí, es el mejor medio... le esperaré, porque es el único momento en que podré hablarle libremente sin que me vean.

Tomado ya este partido, espera con impaciencia la noche; pero como á veces solia tambien Alejandro volver á su casa durante el dia, deja su puerta entreabierta, y al menor ruido que oye en la escalera, corre á la meseta con la esperanza de que verá al que tanto desea hablar.

La señorita Ceferina, cuya puerta está junto á la de Felicia, y que yendo y viniendo ha observado lo que pasa, repara en que su linda vecina deja la puerta entornada en lugar de cerrarla enteramente como acostumbra á hacerlo.

La camarista empieza al punto á hacer comentarios sobre este incidente, y se lo dice á la criada del doctor, con la cual ha vuelto á hacer nuevamente las paces.

—Oidme, María; tengo que deciros una cosa.

—Y qué es?

—La linda calandria de allá arriba, la que conoce á vuestro amo...

—Sí, ya sé... la señorita Felicia, que no se llama Felicia... porque mi amo la dió otro nombre... Dios mio!... qué desgracia que no me pueda acordar.... En fin, es igual... qué hay?

—Esta mañana, hablando con Adelaida, dije en voz alta delante de ella con toda intencion, que su amante el señor Gaston estaba preso... porque es su amante, querida... estoy tan segura, como de que vos sois una muchacha honrada... Yo le oia subir por las noches la escalera á escondidas, á paso de lobo... y despues los pasos se detenian delante de su puerta...

—De veras?... Ay!... cuánto siento no tener yo tambien mi cuarto arriba!...

—En fin, ahora ya sabe que su amante está mandado guardar.

—Toma!... eso lo sabe toda la casa!...

—Toda la casa que habla, sí; pero no esa orgullosilla que no habla á nadie: esa no podia saberlo, y por eso yo me encargué de decírselo á gritos. Pues bien, desde que sabe todo esto, quereis creer que no cierra su puerta?... Ya veis que con el frio que hace, no creo que sea la estacion mas á propósito para tener la puerta abierta... Entonces, para qué la sirve tener fuego?... y cuidado que ella generalmente tiene un buen fuego, pero hoy, creedme... se me figura que está de acecho... ó aguardando á alguno.

—Tal vez tenga miedo de que vengan á prenderla á ella tambien...

—De seguro hay algo... pero la voy á vigilar... y sabré lo que está acechando... Ah!... si yo tuviera la confianza de un hombre, como vos teneis la de vuestro amo, ya hace mucho tiempo que le habia de haber sacado del cuerpo todo cuanto sabe acerca de esa pájara!

—Qué equivocada estais, Ceferina!... Vos creeis que es tan fácil hacer eso?... Con su carita de risa, el amo hace lo que le acomoda, y no lo que yo quiero. Un dia le dije: «Señor, qué es eso de la jovencita que vive en el quinto piso de esta casa, y con quien hablábais el otro dia en la escalera?... parece que la conoceis de mucho tiempo... y que sabeis quién es!..» Entonces se puso á mirarme con un aire socarron y me respondió: «Bueno, y qué?... qué te importa

que yo la conozca, ó no?...» —Señor, repliqué, es que todos los inquilinos desean saber qué éspecie de persona es, y si es digna de vivir en una casa honrada. En seguida tomó el violin, y contestó: «Mándame á todos esos inquilinos curiosos, y los recetaré un purgante, que le necesitan!...» Y se puso sin decir mas palabra á rascar el violin... Así es, que desde este dia, os aseguro que no me he atrevido á hacerle mas preguntas sobre este particular.

—Pues yo prometo que tengo de saber por qué esa señorita no cierra su puerta cuando está helando... No parece sino que está tan acalorada!...

Son ya las doce de la noche; Felicia sigue escuchando, y no ha oido entrar ni subir á Alejandro: ya empieza á temer que no venga á dormir á su casa, y suspira pensando que este incidente retardará la libertad del pobre prisionero; en fin, oye abrir y cerrar la puerta de la calle, y pasos despues en la escalera. Felicia sale de su habitacion silenciosamente, y va á inclinarse á la balaustrada de su pasillo; reconoce las pisadas del jóven que acostumbraba á subir los escalones de dos en dos, y cuando ya iba á abrir la puerta, le llama á media voz.

—Eh?... qué hay?... quién me llama?... dice Alejandro deteniéndose.

—Soy yo, señor Alejandro... vuestra vecina de arriba...

—Cómo!... sois vos, señorita Felicia?

—Sí.... desearia hablaros... para una cosa.... importante...

—Corriente... Quereis que suba... ó preferís pasar á mi cuarto por un momento?... pero os prevengo que apesta á tabaco.

—Dios mio!... no sé qué hacer... pero me parece que seria mejor que subiéseis...

—Allá voy al punto.

Alejandro sube rápidamente la escalera; la puerta del cuarto de la jóven está abierta, mas él se detiene en el umbral, diciendo:

—Me permitís pasar, ó deseais que me quede aquí?... hablad... haré lo que gusteis.

—Entrad, señor Alejandro... os recibo con confianza, porque me habeis dicho que seríais para mí un hermano, un verdadero amigo.

—Sí señorita, y os lo repito, y procuraré hacerme digno de la confianza con que me honrais.

Al decir esto Alejandro entra en casa de Felicia y cierra la puerta, porque en efecto hacia mucho frio, y como habia dicho muy oportunamente la señorita Ceferina, no era la ocasion mas á propósito para dejar las puertas abiertas.

XXV.

UN SUGETO POCO DELICADO.

Felicia presenta una silla á Alejandro que se coloca delante del fuego, diciendo á la jóven:

—Ya me teneis dispuesto á oiros, vecinita; si es que os puedo ser útil en algo, disponed de mí... estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Sí, señor Alejandro... tengo una cosa que pediros... mas antes, decidme... es cierto que el señor Gaston está preso... por deudas?...

Alejandro hace un gesto y contesta:

—Caracoles!... os han dicho eso?... y quién diablos ha

podido contarlo?... él me recomendó mucho que os lo ocultara... y de seguro, por mí no hubiérais sabido jamás una palabra.

—Las criadas de la casa lo han dicho delante de mí, al tiempo que yo pasaba.

—Cuerno con la casa!... es un verdadero cotarro!.. se sabe, se dice y se comenta cuanto hace cada inquilino... y me parece tambien que cuanto deja de hacer. Despues de todo, no veo un gran mal en que vos sepais dónde se halla ahora el pobre Gaston... él se figura sin duda que le íbais á acriminar su ausencia... forzosa... como si un acontecimiento de esta especie no fuese lo mas comun del mundo... porque eso le puede suceder á cualquiera.

—Yo!... acriminar al señor Gaston que tuviese deudas!... acaso es de mis atribuciones?... tengo tal vez el encargo de vigilar su conducta?...

—Oh, Dios mio!... vecinita... no teneis ningun derecho, es cierto... Gaston es dueño de su voluntad, no cabe la menor duda... pero... en fin... yo me entiendo... y vos tambien me entendeis... si no hubiese estado en relaciones esos quince dias con la linda bailarina del segundo piso... no hubiera hecho locuras... y por consiguiente, no hubiera firmado pagarés... Además, toda vez que os amaba, no ha debido ir corriendo tras de otra... Hé aquí lo que teneis el derecho de decirle... ó al menos, de pensar...

—Yo?... y de dónde suponeis eso?...

—Porque yo sé bien que Gaston os ama... porque me habia parecido que vos no érais indiferente á su amor... tal vez me habré equivocado... pero me estrañaria mucho.

—Si eso hubiera sucedido... ya veis que hubiera hecho muy mal creyendo en las palabras de vuestro amigo.

—No, señorita, no hubierais hecho mal; Gaston os amaba, y os adora siempre... Porque ha cometido una leve infidelidad... así... de paso... creeis tal vez que ha dejado de amaros?.. dudais de sus sentimientos?... es un error!... Los hombres no son perfectos... ni las mugeres tampoco... por

lo demás... un jóven encuentra por casualidad á una muchacha que le hace guiños... y ya se vé... sucumbe á la tentacion... El gran mal no está en el corazon... sino en los sentidos... Al cabo de quince dias ya no piensa en la que le ha distraido de su verdadero amor... y vuelve al redil, como se suele decir... es la marcha ordinaria ..

—Yo, señor Alejandro, no creo en ese amor volandero... si amase, jamás se me ocurriria coquetear con nadie... por consiguiente, desearia ser amada del mismo modo.

—Veo que estais celosa, vecinita... y lo siento... porque os costará mucho trabajo, sino es que sea imposible, el hallar un hombre incapaz de una infidelidad.

—En ese caso no amaré.

—No amar!... á vuestra edad!.. con un rostro tan hechicero!... es quizá posible eso?... creeis que ese seria el medio de ser dichosa?... Oh! no!... Habeis leido á Voltaire?

—No conozco mas que su teatro.

—Pues sus poesías tienen tambien mérito... La historia no nos ha dicho que Voltaire haya sido un hombre de gran suerte en amores, y sin embargo, oid lo que piensa del amor:

Fuerza es amar, el amor nos sostiene;
es triste hombre llamarse, y no tener amor.
Fuerza es....

Pero, dispensadme; supongo que no me habreis dicho que subiera para oirme recitar versos.... Volvamos á lo que queriais decirme.

—Pues bien, señor Alejandro; aunque... yo no creo en el amor de Gaston... no es sin embargo una razon para que deje de serle útil si puedo... Por qué cantidad está preso?

—Por un pagaré de mil y doscientos francos primero... y luego las costas... que en total subirá á unos mil y

trescientos francos... Ah!.... si yo hubiera podido encontrarlos!... Figuráos que desde esta mañana estoy corriendo solo con ese objeto!...

—Pues bien, ya no teneis que correr mas, señor Alejandro... ya los habeis hallado... Tomad, ahí teneis mil y cuatrocientos!... mañana mismo podeis poner en libertad á vuestro amigo.

Al decir esto, Felicia saca de su bolsillo la cartera, y toma de ella un billete de mil francos y dos de doscientos, los cuales presenta á Alejandro. Este se queda estupefacto, mira alternativamente á la jóven y á los billetes, y no se atreve á creer á sus ojos.

—Y bien?... dice Felicia... no quereis que vuestro amigo salga de la prision?

—Que si quiero?.... con toda mi alma!.. y eso es una dicha para mí!...

—Entonces... tomad esos billetes.

—Pero esta suma... os confieso que estaba tan lejos de esperar... Perdonadme esta pregunta... sois rica, señorita?

—Sin necesidad de ser muy rica, señor Alejandro, puedo disponer de esa suma sin apuros, y podeis aceptarla sin temor... ya veis que yo os la ofrezco sin avergonzarme, porque el orígen de mi fortuna es puro, y no hay en el mundo quien pueda reprochármele.

—Canario!... tocad esa mano, vecinita, y perdonadme!... oh!... yo jamás he tenido un mal pensamiento de vos... pero la sorpresa... la alegría... parece tan original el ver á una muger ofreciendo dinero... Bien sabeis que generalmente es al contrario... ellas lo necesitan... Ah!... dadme los billetes... lástima que sea tan tarde... pero mañana de madrugada... os respondo que echo á correr á la cárcel... Pobre Gaston!... no espera él por cierto salir tan pronto... y cuando sepa...

—Escuchadme aún, señor Alejandro... es preciso que me prometais... que me jureis no decir á Gaston que soy yo quien le libra...

—Ah!... esa es cosa que no me gusta... cuando se hace una buena accion, no comprendo por qué se quiere guardar el anónimo...

—Porque no quiero que vuestro amigo sepa que tiene que agradecerme... podria creer que con eso queria obligarle á estar sujeto á mí, y tal vez... en fin, no quiero que piense...

—Siendo bonita como vos lo sois, vecina, las personas aman sin que se les obligue á ello... Si fuéseis fea, comprenderia esos escrúpulos... pero en fin, si lo exigís absolutamente.... haré lo que deseais.... diré á Gaston que mi tio me ha enviado el dinero... sé que le va á parecer estraordinario... pero será preciso que se contente con esta esplicacion... Al cabo, si llegara á saber que es á vos á quien debe la libertad, se sentiria mas humillado todavia, y tendria mas vergüenza en acercarse á vos... vale mas que lo ignore hasta que esté en estado de desquitarse, lo cual no me parece que será tan pronto... porque la verdad... se me figura que los poetas cuando cuentan con el éxito y el producto de una comedia para pagar sus deudas... están muy próximos á hacer bancarrota. Con todo, Gaston tiene otros recursos ; posee en Orleans una linda casita que ha heredado de su madre, y en la cual ha nacido; su madre le habia rogado que no se deshiciese nunca de ella, pero si le es preciso...

—Ah!... señor Alejandro, ya veis que es forzoso ocultarle lo que hago por él, porque estoy persuadida de que para pagarme, venderia Gaston esta propiedad, y seria para mí... un remordimiento eterno!... Dadme vuestra palabra de honor de que no le direis jamás una palabra!...

—Jamás... me parece demasiado...

—Jamás, sin que yo os releve de esa promesa.

—Lo quereis así?... Pues bien, os empeño mi palabra... Ah!... cáspita!... ya tengo mi embuste!... ahora mismo se me ha ocurrido lo que voy á decirle... os lo esplicaré!... Pero, no.... lo dejaremos por ahora, porque tal vez de-

seareis acostaros... es tarde....

—No, no... os aseguro que no tengo sueño... no importa que esteis otro ratito mas... hablad, os escucho.

—Mirad de lo que se trata: recordais ese pobre chiquitin que está en casa del señor Loupard, en esa escuela que hay en el patio interior de esta casa, y al cual tuvísteis la generosidad de vestir de nuevo de pies á cabeza?

—Era preciso, puesto que su padre le habia quitado los vestidos que tenia.

—Valiente tunante es el tal padre!... pues bien, vecina, ese señor Bodinet... sabeis que el padre de Arístides se llama Bodinet?

—Sí, el señor Loupard le ha nombrado varias veces delante de mí.

—Pues este tal Bodinet, segun parece, ha tenido la destreza de engañar á mi tio, que es fabricante de cajas de polvo en Angulema... habia recibido de él, hace algunos meses, una letrita de cincuenta francos contra el mencionado Bodinet, la cual no pagó por cierto; pero hace quince dias me ha enviado mi tio dos letras del mismo Bodinet, no de cincuenta, sino de mil y cuatrocientos francos... estas letras están ya protestadas, porque no se encuentra al que las ha firmado.... pues bien, diré á Gaston que he conseguido que me las pagaran... En efecto, era mi única esperanza para libertarle.... Figuráos, vecina.... teneis sueño?

—No, no; continuad.

—En los cuatro dias que lleva Gaston encerrado, me he dicho: «Para sacarle de allí, es preciso que ese Bodinet me pague; pero para que me pague, necesito primero dar con él..» y dar con una persona á quien no se ha visto, ni se conoce... porque yo no conozco á ese farsante... no es cosa muy fácil... Sin embargo, cuando á mí se me pone una cosa en la cabeza, tarde ó temprano me salgo con ella... fuera de que, como os he dicho, era mi única esperanza para libertar á Gaston. En vista de esto, imaginé lo si-

guiente: segun las noticias que tengo de este señor Bodinet, es un hombre que debe frecuentar las tabernas, los bodegones, los garitos, en fin, todos los sitios que no están en muy buena armonía con la policía, los sitios á que concurre solo la gente perdida y que por respeto no os nombraré ahora. Desde el dia siguiente al arresto de nuestro amigo, me eché á recorrer los susodichos lugares. En los bodegones preguntaba si entre los parroquianos conocian á un tal Bodinet; á esta pregunta me contestaban siempre con otra, que por lo visto es de necesidad: «Qué hace? en qué se ocupa?....» Se ocupa, decia yo, en hacer farsas por donde quiera que va. Esto significa, vecinita, que pide dinero al primero que se le proporciona, y que desaparece cuando el que le ha prestado va á reclamar su dinero. En seguida me contestaban: «Conocemos infinidad de personas que se ejercitan en lo mismo que el individuo que buscais, pero que no se llaman como vos decís. «Ya habia visitado una porcion de sitios que de seguro ni aun son conocidos entre la buena sociedad, cuando esta mañana, en una taberna, donde hay varias mesas de billar...al oirme preguntar por Mr. Bodinet, un quidam de mala cara, pero que tenia una pipa tan larga como un pachá, me dijo: «Bodinet?... yo le conozco!... no es Bodinet el corredor de cajas de polvo?—Justamente, le respondí: el que yo busco se dedica á ese corretaje en grande escala.—Entonces, continuó el individuo de la pipa larga, si quereis encontrarle, yo os diré dónde concurre á jugar á los naipes. Subid el arrabal del Temple, pasad la barrera, y tomad el baluarte esterior á la derecha. Allí encontrareis á poca distancia un capilé donde se venden comidas á seis sueldos... allí hallareis á Bodinet.» Dí gracias al individuo, y me dispuse á buscar á mi hombre. Encontré el sitio que se me habia indicado. Es un mezquino café de mala traza, en cuya puerta hay un rótulo que dice *Fonda*, y un cerdo de yeso pintado se destacaba vigorosamente como para servir de muestra: al rededor de esta escultura se lee: *Al reposo de*

las lilas. Confieso que no comprendí qué relacion puede existir entre un puerco y las lilas, pero sin detenerme á descifrar este enigma, entré en la dicha fonda-bodegon, donde por el pronto me encontré sofocado por un olor de ajos, cebolla y humo, capaz de hacer llorar al hombre mas insensible. Despues de haberme enjugado los ojos, iba á empezar á mirar á mi alrededor para buscar alguno á quien preguntar, cuando me llamó particularmente la atencion una disputa suscitada entre tres hombres que estaban sentados en una mesa junto á la puerta jugando á los naipes... ó *espantando las moscas*, como se dice en argot. La disputa se habia animado al estremo de que uno de los jugadores tenia ya la mano levantada para dar de cachetes al que tenia en frente, cuando por un movimiento natural me aproximé á él, y le detuve el brazo.—Quién os mete aquí?... me dijo este hombre, mirándome encolerizado. Yo le miraba tambien. Juzgad de mi sorpresa, cuando en este hombre reconocí.... Mas para que podais comprender mi sorpresa, seria menester contaros antes otra historia que está enlazada con esto... es antigua... y temo... debeis tener sueño, vecina.

—Os aseguro que no, señor Alejando: contad, me divierte oiros.

—Pues entonces, vamos á tomarlo de mas atrás. Hará de esto mas de seis años... oh! sí; yo tenia entonces veinticinco, y cuando no habia hecho una conquista por la mañana ó por la noche, decia como *Tito*: He perdido el dia. Sucedió un dia que cierta rubia... muy bonita por cierto, me hizo olvidar todas mis otras pasiones. Se llamaba Herminia... en dos palabras; la hice la córte y no fuí rechazado: iba hacia algun tiempo á casa de mi nueva conquista, y cada dia estaba mas encantado de su belleza... pero no me sucedia lo mismo con su carácter, porque se me figuraba que cuando se hallaba á mi lado estaba inquieta, violenta... Un dia la pregunté la causa de esto, y me contestó: Es que temo no vaya á venir mi marido...—Diablo! es-

clamé yo: cómo es eso?... teneis un marido, y aguardais á hablarme de él ahora por primera vez? Yo os creia completamente libre. Y dónde está ese marido?... —Está viajando... á negocios... —Pero creeis que volverá pronto?.... —No por cierto. A veintiun años, y junto á una muger bonita, no piensa uno en maridos. Ya habia yo olvidado esta conversacion, cuando una mañana recibí un billete de mi rubia, á quien no habia visto hacia dos dias; me invitaba á tomar el té con ella aquella noche, y me recomendaba sobre todo que no olvidase que me esperaba con impaciencia. No falté á esta invitacion, como se puede comprender. Encuentro á Herminia sola, la acompaño, nuestra conversacion se anima y se prolonga... en fin, acababan de dar las doce, cuando de repente oigo abrir una puerta, y aparece delante de nosotros un hombre con aire furibundo, y la mirada irritada. A su aspecto, Herminia oculta la cara entre sus manos.—Bueno!... dije para mí... ya nos cayó que hacer!... este hombre es el marido! Y en efecto, este dicho hombre empieza su conversacion gritando: —Un hombre á solas con mi muger!... en mi casa!... á media noche!... Ah!... Rayo de Dios!.... ya veo que no se me esperaba tan pronto!... pero esto no quedará así!... yo vengaré mi honor!... Y al decir estas palabras, saca de sus bolsillos un par de pistolas enormes. Os confieso, vecinita, que en aquel momento no me sentí bien, por mas que no sea cobarde cuando llega el caso... comprendia que un marido al hallarme con su muger, solo... en medio de la noche... hora que se puede considerar como criminal... tenia el derecho de levantarme la tapa de los sesos; pero, sin embargo, no me pareció prudente ceder sin oposicion ninguna. Luego, este hombre que habia venido á caer como una bomba en medio de nosotros, no poseia en sí nada que pudiese inspirar ni respeto, ni arrepentimiento; era un sugeto no mal parecido, como de unos cuarenta años, mas su fisonomía, sus maneras, y hasta el sonido de su voz tenian algo de crápula. Su cólera no

era la de un celoso irritado por el furor; era una especie de fanfarronería, de jactancia; era el ruido que hace el que quiere intimidar. Mientras que yo le examinaba, él se paseaba por la habitacion, siempre con las pistolas en la mano. Primero habia apuntado á la muger, pero habia retirado el arma, diciendo. Tú!.... mas tarde nos veremos, pérfida esposa!... no perderás nada con esperar! En seguida dirigió las pistolas hácia mí, murmurando: Y si yo os diese muerte, qué diriais?—Si me preguntais mi parecer, contesté, diria que haciais muy mal, pésimamente, porque yo no os conozco, y cuando he conocido á esta señora, ignoraba completamente que estuviera casada.—Ta, ta, ta!... embustes!... disculpas!.... palabreria!.... no por eso dejais de ser culpable... os sorprendo en mi casa con mi esposa, y tengo el derecho de asesinaros como á un ladron... sin que por esto me resulte daño ni castigo ninguno. Y continuaba apuntándome. Cosa original!... en lugar de temblar por mi vida, sentia disiparse mi temor, porque me decia: Este hombre no tiene ganas de matarme, porque si la tuviera, ya hace mucho tiempo que hubiera concluido. Este, por lo visto, busca otra cosa.... pero qué es lo que puede querer?... estemos prevenidos! Cansado sin duda de tener su pistola en el aire, dejó al fin caer el brazo, y repuso con aire menos feroz: Bien mirado, no porque os mate adelantaré mas... quiero castigaros de otro modo que me sea mas provechoso... traeis con vos mucho dinero?..—Unos veintinueve sueldos, contesté dando un golpecito en el bolsillo de mi chaleco.—Entonces será preciso que empeñeis vuestra firma... Justamente tengo en mi bolsillo una letra de cambio de mil francos... vais á aceptarla, á firmarla y á girarla contra vos.... hecho esto, podeis retiraros.... ya veis que soy todo lo indulgente que puedo... os perdono la vida... pero si rehusais hacer lo que os digo.... trueno de Dios... nombre del diablo!.... os hago saltar el cráneo! Y levantaba el brazo con la pistola. Esto me hizo comprender al primer golpe de vista con quién me las entendia.

Este hombre era un canalla que traficaba con el honor de su muger, y ella debia ser su cómplice, porque esta escena me parecia cada vez mas preparada de antemano. Hacia algunos instantes que yo no cesaba de recorrer con la vista la habitacion buscando alguna cosa que me pudiera servir de arma, pero no hallaba nada, ni aun un baston: por fin, mirando con mas detencion, vi un palo que servia para colocar las cortinas, y que aun no estaba en su sitio. Era todo lo que necesitaba.—Y bien, continuó el individuo; por qué os decidís, jóven? quereis deberme mil francos, ó es preciso que os mate?—Pardiez! respondí; mejor quiero firmar.—Y teneis razon, es mas prudente. Mas para hacerme firmar, era preciso cortar una pluma, y traer un tintero, y en este momento era cuando yo le esperaba. Él continuaba mirando al rededor: Herminia tenia siempre la cabeza entre las manos, y no se movia; parecia esperar á que todo se acabara. Por fin, el marido vió una escribanía sobre un mueble; corre á tomarla, pero por muy listo que anduvo, cuando volvió á mi lado, ya tenia yo el palo de las cortinas en la mano. Del primer golpe que le apliqué vigorosamente, hice volar una de las pistolas, y del segundo el tintero; mi hombre se pone furioso, quiere arrojarse á mí; pero yo, que le esperaba, le paso mi palo entre las piernas, y cae jurando como un carretero, mientras que yo echo á correr á la puerta, y me salvo sin cuidarme de lo demás. Despues de esta aventura, no necesito deciros, vecinita, que no habia vuelto á casa de mi linda rubita. Mas os diré; hasta la habia olvidado; cuando dos meses despues, me la encontré un dia sola en el baluarte; iba á alejarme para no hablarla, mas ella se vino hácia mí, y me dijo con tono arrepentido: Alejandro, quereis perdonarme?—De qué? la repliqué; de tener un canalla por marido?... eso desde luego me figuro que no es culpa vuestra.—Oh! no es eso... os he engañado diciéndoos que ese hombre era mi marido. No soy su muger, gracias á Dios; pero habia sido mi amante antes que yo os conociese... es un malvado, y yo le te-

nia miedo... venia todavía algunas veces á verme, y él es quien me ha obligado á deciros que estaba casada.... él quien ha preparado toda esta escena, diciéndome que necesitaba absolutamente dinero... yo he sido bastante débil para obedecerle, pero el cielo me ha castigado bien por ello, porque cuando vos huísteis, arrojándole por tierra.... Dufortier volvió toda su cólera contra mí, y me ha llenado de golpes.

—Dios mio!.... qué nombre acabais de pronunciar?... barbotó Felicia interrumpiendo á Alejandro.

—El de ese miserable que se decia marido de Herminia. Y hoy en esa tasca donde entré, ese hombre que iba á pegar al otro, y cuyo brazo detuve, era él... sí, le he reconocido... era Dufortier... pero, Dios mio!... qué teneis, vecinita?... os poneis pálida... os sentís mal?

Felicia habia dejado caer la cabeza hácia atrás, y habia perdido completamente el conocimiento. Alejandro la sostiene, la dá golpecitos en la mano, la llama, trata de reanimarla; pero la jóven permanece inmóvil, su palidez es espantosa, y sus ojos continúan cerrados.

Alejandro corre por la habitacion, busca agua, vinagre, todo lo revuelve y no encuentra sin embargo lo que quiere. Por fin, dá con la botella del agua, vierte un poco sobre un pañuelo, y humedece la frente y las sienes de la jóven, pero inútilmente; Felicia no vuelve en sí. Desesperado, no sabiendo qué hacer, se decide al fin á abrir la puerta para pedir socorro, y se dá de cara con la señorita Ceferina que probablemente estaba atisbando por la cerradura.

—Ah!... no me habia engañado!... estabais con la señorita Felicia, picarillo!... dice Ceferina. Venís á contarla cuentos para distraerla?

—Ceferina, os lo suplico; no digais simplezas, y venid á socorrer á esa pobre jóven que ha perdido el conocimiento.

—Ay, Dios mio!... pues qué ha sucedido?.. está pálida

como una muerta!... Adelaida!... Adelaida!.... venid, venid acá... traed un poco de vinagre, si teneis... yo no tengo... porque siempre me sirvo del agua de Colonia.

La criada del primer piso, que tiene su habitacion al lado de la de Ceferina, llega con una botella de vinagre. Ceferina toma un frasco de agua de Colonia, y rocia el rostro de Felicia, y Alejandro entretanto ejecuta una operacion muy oportuna; abre la ventana. El aire fresco que llega hasta la paciente empieza á reanimarla, y en breve abre los ojos, y vuelve completamente en sí.

—Voy á buscar al médico del segundo piso, el doctor Urtuby, dice Ceferina.

—No, no... gracias!... no os molesteis... contesta Felicia. Es inútil... ya pasó .. y me siento bien ahora.

—Pero, qué os ha pasado? pregunta Alejandro. Estoy hablándoos, y de repente empezais á poneros amarilla y perdeis el sentido.

—No sé... algun vahido... algun vértigo...

—Acaso una indigestion, esclama la gorda Adelaida.

—O un acceso de celos, dice por lo bajo Ceferina.

—A fé mia, vecina, os confieso que me disteis miedo... no volviais en vos... y me ví precisado á llamar á estas señoras en mi auxilio.

—Yo las doy las gracias... y siento en el alma la molestia que las he causado...

—No hay molestia, señorita... Caramba! entre vecinas... hoy por tí, mañana por mí.

—Mas puesto que ya ha pasado... desearia descansar...

—Teneis razon, señorita; vamos á dejaros. Buenas noches, y mejorarse.

—Gracias, señor Alejandro.

—Buenas noches, señorita.

—Muy buenas, señoras, y os doy gracias nuevamente.

Alejandro baja á su cuarto, Cipriana se vá con Adelaida, diciéndola muy bajito:

—Lo veis?... Alejandro estaba con ella... Le recibe por la noche, mientras el señor Gaston está preso... vaya una niña!.... con su aire de santa.... buena pieza está!.... y cuando la he hablado de buscar al doctor Urtuby?...

—Oh!... dió un salto sobre la silla como si la hubieran clavado un alfilerazo!

—Porque la conoce... y quiere ocultarle su conducta...

—Es igual!... ya hemos visto bastante!... ya tenemos de que hablar mañana!

XXVI.

PESCA DE NUEVO GÉNERO.

—El dia siguiente á las dos de la tarde, y despues de llenar las formalidades de costumbre, salió Gaston de la cárcel por deudas.

Daba el brazo á Alejandro y no cesaba de repetirle:

— A tí te debo mi libertad... oh!... bien sabia yo que tú eras mi amigo!... pero cómo te has compuesto para procurarte dinero?... porque la amistad no es suficiente para poner en la calle á un detenido.

—Ahora te lo diré: he cobrado las letras que me envió mi tio.

—No estaban giradas contra el señor Bodinet?

—Sí por cierto.

—Y has podido conseguir que ese hombre te pague?

—Así parece.... Trabajillo me ha costado pero lo conseguí.

—Luego has encontrado su casa?

—Ya lo creo!... caracoles!... cuando uno se empeña en buscar á una persona, tarde ó temprano llega á encontrarla.

—Por supuesto, estoy seguro que le habrás reprochado la indigna conducta que ha observado con su hijo.

—Querido, yo empecé por pedirle mi dinero; cuando lo tuve , no pensé en otra cosa que en libertarte, porque me pareció que esto era mas urgente que nada. Ya estás libre que era cuanto yo podia apetecer: no estás acaso contento?

—Oh! sí; contentísimo, querido Alejandro. Ah!.... no esperaba salir tan pronto!.... Ahora, respóndeme á otra pregunta: has vuelto á ver á la que es mi solo y único pensamiento?

—Nuestra linda vecinita?... sí, la he encontrado.

—La has hablado?... sabe lo que me ha sucedido?...

—No se ha apercibido de nada. Hablé con ella nada mas que un momento... la dije que te habias visto precisado á hacer un viajecito á Orleans tu patria.

—Muy bien. Entonces no sospecha la verdad?

—Sospechas?... te aseguro que no las tiene.

—Óyeme... Parecia mejor dispuesta con respecto á mí? crees que se dignará perdonarme?

—No es que lo creo, sino que estoy seguro de ello.... pero es preciso hablarla, confesarla francamente todos tus deslices, y pedirla perdon en lugar de gastar inútilmente el tiempo en suspirar y gemir mirándola.... Ah!.... á propósito... toma noventa francos que te sobran.

—Cómo!... tambien me sobra dinero?

—Sin duda.... Yo habia cobrado mil y cuatrocientos francos que te destiné.... he gastado mil trescientos diez para ponerte en la calle... por consiguiente te sobran noventa.

—Y piensas que voy á tomarlos?... Ese dinero es tuyo.

—Nada de eso!... Yo lo debo á mi tio... tú se lo deberás á mi tio por mí... y quiero mejor que le debas la cantidad redonda, mil cuatrocientos francos... comprendes?... por consiguiente, toma tus noventa francos.

—Convenidos; mas á la verdad, Alejandro, que te has portado conmigo como un millonario, y esto me parece sumamente estraño...

—No veo la razon: cuando yo no tenga un céntimo, y tú estés en fondos, verás como cambiamos de papeles.

Gaston entra en su casa, lo cual hace prorumpir en una esclamacion de sorpresa á la conserje y á su sobrina. El jóven autor se siente feliz al verse de nuevo en su habitacion; mas para que su dicha fuese completa desearia ver á Felicia. Por su parte la jóven del quinto piso que no habia vuelto á ver á Alejandro desde la víspera, deseaba ardientemente encontrarle para preguntarle y conocer el fin de la aventura que la estaba contando cuando se desmayó, porque la presencia de las dos criadas la habia impedido despues interrogar á su vecino sobre la parte de la narracion que la interesaba vivamente.

Felicia se hallaba en la meseta de su piso cuando los dos amigos entraron en casa. La jóven esperimenta una dulce sensacion al volver á ver á Gaston, porque sabe que por ella disfruta de libertad; pero este mismo sentimiento la retiene y la impide darse á ver, porque la parece que Gaston adivinará entonces lo que ha hecho por él. Sin embargo, cuando se ha asegurado de que Gaston ha entrado en su cuarto, baja suavemente para tratar de hablar á Alejandro. Este se habia quedado en el pasillo ocupado en mirar por una ventana si la señora Patineaux estaba en su casa, lo cual conoció por el arreglo de las cortinas de las vidrieras; entonces abrió su ventana, y trató de entablar conversacion valiéndose del ardid de empezar á tirar pelotitas de miga de pan á los cristales de su vecina del tercer piso. No tardó esta en acercarse á ver lo que produ-

cia el ruido que acababa de oir; abrió sus ventanas, y Alejandro se escusó diciendo que eran guisantes de olor que estaba plantando en el alfeizar de la ventana. Fué preciso, pues, que Felicia le tocara en el brazo para quitarle de su conversacion.

—Ah!.... sois vos, vecinita?.... ya está libre Gaston.... ya ha vuelto... está en su cuarto.

—Ya lo sé, señor Alejandro: os he visto entrar á los dos!....

—Si vierais qué deseos tiene de saludaros!... le rehusareis esta dicha?

—No... yo tambien deseo verle... pero antes... hacedme el favor de responderme por piedad, señor Alejandro... ayer me contabais que os habiais encontrado con un tal... Dufortier... me parece que le habeis nombrado así.... es cierto?

—Así es, vecinita... Dufortier... un canalla.... un consumado bribon.... que ha querido pillarme de primo llamándose marido de una muger de quien yo era amante... Sin embargo, creo que os he contado anoche esta historia... Conocereis acaso á este ganapan?

—Yo no... pero una persona... que me toca muy de cerca... ha tenido la desgracia de conocer á ese hombre.... No es un sugeto alto... rubio... colorado... y que podrá tener como unos cuarenta y ocho años?

—El mismo, vecinita.... acabais de hacer su retrato.... añadidle unas patillas unidas á una barba espesa, una gran boca, lábios delgados y unidos, ojos colorados y falsos, aire insolente y pendenciero, y tendremos nuestro hombre completo; no es así?

—Oh! si, es él!... no hay duda!... Y decís que le habeis encontrado ayer?

—Sí por cierto.... en una miserable tasca fuera de la barrera... Habia entrado allí para buscar á mi Bodinet.... mas al ver dos hombres que iban á llegar á las manos, quise detener á uno... y era Dufortier... le reconocí, y él me

reconoció tambien... porque desasiéndose de mí, atropelló á todo el mundo y salió á escape de aquel sitio. Yo estuve un momento indeciso sobre lo que deberia hacer; pero el deseo de pedir esplicaciones al tal Dufortier me hizo olvidar el objeto de mis pesquisas. Salgo del café, miro á todos lados, avanzo algunos pasos por el boulevard esterior, y nada... mi hombre habia desaparecido como por encanto... es preciso que se metiera en algun otro chirivitil de por allí. Cansado ya de buscar inútilmente, vuelvo á la taberna, pregunto á una especie de mozo que habia allí, si conocia al señor Bodinet, y me contestó que él ni sabe, ni preguntaba los nombres de los concurrentes.... Entonces, vecinita, no tuve mas remedio que volverme á casa, aunque descontento por lo infructuoso de mis indagaciones.

—Y no habeis vuelto á ver á ese Dufortier?

—No tal!.... si os digo que desapareció como si se le hubiera tragado la tierra!

—Y cuando habeis vuelto á casa.... sabeis si os ha seguido?

—Seguirme!... él seguirme á mí!... pues no veis que, léjos de eso, en el momento en que me reconoció, me abandonó el campo?... Oh!... yo os aseguro que no tiene el menor deseo de seguirme!

Felicia pareció respirar mas libremente; su fisonomía recobró su tranquilidad y su alegría, y aun daba gracias á Alejandro sonriéndole, cuando de repente se abrió la puerta de Gaston, y el jóven aparece delante de ellos. Al ver á su linda vecina en conversacion con Alejandro, se quedó como petrificado: mas este esclama al punto:

—Cuerpo de tal!.... llegas á buen tiempo, Gaston!... acababa de noticiar á nuestra vecina que ya estabas de vuelta de tu viaje... y ella me contestaba que se alegraria de verte.

—Cómo!... seria posible que esta señorita... hubiese tenido la bondad de decir eso?

—El señor Alejandro altera un poco mis palabras... no

era precisamente... mas con todo... no tiene nada de estraño.... ni debe sorprenderos que alguna vez haya preguntado noticias vuestras...

—Ah, señorita!... no sabeis cuánto bien me haceis con esas palabras!... Estos ocho dias que he pasado léjos de aquí me han parecido siglos.... y no esperaba en verdad.... ni creia... sin Alejandro, estoy seguro que todavía no tendria la dicha de encontrarme cerca de vos.... de poder volveros á ver....

—Hum! hum!.... qué diablos estás diciendo ahí?... Y ved todo por qué es, vecinita... porque le he escrito que iban á poner en escena su comedia... pero os tenemos en la escalera.... y verdaderamente el tiempo no está para... hace un frio!...

—Pues bien, señores... si gustais subir un momento á mi casa... hay fuego... y siempre allí estareis mejor....

—Cómo, señorita!... permitís?... no os oponeis?... Oh!... aceptamos, no hay duda..... aceptamos.... No es verdad, Alejandro, que aceptamos?...

Gaston no está en sí de alegría: lee en los ojos de Felicia, que le ha perdonado: desde ese momento vé el porvenir de color de rosa, y no hay en el mundo un hombre mas dichoso que él. Ya está junto á Felicia en su habitacion. Alejandro tiene mucha menos prisa para subir, porque no deja de examinar la ventana de la señora Patineaux con pretesto de asegurarse del tiempo que hace.

De repente, y en el momento de entrar en el cuarto de Felicia, Alejandro, que no deja de mirar por la escalera, lanza una esclamacion de alegria, y se frota las manos diciendo:

—Oh!... es él... sí... no hay duda, es él... Juro á Dios que lo que es esta vez, no se me escapará.

—Quién?... quién es?... esclaman al propio tiempo Felicia y Gaston.

—Quién ha de ser?... ese viejo especiero de la señora Montenlair... Mr. Filoséles, que sube á casa de su amada y

tierna amiga... ya sabeis que él fué quien no quiso recibir en su casa al pequeño Arístides el dia que esa pobre criatura estaba vestida de papel de estraza y se moria de frio... hasta amenazó á Rosinita con meter al chiquillo en el comun si le recibia ella!...

—Qué infame!...

—Y qué quieres hacer?

—Darle una broma de las mias.. . quiero que á su vez tenga tambien él frio, para que sepa lo que ha hecho!... No le pondré en cueros, porque pareceria un animal raro, y podria dar miedo á la vecindad... pero tengo una idea... ya llama en el cuarto de la ex-actriz... bueno!.. dejémosle entrar... á la salida es cuando yo le espero... precisamente tengo en mi cuarto cuanto me hace falta... en otro tiempo fuí muy aficionado á la pesca.... debo conservar anzuelos, y sedales... con eso tengo bastante...

—Vas á pescar tal vez á Mr. Filoséles?

—No es eso precisamente... en fin, ya vereis.... esperad... vuelvo al momento, porque precisamente desde aquí es desde donde pienso maniobrar.

Alejandro deja entrar á Mr. Filoséles en casa de la señora Montenlair y baja rápidamente á su cuarto. Toma varios anzuelos de distintas dimensiones, un poco de liria que tenia para cojer pájaros, algunas hebras de hilo bramante y una caña, y provisto de todos estos objetos se dispone á volver á subir á casa de Felicia, cuando divisa á la señora Patineaux entrando en su casa: en un segundo baja otro piso mas, y se encuentra en presencia de la jóven señora del tercero.

—Buenos dias, señora... no habia tenido la inestimable dicha de veros hoy todavía... y me parecia que me faltaba algo.

—Gracias por el favor... pero qué llevais ahí? una caña... utensilios de pesca.... vais á pescar con el frio que hace?

—No, señora... ó por lo menos, si pesco, no serán pe-

ces... es una venganza que preparo.

—Una venganza?

—O si os parece mejor, una broma pesada que voy á dar á un señor de quien estoy resentido, y que en este momento se halla en casa de la señora Montenlair.

—Ah!... desearia verlo... tengo tan pocas ocasiones de divertirme! mi marido no quiere que salga sola nunca.... es tan sumamente celoso... y cada dia mas... creo que si continúa de este modo, va á concluir por encerrarme toda la mañana mientras está en la oficina.

—Y bien!... toda vez que no quiere que salgais, por qué no recibís algunas visitas?.... eso siempre os distraeria.... me permitís que vaya á veros alguna vez, encantadora vecina?...

—Oh!... no me atrevo... si os vieran entrar en mi casa... son tan mordaces, tan maldicientes los vecinos, que empezarian á murmurar.... pudiera llegar á oidos de mi esposo...

—Hay un medio escelente... para que no me vean entrar por la puerta, entraré por la ventana.

—Eso seria peor!.... lo que era una visita inocente, se acriminaria doble en seguida... y sino, mirad... Hace dos minutos que estoy hablando con vos .. pues bien, las señoras Mirolin han entreabierto dos veces ya su puerta.

—Mala peste en las tales señoras!... Os aseguro que en cuanto acabe con ese vejete que galantea á la señora Montenlair, me he de vengar de ellas!

—Hasta otro rato, señor Alejandro... me es forzoso entrar en mi casa... ahora me dejan trabajo, y si no le tuviera hecho, me dirian.... «Eso es prueba de que has salido, y has estado fuera de casa mucho tiempo....»

—Hola!... eso quiere decir que el señor Patineaux hace el tirano!... luego ese hombre es un tigre?...

—Y si supiérais el trabajo que me deja!.... de seguro que ni por asomo os lo podriais figurar!... ah!.. los maridos tienen á veces ideas originales, estrañas, rarísimas....

—En eso teneis razon... se les ocurren generalmente muchas ideas raras, pero difícilmente una buena!... Vamos á ver... me da compasion veros tan apurada!.... puedo seros útil, ayudaros en algo en ese trabajo que exigen de vos?

—No sé... tal vez... en fin, yo os le esplicaré mas tarde... otra te pego!... Ya está en la escalera la criada del doctor Urtuby, y se inclina sobre la barandilla para ver con quién estoy hablando.

—A mí me importa un pito de todas cuantas habladurías puedan inventar las criaduelas!

—Ah!... ya lo creo!... á vos sí, pero á mí no... Con que lo dicho, vecino... hasta otro ratito... voy á colocarme en la ventana del patio, y desde allí veré vuestra pesca.

La señora Patineaux entra en su casa. Alejandro sube al cuarto de Felicia, donde no habian echado de ver su ausencia, porque dos enamorados cuando hacen las paces son tan felices con solo poderse encontrar reunidos!... tienen mil disculpas que darse, y á veces sus ojos hablan mucho mas que la boca.

Desde que Felicia habia sabido que Gaston estaba preso, no sentia fuerzas en su alma para guardarle rencor. Su corazon la decia que ya estaba demasiado castigado: al hacerle un favor sin que él lo supiera, se ligaba mas y mas á él, porque un favor, un beneficio estrecha generalmente mas al que le hace que al que le recibe.

En cuanto á Gaston, se sorprende del cambio súbito que se ha operado en el carácter de la jóven, y se alegra ya en el alma de haber estado preso, porque á esos ocho dias de ausencia debia el ser ahora completamente feliz, porque está perdonado.

—Ya estoy aquí, dijo Alejandro: he encontrado todo lo que necesitaba sobre poco mas ó menos... creo que el hilo es todavía corto... teneis un poco de bramante que darme, vecinita?

—Sí, mirad, ahí teneis.

—Muy bien... y un pedazo de carton?... algun almanaque viejo, ó cosa así?...

—Ahí tengo uno del año pasado.

—El año no importa... perfectamente!... ya tengo todos mis avíos!

—Dichas estas palabras, agujerea por medio la hoja de carton, y ata á ella la cuerda que por el estremo tiene atado el sedal y los anzuelos. En seguida, unta de liria toda la hoja.

—Qué pájaro vas á cojer?

—Voy á cazar la peluca del ex-especiero; pero antes de cojer la peluca, es preciso cojer el sombrero. Con la hoja de carton llena de liria pesco el sombrero, y con los anzuelos la peluca. Esto es contando con que á Filoséles no le dé la gana de comer con Rosinita, lo cual desbarataria todos mis planes... pero no acostumbra á hacerlo... Por lo regular, cuando viene á verla á eso de las dos, se va antes de las cuatro... ya son las tres... voy á ponerme en emboscada aquí, en esta meseta; hablad entretanto descuidados, que cuando los actores entren en la escena, yo toseré ligeramente para avisaros.

Y diciendo esto, se coloca en el pasillo con todos los objetos que trata de emplear, poniéndose junto á la balaustrada precisamente sobre la puerta de la señora Montenlair.

Pasa un cuarto de hora, y tras este otro sin que salga nadie de casa de la ex-actriz de Bordeaux. Alejandro empieza ya á creer que el tiempo se dilata demasiado, mientras que Gaston le encuentra corto, porque se halla sentado junto á Felicia fijando sus miradas en las de la linda jóven y jurándola que no ha adorado nunca mas que á ella, y que en adelante nada habrá en su conducta que le haga merecer la mas ligera reconvencion. Felicia escucha estas palabras con gozo, porque sentia mucho el no mostrar á Gaston hacia algun tiempo mas que frialdad é indeferencia: á una coqueta la agrada disimular con el hombre que

ha distinguido; pero Felicia no era coqueta, y se sentia dichosa en no ocultar su amor al que la habia hecho conocer este sentimiento.

De repente un «Por fin»!» se escapa de los lábios de Alejandro. Es la puerta de la señora Montenlair que se abre y aparece el señor Filoséles llevando naturalmente el sombrero en la cabeza. Se detiene todavía algunos momentos en el umbral de la puerta para contestar á una pregunta hecha por Rosinita; este era el instante que aguardaba Alejandro. Al punto baja suavemente su carton untado de liria sobre el sombrero del vejete, y espera para tirar de la cuerda que se haya cerrado la puerta.

Al fin se despiden. La señora Montenlair se retira; el señor Filoséles se dirige á la escalera, y el jóven, tirando rápidamente del hilo, trae hácia si el sombrero del antiguo mercader.

Como llevaba una peluca tan enorme, no se apercibe al pronto de la desaparicion de este utensilio. Sin embargo, al llegar á la meseta del tercer piso, siente frio en la cabeza, lleva á ella la mano, y echando menos su fieltro, vuelve á subir al punto, diciendo para sí:

—Qué aturdido soy!... pues no me he dejado el sombrero en casa de Rosinita?,.. y ella tan loca como yo... que no ha observado que me iba descubierto!...

Y llama á la puerta de la señora Montenlair. Esta abre, y al verle volver le dice:

—Qué es eso, Filoséles?... teneis algo que decirme?

—No tal, Rosinita.... No observais la causa por qué vuelvo?...

—No en verdad... Por el baston no será, porque le llevais en la mano...

—Es cierto que tengo el baston; pero tengo tambien el sombrero?...

—Ay!... es verdad, que estais descubierto!... le teneis quizá en la mano?...

—Ya veis que no.

—Pues entonces...

—Es muy sencillo... me lo he dejado olvidado en vuestra casa.

—Olvidado, en mi casa?... No por cierto!... Estoy bien segura que lo llevabais puesto cuando salisteis.

—Si cuando salí le hubiera tenido puesto, le tendria seguramente todavía, porque yo no he saludado á nadie en la escalera...

—Pues no dudeis...

—Nada.... os digo que me lo he dejado olvidado en vuestra casa.

—Y yo repito que al separaros de mí le llevabais en la cabeza.

—En verdad, señora, que esa obstinacion pasa ya de ridícula!...

—Por qué?... porque os digo...

—No quiero oir nada... Os digo que está ahí dentro, y voy á buscarle al punto!...

Y se precipita en la habitacion, seguido de la señora Montenlair, que no cesa de repetirle:

—Os afirmo que no hay tal sombrero.... quién sabe dónde le habeis perdido?... pero de todas suertes, aseguro que le llevabais puesto.... hasta recuerdo que os le pusisteis un poco inclinado al lado... así... á lo maton!...

Alejandro apenas podia contener la rísa al escuchar este diálogo, y preparaba al mismo tiempo el sedal, al cual habia atado una media docena de anzuelos. No se hace esperar la víctima: sale de casa de la señora Montenlair y las voces se oyen nuevamente.

—Ya lo veis, ya estais convencido de que el tal sombrero no se os ha quedado en mi casa, dice la antigua artista. Os empeñasteis en buscarle ahí.... demasiado sabia yo que no le habiais de encontrar... os vuelvo á decir que al despediros de mí, le teniais puesto.

—Y entonces, señora, dónde está?... un sombrero no se pierde como una caja de polvo... yo no he bajado mas que hasta el tercer piso.

—Se os habrá caido, y no habreis reparado en ello.... voy á ver si yo le encuentro...

La señora Montenlair se dispone á bajar: el señor Filoséles se queda en tanto junto á la puerta, murmurando entre dientes:

—Qué ha de encontrar?.... imposible!.... estoy seguro, segurísimo que no está en otra parte mas que en su casa.... se ha empeñado en no querer mirar la mesa de noche.... Bien sé que ese no es el sitio de un sombrero... pero muchas veces por distraccion, sin saber lo que se hace, maquinalmente se toma una cosa por otra....

Y diciendo esto, el señor Filoséles se agachaba para reconocer todos los rincones del pasillo, porque ya iba oscureciendo; Alejandro acechaba este instante favorable para arrebatarle la peluca lanzando sobre ella los anzuelos..., dos veces erró el golpe, pero el vejete se inclina de repente sobre la balaustrada para ver si su amiga es mas afortunada que él. Esta posicion favorece estraordinariamente á los anzuelos, y la peluca desaparece como por encanto. Al punto arroja Alejandro el sombrero al pasillo del cuarto piso.

—Ah!... rayo de Dios!... qué es esto ahora?.. grita Filoséles.... ya no es el sombrero solo, sino tambien la peluca!...

—Dios mio!.... pero qué es eso?,.. vais á perderlo todo esta noche?... dice la señora Montenlair volviendo á subir.

Casi al mismo tiempo su vista se fija en el sombrero que está en el suelo, y lo recoje esclamando:

—Sabeis que teneis un buen modo de buscar las cosas, Filoséles?... Teneis el sombrero á los pies, y no le habeis visto!...

—A mis pies?... mi sombrero?,..

—Aquí está.

—Pues esto sí que es incomprensible!... hace una hora que estoy mirando por todas partes...

—Pues ya estais viendo que estaba aquí... Dios mio!...

qué facha tan ridícula teneis sin peluca!... pareceis un niño lloron!... pero al menos poneos el sombrero, sinó os vais á resfriar!...

—Pero, y mi peluca, señora?... nombre de un perro!... cuerpo del diablo!... yo la tenia puesta ahora mismo... qué significa esto?...

—Espero que no direis ahora que tambien la habeis olvidado en mi casa.

—Pero esto es cosa de brujería!.... rayo del cielo!.... truenos y centellas!...

—Por Dios!... no os incomodeis tan pronto, Filoséles!.. en seguida os encolerizais!.... tal vez se os habrá caido de la cabeza, cuando habeis estado asomado á la barandilla.

—Creeis eso?

—Precisamente debe ser, porque ella no se habrá echado á volar!

—Es que sus muelles son fuertes, y no se me cae tan fácilmente...

—Y no sabeis que hay dias desgraciados?... Vamos, estáos ahí, mal génio!... voy á bajar á buscar vuestra peluca en la escalera... pero os lo suplico... estáos ahí, y no os movais, porque segun estais esta tarde seriais capaz de perder vuestros calzones!

La señora Montenlair baja de nuevo, y Filoséles queda junto á su puerta, y continúa murmurando sin embargo:

—Mi sombrero!... mi peluca!... todo lo pierdo!... si tendré mi reloj?.... sí.... aquí está!.... esta casa es fatal para mí... siempre me suceden en ella cosas desagradables.... Oh!... es preciso que Rosinita se mude!...

La ex-actriz no subia, porque no encontraba nada; pero seguia buscando con empeño, y como anochecia por momentos, la costaba mas trabajo registrar.

El señor Filoséles se inclina de nuevo sobre la barandilla, diciendo:

—Encontrais algo?

—Ay Dios mio!... no... no la encuentro.... si hubiera dado con ella, ya hubiera subido...

—Habeis ido hasta abajo?

—Si estoy abajo precisamente... Voy á pedir á la portera que me preste una luz, porque es casi de noche.

—Por qué no enciende un quinqué vuestra portera?

—Dice que es muy temprano...

—Voy á bajar á ayudaros.

—No... no os molesteis... estáos quieto... Ya tengo luz y de seguro daré con ella...

—Tened cuidado al andar.... no vayais á pisarla....

Entretanto Alejandro, despues de haber hecho sufrir una transformacion completa á la peluca con unas tijeras que le habia prestado Felicia, la arroja al cuarto piso.

El señor Filoséles continuaba inclinado sobre la balaustrada, gritando:

—Pero no la encontrais?

—No por cierto.... no veis que estoy buscándola todavía?

—Deberiais haber dicho á la conserje que no dejara salir á nadie... si no la encontrais, es que alguno la ha tomado y se la ha llevado.

—Válgame Dios!.... y qué queriais que hiciesen de ella?

—Cómo, señora!.,. qué queria que hiciesen de ella?.., una peluca soberbia!... nada, lo dicho!... es preciso registrar á todos los que salgan... sabeis lo que me han quitado?... una peluca que me habia costado ciento y veinte francos!... Es necesario que parezca!... trueno de Dios!.... la necesito!... voy á ir á quejarme al comisario!... Ah!... volvereis á subir?... la encontrasteis al fin?...

—Ay, Dios mio! no .. no parece...

En este momento llegaba con su luz al cuarto piso la señora Montenlair. La primera cosa que salta á su vista, es la peluca que está en el suelo, detrás del señor Filoséles; se baja, la recoje, y le dice colérica esta vez:

—Sabeis, caballero, que hoy estais insoportable?...

—Qué quiere decir eso, señora?... qué significa ese tono acre?...

—Tomad, señor mio, ahí teneis vuestra peluca... estaba ahí... detrás de vos... y me la estais haciendo buscar hace una hora, y correr la casa de arriba abajo.... no podiais tomaros la molestia de mirar al rededor siquiera?... aquí... en el mismo pasillo!... Bien podeis perder todo cuanto querais, que lo que es ahora, os aseguro que no me he de tomar tanto trabajo por vos!...

El señor Filoséles se queda confundido, y no se atreve á contestar una palabra; pero toma la peluca que le presenta la señora Montenlair, y se la coloca inmediatamente; no bien se la ha puesto, cuando empieza á estirarla de todos lados, gritando:

—Y bien?... qué es esto?... Ah!... voto al sol!... esta no es mi peluca... ó me la han trasquilado.... Mirad, señora, apenas tiene cabellos!... y bien sabeis que tenia una magnífica melena rizada.

La ex-actriz acerca su luz para observarle mejor. La peluca de Luís XIV se habia vuelto efectivamente un peinado á cepillo, y Mr. Filoséles tenia una figura tan rara con los cabellos cortados de este modo, que su fiel amiga no puede conservar su sangre fria, y rompe en una carcajada, diciendo:

—Dios mio!... qué feísimo estais así!

La alegría de Rosinita aumenta la cólera de Mr. Filoséles; ya esta cólera se convierte en furor, cuando resuenan otras carcajadas en el quinto piso primero, y despues en la ventana de la señora Patineaux, y acuden todas las criadas de la casa á ver la causa de esta estraordinaria hilaridad. Entonces el vejete se encasqueta el sombrero de suerte que no se le ven mas que los ojos, y se lanza á la escalera, diciendo:

—Era un complot!... estaba seguro!... Lo habia adivinado... todo esto estaba preparado de antemano!... es decir

que continúan vuestros vecinitos divirtiéndose á mi costa!... Sí!... ellos son los que han trasquilado mi peluca!... Adios, señora... quedáos con vuestros vecinos!... En cuanto á mí, ahora mismo voy á quejarme, á dar parte.... voy á llevar como cuerpo del delito mi peluca ante los tribunales!...

Y Mr. Filoséles parte furioso y jurando en medio de las risas, de los gritos, y de una silba general.

La señora Montenlair entra en su cuarto, diciendo á Alejandro:

—Vos sois causa de que haya yo perdido mi bienestar!...

—Tranquilizaos!... repuso este. Yo conozco uno que se dedica á proporcionar sustitutos!

XXVII.

EL JUEGO DE ROMPE-CABEZAS CHINO.

La calma parece haber vuelto á la casa del arrabal Montmartre. Gaston se ha vuelto á dedicar á su trabajo con un ardor infatigable: una de sus comedias se ha ejecutado con bastante éxito y ha vendido además otro original. Puede, pues, vivir ya sin verse en la precision de deshacerse de su casita de Orleans, y con respecto al porvenir, sueña ya con aplausos, gloria y dinero, con lo cual espe-

ra reembolsar á Alejandro, que cuando se habla del particular no cesa de repetirle:

—No te apures por eso, hombre!... no pienses mas en esa deuda!... Ya te he dicho que á mí no me debes nada; á quien se lo debes es á mi tio, y bien puede esperar.

Lo que mas que nada hace dichoso al autor, es que la linda señorita del quinto piso le ha perdonado sus relaciones pasageras con la bella bailarina de la Ópera, y que además consiente en que vaya algunas noches á pasar en su casa una ó dos horas; sin embargo, siempre es con la espresa condicion de que irá acompañado de su amigo Alejandro: Felicia no oculta á Gaston que participa de su amor, pero no quiere recibirle á solas, porque acaso desconfia de los riesgos de una cita, ó de su debilidad al lado del que ama. Felicia, se vé que obra como muger de esperiencia, y que comprende que no se debe confiar mucho en sus propias fuerzas; téngase presente que no es una niña, que tiene veintidos años, y guarda un secreto en el fondo de su corazon.

La compañía de Alejandro no es incómoda para nuestros enamorados, porque apenas saluda á su vecina, cuando va á la ventana del pasillo á atisbar las ventanas de la señora Patineaux. Entonces Gaston se entrega entero al placer de poder hablar á solas con Felicia; y le tiene á raya, impidiéndole hacer locuras, el temor de que su amigo puede volver de repente, lo cual tambien dá confianza á la jóven.

Por otra parte, satisfecho con estar cerca de la que ama, Gaston se muestra tan respetuoso como tierno, y solo pide á su amada con instancia que le revele por qué en medio de sus mas dulces conversaciones se escapan de su pecho largos y profundos suspiros, por qué se llenan sus ojos de lágrimas muchas veces, y en fin, por qué vuelve tristemente la cabeza cuando la suplica que se una á él con un lazo eterno, que sea su esposa.

Felicia no quiere contestar á nada de esto, y se apresu-

ra á cambiar de conversacion; Gaston no se atreve á insistir, porque espera á fuerza de amor, probar á la jóven que es digno de su confianza.

Sin embargo, mas de una vez al pasar junto á las criadas de la casa, ó encontrárselas en la escalera, ha observado Gaston que se rien y cuchichean mirándole, pero le dá poco cuidado de todo cuanto puedan decir acerca de él, y se contenta con apretar el paso y pasar de largo cuando encuentra á cualquiera de ellas.

Desde la pesca de la peluca no ha vuelto el señor Filoséles á casa de la señora Montenlair, y la antigua graciosa de Bordeaux se pasea á menudo por el pasillo lanzando largos suspiros, y pasa cuartos de hora enteros asomada á la barandilla para ver si vuelve su antiguo adorador, porque como sus ventanas caen al patio interior, no tiene otro punto de vista para esperarle.

Pero la sensible Rosinita se afana inútilmente por representar en el pasillo el papel de la *hermana Ana*; el exespeciero no vuelve. Y cada vez que el loco de Alejandro pasa y vé á su vecina en esta posicion, no deja de decirla:

—Y bien?... hermana Ana... hermanita Ana... no veis venir nada?

Lo cual obliga á la señora Montenlair á entrarse en su casa refunfuñando, y á cerrar la puerta con coraje.

Son las dos de la tarde, y Rosinita, segun costumbre, ha ido á colocarse de centinela en el pasillo. Alejandro abre su puerta, y la dice como de ordinario:

—Hermana Ana.... hermanita Ana.... no veis venir nada?

Esta vez la responde la señora Montenlair con despecho:

—Calláos, mónstruo!... Vos sois causa de que me haya abandonado!... vos le habeis hecho huir de esta casa.... y me he quedado sola... no tengo nadie que me acompañe á pasear!

—No es culpa mia, mi querida señora Montenlair....

siento á la verdad no poderme ofrecer para ocupar el lugar del señor Filoséles... además, que estoy seguro que vos no me querriais aceptar tampoco... soy demasiado calavera....

—Tal vez... quién sabe?... por qué no probais?...

—No, no!.... no quiero esponerme á tan terrible prueba!... Pero cómo es que no habeis observado que existe aquí mismo, en esta casa, un hombre que se abrasa de amor, que muere por vuestros encantos, que enflaquece por vuestros hechizos?

—Qué?... hay en la casa un hombre que se abrasa de amor por mí?... y dónde está?...

—No léjos... aquí abajo.

—Cómo!.... seria por casualidad ese aleman grueso... Mr. Beugle?

—Justamente!... el mismo!

—Y decís que enflaquece por mis hechizos?.... pues si está gordo como un tonel!...

—Eso no significa nada!... Todos los dias estamos viendo personas muy enamoradas y muy gordas que sin embargo... hasta se ha observado que cuando están muy enamorados, los gordos engruesan mas que los delgados, porque van menos de prisa.

—Os quereis divertir á costa mia?

—Nada de eso... lo digo, porque estoy seguro de ello... porque muchas veces al encontraros en la escalera, al veros pasar, he oido á ese aleman murmurar sin apartar la vista de vos: «Qué hermosa es esta muger!... qué agradable me seria su compañía para bajar placenteramente el rio de la vida!»

—Ha dicho eso?... bah!... eso es un embuste!

—Y qué tiene de estraño, vecina, que ese hombre.... maduro, se haya prendado de vos?

—No digo que sea sorprendente... pero como ese señor jamás me ha dicho una palabra...

—Porque es muy tímido, y como le cuesta trabajo es-

presarse en nuestra lengua, le hace ser mas tímido todavía... está sumamente cortado para declararse!.... si vos le animáseis un poquito, ya veriais!

—Y cómo quereis que le anime?

—Eso sí que tiene gracia!... si iré yo á enseñaros cómo se lanzan miraditas tiernas... cómo se hace perder la chaveta á un hombre!...

—Calláos, serpiente!.... me estais seduciendo!.... no quiero escucharos!

Y la señora Montenlair entra en su cuarto haciendo guiños, arreglándose los cabellos, y mirando á hurtadillas á la puerta de la casa del señor Beugle.

Alejandro no se detiene ya en su proyecto; acecha la hora en que el aleman gordo debe venir á comer, le ofrece un soberbio cigarro, medio infalible de hacerse amigo de un tudesco, y le dice afectando una sonrisa de inteligencia:

—Llegais algo tarde, Mr. Beugle.... ella no está ahí!

—Guién es elia gue no está?... pregunta el aleman estrañándose.

—Vamos, canastos!.. hacéos el ignorante!... seductor!... Tenorio!... hombre de gran fortuna!... Cáspita!... siempre haciendo conquistas!.. no creais que, en medio de todo, veo en ello ningun mal... os divertís, y haceis bien!...

—Mas mí no gomprente esto!.... mí no me tibierta, borgue mí me fastitia mocho!.... me fastitia siembre!.... gómo!.... mí es un setuctor!.... un Denorio!.... un jombre te puenas fordunas!... mí no gomprente!...

—Caracoles!.... cuando se hace perder el juicio á las vecinas!... cuando suspiran por vos hasta el punto de pasar una gran parte del dia de centinela en la escalera, solo por veros entrar en vuestra casa... por contemplaros un minuto... comprometiéndose por vos á los ojos de toda la casa... me parece que eso bien se puede llamar una conquista... una buena fortuna!

—Mas guién jace totas istas donderías por mí?

—Hola!.... y fingís ignorarlo?.... Vamos, entre nosotros... entre hombres no se hace misterio de estas cosas!... tanto mas cuanto que sois enteramente libre!.... Ah!.... si fueseis casado... mi moralidad me impediria felicitaros por esto... pero un soltero y ella tambien soltera!... eso qué importa?...

—Mas, carrambo! .. te qué bersona me jablais fos?

—De quién tengo de hablaros mas que de la señora Montenlair?.... esa bella señora.... de una edad.... todavía bastante apetitosa... que vive en el piso de arriba... y que hace ya algunos dias pasa la mayor parte del tiempo de atalaya en el pasillo para veros?... es imposible que vos no hayais observado!...

—Oh!... sí... sí... es fertat!... mí ha fisto muchas peces ista siniora asomata en la esgalera!..

—Para veros!...

—Mas fos pensais gue era por fer á mí?...

—Estoy seguro... segurísimo!... si está loca por vos!... Cuántas veces me he hallado cerca de ella cuando vos subiais la escalera, y ella ha esclamado sin poderse contener: «Ay!... qué hombre tan hermoso!.. qué cumplido caballero debe ser este Mr. Beugle!... Dios mio!.... cuánto siento no saber el aleman!... quizá así podria hacerme comprender por él!»

—Oh!... es fertat!... si ista siniora jablara el aleman... mí la hubiera gomprentito!...

—Y hace un momento estaba arriba asomada para veros!.... Ha estado mas de una hora... pero vos no veniais, y se ha entrado en su casa con aire abatido, diciendo: «No viene!... ó tal vez... quién sabe?... comerá fuera!... Ay!... yo no podré comer!... no, porque hoy no le he visto!»

—Oh! *Tarteifle!*... toto iso que fos me tecís me jace un efecto pien pardicular! barece á mí gue toto ta fueltas!... y pien?... isto es igual... foy á gomer!

—Ea!... pues, hasta la vista, vecino.... y no os recomiendo mas, sino que no os hagais el cruel... qué diablos!..

esa señora todavía es bella!... además, es tan dulce ser amado!... lanzáos... escribid... dad una cita...

—Oh!... mí no atreferá jamás!

—Audacia!.... tened presente que la fortuna es de los atrevidos!... en fin, si puedo seros útil en algo... Ah... demonio!... aquí está la señora Patineaux que vuelve á su casa... ea, pues, sed galante á vuestra vez, vecino.... entráos en vuestro cuarto!

—Ah... pueno!... pueno!... mí gomprente!...

Y Mr. Beugle se entra en su casa y cierra la puerta, en el momento en que Mad. Patineaux pone los piés en el pasillo de su cuarto.

—Hola!.. dice Alejandro, saludando á su vecina: parece que todavía salís, amable vecina?

—Qué quereis?... á veces se vé una obligada á ello. A que no adivinais de dónde vengo en este momento?

—No me permitiria jamás preguntároslo, señora.

—Y yo tengo gusto en decíroslo, en cambio. Vengo de la oficina de mi esposo.

—Cómo, señora!... tanta prisa teniais de ver á vuestro esposo, que no habeis tenido paciencia para esperar á que vuelva á comer?... pues ya creo que no debe tardar mucho.

—Oh!... no es eso... me juzgais equivocadamente. He ido á la oficina, porque me mandó uno de sus escribientes, diciéndome que fuera allá al momento porque queria hablarme... No sabiendo lo que se le ocurria, fuí al punto al tesoro... porque mi esposo está en el tesoro.

—Solo con veros se adivina, señora.

—Pues bien, me mandaba llamar para avisarme que comia fuera hoy... que estaba convidado.... Yo creo.... no es verdad?... que podia haberme mandado esa misma razon sin incomodarme... sin esponerme... porque está helando... y se resbala al andar.

—Teneis razon, señora!... vuestro marido no sabe lo que hace... os espone á un resbalon.

—Me parece, le dije, que el mismo escribiente que fué á avisarme, podia haberme dicho eso... y sabeis lo que me ha contestado?.... que era por no estar tanto tiempo sin verme.

—Oh! esa es una esquisita galantería!

—No, pero no creais que me engaña á mí con eso!.... No es esa la razon de enviarme á buscar... era para darme trabajo hasta la noche... á fin de estar seguro de que así no he de salir.

—Para daros trabajo?.... pues qué, vuestro marido os hace trabajar?

—Todavía no os he dicho en qué.

—No; y ahora recuerdo que me habeis prometido decírmelo!

—Figuráos que desde hace algun tiempo, Patineaux se ha apasionado súbitamente de un juego que en otro tiempo ha estado muy en boga, pero que hoy nadie juega á él; es el *rompe-cabezas chino:* le conoceis?

—Esperad, vecina; es un juego al cual juega uno solo: hay que hacer una porcion de figuras de capricho que estan dibujadas en un cuadro; esas figuras se hacen todas con siete pedacitos de madera, cortados en distintas formas, y hay que emplear en cada figura los siete pedazos ni mas ni menos?

—El mismo!... veo que le conoceis perfectamente!

—Que si le conozco!... ya lo creo... era yo un jugador de punta... cuando se ha estudiado un poco la geometría, las matemáticas, eso ayuda mucho!.... yo era muy pequeño cuando jugaba á él, pero recuerdo que ejecutaba con la mayor facilidad todas cuantas figuras me presentaban.

—Ay!... qué dichoso sois!

—Qué dicha hay en eso, encantadora vecina?

—Hay que mi marido ha comprado un rompe-cabezas chino, con diez y ocho cuadros... en los cuales hay pintadas infinidad de figuras... hay dos ó trescientas figuras!

—Vaya!... hay con que divertirse un rato!

—Divertirse, decís?... Decid mas bien que hay con qué volverse imbécil!... Mi marido pasa ahora todas las noches en jugar al rompe-cabezas.... y no creais que es hábil.... nada de eso... hay veces que tarda cuatro ó cinco horas en hacer una figura... Anoche no se ha acostado hasta las dos de la mañana... decia que no queria acostarse sin hacer *su molino* porque la figura representaba próximamente un molino... Yo ya llegué á incomodarme, y le dije: «A ver si vienes á acostarte.... otra vez harás eso!....» Por fin, se acostó.

—Sin hacer el molino!

—Sin duda... pero cuando estaba durmiendo, empezó á soñar á voces .. Yo le oí decir. «Es el rombo el que hay que poner arriba... abajo el cuadrado...» De repente se despertó, se echó abajo de la cama, encendió una bujía, corrió á la mesa en camisa, tomó el rompe-cabezas, quiso arreglar las piezas, y se volvió á acostar con tristeza, diciendo: «Tampoco ahora he acertado.» Esto sucede muy á menudo.

—Pues vaya una pasion singular!

—Dios mio!... y al fin yo no diria nada si mi esposo se limitara á jugar solo; si eso le divierte.... me es igual que haga eso ú otra cosa.... Pero figuráos que le ha dado la manía de que yo tengo de jugar tambien á ese maldito juego!.... empeñado en que eso me divertirá!.... Ha comprado las piezas triplicadas, y á fin de que puedan jugar muchos al mismo tiempo, y cuando él no puede hacer una figura, quiere que yo la haga!

—Oh!... esa es demasiada exigencia!

—Y cuando sale por la mañana, me dice: «Esta y la otra figura tienes que hacer, Anita... si las haces, conoceré que no has salido, y te haré un regalo!»

—Pase por el regalo... pero, y si no haceis las figuras designadas?

—Oh!... entonces se pone de un humor endiablado, y se empeña en que me he ido á pasear... Ya veis... ya veis

la vida que llevo con ese maldito rompe-cabezas, que Dios confunda!... calculad si deberé fastidiarme!... En fin, hoy me ha hecho ir á la oficina, solo para decirme: «Despues que comas, te pondrás á hacer el *cuadrado perfecto*, y el *triángulo*, y entonces conoceré que no has salido...» Ya he ensayado antes una porcion de veces, y no he podido dar nunca con ese maldecido *cuadrado perfecto!*.... Es horriblemente difícil!... Ea!.... aquí teneis, vecino, las distracciones que mi marido me procura desde que se ha vuelto celoso, y ha tomado aficion al rompe-cabezas. Condenado juego!.... yo os aseguro que el nombre le sienta á las mil maravillas!

—Vecinita, si quisiérais permitirme daros algunas lecciones, ó mas bien hacer las figuras que vuestro esposo os ha pedido... no tendriais necesidad de trabajar... ó de emplear vuestro tiempo en una cosa que os molesta y fastidia.

—Cómo!.... es verdad, señor Alejandro?.... creeis que acertariais á hacer ésas malditas figuras?...

—Cuándo os digo que he sido un gran jugador de este juego!... cuando se llega á adquirir el manejo de las piezas, no tiene nada que hacer... se forma en seguida la figura que parece mas difícil... Yo os enseñaré, y estoy seguro que en dos ó tres lecciones sabeis mucho mas que vuestro esposo.

—No seria eso muy estraño.... porque lo que es él no sabe gran cosa.... pero si viera que inmediatamente hacia todas esas estrañas figuras que él pasa noches enteras en formar, y muchas inútilmente... entonces sí que estaria contento conmigo .. y me haria infinidad de regalos.....

—Pues bien... en vos sola consiste...

—Oh!... pero... es que... recibiros en mi casa... es tan comprometido.... temo á las vecinas.... á las criadas.... y por último, os temo á vos sobre todo!...

—Y qué podeis temer del que se hace un deber de ser vuestro esclavo?...

—Mi esclavo!.... mi esclavo!.... es chistoso el modo de obedecer que tienen estos esclavos!... Y sin embargo, me alegraria de saber hacer todas esas malditas figuras... Ay!... cómo me habia de burlar de mi marido, que asegura que este juego necesita talento!...

—Ya es de noche, vecina, y en este momento nadie me verá entrar en vuestra casa...

—Creeis eso?... Ay!... eso me recuerda que aun no he abierto la puerta!...

Y Mad. Patineaux mete la llave en la cerradura, mirando al rededor con inquietud.

No bien ha abierto su puerta, cuando se entreabre con precaucion la de las señoras Mirolin; pero ya Alejandro se habia precipitado dentro de la casa de Mad. Patineaux, que le sigue diciendo:

—Cómo es eso?... os entrais al fin?...

—Chit!... vecina, era preciso... de lo contrario me iban á ver esas vecinas Mirolin... curiosas... murmuradoras....

—Pero creeis que no os habrán descubierto?

—Os respondo de eso.... de un salto me planté dentro...

—Pero os ireis en seguida?...

—Ay vecina!... dispensadme, pero en este momento seria una imprudencia volver á abrir en seguida la puerta... todavía estarán acechando las Mirolin... y además, el rompe-cabezas... no quereis poneros al corriente?...

—Oh! sí!.... pero estoy temblando.... si mi marido os hallase aquí!...

—Todavía tardará en volver, si, como decís, está convidado á comer...

—Es verdad.... á menos que eso haya sido un ardid.... aunque no lo creo así... Dios mio!... pero ya está oscuro... voy á encender...

Alejandro, que sabe lo que favorece la oscuridad al amor, retiene suavemente por el brazo á Mad. Patineaux, diciéndola:

—Y para qué vais á encender?... qué prisa teneis?

—Cómo para qué?... para jugar al rompe-cabezas!.... vamos á jugar á oscuras?... no es preciso ver para jugar?...

—No es absolutamente necesario...

—Vamos, vamos!... dejadme buscar los fósforos... tengo miedo de la oscuridad...

Por fin, enciende la bujía, y la leccion se comienza.

Probablemente distraidos, prolongaron la leccion mas de lo regular, porque son las ocho de la noche cuando el jóven se despide de su vecina, despues de haberse esta asomado para asegurarse de que no pasa nadie por la escalera, y de que su profesor de rompe-cabezas puede salir sin ser visto.

Mr. Patineaux vuelve á eso de las diez: encuentra á su muger sentada junto á la mesa, en la cual tiene estendido el rompe-cabezas, y delante de ella hay tres figuras ejecutadas sobre un carton.

—Ah!... Dios mio!... esclama Mr. Patineaux inclinándose para mirar las piezas del juego. Es posible, Ana? tú has hecho el rombo.... el cuadrado perfecto.... el triángulo...

—Sí, amigo mio!... ya lo ves.

—Oh!.... pero esto es verdaderamente singular!.... es admirable!... Eres una jugadora como pocos...

—En efecto... creo que voy empezando á comprender este juego!

—Ves si tenia yo razon en decirte que te aplicases... que fijases en él toda tu atencion?... y sin embargo, tú no querias!...

—Lo que es esta noche, amigo mio, te aseguro que me he aplicado!...

—De este modo se encuentra distraccion en el juego este!... Y has empleado bien todas las piezas?...

—Oh!... todas absolutamente. Míralo tú mismo.

—Justo!... esacto!... Estoy contento de tí... Hace mucho tiempo que deseabas un manguito nuevo... pues bien,

voy á comprarte uno, porque le has ganado bien!... estoy orgulloso de tu talento!... Ah!... escucha... puesto que te veo esta noche tan bien dispuesta, si quisieras hacer delante de mí alguna figura.... por ejemplo, el cuadrilongo....

—No, esta noche no, amigo mio; te confieso que el hacer estas me ha cansado mucho...

—No tiene nada de estraño... lo concibo!... debes tener rota la cabeza!... pero mañana me harás una figura, mientras estoy en la oficina, verdad, Anita?

—Sí, amigo mio.... te haré una ó dos, ó... en fin, ya veremos!...

—Vamos, veo que le vas tomando gusto?... Tanto mejor, con eso te harás una gran jugadora!...

Y al dia siguiente, cuando Mr. Patineaux vuelve de su oficina, se queda completamente satisfecho de que su esposa no ha salido á pasear, porque le hace ver figuras del juego perfectamente ejecutadas.

No solo colma de regalos Mr. Patineaux á su esposa, encantado del nuevo talento que ha desplegado en el juego, sino que repite continuamente entusiasmado á todo el que quiere oirle:

—Que me vengan á decir que las mugeres no son aptas para aprender cosas difíciles, ciencias abstractas!... la mia se ha aficionado al rompe-cabezas chino!... con tal ardor se ha dedicado á él, con tanta persistencia, que en el dia puede desafiar al mas diestro, y le gana seguramente!... Esto prueba hasta la evidencia que cuando las mugeres desean saber, no tienen mas que querer.

96
X-5
189

XXVIII.

¡¡UNA GROSELLA!!

Era para Gaston un dulcísimo placer, un supremo descanso de sus trabajos cotidianos, el poder pasar la velada al lado de Felicia. Pero esta se negaba á recibirle siempre que no venia acompañado de su amigo Alejandro, y este, desde algun tiempo, demasiado asiduo junto á Mad. Patineaux, estaba raras veces dispuesto á acompañar á Gaston.

Hace, pues, tres dias que el jóven autor no ha podido hacer á su amigo que le acompañe, y hace tres dias por consiguiente que no le ha recibido su vecina del quinto piso; al cuarto dia no pudiéndose ya contener y no hallando en su cuarto á Alejandro, Gaston revuelve en su imaginacion algun medio para ser admitido por Felicia; por fin encuentra una idea, de que se halla contento, y corre á la escuela del señor Loupard.

Son apenas las seis de la tarde, los alumnos esternos han partido, pero el maestro de escuela está sentado delante de su estufa ocupado en leer un capítulo del Telémaco á su pequeño Arístides, el cual escuchando ó afectando escuchar á su maestro, juega junto á la estufa haciendo paja-

ritas de papel: una débil luz alumbra este inocente pasatiempo.

—Servidor, señor Loupard, dice Gaston entrando en la clase: apuesto cualquier cosa á que no esperábais mi visita.

—Y es verdad, caballero, contesta el maestro saludando profundamente al jóven; tanto mas cuanto que es ya tarde...

—Tarde?... no digais eso, señor Loupard; si apenas son las seis...

—Quiero decir, que ya es de noche...

—En Febrero amanece temprano... Adios, Arístides!... Dios te guarde, amiguito mio!

El niño ha corrido hácia Gaston que le da un beso, y continúa:

—Voy á deciros el objeto de mi visita, señor Loupard: me ha parecido que vuestro jóven alumno hace mucho tiempo que no va á ver á la señorita Felicia, esa jóven que se manifestó tan generosa con él, vistiéndole enteramente despues que su padre... os acordais?

—Sí, señor; oh!.... me acuerdo perfectamente!.... todo lo que esta criatura lleva puesto en este momento.... este buen pantalon, este paletot de abrigo... se lo debe á la señorita Felicia; vivid persuadido que no olvidaremos estas cosas... ni yo, ni Arístides!... muchas veces me habla él de sus bienhechores, y vos tambien entrais en ese número, caballero!... Es verdad que no ha vuelto á ver á esa señorita desde el dia que le compró un traje completo... nada, no ha vuelto!.... pero estad seguro de que no ha sido culpa suya ni mia. Varias veces nos hemos presentado á saludar á la señorita Felicia, mas ha sido inútilmente... ó bien habia salido, ó no queria recibir á nadie, porque no nos abrió la puerta, á pesar de que la conserje nos afirmó varias veces que estaba en su casa. El dia del año fuimos tambien á felicitarla... pero siempre en vano... Entonces, señor, me dije: «Esta señorita seguramente no gusta de

visitas, y en lugar de distraerla, la damos sin duda un mal rato con venir á llamar á su casa...» Aquí teneis la razon de no haber vuelto, aun á riesgo de pasar por ingratos.

—Jamás os he creido ingrato, señor Loupard.... la señorita Felicia ha mostrado, en efecto, durante algun tiempo bastante retraimiento de la sociedad; vivia en el retiro mas absoluto... pero de pocos dias á esta parte, huye menos la compañía... permite que alguna que otra vez vayan á visitarla... Esta noche pienso yo ir á verla... por eso he venido á buscar á Arístides, á fin de llevarle conmigo á casa de su bienhechora.... y me lisonjeo, señor Loupard, de que no temereis confiarme vuestro alumno, el cual además, como sabeis, no saldrá de la casa.

—Yo!... temer confiaros á Arístides!... oh!... no, señor, nada de eso... podeis llevarle donde os parezca.... Estoy tranquilo, porque os conozco; sé con quién trato... y vos siempre habeis hecho bien á este pobrecito abandonado!

—Entonces me permitís que me le lleve?

—Estoy pensando que tal vez seria conveniente que yo fuese tambien con vos... á fin de poder saludar á esa señorita... y esta noche me siento algo malo... me duelen las muelas...

—No es absolutamente necesaria vuestra presencia, señor Loupard.... al contrario.... eso tendria cierto viso de etiqueta que podria disgustar á nuestra jóven vecina.... quedáos... yo me encargo de disculparos...

—Entonces si creeis que puedo dispensarme de acompañar al niño... como gusteis... podeis llevárosle... Arístides... á ver cómo te portas en casa de esa señorita.... no alborotes... no seas travieso!... quietecito, y la das las gracias!...

—No tengas cuidado, papá Loupard... yo seré bueno!... Voy con mi amiguito Gaston... y este no me llevará á tomar chocolate...

—Quereis callar, señor charlatan?... Ya os he prohibido que se me hable de esta aventura.... Si vuestro padre os

quitó la ropa... seria por divertirse... ó tal vez una prueba de obediencia á que querria someteros... con que no hablemos mas del particular!...

—Y entonces por qué no me ha vuelto á traer mi ropa?

Mr. Loupard discurre un momento, y contesta:

—Quién sabe?.... tal vez se lo haya impedido algun acontecimiento imprevisto... suceden tantas cosas que ni aun podrian sospecharse!... Mr. Bodinet puede haber dado un desguince... ó cualquier otra cosa... en fin, repito que no se hable mas de eso, y que se olvide.... es vuestro padre, y...

—Y por qué me pegó un puntapié y me echó?.... pues yo no habia sido malo...

Mr. Loupard no sabe qué contestarle, y se limita á decir bajo á Gaston:

—Me pone este chiquillo contínuamente entre la espada y la pared con sus preguntas y sus reflexiones... Ay!.. caballero!... estos niños pequeños tienen mas talento del que se les supone .. Nadie mejor que ellos saben distinguir lo justo de lo injusto... No están todavía connaturalizados con los sofismas, y el falso raciocinio... no conocen el orgullo, el amor propio, el interés.... La naturaleza sola les hace hablar... dicen lo que sienten... y hé aquí por qué lo que pronuncia su boca es la pura verdad.

—Vamos. Arístides... despídete de tu maestro, y vente conmigo.

—No me le traigais muy tarde.

—Perded cuidado.

—No es porque yo quiera acostarme temprano... generalmente estoy leyendo siempre hasta las once de la noche...

—En cuanto él tenga gana de dormir os le traeré.

—Yo?..pues si yo no me quiero acostar nunca...es papá Loupard que siempre quiere que me acueste... y me dá coraje...

—Silencio, Arístides!.... eso no se dice.... ó me incomodo.

Por toda respuesta, el niño salta al cuello de su maestro, y se pone á besarle con afan, por mas que este le dice:

—Bueno... bien... basta, Arístides... quereis concluir?... me estás haciendo daño... no sabes que me duelen las muelas?

Gaston se lleva á Arístides; mas antes de subir la escalera para ir á casa de Felicia, le lleva á una tienda de juguetes que está á dos pasos y le invita á que tome los que quiera.

—El niño se decide por una caja de soldados de plomo, y con ella debajo del brazo se presenta con su amigo Gaston en casa de la señorita Felicia.

Al abrir su puerta, Felicia no percibe á primera vista mas que al jóven que la saluda, y se dispone á cerrarle el paso, diciéndole:

—Venís solo, señor Gaston, y ya sabeis lo que hemos convenido...

—No, no, señorita, no vengo solo... al contrario.... os traigo una persona que tenia deseo de veros.

Y al decir esto presenta al niño que estaba detrás de él.

—Felicia se sorprende al ver al chiquillo sonreirla, y decirla:

—Dios os guarde, señorita... mira, vengo á verte... y papá Loupard iba á venir tambien.... pero no ha podido porque le dolian las muelas...

—Ah!... es el niño del vecino!... murmura Felicia que no la agrada mucho la visita del niño, pero que le deja sin embargo pasar con Gaston.

—Hace mucho tiempo que este niño queria venir á daros las gracias por vuestras bondades hácia él, dijo Gaston: era ciertamente su deber, y el buen señor Loupard no es hombre que olvida tan fácilmente sus deberes... ha venido varias veces con su alumno á llamar á vuestra puerta, pe-

ro han estado degraciados... no les han abierto nunca.

—Dios mio!... siento mucho que se hayan incomodado inútilmente... pero lo que yo he hecho por ellos no vale la pena de dar nuevas gracias... Cuando se puede hacer un favor... no es para imponer á las personas un reconocimiento... Probablemente cuando ellos han venido á verme habria yo salido.

—Oid, querida vecina... se me figura que no os agradan mucho los niños.

Felicia se ruboriza, y como avergonzada del reproche que acababan de dirigirla, se apresura á colocar al niño en un sillon, junto al fuego; en seguida pone delante de él una mesita, á fin de que pueda colocar en ella sus juguetes, y ocupándose de estos detalles, dice á Gaston:

—Vos decís que no me gustan los niños?... Verdaderamente yo no lo sé... porque hasta ahora en ninguna parte de las que he vivido los habia.... no puedo saber si los amaria.

—No es esto haceros un reproche, encantadora vecina... hay sentimientos que no se pueden comprender hasta que la naturaleza los revela... cuando seais esposa y madre... Ah!.... estoy bien seguro que entonces amareis á vuestros hijos.

Felicia vuelve la cabeza, y va á buscar en su armario algunos bizcochos, pasas y almendras, colocándolo todo delante de Arístides, y le dice:

—Toma, hijo mio.... come lo que quieras.... cuando tengas sed, dímelo y te daré agua.

—Gracias, señora... señorita Felicia, responde el pequeñuelo abriendo su caja: no tengo hambre... prefiero jugar con mis soldaditos de plomo.... mi amiguito Gaston me los ha comprado ahora mismo... oh!... lo que es estos, no se los presto á Fenard... siempre me está pidiendo mis juguetes y todos me los rompe.

El niño va estendiendo sus soldados sobre la mesa, y no se ocupa ya de otra cosa. Felicia toma su bordado, y

Gaston se sienta junto á ella: la mira, la contempla á su satisfaccion, y durante algun tiempo parece contentarse con esta dicha.

—No habeis visto esta noche á vuestro amigo Alejandro?... dice Felicia rompiendo la primera el silencio.

—No... no le he visto... no estaba en su cuarto... y como no quereis recibirme cuando vengo solo, fuí por eso á buscar á este niño...

—Bien me lo figuré.

—He hecho mal?... os disgusta...?

—No, no por cierto...

—Hacia tres noches que no pasaba la velada junto á vos... y me parecia el tiempo tan largo!...

—Tambien á mí...

—Ah, querida Felicia!... cuánto bien me haceis con esas palabras!... si supiérais cuál es mi felicidad!... pero puesto que vos deseais tambien que esté á vuestro lado, por qué exigir que traiga siempre alguno conmigo?... por qué me negais la entrada cuando vengo solo?...

—Porque... vos mismo debeis comprender que no es decoroso que os reciba solo...

—Sois libre, y enteramente dueña de vuestras acciones, segun me habeis dicho... qué teneis que temer?...

—Y porque una sea dueña de sus acciones, debe romper las conveniencias?

—Ah!... es que no teneis confianza en mí?

—Hay una máxima que dice que no se debe confiar demasiado en sí mismo... Mi buen padre me repetia muy á menudo. «Hija mia, hay siete cosas en que no se debe fiar: Una nube, porque se disipa en un momento; una amistad del mundo, porque jamás es sólida; la belleza, porque la menor enfermedad puede destruirla; los elojios que hagan de uno, porque son viento; el amor de un hombre, porque cambia al menor capricho; los bienes de fortuna, porque el que los dá puede quitarlos de repente; y en fin, tu propia prudencia, porque está sin cesar en lu-

cha con las pasiones... No tenia razon mi padre?...

—Encuentro que hacia mal en incluir el amor en la cuenta.

—Oh! nó!... tenia mucha razon... el amor cambia al menor capricho que otro objeto... y tengo pruebas...

—Ah! Felicia!... Yo creia que me habíais perdonado...

Felicia oprime la mano de Gaston diciéndole:

—Vamos... he hecho mal... no hablemos de eso, amigo mio... ah!... es que os aseguro que sufrí mucho... Mirad... se me figura que soy celosa... yo no conocia esto antes de haber amado... es un cruelísimo tormento!...

—Bien lo sé, porque yo tambien soy celoso...

—Pero me parece que vos no teneis motivos...

—Ahora no... pero cuando empecé á conoceros, y mis dos vecinos del cuarto piso trataban tambien de agradaros... ah!... entonces sufria una horrible tortura!

—Es singular! yo creia que se debia conocer inmediatamente cuando uno era amado... me parece que para eso no se necesita mas que una palabra, una mirada, una sonrisa... Se mira tal vez al hombre que se ama del mismo modo que á los demás?

—Pero es que hacia algun tiempo no me mirábais de ningun modo!...

—Y juzgais eso señal de indiferencia?

—Amada Felicia, cuándo me unirá á vos por toda la vida un lazo mas dulce?... Qué obstáculo es ese que se opone á mi dicha... á la vuestra?... por que toda vez que me amais, debeis desear como yo que nuestra union sea indisoluble...

—Vos me ofreceis vuestro nombre... vuestra mano!... murmuró Felicia bajando los ojos: y sin embargo, amigo mio, no me conoceis, ni sabeis quien soy... Quién os asegura que soy digna de ser vuestra esposa?... que algun dia no os avergonzareis de haberme dado este título?...

—Yo!... avergonzarme de vos!... oh!... es imposible!... Hablad... hablad... os lo suplico... Decidme qué fatalidad se opone á vuestra dicha...

Felicia está vivamente agitada; su sien late con violencia.... se vé que su alma lucha con mil sentimientos, sus ojos se llenan de lágrimas, oculta el rostro entre sus manos y no puede hacer otra cosa que balbucear.

—Soy muy desgraciada!...

Enternecido por sus lágrimas, por los tormentos que parece sufrir, Gaston toma una mano de la jóven, y oprimiéndola contra su corazon la dice:

—Perdonadme, os he hecho llorar.... he hecho correr vuestras lágrimas con mis preguntas... os aflijo... renuevo vuestras penas... Ah! desde hoy ya no os pediré ni os preguntaré nada mas... esperaré... sí, os lo juro... esperaré á que vuestro corazon quiera confiarse al mio... No lloreis mas... que no sea yo causa de que sufrais mas...

Felicia enjuga su llanto y trata de sonreir á Gaston. En amor, las lágrimas se secan tan pronto como se vierten; ya era tiempo ciertamente, porque Arístides sin dejar de arreglar en batalla sus soldados, se pone á gritar:

—Callas!... por qué lloras?.. te ha reñido mi amiguito Gaston?... no sabias tu leccion?... No importa!... Cuando yo no sé la leccion no lloro...

—Te engañas, Arístides, dice Gaston; la señorita no llora; es que me contaba una historia en la cual hay una señora que tiene mucha pena porque le roban un perrito que queria mucho...

—Ah!... pues á mí tambien me gustan los perros... pero papá Loupard no quiere que tengamos uno, porque dice que come casi tanto como un muchacho... Yo puedo comer de estos bizcochos, no es verdad?

—Sí, hijo mio, todos son para tí.

—No, yo no tengo gana, voy á guardarme unos pocos en el bolsillo para papá Loupard, porque yo quiero que coma tambien bizcochos, que le gustarán.

—Eres muy bueno, Arístides... en la abundancia, te acuerdas de los que no tienen mas que lo estrictamente necesario... mereces que se interesen por tí!

—Pif!... paf!... pim!... pum!... mirad como se baten mis soldados! oh! qué bueno debe ser el ser soldado!... cuando yo sea grande quiero serlo tambien!... pero Finard dice que para ser soldado no merece tomarse el trabajo de aprender á contar ni saber ortografía.

—Finard no sabe lo que dice... habla como un holgazan... apréndelo todo, amigo mio, estudia mucho y no te descuides... en cualquiera posicion que la suerte te coloque, verás que la instruccion es el primer escalon para llegar á la fortuna y á los honores.

Arístides no responde, porque está completamente distraido en hacer maniobrar á sus soldados y en comerse las chucherías que han puesto á su disposicion.

Los amantes empiezan nuevamente una dulce conversacion, en la cual Gaston tiene nn cuidado especial de evitar todo lo que pueda disgustar á Felicia: la habla de sus trabajos, de los éxitos que espera, y la jóven participa de sus ilusiones y se lisonjea con sus esperanzas.

Hace largo rato que han dado las nueve. Los amantes siguieron hablando sin ocuparse del tiempo que pasaba, y sin fijar la atencion en que los pif!... paf!... pim!... pum!... y otras esclamaciones del niño habian cesado enteramente.

Felicia mira casualmente á Arístides, y vé que se ha quedado profundamente dormido. La hora acostumbrada de acostarse habia llegado, y el sueño habia sorprendido al niño en medio de su juego; su cabeza estaba recostada en el espaldar del sillon, y se habia dormido con un soldado de plomo en cada mano.

—Esta criatura se ha dormido, dice Felicia: sin duda hace mucho tiempo que ha pasado la hora en que acostumbra á acostarse; ya debiais amigo mio, habérsele llevado al Sr. Loupard.

—Sí, tal vez teneis razon, contesta Gaston; pero toda vez que ya se ha dormido y que de todas suertes es preciso despertarle para llevarle; qué importa que sea un poco antes ó un poco despues?

—Pero estará incómodo en ese sillon...

—Os aseguro que nó, mirad con qué descanso está durmiendo!...

—Me parece que está muy colorado...

—Temo que la corbata le oprima demasiado... A ver?... siempre será mejor que nada le incomode para dormir...

Felicia se aproxima al niño; desabotona su chaleco que tenia abrochado hasta arriba, y en seguida le quita el pañuelo que lleva al cuello; para colocarle mejor tira de él un poco, y el niño que tiene ya el cuello descubierto, hace un movimiento volviendo la cabeza al otro lado, y deja ver perfectamente un lunar que tiene en el cuello sobre el hombro izquierdo.

—Dionisio! qué es esto? murmura Felicia que se ha quedado como petrificada al aspecto del lunar.

—Gaston se acerca, le examina y contesta.

—Nada... un lunar bien claro y bien distinto que el chiquitin tiene en el cuello... es como una grosella!... si su padre le hubiera perdido, era un medio perfecto de reconocerle y encontrarle... pero me atreveria á apostar que ese señor ni aun ha reparado en él.

Felicia que está pálida y temblorosa, considera al niño con una especie de terror, y por fin murmura:

—Este lunar... Es cosa muy comun los lunares, no es verdad?... yo creo que muchas personas los tienen.

—Sin duda, muchísimas: pero pocas se encuentran que los tengan tan perfectamente marcados... si parece que se quiere salir de la piel... y no es negro, es rojo.

—Pero qué teneis, amada Felicia?... parece que estais temblando?...

—Es una especie de escalofrio que me ha dado de repente... Qué edad podrá tener este niño?...

—No puedo decíroslo exactamente... creo que podrá tener unos cinco años.

—Cinco años!... y su padre... cómo se llama su padre?

—Yo creí que lo sabíais... se llama Bodinet!...

—Bodinet?... ah!... sí... en efecto... ya me acuerdo!...

—Un individuo bien malo, segun parece... y la última accion que ha cometido puede sin disputa convencernos de quién es el sujeto.

—Habeis visto vos á ese hombre?... conoceis sus señas?...

—No lo he visto nunca.

—No viene á la casa á menudo á ver á su hijo?

—Creo que no ha venido mas que dos veces... La primera para traer el chiquitin á casa del señor Loupard, donde le ha dejado sin pagar su pensíon durante unos quince meses... y sin informarse una sola vez de la salud del niño... La segunda... oh!... esa fué todavía peor... vino á reclamar al maestro unas malas cajas de polvo que habia dejado en su poder... quiso que se las pagara por veinte veces su valor... y en fin, no pudiendo acertar en esta bribonada, se llevó á su hijo bajo pretesto, de que iba á ver á su padrino, y despues ya sabeis en qué estado han vuelto á traer al niño... porque lo habeis visto muriéndose casi de frio, y habeis tenido lástima de él... Ah!... mirad... cuando recapitulo toda la conducta de este hombre... todos sus indignos procederes... me digo que no es posible que este señor Bodinet sea el padre de Arístides... No... tanta crueldad no es natural... un padre no se conduciria así con su hijo!...

Mientras que Gaston habla, Felicia no aparta la vista del niño: parece estudiar todas sus facciones, buscar en ellas ó mas bien temer encontrar un parecido que le desagrada, y últimamente murmura con voz comprimida por la emocion.

—Hay sin embargo, hombres capaces de hacer todo eso... hombres cuya perversidad no conoce ningun freno, y parecen burlarse de todo cuanto la humanidad honra y respeta... Para esos hombres el amor paternal es una palabra vacía de sentido... y un niño es un instrumento que no es útil ni bueno, si no para servir sus intereses, su odio ó su venganza.

—Pobre Arístides! .. qué desgracia para él si su padre es así!... Pero á pesar de todo, mi querida Felicia, no debeis apesadumbraros por este niño.... A su edad, es uno dichoso; en hallándose al lado de personas que le cuiden y le amen. Arístides ha venido á parar á manos de un hombre escelente... en esta parte, el padre mas tierno no hubiera escogido mejor!... El señor Loupard le ha tomado cariño, y de seguro no le abandonará jamás! Desgraciadamente sus recursos son bien escasos, y no puede vestir al chiquillo muy bien; pero en cuanto á buenos principios, á moral, á todo, á todo lo que es su educacion, será perfecta... y á veces no se aprende tanto en colegios donde los alumnos se hallen vestidos con elegancia.

—Sí, sí, teneis razon... el señor Bodinet... no decís que su padre se llama Bodinet?...

—Sí tal... pero no parece sino que ese nombre os inquieta... Habeis hallado á ese hombre en alguna parte?

—No... no conozco á nadie que se llame así... Se sabe si ese hombre está casado?... Si tiene madre todavía este niño?...

—No se sabe mas que lo que el señor Bodinet ha querido decir... me parece, sin embargo, que al traer el chiquillo á la escuela, dijo ó dió á entender que era viudo.

—Ah! dijo que era viudo?

—Y qué?.. se puede dar crédito á las palabras de ese hombre?

—Tiene este niño una cara singular.... hasta esta noche no le habia yo examinado bien... A quién encontrais que se parece?

—A quién?... á fé mia!... á nadie que yo conozca... Él no es bonito, pero es simpático... su fisonomía es espresiva, alegre, espiritual y franca... No le volveis á poner la corbata?... temo no se vaya á resfriar...

—Ponérsela vos, señor Gaston... yo no me doy maña...

Gaston se apresura á poner la corbata al niño; pero por mas que trata de no despertarle, Arístides abre los ojos,

mira á su alrededor con aire de estrañeza, y dice:

—Calla!... me dormí y no estoy en mi cama... ah!.... y mis soldados?... dónde están mis soldados?...

—Delante de tí los tiene... Es posible, Arístides, que te hayas dormido en medio de tu ejército?

—Ah!... es mi amigo Gaston.... ahora ya me acuerdo dónde estoy... estoy en casa de la señorita Felicia... tambien la quiero mucho!

Felicia no puede contener un movimiento nervioso, y se levanta diciendo:

—Es preciso llevar este niño á su casa, señor Gaston... ya veis que tiene sueño.

—Sí, voy á llevarle á casa de su maestro... Aun cuando no es tarde...

—Son cerca de las diez... Es demasiado tarde para un niño.

—Vamos, pues, ya que es preciso.... Y no podré volver?

—No, esta noche de ningun modo.

—Ven, Arístides, ven; voy á llevarte...

—No... yo puedo ir andando...

—Nada de eso... estás medio dormido... yo te llevaré... es preciso aceptar las comodidades que el cielo nos envia... Mas antes dá las buenas noches á la señorita Felicia.

—Buenas noches, señorita... Me quieres dar un beso?

Y el niño presenta su mejilla á la jóven. Pero esta, despues de haber vacilado un momento, retrocede diciendo con voz alterada:

—No.... temeria.... he tenido calentura.... buenas noches!...

Y sin embargo, no pierde de vista al niño, que Gaston se lleva en brazos, y les alumbra hasta que se hallan completamente al pié de la escalera.

XXIX.

LAS APARIENCIAS.

Al volver de dejar al pequeño Arístides en poder de su digno preceptor, que empezaba á encontrar que le conservaban hasta muy tarde en casa de la señorita Felicia, Gaston se encuentra cara á cara con Alejandro que entraba en su casa cantando, y esclamó:

—Victoria!... vengo de una reunion donde se jugaba á la *baga* ó á la *begiga*... en fin, no me acuerdo del verdadero nombre de este juego... pero es igual... me he divertido en grande... he ganado veintiocho francos... mañana me los como... hace ya mucho tiempo que no me he regalado...

—Qué es eso? te has hecho ahora jugador, Alejandro?

—No; pero segun parece, ahora para ser recibido en una sociedad, es preciso jugar á la *bejaga* ó á la *bacija*...

—Y yo para que Felicia me recibiera, me he visto obligado á buscar un compañero...

—Diablo!... pues es difícil, porque la linda vecinita no recibe á todo el mundo.

—Y sin embargo, he encontrado uno, que le ha recibido conmigo.

—Y quién?

—Arístides, ese pobre chiquillo que está en casa del señor Loupard.

—El hijo de ese tunante de Bodinet?... Hombre!... cada vez que me acuerdo de ese bribon, me dá ira.... Decir que no puedo echarle la vista encima!...

—Cómo!... no puedes dar con él... y te ha pagado las dos letras de cambio de tu tio?

Alejandro se muerde los lábios: habia olvidado completamente la historia que habia contado á Gaston cuando lo sacó de la cárcel.

Se repone, pues, y trata de remediar su aturdimiento, diciendo:

—Es verdad que me ha pagado los mil y cuatrocientos francos... pero es que aun tengo otras letras que aun no ha pagado... Y cómo van tus amores con la vecinita?

—Siempre lo mismo; me ha confesado que participaba de mis sentimientos... me ama... pero cuando le propongo sea mi esposa, me contesta que es imposible... la suplico que me diga cuáles son los obstáculos que se oponen á nuestra union... y vuelve la cabeza á otra parte y se echa á llorar.

—Es singular!... pues yo en tu lugar, hubiera ido ya á ver al médico ese que vive en la casa.... un médico es bien fácil de ver... no hay mas que pretestar una indisposicion cualquiera... y hubiera tratado de obtener noticias... toda vez que, segun dicen, él conoce á esa jóven.

—Tienes razon; siempre estoy á tiempo de tentar ese medio.

—Yo no sé lo que podrá decirte; en cuanto á mí, he formado mi opinion, y nada me haria cambiar de ella.

—Y cuál es tu opinion acerca de Felicia?

—Que me casaria con ella á ojos cerrados.

—No me decias eso en otro tiempo!.... bastante burla me hacias de que pensara en casarme... y sobre todo con una persona cuyos antecedentes se ignoraban.

—Es que desde entonces acá han ocurrido cosas...en fin,

ya pienso de otro modo.. Además creo que de todas suertes... y hasta bajo el aspecto del interés, no harás un mal casamiento... los poetas no deberian casarse mas que con mugeres ricas.

—Qué significa eso?... qué es lo que te hace ahora suponer que la vecinita sea un buen partido... sea rica?... es porque vive en el quinto piso en una habitacion amueblada?... Tú, que eres tan franco en todos tus discursos, parece que ahora te embrollas...

—Es claro!... si sabremos como entenderte?... antes te hacia burla... ahora me embrolla, porque te digo que creo... que me parece... en fin, yo no sé por qué lo creo un buen paso, pero lo cierto es que lo creo... Buenas noches!

Y Alejandro se entra en su cuarto dejando á Gaston, que por su parte cree que su amigo le oculta algo.

Al dia siguiente á eso de las nueve llama Gaston á casa del doctor Urtuby, y sale á abrirle la graciosa Mariquita.

La linda criadilla deja ver una sonrisita burlona al decir al jóven:

—Calla!... si es el señor Gaston!... el vecino del cuarto piso!...

—Sí, señorita María, el mismo: está en casa vuestro amo?

—No, señor Gaston; vinieron á buscarle hace ya mas de tres cuartos de hora, por cierto que se incomodó, porque en aquel momento acababa de afinar su violin: iba á estudiar unas variaciones sobre el tema de... ya sabeis... es un aire que tocan todos los organillos.

—Me es indiferente saber el tema de las variaciones que iba á estudiar el doctor... Volverá pronto?...

—Sí, sí... ya me acordé... El tema es la cancion de *las fresas*, que hace...

No hay dicha, por Dios,
cual la de ser dos
á cojer la fresa.

—Quereis hacerme el favor de decirme si volverá pronto?

—No debe tardar, porque me dijo que le hiciera el chocolate para las nueve... el chocolate está listo... las nueve ya hace rato que dieron... Estais enfermo quizá, señor Gaston... que venís á consultar á mi amo?

—Sí... siento un dolor aquí... en la boca del estómago...

—En ese caso tomad un poco de vino de quina...

—Ah!... vos tambien entendeis de medicinas?...

—Ya lo creo... á fuerza de oir hablar de ellas todos los dias y á todas horas, estoy segura que me atreveria á curar tambien como mi amo... la única diferencia que hay es que yo no toco el violin...

—Sabeis, señorita María, que os estais burlando del doctor en este momento?

—Tanto peor... yo digo lo que sé... sentaos, que ya no puede tardar...

—No... tal vez se entretenga... yo volveré... á bien que estoy cerca...

La criada, que desea charlar y quiere detener á Gaston, contesta al punto:

—Yo os hubiera acompañado, señor Gaston, y tal vez os hubiera dicho cosas que os interesaran...

El jóven se detiene, vuelve al momento, y observa entonces el airecillo burlon que acompaña á la criadita sus palabras.

—Y... qué podeis tener que decirme que me interese tanto, señorita María?

—Haceos el tonto!... creeis que no tengo conocimiento de vuestros amores?

—Mis amores?... con quién?

—Pardiez!... ya no serán con la bailarina del segundo... esos ya pasaron... es historia antigua... hablo de vuestros amores con la señorita del quinto piso... que tanto se relame, y se compone... y por qué? vamos á ver... por qué?

—Y bien, si yo hago la corte á la señorita Felicia... si

la amo... en qué puede interesaros?... qué teneis que ver?...

—Yo?... vaya!... es que hay cosas que yo no puedo ver con sangre fria... sobre todo, cuando me intereso por las personas... eso me irrita!... me crispa los nervios!...

—De veras?... y por quién os interesais tanto?

—Por quién?... vaya!... por vos!... yo siempre me inclino á los hombres... además, como vos sois el que estais haciendo el oso en este negocio...

—Que estoy haciendo el oso?... y qué quereis darme á entender con esa frase, señorita?

—Mirad, si no lo entendeis, es preciso que seais bien romo de imaginacion... y en un poeta seria cosa muy estraña... Cuando se dice de alguno que hace el oso, quiere decir... que está en bábia... que se burlan de él... en fin, que se le engaña ..

Gaston lanza á la criadita una mirada despreciativa, y contesta:

—Sé que hay personas para quienes la calumnia es un placer: que pasan su tiempo en inventar mentiras y en hacerlas correr con la esperanza de perjudicar, de hacer daño, de sembrar por todas partes la discordia y la desunion... pero las personas que tienen un poco de talento ó de raciocinio no se detienen á recojer esa escoria que se siembra en su camino.

—Ah!... vaya!... está bien!... vaya una frase!... pero habeis de saber que yo no digo escorias, estais?... lo que yo hablo, es porque puedo probarlo... Además, que no es ningun secreto!... toda la casa lo sabe!

—Y qué es lo que sabe toda la casa?... veamos, señorita, hablad... esplicaos... exclama Gaston que apenas puede contener la cólera.

—Que la señorita Felicia se está burlando de vos... que os trata como á un pollo...

—La prueba!... la prueba!...

—La prueba!... La prueba es que no quiere recibiros cuando estais solo... que se hace la remilgada... que

quiere que lleveis siempre alguno que os acompañe... pero que mientras estábais preso... porque todo el mundo sabe que habeis estado preso... pues bien, durante ese tiempo no la daba cuidado de recibir á un jóven en su casa por la noche... y á éste le recibia solo y bien solo!...

—Mentira!... señorita, esa es una suposicion!...

—No señor... yo no miento... porque una noche... bastante tarde... ya lo creo!... como que era mas de la una de la mañana cuando sucedió lo que voy á referiros... habiéndose indispuesto la señorita Felicia en su conversacion con su caballero, éste no sabiendo qué hacer, pidió socorro; entonces acudió Ceferina que duerme al lado... y Adelaida... esa gorda... la criada del primer piso que tambien se acuesta arriba... y así ha sido... han ayudado en este caso dos al señor Alejandro á hacer volver en sí á la señorita Felicia.

—Alejandro habeis dicho?... Luego era Alejandro el que estaba por la noche solo con ella en su casa?...

—Sí, señor, sí... vuestro amigo Alejandro... ahí teneis lo que son los amigos!... lo que respetan los amores de otros!...

—Oh!... lo que decís no es posible... no puedo creerlo...

—No quereis creerlo?... Esperad un poco...

La criada del doctor Urtuby sale del pasillo, y llama suavemente á la puerta de la bailarina, donde aparece Ceferina diciendo:

—Quién está ahí?

Su amiga la conduce á su casa exclamando:

—Venid, Ceferina... venid á decir al señor Gaston que yo no soy una embustera... no quiere creer que su amigo Alejandro subia solo por la noche á casa de la señorita Felicia... que vos le habeis encontrado allí...

—Vaya!... pues si eso es ya viejo!... Además, el señor Alejandro fué quien nos llamó, porque la señora se habia *sincopado*... digo!... y estaba él poco apurado!... Adelaida vino conmigo... preguntad delante de mí á vuestro fiel

amigo, y vereis si se atreve á desmentirme.

—Y era por la noche?

—Ya lo creo! si eran cerca de las tres de la mañana!... fué la víspera de vuestra salida de la cárcel... Por supuesto que ya hacia dias que yo tenia sospechas... la señorita Felicia estaba muy á menudo en el pasillo... acechando al piso de abajo... dejaba constantemente su puerta entreabierta... Yo decia para mi: «Con el frio que hace no es natural...» Es verdad, María, que os lo dije?

—Si tal... oh!... bien me acuerdo!... seria tal vez que la señorita Felicia tenia celos de la señora Patineaux, porque parece que ahora la toca á esa... sabeis, Ceferina?

—Sí, ya lo sé... si yo sé cuanto pasa en la casa!... yo no soy como esa tonta conserje que no vé nada!... Qué calavera es el tal Alejandro!... Vamos, no tiene igual!... Pero vende á su amigo... y mientras que ese amigo está preso... eso sí que no se lo perdono!... Bien seguro que una mujer no haría una cosa como esa...

Gaston no contesta nada, porque estaba consternado. Ceferina vuelve á tomar la palabra al cabo de un instante.

—Si no me quereis creer, voy á buscar á Adelaida, la criada del primer piso, que tambien le vió aquella noche... vino conmigo á la habitacion de la señorita Felicia... por cierto que llevó una botella de vinagre... y ella podrá deciros...

—No, no... es inútil!... contesta Gaston deteniendo á Ceferina: os creo, señorita... os creo.

Y se dirigió hácia la puerta.

—Oid, señor Gaston!... dice María: y vuestro dolor de estómago? no esperais á que vuelva mi amo?

Gaston no la oye; está ya en el pasillo de su piso, y llama con fuerza á la puerta de Alejandro, pero inútilmente; Alejandro habia salido.

Gaston se queda algunos instantes reflexionando en lo que va á hacer; pero no se siente con valor para esperar la vuelta de Alejandro. Los tormentos que siente necesitan

estallar; no es dueño de su cólera, y subiendo rápidamente al quinto piso, llama á la puerta de Felicia.

La puerta se abre, y tal es el espanto que produce en la jóven el rostro pálido y desencajado de Gaston, que no se opone á que penetre en su cuarto, y le dice:

—Dios mio!... qué os ha pasado?... estáis pálido... desencajado... estais enfermo... ó ha sido algun acontecimiento desagradable?...

—Sí, en efecto... es un acontecimiento desagradable... el que acaba de sucederme... por eso me veis tan conmovido...

—Tranquilizaos; decidme lo que os atormenta... y si puedo calmar vuestra pena...

—No, me parece que será imposible!... Acabo de saber que era engañado... vendido indigna y villanamente... por personas... en quienes habia depositado toda mi confianza!

—De veras?... ah!... pero si es negocio de dinero, no os apureis por eso... el dinero puede reemplazarse.

Gaston se deja caer en un sillon, dirijiendo á su alrededor miradas sombrías; pero se siente sin fuerza para continuar. Felicia espera que se esplique, si bien la sorprende extraordinariamente el modo de hablar.

—Habeis sido sumamente amable, sumamente bondadosa en consentir recibirme solo hoy, dice Gaston con tono irónico; ahora no viene conmigo mi amigo Alejandro, el cual deseais que me acompañe siempre... preferís que sea él, y no sea ese niño que traje anoche, no es verdad, señorita?

—En efecto, no debo ocultaros que la vista de ese niño me causa una impresion penosa... Vos no podiais adivinar esto, no es cierto?... eso es consecuencias de algunas circunstancias que vos ignorais...

—Oh!... perdonadme!... hubiera debido adivinar que era á Alejandro á quien deseabais ver.

—Dios mio!... me decís eso de un modo... Qué teniais

esta mañana?... Anoche, Gaston, no estábais así conmigo.

—Ah!... es que desde ayer he sabido que no habeis sido para otros tan severa como para mí... La señorita no me permite entrar en su habitacion si vengo solo... pere no obstante, recibe á los que vienen solos, y lo que es aún peor, á los que vienen á su casa á las altas horas de la noche.

—Qué es lo que decís, Gaston?... que yo recibo personas en mi casa por la noche?

—Negareis, señorita, que habeis recibido á Alejandro? Pero, no... no podeis negarlo... porque le han visto en vuestro cuarto... dos criadas de la casa que han venido... porque os hallábais indispuesta... Y yo!... ah!... yo no podia venir!... Bien sabian que estaba ausente!... Vamos!... no decís nada? No os sincerais?... no tratais de justificaros?... Ah!... estais confundida! Ya veis que conozco perfectamente vuestra perfidia!

Felicia se queda consternada, porque recuerda lo que la sucedió la noche en que hizo subir á Alejandro á su cuarto. Pero no tarda en levantar la cabeza, y fijando en Gaston una tristísima mirada, le dice:

—En efecto... ahora recuerdo... ese acontecimiento... que habia olvidado... Teneis razon... una noche, Alejandro, vuestro amigo...

—Ah!... no le llameis mi amigo!

—Sí, caballero!... quiero y puedo llamarle así!... Pues bien... tenia que hablarle... era tarde, es verdad, cuando él volvia de la calle, y le supliqué que volviera un momento á mi cuarto!... pero no era tan altas horas de la noche... hablamos mas tiempo del que yo creia... El señor Alejandro me contó una aventura interesante... y cierto nombre que pronunció, me afectó de tal modo, que perdí el conocimiento... Esta es toda la verdad, caballero... pero jamás hubiera creido que el resultado de esta conversacion fuera que vos me acusaseis de perfidia!

—Señorita, permitidme deciros que la narracion que

acabais de hacerme es algo novelesca... Pero en fin, si nada culpable ha pasado entre vos y... el señor Alejandro; en qué consiste que hasta ahora tanto uno como otro me habeis hecho un misterio de esta circunstancia?... Alejandro que todo me lo dice, y jamás me ha hablado de ello... Qué teníais que comunicarle ó qué preguntarle tan interesante para hacerle subir á vuestro cuarto tan tarde?... Vamos!... no respondeis?... Debia necesariamente ser una cosa sumamente importante para haceros olvidar la línea de conducta que os habíais impuesto...

—Sí señor, sí... se trataba de una cosa sumamente importante!...

—Y no me decís lo que era?

Felicia vuelve la cabeza y guarda silencio. Gaston espera algunos instantes, y despues se levanta furioso exclamando:

—Ya veis que no podeis responderme!... Ah!... basta ya!... soy bien nécio en interrogaros mas!... Ya veis que vos y Alejandro teneis secretos que yo no puedo saber!... Adios, señorita... no volveré á importunaros mas... Recibid al señor Alejandro de dia, de noche, á la hora que mejor os parezca... pero no seré testigo por mas tiempo de la traicion de dos personas de quienes creia ser amado... desde mañana saldré de esta casa!...

—Gaston, oidme...

—Para qué le haciais subir á vuestra habitacion?... qué teníais que pedirle?... Nada!... Ya veis que no sabeis qué contestar!... oh!... pero yo le veré... no me habrá vendido, engañado impunemente!... con los hombres se puede encontrar venganza!... Adios, señorita!...

Gaston sale bruscamente de casa de Felicia que queda anonadada, y murmura al verle alejarse:

—Qué mal me juzga!... qué diria si supiera la verdad!

XXX.

UNA ALARMA.

Al separarse de Felicia, Gaston baja rápidamente al cuarto de la portera, y la dice:

—Señora, si hay quien alquile mi habitacion, podeis alquilarla desde luego: poned cédula, porque yo no permanezco mas en la casa.

—Cómo, señor Gaston!... tambien vos quereis dejarnos, como el señor Collinet?... mirad... todavía su cuarto no se ha alquilado... y bien sabeis que esta no es la época de despedir.

—No importa, señora; poned cédula que siempre se encuentra quien alquile fuera de tiempo.

—Pero señor, exclama la señora Ador espumando la marmita; qué tienen hoy todos estos jóvenes que se quieren mudar de casa?... Vamos, los ha dado envidia, como sucede con un estornudo ó un bostezo... Y ahora que recuerdo!... la saltarina del segundo piso, la bella Cipriana tambien se vá!... Lo que es á esta no la siento!... Voy á poner la cédula... pero, no... antes voy á echar las zanahorías en la olla.

Felicia permanece en su casa todo el dia; esperaba ver volver á entrar á Gaston, pero esta esperanza le sale falli-

da, y obligada á ir á hacer algunas compras al anochecer, se detiene un momento en el pasillo del cuarto piso; ya que no á Gaston, quisiera al menos encontrar á Alejandro: le daria parte de todo lo que ha pasado, y confia en que él encontraria medio de disipar las sospechas de su amigo.

Son las seis y media de la tarde, la noche ha cerrado, y hace ya mucho tiempo que Felicia ha salido, cuando la campanilla de la puerta de la calle suena con tal violencia, que la señora Ador, su sobrina y dos criadas de la casa, María y Ceferina, que se hallan en aquel momento en la portería, hacen un movimiento de espanto.

—Oiga!... qué es esto?... qué modo de tirar de la campanilla!... esto pasa de lo regular!... exclama la señora Ador que al saltar sobre su silla, donde iba á empezar á comer, se pincha en la punta de las narices con el tenedor.

—Vaya un campanillazo!... eso es indecente!... dice Amanda... me he contraido toda... Apuesto cualquier cosa á que es el gracioso del señor Alejandro... No sabe hacer otra cosa!... pues por lo mismo, que espere y se aguante!

—Regla general, añade la conserje: cuanto mas de prisa se llama, mas despacio se abre.

—Bueno es saberlo, dice Ceferina, que pasaba todas las tardes en la portería, porque su ama comia siempre fuera de casa.

—Tal vez vendrán á buscar á mi amo, contesta María; pero es inútil, porque se ha ido en casa de un amigo á tocar el violin.

Entre tanto se hace oir un segundo campanillazo, tan violento como el primero. La señora Ador que se habia puesto á comer muy tranquilamente, se asusta de nuevo, y se planta un pedazo de carne en un ojo; esto la decide á tirar del cordon de la puerta, diciendo:

—Vamos, que no me quieren dejar comer tranquila!... Vamos á ver quien es... lo que es este no pasa sin que yo le reconozca.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

No bien ha levantado el picaporte, cuando empujan desde fuera la puerta, se oye cerrarla vivamente, y Felicia, azorada, pálida, con el terror pintado en el rostro, entra y se precipita temblando en el cuarto de la conserje, exclamando:

—Ah, Dios mio!... Dios mio!... me parece que me ha reconocido... que me ha seguido!... Dios mio!... con tal de que no me haya visto entrar aquí!...

—Calla!... si es la señorita Felicia!

—Cómo... habeis sido vos la que habeis dado esos dos campanillazos?

—Pero qué os ha sucedido?... venís temblando... pálida... desencajada...

—Algun atrevido que la habrá insultado.... de seguro.

—Hija, desde que los hombres se han echado á fumar, no respetan nuestro sexo... nos miran, ni mas ni menos que la colilla de un cigarro.

Felicia que ha procurado calmarse un poco, responde al fin:

—Oh! sí... era un hombre que me ha seguido... y me daba miedo...

—Es claro!... os habrá dicho mil inconveniencias!...

—No, no me ha hablado... pero he tenido miedo... Eché á correr y me figuré que él tambien corria detrás de mí... Ah!... señora, os lo suplico... si llegase á venir, no le digais que yo vivo aquí.

—Qué habia yo de decir?... Pero no conociéndoos, cómo quereis que pregunte por vos?

—No sé!... pero daba á entender... parecia que me conocia... Quizá preguntará por otro nombre... pero no soy yo... porque si llegase á adivinar...

Felicia no acaba esta frase, porque llaman de nuevo á la puerta, pero esta vez con bastante moderacion. Sin embargo, la jóven se queda aterrada, vacila, y apenas puede pronunciar:





V. Urrabieta, dib° y lit°

Lit. de S. Gonzalez, Clara 8, Madrid.

— Escondame V..... yo selo suplico
escondame que el no me vea

—Es él... oh! estoy segura que es él!... me habrá visto entrar aquí...

—Y bien?... no os asusteis de ese modo... á último de todo, nosotras estamos aqui, y ese hombre no os comerá...

—Ah, señora!... pero es que no quiero que me vea!.. por piedad, no abrais!.. os lo suplico...

—Es preciso, hija mia, no tengo mas remedio que abrir; ese es mi oficio; y además, que podria ser algun inquilino.

—Entonces ocultadme, os lo ruego... ocultadme!... que no me vea!...

—Oh!... eso es mas fácil... Mirad, entrad en ese gabinete del fondo, que está mas oscuro que boca de lobo... bien se le puede desafiar á que os vea en ese sitio... las puertas son de cristales, pero las cortinas son de indiana.

Felicia entra vivamente en el gabinetito que se vé al fondo de la habitacion. Cuando se ha ocultado, tira la señora Ador del cordel. Todas cuantas mugeres se hallan en la portería se ponen en espectacion con la mayor curiosidad.

Un hombre penetra en la casa; ese hombre es el señor Bodinet.

Se dirige al punto á la habitacion de la portera, la cual registra con investigadora mirada, diciendo al mismo tiempo con una entonacion de voz que quiere hacer amable:

—Mil perdones, señora conserje, pero... no es en esta casa donde vive la señorita Ernestina Danglade?

—No la conozco!... contesta la señora Ador tomando un aire grave.

—Oh!... ella es!... reconozco ese nombre!... dice muy bajo María á Ceferina su amiga: ahora me acuerdo perfectamente... ese nombre fué el que la dijo mi amo cuando habló con ella.

—Ah!.. no la conoceis?... replica Mr. Bodinet afectando un aire de sencillez y jugando con un baston, que era un grueso palo cuyo puño le formaba una gran bola

de cobre dorado. Entonces me habré equivocado... y, sin embargo.... es bien singular.... hubiera jurado que era ella la que he visto entrar aquí hace un momento!.. era exactamente la misma figura... el mismo talle... Es alguna señora que vive en esta casa la que acaba de entrar poco antes que yo?...

—Sí señor, sí... es una inquilina de la casa.

—Y seria indiscrecion preguntaros el nombre de esa señora?

—Oiga!... sabeis que sois muy curioso, señor mio?

—Dios mio!... no puede ser la persona que vos buscais, caballero, interrumpe Amanda, porque esta señorita se llama Felicia.

La señora Ador mira á su sobrina con una espresion que quiere decirla claramente:

—Qué bestia eres!

Ceferina y Mariquita se miran sonriéndose.

El señor Bodinet observa todo esto, y dice con un aire indiferente.

—Dispensadme... veo que me he equivocado... Y esa señorita Felicia vive con sus padres tal vez?

—No señor.

—Sí señor, contesta la conserje interrumpiendo vivamente á su sobrina; vive con su padre y su madre, personas muy honradas, que viven de sus rentas.

El señor Bodinet se pellizca los labios y repone.

—Entonces serán personas que ocuparán un gran piso?

—No hay cuartos grandes en el quinto piso, dice la rubia riéndose; no hay mas que habitaciones...

—Pero pueden tener muchas habitaciones, contesta la señora Ador con impaciencia.

—Decididamente me he equivocado, dice el señor Bodinet saludando á todas graciosamente. Dispensadme, señora... siento en el alma haberos molestado...

—No hay de qué.

Mr. Bodinet sale de la portería, mas al llegar á la

puerta, mira á su alrededor con aire de impaciencia, diciendo para sí:

—Es singular... yo conozco esta casa... Sí, voto á tal! aquí es donde... Oh!... esto sí que es gracioso!... en fin, mañana yo buscaré á esa señorita Felicia...

Y añade en voz alta dirigiéndose á la portera:

—Teneis la bondad de tirar del cordel, señora?

—Está tirado.

—Ah!... dispensadme... no lo habia visto... mil gracias.

Cuando ya se ha cerrado la puerta de la calle, Amanda llama á la jóven que sale del gabinetito siempre pálida y temblando.

—Venid, señorita, venid... no tengais miedo... ya se ha ido.

—Estais bien segura?

—Oh!... segurísima... se detuvo un momento junto á la puerta mirando no sé qué, y en seguida salió.

—Pero no tenia nada de espantoso ese señor, responde Ceferina: al contrario... es muy político... muy cumplido...

—No os buscaba á vos, añade Amanda: ha preguntado por la señorita Ernestina Danglade.

—Ah!... ha preguntado... por ese nombre?...

—Y vos no os llamais Ernestina Danglade! dice Ceferina clavando sus ojos en Felicia.

Ésta se estremece, baja la vista, y trata de ocultar su terror y su turbacion, balbubeando:

—Bien sabeis... que no...

—Es particular!... exclama la señora Ador: se me figura que yo he visto á este hombre... que no es la primera vez que veo esa cara... pero no puedo recordar donde le he visto...

—No es ya jóven, pero es guapo, dice Mariquita.

—Sí, y sus modales son muy finos, añade Ceferina.

—Pues á mí me ha parecido cualquier cosa, interrum-

pe la conserje. Vaya un vestido raro!... un paletot abotonado hasta la barba... ni se le veia cuello, ni camisa...

—Quizá sea un antiguo militar.

—Cá!... eso si que nó!... hubiera venido vestido, aunque pobremente, mas curioso que este.

—Traia un precioso baston con puño de oro!...

—O de metal; eso no podemos saberlo!

—Y no ha dicho mas? repuso Felicia dirigiéndose á la conserje.

—Nada mas.

—Es decir, ha preguntado si la señorita Felicia era alguna jóven que vivia con sus padres, dijo María.

—Cómo!... pero él sabe que me llamo Felicia?... se lo habeis dicho?...

—Sí, mi sobrina ha hecho esa tontería... Por qué has dicho á ese tio tan curioson el nombre de esta señorita?... no era preciso...

—Dios mio!... y eso, tia mía, qué puede importarle á esta señorita, si ese señor preguntaba por otra persona?

—La fortuna es que yo tuve buen cuidado de decirle que la señorita Felicia vivia con su padre y su madre.

—Es verdad, contestó Ceferina; pero cuando se le dijo eso, hizo un gesto tan raro!... empujando con la lengua un carrillo... como cuando no cuela una bola...

Felicia no añade una palabra, sino se apresura á encender su luz, saluda á todas, y sube á su habitacion.

Luego que se ha alejado la jóven del quinto piso, las cuatro mujeres que están reunidas en la portería empiezan á hablar todas casi á un mismo tiempo.

—Sabeis que es particular todo esto?

—Es ella misma, la persona que ese hombre buscaba, Ernestina Danglade.

—Y cómo sabeis vos eso, señorita María?

—Cómo?... nada tiene de particular!... Cuando Mr. Urtuby reconoció á esta señorita en la escalera... y estuvo hablando con ella... así es como la nombró.

—De veras?...

—Estoy segura, además si no fuese ella, por qué tener tanto miedo de ese desconocido?... por qué habia de haber llegado corriendo y casi próxima á desmayarse?

—Vamos, si eso no se comprende!... Desde luego debe una figurarse alguna otra cosa!.. Pues qué; se asusta ninguna mujer de ese modo, porque un hombre la siga en la calle á las seis y media de la tarde?...

—Y en el arrabal Montmartre, donde, gracias á Dios, nunca falta gente.

—Yo no salgo ni siquiera una vez por la noche sin que me siga alguien.

—Toma!... lo mismo me sucede á mí.

—Y á mí!

—Y me requiebran, y me hacen declaraciones... y me hacen proposiciones...

—Hasta hay hombres que quieren tomarla á una del brazo por fuerza!... qué atrevidos!...

—Y pellizcan á una donde primero aciertan.

—Pues yo, cuando me incomodan mucho, los despavilo pronto... les alargo una coz y ya van aviados.

—Yo no: yo, cuando se ponen pesados, les digo: «Si no os separais de mí, voy á llamar á un sargento de villa.» (1) Generalmente siempre se van. Vamos, es preciso que la señorita Felicia conozca á este individuo.

—Tan seguro como dos y tres son cinco.

—Quién podrá ser ese hombre?

—Tal vez su marido.

—O su padre, ó su hermano... se habrá fugado de la casa paterna, y la andarán buscando para darla una soba.

—Pues yo no lo creo así!... la señorita Felicia debe ya ser mayor de edad, y dueña por consiguiente de supersona.

—Yo me inclino á creer mas bien que es su marido... se habrá huido... le habrá hecho alguna mala partida... naturalmente, habrá cambiado de nombre, y tiene miedo

(1) Equivale á nuestros *municipales*.

de que la encuentre, porque entonces la obligará á volverse á su lado.

—Ya lo creo!... como que la ley está en su favor!... hasta puede traer un comisario de policía para obligarla á seguirle en el caso de que quisiera resistirse!

—Ah!... eso sí que seria gracioso!... Ver mañana llegar á ese señor acompañado de la justicia!..

—Señorita, dijo la señora Ador que habia hablado menos que las otras porque ha continuado comiendo, pues á mí no me haria maldita la gracia el ver una escena de ese género en nuestra casa... porque estoy segura que esto desagradaria extraordinariamente al señor Borrego... En seguida me diria: «Por qué no os informais de antemano á quien alquilais?...» Pero tengo esperanza que no sucederá tal cosa, y que lo mismo que ahora podré siempre comer y vivir descuidada.

Las dos criadas salen de la portería para ir á contar cuanto ha pasado á las demás criadas de la casa.

Al dia siguiente, cuando aun apenas clareaba, tocaron á los cristales de la portería. La conserje, que todavía no se habia levantado, gritó desde la cama:

—Quién está ahí?... qué se ofrece?

—Quisiera hablaros ahora mismo, señora; tened la bondad de abrirme la puerta.

La señora Ador, que ha reconocido la voz de su linda inquilina del quinto piso, se levanta corriendo, se echa apresuradamente un traje, y abre. Felicia entra llevando dos abultados lios debajo del brazo.

—Dios mio!... señorita, sois vos la que salís tan temprano?... pero, hija mia!... si apenas está amaneciendo!... y dónde vais con esos dos lios tan grandes?

—Parto, señora... voy á mudarme.

—Os mudais?... pero, Dios mio!.... es esto una enfermedad?... Ahora parece que á todo el mundo le ha entrado prisa de mudarse!.... ayer tambien me dijo el señor Gaston que podia alquilar su vivienda!...

—Oh!... tal vez se quedará de nuevo el señor Gaston cuando sepa que yo no habito cerca de él... Tomad, señora... acaba de empezar el mes, pero os le pago por completo... bien sabeis que no he estropeado los muebles... no me llevo mas que la ropa que me pertenece... ni aun he podido guardarla toda, pero vos, señora, tendreis la bondad de guardar la que he dejado, que yo vendré ó mandaré por ella.

—Pero estais decidida á dejarnos, hija mia?.... bueno, bueno!... lo siento, porque os habia tomado cariño... yo no he tenido jamás los malos pensamientos de todas esas lenguas de escorpion que viven en la casa.... al contrario.... cuando querian murmurar de vos, siempre os he defendido.

—Yo lo creo, y lo agradezco, señora.

—Pues entonces, por qué quereis abandonarnos?... Si es que alguno ha hecho ó ha dicho cualquier cosa que haya podido ofenderos, decídmelo, y vereis como yo *le meto en cintura*.

—No señora, no tengo queja de nadie absolutamente... Me marcho, porque me veo obligada á ello... creedme... si siguiera habitando aquí, no viviria tranquila.

—Es quizá por causa de ese mamarracho de tio que vino anoche?... Yo creo que ya no volverá mas, hija mia; perdió la pista completamente.

—Os equivocais, señora.... estoy segura, segurísima, que volverá... y no podré dar un paso fuera de casa sin que tema encontrarle.

—Pero por qué le teneis ese miedo si no tiene nada que ver con vos?

—Dispensadme que no os lo diga... ese es un secreto... Dios mio!... ya es de dia claro!.... es preciso que me vaya!... pero desearia un carruage... porque con estos dos paquetes no puedo ir á pié.... si fuéseis tan amable que me buscáseis uno!... yo cuidaré de la portería entretanto.

—Si en ello puedo seros útil, desde luego lo haré... es-

perad un poquito solamente mientras me calzo y me visto... no tardaré... y con eso haremos tiempo á que vengan los fiacres á sus puntos.

La señora Ador se arregla lo mas pronto que puede, y sale dejando entreabierta la puerta de la calle. Felicia se queda sola, y se echa á llorar murmurando:

—Me veo obligada á huir!... y dónde voy?... lo ignoro!... Dios mio!.... y él, á quien amaba tanto!.... ya no le veré mas!... Ah!.... no me echará mucho de menos.... no me sentirá... puesto que me creia capaz de hacerle traicion!... ay de mí!.. estaba tan contenta en esta casa!... Y ese niño!... ese niño que tiene esa señal en el cuello... tambien vive en la casa... Hubiera deseado volverle á ver!.... á mi pesar, me persigue su recuerdo sin cesar!... pero no... ese miserable Dufortier sabe ya que vivo aquí... el dia menos pensado se presentaria en mi casa... y no me siento con valor para soportar la presencia de ese infame.... No, no... es preciso partir!

El ruido de un carruage que se detiene á la puerta saca á Felicia de sus meditaciones; corre á la puerta con sus lios, y se los entrega al cochero que los coloca en el fiacre. En seguida vuelve á dar las gracias á la portera, y pone en sus manos ruborizándose, una carta y la dice:

—Es para el señor Gaston... me despido de él.... Tendréis la bondad de entregarle este billete?

—Cómo si tendré la bondad?... es mi deber, hija mia... en cuanto se levante estará en su poder... Y si me pregunta por casualidad dónde habeis ido?...

—Le direis que lo ignorais... porque yo misma tambien lo ignoro en este momento. Adios, señora, os repito las gracias.

—Procurad volver, hija mia... tendré mucho gusto en ello.

Felicia salta al carruage, y en el momento en que se dispone á hablar al cochero, la señora Ador se entra por discrecion, y cierra la puerta de la calle diciendo:

—No hubieran hecho esto las otras... á cualquiera hora se hubieran entrado sin procurar averiguar lo que decia al cochero!

XXXI.

ALEJANDRO Y GASTON.

Despues de la escena que habia pasado con Felicia, Gaston habia salido y se habia ido á pasear todo el dia maquinalmente, sin saber dónde iba. Por la noche, queriendo distraerse, olvidar sus amores, habia entrado primero en el teatro, despues en el café; habia bebido ponche para aturdirse y habia entrado en su casa á media noche tan ocupado de Felicia como cuando habia salido, pero diciéndose sin embargo:

—Mañana por la mañana veré á Alejandro... Es preciso que le encuentre y me dé satisfaccion de su indigna conducta!..Oh!...los amigos!...uno me hace arrestar...otro seduce á la muger que amo!.. Y aun habrá quien crea en la amistad!...

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana se presentaba Alejandro en casa de Gaston, diciendo:

—Aquí me tienes, Gastoncito... la portera me ha dicho que habias preguntado ayer por mí una porcion de veces... pero yo pasé la noche bailando... un bailecillo improvisa-

do... en casa de una linda jóven de un teatro de los boulevards... cuyo amante es el hombre de mejor pasta que he conocido en mi vida... Cuando su amada trabaja, él está entre bastidores con un pañolon, ó un abrigo de pieles para que se envuelva en el momento que se retira de la escena... hasta queria tener un calentador debajo del brazo para que se calentara los pies su ídolo... pero los celadores del teatro no permiten allí los calentadores por miedo del fuego... entonces, sabes lo que ha hecho? ha comprado una gran bola de metal, y la llena de agua hirviendo.... esto conserva el calor mucho tiempo, y mi hombre está allí plantado con su bola de agua caliente que coloca debajo de los pies de su dama cuando entra entre bastidores.... pero todo en el mundo tiene sus inconvenientes, y hé aquí los de este buen señor. Todos los cómicos, que han llegado á saber que se pasea con una bola de agua hirviendo debajo del brazo, en el momento que llega, le buscan, le paran, le rodean, inquieren dónde vá la bola, y ponen las manos en ella, de suerte que el hombre se ha convertido en una chimenea. De aquí se ha seguido que estando casi siempre rodeado, detenido, bloqueado, ha faltado muchas veces á la salida de la señora de sus pensamientos. Ella se incomoda y le llama ingrato, tacaño... qué sé yo?... Ultimamente, temiendo no estar á tiempo de dar calor á la señora, ha querido rechazar tan bruscamente á todos los que le rodeaban, que la bola se le ha escapado de debajo del brazo, ha salido rodando por el escenario y ha llegado así hasta la embocadura, donde ha roto tres quinqués. En vista de esto, el celador ha prohibido las bolas de agua caliente como lo habia hecho con los braserillos, y se han reido grandemente de la actriz que ha perdido su calor. Y sin embargo, esto no ha impedido que nos hayamos divertido muy bien en su casa antes de ayer... pero parece que no me escuchas, Gaston.

—En efecto, caballero.... no he tratado de veros para saber esto.

—Caballero?... y ese tono... canario!... pero qué ha sucedido?... tenemos quizá pendencia nosotros sin saberlo yo?

—Os sorprende oirme hablar así?... pensábais tal vez que yo no llegaria jamás á descubrir vuestra traicion?.... vuestra indigna conducta para conmigo?... ah!... habeis sido poco previsor!.... un secreto conocido por todas las criadas de la casa, no podia serlo por mucho tiempo para mí!

—Gaston, véame yo condenado si comprendo una palabra de todo cuanto acabas de decirme!.... no me dejes en esta incertidumbre por mas tiempo... acábame de esplicar esta charada.

—Estais de broma todavía?.. ah!... yo os aseguro que pronto cambiareis de tono!

—Vamos á ver si concluimos!... ya yo me voy impacientando!

—Es que, á mi pesar, siento desenmascararos, porque no he olvidado que os debo favores... porque sé que os debo á vos el haber salido de la cárcel... Ah!.... si supiérais cuán penoso, cuán insoportable me es en esta ocasion el reconocimiento que os debo!...

—Si es eso todo lo que te impide hablar, puedes hacerlo desde luego... estás dispensado de toda obligacion.

—Ah!... por qué me volvísteis la libertad?... por qué no me dejásteis en la cárcel... entre cuatro paredes?... Allí al menos no hubiera sabido que se me estaba engañando, y hubiera conservado mis ilusiones.

—Cuerpo de tal!.... sabes que estás cargante, querido amigo?... no me andes con circunloquios... al grano!.. las reflexiones puedes dejarlas para despues.

—Pues bien, por qué sois el amante de la muger que adoro?.., por qué, puesto que os agradaba, me afirmásteis que dejábais de hacerla la córte?... Ah!... eso es infame!.. si hubiérais sido franco, si me hubiérais dicho: «Yo tambien amo á Felicia, y á mí es á quien corresponde ella con su amor.» yo, tal vez hubiera renunciado á ella... pero no,

el caballero me jura que ya no piensa en ella... me aconseja que tenga en ella la mas completa confianza, y todo para encubrir mejor sus mútuas relaciones.

—Gaston, si yo hubiera hecho lo que tan injustamente acabas de decir, seria, no solamenle un malvado, sino un canalla... puede uno tratar de birlar la querida á un amigo... eso se vé todos los dias... pero entonces no se le elogian á ese amigo las virtudes de aquella muger... no se le aconseja que se case con ella... por el contrario, se le impide, si persiste en no querer ver claro. No creyera nunca que me hubieras supuesto jamás capaz de conducirme de este modo. Yo no soy el amante de la señorita Felicia... los que te hayan dicho esa infamia, han mentido cobardemente.

—Y tampoco íbais á su casa... en altas horas de la noche?... Ah!... si hubierais sido mas precavido, cuando se sintió mala no hubierais llamado á las criadas en vuestro auxilio... y no se hubiera enterado toda la casa de esta particularidad.

—Por la noche... en casa de la señorita Felicia... y ella se sintió mala?... Ah!... sí, sí, en efecto... recuerdo esta circunstancia... la recuerdo perfectamente!

—No es poca suerte que convengais en ello!... de todos modos hubiera sido inútil otra cosa, porque ella no lo ha negado... no se ha tomado siquiera el trabajo de justificarse.

—Cómo!... la has hablado de eso?

—Oh! creíais que me dejaria engañar por mas tiempo? al punto que tuve conocimiento de tan odiosa intriga corrí á vuestra casa, pero no os encontré!... entonces me dirigí á la suya... Ah!... esta vez no se atrevió á negarme la entrada!... adivinó en mi rostro sin duda que estaba enterado de todo!

—Pobre jóven!... La has dicho que sabias que yo era su amante?

—Sin duda.

—Y qué te ha respondido?

—Qué queriais que dijese? negativas que nada significan... pero cuando la he preguntado qué íbais á hacer en su casa á media noche, no ha podido responder... se ha visto obligada á guardar silencio!... Y esto, no es confesarse culpable?...

—Ah!... ha guardado silencio?... pobre niña!... ha preferido verse calumniada!... pero yo no me callaré, no!... aunque ella me hizo jurar que guardaria el secreto!... Yo no haré lo que en esas comedias en que una heroina se deja acusar de todos los crímenes posibles, y se guarda bien de decir que podria probar en aquel mismo momento su inocencia... encuentro eso demasiado absurdo para imitarlo!... un juramento no puede obligar cuando se trata de la reputacion, del honor de alguno!

—No comprendo... esplicaos de una vez!

—La señorita Felicia ha sabido que vos estabais preso, caballero... las criadas de la casa lo sabian... y ya comprendereis que no dejarian de aturdirla los oidos con la noticia... Entonces fué cuando deseó verme... cuando estuvo en acecho mio todo un dia... sabeis que yo suelo pasar fuera de casa dias enteros... por fin, llegada la noche... fué la víspera del dia que salísteis en libertad... entré en casa despues de las doce; en el momento de abrir mi puerta, oí que me llamaban... era nuestra linda vecina que me decia: «Señor Alejandro, tengo que deciros una cosa sumamente importante...» Subí á su cuarto... creo que era mas natural que hacerla bajar al mio... Además, la idea que la ocupaba en este momento, la hacia olvidar todas las conveniencias... Cuando estuve en su casa, me dijo: «El señor Gaston está preso; qué suma se necesita para que recobre su libertad?» Su pregunta me aturdió al principio, pero no podia negar... «Me parece, le contesté, que se necesitarán mil trescientos y pico de francos.» Al punto tomó de una cartera billetes de banco por valor de mil y cuatrocientos francos, y me los entregó diciendo:

«Tomad, señor Alejandro, y volad mañana mismo á poner en libertad á vuestro amigo.»

—Dios mío!... será posible?... es á ella á quien debo mi libertad?

—Ah!... habeis creido que el señor Bodinet me habia pagado esas letras de mil y cuatrocientos francos!... un padre que desnuda á su hijo para vender los vestidos, poco debe importarle negar ó no hacer honor á su firma!... Pagará ese sus créditos cuando la gallina tenga dientes!... mas al entregarme esa cantidad, la señorita Felicia exijió de mí el juramento de no deciros que era ella quien os devolvia la libertad... Esta era una estremada y esquisita delicadeza por su parte; temia que os considerarais humillado al deberla cualquier favor... Hoy falto al juramento que habia hecho... pero vos me habeis obligado á ello con vuestras injustas sospechas... Esperad, no lo he dicho todo, y ya que he empezado á hablar, es preciso que me oigais para que acabeis de disipar vuestras dudas... Despues de haber recibido la suma necesaria para vuestra libertad, recuerdo que me puse á contar á nuestra vecina las diligencias que estaba practicando hacia algunos dias con la esperanza de encontrar á ese bribon de Bodinet... Ah!.... si le hubiese descubierto... juro que le hubiera hecho pasar un mal rato, porque yo queria á toda costa tener dinero para sacaros de la prision.

—Ah Alejandro!... qué mal debes quererme!... qué ingrato soy!

—Dejadme hablar, caballero!... no teneis el derecho de interrumpirme... y todavía no sé yo si os concederé el permiso de tutearme... Contaba, como iba diciendo, á la vecinita todo cuanto habia corrido durante el dia, y al mismo tiempo una aventura que me habia sucedido con un tal Dufortier que habia encontrado por casualidad aquella mañana... pero mientras yo hablaba, me apercibí que la que me escuchaba cambiaba de color... me parece que el nombre de Dufortier fué el que la produjo esta impresion des-

agradable... Por qué?... eso es lo que ignoro, pero lo cierto es que la señorita Felicia perdió el conocimiento... Oh!... entonces llamé á las vecinas... y hubiera llamado á toda la casa para que me ayudaran á socorrerla... tanto mas, cuanto que yo soy un torpe de primera para estas cosas.... Ceferina trajo agua de Colonia, Adelaida trajo vinagre, y en breve abrió la enferma los ojos. Entonces la dejamos descansar, y al dia siguiente, tú... es decir vos... me he equivocado... vos estábais libre!... Hé aquí lo que pasó en esa noche... y á lo cual se ha dado una interpretacion criminal... y vos lo habeis creido!... Reflexionad, reflexionad bien; si yo hubiera sido el amante de esa jóven, para qué se habia ella de haber apresurado á poneros en libertad?... si yo hubiera cometido una mala accion con hallarme en su casa á una hora tan avanzada, me creeis tan imbécil que fuera á llamar, para que todo el mundo se enterara de que estaba allí?... Cuando se tienen intrigas de esta especie... cuando se trata de engañar á sus amigos... se oculta uno, y no hace sus confidentes á todas las trompetas de la casa. Pero en aquella ocasion me hallaba yo muy distante de creer que la buena accion de esa jóven habia de dar algun dia armas contra ella y contra mí.

Gaston se adelanta hácia Alejandro, le tiende la mano, y le dice:

—Perdóname, Alejandro.... perdóname, amigo mío.... bien ves que las apariencias te acusaban... podia yo adivinar todo lo que acabas de contarme?

—Te perdono... porque sé que el amor vuelve estúpidos á los amantes!... pero ella!... ella á quien has dado un disgusto!...

—Oh!... voy á correr... á arrojarme á sus pies... á implorar su perdon!...

—Y á decirla que sabes que ella ha dado su dinero para que salgas de la cárcel.. y me acusará á mí de charlatan, porque he faltado á mi juramento... Pero eso no me importa... no me dá cuidado... no me arrepiento de haber hablado.

En el momento en que Gaston va á salir para correr á casa de la señorita Felícia, entra la señora Ador en su cuarto con una carta en la mano.

—Tomad, señor Gaston; aquí hay una carta para vos... os la he subido, porque se me ha figurado que os agradaria recibirla.

—Gracias, señora: ha venido por el correo?

—No, no señor; ha sido la señorita Felicia quien me la ha dado para vos al marchar esta mañana al amanecer.

—Al marchar?... qué decís?... la señorita Felicia ha partido?... pero será para volver, no es cierto?

—No, señor; la señorita Felicia se llevó sus efectos en dos paquetes grandes, me pagó, y me dijo: «Parto, salgo de esta casa, porque de hoy mas no podré vivir tranquila en ella.»

—Oh, Dios mio!... Oyes, Alejandro?... Ha partido.

—Antes de hacer esclamaciones, lee esa carta, y vé lo que te escribe.

Gaston abre temblando el billete de Felicia, y lee lo siguiente:

«Parto, Gaston; mi destino cruel me obliga á separarme de vos. Lo que me aflije, sobre todo, al alejarme de vuestro lado, es saber que me creeis falsa, que habeis podido pensar que yo amaba á otro que vos... pero estoy persuadida de que reconocereis en breve la injusticia de vuestras sospechas. Entonces espero que me sentireis algo, y no rechazareis el recuerdo de la pobre=*Felicia*.»

Gaston se deja caer en una silla y empieza á sollozar murmurando:

—Ha partido!... ha partido!... y no he podido pedirla perdon!... y sin duda soy yo la causa de que ella haya tomado esta resolucion!...

—No, hombre, no eres tú... la carta no dice una palabra de eso... vamos!... aquí no se trata de lloriquear... Voto al chápiro!... deben llorar los hombres?... es preciso sa-

ber lo que ha motivado la partida de la linda vecinita. La señora Ador tal vez nos podrá dar noticias sobre eso...

—Pardiez!... ya lo creo!... á mí se me figura que lo que ha resuelto á esta jóven ha sido la escena de anoche... y sin embargo, yo la habia dicho... «No os asusteis... no temais... no veis que yo estoy en mi puesto?...»

—Una escena anoche?... Ah!..... contádnosla al punto, señora Ador.

—Es que tengo la leche á la lumbre...

—No importa... vuestra sobrina la cuidará... una sobrina no deja nunca que la leche se vaya... yo creo que mas bien se la beberia!...

—Pues bien, señor; anoche, á cosa de las siete, entró la señorita Felicia toda asustada, con la cara desencajada, y todo ello porque acababa de ver á un hombre que la seguia; yo creo que ella conoceria á este hombre, sino estoy segura que no se hubiera asustado tanto... Tan pronto como llamó y entró, cerró la puerta, esclamando: «Ocultadme!... os lo suplico!...» Yo la metí en el gabinetillo oscuro del fondo de mi cuarto... despues abrí y entró un hombre.

—Un hombre jóven? preguntó vivamente Gaston.

—No señor... cá!... no era jóven... aunque tampoco era viejo... era uno de esos hombres que están entre dos edades... pero la cara de este se me figura que yo la he visto antes, aunque no puedo recordar con qué motivo... pero apostaria cualquier cosa á que ese hombre ha estado en casa antes de ahora!

—Y qué preguntó ese hombre?

—Preguntó por la señorita Ernestina Danglade.

—Ernestina Danglade?... entonces no es Felicia.

—Cáspita!... ya sabemos que no es ese el nombre por que se la conoce en la casa... pero la señorita María, la criada del doctor, asegura que su amo ha llamado así á esa jóven... en fin, de todas maneras, yo contesté naturalmente que no conocia la persona por quien preguntaba, y se marchó.

—Sin decir nada?

—Nada absolutamente... La señorita Felicia salió en seguida de su escondite... estaba muy pálida, temblando, y subió á su cuarto... mas esta mañana, apenas era de dia, cuando bajó con sus paquetes... me rogó fuera á buscarla un fiacre... me vestí de prisa y corriendo, salí á la calle... todavía no habia mas que un carruaje en la plaza... pero se le traje, y largo!..

—Y no habeis oido la direccion que dió al cochero?

—Cómo es eso, señor?... Yo no espío jamás á mis inquilinos!.. si la señorita Felicia hubiera querido que se supiera donde iba, hubiera dejado las señas.... Sin embargo, mas tarde ó mas temprano tendrá que dar una vuelta por aquí, porque no pudo llevarse toda la ropa blanca, y ha dejado una parte de ella bajo mi *salvaguardia*.

—Dios mio!... y ahora, dónde encontrarla?... y es preciso, absolutamente preciso que yo dé con ella!...

—Consuélate, le dijo Alejandro al oido; averiguaremos qué coche vino esta mañana el primero á la plaza, y el cochero nos dirá á dónde ha dejado á la vecinita.

—Señor Gaston, dijo la conserje disponiéndose á marchar, seguís con la intencion de mudaros?

—Yo?... pero.... No, no señora; no salgo de esta casa donde ella ha vivido, hasta que la encuentre.

—Tanto mejor.... porque.... la verdad... iba habiendo muchas habitaciones desalquiladas... todavía no ha habido un alma que se haya acercado á preguntar por la del señor Collinet... es verdad que la ha dejado en un estado de desaseo y de destruccion que repugna... todito el papel está desgarrado.... no parece sino que sacaba pedazos para encender fuego.

Apenas ha salido la conserge al pasillo, cuando oye la voz de su sobrina que la grita desde abajo:

—Tia, tia!... aquí hay un señor que desea ver la habitacion que ocupaba el señor Collinet; yo le he dado la llave para que vos no tuviérais que bajar!...

—Muy bien; entonces estoy dispuesta á hacerle ver todas las comodidades que hay en el cuarto del señor Collinet.

XXXII.

UN NUEVO INQUILINO.

El individuo que subia á ver la habitacion que se alquilaba, no era otro que el señor Bodinet.

Mientras que subia la escalera, decia para sí:

—Oh!... no me he engañado yo anoche!... en esta casa está la escuela de ese Loupard, donde tengo colocado de pupilo á mi heredero... pero, qué me importa?... hay entre nosotros la distancia de un cuerpo de edificio y un gran patio... un maestro de escuela no abandona nunca su clase, y puedo entrar y salir cien veces y sin cuidado de tropezar con él... lo principal es encontrar á Ernestina, si, como todo me lo hace suponer, es ella que ha tomado el nombre de Felicia... por eso he creido que para cerciorarse, lo mas derecho era venir á vivir en la casa que ella habita.

Alejandro y Gaston habian cerrado sus puertas, y la se-

ñora Ador estaba sola en el pasillo del cuarto piso, cuando llegó el señor Bodinet y la presenta una llave diciéndola:

—Tomad, señora; aquí está la llave que me han dado abajo; tened la bondad de enseñarme la habitacion vacia.

La conserge lanza una esclamacion de sorpresa mirando al señor Bodinet, y dice:

—Calla!... vos sois, caballero, el que vinísteis anoche... preguntando por una persona.... deseando saber si vivia aquí una jóven... la señorita Ernestina Danglade?...

—Será posible, señora?.. Qué!.. es en esta casa donde yo entré anoche... creyendo reconocer una persona que habia entrado primero?... oh!... Esto sí que es particular!... Ni siquiera por la imaginacion me pasaba á mí... ya veis... como era de noche... no pude ni aun tomar señas de la casa... y hoy no hubiera entrado seguramente, á no ser porque al pasar he visto papeleta... Teneis la bondad de enseñarme esa habitacion?

La señora Ador abre la puerta, diciendo para sí:

—Que no reconocia la casa!... si creerá que yo me mamo el dedo?... á otro perro con ese hueso!... lo que mas bien se me figura á mi, es que espera encontrar un dia ú otro á la señorita... no, pues como venga en busca de la señorita Felicia, fresco está!... el pájaro ya voló!... pero yo me *aguantaré* y no le diré una palabra... si lo supiera, tal vez no se quedaria, y yo quiero que se alquilen las habitaciones.

El señor Bodinet examina el cuarto donde vivia Collinet, que realmente necesitaba arreglarse totalmente de nuevo: pero, lejos de decir nada por el estado de deterioro en que se halla, hace con la cabeza una señal de aprobacion, y dice:

—Muy bien... es bonita!... es muy bonita esta habitacion... la ventana es bastante grande... adónde cae?

—A la calle, señor, en medio de la calle.

—Oh!... tanto mejor!... entonces será mas alegre toda-

vía... me hubiera disgustado mucho que hubiera caido á algun patio... oiga!... aquí hay otra habitacioncita.

—Es un cuartito obscuro... pero es bastante capaz!...

—Sí, sí, es grandecito... pondré en él mi biblioteca... y mi gabinete de estudio... Dá humo la chimenea?

—Señor, el inquilino que vivia aquí antes, no se quejó nunca, contesta la portera añadiendo mentalmente mientras esta contestacion:—Como que jamás encendia fuego!

—Veo que en algunos sitios está desgarrado el papel...

—Es verdad, señor; pero eso no es nada: con un poco de cola, se queda como nuevo.

—Sí, ya sé que el papel puede encolarse... no importa, para la primavera empapelaré de nuevo... Cuando me gusta una casa, reparo poco ó nada en gastar en ella... haré tambien que la pinten... Y cuánto gana?

—Doscientos francos, señor; ni un céntimo menos.

—Doscientos francos?... Pues no es muy cara... Decididamente me conviene... no hay mas que hablar!... El cuarto me gusta... y tambien la casa... me parece que está bien administrada!...

—Qué quereis, señor?... cuando se tiene un cargo, es menester cumplirle... una de dos... ó herrar ó quitar el banco!... ó es una conserje ó no lo es!

—Justo!... perfectamente razonado!... Eso precisamente es lo que yo digo todos los dias á mis dependientes!... «Señores, ó cumplid con vuestro deber, ó marchaos!... qué diablo!... yo os pago puntualmente vuestros sueldos, y vosotros debeis ganarlos con la misma exactitud y la misma puntualidad!»

La conserge mira al señor Bodinet con mas consideracion, murmurando:

—Ah!... el señor tiene dependientes?

—Ya lo creo!... una docena próximamente!

—Entonces, el señor tiene escritorio?

—Creo que eso no se pregunta... puesto que tengo dependientes, claro es que debo tener escritorio... ó escrito-

rios... Estoy al frente de una gran empresa, cuyo centro está en los campos Elíseos... Podria vivir donde tengo las oficinas, pero está demasiado retirado del centro de París... y esto lo tomo como un apeadero, como un punto de descanso... Quién vive en este piso?

—Dos jóvenes solteros, muy amables, y una señora sola, de una edad mediana... y que todavía no es despreciable!...

—No queda ya mas que otro piso superior, no es cierto?

—Sí, señor... son las habitaciones de las criadas.

—Y no hay mas que habitaciones de criadas?... Se me habia figurado que ayer al hablar, me habiais dicho, señora, que esa jóven que yo habia equivocado con otra... esa señorita Felicia... vivia en el quinto piso...

—Ah!... sí señor... es cierto... esa señorita vive en el quinto piso... pero es porque yo tenia allí una habitacion amueblada... y los muebles son mios, y la verdad... como no tenia necesidad de ella, la he utilizado...

—Y habeis hecho muy bien!... por lo demás, eso no me importa,.. he hablado de eso como hubiera podido decir que vá á llover, ó que hace frio!

—Ya lo creo!... con que, os quedais con el cuarto?

—Sí, señora... Teneis la bondad de decirme vuestro nombre?

—Ador, caballero.

—Ador?... es bonito nombre!... y muy fácil de pronunciar... Pues sí, respetable señora Ador, me quedo con la habitacion, y estoy contentísimo de ser vuestro inquilino... Puedo ocuparla en seguida?

—Seguramente, caballero... toda vez que... ya comprendeis... las formalidades de costumbre... no se puede alquilar sin saber á quien... el señor Borrego, el propietario, está siempre muy prevenido para los informes...

—Y vive en la casae se Borrego?.. es decir, ese propietario?

—No, señor... vive muy lejos... si me hicierais el favor de decirme vuestro nombre...

Bodinet reflexiona algunos instantes, y contesta con voz sonora:

—De Carpentras!

—Ah!... os llamais de Carpentras?

—Si, señora.

—Parece broma.

—Cómo!... qué quereis decir, señora?... qué encontrais en mi nombre de broma?

—Oh!... no es nada, señor; es que me he acordado de que tenia una tia que ha vivido en vuestro apellido.

—Y eso qué tiene de particular?... eso sucede todos los dias... hay apellidos como los nombres de ciertos pueblos... se vé con mucha frecuencia.

—Y dónde vivís, señor?

Bodinet reflexiona ahora mas tiempo, pero al fin contesta:

—En la Cité Beaujon, cuarta *square*.

—Ay, Jesús!... Cómo habeis dicho?

—Os he dicho: Cité Beaujon, cuarta *square*, ó plaza, si es que no entendeis el inglés.

—Oh! no señor.... es decir... si señor..... lo entiendo bien... pero no lo comprendo... Y hácia qué lado está la Cité Beaujon?

—En los campos Elíseos, señora.

—Ah!... ya comprendo!... donde teneis las oficinas...

—No, señora; no; no quiero que vayan á tomar informes á mis oficinas... tengo razones para que no se sepa donde tengo mi descanso... vendrian á verme cien personas durante el dia... y eso es precisamente lo que yo quiero evitar... quiero que me dejen tranquilo.

—Bueno, bueno, como gusteis!... Entonces, estamos convenidos,.. os dejo en posesion... toda vez que.., ya comprendeis... es la costumbre... dar una señal... oh!... el Sr. Borrego está muy prevenido con respecto á esto!...

—Parece que aquí están prevenidos respecto á todo, se dice el señor Bodinet.

Y haciendo una mueca bastante pronunciada, registra sus bolsillos, y despues de buscar en ellos un gran rato, saca al fin una moneda de diez sueldos, y se la presenta á la conserje, diciendo:

—Tomad, señora!... no tengo en este momento mas que esto ú oro... pero, á bien que me quedo en la casa, y ya nos veremos otro dia!...

La señora Ador toma la moneda de diez sueldos con aire desdeñoso, y el señor Bodinet baja rápidamente la escalera diciéndola;

—Con que hasta mañana, respetable conserje; hasta mañana.

—Darme diez sueldos!... un hombre que tiene una docena de dependientes!... esto es mezquino!... qué tacaño!... no, pues su traje no anuncia ningunas grandezas!... En fin, la habitacion está ya alquilada, y esto es lo que yo deseaba... pero es preciso que mi sobrina vaya á esa Cité Beaujon de los campos Elíseos, á ver que la dicen de ese señor de Carpentras... Vaya un nombre!... Vamos á almorzar!... ay!... y ahora me acuerdo!... dejé la leche al fuego!... ay, Dios mio!... toda se me habrá ido!...

La conserje baja ligeramente á su cuarto, y anuncia á su sobrina que tiene que ir á los campos Elíseos, Cité Beaujon. La señorita Amanda encuentra muy incómodo tener que correr hasta tan léjos, pero no tiene mas remedio que obedecer á su tia que para ella lo es todo. Sin embargo, tambien ella reconoció al individuo, porque dice á la señora Ador:

—No habeis reparado, tia, en que ese hombre es el mismo que vino anoche persiguiendo á la señorita Felicia?

—Si tal; ya lo he visto.

—Apuesto cualquier cosa á que el venir á vivir aquí es por estar cerca de ella.

—Podrá ser, pero eso no nos interesa á nosotras.

—Es que se pasará todo el dia acechando á esa pobre jóven que parecia tener ayer tanto miedo de él.

—Bueno!... que la aceche; con eso estará ocupado en algo.

La señora Ador no habia dicho todavía á su sobrina que la señorita del quinto piso habia partido; se felicita interiormente de no haber hablado de esta circunstancia, y se promete no decir una palabra hasta nueva órden, tanto mas, cuanto que está decidida á no alquilar mas la habitacion amueblada que ocupaba Felicia.

La señorita Amanda sale como á las diez y media, y vuelve á las cuatro de la tarde, molida, mojada, y llena de lodo, y se deja caer en una silla, diciendo:

—Sabeis, tia mia, que es un fastidio lo que me *habeis hecho hacer hoy?*... no puedo mas... ay!... me he llevado cinco horas mortales corriendo!... y para remate de fiesta empezó á llover á cántaros!... Dios mio... no sé donde tengo las piernas!...

—Por qué no tomaste un ómnibus para venir?... ahora debe haberlos en todas partes...

—Es verdad que los hay; pero en cuanto empieza á llover se llenan de gente... Corrí tras de cuatro ó cinco... nada!... completos!... habia sitio arriba á tres sueldos...

—Y entonces, por qué no subiste?

—No subí, primeramente porque de todos modos estaba al descubierto y me mojaba; y sin embargo, tan cansada estaba que creo que hubiera subido aunque hubiera venido empapándome como una sopa; pero me contuve por pudor.

—Eh?... qué estás diciendo de pudor?...

—Ay, tia de mi alma!... si hubierais visto lo que yo!...

—Y qué has visto?... alguna tontería tuya!...

—No señora, una muger subió delante de mí... si supierais lo que la sucedió!

—Acabarás?

—Era una muger muy gorda, sumamente gorda... empieza á subir y á resbalarse. . tuvo que ayudarla el mayoral, empujándola desde abajo con manos, con hombros y con cabeza... pues no fué eso lo mejor!... al acabar d

subir... cuando ya estaba arriba, se deja caer á gatas por temor de resbalarse de nuevo... en esto viene una bocanada de viento... y la pone toda la ropa en la cabeza!... La jente de la plaza, y los viajeros, unos se reian de verla apurada dando vueltas... otros la silbaban... ella cada vez se aturdia mas... por fin, allí como Dios la dió á entender, se medio rebujó entre las faldas y se quedó acostada... Vamos, creeis que es muy divertido viajar de este modo?

—Lo que creo es que nunca te faltan á tí historias que contar!... Qué noticias te han dado del señor de Carpentras?

—No tendré que cansarme mucho en referíroslas!... lo mismo es el tal Carpentras que el emperador de la China... he recorrido toda la Cité Beaujon... la he andado, reandado... y *reteandado*... nadie conoce al tal Carpentras!

—Cuerno!... pues eso no me gusta nada!... Has estado en las *escuadras*, como él dijo?...

—Hé estado en todas partes, tia; no me ha quedado, á pesar de ser grande, ni un rincon que yo no haya escudriñado... nada!... ni por esas!... ese pelgar se ha burlado de vos y de mí!... es verdad que nosotras tenemos la culpa, porque en su facha debiamos haber adivinado que era imposible que viviera allí... en un sitio donde no hay mas que señoritos muy lujosos y muy elegantes á caballo.

—En su facha, en su facha!... Sé yo acaso lo que es la Cité Beaujon?.... Pero no hay cuidado... deja que venga ese trapalon... ese farsante!... le voy á tirar á la cara sus diez sueldos!. . Hambron!... y decia que tenia dependientes... que tenia oficinas... que sé yo los embustes que me ha estado diciendo!.. Qué ha de tener ese perdido?...

—Pero no sabeis donde vive?

—No, pero no importa!... En cuanto venga á saber la contestacion, verás la respuesta que yo le voy á dar!

Pasa el resto del dia sin que la señora Ador oiga hablar del señor de Carpentras. Al dia siguiente espera que vendrá antes de las diez, porque á esa hora espiran las vein-

ticuatro de término para decidirse; pero dan las diez y media y luego las once, y el individuo no parece. En fin, á eso de las doce, una carretilla de mudanza se detiene delante de la puerta, y casi en el mismo instante se presenta Mr. Bodinet en el cuarto de la portera, llevando debajo del brazo un lio de ropa poco voluminoso, y diciéndola con aire desenfadado:

—Aquí estoy... acompañado de mis muebles!.. dadme la llave de la habitacion, si gustais, respetable conserje!

La señora Ador abre unos ojos de á palmo, y exclama:

—Cómo!... estais ahí con vuestros muebles?... eso si que es franqueza!... Sabeis, caballero, que debíais haber venido antes de las veinticuatro horas?... Si así lo hubierais hecho, os hubiera devuelto la señal que me disteis, porque las noticias que me habeis dado de vuestra casa, son falsas.

Mr. Bodinet se pone erguido, toma un aire insolente, y grita:

—Qué quiere decir eso?... con que yo os he dado noticias falsas!... tratad de moderaros un poco en vuestras palabras, señora mia!... Todavía no sabeis con quién estais hablando!...

—Lo mismo le diria á *cualesquisiera*... yo no tengo que atender nada!.. No hay informes ningunos vuestros... lo mismo os conocen á vos que á mí en la Cité Beaujon... porque mi sobrina ha pasado allí todo el dia de ayer con el objeto de averiguar...

—Yo no sé dónde habrá pasado el dia de ayer vuestra sobrina, ni me importa!... si os ha contado un cuento, ó si se ha equivocado de sitio... nada tengo que ver con eso! Yo os he alquilado ayer una habitacion... os he dado mi señal antes de las diez... son ya mas de las doce; luego han trascurrido ya mas de veinticuatro horas... No me habeis devuelto la señal... luego la habitacion es mia... esta es la cuestion, y es clara como el cristal!

—Pero mal podia devolveros la dichosa señal, si no vivís donde me dijisteis!...

—Otra vez?... Rayos y truenos!... dejadme en paz!.., con vos no hay razones!... razonais como una mula!.. Ea, dadme la llave de mi cuarto, y pronto!... están esperando ahí mis muebles, y no quiero que estén mas tiempo en la calle percibiendo la humedad... y si no me entregais la llave inmediatamente, me vais á responder de daños y perjuicios!.. Vamos!... concluyamos, ira de Dios!... ó voy á llamar á todos los sargentos de policía del cuartel.

Mr. Bodinet gritaba como un loco, y daba con su robusto baston fuertes golpes en la puerta de la conserje. Ya empezaba á reunirse gente en la calle para ver lo que pasaba; algunos burlones se iban tambien acercando, y la señora Ador que temia un escándalo, toma su partido y da la llave de la habitacion, diciendo para sí:

—Tanto peor!... yo, por mi parte, he hecho lo que debia... si este individuo es un canalla, se le vigilará.

Bodinet toma la llave con aire insolente, y volviéndose al conductor del carruaje le dice:

—Ahora, querido, prontito á despachar, y cuanto antes... sobre todo, cuidadito con romper nada... Ya sabeis aquel proverbio: *Quien rompe, paga.*

—Bah!... no hay *cudiao!*... además, que se me figura que no hay en vuestros *trastos* nada para *rompido!*... además, aunque se hiciera *peazos cualesquisiera* cosa, se me figura que todo ello vale bien poco!...

—Cómo es eso, bribon?... un colchon elástico que me ha costado cien escudos!...

—Bah! los colchones no se rompen...

—Con todo, no está demás tener cuidadito... en fin, os ayudaré...

La conserge y su sobrina se ponen á la puerta para ver el mobiliario de este quidam. Cuando el carretero quitó la lona que cubria la trasera del carruage, se pudo ver que este venia casi vacío. Sin embargo, sacaron una cama

de hierro, en seguida un colchon tan sumamente aplastado, que en efecto parecia susceptible de una rotura. Detrás salieron cuatro sillas desiguales, una mesa de pino, y un casillero de lo mismo, que parecian haber sido pintados con tinta; luego una mesita de noche tan sencilla como si se hubiera fabricado antes del renacimiento, y un armario viejo sin puertas que podia pasar por un estante de libros; un vaso nocturno como los que acostumbran usar las señoras, un espejito como los que suele haber en las casas de huéspedes de á dos reales, y por último, tres esportillas de las que sirven para envolver botellas de Champagne, pero que estaban cuidadosa y herméticamente cerradas y cosidas.

—Vaya!... sabes que es elegante el mobiliario de este señor de Carpentras? dice la conserje á su sobrina: ¿y era esto lo que tanto temia dejar á la humedad?

—Tia, yo no cuido el cuarto de este hombre, os lo prevengo!... me ha dado en la nariz que ha de tener mala paga.

—Me parece á mí que el cuidado de sus muebles está pronto concluido.

—Y qué hará de esos tres esportones?

—Serán su bodega... No sabemos si dentro tendrán vino de Champagne, ó la batería de cocina.

El carretero, ayudado por Bodinet, acababa de subir los últimos muebles; ya no quedaban á la puerta mas que las tres espuertas que el nuevo inquilino no queria perder de vista, y que, mientras subia, tuvo cuidado de recomendar á la portera.

Por fin, bajaron entrambos.

—Ya no quedan mas que estas tres espuertas que subir, dijo Bodinet.

—Ya lo sé, dice el carretero tratando de levantar una; pero es que... están llenas de plomo... demonio!... cada una sola pesa tanto como todos vuestros *chismes*... qué demonios teneis en ellas que pesan tanto?

—Con que quereis saber lo que hay en esas espuertas?... pardiez!... ropa blanca... sábanas, camisas, pañuelos, corbatas... pero como están muy llenas... como está muy apilada la ropa... porque yo tengo mucha ropa blanca, me gusta mucho... es mi capricho...

—Tia, dice Amanda á la portera; si tanto le gusta á este señor la ropa blanca, cómo es que no se le vé mas que una línea de cuello y que tapa con tanto cuidado la camisa?

—No es solo eso, contesta la señora Ador; quisiera yo saber en qué guarda esa ropa blanca, porque él no tiene muebles á propósito; á menos que las espuertas le sirvan tambien de cómoda...

Fué preciso que uno que pasaba por la calle viniera á ayudar á Mr. Bodinet á cargar una sola espuerta sobre los hombros del carretero. La misma faena se repite para las otras dos, y por fin, acabada de subir la última, baja el carretero refunfuñando y jurando.

—Mil rayo!s.. dice: esto es capaz de partirle á uno por *mitaita* del cuerpo... Voto á brios! mejor quisiera hacer cuatro *muanzas* que subir á un cuarto piso espuertas como estas... rayos y truenos!...

—En efecto, el lienzo pesa mucho!

—Pues muchas veces he llevado maletas de viajeros, y ninguna pesaba lo que estas.

—Ah!... es que la palma de que están hechas las espuertas dá de sí, y admiten mas ropa que una maleta; por eso las prefiero yo á maletas ó baules.

Mr. Bodinet paga el carro despues de tener otra media pelotera con el carretero, al cual no quiere dar lo ajustado; y en seguida sube á su nuevo alojamiento, despues de haber dicho con tono arrogante á la conserje:

—Señora... si viene alguno á preguntar por Mr. de Carpentras... decidle que hoy no estoy visible!

—Vaya!... dice Amanda: que hoy no está visible!.... no parece sino que es algun cometa!

XXXIII.

UN CABALLERO QUE SE LIMPIA LAS BOTAS.

La primera cosa que hace Mr. Bodinet, despues de haber colocado los pocos muebles que hay en su habitacion, es entreabrir la puerta, y observar á cuantas personas pasan.

Pero sus dos vecinos Gaston y Alejandro habian salido desde por la mañana. El dia anterior, habia conseguido Alejandro fácilmente encontrar al cochero que habia llevado á Felicia por la mañana; y este cochero, interrogado por él, le habia respondido que la jóven se habia dirigido á Belleville, que le habia hecho detener delante de la calle de los Bosques, y que allí habia bajado, le habia pagado, y habia echado á andar con sus dos paquetes.

El cochero no sabia mas; pero esta noticia era suficiente para pensar que la jóven habia ido á alojarse á Belleville, y desde el dia siguiente los dos jóvenes habian partido para ir á esplorar esta parte de la comarca.

En la casa del arrabal Montmartre, si, gracias á la dis-

crecion de la señora Ador, se ignora todavía la partida de la señorita del quinto piso, en cambio no se tarda en saber que en el cuarto hay un nuevo inquilino, y la señorita Amanda, que es infinitamente mas charlatana que su tia, no ha dejado de decir á todas las criadas de la casa:

—Es el señor que la otra noche seguia á la señorita Felicia, el que se ha mudado al cuarto del señor Collinet. Se llama Mr. de Carpentras, pero en el sitio donde ha dado las señas á mi tia para que se informe, no le conoce nadie.

Este nuevo inquilino preocupa mucho á las chismosas de la casa; las señoritas María y Ceferina hasta se olvidan de alisarse el cabello.

La criadita del doctor habla sin cesar en la escalera con su amiga, y ambas entablan el siguiente diálogo:

—De seguro ese individuo ha venido á vivir aquí para estar cerca de la alondra de arriba.

—Es claro; para acecharla mas á sus anchas.

—Ay, qué gusto!... cuando la encuentre vá á haber una escena curiosísima... daria el salario de un mes por presenciarla.

—Pues yo aseguro que tengo de oirla por lo menos... finjo que estoy arreglando mi cuarto, y no cierro la puerta ni quito el oido del pasillo.

—Ah!.. en cuanto á eso yo tampoco.

—Yo no sé si la Felicia ha olido algo, ó si ha distinguido á lo lejos al nuevo inquilino; pero no se la vé por ahí.

—Ni aun se la oye mover en su cuarto.

—Al fin tendrá que salir... vaya!... criaria moho de estar encerrada.

—Habeis visto al nuevo inquilino... Mr. de Carpentras?

—Sí; he subido espresamente para verle... estaba delante de su puerta, y me ha hecho un saludo sumamente respetuoso!... me parece bastante amable...

—Pero parece que está derrotado... tiene las botas agujereadas...

—De veras?... será tal vez que tendrá callos... pues él parecia como que tenia gana de hablar... no pude detenerme porque mi amo me estaba llamando, pero lo haré mas tarde.

—No será difícil entablar conversacion con él... pasa todo el dia limpiándose las botas en el pasíllo... no se dirá que no es curioso.

Mr. Bodinet, fingiendo limpiarse las botas, no aparta la vista del piso superior; pero escepto las criadas que van y vienen, ninguna otra muger baja de él.

—Paciencia!... dice Bodinet para sí; tal vez esperará á la noche para salir... yo la acecharé por la noche... acaso no saldrá hasta el amanecer... no dormiré atisbándola... Fuerza será que la aperciba... y sin embargo, si no fuese ella... Y bien?... razon de mas para que yo la vea, á fin de tomar mis medidas sobre seguro.

La señora Montenlair no tarda en encontrarse cara á cara con el nuevo inquilino, que limpia sus botas en el pasillo, apoyando sus pies en el alfeizar de la ventana.

El señor Bodinet interrumpe su trabajo para saludar á esta señora.

—Permitid, señora, la dice, á un nuevo inquilino que tenga el honor de presentaros sus respetos y felicitarse por tener tan graciosa vecina.

La ex-actriz de Bordeaux contesta á este saludo pasándole una revista minuciosa.

Las mujeres tienen un tacto particular para adivinar de una sola ojeada las personas de su clase; probablemente la inspeccion no ha sido muy favorable á Mr. Bodinet, porque la señora Montenlair le responde con bastante frialdad.

—Vivís aquí, caballero?

—Sí, señora... ahí... esa puerta que está casi en frente de la vuestra.

—Hará poco tiempo?...

—Desde esta mañana solamente, señora.

—Sois solo, caballero?

—Sí, señora, soy soltero... podria tener criado, porque mis medios me lo permiten... pero los médicos me han recomendado mucho ejercicio, y por eso hago mis negocios yo mismo.

La señora Montenlair no continúa la conversacion, pero dirige una mirada á la meseta del tercer piso, porque desde que Alejandro la ha dicho que Mr. Beugle estaba enamorado de ella, ha concluido la buena mujer por creerlo; tanto mas, cuanto que el aleman gordo que á su vez cree que su vecina suspira por él, no sale una vez de su casa sin mirar hácia arriba.

Ahora bien, cuando dos personas viven en dos distintos pisos, y dan en mirar uno hácia arriba y otro hácia abajo, es muy difícil que sus miradas no lleguen á encontrarse, y esto era precisamente lo que habia sucedido en esta ocasion con los dos personages que nos ocupan.

Los ojos un poco turbios de Mr. Beugle, habian encontrado los ojos un poco americanos de la señora Montenlair; el fuego de ellos habia inflamado insensiblemente el corazon de su vecino, y se habia convertido en un fuego graneado que se cruzaba, mezclado de saludos, de *buenos dias*, de *buenas noches* y de *¿cómo seguís?*

Todavía no se habia llegado mas que á esto, pero todo anunciaba que á la primera ocasion brotarian llamas de este fuego comprimido. Mad. Montenlair no deseaba otra cosa que apresurar este momento; conocia que para ella el tiempo era precioso. Mr. Beugle, por el contrario, dejaba marchar las cosas lentamente y sin apresurarse, porque los alemanes tienen flema hasta en el amor.

La presencia del nuevo inquilino interesa, en este concepto, muy poco á la señora Montenlair, que no viendo á Mr. Beugle á su puerta, dice para sí:

—Volveré en seguida.

Y se entra en su cuarto, mientras Bodinet murmura:

—Esta sin duda debe ser la vecina que, segun la portera, se conserva todavía bastante bien... gracias por mi parte!.. no me gustan las conservas ...prefiero los platos frescos.

No bien acababa la señora Montenlair de cerrar su puerta, cuando Mr. Beugle sale de su casa en bata, con el cigarro en la boca, y se pone á pasear por su pasillo saboreando el humo de su habano, y no interrumpiendo esta dulce ocupacion mas que para echar de vez en cuando una mirada hácia arriba.

El señor Bodinet que continúa limpiándose las botas, deja la ventana, y coloca el pié sobre la balaustrada á fin de ver á este otro vecino, al cual dirige un profundo saludo cada vez que levanta la cabeza; saludo, al cual corresponde el gordo aleman llevando la mano á su gorro de terciopelo y diciendo:

—Puenos tias, senior.

Este manejo dura algunos minutos; pero cansado Mr. Beugle de no poder levantar los ojos sin encontrarse con el saludo consabido, vuelve á entrar en su casa.

—Demonio!... siento no saber el aleman... dice Bodinet despues de haberse retirado Mr. Beugle: si le supiera, hubiera trabado conocimiento en seguida con este!... sin embargo... creo que sé tres ó cuatro palabras... en cuanto le vuelva á ver, se las digo... él... es natural que conteste... y yo que no me apuro por nada... ni me corto tan fácilmente.. En cuanto á los dos jóvenes que viven en el mismo piso... parece que están fuera de casa todo el dia... no importa, yo les tantearé.

Al cabo de un cuarto de hora, la señora Montenlair vuelve á abrir su puerta, y al apercibir á Bodinet que sigue haciendo que limpia sus botas, hace un gesto diciendo para sí:

—Acostumbrará este buen señor á pasar todo el dia en el corredor limpiándose el calzado?... pues tendria eso gracia!...

Y esta vez se inclina, y mira con aire distraido á la escalera.

—Si pensais salir, señora, se apresura á decir Bodinet, os aconsejo que os abrigueis... el aire es muy húmedo hoy...

Muy descontenta por no haber podido ver á su vecino del tercer piso, vuelve á meterse en su habitacion la ex-actriz, murmurando con sequedad:

—Yo sé como debo vestirme... gracias, caballero!

—Diablo!... qué es esto?... dice Bodinet... no quiere hablar... y hasta parece que la contraría mi presencia en este sitio!... pues, entonces, á qué sale al pasillo?... Oh! yo aseguro que pronto lo sabré, ó pierdo el nombre que tengo!

Mr. Beugle vuelve á salir nuevamente, siempre fumando, y mirando hácia arriba.

Bodinet que vé esta pantomima, se dá una palmada en la frente y exclama:

—Ya estoy al cabo de todo!... ya tengo el hilo de todas estas entradas y salidas!... qué torpe habia sido!... la intriga era bien fácil de adivinar por cierto!... Vaya!... *pollitos... tortolillos* enamorados!... voy á acabaros de aprisionar!...

Y en lugar de inclinarse sobre la balaustrada, baja esta vez un piso, y dice á su vecino:

—*Mein herr*, perdon!... dispensadme si os hablo sin tener el honor de que me conozcais... pero soy vuestro vecino desde esta mañana...

—Oh!... Puenos tias, senior, pues!... fos fifís en mas alto?...

—Sí, *mein herr*.

—En la japitasion del senior Collinet?

—Ignoro sí ese señor Collinet vivió en ella antes que yo... pero lo que sí sé es que tengo una vecina... hermosa mujer!... *Tarteiff*... hermoso talle!...

—Oh!... sí... es fertat!... ista es la seniora Montenlair!

—Ah!... se llama Montenlair?... pues bien, vecino;

hace un momento que esa señora salió diciéndome: «Caballero, si veis á ese señor aleman, á ese gentil caballero del tercer piso, me hareis un señalado favor diciéndole que le espero en el pasaje Jouffroy.

—Gómo!... ista seniora ha ticho isto?

—Y yo me he apresurado, querido vecino, á evacuar esta comision.

—Oh!... gracias!... foy á isto basaje ahora brontamente... y yo os agratece.

—Bah!... nada de eso!... no vale la pena de... teneis un cigarro?... se me han acabado hace un momento... y no puedo salir, porque estoy esperando á mi banquero...

—Oh! te muy puena gana!... tomad... foy á pestirme... puenos tias!...

—Id, feliz mortal... id donde os llama la belleza!... hasta que tenga el gusto de volveros á ver.

Y Mr. Bodinet vuelve á subir á su piso.

A los pocos momentos vé al grueso aleman salir de su casa, y bajar los tres pisos lo mas ligeramente posible.

No bien está en la calle Mr. Beugle, cuando la señora Montenlair vuelve á abrir su puerta; al apercibir á Bodinet que se ha puesto á limpiar las botas, no puede reprimir un movimiento de disgusto; sin embargo, mira hácia abajo, y en seguida se dirige tristemente á su casa, cuando su nuevo vecino le dice con voz melosa:

—Señora, estoy encargado de una comision para vos.

—Vos, caballero?

—Sí, señora; y todo ello ha sido hijo de la casualidad. Un señor alemán, que vive abajo... me parece que en el tercer piso... ha visto que estaba ocupado en el pasillo yo... ya se vé... cuando uno se muda coje tanto polvo!... se enloda tanto!...

—Ah!... habeis visto á Mr. Beugle?

—Se llama Beugle?... ignoraba su nombre... pues, sí, señora, he visto á Mr. Beugle, que me dijo hace un momento, cuando salió... «Vecino, si veis á esa linda seño-

ra que vive en vuestro mismo piso, tened la bondad de decirla que una persona que tiene que comunicarla varias cosas muy interesantes, la espera al momento en el pasage Jouffroy.

—Será posible?... os ha dicho que me esperaban en el pasage Jouffroy?...

—Para comunicaros cosas muy interesantes.

—Ah! debe ser alguna de mis amigas la que me espera.

—Probablemente será eso.

—Y Mr. Beugle partió al deciros eso?

—Al momento.

—Os quedo infinitamente agradecida, caballero... mil gracias!... voy á ver si encuentro á esa señora... no sé con qué agradeceros vuestra amabilidad en encargaros de este mensaje.

—Señora, yo me considero feliz con haberos podido ser útil... y tanto es así, linda vecina, cuanto que me he aprovechado inmediatamente de la ocasion de serviros.

Mad. Montenlair hace esta vez un saludo gracioso acompañado de una coqueta sonrisa á su nuevo vecino, y entra en su casa á arreglarse, bajando la escalera ligera como una pluma á los diez minutos escasos de esta conversacion.

—A fé mia, dice Bodinet viendo partir á la ex-actriz, que si estos dos no están contentos de mí, no tengo yo la culpa por cierto. Yo no sé lo que sucederá en el pasaje Jouffroy, ni qué especie de esplicaciones se darán, pero personas que se están acechando de arriba abajo y de abajo arriba, me parece que no deben disgustarse mucho por encontrarse... pero á todo esto, veo que se va pasando el dia, y que esa señorita del quinto piso no parece... sabrá que estoy viviendo cerca de ella?

Se oyen en esto pasos por la escalera, pero es la señorita María, la criada del doctor, que finge tener que hacer en el piso alto, porque vé que el nuevo inquilino permanece todavía en el pasillo.

Esta vez traban conversacion al punto; y no podia suceder otra cosa entre dos personas que tratan de averiguar preguntándose mútuamente.

—Caballero, sois vos el inquilino nuevo? dice María sonriendo.

—Sí, señorita: sois vos tambien de casa?

—Estoy en casa del doctor Urtuby.... en el segundo piso.

—Muy bien; y por lo visto teneis vuestra habitacion en el piso alto?

—Oh!... no señor... yo no duermo arriba... pero tenemos ahí un cuartito para los chismes inútiles... Os he conocido al momento... vos sois el que la otra noche perseguísteis en la calle á la señorita Felicia.

—No tal, señorita... yo no perseguí á nadie... seguí solamente á una persona á quien creí reconocer. Y cómo sabeis?...

—Oh!... yo estaba en el cuarto de la portera... allá abajo... estábamos hablando... cuando esa señorita llamó precipitadamente, y entró muy asustada en la portería, diciendo: «Salvadme, señora!... ocultadme!... ah!... si él me vé, soy perdida!»

—Hola!... dijo eso?...

—Vaya!... y estaba pálida... y temblaba!.. parecia que os tenia un miedo atroz!

—No encuentro la razon... yo no la quiero mal.

—Pues cuando vos llamásteis, trató de esconderse, y la señora Ador la metió en el gabinetillo oscuro que está en el fondo de su cuarto.

—Ah!... con que se ocultó allí esa señorita?....

—Sí, señor; y cuando os alejásteis, esclamó: «Estoy perdida!... él me ha reconocido!..» y una porcion de cosas así... Estoy segura, segurísima, que esta jóven es la persona que vos buscábais.

—Lo creeis así?

—Sí por cierto; y tanto mas, cuanto que mi amo el

doctor Urtuby, conoce á esta señorita.

—Ya!.. conque la conoce vuestro amo?...

—Sí; y hace mucho tiempo, segun parece... Se la encontró una vez por casualidad en la escalera, y al punto esclamó: «Calla!... no me engaño... es la señorita...»

—Ernestina Danglade?

—La misma... Ernestina Danglade... Ese es el nombre que dijo mi amo!

—Entonces es la persona que busco... Gracias, señorita, mil gracias por esas noticias.

—No hay por qué darlas!,.. oh!... vos no sabeis... la verdad, á mí no me gusta que engañen á nadie... al contrario... siempre he sospechado de las personas que se ponen nombres supuestos... Cuando esta señorita Felicia vino á vivir á esta casa, desde luego conocimos que no podia ser una simple obrera..., primero, porque en vez de ir todas las mañanas á su taller como hacen las demás, parecia que tenia empeño en ocultarse... como que tenia miedo de alguien... Ya veis... todos estos misterios... la verdad!.. deben ocultar algun secreto.

—Oh! sí!... en efecto, los misterios ocultan generalmente secretos... teneis una gran perspicacia, señorita...

—Lo decís por burla, caballero?

—Cá!... nada menos que eso!... Y el señor doctor vé algunas veces á esa señorita que reconoció?

—Oh! no!... desde aquel dia, no la ha vuelto á ver!... Lo hubiera yo sabido, porque el doctor mi amo no hace nada sin que yo lo sepa!

—Y hace muy bien!... cuando se tiene una criadita tan preciosa!...

—Cá!... él no piensa mas que en su violin!

—Hola!... toca el doctor el violin?

—Ya lo creo!... desde que ha curado á un enfermo tocando el violin, quiere muchas veces llevarle para ir á visitarlos... últimamente, hace unos cuantos dias... estaba

asistiendo á una señora que estaba de parto.... y no podia salir del paso... Mr. Urtuby queria marcharse... la señora no le queria dejar que se alejase... entonces dijo: «Pues bien, si quereis que me quede, enviad á buscar mi violin...» Vinieron por el violin, le recibió... se puso á tocar con toda su fuerza, y al cabo de dos minutos la señora parió con toda felicidad... solamente parece que desde entonces, en cuanto oye un violin se echa á llorar.

Hacia ya algunos instantes que Mr. Bodinet escuchaba con menos atencion á la señorita María, y tenia fijos los ojos en el piso superior.

—Estais acechándola, no es verdad? dijo la criadita. Ah!... pues ya teneis trabajo, porque á veces se pasa dias enteros sin asomar las narices.

—Oh!... no tengo prisa ninguna, y tarde ó temprano yo la encontraré.

—Decidme, caballero; es casualmente vuestra muger?

El señor Bodinet se endereza, y colocándose en una posicion magestuosa, contesta:

—No, señorita; no es mi muger.

—Ah!... entonces es vuestra hija... porque, en efecto... bien podeis ser su padre...

Estas últimas palabras parecen halagar poco al señor Bodinet que vuelve á sepultar la barba en su corbata, y dice:

—Señorita, me permitireis deciros que vuestras preguntas son harto insidiosas... creo que hace bien poco tiempo que nos conocemos, para que tengais ú os figureis tener el derecho de mezclaros de esa suerte en mis asuntos....

La señorita María se pellizca los labios y murmura:

—Dios mio!... caballero, lo que yo he dicho no ha sido por curiosidad... era... por hablar de algo... á mí, ya comprendereis que al cabo de todo... no me importa que esa señorita sea lo que quiera... de todas maneras, es una fe-

licidad para vos que no seais su marido.

—Tendriais la bondad de decirme por qué razon es esa felicidad?

—Caramba!... la cosa es muy sencilla... porque si fuéseis su marido...

—No os comprendo.

—Porque no quereis comprender... Mirad... veis estas dos puertas?

—Sin duda; y qué?

—En cada uno de estos cuartos vive un jóven.

—Lo sé, aunque no los he visto todavía.

—Pues bien, estos jóvenes son dos muchachos muy guapos.

—Mejor para ellos.

—Aquí vive el señor Gaston,.. un morenito de mediana estatura, fisonomía dulce, hermosos ojos... sumamente tiernos... ojos de enamorado... cuando él mira, se siente una cosa que hace suspirar... es un poeta.... ó autor.... ó qué sé yo?... en fin, uno que hace cosas que se imprimen.

—Es decir entonces que no tiene un real?

—No le creo muy rico, pero tampoco tan pobre.... por lo menos viste bastante regularmente. La otra puerta es la del cuarto del señor Alejandro... este es un calavera... un trueno... á todas las mugeres las dice flores... hasta á mí me ha requebrado... pero yo no le he oido... porque es un embustero... Ese está dedicado, segun dice, al comercio... pero yo creo que su principal comercio es correr detrás de las primeras faldas que se le presentan.

—Y bien, señorita, qué relaciones hay entre estos dos jóvenes, y la vecinita del piso alto?

—Qué relaciones?..., creo que es bien fácil de adivinar... La señorita Felicia es bonita.... no creais que la quiero ni soy su amiga... pero sin embargo... esto no me impide confesar que es bonita... ante todo, soy justa... Estos dos jóvenes la han echado miraditas tiernas... y hasta

el que vivia en la habitacion que vos ocupais... un pasante de escribano... un rubito... trató tambien de conquistarla... pero con aquel no hubo novedad... en vez que con estos dos...

—Con estos dos... qué?... acabad!.,.

—Cáspita!... con estos dos... parece que sí!

—Pero con los dos?

—Vaya!... ya lo creo!... es decir... el autor... el señor Gaston, parece que es él que está mas enamorado,.. pasaba las noches enteras suspirando á la puerta de esta señorita... pero ella no le abria... era muy severa con él, á pesar de que tambien le miraba de cierto modo que indicaba corresponderle...

—En ese caso...

—En ese caso, hasta ahora no hay nada de particular... pero lo mas bonito de la historia es que mientras ese jóven estuvo preso...

—Ah!... ha estado preso?... por robo tal vez?

—Ave María! por robo!... no, señor... gracias á Dios, no hay ningun ladron en la casa.... estuvo preso por deudas.

—Bien, bien... decíais que mientras estuvo preso....

—Si señor, mientras estuvo preso, su amigo, el señor Alejandro, triunfó de esa virtud inexpugnable... Iba al cuarto de ella por las noches... vaya!... como que le han visto...

El rostro del señor Bodinet se pone estremadamente sombrío; aprieta los puños, y esclama al fin con cólera:

—Ira de Dios!... Si lo que me decís es verdad, señorita... no es entonces esa jóven la que yo busco.

—Bah!... y por qué?... estais quizá tan seguro de que la que buscais no pueda tener amantes?... porque parezca poco comunicativa, pensais que no podrá escuchar á ninguno que la dirija galanterías?... pues es preciso que no os fieis en los airecitos mogigatos, caballero..; esas engañan mejor... por lo demás, toda vez que vivís en la casa, pronto saldreis de dudas y sabreis quién es... Aunque los

enamorados quieran ocultar mucho sus relaciones, pronto las dejan ver tan claras como el sol... Ay, Dios mio!... oigo tocar el violin... mi amo ha vuelto... y no tengo puesto el asado... buena danza voy á tener!...

La criada baja las escaleras de cuatro en cuatro. El señor Bodinet se queda unos momentos pensativo, y por último entra en su habitacion, diciendo:

—Es posible que estos jóvenes..... que Ernestina tenga amantes?... diablo!... seria un cambio incomprensible!.. y no solo incomprensible, sino que destruiria todos mis proyectos y mi negocio... pero, cá!.... qué tonto soy!.... esa muchacha se equivoca... estas son charlatanerías de vecindad... además... puesto que ya estoy sobre aviso, yo sabré la verdad, y bien pronto.

XXXIV.

EN EL PASAJE JOUFFROY.

Confiado en lo que le ha dicho su nuevo vecino, Mr. Beugle despues de haberse esmerado en su trage y puesto un gran cigarro en su boca, se dirige al pasaje Jouffroy.

Por su parte Mad. Montenlair se habia puesto su me-

jor sombrero, el chal mas elegante, y marchando lo mas ligeramente posible y de puntillas á fin de no manchar sus blancas medias, se habia encaminado igualmente al pasaje Jouffroy.

Este pasaje, situado en uno de los puntos mas frecuentados de París, está casi siempre invadido por los paseantes, los que se dirigen á sus quehaceres y los desocupados.

Se suelen ver á veces lindas desocupadas, lo cual sin duda contribuye en gran parte á atraer á aquel sitio gente de continuo.

Las personas que tienen prisa y no toman este pasaje sino porque aquel es su camino, se ven precisadas á andar despacio, so pena de atropellarse con los paseantes; todavia no se hacen en este punto negocios de bolsa como en el pasaje de la Ópera, pero en cambio se tratan considerablemente asuntos de boca, porque allí abundan las fondas; se come en todas partes, y á veces en un mismo edificio arriba y abajo.

Son cerca de las cuatro cuando el gordo aleman llega al pasaje Jouffroy; es justamente la hora en que hay mas gente, pero este paseante es de fuerza y talla suficientes á hacerse paso por sí mismo.

Semejante á una inmensa columna que avanzase lentamente sin inquietarse de los que van y vienen, Mr. Beugle se adelanta sin que ni aun produzcan en él el mas leve movimiento los codazos de los paseantes, sin apresurar su paso habitual; y como si tuviera el poder de embotar ó permanecer insensible á todos los choques, continúa impasible fumando su cigarro.

Hace ya como una media hora que Mr. Beugle se pasea sin ver á su vecina, pero no por eso se impacienta; al contrario, hace su cálculo, y con estóica calma se dice:

—Oh!... elia fendrá, tota féz que elia me ha ticho que fentria aguí!...

Y hecha esta concluyente reflexion continúa mirando

las tiendas, y paseándose sin dejar de fumar.

Entretanto hace ya mas de un cuarto de hora que la señora Montenlair se pasea tambien por el pasaje, mas él no la ha visto, porque toda su atencion está fija en las tiendas.

La ex-actriz de Bordeaux ha reconocido al punto á su vecino, porque su enorme volúmen ocupa demasiado sitio para que pueda pasar desapercibido; pero ella dice para sí:

—No he de ser yo la que debe hablar primero... esta accion seria romper todas las reglas de la galantería.... á él le toca empezar...Pasaré por delante de él para que me vea!....

Y pasa en efecto menudeando el paso por delante del gordo aleman que en aquel momento tenia dedicada toda su atencion al exámen de un escaparate lleno de pipas de todas dimensiones.

Asombrada de que no se le haya acercado, vuelve á pasar la antigua graciosa un momento despues junto á su vecino, marchando despacio y dando cierto aire de abandono á su continente, pero no es mas afortunada esta vez que la anterior Mr. Beugle está absorto contemplando una magnífica coleccion de gorros bordados en la tienda de un sombrerero.

—Qué significa esto?... me ha hecho venir este señor solo para que pase y repase por delante de él?—se dice la señora Montenlair que comienza á impacientarse.

Y volviendo atrás, se deja caer tan bruscamente sobre su vecino, que el empujon le obliga á mirar y por consiguiente á verla.

—Oh!... timonio!... fos no feis, seniora?... esclama al pronto Mr. Beugle, que no habia reconocido á su vecina: pero al fijar su atencion en la persona que era, se repone y continúa procurando dar á su voz una entonacion tierna.

—Oh *tarteifle!*.. es matama Montenlair!... seniora, tis-

pensad fos á mí... mí no jabia gonocido fos!...

—Parece, vecino, que vos sois el que no vé mucho... ya he pasado junto á vos una porcion de veces...

—Oh!... seniora... mí lo siento pien!...mí estapa fiendo ista goleccion te gorros...

—Pero se me figura que no es para eso para lo que me habeis hecho venir aquí... Sabeis que ha sido una imprudencia?...

—Oh!... fos tecís gue mí está embrutencia!...

—Sin duda... vais á dirigiros á ese nuevo vecino, á quien todavía ni aun conocemos!... vamos, confesad que es arriesgar demasiado!..

—Isto nuefo fecino!... oh!... sí!... isto senior gue basa limbiando á él todo el tia!... isto senior gue tijo á mí te fenir, porque fos fentriais...

—Cómo!... qué decís?... estais equivocado en este momento, querido vecino... Ay, Dios mio!... qué tropel hay, qué confusion en este pasaje!... qué empujones!.... Ofrecedme el brazo, atreviduelo!.... al menos tendré algo en qué sostenerme, y no temeré que á cada momento me derriben.

—Oh!... sí, sí... es fertat.... tomad el prazo te mí.... aboyad fos pien fuerte... mí está pien solido!...

La señora Montenlair toma el brazo del aleman, y se enlaza á él como si no debiera separarse jamás: merced á este mútuo apoyo, la pareja pudo seguir su paseo; pero Mr. Beugle no decia nada, porque esperaba que su vecina le esplicase la causa de haberle citado, y la señora Montenlair no hablaba tampoco por lamisma razon.

Mas el silencio no era cualidad que poseia esta señora; así es que encontraba sumamente estraño que su vecino la hubiese hecho venir á este pasaje y no la dijese con qué objeto.

Por fin, ya no pudo contenerse por mas tiempo, y le preguntó:

—Y bien Mr. Beugle; qué es lo que os ocupa en este momento?

—Oh!... *tarteifle!*... mí está mirando un gasguete pien ponito!..

—Cómo, caballero!... es acaso para que os eligiera un casquete, para lo que habeis dicho á ese señor que vive en mi mismo piso que me esperaba en este pasaje una persona que tenia que comunicarme cosas muy interesantes?

—Gómo!.... mí no entiende fos... fos jabeis ticho á isto senior gue estapa breciso gue mí penga á tar una puelta en isto basaje, y gue mí esbere fos!

—Yo?... cómo podeis figuraros eso?... iria yo á decir eso á nadie?... á daros una cita la primera?... y una cita como esta... así... de sopeton!... Dios mio!... habeis pensado tal cosa de mí?

—Oh!... mas entonces mí no gomprente una palapra!... mí no gomprente bor gué isto senior ha ticho isto á mí... y tesbues de toto, mí está gontento borgue isto senior ja salito la itea de enfiar á basear á mí con mi pella fecina...

—Ah!... eso ya es distinto!... en efecto ha sido una buena idea.... por mi parte no creais que estoy disgustada tampoco, ni por eso le quiero mal... pero, válgame Dios!... cuánta gente hay en este pasaje!..

—Oh!... sí!... mucha gente!... pastante gente!.. pien te gente!...

—No es aquí donde hay fondas en que se come á precio fijo por cubierto, y está fijada en la puerta la lista de de los platos que le componen?

—Sí... sí... mas mí no ha gomido ningun tia in ista fonta!...

—Pues dicen gue guisan muy bien... que el servicio es escelente!...

—Guereis fos que gomamos totos juntos los tos?

—Ay, vecino!... no sé si debo aceptar... aunque... sí... acepto... los salones están bien acondicionados, y no veo inconveniente ninguno en comer con vos... Si me hubiérais propuesto un gabinete solo, ya hubiera sido diferente.

—Fos jupiérais aceptado eso?

—Tal vez... quién sabe?...

—Oh! mí no es gapaz te ofrecer istas gosas, seniora, á fos!...

—Sí, sí, callad!... estoy segura que sois atrevido como un pollo con las mugeres.

—Gómo un bollo?.... al gontrario.... mí está pien tímido.... mí no está nata bollo.

—Bah!... no me fiaria yo!.... pero estoy tranquila.... iremos al comedor... al salon... ahora comprendo que me habeis hecho tal vez venir á este sitio para convidarme á comer!

—Mí asegura fos gue...

—Basta!... está bien... os perdono...

—Mas fos estais...

—He dicho que ni una palabra mas... estais perdonado!... ay!... qué pícaro sois, vecino!...

—Gómo!... mí está un bígaro?

—Callad... y vamos á comer.

El vecino y la vecina entran en la fonda donde la comida es igual para todo el mundo, y tal vez por esta razon el servicio es bueno.

Mr. Beugle se encuentra en estremo solícito para servir y echar de beber á la señora Montenlair.

Esta come mucho, sin que por eso la impida sostener la conversacion, ó mas bien tener siempre la palabra, porque el aleman cuando come casi no habla nada, á causa de que, segun dice, no sabe hacer dos ccsas á la vez.

Con todo, en el intermedio de un plato á otro, encuentra medio de esclamar:

—Oh!... isto está pien bardicular! mí fastitia no!...

—Cómo!... esclama la ex-actriz; os estrañais de no fastidiaros conmigo?.... en verdad, Mr. Beugle, que estoy asombrada de oiros decir tal cosa!... puede uno fastidiarse hallándose al lado de una persona por quien sienta una tierna simpatía? no pasa de esta suerte el tiempo con la ra-

pidez del relámpago?... ponedme un poco mas de *rosbeef!*

—Ah!... sí... sí... fos tecís pien!.... el diembo basa.... bronto ya es noche...

—Y bien... no os encontrais junto á mí en la agradable situacion que os he descrito?.... con patatas!... ponedme patatas!...

—Oh!... sí.... mí está en una agratable situacion.... cuanto mí está á la mesa, mí está siembre en una agratable situacion....

—Hola!... quereis marearme?... bribonzuelo!... seductor!... pero no lo conseguireis... Tengo la cabeza muy segura, y os desafio... no podeis achisparme!.. Vamos, pedid vino... pedid Chambertin... no está en la lista de los cubiertos, poro no importa... debe haberlo aquí!

Mr. Beugle pide Chambertin, con un principio mas. El aleman bebe, pero su antagonista se mantiene firme.

Acabado el Chambertin, la señora Montenlair dice á su anfitrion:

—Pedid Champagne, y vereis como ni por esas me aturdo!

Traen el Champagne con un refuerzo de bizcochos y macarrones y en breve quedó la botella vacía.

Mr. Beugle tiene los ojos que parece que se le quieren saltar, y la señora Montenlair continúa impasible; sin embargo, aunque procura conservar un aire digno y magestuoso, se la observa balbucear.

—No... no creais... que estoy... mareada... pedid!.. pedid otra cosa... y vereis...

Pero el aleman se limita á pedir la cuenta: todavía conserva la suficiente razon para conocer que es ya tiempo de detenerse, y arranca de allí á su vecina, diciéndola:

—Pamos, seniora, domar gafé... isto nos fendrá pien.

—Ah! sí... el café... yo adoro el café... y despues tomaremos ese licor que llaman Cartreuse... ese licor de mo-

da... no le conozco, y deseo saber lo que es... dicen que es muy fuerte, pero no importa... á mí nada me aturde...

Mr. Beugle conduce al café á la señora Montenlair. Despues de tomar cada uno su taza correspondiente, empiezan á beber *Chartreuse*.

Primero toman blanca, luego verde, y por último ya no saben de qué color pedirla, ni de qué color es la que les sirven. En fin, al salir del café, la pareja está regularmente alumbrada y escesivamente tierna.

Eran las nueve de la noche, porque la pareja se habia detenido mucho en comer: la conversacion continuaba animada, y al fin llegaron al arrabal Montmartre y cerca de su domicilio.

Delante de este domicilio hacia ya largo rato que se paseaba un hombrecillo trapiento y rechoncho, envuelto en un paletot al cual cubria un saco, y sobre los que se habia echado una capota.

Este personage tan bien abrigado y que llevaba un sombrero redondo de alas anchas calado hasta los ojos, no era otro que el señor Filoséles, ex-adorador de la señora Montenlair, que se habia alejado de ella en un momento de cólera, jurando que no le volveria á ver mas.

Pero el señor Filoséles tenia sesenta años; era feo y poco amable, y un hombre provisto de todas estas cualidades, no reemplaza tan fácilmente una amante como un baston, y especialmente si no siembra el oro á manos llenas.

Además, ya el ex-especiero estaba acostumbrado al trato de la señora Montenlair, y él sabia que el hábito es una segunda naturaleza; el hábito es el lazo que estrecha á veces una multitud de relaciones que no tienen sentido comun, y que hasta son ridículas á los ojos de los mismos que las sostienen.

Los hombres son en general perezosos, y conservan á veces un yugo que les humilla creyendo que les seria mas difícil cambiar, ó mas molesto dejarle!...

Es una completa necedad.

Una costumbre se pierde con la misma facilidad que se toma, y las malas mas pronto que las buenas.

El señor Filoséles, deciamos, que no tenia nada de amable, habia encontrado en breve que echaba de menos á la señora Montenlair, que le faltaba algo, que no tenia á su lado á nadie á quien pudiese regañar y regañar continuamente y á su antojo, y empezó primero por sentir sus amores perdidos, y despues por pensar en reanudar una cadena que habia roto con demasiada ligereza.

Pero temia volver en seguida á casa de su antigua amiga; se figuraba que iba á ser mal recibido, temia que hubiera una nueva escena en aquella casa y mas si la llegaban á presenciar los vecinos; temblaba por su sombrero y su peluca: pensaba que para renovar estos amores, seria mejor tratar de encontrar á la señora Montenlair en la calle, porque allí podia acercarse á ella, preguntarla por su salud, y en fin trabar conversacion, sin que este encuentro pareciese premeditado.

Habiendo por fin adoptado este plan, el señor Filoséles pasaba hacia ya algunos dias, muy á menudo por delante de la casa del arrabal Montmartre, pero la casualidad no habia querido servirle: todavía no habia logrado ver á la que tanto ansiaba encontrar.

Estos paseos inútiles no hacian mas que aumentar la impaciencia de nuestro viejo enamorado.

Despues de haberse paseado inútilmente todo el dia, se habia decidido al fin á venir por la noche á rondar la casa donde habitaba el objeto de sus pensamientos, diciendo para sí:

—Si está en casa, puede salir.... si ha salido, ha de entrar....

Como puede observarse, el cálculo era matemático.

Habia llegado, pues, esta noche el señor Filoséles á eso de las siete, y despues de muchas vacilaciones, se habia determinado al fin á preguntar á la portera si la señora

Montenlair estaba en casa: la señora Ador le contestó:

—Salió á eso de las cuatro, y todavía no ha vuelto.

Esta respuesta habia dado mucho que pensar al viejo sátiro.

Se habia preguntado dónde podria haber comido esta señora, toda vez que hacia ya cuatro horas que faltaba de su casa, y un sentimiento de punzantes celos se habia deslizado en el corazon harto colérico del amante.

Una vez víctima de esta pasion, la nieve y la lluvia no le hubieran hecho abandonar un momento su puesto en la calle; no perdia de vista la puerta de la casa, y sus miradas investigaban el espacio tan lejos como le era posible alcanzar, examinando con escrupulosa atencion á cuantas personas veia venir.

En este instante fué cuando el vecino y la vecina, un poco alegres con el licor que los habia vuelto sentimentales, se adelantaban charlando animadamente á su respectivo domicilio.

Pero á seis pasos de la puerta, la señora Montenlair se detiene de repente, estrecha con mas fuerza el brazo de su caballero, y murmura señalando al señor Filoséles:

—Dios mio!... qué es eso?... mirad!...

Y es que la ex-actriz acababa de ver aquel bulto que estaba pegado á su puerta, y que se adelantaba hácia ellos.

—Gué teneis, seniora? pregunta Mr. Beugle deteniéndose tambien: gué es ista gosa gue tá mieto á fos?

—Es él!.... es Filoséles!.... Dios soberano!.... qué va á pasar aquí?...

—Sí, yo soy!... esclama el hombrecillo poniéndose de un salto junto á la cara de su infiel. Está bien, señora!... parece que la cosa no va mal!... comeis fuera de casa, y acompañada!... por fin os pillé'...

—Gué jabeis billato?... guién estais fos?.... fos al momento fais á billar las te pillatiego!.... sapeis pien, senior?

—Caballero, estoy hablando con esta señora!... no me he dirigido á vos!...

—Salvadme, vecino!... esclama la señora Montenlair rodeando con sus brazos al gordo aleman como si tratara de trepar á un árbol. Salvadme del furor de este hombre!... le conozco perfectamente... es capaz de todo!...

—Señora!... sois una pérfida!... una traidora!... una... tengo la palabra en la punta de la lengua!...

—Senior, mí no sape gué teneis fos en la bunta de la lengua... mas mí tice á fos tejar á ista seniora dranguila, y marchar brondamente á fuestro gamino.

—Os repito, caballero, que no estoy hablando con vos... que me conteste esta señora.... la traidora me conoce bien!...

—No... yo no os conozco.... ó no quiero reconoceros, que para el caso es lo mismo... Es demasiado atrevimiento venir á promoverme esta cuestion!... idos!... dejadme en paz!...

—Ah!... Rosinita!... así es como me tratais?...

—Gómo! isto senior llama á fos Rosinida?... senior, fos estais un boco mal edugado! ..

—Vámonos, Mr. Beugle!... entremos.... porque si no me voy á desmayar!...

—Rosinita, yo quiero entrar con vos!...

—Yo os lo prohibo!

—Senior, tejadnos dranquilos, ó pien mí tará un golbe á fos!

El señor Filoséles continuaba sin moverse delante de la puerta, pugnando por coger el brazo ó al menos la mano de la señora Montenlair; esta le esquivaba ocultándose detrás del gordo aleman, pasando tan pronto á la derecha como á la izquierda, y Mr. Beugle recibia sin desconcertarse los empujones que su rival le daba luchando por apoderarse de su infiel.

En este momento Gaston y Alejandro que habian pasado el dia en Belleville sin poder descubrir ningun ras-

tro del paradero de Felicia, volvian á casa estenuados de cansancio.

Oyen las palabras que se cambian delante de la puerta, reconocen los personages, y se ponen al punto al corriente de la causa de la cuestion.

Alejandro vé que sus mentiras han dado el resultado que esperaba, y se apresura á colocarse entre los dos rivales.

—Salvadme, salvadme, mi querido señor Alejandro!... esclama la señora Montenlair precipitándose hácia el jóven. Vos habiais adivinado en lo que me habeis dicho, y aquí teneis á dos rivales que se quieren asesinar por mí... oh!... evitadlo... libradnos de ese vampiro de Filoséles!....

—Mí fa á tarle te bundabiés, grita Mr. Beugle, si fos no marchais luego!

—No me da la gana irme, lo sabeis, caballero!... yo no os conozco á vos... ni quiero!... voy á casa de esta señora... y como os permitais ponerme la mano encima, voy á llamar á la guardia!... y estos señores serán testigos de que me habeis faltado!...

—No le pegueis!... dice Alejandro al oido á Mr. Beugle. Perderíais vuestro derecho!.. Hay un medio mas sencillo de acabar esto!.... dejáos caer sobre él.... como por casualidad... y yo os respondo que es mas que probable que eso le haga callar.

—Oh!... pien!... pien!... fos teneis razon!...

El gordo aleman ejecuta la maniobra que el jóven acaba de indicarle: finge que se resbala, y se deja ir sobre el señor Filoséles, que obligado á doblarse bajo el peso de esta enorme masa, cae empujado por Mr. Beugle, y se encuentra debajo de su rival, y sofocado por su voluminosa humanidad.

El hombrecillo grita, chilla, jura, reniega, y pugna en vano por sustraerse al coloso que le aplasta. En fin, este, despues de haber molido á su rival á su satisfaccion, se levanta y entra en la casa donde ya hacia rato que estaba

la señora Montenlair, gracias á la proteccion de sus jóvenes vecinos.

El señor Filoséles se encuentra tendido en la acera, y sin tener á su lado mas que algunas personas que pasan y se le rien en su cara, diciéndole:

—Fuera el borracho!... un hombre decente ponerse en ese estado!... embriagarse al estremo de revolcarse en el fango!... Ay!... su peluca!... mirad, mirad!... tiene puesta la peluca al revés!

El hombrecillo se levanta desvencijado, se arregla la peluca, y se pone en camino, murmurando entre dientes:

—Oh!... las mugeres!... las mugeres!.. horrible invencion!... Si Rosinita estuviera todavía en el teatro, qué espantosa silba la habia de dar!... las mugeres!.... y Francisco I que las llamaba rosas!... En efecto... yo sé bien en qué clase de rosas colocaria yo á Mad. Montenlair.

En el momento en que los dos jóvenes se disponen á subir á su habitacion, sale de su cuarto la señora Ador, los llama, y llevándoselos aparte, les dijo bajando la voz:

—Señores, la señorita Felicia no vive aquí, y no se sabe á qué casa se ha mudado. Si fuéseis de mi opinion, no diríais una palabra de su partida.

—Y por qué? esclama Gaston: teneis acaso noticias suyas?... sabeis si va á volver pronto?

—No es eso, señor Gaston, sino que el cuarto de vuestro antiguo vecino el señor Collinet, está alquilado desde ayer y habitado desde hoy, y el sugeto que le ha alquilado es el mismo individuo que la otra noche perseguia en la calle á la señorita Felicia, y del cual tuvo tanto miedo que eso la ha obligado á marcharse precipitadamente...

—Será posible?... vive ese hombre en la casa?

—Ay, Dios mio!... bien á pesar mio, señor Gaston!... pero no habia medio de librarse de él... Creo que si no le hubiera dado la llave del cuarto, hubiera sido capaz de meterse en la portería. Viendo su tenacidad, y como yo

sé que ha venido solo por ver á la señorita Felicia, lo que he hecho ha sido callarme, y á estas horas no sabe que ha dejado la casa la persona que él sigue.

—Habeis tenido una idea ingeniosísima, señora Ador, esclamó Alejandro; perfectamente imaginado.. De suerte que, segun lo que decís, las criadas de la casa deben tambien ignorar la partida de la señora Felicia... porque si no hubiera sido en vano toda vuestra discrecion.

—Nadie sabe una palabra, señor... ni aun mi sobrina!

—Oh!... entonces estoy tranquilo.

—Y ese hombre... ese miserable que persigue á Felicia... dice Gaston; está allá arriba!.... Voy á buscarle.... voy á saber con qué derecho la molesta... qué causa tiene para obrar de ese modo... oh!... y yo le obligaré á responder, ó si no...

—Lo que vas á hacer es estarte quieto, porque de lo contrario harás mil tonterías y no sabremos nada. En lugar de ir así de sopeton, á preguntar á ese individuo que te mandará á paseo diciendo que no tiene que darte cuenta, vale mas observarle, ver lo que quiere hacer, y en fin, tratar de saber qué casta de pájaro es... Cómo se llama ese quídam, señora Ador?

—Mr. de Carpentras.

—De Carpentras?... Ved ahí un nombre que huele á intrigante desde cien leguas... Pues bien... mañana será de dia; y veremos á ese señor de Carpentras... Entretanto vámonos á acostar... esta noche no ha de robar á Felicia, porque el pájaro ya ha volado... Conque vuelvo á repetir: Honor á nuestra conserje por haber guardado el secreto de esta partida!... Una portera que guarda secreto!.... esto es magnífico!... sublime!... piramidal!... si se pusiera en los periódicos, no lo habia de creer nadie.

XXXV.

UNA ARIA DE ARMIDA.

Son escasamente las siete de la mañana, el tiempo está oscuro y frio, sin embargo de ser ya cerca de primavera; pero no siempre las estaciones son lo que uno se promete de ellas: el tiempo es como el mundo; no se puede contar con él.

Entretanto y á pesar del frio y de una delgada neblina que penetra y hace tiritar á los que se han separado del calor, el señor Bodinet está ya en el pasillo, vestido, á guisa de bata, con un gran leviton de lana gris forrado de sarga colorada y adornado de una enorme mancha de aceite en la espalda, lo cual no impide á este señor pavonearse con este traje y darse la importancia de un dandy. En la cabeza lleva puesto una especie de gorro griego que ha sido rojo y ahora es de color de naranja, y cuya inmensa borla le está bailando continuamente sobre el ojo izquierdo. Con este traje y su pantalon de punto de algodon color de aceituna, sale Mr. Bodinet de su cuarto armado de un ce-

pillo, su paletot sobre el brazo izquierdo, y una punta de cigarro en la boca.

Bodinet mira un gran rato hácia arriba, sube al fin unos cuantos escalones del quinto piso, pero vuelve á bajar rápida y cautelosamente, diciendo:

—No hagamos imprudencias!... Ella no se mueve... se encierra.... y calafatea su cuarto.... pero no ha de durar siempre esto... no puede uno pasar la vida sepultado en su habitacion, sobre todo cuando se está solo.... sin criados que nos vayan á buscar lo que necesitamos... ya se la acabarán las provisiones, y tendrá necesidad de renovarlas.... porque no presumo que se vaya á dejar morir de hambre por miedo de encontrarme.... Esperemos, y cepillemos el paletot... los vecinos están en sus respectivos cuartos, porque yo los oí entrar anoche... Veremos quiénes son estos vecinos... Recuerdo que me dijo la criadita: «Esta puerta es la del señor Gaston.... el que ha estado preso, y es muy enamorado!..» la otra es la del zumbon que ella llama Alejandro.

Y apenas el señor Bodinet ha empezado á hacer uso del cepillo, cuando la puerta del cuarto de Gaston se abre, y este aparece en el pasillo.

El jóven hacia mucho tiempo que estaba despierto, pero sabiendo que Felicia no habita en la casa, no tiene inquietud ninguna por lo que pueda emprender el nuevo inquilino. Pero al mismo tiempo, deseoso de conocer á este hombre, se levanta al punto que le oye andar por el corredor.

Mr. Bodinet mide á primera vista de una mirada á Gaston, y este exámen oscurece su fisonomía porque reconoce que este jóven es bien parecido. Pero disimulando casi instantáneamente sus impresiones, hace un gracioso saludo á su vecino, diciéndole:

—Tengo el honor de saludaros, caballero... no tengo el honor de ser conocido por vos... porque no soy vecino vuestro sino desde ayer por la mañana.... pero aprovecho

con satisfaccion esta circunstancia.... Si puedo seros útil en algo, disponed de mí á vuestro antojo... entre vecinos, es un placer servirse mútuamente.... así pues, os suplico que con toda libertad...

Gaston ha contestado con un movimiento de cabeza casi imperceptible al saludo de su nuevo vecino; le examina atentamente, y el resultado de su observacion es que es imposible que Felicia haya podido amar jamás á tal hombre.

—Tengo por costumbre no incomodar á nadie, caballero, contesta el jóven con sequedad, y si fuese á aceptar ó á solicitar algun favor no lo haria de un desconocido.

—Oiga!... pensó Bodinet: el mocito es despegado!.... le habrán dicho ya que yo era el individuo que perseguí á su bella... eso le estará punzando... y tiene tal vez gana de buscarme pendencia!... Como quieras, hijo de mi alma!... no te temo... tú no sabes que vienes á dar con la horma de tu zapato!

Y volviendo á tomar su aire gracioso, se dirige de nuevo al poeta.

—Caballero, dice, comprendo vuestra circunspeccion... vivimos en un tiempo en que es preciso estar siempre en guardia, y temer las relaciones peligrosas... á la verdad, no hay precauciones bastantes para conceder amistad á cualquiera... La amistad!... ese sentimiento, tan sublime y tan puro... cuando es puro... así es, caballero, que á mí no me gusta meterme por los ojos, como se suele decir.... no es ese mi carácter... pero me gusta mantener buenas relaciones con los vecinos... porque nada hay como la paz en el fuero interno.

Esta vez no parece que le escucha Gaston, porque se pasea por el corredor, y en seguida se asoma á la ventana; entonces Mr. Bodinet se pone á cepillar el paletot, cantando entre dientes:

Si el amor no causara mas que penas,
no cantaria el ave enamorada....

Gaston se para en el pasillo y afecta mirar un gran rato al quinto piso. El señor Bodinet continúa su aria, llenándola de gorjeos y flores.

Gaston va á colocarse de nuevo á la ventana. El señor Bodinet hace un calderon y una fermata sin dejar de cepillar su paletot.

Gaston, impacientado por último, se planta delante de su nuevo vecino, y le dice con aire impertinente:

—La sabeis toda, caballero?

—Qué?

—El aria que estais cantando.

—El aria que estoy cantando?... oh!... sí tal!... enterita!... os parece bonita, no es verdad?... Es un aria de *Armída*... música del famoso Lully, palabras de Quinault... En general, soy apasionadísimo por los trozos de música clásica, los aires de ópera... En otro tiempo hacia yo tambien mis gorgoritos... y como asistia con frecuencia al teatro, y tengo un oido especialmente musical, retengo todo cuanto oigo en seguida... En el dia tambien se compone buena música, estoy conforme... pero para mi gusto, no vale lo que la música antigua.

Y al acabar esta relacion, comienza de nuevo á cantar:

Si el amor no causara mas que penas...

En este momento la linda Mariquita sube la escalera cantando á voz en grito:

Malborough se fué á la guerra,
no sé cuando vendrá.

—Mas me gusta esa cancion, dice el jóven.

—Pchè!... no digo que no, caballero; eso va en gustos... Muchos hay que prefieren tambien el conejo á la liebre... A mí me gusta mas la liebre.

La criadita del doctor llega á la meseta de la escalera,

y parece muy contenta al ver á estos dos individuos; los mira alternativamente, y dice en seguida al nuevo inquilino:

—Cómo madrugais, caballero!... Tan tempranito, y ya con el cepillo en la mano!.... Mi amo todavía está acostado!...

—Sí señorita... me levanto temprano.... es costumbre que he adquirido desde que trabajaba en el despacho del ministro.

—Ah!... habeis trabajado en algun despacho?...

—En el del ministerio, señorita...

—Teneis la bondad de decirme en qué ministerio? dice Gaston mirando fijamente á Bodinet.

Este se pone erguido, y tomando una actitud impertinente, contesta:

—Señor mio, soy exactamente como vos... muy prudente en mis relaciones... no confio mis negocios á cualquier desconocido... por esta razon, me permitireis que no conteste á vuestra pregunta.

—Ah!... está bien!.... dice para sí Gaston apretando colérico los puños. Yo te haré hablar pronto, señor cantante!

—Voy á subir un momento á casa de Ceferina, dice María, porque he soñado con unos canarios verdes, y como ella esplica muy bien los sueños, quiero que me diga qué significa el mio... creeis que sean buena señal los canarios verdes?

—Señorita, no soy nigromántico... no sé esplicar los sueños... sin embargo, los de una muger bonita no deben pronosticar sino cosas agradables... Apostaria que vuestro sueño os anuncia que recibireis alguna declaracion de amor.

—Y que mi amante será un canario verde, eh?.... No tiene nada de estraño!... y por qué no?.... así como así, verde ó amarillo, todos los enamorados son canarios.... Buenos dias!

Y la criada suelta una estrepitosa carcajada y sube la escalera.

Gaston continúa paseándose por el pasillo y pensando en lo que debe hacer. El señor Bodinet vuelve á cepillar su paletot, y empieza de nuevo á cantar el aria de Armida, haciéndola variaciones.

A los pocos momentos, Gaston va á llamar á la puerta de Alejandro, gritando:

—Estás durmiendo todavía?... perezoso!... levántate!...

Pero nadie contesta; Gaston llama otra vez y otra mas fuerte. Por fin, suena dentro la voz de Alejandro:

—Quién está repicando á mi puerta de ese modo bestial?

—Soy yo!... Gaston!

—Y qué me quieres?

—Que te levantes.

—Qué hora es?

—Van á dar las ocho.

—Y qué prisa tengo de levantarme tan temprano?.... hace frio... y en la cama se está divinamente... Déjame dormir otro par de horitas, y en seguida...

—Haces mal en no levantarte, Alejandro.... oirias á nuestro nuevo vecino, Mr. de Carpentras, cantar un aria de *Armida*, de un modo verdaderamente aturdidor!... es magnífico!... Mira, yo he oido muchas veces cantar á los ciegos en las calles... pero no tiene comparacion... esto es mas divertido!

—Hola!.... epigramitas tenemos? dice para sí Mr. Bodinet refregando el barro de sus pantalones: perfectamente!... creo que esto va á ser interesante!

Y empieza á cantar en tono mas fuerte:

Si el amor no causara mas que penas...
no cantaria el ave enamorada.

Gaston no puede ya contenerse, y va á colocarse de-

lante del señor Bodinet, diciéndole:

—Cuerpo de tal!... caballero, es preciso que esteis enamorado como un rocin, porque no sabeis cantar otra cosa!

—Es muy posible, jóven!... pero me parece que en todo caso, eso es cosa que no os interesa.

—Es que me está ya cargando vuestra cancion, señor mio!

—De verdad, caballero?... pues lo siento... y me estraña además, porque parecia que os gustaba la música.

—En fin, os suplico que calleis.

—Pues todavía siento mas el no poder complaceros, pero me es imposible callar.

—Que no callareis?

—No por cierto.

—Habeis venido á esta casa para cantar?

—He venido para hacer en ella lo que me acomode.

—No señor, no es eso... quereis que yo os diga para qué habeis tomado este cuarto?

—Tendria curiosidad de saber si habeis adivinado mis intenciones.

—Os habeis venido á vivir aquí, porque la otra noche habeis seguido, espiado á una jóven que entraba en esta casa... porque la conoceis, ó creeis conocerla... os han dicho que se llamaba Felicia, y vos pretendeis que se llama Ernestina Danglade... pero aun cuando fuera la persona que os figurais, con qué derecho la perseguís.... quién os ha permitido seguir de esa manera sus pasos, acosarla hasta en su propia casa, venir á vivir junto á ella?... contestad!... qué derecho teneis sobre ella?.... Vos la inspirais espanto, y hasta terror... esperais tal vez aprovecharos del miedo que la produce vuestra vista para imponerla leyes, para haceros su tirano?... pues estais en un error, caballero!... esa jóven tiene amigos, protectores que consideran como un deber el velar por ella... socorrerla si se halla en algun riesgo... y en tanto que yo viva... yo, Gaston Du-

randal, sabré castigar á cualquier insolente que se permita cualquier insulto, ó la mas mínima falta de respeto!

Bodinet escucha á Gaston con calma; cuando este ha concluido de hablar, le contesta deteniéndose en sus palabras, y recalcándolas, sin duda para hacerle mas efecto.

—Señor mio, todo cuanto acabais de decir es muy bonito... pero, francamente hablando, no tiene sentido comun!

—Caballero!...

—Oh!... permitidme... Yo os he escuchado sin interrumpiros... razon es que me dejeis hablar á mi vez... Encontrais mal hecho que yo haya seguido á esa jóven en la calle?... que la haya seguido hasta la casa donde ha entrado?... A la verdad que, viviendo en París, es cosa que sorprende vuestra estrañeza... lo que yo he hecho está sucediendo todos los dias... y es tan comun, que ni aun merece que se fije en ello la atencion... Si vos no habeis seguido á ninguna muger, sois una escepcion... y los hombres como vos son muy raros!.... Me preguntais con qué derecho he seguido á esa señorita?... yo os preguntaré á mi vez con qué derecho os permitís hacerme tal pregunta?... Decís que he venido á vivir aquí para estar cerca de ella!... Puede ser acaso... pero de todos modos creo que nada teneis que ver con eso... Pensais que quiero aprovecharme del espanto que inspiro á esa señorita, para tiranizarla!... Esas son grandes palabras, vacías de sentido, y que por consiguiente nada significan... Las mugeres, caballero, saben muy bien hacer nada mas que su santa voluntad... ya pasó el tiempo en que se consideraban esclavas... ahora, ese espanto que á veces aparentan tener de alguno, no suele ser por lo regular sino otro sentimiento que tratan de disimular... En fin, para concluir, os constituís en campeon de esta señorita!.... Probablemente estareis muy enamorado... No tengo la mas mínima intencion de impedíroslo... Pero antes de amenazarme con toda vuestra cólera... lo cual, os juro que no solo no me

asusta, sino que me tiene completamente sin cuidado.... me parece que será bien que nos entendamos. Vos, por lo visto, estais enamorado de la señorita Felicia... yo, caballero, busco á la señorita Ernestina Danglade... Si por casualidad, vuestra señorita... que vive arriba... no fuese la señorita que yo he creido reconocer.... no encontrais, señor, que hariais un disparate en amostazaros sin motivo? Pues bien, hay un medio muy sencillo de saber á qué atenernos entrambos. Puesto que sois amigo de esa señorita Felicia, tened la bondad de rogarla que salga por un momento de su cuarto; me bastará verla un instante para cerciorarme de que es ó no es la señorita Danglade. Si me he equivocado, presentaré mis disculpas á esa señorita, y la pediré perdon por el miedo que la causé en la calle.... Si es en efecto la persona que busco... oh!... entonces, caballero, convendrá ella misma, y os aseguro que delante de mí no negará que me conoce.

Gaston guarda silencio algunos instantes, y por último dice á Bodinet:

—Y aun admitiendo que la señorita Felicia fuese la persona que decís... si desea ocultar su verdadero nombre, por qué obligarla á que lo divulgue?... Y por fin, qué teneis que decirla?... por qué la perseguís hasta aquí?.. qué la quereis?...

Bodinet sonrie con aire burlon, y contesta:

—Pedís demasiado, jóven... ya os he dicho antes que sois muy curioso. Lo que yo quiero á la señorita Danglade es un secreto entre ella y yo, un secreto que tal vez jamás será revelado... eso dependerá de las circunstancias.

—Caballero, Felicia no puede tener con vos ninguna relacion que no pueda confesar en alta voz.

—La señorita Felicia es posible... pero la señorita Danglade... oh!... esa es diferente!... Id á buscarla, jóven.... ya veis que ese es el mejor... y aun diré el único medio de saber á qué atenernos uno y otro.

—Ah!... desearíais ver á Felicia, no es cierto?... Estais

devorado por la impaciencia....

—Deseo verla, en efecto.... no me he hecho vecino vuestro mas que con ese objeto... ya veis que obro con franqueza. pero no tengo tanta prisa como os figurais... He esperado cinco años este momento.... bien puedo esperar todavía algunos dias...

—Y si yo no quisiera que viéseis á Felicia?

—Oh!.... en cuanto á eso, que vos quisiérais ó no, me seria de todo punto indiferente... Podria á mi vez preguntaros qué derechos teneis sobre esa señorita para impedir que yo la vea?.. pero no tengo precision de preguntaros nada... sé que sois su amante... ó por lo menos, uno de sus amantes.

—Qué quereis decir con eso? esclama Gaston aproximándose á Bodinet y con aire amenazador.

—Quiero decir que la crónica del barrio le señala otro... otro que vive ahí.... mirad.... en esa puerta.... un amigo vuestro... creo que era el que queríais que se despertara hace un momento... oh!... bien dice el refran: *No hay peor cuña que la de la misma madera.*

—Señor, medid vuestras palabras! si os permitís insultar á Felicia repitiendo indignos chismes de cocineras, tened presente que nos veremos las caras!

—Caballero, las cocineras no mienten siempre... estoy persuadido que puede sucederlas muy á menudo.... pero entre la multitud de chismes que traen en lenguas de continuo, se suelen encontrar algunas verdades... y hacedme el favor de no hablarme tan encima, ni tan alto... no soy sordo, ni me acomoda que me echen el aliento á la cara!

—Os hablaré tan alto y de tan cerca como me dé la gana, y si no estais conforme...

—Creo que acabo de decíroslo.

—Pues me importa un bledo.

—No griteis tanto!... os vais á poner ronco!

—Caballero!...

En este momento se deja oir la voz de Alejandro.

XXXVI.

MR. DUFORTIER DE CARPENTRAS.

El jóven corredor abre su puerta, aparece en el dintel con un pañuelo atado á la cabeza, y se despereza diciendo:

—Vamos á ver qué hay?... qué pasa en esta casa?.... Ni aun se puede dormir en paz... A qué vienen esos gritos, señores?... con quién es esa polémica, Gaston?... estás ya riñendo con nuestro nuevo vecino?... con Mr. de Carpentras?... Vamos, señores... haya paz!... Apuesto que todo ello es nada!...

Y al decir esto se adelanta para colocarse entre los dos contendientes.

Entonces puede distinguir el rostro del nuevo inquilino, y apenas le vé, lanza un grito de sorpresa.

—Ah!... voto al diablo!... qué es lo que estoy mirando?.... Dufortier!.... conque Mr. de Carpentras es Dufortier!...

Bodinet hace un horrible gesto al reconocer á Alejan-

dro, pero procura disimular todo el apuro en que este encuentro le coloca, y hasta trata de tomar un aire amable, y dice:

—Calla!... no me engaño!... es el señor Alejandro á quien tengo el gusto de ver?.... qué feliz casualidad!.... Diablo!... pues no me esperaba yo ser vecino vuestro!

—Ya lo creo!.... y aun me atrevo á asegurar algo mas... estoy convencido de que no hubiérais alquilado esa habitacion, á haber sabido que vivia yo en la casa!

—Y por qué no, jóven?... creo que el ser vecino vuestro debe ser agradable.

—Y vuestra muger, carísimo Dufortier?... vuestra sensible esposa... aquella pobre Herminia, á quien tratábais á la rusa, segun ella me dijo despues... no os faltaba mas que un *knout*... continúa siempre siéndoos infiel?.... debe haberos producido mucho dinero, si poneis á rescate todos sus amantes, como me queriais poner á mí... ya veis... entre ellos se habrá encontrado alguno que no haya tenido la suerte de tropezar con una vara de cortina para defenderse.

—Cómo, señor Alejandro!.... os acordais todavía de esa broma?

—Ah!... llamais á eso ahora una broma?

—Y qué otro nombre quereis que dé á esa escena?... En primer lugar, Herminia no era mi muger... yo dije que era su marido solamente para daros miedo..

—Demasiado sé que Herminia no era vuestra muger, pero vos la habiais ordenado que me dijese que era casada.

—Pero mi objeto era solo daros un mal rato y vengarme en cierto modo de vos... Francamente hablando... me habiais robado el corazon de mi amada... era muy natural, á mi modo de ver, que tuviera deseo de vengarme.

—Aun en ese caso, empleásteis un medio muy bajo.... Y si yo hubiera firmado la letra?

—Os la hubiera devuelto al dia siguiente con cuatro

renglones en que os hubiera dicho que me habia burlado de vos.

—De veras?

Alejandro deja ver una sonrisa que espresaba algo mas que duda, y al cabo de un momento continúa:

—En fin... todo es posible!... Ah!... y cómo es que habeis cambiado de nombre?.... os llamais ahora de Carpentras?

—Siempre me he llamado lo mismo: Dufortier de Carpentras.

—Ya!... eso es otra cosa!... mas al veniros á vivir aquí, os separais demasiado de vuestros puntos de reunion.

—Cómo!... cuáles?

—Pardiez! .. aquel sucio café, donde os encontré hace poco tiempo... en el boulevard esterior... junto á la barrera de la Chopinette, me parece.... una tasca, una verdadera tasca?

—Y decís que me habeis visto allí?

—Sin duda!.... llegué precisamente en el momento en que íbaos á daros de mojicones con otro por una disputa de juego, segun entendí, y yo fuí quien os detuve el brazo... Pero para qué os lo cuento?... estoy seguro de que os acordais, y que entonces me reconocísteis perfectamente.

—Ah!... sí.... en efecto.... creo recordar.... sí.... sí.... ciertamente... era yo!... Pero no tengo costumbre de frecuentar aquel café... habia entrado allí por casualidad... unos que estaban jugando á los naipes, me propusieron si queria ser de la partida... y yo cometí la imprudencia de aceptar... Digo la imprudencia, porque no se deberia jugar nunca sino con personas cuya moralidad se conociese... no tardé en apercibirme que me estaban haciendo trampas... Entonces me acaloré... á mí no me incomoda pagar cuando pierdo, pero no me agrada que se divierta conmigo ningun fullero... De ahí resultó, lo que es natural, disension, insultos, amenazas... y á fé mia que si no hubiera sido por vos, le sacudo.

—Y por qué os fuísteis tan de repente?

—Porque me puso de mal humor el que me retuviérais el brazo cuando iba á dar á aquel tal vez la correccion que merecia.

Alejandro se vuelve á Gaston que escucha en silencio, y le dice al oido:

—A este bribon no le faltan respuestas... Pero por qué has empezado en seguida por armar disputa con él?... ese es un mal medio, que no nos aclarará nada de cuanto tienes tanto deseo de saber... Modérate!... siempre hay tiempo de andar á cachetes, cuando ya no quede otro recurso.

Bodinet que continuaba cepillando su ropa y cantando entre dientes el aria de *Armida*, vuelve á tomar la palabra al cabo de algunos momentos:

—No se debe en verdad juzgar por las apariencias, porque es esponerse á cometer graves errores... Ya sabeis, señor Alejandro... vos tambien estábais en ese inmundo café junto á la barrera... pues bien, si por haberos visto allí una vez, hubiese yo deducido que era sitio que acostumbrábais á frecuentar, es muy probable que me hubiera engañado.

—Seguramente que os engañaríais... Por la prímera vez en mi vida entré allí, con el solo objeto de buscar á un individuo... Pardiez!... si conociéseis vos á ese quídam, me haríais un favor con decirme dónde vive...

—Y quién es el individuo que buscais?

—Es un tal Bodinet.... una especie de estafador.... de intrigante... un negociante, como él se llama, que ha jugado á mi tio una partida fea... porque debo advertiros, que tengo un tio en Troyes, en Champagne, que es fabricante de cajas de polvo... mejor quisiera que fabricase albondiguillas!.., oh!... entonces le haria yo cuantiosos pedidos... que colocaria al punto en mi estómago!... En fin, este Bodinet, que probablemente habrá estado en Troyes, ha estafado á mi tio, y ha hecho que le dé cajas por cuyo

valor ha firmado pagarés. Al principio fué uno pequeño, por valor de cincuenta francos... era una miseria!... pero ahora tengo en mi poder dos de setecientos francos cada uno, suscritos por ese bribon, y que, como era de esperar, no ha pagado!... Uno, á quien pedí noticias de mi hombre, me habia asegurado que iba á menudo á jugar á los naipes en el miserable café donde nos encontramos... y ahí teneis la razon de estar yo allí!

Hacia algunos instantes que Bodinet presentaba una facha singular: se rascaba la nariz, tosia, escupia y alguna vez se puso á cepillar los zapatos creyendo cepillar los pantalones. En fin, haciendo un esfuerzo para disimular su aturdimiento, murmura:

—Y por fin, segun se vé, vos no conoceis á ese señor Bodinet... de quien tan mal hablais?... Dios mio!... tal vez puede que sea un hombre de bien que no merezca ser tratado con tanta dureza... puede ser tambien que haya podido sufrir reveses de fortuna... pérdidas que le hayan impedido hacer honor á sus compromisos... esto suele suceder con frecuencia, señor Alejandro, y no por eso son estafadores los que se ven en este desgraciado caso.

—Señor Dufortier de Carpentras, os perdono tomar la defensa de ese Bodinet, si no le conoceis.. Oh!.. pardiez!.. si no hubiera hecho mas que no pagar sus débitos, no hubiera dicho de él lo que acabo de decir... nadie mejor que yo sabe lo fácil que es encontrarse uno sin dinero... esto me sucede á mí muy á menudo, y no por eso firmo pagarés, ni letras... porque preveo que á su cumplimiento podré tal vez encontrarme igualmente sin fondos.... esto es lo que todo hombre prudente debe hacer... Y sin embargo, os lo repito, sé compadecer la situacion de un deudor que no puede pagar... Si he hablado tan ligeramente del tal Bodinet, es porque tanto Gaston como yo y todos los vecinos tenemos largas noticias de ese individuo... Figuraos que ese tunante... sí, tengo motivos para llamarle tunante, y sino vos mismo juzgareis.... ese tunante, digo,

tiene un hijo, un chiquillo de cuatro á cinco años, que ha puesto de pupilo en una miserable escuela que hay en esta misma casa, allá en el fondo del segundo patio.... porque esta casa es muy grande... tal vez vos no hayais visto el segundo patio... el interior... Como decia, el tal Bodinet trajo un dia su chico á casa del señor Loupard, el maestro de esta escuela, que por cierto es un hombre escelente... le dió una docena de francos en lugar de pagarle adelantado, como es costumbre, un trimestre de pension, y despues ha estado un año sin parecer... Le habia dejado como unas veinte cajas de polvo procedentes de la fábrica de mi tio que valdrian á cuarenta sueldos cada una, bien pagadas... Hace algunas semanas, el bribon de Bodinet apareció en casa del señor Loupard, mas no para ver á su hijo, del cual parece que no hace caso ninguno, sino para reclamar del buen maestro de escuela seiscientos francos por las cajas de polvo, que este, siquiera por reembolsarse en algo de los gastos que llevaba hechos, habia vendido en treinta y ocho francos.... Afortunadamente, Mr. Loupard tuvo la idea de decir á este quidam que me conocia, y el nombre de Grandmoulin echó por tierra al punto sus planes.... Obligado á renunciar á su esperanza en las cajas, no adivinariais por cierto lo que ese pillastre... ah!.... sí... pillastre!... esa es la palabra! .. no adivinariais lo que ese pillastre ha hecho... Pues bien, se llevó á su hijo... El chiquillo estaba decentemente vestido, gracias á alguna ropa que mis amigos y yo le habiamos dado... dijo al señor Loupard que queria llevar para que le viera su padrino al pequeño Arístides... es el nombre del chicuelo... añadió que el padrino vivia cerca... el buen maestro de escuela consintió... Un padre tiene en verdad el derecho de llevarse á pasear á su hijo... y por otra parte, quién hubiera jamás supuesto los indignos proyectos de este?... No encuentro epiteto con que calificarle como merece!... Este miserable Bodinet se llevó al niño... hacia aquel dia un frio de diez grados... y sabeis cómo volvió el angelito?...

en primer lugar, solo... y despues, despojado de su pantalon, de su chaleco, de su paletot, y sin mas traje que papel de estraza sujeto con alfileres, como si fuera un paquete de velas... Pobre criatura!... fortuna que pudimos tomarle en brazos á tiempo y calentarle!.. si tarda un poco mas, se muere de frio!... Ahora bien, señor Dufortier de Carpentras, esto es lo que ha hecho ese bribon de Bodinet; qué decís de ello ahora?

Bodinet se suena en un pañuelo roto y descolorido, y por fin se decide á contestar:

—Señor, lo que me estais contando me parece tan sumamente estraordinario, que se me figura que debe haber en ello alguna mala inteligencia... Es preciso tener en cuenta que los niños generalmente son muy embusteros!... Quién os dice que el chiquillo no haya vendido su ropa para hacerse el calavera entre sus amigos, y luego haya forjado ese cuento?

—Cómo!... señor Dufortier de Carpentras, qué pensamiento tan estraño!... un niño de cinco años iba á vender su ropa... esponiéndose á quedar helado?... Solo faltaba que dijerais que la habia vendido para mantener queridas!...

—Lo único que digo es que eso no está muy claro... que los niños no se quedan jamás cortos en fraguar enredos cuando hacen algo malo, y que en vuestro lugar no me permitiria juzgar á nadie sin estar seguro de la justicia de mi juicio!

—Y la historia de las cajas de polvo, por las cuales reclamaba seiscientos francos, cuando valian á todo tirar cuarenta?... Creeis tambien que, por lo que hace á ese negocio, no esté yo seguro de mi juicio?

—Tambien ha podido suceder que ese señor encontrara una venta buena para sus efectos... porque hay personas que no saben lo que compran... y esas son las grandes ocasiones que deben aprovecharse...

—Si és así como practicais vos el comercio, señor Dufortier de Carpentras, no haríais los dos mu-

chos negocios...

—Y bien, caballero, si encontrárais al sugeto de quien me hablais, qué pensamiento es el vuestro?...

—Hacerle prender por los mil y quinientos francos que debe á mi tio...

—Ah!... vuestro tio os ha enviado las letras?...

—Justamente, y me ha ordenado que persiga á su deudor sin misericordia!...

—Y habeis hecho protestar... celebrar el juicio?... Está todo listo para poder arrestar á vuestro deudor?...

—Los pagarés han sido protestados en regla... en cuanto á lo demás, hay algunas formalidades que llenar... pero siempre hay tiempo en encontrando á mi hombre... aun cuando esto es estrordinariamente difícil, porque segun veo...

Una sonrisa de satisfaccion se dibuja en el rostro del señor Bodinet, y casi al mismo tiempo se oyen pasos en la escalera.

—Qué es eso? esclama Alejandro que se asoma: calla!.. no me engaño!... es el señor Loupard que sube con el pequeño Arístides!... si teneis curiosidad de conocer al hijo de Bodinet, podeis hacerlo ahora fácilmente, señor Dufortier de Carpentras!... y con eso al mismo tiempo conocereis á ese buen maestro de escuela que ha cuidado del chiquillo *gratis pro Deo*.

Pero ya Bodinet ha abierto rápidamente su puerta, y sin tomar tiempo de recojer el cepillo que se le habia caido en la escalera, se encierra en su casa vivamente, murmurando:

—Imposible, caballero!.. imposible!... tengo que despachar el correo... cartas urgentes y de interés que escribir, y ahora echo de ver que me he retardado...

—Y el cepillo, que le dejais olvidado? señor Dufortier de Carpentras!... que dejais el cepillo en el suelo!...

Pero Alejandro no recibe respuesta, y la puerta permanece cerrada.

Bodinet se hubiera guardado muy bien de presentarse, porque oia ya en la escalera las voces del maestro y del niño.

XXXVII.

QUINIENTOS FRANCOS.

El señor Loupard subia las escaleras de dos en dos, y no se detenia siquiera ni á tomar aliento; el niño, con sus piernecitas mucho mas cortas, tenia un trabajo inmenso para poder seguir á su maestro que parecia haber recobrado todo el vigor de la juventud.

El rostro del maestro espresaba á la vez varios sentimientos, pero se veian brillar especialmente dominando á los demás, la sorpresa, la alegría, el entusiasmo.

—Dios mio!... qué de prisa subis, señor Loupard, dice Gaston: dónde vais de esa suerte con Arístides?...

—Dónde voy, señor Gaston?... dónde voy, señores?... Ay!... válgame Dios!... no sé dónde voy, si os he de decir la verdad, pero ante todo iba á veros.... venia á vuestra casa.

—Y decís que no sabeis ádónde vais? esclamó Alejan-

dro: Pardiez!... á vos os ha pasado algo estraordinario, señor Loupard!... veo que vuestra fisonomia no está como de ordinario... y sin embargo, en vuestros ojos leo que no es ninguna desgracia!

—Oh!... no, señores... estoy contento!... contentísimo!... alegre hasta mas no poder!... es una cosa que me ha llegado tan á tiempo... y que yo estaba tan lejos de esperar!... Arístides, no has dado un beso á estos señores, tus buenos amigos, tus protectores?... Uff!... no puedo mas!...

Por toda respuesta, el niño corre á abrazar á Gaston, y despues á Alejandro: en fin, Mr. Loupard despues de haber respirado un momento, toma la palabra.

—Hé aquí el caso, señores!.. Acabo en este momento de recibir una carta por el correo... esta carta contenia un billete de banco de quinientos francos... mirad!... aquí está, señores; es bueno, verdad?... es un verdadero billete de banco?... Examinadle, porque yo... la verdad... he visto tan pocos!...

—Sí, señor Loupard, es bueno, legítimo! contesta Alejandro reconociendo el billete... Pero sabeis que esto es muy estraño?... hé aquí un principio de historia bien original!... continuad!

—Al abrir la carta, lo primero que hallé fué el billete... luego la carta decia... pero si debo tenerla aquí!... mirad, voy á leérosla; con eso os enterareis mejor.

—Leed, pues; os escuchamos.

—«Mi buen señor Loupard: os envio quinientos francos para pagaros de todo lo que se os debe por la pension de Arístides; creo que es, con corta diferencia, lo que importa hasta el dia; pero lo que jamás podré pagar, son vuestras buenas acciones, la humanidad de que habeis dado una prueba evidente, conservando este niño á vuestro lado, sin saber si algun dia os indemnizarian de vuestros gastos. Continuad sirviendo de padre á esa pobre criatura, y estad en la seguridad de que desde hoy, todo cuanto hagais por él os será convenientemente retribuido.»

Esto es lo que me escriben, señores.

—Y no viene firmada la carta?

—Nada, no trae firma ninguna!... y, la verdad, he pensado en vosotros, señores, que habeis sido tan buenos para él!

—Nosotros, señor Loupard?.... ah!... bien desearíamos estar en posicion de haberos hecho este regalo; pero, francamente hablando, lo que es para mí es imposible, y Gaston creo que se halla en el mismo caso que yo.

—Tiene razon Alejandro, señor Loupard, ese dinero no procede de nosotros. Además, si hubiéramos tenido probabilidad y deseo de abonaros esa suma, no hubiéramos andado con rodeos; os la hubiéramos llevado en persona.

—Eso fué lo que yo dije, señores.., pero entonces... si no sois vosotros, quién me ha enviado este billete?.. no veo quien haya podido ser mas que la señorita Felicia...

—Felicia!... sí, sí!... efectivamente!... no puede haber sido nadie mas que ella!... esclama Gaston. Es tan buena, tan caritativa!... y cuando hace un bien no quiere que se sepa, ni que se la den las gracias!...

—Y es tanto mas probable que proceda de ella, añade Alejandro, cuanto que yo creo á esa jóven mas rica de lo que quiere aparentar.

—Veamos la letra de la carta!

—Tomad, señores.

—Es una letra contrahecha, disfrazada... y á pesar de eso, creo reconocer algunos caractéres...

—Sí... esta es letra de muger... Sin embargo de figurar que no se cuidaba de Aristides, nuestra linda vecina tomaba mucho interés por él... bien lo probó al vestirlo completamente de nuevo, cuando vino vestido de papel de estraza!.. La misma persona debe haber sido quien ha remitido esa suma.

—Pues en ese caso subamos de prisa, esclama el profesor: ven, Aristides... vamos á dar las gracias á tu bienhechora...

Mr. Loupard empezaba ya á subir las escaleras, pero Gaston le detiene diciéndole:

—No subais, señor Loupard... no vayais á casa de Felicia... es inútil... no la encontraríais!...

—Ah! ha salido?...

—Sí, la portera me ha dicho que habia bajado muy de madrugada...

—Lo siento... pero en fin, nada hay perdido... volveremos despues...

—Antes de volver, señor Loupard, dejadnos á nosotros esplorar á nuestra vecina sobre este acontecimiento. Si, como todo debe hacerlo suponer, no quiere ella que se sepa que viene de su mano ese regalo, creeis que se alegrará de que vayais á darla las gracias? Lejos de eso, tal paso la contrariará, porque vé que se ha penetrado el secreto....

—Es verdad; pero, señores, creeis que este paso podrá desagradar á la señorita Felicia?... Si es así, esperaremos; no es cierto, Arístides?

—El qué, papá Loupard?

—Nos veremos obligados á guardar en el fondo de nuestro corazon nuestro reconocimiento.... pero es cruel, cuando una persona nos ha hecho este bien, cuando se ha mostrado tan generosa con nosotros, no poder siquiera estrecharla la mano!... En fin, señores, seguiré vuestros consejos, porque estoy persuadido que son buenos.

—Tocad ahí, escelente señor Loupard!... bien mereceis la dicha que obteneis!... y últimamente, lo que habeis recibido no es otra cosa que lo que se os debia!

—Oh!... pero sin embargo, señores... tanto dinero de una vez!... y especialmente cuando no se espera... es una riqueza.

—Quereis entrar á descansar en mi cuarto, ó en el de Alejandro?

—Gracias, señores, gracias; pero, ya comprendeis... tengo tanto que hacer... tantas cosas que comprar!... por ejemplo, leña para que los alumnos se calienten, que ya no te-

nia ni una astilla... Además, á mi chiquitin quiero comprarle una blusa nueva... y otra porcion de cosas.... Voy al punto á echar á andar, y Arístides vendrá conmigo...

—Sí, sí, papá Loupard... y en el camino me comprarás un pastel, verdad?

—Ya lo creo!... voy á comprar un pastel para tí... y otro para mí!... Diablo!... Dios sabe cuándo nos veremos en otra!... conque, hasta la vista, señores.

—Ádios, amiguito Gaston.... adios, amiguito Alejandro!

Los dos jóvenes dan un beso al niño que se aleja con su maestro.

Entonces Alejandro entra en el cuarto de Gaston; cierra cuidadosamente la puerta, y dice á su amigo:

—Has hecho perfectamente en decir al señor Loupard que nuestra linda vecina habia salido, porque si se le hubiera dicho la verdad, ese individuo, nuestro nuevo vecino, hubiera podido oirte, y es bueno y acertado que esté en la inteligencia de que Felicia continúa viviendo en el quinto piso.

—No sé por qué se me figura que ese hombre es un tuno.

—Tambien lo creo yo así... la aventurilla que en otro tiempo me pasó con él, seria suficiente para juzgarle así; y aun cuando quisiera él ahora hacerla pasar por una broma, no crea que me engaña... Pero qué relaciones pueden existir entre este miserable quidam y esa jóven tan linda, tan espiritual, tan bien educada?... porque ya no debemos dudar... Felicia y Ernestina Danglade no son mas que una sola persona!

—Ah!... eso es lo que yo estoy deseando saber.... Por qué tiene ella miedo de este hombre?.... qué puede temer de él?... oh!... yo le obligaré á decírmelo!

—Sí, amenazándole con una pendencia!.... Te repito que no sabes lo que haces!... de ese modo no conseguirás nada... En primer lugar, no creo que ese hombre tenga

miedo de batirse... todos estos ganapanes aprenden á tirar desde la espada hasta el zapato, y pasan la mitad de su vida en los tiros de pistola, haciendo ensayos y pruebas.

—Y crees tú que eso me espanta?

—No digo eso, pero no debe uno arriesgar su vida contra la de un canalla, sino cuando no haya otro recurso, porque es poner en una balanza una pieza de oro contra una de cobre!... El primero que dijo que un hombre valia lo que otro, dijo una solemne bestialidad de las que circulan en el mundo, como otra tanta moneda falsa. Ese Dufortier es nuestro vecino, cree que la persona que busca está en la casa... veremos lo que emprende... Por el pronto me divierte sobremanera verle pasar el dia en el corredor, ocupado en atisbar á quien á estas horas tal vez está muy léjos de aquí.

—Muy léjos!... ay!... no sabemos dónde está!... todas nuestras pesquisas en Belleville han sido infructuosas.... imposible obtener la menor noticia!

—Paciencia!... no sé por qué se me figura que ella misma nos ha de dar noticias... Ya ves que no olvida esta casa, ni sus habitantes!... La cantidad que acaba de enviar al señor Loupard para pagar la educacion de Aristides, es una prueba evidente de que piensa en nosotros.

—Esa cantidad!... pero, será ella efectivamente quien ha enviado esos quinientos francos por un chico que parecia ver con cierto disgusto?.... porque recuerdo perfectamente la última noche que fui á pasar la velada en su compañía... al verme aparecer con el niño, observé que una ligera nube oscurecia sus facciones... despues, cuando salimos, el pobre chiquillo quiso darla un beso... y la presentaba su rostro... pero ella retrocedió como cediendo á una secreta repugnancia, y al fin encontró un pretesto para no abrazarle...

—Todo eso nada prueba... á mí me gustan los niños, y sin embargo, he retrocedido muchas veces, cuando querian que les diera un beso estando todos embadurnados de con-

fituras, ó necesitando con urgencia que los sonaran las narices... Aparte de eso, convengo contigo, porque tambien yo he observado en la señorita Felicia una porcion de singularidades, de contrastes!... pero si conociéramos sus secretos, seria mas probable que todo tuviera su esplicacion... Ahora bien, yo estoy en la inteligencia de que esta jóven posee alguna fortuna... ya me lo sospechaba yo desde el dia que la vimos en casa de la señora Montenlair: la ex-actriz no cesaba de preguntarla para saber cuál era su estado, y en el modo con que Felicia la respondió, era fácil ver que no necesitaba trabajar. Pero tus amores me hacen olvidar considerablemente á nuestra vecina Mad. Patineaux... hace mucho tiempo que no la he visto... Conque, adios... trabaja un poco.... haz versos.... eso te distraerá.

—No tengo imaginacion... no pienso mas que en ella... ignorar dónde está, es un suplicio!... tengo la cabeza ardiendo, y sufro atrozmente!...

—Eso es!... entrégate al pesar, procura caer enfermo, y verás cómo adelantan tus negocios!.... Vamos, quieres almorzar conmigo?

—No tengo apetito... no podria atravesar un bocado...

—Entonces baja á casa del doctor Urtuby, y pídele cualquiera cosa que te abra las ganas de comer.

—A casa del doctor?... ah!... sí, sí... escelente idea!... él la conoce... le hablaré de ella!...

—Háblale de ella... háblale de tí... pero no olvides que un enamorado que no come, está muy espuesto á perder su empleo.

Alejandro sale del cuarto de Gaston. No hay nadie en el pasillo, pero el cepillo ha desaparecido, y esto hace pensar al jóven que su nuevo vecino ha salido á recogerle.

Estando haciendo esta reflexion, oye pasos que bajan la escalera, y se detiene. Es la señorita María quien baja; al ver á Alejandro sonríe, y le dice:

—Es particular esto!...

—El qué es particular, linda Mariquita?... vuestra figura?... al contrario, es preciosa!

—No se trata de mi figura ahora... gracias á Dios, no gasto crinolina...

—Vos no necesitais de ella... la naturaleza os ha dotado de harto bellas formas!

—Vamos, no digais tonterías como siempre haceis!.... decia que era particular que Ceferina, cuya habitacion está contigua á la de la señorita Felicia, no la haya oido moverse ni chistar desde antes de ayer... ni el ruido mas leve...

—Cómo!... la señorita Ceferina no ha hecho el menor movimiento desde antes de ayer?

—No digo Ceferina.... Estoy hablando de la señorita Felicia... En fin, al acostarse ó al levantarse, siempre se hace algun ruido.... Si esa jóven estuviese enferma.... ó desmayada!... No os parece que seria bueno prevenir al comisario de policía para que dispusiese que se abriera la puerta?

—Pienso al contrario, señorita, que seria tanto mas inútil la intervencion del comisario de policía, cuanto que la señora Ador, la conserje, ha visto esta mañana salir á la señorita Felicia, y no la ha parecido que tenia nada de enferma!

—Cómo!... ha salido esta mañana?

—Y muy temprano, segun parece.

—Y decís que la ha visto la conserje?

—Y parece que la ha hablado.

—Pues entonces, es preciso que haga menos ruido que una mosca... Es verdad que se comprende... será á causa del otro individuo que está ahí!

—Qué otro individuo?

—Vuestro nuevo vecino... que la está acechando.

—Hola!... creeis?...

—Estoy segura!.... Ja, ja!.... vaya, que esto es divertido!...

—Y es verdad!... ja, ja, ja!... teneis razon que esto es gracioso!...

La criadita baja la escalera y Alejandro se mete en su cuarto.

Un cuarto de hora despues, llamaba Gaston en casa del doctor Urtuby. Al ver al jóven del cuarto piso, esclama Mariquita:

—Calla!... sois vos, señor Gaston?... estais malo como la otra vez, que os fuisteis sin esperar á mi amo?

—Oh... no!... ahora tengo precision de consultarle.... Está en casa?...

—Ya lo creo!... Mirad si se le oye bien!... Ahí está con su *chirrin chirrin*.... siempre rascando esa maldita chicharra... no le ois?... Dále, dále!... Ahora está aprendiendo una *tocata de A y D*... yo no sé lo que es, pero parece que es muy dificil!...

—Qué decis que está aprendiendo?...

—Una *tocata de A y D*... es su músico favorito... vaya un nombre raro, es verdad?

—Puedo pasar?

—Vaya!... pues no habeis de poder?... y siendo vecino!... Pasad, pasad en seguida.

Gaston penetra en el gabinete del doctor.

Mr. Urtuby estaba delante de un pupitre estudiando un primer violin de un cuarteto de *Haydn*. Al ver entrar un jóven sin anunciarse, continúa tocando, y hace una simple inclinacion de cabeza, diciendo al mismo tiempo:

—Qué hay?

Gaston saluda cortésmente al doctor, y en lugar de responderle, parece oirle con gusto. Era el mejor medio de adquirir sus simpatías.

Mr. Urtuby continúa su estudio; llega á un pasaje difícil, que ejecuta bastante bien, y Gaston le prodiga algunos bravos; el doctor está sumamente complacido, y ya no pregunta á Gaston la causa de haber entrado en su gabinete; pero acaba su estudio sin detenerse, persuadido de que tie-

ne al menos un oyente, que parece estar sumamente contento oyéndole tocar.

Por último, una vez terminado su repaso, el doctor se para y vuelve la cara hácia el jóven, diciéndole:

—No me ha salido mal del todo, verdad?

—Es verdad, caballero... tocais perfectamente el violin!

—Oh!... me favoreceis, jóven.... no ejecuto del todo mal... eso se conoce á primera vista.

—Caballero, he venido...

—Qué delicioso es este *Haydn!*... qué melodía!... esto sí que jamás llega á envejecer, no es cierto?

—Así lo creo tambien... Soy vuestro vecino...

—Ah!... es verdad!... y sois músico?... tánto mejor!... cuando querais venir á pasar el rato, y á tomar vuestra parte en el cuarteto...

—Sois en estremo amable, caballero... pero no soy músico... soy autor... escribo...

—Ah!... componeis comedias?... es diferente... y con todo... decís que no sois músico?... todas las artes son hermanas, y estas en particular... debeis ser músico!...

—Aprendí un poco el violin antes de venir á París...

—El violin?... bravo!

—Pero lo dejé... adelantaba poco... por lo visto, tenia poca disposicion para ello!

—Sin embargo, siempre sabreis lo bastante como para desempeñar un segundo violin en un duo de *Pleyel?*

—Lo dudo, caballero... creo que toco bastante mal.

—Bah!... el duo de que os hablo es sumamente fácil!... Mirad, ahí tengo todo lo preciso para que podamos verlo... tomad aquel violin que está allí colgado!...

—Es que... caballero... yo habia venido á consultaros.... estoy indispuesto...

—La música os curará... no hay nada mas sano que tocar el violin.

—Tengo la cabeza ardiendo...

—Razon de mas.

—Creo que tengo algo de calentura...

—La música corta la fiebre mejor que la quina.... Ea, vamos, querido vecino, sentáos ahí, y si os sentís mal despues que acabemos este duo, os dispondré una receta.

Gaston no se atreve á rehusar: además, consintiendo en acompañar al doctor, espera ponerle de su parte y obtener de él las noticias que desea acerca de Felicia; recuerda esta máxima siempre verdadera: «A cada uno se le pilla por su lado débil.» Y va á descolgar el violin que le ha indicado el doctor.

Desde que tenia diez y ocho años no ha vuelto á tocar este instrumento, pero el deseo de agradar á Mr. Urtuby, le dá valor. Los duos de *Pleyel* no son difíciles; toda la parte cantante la lleva el primer violin, y Gaston, que tiene un oido delicado, consigue ejecutar su acompañamiento sin equivocarse.

Mr. Urtuby está contentísimo, pero no perdona á Gaston ni el minué, ni el rondó; por fin, completamente terminado el duo, y sudando la gota tan gorda el jóven poeta, el doctor deja su instrumento y le dice.

—Muy bien, querido vecino!... perfectamente bien!.... ejecutais... y cuando hayais vuelto á adquirir soltura, sereis fuerte... Es preciso que vengais á menudo á tocar estos duos, todos los dias por la mañana, y á las cinco de la tarde....

—Señor, permitid que os recuerde que habia venido á otra cosa...

—Justo!... decís que estais enfermo, verdad?... pues sin embargo, teneis mejor cara que hace un rato!... efecto de la música!... Dónde os duele?

—En todas partes.

—En todas partes?.... Eso equivale á decir en ninguna.

—Caballero, mi mal reside especialmente en el corazon.

—Palpitaciones?

—No, señor doctor... estoy enamorado... y solo vos podeis curarme!

—No os comprendo!... el amor generalmente se cura con el matrimonio... Casáos!

—Oh!... eso es lo que yo quisiera!...

—Menos lo entiendo...

—Deseo de vos...

—Quereis que toque un concierto de *Viotti*?... Voy á complaceros.

—No, doctor: oidme; y no lo tomeis á broma. Yo amo á una jóven que habita en esta casa con el nombre de Felicia; vos conoceis á esa jóven.... vos sabeis su verdadero nombre, porque un dia la habeis hallado en la escalera, y habeis hablado con ella... Pues bien, caballero.... os suplico que me digais el nombre de su familia... os lo repito, mis miras son honradas, y deseo ser esposo de esa jóven, si, como no dudo, su verdadero nombre no tiene motivo ninguno para avergonzarla.

El rostro del doctor se ha puesto serio.

—Siento en el alma, dice, verme obligado á rehusar lo que solicitais de mí, querido vecino... y tanto mas, cuanto que teneis mis simpatías, y hubiera deseado estrechar relaciones con vos... Pero, jóven, lo que me pedís no pertenece á mi ministerio... es además un secreto que he jurado guardar... y debo cumplir mi promesa!

—Creeis tal vez, doctor, que es una vana curiosidad la que me guia?... pues os afirmo que no... Lo que deseo especialmente es poder sustraer á esa encantadora jóven de los peligros que la amenazan... Hay un hombre.... un quídam... un malvado, en mi concepto... que persigue á una tal Ernestina Danglade... ha venido á vivir á esta casa para estar mas cerca de ella... porque pretende que la señorita Felicia no es otra que la señorita Ernestina Danglade... Decidme solamente que ese hombre se equivoca, doctor, y me vereis tranquilo y sin temer por ella.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA GRANADA

El doctor vacila un momento. pero al fin responde.

—Ah!... si es para preservar de algun riesgo á la señorita Danglade, es diferente, y por su mismo interés debo relevarme de mi juramento... Además soy harto conocedor de las fisonomías, para estar cierto desde luego, caballero, que sois un jóven honrado... Pues sí, esa señorita á quien encontré en la escalera hace algun tiempo y que me dijo vivir en esta casa, es la señorita Ernestina Danglade... Ha sido perfectamente educada... su padre, que era uno de mis clientes, era un sugeto muy distinguido... me parece que tenia tres mil francos de renta, además de un empleo en un ministerio... Ha debido dejar toda esa herencia á su hija, sin contar que esta niña tenia una tia bastante rica en el Delfinado... Esto es, caballero, todo lo que sé, todo cuanto puedo deciros acerca de la señorita Danglade.

—Ah!... gracias, doctor!... gracias mil veces!... os juro que no habeis colocado mal vuestra confianza!... todo mi deseo, toda mi esperanza es ser esposo de esta encantadora jóven, y hacer su dicha en cuanto de mí dependa... Adios, pues, y gracias otra vez...

—Cómo es eso?... y os vais de ese modo?... Tomad ese violin.... apuesto cualquier cosa á que no teneis ninguno!...

—No, no le tengo.

—Pues tomad ese... os lo presto... tengo todavía otros cuatro... y estudiad en vuestros ratos de ócio...

—Pero, doctor...

—Lleváos tambien estos cuadernos de música... son estudios de violin... trabajad... aunque no sea mas que cinco horas diarias... y pronto sabreis tanto como yo...

—Pero si no tengo tiempo...

—Siempre hay tiempo.... nunca falta un momento, cuando se busca con deseo.... esto os entonará... os pondrá bueno, y vendreis á acompañarme en mis cuartetos.

—Cuando esté bien práctico, vendré.... no lo dudeis, doctor!

Y Gaston sube á su cuarto, llevando el violin debajo del brazo.

Esta fué la única receta que le habia dado el doctor.

XXXVIII.

UNA RATERÍA.

Despues de haber entrado precipitadamente en su casa, cuando habia oido subir al maestro de escuela y á su alumno, el señor Bodinet se habia colocado junto á la puerta, habia aplicado el oido al agujero de la cerradura, y no habia perdido una palabra de cuanto se habia dicho en el pasillo entre Mr. Loupard y los dos jóvenes. Cuando se habian alejado, y estaba bien seguro de que el pasillo estaba desierto, salió sin ruido de su cuarto, recojió el cepillo, se encerró de nuevo, y se dejó caer en una silla, diciendo:

—Es singular!... es estraordinario!... La señorita Danglade ha enviado quinientos francos á este maestro para pagarle los cuidados que ha tomado y los gastos que ha

hecho por mi hijo... y le promete que en adelante será perfectamente retribuido por todo lo que haga por este niño!... No vuelvo de mi sorpresa!... Habrá descubierto la verdad?... Sabrá que es este niño?... pero, cómo lo ha podido averiguar?... Entonces sabe que Bodinet y Dufortier son una misma persona... y cómo lo ha sabido?... No, no es posible!... Y si lo sabe, tal vez habrá dicho mi verdadero nombre á esos dos jóvenes vecinos... á ese maldito Alejandro Grandmoulin que me busca por todas partes y quiere ponerme preso!.... Voto vá!.... este es un mal encuentro!... Me parce que tengo malos vecinos... Pero reflexionemos... Es solo por bondad ó por humanidad por lo que la señorita Deaglade hace bien á Arístides y envia al maestro de escuela un billete de quinientos francos?... La carta al menos parece decir eso!.... Yo la he escuchado y aun retenido perfectamente..,. no he perdido ni una sola sílaba... Luego Ernestina siente algunas simpatías hácia Arístides... Tanto mejor!... es cuanto pudiera desear... Si lograra yo que le amase tiernamente, estaria segurísimo de que mis proyectos habian de salir perfectamente y á medida de mi deseo...

Y se queda por espacio de algun tiempo abismado en sus reflexiones, absorto por sus pensamientos..... despues empieza á rascarse la cabeza, diciendo:

—Veamos.... veamos!.... aquí hay negocio!... voto á brios!... es preciso sacar partido de las circunstancias.... y puesto que la casualidad me ha dado á conocer esos quinientos francos enviados por Ernestina... porque no puede ser nadie mas que ella quien haya enviado esta suma.... Por vida!... estos quinientos francos me están bailando en la cabeza!... La carta no está firmada... si yo pudiera... Y por qué no?... la idea es escelente... digna de *Mascarilla de Molière!*... Sí, sí!... al negocio!... el proyecto es un poco atrevido... pero, qué diablo!.... hay un proverbio que dice que la fortuna es de los audaces... Nada!... está decidido!... lo único que tengo que hacer es saber elegir el

cuarto de hora... Veamos... El maestro de escuela ha dicho que iba á la calle para comprar lo que le hacia falta... esperemos á esta noche!.... creo que en un dia no habrá gastado todos los quinientos francos... A la noche mis vecinos tambien estarán en la calle, y no correré peligro de que me vean introducirme en el patio interior de la casa.

Eran las ocho de la noche; el señor Loupard, sentado junto á la estufa, en la cual ardian unas cuantas astillas, estaba ocupado en ajustar la cuenta de lo que habia gastado en el dia.

A algunos pasos de él, el pequeño Arístides, sentado tambien delante de una mesa, jugaba con sus soldados de plomo.

De cuando en cuando, el maestro decia al alumno:

—Me parece, Arístides, que es hora de que te fueras á acostar.

Pero el niño le respondia siempre:

—Todavía no, papá Loupard... no tengo gana de dormir... y además, tú has dicho antes que hoy era dia de fiesta.

De repente, la puerta de la clase, que no está cerrada mas que con picaporte, se abre bruscamente; un hombre entra en la sala, y se dirige con paso tranquilo al profesor, diciendo en voz alta:

—Buenas noches, amigo Loupard!... Todavía no estais acostado, eh?... ya me lo figuraba yo!... Yo me dije: «Este buen maestro no irá á acostarse como las gallinas, y por la noche, como no tiene allí los chiquillos que le interrumpan, podremos hablar con mas tranquilidad.

El maestro de escuela se queda estupefacto al reconocer al señor Bodinet; la pluma se le cae de las manos, y no halla una palabra que articular. En cuanto al niño, al ver á su señor padre, habia juzgado conveniente deslizarse debajo de la mesa, y permanecer allí agazapado.

—Hola!... continúa Bodinet sin apercibirse de este recibimiento: aquí se está bien!... hace calor!... y no porque

haga mucho frio fuera, pero el tiempo está húmedo.... y la humedad es peor que la helada!.... Voy á acercar los pies á la estufa... creo que esta noche no tendreis dentro habichuelas como el dia pasado... Y bien, mi querido señor Loupard, no me decís nada?... pues creo que debeis estar ahora contento de mí!..

—Contento de vos, caballero?... puede al fin contestar el buen profesor: y por qué razon debo estar contento de vos?... Es quizá porque despues de llevaros á mi pequeño Arístides, con el pretesto de que iba á verle su padrino, me habeis vuelto á enviar á ese pobre niño casi desnudo... y sin mas vestido que papel de estraza?

—Conque es decir, señor Loupard, que cuando yo quiero corregir á ese pilluelo precisamente por esa accion, es á mí á quien dirigis vuestros reproches!.... Pardiez!.... sabeis que esto es violento?...

—Reñir al niño?... y por qué quereis reñirle?... por qué le habeis tomado sus vestidos?...

—Por vida de tal!... señor profesor, para un hombre de vuestra edad, vuestros juicios y vuestras palabras son harto ligeros!... No sabeis lo que ha pasado, y quereis juzgar las cosas segun la relacion que os haya hecho ese tunantuelo de cinco años que no ha comprendido mis intenciones!... Sabeis por qué hice desnudar al niño?... porque queria darle una sorpresa.... le habia comprado un traje nuevo y completo, ropa toda infinitamente mejor que la que llevaba... Yo queria que fuera vestido con elegancia á ver á su padrino, pero necesitaba de su ropa vieja para compararla con la nueva, y hacer que fuera de las mismas dimensiones... Se los tomé, pues, y los sustituí con papel de estraza, diciéndole: «No tardo mas que un momento... no te muevas... voy á traerte ropa nueva...» y en lugar de hacer lo que le habia mandado, el pícaro se echó á correr, y desaparece sin que pudiera adivinar á dónde se habia largado!

—Mentira!... mentira!... grita una vocecita debajo de la mesa.

—Qué es eso?... ah!... creo que es á mi señor hijo al que oigo?... Bribon!... Ya lo veis, mi buen señor Loupard; se esconde porque sabe que ha hecho mal, que ha mentido, y teme que se le administre la correccion que merece.... pero no tengas miedo!... aquello ya pasó, y te perdono!.. no he venido hoy para castigarte por una fechoría atrasada.

—Mentira!... dí que no, papá Loupard!... Me pegó un puntapié en el trasero, diciéndome: «Toma chocolate!»

—Basta, pillete!... silencio!... veo que para la edad que tienes eres bastante diestro en urdir mentiras!.... espero que tu maestro dedicará toda su atencion á impedir que se desarrolle en tí tan perniciosa facilidad... Con que dejemos eso ya, señor Loupard, y vamos nosotros á lo que nos interesa... hablemos de negocios!... supongo que habreis recibido mi carta?...

—Vuestra carta?... pues qué, caballero, me habeis vos escrito?

—Sí, señor Loupard; y por mas señas, puse ayer la carta en el correo... por consiguiente, habeis debido recibirla esta mañana... una cartita... cuatro palabras, acompañadas de un billete de banco de quinientos francos.

—Cómo!... esa carta anónima... y ese billete de banco que he recibido esta mañana... provenian de vos?

—Y de quién sinó?.... quién quereis que os pague la pension de mi hijo mas que yo?.... Veamos, señor Loupard... estais mirando á todas partes como espantado!.. qué hallais en esto de sorprendente?... qué diablo!... pues me parece que mi carta estaba bien clara y no podiais equivocaros respecto á su procedencia!... Yo os escribia: «Mi bueno, ó mi querido señor Loupard...» no recuerdo exactamente ahora si puse bueno ó querido.. pero esto de todos modos no es de gran importancia... «os envio quinientos francos para pagaros lo que os debo próximamente por la pension de Arístides.»... He puesto próximamente, porque me reservaba el arreglar esa cuenta con vos mas

adelante... y añadia: «Pero lo que no se puede pagar, son las estremadas atenciones que habeis tenido con el niño... Continuad, pues, y estad seguro de que en adelante sereis bien retribuido...» creo que esta es la esencia, el sentido de mi carta, salvo algunas palabras que haya podido cambiar... Vamos, señor Loupard, no es verdad?

—Sí, señor.... sí... eso es lo que hay escrito en la carta!... pero por qué no la habeis firmado, caballero?

—Por qué no la he firmado?... ah!.... esa es una costumbre que he adquirido desde muy antiguo en los negocios. Yo no prodigo mi firma, porque he observado que hay muchos *quidam* que se dedican á falsificar ó imitar las firmas de las personas conocidas en la bolsa... Hé aquí por qué en mis correspondencias, uso generalmente del impersonal, y esto me ahorra de firmar... además, en esta ocasion me parecia completamente inútil, puesto que vos no debíais presumir que nadie mas que yo os pagase la pension del chico.

El maestro de escuela queda convencido. Sus facciones recobran su habitual espresion, y se inclina delante de Mr. Bodinet, diciéndole:

—Dispensadme, caballero, de haber podido dudar un momento... pero al no ver la firma... y despues, estaba tan léjos de esperar que...

Bodinet toma la mano del profesor, la estrecha entre la suya, y contesta:

—Estais dispensado, amigo mio... completamente dispensado, mi virtuoso amigo... vos no me conoceis todavía á fondo... si me conociérais, no estrañariais eso en mí... Tengo temporadas en que estoy escaso de fondos... esto no es estraño... le sucede á todo el mundo... y tengo otras en que, como suele decirse, apaleo el oro y la plata!... Así es que, esta mañana, por ejemplo, os envié quinientos francos... pues bien!... otra vez os enviaré mil.... diez mil!... sin debéroslos... pero estaré satisfecho con tener mi dinero en vuestro poder, porque me echaré esta cuenta: «Si por

casualidad en cualquier dia me encuentro en París obligado á hacer algunas compras y no tengo fondos, iré á casa de mi amigo Loupard, y le diré: «Querido, dadme mil francos... ó mas ó menos, á cuenta de las cantidades que os he enviado...» ó bien giraré una letrita contra vos á la vista, y vos la pagareis... eh? qué os parece?... comprendeis bien?... quiero que seais mi banquero, en una palabra!

Mr. Loupard no parece comprender bien, porque murmura:

—Pero, caballero.... yo no tengo banca.... yo no soy banquero... no sé utilizar el dinero... hacerle producir intereses...

—Y quién diablos os habla de intereses, mi buen señor Loupard?....Diablo!... pido yo acaso intereses? Lo que yo quiero es un hombre probo, honrado, un hombre, en fin, que me ofrezca seguridad, y en cuyo poder tenga mi dinero en depósito sin riesgo... Este hombre que necesitaba, ya le he encontrado... sois vos, querido maestro... y en su consecuencia, os hago mi cajero... hé ahí todo!...

El maestro de escuela se inclina nuevamente balbuceando:

—Señor, vuestra confianza me halaga... me favorece... me honra... espero ser siempre digno...

—Me hallo tranquilo en ese punto.... Ahora bien, ya que en esta parte nos hemos entendido, no hay para qué hablar mas del particular!... Vamos á otra cosa... Mi querido cajero, esta mañana os envié quinientos francos.... la verdad, porque no tenia ni dinero suelto, ni billetes de menor cantidad... pero me dije: «Esta noche me llegaré por casa de Loupard, y si necesito dinero me lo dará...» y aquí me teneis en efecto, porque me he encontrado que necesito pagar mañana ciento cincuenta francos.... y vengo á tomarlos de estos quinientos...

Mr. Loupard abre desmesuradamente los ojos, su fisonomía pierde su tranquilidad habitual, y responde:

—Permitidme, caballero.... al enviarme esta mañana estos quinientos francos, no habeis hecho mas que pagarme lo que me debíais por la pension de vuestro hijo... no tengo en este momento dinero ninguno para vos, toda vez que no he recibido mas que lo que era mio, mis honorarios.

—No nos entendemos, mi querido y honrado Loupard... padeceis un error en este momento... ante todo, yo no os debia quinientos francos por la pension del chiquillo... eso es imposible!

—Imposible?... pues la cuenta está bien clara sin embargo... aquí la teneis... Primeramente, un año atrasado. y seis meses despues, son diez y ocho meses; diez y ocho meses á trescientos francos por año hacen cuatrocientos cincuenta francos.

—Un momento, y dispensadme... Y la venta de las cajas de polvo, que no la deducís de esa suma?...

—Oh!.. ya se deducirá... dejadme acabar mi cuenta... Mirad, toda ella está escrita aquí, porque á mí me gusta que mis cuentas estén en regla... observad... Pagado al sastre por arreglar un paletot, una chaqueta y un pantalon para Arístides, quince francos...

—Recuerdo que en otra ocasion me digísteis que esa ropa era un regalo que le habian hecho unos jóvenes...

—Sí, señor, de ropa suya; pero bien comprendeis que un niño de cinco años no va á ponerse el pantalon ó el frac de un jóven de veinte y cinco.

—Bah!... en cortándole un poco los faldones ó las piernas, queda bien.

—No señor, ha sido preciso rehacerlo todo. Despues, he tenido que comprar para vuestro hijo camisas, medias, pañuelos, blusas, y todo nuevo... Aquí está detallado... y el total asciende á cuarenta y dos francos... luego dos gorritas...

—Cómo!... este chico ha gastado dos gorras ya?...

—Encontrais acaso mucho romper en diez y ocho meses, caballero?

—Cuernos del diablo!... dos gorras!... yo llevé la misma....una sola... hasta la edad de quince años!... En fin, basta de detalles... vamos al total!... todo esto me parece que no está muy claro... me huele algo á usura...

—Caballero, los recibos de las personas interesadas están adjuntos á la cuenta!...

—Vamos, vamos!.... cuerpo del diablo!.... concluyamos!... el total!

—El total ahí está, señor... ciento veintidos francos.... deduciendo treinta y dos francos que saqué de la venta de las cajas de polvo, quedaban debiéndoseme cuatrocientos ochenta y cuatro francos.

—Rayos!... bien sabia yo que os habia enviado dinero de mas!... Bien veis que tenia razon!

—Dispensadme, caballero... aun suponiendo como vos decís, no serian en todo caso mas que diez y seis francos los que he recibido mas que mis atrasos... pero teniendo en cuenta que se acostumbra á pagar la pension por trimestres adelantados, resulta por el contrario...

—Mil truenos!... con que es decir que ahora quereis estremaros conmigo, señor Loupard?... venís á pedir adelantos á un hombre como yo, á un hombre tan generoso que os envia quinientos francos de una vez?... Quitad allá!.... Lo que estais haciendo es bajo!... es mezquino!... creo que soy un buen parroquiano, y debeis tener mas confianza en mí!... os repito que dentro de un mes, de quince dias tal vez, os enviaré otros billetes de banco... Pero habia olvidado mi pago de mañana... Yo me habia dicho: «Qué diablo!... Loupard me ayudará, porque no habrá gastado en el dia todos los quinientos francos...»

—No, señor, no los he gastado todos, pero he gastado enormemente... lo necesitaba tambien.... me hacia falta leña, azúcar, ropa con que cubrirme.... habia tomado al fiado otras cosas, y me he apresurado á ir á pagarlas... me parece que la primera cosa que debe uno hacer cuando tiene dinero, es pagar á quien le ha prestado.....

Me he comprado una levita....

—Bueno!.... pasad por alto los detalles, y vamos al grano.!...

—Pues bien.... he empleado hoy trescientos setenta francos... cuando habeis entrado estaba ajustando la cuenta... parece increible, caballero!.... se va el dinero como agua!...

—Diablo!... de los quinientos francos habeis gastado ya trescientos setenta?... en un dia!... sabeis que para vuestra edad sois muy maniroto?...

—Pues mirad... en todo ello no hay ni siquiera un gasto inútil ó supérfluo.

—En fin, ya el daño está hecho! .. me contentaré por esta noche con cien francos... y deseo que me los deis en seguida, porque si lo dejo para mañana, me espongo á que no tengais ni un céntimo...

—Pues ya veis... bien os he esplicado!.,.

—Está bien, señor Loupard... basta de esplicaciones.... no trato de reconveniros... yo soy el que tengo la culpa por aturdido.... otra vez no me quedaré completamente desaviado por pagaros... Por ejemplo, si esta mañana, en lugar de los quinientos francos, no os hubiera enviado mas que trescientos, os hubiérais todavía dado por contento y satisfecho, y yo no hubiera tenido necesidad de haber venido á pediros dinero de nuevo esta noche: no es cierto?

—Sí, señor... es cierto que... si no hubiera recibido mas que cien escudos...

—No hubiérais gastado trescientos setenta francos... sí, esto se vé claramente... pero no importa... Lo principal es que estamos todavía en posesion de algunos fondos.... qué diablo!... no está todo perdido, como dice un viejo refran de Alemania. Dadme cien francos, mi apreciable amigo, y dentro de muy poco os aseguro que vais á tener aquí capitales mios que eclipsen á todos los banqueros incluso Rostchild.

El maestro de escuela se levanta, va á abrir un pe-

queño escritorio colocado en el fondo de la sala, y saca de un cajon un taleguito que contenia el resto de los quinientos francos: toma de él cien francos, vuelve á guardar en el cajon el saquillo con los treinta francos restantes, y viene con aire compungido á presentar los cien francos á Mr. Bodinet que se los guarda en el bolsillo apresuradamente.

—Pero no habeis contado?... dice el señor Loupard; puedo haberme equivocado...

—Yo no cuento dinero que proceda de vos, mi querido amigo!... Me tomais acaso por un tacaño desconfiado?... os lo repito, desde hoy el dinero entre nosotros será un vaiven continuo, entrada por salida... Y á todo esto... dónde está mi señor hijo?... por qué no viene á saludarme?... ha fijado definitivamente su domicilio debajo de la mesa?...

—Arístides, venid á saludar á vuestro señor padre... Vamos, hijo mio... salid de ahí!...

—No, no... yo no quiero... porque me quita la ropa...

—Está bien educado el niño!... dice Mr. Bodinet columpiándose en su silla. Vaya un respeto que tiene á su padre!...

—Dispensadle, señor... á los niños... ya se sabe... las primeras impresiones... quiero decir... hay cosas que se retienen mas que otras... y como su inteligencia no se halla en estado de comprender las razones que se les dan... vamos... Arístides... obedeced... venid al punto... os lo mando yo...

El niño sale de su escondite de mala gana y á gatas; y adelantándose con temor, va á tomar una de las manos del maestro de escuela mirándole como para suplicarle que le proteja. El buen profesor que comprende harto bien la pantomima del niño, le empuja suavemente hácia su padre, diciéndole:

—Vamos, hijo mio... abraza á tu padre... no debes temerle... no te reñirá!...

El chiquillo se aproxima con timidez á Mr. Bodinet murmurando entre dientes:

—Tengo miedo de que me dé chocolate!...

El señor Bodinet da una palmadita en el carrillo de Arístides, y esclama:

—Será bonito este picaruelo!... tiene el aire travieso... se parece á mí... y á su madre... Á propósito; además de los jóvenes que le han hecho esos regalillos, hay alguna señora que se interese por este trastuelo?...

—Señoras?... no señor... únicamente una señorita que vive en la casa y se llama Felicia, ha sido tambien muy caritativa con esta criatura... ella le compró todo ese trage nuevo el dia que vino desnudo y muerto de frio...

—Ah!.. bueno!.. bueno!.. picarillo!.. ya te ganas el afecto de las jovencitas!.. ya haces conquistas!.. eso promete!.. Espero, segun eso, que tú serás agradecido, que manifestarás mucho cariño á esa señorita Felicia cuando la veas?

—Oh, sí!.. la quiero á ella y á mis amigos Gaston y Alejandro!

—Bah!.. este niño no tiene nada de torpe ni de ignorante, dice el maestro de escuela; tiene una gran memoria!.. Arístides, recitad á vuestro señor padre la fábula del *Raton y el Elefante* que sabeis de memoria.

Arístides saca la voz de cabeza tan comun en los niños en estos casos, y empieza con su canturia:

> Creerse un personaje es muy comun en Francia,
> darse mucha importancia,
> y á veces nada ser...

Pero Mr. Bodinet se levanta bruscamente diciendo:

—Basta, basta por hoy... ya me la dirá otro dia... pero me estoy tardando... tengo todavía dos visitas importantes que hacer esta noche. . y me olvidaba de ellas á vuestro lado, señor Loupard... hasta la vista... os dejo... dentro de poco, como os he dicho, recibireis carta mia con fondos... de los cuales me reservareis solo una parte... y

vos, señorito... procurad aplicaros, y merecer lo que hago por vos.

Y dándole otra palmadita á guisa de beso, saluda al maestro, y sale de la clase; atraviesa en seguida á grandes pasos los dos patios, acariciando con ambas manos el dinero que tiene en los bolsillos, y diciendo para sí:

—Pues señor, saqué astilla!.. esto se llama jugar con riesgo, porque si mis vecinos de allá arriba descubriesen mi ardid... podria tener malas consecuencias!... Pero entre tanto, ya tengo fondos, que es lo principal... Ahora voy á cenar... y en celebridad me permitiré una botella de vino de Beaune de primera calidad!

XXXIX.

EL SEÑOR DE LOS TRES NOMBRES.

A pesar del duo de violin que habia ejecutado con el doctor Urtuby, Gaston no se encontraba mejor; tenia fiebre, sentia una gran debilidad, y no salia de su habitacion, aunque no se ejercitaba en el instrumento que el médico le habia ordenado, y con cuyo objeto se le habia prestado.

La imágen de Felicia estaba sin cesar presente á su pensamiento, y su amor, como todos los amores, se hacia mas violento á medida que los obstáculos, las penas, los tormentos venian á atravesarse en su camino.

Lo que no podia perdonarse á sí mismo era el haber acusado, el haber sospechado de Felicia, de aquella á quien debia su libertad; con una palabra hubiera podido la jóven destruir sus injustas sospechas, y aun haberle hecho avergonzarse de ellas y de su error; pero habia preferido soportar sus ultrages y guardar el secreto de su beneficio: Gaston recordaba todo esto y se desconsolaba; esto aumen-

taba su fiebre, y Alejandro, siempre que iba á verle, le decia:

—Me habian asegurado que el amor volvia estúpido.... pero parece que esto no basta y que pone enfermo... El amor es como todas las cosas buenas de que se debe usar siempre, mas nunca abusar, á menos de hacer lo que yo, que jamás le he tomado por lo grave; no haciéndole negocio serio, no puede hacer mal á nadie.

La señora Montenlair que se ha vuelto amable, complaciente, servicial desde que ha hecho la conquista de Mr. Beugle, (es una verdad reconocida que las mugeres toman los defectos ó las buenas cualidades de sus amantes); la señora Montenlair, decimos, ya libre de Filoséles el quisquilloso, va algunas veces durante el dia á informarse si su vecino Gaston necesita algo; ella le hace tisana, le enciende fuego, y hasta si fuera preciso le pondria una ayuda, porque la ex-actriz pretende que cuando las personas están enfermas, no se debe considerar para nada el sexo á que pertenezcan. En fin, y esto es lo que menos divierte al jóven, le cuenta las galanterías de Mr. Beugle, no escasea los elogios del carácter bueno y generoso de su nuevo adorador que la lleva al teatro, al cafe, á la fonda, y al separarse despues de haber pasado el dia juntos, la dice siempre:

—«Isto es pien estranio á mí... mí no está fastitio este tia!» y al cual jura, sin embargo que no ha concedido el mas pequeño favor que pueda comprometerla.

Pero hay una cosa que no comprende Mad. Montenlair, y es que la linda señorita del quinto piso que debe saber la enfermedad de Gaston, no venga alguna vez siquiera á informarse de su salud. Esta indiferencia debe sorprender á una muger tan esperimentada como la ex-actriz de Bordeaux, que habia observado muy bien la inclinacion de Felicia hácia el jóven poeta; y cuando recae la conversacion sobre este asunto, cosa que sucede muy frecuentemente entre la señora Montenlair y Gaston, no deja aquella de decir:

—Pero en qué consiste que ya no oimos hablar de esa vecinita, tan guapa y tan buena?

Mas el autor se apresura á contestar:

—Está incómoda conmigo, señora, y con razon, porque yo me he portado mal... No debe interesarse por mí en lo mas mínimo.

Entonces Mad. Montenlair en su buen deseo de ser útil á su vecino, le pregunta:

—Quereis que suba á su casa, y me encargue yo de hacer las paces?... es cosa segura!... oh!... no creais que yo no sé lo que son estas riñas de enamorados... en ellas la mayor dificultad es la cuestion del amor propio... ninguno quiere ceder primero... y ahí teneis por qué es preciso que una tercera persona se encargue del arreglo y de que todo se concluya.

Pero Gaston detenia á su vecina, necesitando emplear las mas vivas instancias para impedirla que subiera al cuarto de Felicia.

Por lo demás ya empezaba á circular un rumor entre las criadas de la casa.

La señorita Ceferina, cuya habitacion estaba separada de la que ocupaba Felicia por un sencillo tabique, no cesaba de acercar el oido á la pared al levantarse, y siempre que entraba; mudó su cama de sitio, y colocó la cabecera junto á la division; se pasaba horas enteras escuchando, y como no oia el mas leve ruido en el cuarto de la jóven, empezó á decir á las demás criadas:

—Apostaria cualquier cosa... cuanto se quisiera... á que la alondra que vivia junto á mi cuarto se ha largado!... hace ocho dias que no he oido ni moverse, ni andar, ni toser, ni escupir, ni la menor cosa en su cuarto!... es imposible que una persona que esté viva, pase todo este tiempo sin hacer el menor ruido!

—Pero, esclamaba la sobrina de la portera, si mi tia dice que la vé salir todos los dias al amanecer!... qué va á comprar!...

—Pues si saliera, yo oiria abrir su puerta, porque tengo el sueño ligero!... La señora Ador tendrá tal vez sus razones para decir eso.... se lo habrá pagado... en cuanto á mí creo que apostaria que el pájaro ha volado.

—Entonces el nuevo inquilino del cuarto piso Mr. Carpentras, se mudará tambien!

—Así lo creo. Ya no se le vé tan frecuentemente como los dos primeros dias que los pasó en la meseta de la escalera,, cepillándose.

—Es verdad... Se habrá largado tambien?

—Habrá visto que gastaba demasiado la ropa á puro cepillarla, y habrá calculado que tanto destroza el mucho descuido como el demasiado aseo.

—Es un hombre que, sin saber por qué, me parece que tiene mala traza!... No le confiaria yo mi dinero, ni para llevarlo de una parte á otra!... ni aun á la caja de ahorros!...

—Y á propósito de caja de ahorros, señorita María; habeis impuesto mucho el año pasado?

—No mucho; cuatrocientos francos.

—Vamos!... pues para una persona que gana cien escudos, no está del todo mal!

Mr. Bodinet se dejaba ver menos frecuentemente de sus vecinos, porque no queria encontrarse con Alejandro, y además, como habia logrado sorprender al maestro de su hijo, y sacarle los cien francos que sabemos, pasaba los dias, y á veces las noches, bebiendo y jugando en una tasca, porque esta era la costumbre de este *caballero* cuando tenia dinero.

Ya hace seis dias que Gaston no sale de su habitacion, cuando el gran Alejandro que ha estado corriendo de aquí para allá todo el dia, se encuentra cara á cara con el señor Loupard en el momento en que entra en casa.

—Calla!... sois vos, querido profesor?... dice el jóven tendiendo la mano al maestro: vamos bien? estais contento?

—Oh!... sí señor... muchas gracias!...

—Y mi amiguito Arístides?... sigue tan travieso?.... A propósito... no habeis vuelto á recibir noticias de la señorita Felicia?...

—De la señorita Felicia?... con que no sabeis?... es verdad que no os he vuelto á ver desde el dia en que recibí la carta que contenia los quinientos francos!... no os he dicho lo que habia pasado!... no tenia tampoco mucha prisa por decíroslo... porque calculé que sentiriais, como yo, no haber adivinado bien!

—Qué diablos me estais contando, mi buen señor Loupard?... os confieso que no entiendo jota de cuanto decís... esplicáos mas claro.

—Pues bien, señor, nos habiamos engañado en nuestras conjeturas.... estábamos en un error.... aquella carta no era de ella!

—Qué?... qué?... qué decís?...

—Los quinientos francos que recibí no procedian de la señorita Felicia... no los enviaba ella!...

—Seria posible?... y entonces, quién os los mandaba?

—Ay Dios mio!... ni aun habiamos pensado en tal persona.... y sin embargo, era lo natural.... pero como hasta entonces su conducta habia sido tan singular.... en fin, se ha enmendado...

—Quereis acabar y dejaros de digresiones?...

—Pues bien, fué Mr. Bodinet, el padre de Arístides, el que me envió la carta y el dinero...

—Mr. Bodinet?... ese infame bribon que se ha comido los vestidos de su hijo?... Vamos!... vamos!... os habia de ir á enviar él quinientos francos?... eso no es posible!

—Pues lo es, sin embargo, amigo mio.

—Quién os ha dicho que ese dinero procedia de él?

—Dios mio!... él mismo que vino á mi casa la noche del propio dia que recibí su carta.

—Ha estado en vuestra casa?... y os ha dicho?..

—Me ha preguntado si habia recibido los quinientos

francos que me habia enviado por la mañana.

—Y por qué no firmó su carta?... generalmente no hay temor de firmar cuando se paga.

—Ya me lo ha esplicado... Dice que hace tiempo acostumbraba á escribir sus cartas en impersonal, y á consecuencia de eso ha perdido la costumbre de firmar.

—Hum!... vaya una cosa que me confunde!... esa es una esplicacion muy oscura... Mr. Bodinet os ha enviado un billete de banco?...

—Y me ha asegurado que ahora me los enviará muy á menudo, porque queria tener fondos en mi poder, del mismo modo que si yo fuera su banquero.

—Pues si ese señor se encuentra tan bien provisto de metálico, será preciso que pague sus letras!... cuando vuelva á vuestra casa ese señor Bodinet, hacedme el gusto de mandarme un avisito con cualquiera... con uno de los chiquillos, y os lo agradeceré.

—No dejaré de hacerlo, mi dueño. Por lo demás, dudo algo que Mr. Bodinet pueda cumplir esa promesa, porque de los quinientos francos que me habia enviado, vino á mi casa con objeto de que le entregase una parte de ellos.

—Cómo!... ha ido á pediros dinero?

—Sí, señor; me dijo que esta mañana me habia enviado aquellos quinientos francos, porque no tenia dineros sueltos. Pero ahora tenia que hacer un pago al anochecer, y queria que yo le devolviese cincuenta escudos...

Alejandro da una patada de impaciencia, y esclama:

—Voto á brios!... y no veis, señor Loupard que en todo eso hay oculta alguna bribonada?... Pero al menos, espero que no le habreis devuelto nada de ese dinero, puesto que él os lo debia.

—Como habia gastado durante el dia una gran parte de la suma, no le pude dar los ciento cincuenta francos que deseaba, pero le dí ciento.

—Le habeis dado cien francos?... os habeis dejado engañar otra vez por ese ratero? porque, creedme... ese hom-

bre es un ratero... Ah!... señor Loupard!... de qué os sirven los años?... ese dinero era vuestro, se os debia....

—Es muy cierto, señor Alejandro... auque hablando en rigor, yo tenia en mi poder diez y seis francos de mas.

—Oh¡... bien sabe ese tunante adónde se dirige y con quién se entiende!... y no se paga en las pensiones varios meses adelantados?... estoy cierto, lo repito, de que ese Bodinet os ha robado... pondria entrambas manos en el fuego á que no ha sido él quien os ha enviado los quinientos francos... Habrá sabido... ú oido decir... qué sé yo á quién, que habiais recibido esa cantidad...

—Oh!... dispensadme... pero no es posible!,,., Apenas recibí esa famosa carta, cuando tomé á Arístides de la mano y corrí á daros las gracias ... No hallé á una alma en el camino... y Mr. Bodinet, no solo me ha hablado de los quinientos francos que me habia enviado, sino que viendo que me sorprendia en cierto modo que ese dinero viniera de él, me ha repetido la carta que los acompañaba, casi palabra por palabra... Ya veis que no hay en esto ningun género de duda... porque, al fin... nadie conocia el contenido de la carta mas que yo y vos porque os la leí.

Alejandro no encuentra nada que responder á esto, y estrecha la mano del maestro de escuela, diciéndole:

—Teneis razon!.... puesto que solamente vos y yo sabiamos el contenido de esa carta.... es preciso que haya sido él... pero es igual... habeis hecho mal en devolverle esos cien francos... sí, señor Loupard!... habeis hecho muy mal!.... siento estraordinariamente que no haya sido la vecinita quien ha remitido ese dinero... Adios, señor maestro!

Y al separarse del señor Loupard, Alejandro va al lado de su amigo Gaston y le cuenta cuanto acaba de saber. La estrañeza de Gaston es tan grande como la de su amigo; pero cómo negarse á creer lo que parecia imposible que ofreciese la mas pequeña duda?

Alejandro se deja caer en una silla y pone la cabeza entre sus manos, diciendo:

—Pues, señor, lo dicho!... no sé por qué dudo.... pero aunque me presentaran pruebas palpables, no lo habia de creer... me parece que á través de esa apariencia hay una infame trapacería.

—Y á mí me sorprende tanto como á tí, contesta Gaston: sin pasar mas adelante, solo la peticion de los cien francos parece anunciar por sí sola que hay una falsedad en todo eso...

—Y sin embargo... el señor Loupard dice que le ha repetido palabra por palabra la carta que solo nosotros hemos leido...

—Bien, ya me acuerdo!... el señor Loupard nos la leyó en el pasillo...

Estas palabras hacen lanzar un grito de alegría á Alejandro; se levanta, salta por la habitacion y se dá una palmada en la frente, esclamando:

—En el pasillo!... ay, amigo mio!... ya tengo el hilo de esta trama!... sí, sí!... no hay duda!...eso es!... eso debe ser!... esta idea es una inspiracion del cielo!...

—Pero qué es?... qué has descubierto?...

—Oh!... te repito que ya cojí la pista!.... Te acuerdas de que ese Dufortier se entró bruscamente en su cuarto cuando me oyó decir que el señor Loupard subia la escalera?...

—Me acuerdo, sí.

—Que hasta se dejó olvidado el cepillo?...

—Y bien?

—Y bien!... algo me dice que debe haber una gran intimidad entre este hombre y ese Bodinet... bien viste cómo tomó su defensa cuando yo le insultaba.... quién sabe si este Dufortier de Carpentras no se llama tambien Bodinet?

—Bah!.... no es probable!.... Vendria á vivir precisamente á la casa donde está el colegio de su hijo. y espe-

cialmente debiendo todo el tiempo de pension?

—Y por qué no?... Yo creo á ese hombre capaz de todo!... En fin, si no es Bodinet, es amigo suyo... en esto no tengo la menor duda. Habrá escuchado lo que se decia en el pasillo... habrá oido el contenido de la carta, y se le habrá ido al punto á comunicar á Bodinet, que ha formado su plan con estos antecedentes... esto para mí es tan claro como la luz del dia...

—Empiezo á creer que tienes razon.

—Mañana nos cercioraremos... esta noche ya es tarde... lástima!.. pero mañana.., como ese hombre haya venido á dormir... voy á casa del maestro de escuela.

—Y para qué?

—Mañana lo sabrás!... duerme... descansa... cúrate!... Ah!... si yo atrapase al tal Bodinet!... eso seria delicioso!...

Al dia siguiente á las siete de la mañana, entraba el señor Loupard en el cuarto de Alejandro, como este se lo habia encargado, teniendo especial cuidado de subir la escalera sin hablar palabra ni hacer ruido.

El jóven, que tenia abierta la puerta á prevencion, hace entrar al maestro, y le dice muy bajo:

—El individuo que vive al lado, ha entrado en casa esta noche á las dos.... creo que venia algo achispado, porque ha tropezado en la escalera varias veces... Todavía debe dormir como un liron... pero he prevenido á la señora Ador, la portera... vendrá dentro de un momento á llamar á su puerta, reconocerá él la voz de la conserje y abrirá.

—Y qué quereis que yo diga á ese individuo?...

—Primero quiero que le veais, que despues yo sabré lo que debo hacer... mientras tanto, no hableis una palabra, porque si llega á oiros, va á fracasar todo mi plan.

Pasa un cuarto de hora: la conserje sube, y va á llamar á la puerta de su nuevo inquilino: pasa un gran rato sin obtener contestacion; por fin, Mr. Bodinet dice desde dentro:

—Quién está ahí?... qué se ofrece?...

—Soy yo, señor, dice la portera: hace unos dias me encargásteis que os comprara unas tortas para encender vuestra chimenea, y os las traigo (1).

—Y venís á despertarme para eso?

—Válgame Dios, señor!... son ya las siete y media!....

—Pero yo estaba dormido á gusto... con que dejadme dormir!...

—Es que tengo aquí las tortas...

—Ponedlas en el pasillo, delante de la puerta... yo las recojeré mas tarde.

—Pero, señor...

—Dejadme en paz!...

La conserje coloca junto á la puerta de Mr. Bodinet las tortas que tenia en el delantal, y al pasar por delante de la habitacion de Alejandro, á cuya puerta estaba este asomado, le hace una señal que quiere decir:

—No es culpa mia... he hecho lo que he podido...

—Bueno!... todo está reducido á estar de centinela un poco mas de tiempo! dice Alejandro volviéndose al maestro de escuela.

—Pero, señor, contesta este; yo no puedo estar aquí por mas tiempo... van á llegar mis alumnos...

—Arístides los recibirá.

—Arístides no podrá dar clase en mi lugar.

—Lo siento, señor Loupard... pero no podreis iros hasta que hayais visto al vecino.

—Pero yo no conozco á ese vecino...

—Al contrario; tal vez le conozcais.

—Cómo?...

—Señor Loupard, se trata de confundir á un miserable, de desenmascararle, de impedirle que en adelante haga mas truhanerías.... En asunto de tal entidad, ningun

---

(1) Estas tortas son de zumaque hecho pasta y en forma de torta muy semejante á las que en Andalucía se hacen del desperdicio de la aceituna en los molinos de aceite, y que se dedican al mismo objeto. (N. del T.)

hombre honrado puede rehusar su auxilio.

—Eso es diferente.... si tal es la precision, me quedaré!

—Y tengo para mí que no os pesará!

Pasan veinte minutos, cuando Alejandro, que no perdia de vista la puerta del vecino, la ve entreabrirse suavemente, y en seguida, Mr. Bodinet, que sin duda no habia podido cojer el sueño, se presenta en el umbral y empieza á recojer las tortas.

—No os movais!.... que no os vea!.... dice muy bajo Alejandro á Mr. Loupard.

Y al punto sale de su cuarto, y se aproxima á Bodinet, diciéndole:

—Hola!... buenos dias, mi querido Dufortier de Carpentras!.... dónde diablos estais metido que no se os vé por ahí!...

—Ah!... sois vos, señor Alejandro!... servidor vuestro... Dios mio! tengo tantísimos negocios.... tantas ocupaciones... y ya sabeis que el tiempo se va tan pronto en París!... Vuelvo bastante tarde, y regularmente suelo salir muy temprano.

—Pero salís antes de almorzar?...

—Sí... almuerzo fuera... al paso...

—Yo tambien almuerzo fuera... pero siempre tengo en casa buen aguardiente... oh!.... y es delicioso!.... aguardiente de Champagne, que es como se llama... es tan dulce!... tiene tanto aroma!... luego al echarse forma un cordoncillo, lo cual indica su buena calidad... y antes de salir tomo medio vasito de este aguardiente... es higiénico!.. dicen que esto mata el gusanillo!...

—En efecto, debe ser bueno!

—No conoceis vos el aguardiente de Champagne, señor Dufortier?

—No, á fé mia!... y es un conocimiento que debe ser agradable!...

—De vos depende el hacerle... pasad, si gustais, á mi

cuarto, y lo probareis... esta es la única ocasion, porque la botella ya va acabándose.

Mr. Bodinet se sorprende de esta invitacion, vacila y se pregunta si debe aceptar. Pero es en estremo aficionado al aguardiente, y en hablándole de beber licores, la pasion le domina y le hace olvidar de toda prudencia; así, responde:

—Invitais de una manera tan amable, vecino, que no puedo menos de aceptar.

—En ese caso, pasad!

Mr. Bodinet se inclina al pasar delante del jóven, que le impele suavemente, y cierra al punto la puerta; pero no ha dado tres pasos en la habitacion, cuando el maestro de escuela que estaba de espalda, se vuelve de repente, y se encuentra en frente de él.

Mr. Loupard da un grito de sorpresa, diciendo:

—El señor Bodinet!

—Bien habia yo adivinado! esclama Alejandro.

En cuanto á Bodinet, primero habia palidecido haciendo un movimiento de cólera; mas en seguida se repone, y procura sonreir, diciendo:

—Y yo tambien sospechaba algo... Apuesto cualquier cosa á que vuestro aguardiente de Champagne es Mr. Loupard!

—Vos lo habeis dicho, mi querido señor Bodinet Dufortier de Carpentras... porque parece que teneis tres nombres...

—Oh!... sí, señor... tengo muchos nombres... como los españoles... Celebro infinito veros, señor Loupard... y mi hijo?... va bien?... está bueno?...

—Oh!... sí, señor...

—Entonces, como en este momento no tengo otra cosa que deciros, y ya no se trata del aguardiente, tengo el honor de saludaros, señores.

Alejandro se coloca delante de Mr. Bodinet, y le cierra el paso, diciéndole:

—Perdonadme, caballero, pero no podemos separarnos así... y toda vez que sois vos ese Bodinet que yo buscaba hace tanto tiempo, ese Bodinet que ha firmado á mi tio letras y no las ha pagado, debeis calcular que tenemos que ajustar cuentas entre nosotros.

Bodinet hace una horrible mueca, y contesta con un tono casi impertinente:

—Cuerpo de tal!.... vais á hablarme de esos créditos atrasados!... pero si no tengo dinero, cómo quereis que os pague?

—Decís que no teneis dinero?... pues no es eso lo que habeis manifestado al señor Loupard... no le habeis prometido enviarle continuamente otros billetes de banco además del que le habeis enviado con una carta?... me parece que habeis sido vos quien le ha enviado quinientos francos, no es cierto?...

—Seguramente!... yo he sido!... y precisamente porque he gastado cuanto tenia en pagar la pension de mi hijo, me encuentro ahora sin un real.

Alejandro mira fijamente á Bodinet, y le dice con tono alto:

—Señor Bodinet Dufortier de Carpentras!... no creeré yo por cierto vuestras descaradas mentiras!..... habeis podido engañar á este buen profesor, que no sospecha la malicia... que no quiere creerla, ni aun siendo víctima de ella... habeis encontrado medios de sacar cien francos á un hombre á quien debiais ya quinientos, y al cual contábais incesantemente indignos embustes... pero conmigo no sirven esos ardides!... yo no me mamo el dedo... y así os digo que vos no sois quien ha enviado esos quinientos francos....

—Que no he sido yo?... y entonces, cómo es que he citado al señor Loupard todo cuanto habia escrito en la carta?

—Porque el señor Loupard nos la leyó en el pasillo, y porque vos, colocado detrás de vuestra puerta, no habeis perdido ni una sílaba de la lectura!

—Cuidado con lo que decís, señor Alejandro!... no me insulteis, porque os prevengo que no soy sufrido!...

—Tambien así os comprendo!... vos desearíais matarme para quedar saldada de este modo vuestra deuda?... es un medio como otro cualquiera... pero yo no quiero tampoco daros gusto en eso... Pagadme primero, y despues veré si me acomoda haceros el honor de batirme con vos!

—Y si yo no hubiera enviado al señor Loupard esos quinientos francos, quién iba á tener la amabilidad de pagar mis deudas?

—Quién?... la que fué tan compasiva que vistió de piés á cabeza á Arístides, cuando vos le arrojásteis á la calle casi desnudo y muerto de frio... la señorita Felicia, en fin, qne siempre se oculta para hacer un beneficio... Oh!... y no creais que me figuro que haya hecho esto con la intencion de que se lo agradezcais vos, sino porque no ha querido que el buen señor Loupard se vea obligado siempre á privarse de todo para educar y sostener á vuestro hijo!....

—Ah!... vos creeis que esa señorita haya sido tan generosa?... pues bien, caballero, veamos.... teneis un medio muy sencillo de confundirme... haced venir á esa persona tan benéfica... proguntadla delante de mí, y veremos lo que contesta.

—No, señor Bodinet!... no haré tal cosa!... no presentaré delante de vos á la señorita Felicia, porque sé demasiado que no la seria nada grato hallarse en vuestra presencia!...

—De veras?.... eso decís vos, señor Alejandro Grandmoulin; pero yo tampoco me dejo engañar.... la señorita Felicia no habita en esta casa ya... hace muchos dias que lo sospecho... y os hallaríais muy apurado para hacerla venir, porque ahora ignorais dónde está... no es verdad que he acertado?.... eh?.... creo que valemos tanto uno como otro, no es verdad?

Alejandro se muerde los labios, y contesta:

—En fin, señor mio, volvamos á lo que no es una hi-

pótesis... no quereis pagar vuestros créditos?...

—Sí señor... lo que me falta no es voluntad, sino dinero... pero oidme.... si me concedeis un plazo de ocho dias... espero pagaros en ese espacio.

El jóven reflexiona algunos momentos, y dice:

—Sea!... os concedo esos ocho dias que me pedís... pero pasado ese tiempo... si no me habeis pagado, ejecutaré la órden de mi tio!...

—Os doy mil gracias... entonces, hasta de aquí á ocho dias.... Señores, tengo el honor de presentaros mis respetos...

Bodinet entra en su cuarto: el buen maestro de escuela vuelve á su clase, aturdido de todo lo que acababa de oir y sorprendido de saber que el padre de Arístides vive en la misma casa. En cuanto á Alejandro, corre á confiar á Gaston cuanto le ha pasado. El jóven autor queda casi tan sorprendido como el maestro de escuela.

—Ese hombre es Bodinet!... esclama Gaston. Y es ese miserable el que conoce á Felicia... quien la persigue, y es causa de que haya huido de su casa?... esto me confunde... pero me has dicho que ese hombre sabe que Felicia ya no habita aquí?...

—Oh!... el mocito es ladino, y no hay medio de atraparle... desde luego tú calcularás, como yo, que no me paga, á pesar del plazo que le he concedido... pero tengo curiosidad de saber qué determinacion va á tomar... y para eso, voy á prevenir á la portera que no le permita por ningun concepto mudarse.

XL.

ESCENA DE NOCHE.

En la noche siguiente á estos acontecimientos, cuando ya los inquilinos de la casa del señor Borrego se habian retirado á sus respectivos domicilios, y la señora Ador, aprovechando la circunstancia de haberse todos acostado antes de media noche, se disponia asimismo á entregarse al reposo, suena la campanilla de la puerta con bastante precaucion.

—Oiga!... quién puede venir á estas horas!... esclama la conserje: ya he oido las doce... todos los vecinos están en casa... buscarán al médico sin duda.... por eso me fastidia tener inquilinos médicos!...

Y diciendo esto tira de la cuerda, y se aproxima á la ventanilla: una muger penetra en la casa, entreabre suavemente la puerta de la portería, y la señora Ador deja escapar una esclamacion de sorpresa al reconocer la linda figura de Felicia.

—Dios me perdone!... sois vos, señorita?

—Sí, señora Ador, yo soy... Estais sola?

—Sí, sí; completamente sola... mi sobrina está roncando hace ya tiempo, que parece un bajo de órgano... Ya no espero á nadie, porque todos los vecinos están recojidos.... hoy han parecido todos cartujos... podeis entrar sin miedo de que os vean... Pero, Dios mio!... estais mojada!... Llueve quizá?

—Sí, hace algunos momentos... Ah!... si supiérais cuál es mi placer al encontrarme de nuevo en esta casa!... me aburro tanto léjos de aquí!..

—Pobre señorita!...

—Pero ante todo, os suplico que me deis noticia del señor Gaston... me han dicho que está enfermo... el doctor Urtuby, á quien encontré esta mañana me lo ha contado... oh!... entonces no he sido dueña de reprimir mi inquietud!... «Gaston!.... ah!.... tal vez estará malo de pena.... porque me queria mucho... sí... hasta sus celos eran una prueba de su amor... me habia acusado... habia sospechado de mí... pero no dudo que el señor Alejandro le habrá probado que se engañaba... que hacia mal en dirigirme reproches que yo no merecia!... al saberlo se habrá irritado consigo mismo, y eso tal vez es causa de su sufrimiento!... Si él me viese, si me oyera jurarle que le amo siempre... que no he amado jamás sino á él... tal vez entonces su mal se disiparia... recobraria la salud...» Esto me dije... esta idea me persigue desde esta mañana... me consideraria tan feliz en poder contribuir de algun modo á la salud de Gaston!... entonces no pensé en los riesgos que podia correr... he esperado la noche con impaciencia... y cuando ha sido hora bastante avanzada, he echado á andar... y aquí me teneis!

—Vamos, calmáos, hija mia.... en primer lugar debo deciros que el señor Gaston no ha estado tan malo!... es mas bien una indisposicion... ó como vos decís, el pesar de no veros, de no saber dónde parais le ha causado ese malestar, esa poca fiebre que le debilita y le obliga á guar-

dar cama... pero de todos modos habeis tenido una buena idea, porque yo tambien apuesto que le bastará veros, hablaros, para curarse.... sí, sí... estoy segura que eso le ha de ser mas provechoso que todas cuantas recetas le disponga el médico.

—Ah!... qué contenta estoy de saber que no es cosa de peligro!

—Pero vos, querida señorita... debo advertiros de una cosa... ese mal hombre de quien teniais tanto miedo... que os habia seguido...

—Y bien?

—Ha alquilado la habitacion que ocupaba el señor Collinet... ha entrado casi por fuerza, porque me habia dado señas falsas para los informes... pero cuando llegó con sus muebles... qué digo muebles? un monton de trastos viejos y que no sirven de nada... no ha habido forma de despedirle, y se ha quedado.

—Oh, Dios mio!... de suerte que ese hombre está en la casa?... vive junto á Gaston?...

—En la habitacion del señor Collinet... pero escuchad lo mas gracioso!... Vuestros dos jóvenes vecinos me habian rogado que no dijese á nadie que vos habiais dejado la casa... y yo, viendo que los inquilinos, y en particular las chismosas de las criadas se estrañaban de no veros ni bajar ni subir, decia siempre que os habia visto salir muy temprano á comprar vuestras provisiones.... Al principio me creyeron; pero como ya han pasado nueve dias sin que se os haya visto, sin que oigan en vuestro cuarto el menor ruido... han adivinado la verdad; y Mr. de Carpentras... es el nombre de ese quídam...

—Cómo!... se hace llamar de Carpentras?

—Sí: no es ese su nombre, verdad?... ya me lo figuraba yo!... en fin, ayer, diciendo yo delante de ese señor que os habia visto salir por la mañana, él se encojió de hombros, y murmuró entre dientes: «La portera se figura que nos mamamos el dedo!...» Yo... ya podeis figuraros .. hi-

ce que no oia nada... pero, sin embargo, en la casa todo el mundo está persuadido de que habeis desalojado... y de tal modo, que si os diera la gana de volver á vivir aquí, no solamente no creerian que érais vos, pero ni aun lo sospecharian!...

—Ciertamente que si yo supiera... si me atreviese... seria tan feliz pudiendo ver á Gaston aunque no fuera mas que un momento!...

—Y quién os impide, por ejemplo, subir ahora á vuestro antiguo domicilio? Voy á daros la llave... todo lo encontrareis como lo habeis dejado... ni aun he quitado las sábanas de la cama, porque tenia como un presentimiento de que habiais de volver, y dije para mí: «Pues si vuelve la señorita Felicia, no tendrá mas que meterse en su habitacion, y será como si no se hubiera separado nunca de nosotros.»

—Mi buena señora Ador!... De buena gana seguiria vuestro consejo.... pero si me encontrasen en la escalera?...

—Cá!... son ya mucho mas de las doce... todo el mundo está recojido...

—Pero, y si ese Dufortier.... porque se llama Dufortier... me viera?...

—Se ha encerrado ya ha mas de una hora!.. qué quereis que haga mas que dormir?... Estará acostado, y con tanta mas razon, cuanto que, os lo repito, está en la inteligencia de que no estais en la casa!...

—Vamos, no vacilo!... voy á acostarme en mi cuartito alto... ah!... con qué placer entraré en él!... he pasado allí momentos tan dulces!... no iré esta noche á ver á Gaston... es ya muy tarde... sin duda estará durmiendo, y por despertarle, me espondria á dar á conocer á otros mi vuelta á esta casa... pero mañana, en cuanto sea de dia, tened la bondad de subir á su cuarto, y le anunciareis una visita, suplicándole que deje su puerta entreabierta... yo acecharé el momento oportuno... y cuando esté segura de que

nadie puede verme, me deslizaré en casa de ese pobre enfermo!

—Convenido, señorita.... mañana á las siete iré á ver al señor Gaston... ahora, subid pronto... tomad esta luz.... oh!.. vais tan ligera!... á ese paso, en un salto subís los cinco pisos!...

—Oh! sí... y espero que no me oirán.

—Bueno, pues no tembleis así... últimamente, si alguno en la casa os dijese cualquier cosa, bien sabeis que no os faltarian defensores!...

—Teneis razon... solo los culpables deben temblar.... y yo no lo soy!... Buenas noches, señora Ador; buenas noches, y mil gracias por todo.

Felicia toma la luz, y se dirige á la escalera que sube rápidamente; la conserje la sigue unos momentos, y cierta ya de que la jóven no ha tenido ningun encuentro, se va á acostar diciendo:

—Ahora sí que tiene esto gracia!... todos se llevan un buen chasco!... cuando estaba fuera, la creian dentro... y cuando está dentro, la juzgan fuera!... no tenemos mala suerte con que la picotera de mi sobrina esté roncando!....

Felicia entra en su cuarto sin novedad; no ha visto ni oido á nadie; respira con mas libertad en aquel cuartito donde Gaston venia algunas veces á acompañarla: se consideraba feliz con estar cerca de él, y olvida que á algunos pasos de ella está tambien la persona que causa sus tormentos.

Pero por una de esas casualidades que parecen hechas espresamente, y que sin embargo están en el órden natural de las cosas, el señor Bodinet estaba desvelado aquella noche: los acontecimientos de aquella mañana le inquietaban; ahora que Alejandro habia reconocido en él al deudor que con tanto afan buscaba, conocia que no podia permanecer mucho tiempo en la casa misma que el corredor; le habia pedido una próroga de ocho dias, no porque tuviese la menor intencion de pagar, sino á fin de tener algo mas

tiempo de pensar en el partido que deberia tomar.

Todas estas cosas removian su ánimo; salió de la cama, donde no hacia mas que dar vueltas, y salió al pasillo á respirar un poco de aire fresco; sintió hablar abajo y se escondió en el comun, desde cuyo sitio vió á Felicia subir vivamente la escalera; por ligera que anduviese fué reconocida por él, tanto mas, cuanto que ella llevaba luz y él no tenia luz ninguna que pudiese denunciar su presencia.

La jóven pasó, pues, á una cuarta de distancia del hombre á quien tanto teme, sin figurárselo siquiera, y cuando ya en su habitacion se felicitaba de que nadie la habia visto, el señor Bodinet sale de su escondite, y dice frotándose las manos:

—Es ella!.. no hay duda!... sí, es ella!.. la he reconocido perfectamente... la luz que ha subido.... la precaucion con que ha abierto la puerta... todo me afirma mas que es ella!... oh!... ya la pesqué!... Os aseguro, señorita Ernestina, que esta vez no me habeis de escapar!.... Voy á vestirme del todo... no tardaré...

Bodinet entra en su cuarto, y en pocos minutos se encuentra vestido; despues, y siempre á oscuras, sube sin hacer ruido la escalera, y al percibir la claridad de la luz por debajo de la puerta del cuarto de Felicia, se dice:

—Esta es otra prueba evidente de que no me he equivocado... Ella es lista, pero á veces no se puede pensar en todo!...

Llegado al pasillo del quinto piso, va á llamar con precaucion al cuarto de la jóven, murmurando con voz fingida:

—El señor Gaston está peor... os espera.

Felicia no reflexiona que Gaston no puede saber que ella está alli: las palabras «está peor!» llegan hasta su corazon y corre á abrir la puerta: al reconocer á Bodinet se queda como petrificada; quiere gritar, y la falta la voz; quiere andar, y no tiene fuerza mas que para dejarse caer

en una silla, casi privada de sentido.

Bodinet saluda profundamente á la jóven, y dando un tono melífluo á su voz, la dice:

—Dios mio!... señorita Ernestina, siento en el alma que mi presencia os espanta... calmáos... volved en vos... os lo suplico... debeis pensar que no tengo intenciones de causaros el menor mal, ni la mas leve violencia.

—Si tal osárais, caballero, llamaria, gritaria.... y no me faltarian defensores!

Felicia ha pronunciado estas palabras con trabajo y con voz alterada por el miedo. Bodinet se apresura á contestar:

—Lo sé, señorita.... sé que esta casa es una linterna donde cada cual sabe lo que pasa en casa de sus vecinos... pero ya que he conseguido á fuerza de tiempo procurarme esta entrevista con vos... puesto que estamos solos.... permitidme que me aproveche de estos momentos para hablar... para esplicarme con vos... os interesa tanto como á mí... Deponed, pues, todo temor, y tened la bondad de escucharme.

Felicia hace un esfuerzo sobre sí misma, y murmura:

—Hablad, caballero... ya os escucho!...

—Perdonadme, señorita.... si me lo permitis, voy á sentarme... se habla con mas comodidad.... muy bien!.... Desde que murió vuestra tia, señorita, desde que habeis vuelto á París, habeis tomado un nombre supuesto.... os ocultais en una bohardilla... vos, que podriais habitar una preciosa casa... y todo ello por hacerme perder la pista, para que yo no diera con vos!... me huís como si fuera un licántropo!.... Esto verdaderamente es una niñería!.... en primer lugar, señorita, porque una jóven linda como vos por mucho que se quiera ocultar, siempre concluye por ser descubierta... os condenábais á un modo de vivir muy poco en armonía con vuestra posicion!... Veamos, señorita... dejemos esto, porque cada uno es dueño de vivir como mejor le plazca... y si os parece, entendámonos como buenos amigos.

Felicia no puede reprimir un movimiento de disgusto y retira su silla para estar mas separada de Bodinet; este hace que no observa esta pantomima, y continúa con zalamería:

—Señorita, voy á ser franco... me he portado mal con vos... no trato de negarlo... pero mi mala accion fué solo el resultado de la frenética pasion que me habíais inspirado... en vuestro lugar muchas mugeres me hubieran perdonado hace ya bastante tiempo... porque de los arrepentidos es el reino de los cielos... pero, en fin... al confesar mis faltas, vengo á proponeros medios de mejorarlas... aceptad mi mano, sed mi esposa, y echemos un velo á lo pasado... Queda vuestra reputacion pura como el sol, y nadie podrá en adelante ocuparse de vos en lo mas mínimo!...

—Yo!... ser vuestra esposa, señor!.... esclama Felicia con una voz á la cual ha dado fuerza la indignacion. Os he dicho ya otra vez que jamás sereis mi marido.... que nada en el mundo podria obligarme á daros mi mano... Lo habeis olvidado acaso?...

—No tal!... pero desde que me respondisteis de ese modo hasta el dia han ocurrido cosas, que tal vez pudieran haberos hecho cambiar de resolucion... pienso que me comprendeis...

—Lo que ha pasado, caballero, solo puede haber contribuido á haceros mas odioso, mas infame á mis ojos.... Este es el único cambio que se ha operado en mí.

Mr. Bodinet se muerde los labios, frunce las cejas, y empieza á despojarse de su fingida amabilidad: reflexiona algunos instantes, y contesta:

—Despues de todo... si no me amais.... bien sé que el amor no se manda... que no es uno dueño á veces de sus sentimientos... es triste eso verdaderamente.... pero aun así... podriamos ser esposos, señorita, y no vivir juntos... ni aun vernos jamás... esto se hace por muchos cónyuges, y no por eso dejan de estar en la mejor armonía... Basta-

ria el matrimonio, porque todo lo conciliaria.

—Creo haberme esplicado, señor mio, de una manera bastante categórica para que os eviteis el trabajo de volver á hablar sobre este particular... Si era eso todo lo que teníais que decirme... podeis retiraros!

—Ah!... tampoco eso?.... dice Bodinet balanceándose en su silla: con que tambien sois testaruda?.... paciencia!....

Y vuelve á dirigirla la palabra cambiando de tono:

—Señorita, al darme esa definitiva contestacion, creo que no teneis en cuenta el inmenso mal que puedo causaros... puedo desacreditaros... perderos en reputacion...

—Sé de todo lo que sois capaz... por consiguiente á todo estoy dispuesta!

—Que estais dispuesta á todo?... permitidme que lo dude!... Si así fuese, no hubiérais tomado tantas precauciones para huir de mis pesquisas... No me creais tan tonto que me deje alucinar por palabras de gran efecto!... creo que no os seria muy grato, por ejemplo.... que el señor Gaston... ese jóven que vive abajo... supiera... lo que ha pasado, porque parece que ese caballero está ciegamente enamorado de vos... probablemente vos tambien le correspondereis... y acaso deseais tambien casaros con él... y esta es la razon porque me desairais á mí.... muy bien!.... Aunque tambien puede ser que no sea á ese á quien vos ameis, sino al otro... á su amigo Alejandro... á menos que ameis á los dos... que tambien podrá ser.

Felicia se levanta con dignidad, dejando caer sobre Bodinet una mirada en que se veia pintado un profundo desprecio, y le dice.

—Sois un miserable... un infame!... venís á insultarme á mi casa!... Salid de aquí al punto, ó voy á llamar... y los que me dais por amantes os tratarán como mereceis!

—No les temo, respondió Bodinet levantándose: no temo á nadie!... espero á pié firme á esos caballeritos!... Con

que, estais completamente decidida á no ser mi esposa?

Felicia no contesta: Bodinet da dos pasos hácia la puerta, pero vuelve diciendo:

—Vamos... qué diablo!... yo no soy tan despreciable!... pero, en fin, todavía quiero ser mas complaciente.... no quereis casaros conmigo?... no hablemos de ello.... sea!.... pero entonces... para que yo no diga una palabra.... para que guarde silencio sobre... lo que vos sabeis... me parece justo me indemniceis en algo... Mirad, soy hombre de buena compostura... dadme veinte mil francos, y no solamente callaré, sino que desde el momento en que reciba el dinero, no volvereis á oir hablar de mí... Estamos conformes?..

—Es proposicion que esperaba, contesta Felicia; y solo estrañaba que no la hubiéseis hecho antes... Es dinero lo que quereis, y con la esperanza de obtenerlo habeis obrado conmigo de un modo tan indigno!.... no me habeis engañado ni siquiera un minuto.... Y hablábais de amor hace un momento!... vos.. amar á alguien!.. vos!.. conocer un sentimiento tan dulce!... ah!... imposible.... vos no habeis mirado nunca mas que mi fortuna!.... Pues bien, caballero... aunque os entendeis con una débil muger, sabed que os habeis engañado tambien en vuestro cálculo... Quereis que os dé dinero!... recompensaria yo, segun eso, el crímen mas cobarde, la mas odiosa infamia!.... Jamás, jamás!... Me jurais que á ese precio ni aun volveré á oir hablar de vos!... Me juzgais tan necia que pueda creeros?... Cuando hubiérais gastado esa suma que hoy me pedís, volveríais á buscarme, y siempre con las mismas amenazas y las mismas promesas imperiosas de nuevo dinero!... Y cuando una vez se ha sido bastante débil para ceder al temor que quiere inspirar. un miserable se coloca para siempre bajo su dependencia... No, no será así! no obtendreis nada de mí!... lo oís?.. nada absolutamente!... El ódio que me inspirais me ha vuelto el ánimo que vuestra vista me habia quitado!.. temeros!.. quereis que os tema, cuando sois vos el que debia temblar delante de mí?... No, no

lo espereis!... y para probaros que no os temo, salid de aquí al momento, caballero!...

—Es vuestra última resolucion?... dijo Bodinet fijando sobre ella una mirada de tigre.

Por toda respuesta, Felicia le señala la puerta; Bodinet comprende la resolucion y sale bruscamente.

XLI.

TODOS ASUSTADOS.

A las siete de la mañana, la señora Ador, segun habia convenido con Felicia, sube al cuarto de Gaston para anunciarle que va á recibir una visita que está muy léjos de esperar; mas en el momento que va á llamar á la puerta del jóven autor, ve á su inquilina del quinto piso que baja de su cuarto y se dirige asímismo á casa de Gaston.

—Cómo!... señorita, sois vos?... esclama la conserje: os arriesgais así á que os vean en la escalera?... No temeis tener un mal encuentro?...

—No, señora Ador... ya me he hecho valiente.... además, tenia impaciencia por ver al señor Gaston.

—No son mas que las siete.

—Sí; pero no he dormido en toda la noche y las horas me han parecido eternas!...

—Entonces ya no me necesitareis...

—No sé... yo creo que seria mejor que no me viese de repente.

Pero Gaston, que ha oido hablar junto á su puerta, y cuyo corazon late con mas violencia que de ordinario, como si adivinase la dicha que le aguarda, se levanta, se pone la bata, y abre la puerta de repente.

Al reconocer á Felicia, lanza un grito de alegría, y quiere precipitarse hácia ella, pero la emocion se lo impide, y se vé obligado á apoyarse en la pared para no caer; su linda vecina corre á él, diciéndole:

—Dios mio!... se pone malo!...

La conserje al punto empieza á girar sobre sí misma, gritando:

—Vinagre y sal!... agua!.., quién nos lo dará?... socorro!... socorro!!..

A este ruido abre su puerta la señora Montenlair; la señorita Ceferina sale de su cuarto y se asoma á la barandilla; Mariquita deja su cocina y sale al pasillo; la señora Patineaux asoma las narices; las señoras Mirolin alargan el cuello; Mr. Beugle aparece en su pasillo en bata; su criada Krettly se presenta con una cacerola en la mano; y Alejandro saca la cabeza por su puerta entreabierta, porque estaba empezando á vestirse, y no se ha puesto todavía mas que la mitad del calzoncillo.

Unicamente el señor Bodinet no se presenta como los demás, aun cuando está oyendo perfectamente todo cuanto pasa.

—Qué es eso?

—Qué hay?

—Qué ha sucedido?

A estas preguntas que se cruzan de una parte á otra, las señoras Mirolin añaden gritando mas que todos:

—Es fuego tal vez?... y dónde es el fuego?.... es ver-

dad que huele á chamusquina!... Conserje! en qué cuarto es el fuego...

La señora Ador que oye hablar de fuego, y le tiene un miedo terrible, olvida completamente á Gaston, y se acerca al antepecho mirando hácia abajo y gritando:

—Fuego!... cómo es eso?... tenemos fuego en casa?.... ay Dios mio!... los bomberos!... que traigan á los bomberos!... Amanda!... Amanda!... corre al punto á avisar á los bomberos!...

—Y mas sois fos gue teneis fuego, seniora?... pregunta Mr. Beugle saludando á la señora Montenlair que se apresura á cruzarse la pechera de su bata, respondiendo:

—Yo?... Dios me libre!... yo no he tenido fuego en mi casa nunca!.... tomo muchísimas precauciones.... Dios mio!... qué vergüenza!... haberme presentado en este negligé!... Yo creo que si algo se quema ha de ser en el cuarto del señor Gaston!...

—Cómo!... qué se quema en casa de Gaston?... esclama Alejandro saliendo de su cuarto precipitadamente, y sin reparar en que no tenia mas ropa que la camisa y los calzoncillos que se acababa de poner. Caracoles!... voy á ver!... aunque me parece muy estraño que se queme nada en casa de Gaston, porque desde ayer á medio dia no hay fuego.

—Ah!... señor Alejandro, por Dios!.... id á poneros alguna ropa mas!... dice Mad. Montenlair al ver á su vecino.

—Señora, los mozos de las panaderías llevan menos, y van por la calle sin que nadie les diga nada.

—No me comprendeis!... os he dicho eso, porque no os vayais á resfriar.

—Ah!.... entonces es diferente!.... voy á ponerme el gorro griego.

Entretanto, la señorita Amanda, que ha oido desde abajo los gritos de su tia, sube la escalera sin otro traje que unas enaguas sumamente cortas y un pañuelo muy

pequeño al cuello gritando con aire espantado:

—En qué cuarto es el fuego, tia?.... á buscar los bomberos!

—Cómo!... pero no es en nuestro cuarto?... en la portería?... responde la señora Ador.

—Si en nuestro cuarto todavía no se ha encendido!

—Ni en el nuestro, dice Krettly.

—Ni yo tampoco, murmura Mad. Patineaux.

—Ni yo, grita Mariquita.

—Yo no hago mas que encender ahora mismo, decia la señora Montenlair.

—Yo no he encendido nunca en mi habitacion, dice Ceferina.

—Es, pues, isto fuego en g.sa te fos, seniora? pregunta el gordo aleman á las señoras Mirolin.

Estas miran á Mr. Beugle con aire furioso, y le contestan:

—Cómo en nuestra casa?... y por qué no ha de ser en la vuestra?... quién habia de venir á encender nada á nuestra casa?... Nosotras no quemamos nada; nada, entendeis caballero?... No habeis oido que acaban de decir ahora mismo que el fuego era en casa del señor Gaston?...

—En casa del señor Gaston?... gritó la conserje: quién ha dicho eso?

—Decididamente son las señoras Mirolin las que han inventado este fuego, dice Alejandro bajando unos cuantos escalones y dirigiendo una mirada á Mad. Patineaux.

—Uf!.. qué horror!.... un hombre en calzoncillos blancos!... Entrémonos, mamá!.... vamos adentro!.... esto da rubor!...

—Tienes razon, hija mia!... uff!... qué casa!... dentro de poco se van á pasear los hombres en cueros!... Vamos á despedir!... á mudarnos!.... á quejarnos al casero!.... á la policía!.... este es un atentado á las costumbres.... á la moral!...

—Esperad, señora!... grita el jóven que acaba de dis-

tinguir á la sobrina de la conserje: aquí está la señorita Amanda, cuyo traje es casi casi tan ligero como el mio... Si ella quiere, vamos ahora á bailar la cachucha... no nos falta mas que las castañuelas para parecer boleros españoles... pero eso no importa!... con dos pedazos de plato roto hago yo en un santiamen unas castañuelas!

La señora Mirolin se entra en su cuarto, mandando al diablo á todos; la señorita Amanda se apresura á ir á acabar de vestirse; Alejandro, que no tiene calor, juzga conveniente hacer otro tanto. En breve cada vecino está en su cuarto, y se ha restablecido la calma en la casa. El que habia sido la causa inocente de todo el alboroto, Gaston, sostenido por Felicia, se habia recobrado con facilidad de aquel vértigo momentáneo, y ahora, sentado al lado de su amada, tenia la mano de Felicia entre las suyas y no se cansaba de contemplarla, repitiéndola:

—Sois vos?... sois vos la que estais junto á mí, querida Felicia?... no me atrevo á creer tanta dicha!

—Sí... he vuelto porque he sabido que estábais enfermo... que sufriais... he creido que mi presencia os aliviaria... he pensado bien?

—Ah!... sois un ángel!... vuestra visita me prueba que me habeis perdonado mis odiosas sospechas!... os acusaba cuando os debo mi libertad!... sí, porque gracias á vuestra generosidad....

—No hablemos de eso!... os lo prohibo!... servirse mútuamente es un placer al mismo tiempo que una obligacion entre amigos... pensad en curaros, que es lo principal!

—Curarme!... yo no estoy malo!.... os juro que desde que os he visto me siento perfectamente!.... Ah!.... no os alejeis ya mas... no dejeis esta casa... si hay en ella alguna persona á quien temais.... alguno de quien recibís alguna maldad... porque sin duda debeis saber...

—Sí... sé que ese miserable.... un hombre que me ha hecho mucho mal, habita ahora en el cuarto del señor Collinet.

—Pues bien, pronunciad una palabra, y voy al punto á buscarle... á obligarle á que se aleje... porque, en fin... ese miserable no tiene derecho ninguno sobre vos... me habeis asegurado que érais dueña de vuestra voluntad, y si alguno osara...

—Vamos, vamos!... no os arrebateis de ese modo!.... os lo suplico, Gaston!... tranquilizáos, y sed razonable... quereis empeorar?... os ruego que no tengais ninguna querella con ese hombre que ha venido á vivir junto á vos!.... eso es únicamente lo que yo temo... Prometedme que no le hablareis... que no entrareis en su cuarto, y entonces.... tal vez me decidiré á continuar viviendo en la casa como anteriormente.

—No hay cosa que no me sienta dispuesto á hacer á trueque de no estar privado de vuestra presencia... os obedeceré, porque vivir léjos de vos es imposible!

La conversacion de los dos amantes sufrió interrupcion por Alejandro, que al hallar allí á Felicia dá un salto y corre á darla un decoroso beso en la mano, y estrechando la de Gaston, esclama:

—Ha vuelto!... entonces ya estás bueno!... estoy seguro que ya no tienes calentura!.... Este es el mejor remedio... la dicha es la salud!... sabeis que os hemos buscado obstinadamente?... No estábais en Belleville.

—Perdonadme.

—Y no os hemos encontrado... no hemos tenido tan buena vista como este indivíduo del lado.... Y á propósito de este vecino, Gaston os habrá dicho... sabeis á quién me he encontrado en este personage?

—Habrá sido á Dufortier, de quien me habeis hablado en otra ocasion.

—Oh!... no solamente al tal Dufortier!.... Gaston, tú no has dicho nada á esta señorita?...

—Teniamos otra cosa de que hablar...

—Justamente!... los enamorados, antes que todo el corazon!.... Pues figuráos que este Dufortier, este canalla...

porque es verdaderamente un canalla.... no es otro que el llamado Bodinet... el padre de Arístides... ese buen padre que vende la ropa de su hijo y le viste de papel de estraza.

Felicia palidece: está sumamente conmovida, murmurando con voz alterada:

—Cómo!... seria posible?... ese hombre... es el padre de aquel niño?...

—De aquel niño que vos vestísteis de piés á cabeza, y para el cual habeis enviado en seguida quinientos francos al señor Loupard, á ese buen maestro... porque vos sois sin duda quien los ha enviado... Os suplico como un favor especial que me digais si fuísteis vos!.. yo os diré en seguida por qué deseo saberlo.

—Pues bien, sí... yo he sido en efecto... tengo mas dinero del que necesito... y he pensado que ese pobre maestro de escuela no estaba nada sobrante de recursos...que no habria recibido ni la mas pequeña cantidad por los cuidados que prodiga á esa criatura... y le he enviado ese dinero...

—Habeis hecho bien!... eso es sublime de vuestra parte!... oh!.. no os reprochamos tal accion.... por lo demás, bien adivinamos al momento que este dinero procedia de vos... pero lo original, lo soberbio de la historia es que este Bodinet, que estaba escuchando detrás de la puerta cuando el señor Loupard vino lleno de gozo á contarnos la fortuna que se le habia entrado por su casa, y á leernos vuestra carta, Bodinet en persona se ha presentado en casa del maestro de escuela aquella misma noche, le ha dicho con la mayor desvergüenza que él era quien por la mañana le habia enviado los quinientos francos, y logró que le diera ciento ese buen señor Loupard, que no adivinó la ratería, y cayó en el lazo como un inocente... Vamos, qué decís de esto?... es suerte la del tal Bodinet?...

—En ese sugeto no me puede sorprender nada.

—Sí, pero como yo le dije que ese dinero lo habíais

mandado vos, y él ha sostenido descaradamente su mentira... ahora que estais aquí quiero confundirle!.... Ah!.... señor Dufortier Bodinet de Carpentras, cómo discurrireis ahora?...

Ya Alejandro corria hácia la puerta; pero Felicia se lanza á él y le detiene, diciéndole:

—En nombre del cielo!... qué vais á hacer, señor Alejandro?

—Voy á buscar á ese Bodinet, á traerle delante de vos, y á obligarle á confesar que ha estafado al señor Loupard.

—No hagais eso, os lo suplico... no me obligueis á verme en la presencia de ese hombre que no puedo soportar!... Hablar de él, es un suplicio... verle, es cosa superior á mis fuerzas... Preguntad á Gaston qué es lo que acabo de decirle, y con qué condicion consiento en quedarme en la casa.

—Sí, dijo Gaston; yo tambien queria ir á buscar á ese hombre, y obligarle á alejarse de aquí!... ella me ha hecho prometer que, léjos de eso, evitaria toda cuestion con él... que no le diria una palabra.... y yo he prometido cuanto ha querido, á trueque de que continúe siendo nuestra vecina.

—Eso es diferente, contestó Alejandro: en ese caso, yo tambien debo hacer lo mismo con respecto á ese individuo... pues es lástima!... pero en cuanto á obligar al señor Bodinet á salir de la casa... no hay cuidado!.... sin necesidad de que se le diga, lo ha de hacer él!... ya sabe que yo he dado con él, que puedo hacerle arrestar si no me paga los mil cuatrocientos francos de su letra de cambio... ayer me ha pedido ocho dias de plazo; pero yo estoy seguro que lo mismo pagará dentro de ocho dias que hoy.

—Y vos pensais que por miedo de la prision se alejará?... pregunta Felicia, cuyos ojos brillaron de alegría.

—Cáspita!... ya lo creo!... á menos que prefiera dejarse agarrar...

—Ah!... nada de eso, señor Alejandro!... dejarle que se

vaya... no le hagais prender, y de ese modo nos veremos libres de su presencia... Me prometeis eso vos?

—Creo que no tengo necesidad de prometéroslo.... El Bodinet... Carpentras Dufortier.... canario!.... me embrollo con tanto nombre! .. no es hombre que se dejará prender... no esperará que le echen mano!... Pero ya he charlado bastante, y ahora es preciso acudir á los negocios... tengo muchos corretages... con que hasta la vista; os dejo con nuestro amigo enfermo, que es capaz de decir todavía que lo está, á fin de teneros por enfermera.

Alejandro sale, Felicia pasa una parte del dia al lado de Gaston. La señora Montenlair, que llega á informarse del estado del jóven autor, esclama como Alejandro al ver á Felicia:

—Calla!... ya ha vuelto la vecinita!.... entonces bien podemos decir que ya estais curado, señor Gaston, porque yo creo que lo que teníais de enfermedad era la pena de no verla.

Felicia se ruboriza, y Gaston sonríe á la antigua actriz que continúa:

—Entonces, hijos mios, os dejo hablar, y voy á acabar de vestirme... hoy me pongo de veinticinco alfileres; Mr. Beugle me ha venido á ofrecer llevarme al Jardin botánico á ver todos los animales de cuernos.... y aunque esos los estamos viendo continuamente, no importa; he aceptado, porque despues del paseo quiere llevarme á comer al *Arco Iris*, una fonda de este barrio... Tambien he aceptado, porque yo no rehuso jamás las diversiones.... tanto mas, cuanto que yo sé tener á los hombres á raya. Aunque me haga beber Champagne, aunque me haga beber Chartreuse, aunque beba lo que beba, yo no me achispo jamás... y si él se alegra... pero no... no hay cuidado!

—Y Filoséles?... dijo Gaston sonriendo.

—Filoséles!.. ta, ta, ta!... ya eso se acabó!... se hundió por escotillon, como decimos en el teatro... y no lo siento, porque era un miserable... luego con aquella peluca tan

atroz... á mí no me gustan las pelucas en mi casa.... Mr. Beugle es calvo, pero no gasta peluca.

Hemos dicho que Felicia pasó una gran parte del dia al lado de Gaston: al separarse de él le promete volver á acompañarle durante la velada. Toma en seguida un carruage, se hace conducir á Belleville para recoger los efectos que tenia allí, y se vuelve á su antigua morada.

Todas estas operaciones necesitan tiempo; así es que son ya mas de las siete cuando Felicia entra en la casa del arrabal Montmartre, y ya es de noche cuando se dispone á volver al lado del convaleciente.

Mas antes de bajar á la casa de Gaston, deseaba satisfacer un deseo que la atormenta, que la preocupa desde aquella mañana: quisiera volver á ver al pequeño Arístides.

Un sentimiento nuevo que no puede dominar, y que toma á cada instante nueva fuerza, se ha apoderado de su corazon. No pudiendo resistirle, se aprovecha de la oscuridad, baja la escalera, y atravesando rápidamente los dos patios, llega delante de la habitacion del maestro de escuela. Una débil luz que sale de la clase guia á la jóven, que no habia puesto jamás los piés en casa del señor Loupard.

Se adelanta hasta la puerta; mas en el momento de entrar, se vé precisada á detenerse para reprimir algun tanto su emocion.

—Y qué voy á decir? piensa la jóven... qué motivo voy á dar á mi visita?.... Debe parecer algo estraordinario al señor Loupard que yo venga á su casa... pero no... es tan bueno!... tan sencillo!... yo encontraré el pretesto.... Por otra parte, aunque quisiera no puedo resistir.

Y levantando el picaporte, atraviesa el umbral.

Al verse en este salon, que en razon á su magnitud se hallaba malísimamente alumbrado con una luz solamente, Felicia no sabe al pronto dónde dirigirse; pero el señor Loupard, que ha oido entrar á alguno, deja su pupitre, donde se hallaba disponiendo ejemplos para la clase del

dia siguiente y va á ver quién ha llegado.

El buen maestro lanza un grito al reconocer á la generosa señorita del quinto piso.

—Señorita Felicia, sois vos quien teneis la bondad de venir á visitarme?... Ay, señorita!... cuán dichoso soy, y cuánto siento que os hayais molestado!... Hacedme el favor de sentaros.

Felicia, que desea ver algo mas que al señor Loupard, mira por todos lados, diciendo:

—Sí, señor... he venido á saludaros... porque queria...

—Queríais tal vez saber si he hecho buen uso de la suma que me habeis enviado?... porque habeis sido vos, no es cierto, señorita?... oh!... sí!... solo vos habeis podido enviarme los quinientos francos que recibí en una carta hace unos dias... Ah!... el señor Alejandro adivinó en seguida perfectamente que ese dinero no podia proceder de nadie sino de vos... mientras que otro ha querido sacar partido de él!...

—Pero, mi buen señor Loupard, si yo he hecho este pequeño favor, seguramente no he venido á veros para que me hableis de él... hubiera deseado... ese niño... esa pobre criatura... que vos cuidais tanto, no lo veo.

—Arístides?... está allí, señorita... cuando no se le oye, es porque probablemente se habrá dormido, porque hace un momento estaba jugando junto á mí con sus soldados de plomo... mirad... qué os decia yo?

Y el profesor muestra á Felicia el alumno que se habia tendido en el banco, y dormia como si se hallara en su cama.

La jóven considera algunos instantes al niño; parece absorta en sus pensamientos, porque no habla una palabra; pero el señor Loupard va á despertar al chiquitin.

—Ah!... no!... para qué le despertais?... esclama Felicia: dormia tan bien!...

—Tiene tiempo de dormir, señorita; y además, nunca se enfada cuando se le despierta... esto es señal evidente

de un buen carácter y de un humor alegre... Vamos, Arístides, abre los ojos, querido!... ven á dar las gracias á tu bienhechora que tiene la bondad de venir á verte.

El niño se frota los ojos y sonríe aun antes de estar completamente despierto; despues vé y reconoce á Felicia y corre al punto hácia ella diciendo:

—Ah!... es la señorita Felicia!.... es mi amiguita!.... quieres abrazarme, señorita?... me das un beso?... no tengas miedo!.... yo no he tenido calentura.

Felicia recuerda las palabras que dijo una noche al niño, cuando este le presentaba su rostro angelical, y que por lo visto no ha olvidado, porque los niños tienen muchas veces mas memoria de lo que se cree. Pero en esta ocasion abre entusiasmada sus brazos á Arístides que se precipita en ellos, le besa con tanto afecto y tan repetidas veces, que el chiquitin le dice:

—Ahora sí que me quieres mucho, señorita, porque me das besos.

Por toda respuesta Felicia le coje la cabeza entre sus manos, y vuelve á cubrirle de besos; el niño los recibe tranquilo y sin apercibirse de que en estos besos que recibe hay lágrimas mezladas.

En tanto el señor Loupard ha ido á despabilar la vela, murmurando:

—Dios mio!... tengo casi apagada la estufa... siento en el alma, señorita... si yo hubiese previsto.... pero puedo volver á encender.

—No, señor Loupard, no encendais.... es inútil, os lo aseguro, no tengo frio. , además, no puedo detenerme.... queria solamente veros á vos... y á este niño... para ver si necesitaba algo... si le faltaba alguna cosa... para que me lo dijéseis, y yo me apresuraria á proporcionárosla.

—Sois estremadamente buena, señorita... pero por ahora, gracias á vos, tenemos cuanto necesitamos... mas de lo necesario.... y para mucho tiempo.... una cantidad de quinientos francos!.... con esa suma hay para hacer fren-

te á todas las exigencias... Si he decir la verdad, ha habido alguno... que no quiero decir delante del niño... que me ha agarrado una parte de esa suma, pero de eso tengo yo la culpa.... eso me corresponde á mí solo... y sin embargo todavía tengo bastante dinero.

—Pues bien, os lo repito, señor Loupard... en el momento en que este niño necesite algun traje... ropa blanca... en fin, cualquiera cosa que sea... me lo decís, que yo me hago cargo de eso.

—Ah, señorita, tanta generosidad!...

—No os pido en cambio mas que una cosa, y es que no digais nada... que me guardeis el secreto... tanto sobre eso como sobre las visitas que vendré á haceros alguna que otra vez... para saber del niño... no hablareis á nadie de este particular, no es verdad, señor Loupard?

—Puesto que así lo deseais, señorita... os obedeceré, por mas que me sea penoso ocultar mi reconocimiento... Aristides!.... dá las gracias á esta señorita, y ámala mucho, porque es en estremo buena para ti.

—No me dés gracias.... es inútil, hijo mio... ámame solamente... esto es lo que solo te pido.

Al decir estas palabras, Felicia cubre de besos nuevamente al niño que la mira absorto, y con deseos de preguntarla por qué ahora le prodiga tanta ternura. En seguida se despide rápidamente del señor Loupard, y sale de la clase antes que el maestro de escuela haya tenido tiempo de despabilar su luz.

XLII.

UN BOFETON Y SUS CONSECUENCIAS.

Pasan cinco dias, y en este espacio ha vuelto Felicia dos veces por la noche á la clase del señor Loupard.

Gaston está ya curado, yendo diariamente á visitar á su vecina. Esta ya no exije que venga acompañado á verla, y esta prueba de confianza aumenta la alegría del jóven poeta.

—La señorita del quinto piso ha vuelto! se repiten en todos los tonos las criadas de la casa.

—Y el nuevo inquilino, no se cepilla ya en el pasillo?

—Cá!... ni asoma las narices siquierà!

—Entonces, por qué huia ella?

—Quién sabe? y por qué la seguia él?

Tales son las conversaciones que circulan en todos estos pisos, ó mejor dicho en todas las puertas y corredores de la casa.

En efecto, ya no se veia al señor Bodinet.

Para salir, acechaba sin duda el momento en que no pudiera verle nadie y volvia á su casa siempre muy tarde.

—Ya llegará dia en que no vuelva!... decia Alejandro.

Pero Gaston tenia menos esperanzas. No encontraba muy natural la conducta de este hombre, y un secreto presentimiento le hacia temer incesantemente que algo se tramaba contra Felicia.

El sesto dia, Alejandro y Gaston, que salian al mismo tiempo de sus respectivas habitaciones, se detienen en el pasillo. Alejandro es el que toma la palabra:

—Vamos!... ya te veo hecho un hombre!... ya estás restablecido!.... decia dando una palmada en el hombro á su amigo.

—Sí.... ahora sigo perfectamente, gracias á Dios... y á ella... su presencia me ha vuelto la salud.

—Oh!... ha hecho perfectamente en volver de cualquier suerte que haya sido... toda vez que ese caballero á quien hacia el honor de temer, es ahora ya bastante galante para no asomar las narices.

En este momento se abre bruscamente la habitacion del señor Bodinet, y aparece este delante de los dos amigos, dirigiéndoles un saludo sumamente ligero de cabeza.

Estos se quedan estupefactos al encontrarse delante de la persona de quien hablaban, y antes de que hayan tenido tiempo de contestar á su inclinacion de cabeza, se adelanta Bodinet hácia Gaston, diciéndole con tono irónico:

—Me parece, caballero, que estais ya enteramente repuesto de vuestra indisposicion.

—Ya lo estais viendo.... os interesais acaso por mi salud?

—Sí, señor, me intereso mucho.... y vais á comprender al punto el motivo... La señorita Ernestina Danglade, ó la señorita Felicia, si preferís llamarla así.... á mí me es completamente igual... ha venido á veros á menudo durante vuestra enfermedad...

—Es muy positivo.... pero, y qué hay con eso?.... te-

neis vos que ver?.... qué os importa?...

—Probablemente me importará... Mientras que habeis estado enfermo, lo he sufrido sin decir una palabra... pero ahora, ya es diferente... Sé que desde que estais bueno vais á casa de esta señorita... y vengo á advertiros, caballero, que dejeis de visitarla, porque esas visitas me desagradan.

Los dos jóvenes se sorprenden de tal modo de la audacia de Bodinet, que por un momento no saben qué contestar. Por fin, Gaston responde;

—Y es á mí á quien decís eso?...

—Sin duda... y á quién, sinó?

—Y creeis que yo os permitiré que me hableis de ese modo?...

—Que me lo permitais ó no, ya veis que no os pido permiso.

—Pero hombre!... esto sí que es original!... esclama á su vez Alejandro: un estafador, un ratero, un miserable impostor, venirse á dar tono!... á hablar con esa impertinencia!.. un hombre de quien sabemos que ha sido capaz... Y ese dinero?... esos quinientos francos enviados al señor Loupard para pagar la pension de vuestro hijo.... os atrevereis todavía á decir que sois vos quien los habia enviado?...

Bodinet mueve la cabeza con aire burlon, diciendo:

—Pardiez!... caballero, vaya una ensarta de reconvenciones por ese dinero!... y despues de todo, que proceda de mí ó de la señorita, no es absolutamente igual?.... si el padre no puede ó no quiere pagar la pension de su hijo, no es tan sencillo como natural que la madre se encargue de hacerlo?...

—Qué habeis dicho?... esclama Gaston pálido de cólera: os atrevereis á repetir tal infamia?...

—He dicho que ese niño... ese Arístides... es hijo mio... y de la hechicera Felicia!...

Apenas Bodinet acababa de pronunciar estas palabras,

cuando Gaston le aplica tan soberano bofeton, que le hace dar una vuelta completa.

Al recobrar su equilibrio, se lanza al jóven con el puño levantado; pero Alejandro, que habia previsto su designio, se coloca delante, y asiéndole por entrambos brazos, le dice:

—Un momento, querido!... creo que la riña á puñetazos ó á zapatazos debe ser un ejercicio en que sobresaldreis como maestro; pero yo no quiero que Gaston se bata como un ganapan, como un canalla!...

—Sin embargo, es preciso que me dé una satisfaccion, murmuró Bodinet con la voz ronca de furor, ó le trato de cobarde donde quiera que le encuentre!

—No os apureis!... se os dará la satisfaccion!.... quién os ha dicho que se rehusará el combate?... pero yo quiero que se bata como se baten las personas decentes... á espada ó pistola...

—Pues bien, yo soy el ofendido... tengo derecho á elegir èl arma que me convenga!... nos batiremos á espada... aquí tengo...

—Sea la espada!... dijo Gaston.

—Gaston os honra demasiado batiéndose con vos... pero era preciso.... os ha sacudido un soberbio bofeton... lo que le aplaudo con toda mi alma... oh!.... y podeis estar seguro de que si él no lo hubiera hecho, lo hubiera hecho yo... ya veis que el bofeton era seguro de todos modos:... y por consiguiente el duelo... Con que arreglemos esto pronto, y sin gritar... no hay para qué hacer ruido.... es inútil que la casa toda se entere... cuándo quereis que se efectúe el duelo?...

—Hoy mismo.

—Son las diez y media... es ya un poco tarde...

—A las tres estaré con mis dos testigos junto al cerrillo de Saint-Chaumont...

—No, no, querido, nada de eso... habeis elegido mal sitio... ese es el punto de reunion de todos los vagamun-

dos, de todos los perdidos de las plazas... encontrariamos demasiados amigos vuestros y no seria igual la partida...

—Qué pretendeis decir?...

—Que no nos llevareis á vuestra emboscada del cerrillo de Saint-Chaumont. Eso os contraría, no es verdad?... lo siento!... A las tres estaremos en la puerta de Saint-Mandé... estamos en Marzo... el tiempo es frio y nebuloso... no habrá muchos paseantes, podremos encontrar un sitio retirado para terminar este negocio.... Estamos concluidos, señor Bodinet.

Bodinet reflexiona algunos instantes, y contesta:

—Corriente!... á las tres estaré en la puerta del bosque!

Y en seguida bajó la escalera rápidamente, y desapareció.

—Es un mal lance!... dijo Alejandro: un duelo con este canalla!... no honra á nadie!... pero era preciso... le sacudiste...

—Crees que me arrepiento?... miserable!... insultar á Felicia!... atreverse á decir... oh!.... solo con acordarme, hierve mi sangre!...

—Oh!... sí: tienes razon!... lo que ha dicho es infame!... pobre jóven!... si supiera...

—Batirme con ese hombre!... hace mucho tiempo que era mi mas ardiente deseo.

—Pues oye, se me figura que tambien él buscaba un lance... y que solo con el fin de provocarle nos estaba atisbando cuando salió... Tú tiras la espada?...

—Bastante.

—Bastante?... quisiera mejor que dijeses: «Mucho!...» En fin, tu causa es buena.... tu adversario es un ganapan... esperemos en Dios que no favorecerá á un canalla... Voy á almorzar... y tú?

—Yo voy á ver á Felicia... Escusado es decirte que no hay que hablarla una palabra de este lance...

—Ya lo creo!... tiempo habrá despues!... Yo volveré á

la una y media, á fin de que tengamos tiempo de buscar un carruage y llegar al sitio á la hora convenida....

—Te esperaré en mi cuarto.

—Y á propósito!... necesitamos todavía otro testigo... Ese individuo llevará dos, y es preciso que nosotros no seamos inferiores en número.

—Tú te encargarás de buscar uno.

—Sí, mientras ando en mis diligencias... veré á Blondeau... ó á Disillet.... no hay cuidado!.... ya encontraremos... con que hasta luego... pronto vuelvo!

Alejandro se aleja, y Gaston sube á casa de Felicia, que muy léjos de sospechar cuanto ha pasado, recibe á su amado con una dulce sonrisa y este no le habla mas que de su amor, sin dejar siquiera escapar la mas mínima palabra que pudiera hacerla adivinar que dentro de pocas horas va á esponer su vida por ella.

A la una y media vuelve Alejandro, como habia prometido, pero vuelve solo.

—Y el otro testigo?... pregunta Gaston.

—No le he encontrado, chico!... todos están de negocios. Dicen que esa es la hora de la Bolsa y que nadie se bate á esa hora... pero no te apures... he estado reflexionando... y creo que hallaremos dentro de la misma casa lo que necesitamos.

—Quién?

—Mr. Beugle!... es un escelente sugeto... estoy seguro de que se alegrará de podernos hacer este favor.

—Lo crees así?... y no irá á divulgarlo?...

—Y á quién diablo quieres que hable?... nos lo llevamos con nosotros... vamos, despachemos.

Los dos jóvenes bajan á casa del aleman gordo, que los recibe con gran amabilidad, ofreciéndoles en seguida cigarros.

—Gracias, querido vecino, contesta Alejandro: mas tarde lo fumaremos... veníamos con otro objeto... tenemos una pequeña diversion que proponeros.

—Ah!... pueno!... pueno!... una tifersion... isto gontenta á mí... y guándo?

—Al punto!... es preciso que os vengais con nosotros inmediatamente.

—Oh!... mas yo tiene brometido á la seniora Montenlair lieparla á baseo bor totos los poulefards.

—A la noche podeis pasearla... es igual.

—Ah, no!.... borgue tenemos nosotros tos gue gomer tesbues!...

—Dónde?

—Siembre en los poulefards!

—Bien!... podeis tambien comer!... volvereis á tiempo para ello... Escuchad, Mr. Beugle... no andemos con rodeos... La diversion de que hablamos es un duelo.... Gaston se bate á las tres en Saint-Mandé... nuestro adversario lleva dos testigos... nos falta á nosotros uno... y yo pensé en vos para pediros este pequeño favor... accedeis?

—Un tuelo!.... *Tarteifle!* es bara un lance te honor?... mas entonces... la muguer tebe esberar.... el honor es lo brimero... yo fa con fosotros, seniores; toto en seguida.

—Bravo!.. sois todo un hombre!.. ya estaba yo seguro!.. teneis una cara que no engaña?... teneis pistolas, Mr. Beugle?

—Oh!... sí... yo tiene tos bares.

—Pues hacedme el favor de los dos!

—Y para qué? preguntó Gaston: bien sabes que el duelo es á espada... y el otro se encargó de llevarlas.

—Eso no importa!... con gente como el señor Bodinet Dufortier de Carpentras no se debe ir jamás al terreno desprevenido.

Mr. Beugle toma sus dos pares de pistolas, entrega uno á Alejandro y guarda el otro en su bolsillo.

Dejemos á los amigos dirigirse á Saint-Mandé acompañados por Mr. Beugle, y veamos qué hacia entretanto el adversario de Gaston.

El señor Bodinet al salir de su casa se habia acercado

á su garito fuera de la barrera, donde Alejandro le encontró el dia que se le escapó de entre las manos. Allí habia visto sentados junto á una mesa y en un rincon, jugando al piquet á dos individuos que nadie hubiera querido encontrar en un camino poco frecuentado. Y no porque la ropa la tuviesen derrotada, sino porque sus caras eran de esas que trascienden desde una legua á presidio perpétuo.

El uno, alto, seco, y de un color cetrino oscuro, tenia una cuchillada en el rostro, una nariz de ave de rapiña y verdaderos ojos de mochuelo. Vestia una larga levita de color de avellana de las llamadas *propietarias*, que le bajaba hasta los tobillos, un sombrero húngaro gris, cuyas formas estaban perdidas, y un pañuelo de algodon de colores vivos por corbata.

El otro era pequeño, y muy delgado; su nariz estaba aplastada como la de un negro, y su boca estaba sujeta por las dos orejas, dejando ver cuando reia, que lo hacia á menudo, solo cuatro dientes, pero que podian muy bien figurar en la boca de un jabalí. Dos ojos verdes y contornados de rojo, daban á esta fisonomía algo satánico, y lo que aumentaba todavia mas la fealdad de este personaje era que él la echaba de buen mozo y tomaba posiciones afectadas, reia frecuentemente, y parecia en estremo satisfecho de su figura.

Este individuo tenia un paletot sumamente corto, que casi parecia una chaqueta: un pantalon á cuadros, y solo un botin; y por último, llevaba en la cabeza uno de esos sombreritos de copa redonda y alas anchas, de color de vino, como los que han tenido el mal gusto algunos elegantes de presentar en los paseos.

—Buenos dias, Gueuletard!... adics Putois!... dijo Mr. Bodinet, dando en el hombro sucesivamente á los jugadores de piquet.

Estos levantan la cara y murmuran:

—Ah!... Bodinet!... Dios te guarde!

Y continúan su partida.

—Seis puntos mas... qué te decia yo, querido?.... me faltaban cinco... has muerto!

—Cómo que te faltaban cinco!... si hace un momento no tenias mas que treinta!...

—Y no las he hecho despues?

—No, no!... tú te has apuntado de mas!...

—Vamos á ver!... jugamos en confianza, ó no?

—Señores, hacedme el favor de dejar por ahora vuestra partida de cientos, porque necesito de entrambos para un negocio serio.

—Diablo!... dijo el alto, llamado Gueuletard: habla, Bodinet... hay buena paga?

—Mejor de lo que puede imaginarse... bien sabeis que cuando yo tengo dinero, no escatimo... Para empezar, qué habeis bebido?...

—Dos botellas.

—Pues bien, yo pago el gasto!

—Bravo! me agrada el principio!

—Eso se llama ser galante, dijo el pequeño Putois, sonriendo de suerte que enseñaba sus cuatro dientes. Vamos, Bodinet: esplícanos ese negocio, y dinos *de qué* vamos á hacer.

—Señores, tengo un duelo... me bato hoy á las tres en Saint-Mandé.

—Oiga!... un duelo?... y á qué?... al trompis?... al zapato?... al palo?... ó á quien beba en menos tiempo mayor número de copas de chapurrado?... en este desafío eres temible.

—Oh!... Bodinet es tremendo bebiendo chapurrado! No sea como uno que habia apostado un dia que bebia él mas licor...

—Lo sé... llevaba diez y nueve copas bebidas... y hasta la vigésima no se apercibieron de que en lugar de licor estaba bebiendo agua.

—No se trata de eso... voy á batirme á espada!...

—A espada?... ah!... vamos, comprendo!... algun ton-

to á quien quieres dar una leccion... tendrá miedo... cuando se vea en el terreno, pedirá perdon... no querrá batirse... y se le hace aflojar... apostamos á que he acertado!

—Nada de eso... al contrario... mi adversario está muy dispuesto á batirse y no retrocederá!... solo que si el duelo se verifica, como yo no temo á nadie al florete, alimento la esperanza de atravesarle de una estocada en seguida.

—Has dicho: «Si el duelo se verifica!...» luego no es todavía cosa decidida?

—Decidida completamente, y sin ningun género de arreglo, como os lo prevengo... sin embargo, puede haber una circunstancia que impida el combate... y esta circunstancia es la que voy á buscar... no porque tenga miedo... bien sabeis que no lo conozco... pero el duelo no me produce nada... mientras que si no se verifica, tendré dinero largo... comprendeis?

—No mucho, pero no importa.

—Mientras que yo escribo una carta, procuradme un par de floretes sin boton: los tienes tú, Gueuletard?

—Los tenia... pero los *pulí* para llevar á una individua *al campo de las Remolachas*... á ese bailecillo que se dá...

—Ya, ya... dijo Putois; yo creo que podré proporcionarlos... tengo un primo que está ahora aprendiendo á tirar.... porque se va á casar con una muchacha *particular*... dice que todos los que *hayan cocos* á su muger, tendrán que batirse con él... yo le aseguro que ya le ha caido que hacer!

—Ea... pues andando.... y ponéos un poco decentes... nuestros adversarios son jóvenes y *gente de charol*....

—Y por qué diablos vas á batirte á Saint-Mandé?.... quédate en estos sitios!.... no estamos mucho mejor en el cerrillo de Saint-Chaumont?

—Esa era tambien mi idea, pero no ha habido forma de que vinieran los otros... todo ello, sin embargo, importa poco en no verificándose el duelo... pero si por una casualidad tenemos que hacer uso de las armas, mi adversario

puede recibir una estocada lo mismo en Saint-Mandé que en cualquiera otra parte... Id pronto, y venid á reuniros á mí dentro de una hora... nos iremos dando un paseo.

—Sí... y refrescarémos por el camino... je, je, je... yo! yo necesito refrescos!

Y diciendo esto, se aleja Putois colgado del brazo de Gueuletard.

Mr. Bodinet pide avíos de escribir, y medita profundamente antes de tomar la pluma. Por fin, arreglado ya su plan, escribe lo siguiente:

—«Señorita, á las tres debo batirme en Saint-Mandé con Gaston; no creo que necesito deciros que vos sois la causa de este duelo. Os advierto que soy un tirador de primera, y que mi adversario es hombre muerto: si quereis evitar este combate, podeis hacerlo hallándoos á las dos en la primera taberna que está en el camino real, poco antes de la puerta del bosque de Saint-Mandé. Llevadme la suma que os pedí la otra noche, y entonces en lugar de presentarme en el sitio del desafío, parto inmediatamente para Bélgica y no me volvereis á ver mas. Hasta las dos... decidíos. Os besa los piés

Dufortier.»

Despues de haber firmado, cierra la carta y llama al chiquillo que está de criado en el establecimiento.

—No tienes tú un hermano que hace mandados?

—Sí, señor.

—Dicen que es listo!

—Ya lo creo... Deslizaria un billete á una señorita, en las barbas de su padre, de su madre, de sus tios y de sus tias, que se quedarian completamente á oscuras.... nadie desconfia de él, porque aunque tiene quince años, es tan pequeño que parece que no tiene mas de diez.

—Sabes dónde está? Puedes hacerlo venir?

—Sí... debe estar ocupado en jugar al chito aqui cer-

ca... oh!... el chito es su pasion... y juega mucho.

—Pues vé á buscarle.

Pasa una media hora, y al fin parece el chicuelo.

—Mucho has tardado en venir! dice Mr. Bodinet.

—Cáspita!.... estaba jugando al chito.... y tenia que ganar...

—Quieres tomar veinte sueldos?...

—Ya lo creo!

—Aquí tienes una carta que hay que llevar á la señorita Felicia, en el arrabal Montmartre: escritas van las señas. Darás esta carta á la portera, diciéndola que es urgente y que es preciso qne se la entregue al punto á esta señorita. Si la subieras tú, tal vez no la recibiria. Cuando estés cierto de que la carta está en poder de la persona á quien va dirigida, puedes marcharte. Si quedo contento de tí, mañana te daré otros veinte sueldos... ahora, toma estos.

—Gracias, mi amo!... no tengais cuidado, que la señorita recibirá el billete.

Apenas ha salido el muchacho, cuando vuelven los *señores* Gueuletard y Putois. El primero trae debajo de la levita un par de floretes.

—Ya estamos aquí, dice Putois riéndose: mal negocío haria el que viniera ahora á tocarnos.... estamos armados hasta los dientes... Gueuletard trae los floretes y una pistola de arzon en el bolsillo... yo traigo un par de cachorrillos que no han faltado ni una vez... creo que noestán de más... qué diablo!... no sabe uno lo que puede sobrevenir...

—Sí, sí... habeis hecho bien!... Y vienen cargados?

—Hasta la boca.

—Dame uno de esos cachorrillos.

—Tómale.

—Ah!.. esto es peor que los *revolvers!*.. con esos son seis tiros seguidos, y no es posible que se deje de matar al individuo.... decididamente para saber *despabilar* enemigos estamos todavía á *oscuras*... los americanos lo entienden

mejor que nosotros!... allí es donde se verifican esos duelos que parecen fabulosos.

—Hombre!... paciencia!... qué diablo!... con el *progreso de las luces*, ya llegaremos nosotros tambien.

—En marcha, señores.

Bodinet y sus dos testigos siguen los baluartes esteriores: llegan á la barrera del Trono, suben la calle Vincennes, y están á la una y media en la puerta del bosque de Saint-Mandé. Pero en lugar de entrar en la fonda de la esquina, Bodinet conduce á sus dos compañeros á una sucia y fea taberna, á cincuenta pasos de aquel sitio. Pide vino y se sienta á la mesa con sus dignos amigos.

—Es aquí donde han de venir á reunirse á tí tus adversarios y sus testigos? dice Gueuletard.

—No... debemos ir á la entrada del bosque... pero esta ventana dá al camino y los veremos pasar sin que ellos nos vean... por si mi idea...

—Pero cuál es esa idea?

—Voy á esplicárosla... bebamos primero!...

—Sí, sí... refresquemos!... *remojaremos la palabra*!.... dice el hombre del sombrero húngaro: así se habla mejor... se bate mejor con un poco de vino.,... je, je!... y este no es malejo!

Despues de haber llenado y desocupado los vasos, despues de haber brindado y bebido todavía mas vino, se tranquilizan un poco al fin, y Bodinet se esplica de este modo:

—Sabed, pues, que en el fondo de todo este negocio hay una muger... una muger... soltera todavía y sobrenaturalmente bonita... pero vosotros me conoceis demasiado para no suponer que doy este paso por amor.

—Ah, sí!... te hacemos esta justicia!...

—Está bien!... qué demonio!... los amores son para los tontos, ó para los que no tienen nada que hacer!... yo en estas cosas solo atiendo á lo positivo.... ó para decirlo mejor, *al conquibus*..... y la tal señorita lo tiene!.... pues yo habia formado sobre esto un plan que no se

habia realizado sino á medias... es una historia completa que os contaré otro dia... delante de un pedazo de salchichon... todo cuanto en este momento puedo deciros, es que mi adversario está ciegamente enamorado de la jóven en cuestion... y que se bate por ella... Como estoy persuadido de que él no la habrá contado una palabra... y como por otra parte estoy convencido de que á la muchacha no la es indiferente este individuo, qué he hecho? he escrito á la bella... la he dicho que á las tres iba á atravesar á su amante de parte á parte... y he añadido: «Si temeis por su vida, si no quereis que este duelo se verifique, halláos á las dos en tal taberna...» y la he indicado esta... «y traedme la suma que os pedí la otra noche... Entonces, en lugar de presentarme en el terreno... me eclipso, y no me volvereis á ver mas...» Vamos, qué opinais de esta estratagema?

—Superiormente concebida... y cuánto dinero has pedido por eso?

—Oh!... la cantidad es gordita!... pero yo conozco los medios de que esa jóven dispone, y sé que puede procurársela.

—Entonces, de seguro viene... cuando las mugeres están enamoradas, no hacen caso del dinero.

—Esa es tambien mi opinion, y en ese caso el duelo no se verifica... casi casi no vale la pena de haberse traido los floretes.

—Nunca está demás la prevencion, por mas de que yo creo igualmente que no llegará el caso de que sean precisos.

—Pero esperamos que te mostrarás generoso... no serás tacaño con los amigos!...

—Descuidad, que quedareis contentos de mí!.... En cuanto tenga en mi poder *el unto*, vamos *á correrla* en grande.

—Bravo!... mientras tanto, *remojemos*.

—Bebamos, sí... qué hora es?

—Cerca de las dos.

—Esa señorita no tardará en llegar.... naturalmente vendrá en carruage...

—No apartaremos la vista del camino... ahora este sitio está bastante solo... y podemos verla desde léjos...

—Bebamos, bebamos!

Bodinet y sus amigos beben brindando, y ya se preguntan dónde irán á celebrar su primer festin.

En esto dan las dos.

—Me sorprende que esa señorita no esté todavía aquí!... dice Bodinet mirando por la ventana: yo creia que se hubiera apresurado mas.

—Algunas veces tarda uno aunque no quiera... no hay carruages en las plazas... ó son caballos que andan como los cangrejos... esa es una de las cosas en que estamos lastimosamente atrasados.

—Paciencia!...: ella vendrá!...

—Yo la he indicado perfectamente el sitio... no puede equivocarse.

—Y lo que es por el camino, lo mas pequeño que viniera se divisaria desde aquí.

—Quién sabe si habrá tenido que emplear algun tiempo en procurarse el dinero?

—No...debe tenerlo consigo!.. estoy seguro que no gasta todas las rentas de que vive.

Pasa otro cuarto de hora. La fisonomía de Mr. Bodinet se oscurece; los dos amigos van cesando en sus proyectos de broma. Continúan bebiendo, pero se van haciendo menos habladores. A cada instante se asoman á la ventana. Desde el momento que se apercibe un vehículo á lo léjos, Putois es el primero que esclama:

—Ahí está la muchacha!

Pero cuando el objeto se aproxima, reconocen que no es un coche, y las esperanzas se desvanecen.

Suenan las dos y media, y Bodinet da una patada en el suelo con cólera, diciendo:

—No vendrá!... mal rayo!... oh!... las mugeres!... no se puede contar con ellas para nada!... son indignas veletas!...

—Hombre, todavia no hay que desesperarse! dice Gueuletard: quién sabe lo que puede haber ocasionado su tardanza?... puede haberse equivocado en la hora.... todos los relojes no marchan iguales.

—No, no... si hubiera de venir, hace ya tiempo que estaria aquí.

—Entonces será que quiere mas su dinero que al jóven... pues mira, si es así, dá pruebas de ser chica de talento.

—No sé qué pensar!... no lo comprendo!.... y no hay que darle vueltas... no viene.

Diciendo esto, no dejaba sin embargo Bodinet de dar vueltas asomándose á la ventana, con la esperanza de ver llegar á Felicia, aun cuando fuera tarde.

A las tres menos cuarto y algunos minutos ven al fin aparecer un carruaje á lo léjos.

—Ahora sí que es un coche!.... esclama Putois frotándose las manos... ahí está tu princesa!

El carruaje avanza, pero solo contiene tres hombres.

Bodinet frunce el entrecejo, murmurando:

—Es mi adversario y sus testigos!... Vamos!... rayo de Dios!... al fin hay que batirse!... peor para mi rival!... estoy furioso!... bien puede defenderse con cuidado!... le voy á matar como un pollo!... Veamos los floretes... bien... son ligeritos!... una... dos... á fondo!... perfectamente!... vamos!... en marcha!... no nos hagamos esperar!...

Gaston, Alejandro y Mr. Beugle habian dejado su carruaje á la entrada del bosque. Al ver salir los tres hombres de la taberna, esclama Alejandro.

—Qué especie de testigos son esos?... parecen escapados de presidio!... no se podia esperar otra cosa de Mr. Dufortier de Carpentras!

—Oh!... tecís pien!... istos seniores están pien malamente pestidos!...

—Creo que hemos hecho perfectamente en tomar las pistolas.

Bodinet se adelanta con sus compañeros, que hacen un gesto al ver al aleman y observar su estatura colosal. No se saludan, sino que se entran por el bosque en silencio.

El tiempo estaba nebuloso y frio: no encontrándose á nadie, Gaston se detiene al fin, diciendo:

—Creo que estamos bien aquí.

—Sea; dice Bodinet: Gueuletard, trae los floretes.

—Quitáos la levita, caballero! dice Gaston despojándose de su frac.

—Ah!.... os gusta batiros en mangas de camisa? lo mismo dá.

Mientras que Mr. Bodinet se quita el paletot, Alejandro examina los floretes, y el hombrecillo del sombrero húngaro mira á todos lados si viene alguna persona.

Los dos adversarios se ponen en guardia. El combate se traba con impetuosidad por parte de Gaston, con frialdad calculada por parte de Bodinet, pero no es largo: despues de algunas estocadas tiradas y paradas, Gaston, que se ha dejado imprudentemente ir á fondo, recibe una terrible estocada en el costado.

Una sonrisa de triunfo se escapa á Bodinet, que esclama:

—Creo que ya teneis lo que necesitais.

Gaston quiere continuar la lid, pero le faltan las fuerzas y cae en los brazos de Alejandro que se adelanta á recibirle.

—Y vosotros, señores testigos, no quereis divertiros?... dice Bodinet blandiendo el florete: si quereis, estoy completamente descansado y dispuesto á empezar de nuevo.

—O sinó podian divertirse con nosotros un ratito! dijo Gueuletard sacando de su bolsillo una enorme pistola, mientras que Putois se echa á reir enseñando la suya.

Pero antes de que Alejandro, que está sosteniendo á Gaston, haya tenido tiempo de meter la mano en su bolsi-

llo, saca Mr. Beugle de los suyos el par de pistolas que lleva, y tomando una en cada mano, las dirige á Bodinet y á su amigo apuntando hácia ellos y diciendo:

—Ah! *tarteifle!*... seniores, gomo fosotros no tesalojeis el gampo bronto, bronto, yo fos mata gomo sarnosos berros!

Los testigos de Bodinet, que no esperaban esta contestacion, y veian en los ojos del aleman que estaba decidido á efectuar sus amenazas, no juzgaron conveniente renovar sus proposiciones, y á una señal de Bodinet guardan sus armas y desaparecen en seguida con él internándose en el bosque.

—Ahora, dijo Alejandro, vamos á trasportar al carruaje al pobre Gaston.

—Oh, sí!... tecis pien!... pamos á sufirle los tos!... isto jófen es pien boco besado.

—Pobre amigo mio!... esperemos sin embargo que la herida no será grave.

—No... no... no será nada!.. balbuceó el herido, pero no la digais que ha sido por ella!... que me he batido por su causa!... esto la disgustaria... decidla mas bien... que...

Pero no pudo decir mas; pierde el sentido, y Alejandro esclama en un arranque de desesperacion:

—Voto al sol!... y esto es justicia? Dios estará hoy de paseo.

XLIII.

UNA EQUIVOCACION.

Cuando se desea que una comision sea evacuada pronto y puntualmente, no se debe emplear en ella á esos pilluelos que solo piensan en jugar al chito.

El chico á quien Mr. Bodinet habia confiado la carta que dirigia á Felicia, al salir de la taberna se habia encontrado con varios camaradas. Estos le habian propuesto una partida; tenia veinte sueldos en el bolsillo, que acababa de recibir de Bodinet, y habia aceptado gozoso, diciendo:

—Bueno!.. juego la partida, la revancha y *la moza*, y nada mas. Tengo luego mucho que hacer.

Y empiezan á jugar.

El chito tiene la ventaja de que los aficionados pueden llevarle en el bolsillo siempre, y la primera plaza que se presenta es buena para instalarse.

Pero el mandadero habia perdido las tres partidas propuestas, é irritado contra la suerte, concluida la cantidad de veinte sueldos, habia empezado de nuevo y continuado para buscar el desquite.

Por último, los que ganaban se negaron á jugar con un individuo que ya no tenia dinero, y entonces fué cuando puso en práctica la comision que se le habia encargado.

Cuando tuvo este feliz recuerdo eran ya mas de las tres.

Desde que Gaston se habia restablecido, se habia habituado Felicia á verle durante una gran parte del dia, y la velada. En la mañana misma del duelo, el jóven fué á visitar á su vecina, como siempre, pero preocupado con el lance que en breve iba á tener lugar, y temiendo hacer esperar á Alejandro, se habia separado de Felicia mas temprano que de costumbre, y cuando ella le habia dicho: «Hasta la noche!...» la habia respondido: «Sí!» de un modo tan particular, que la jóven creyó observar en él una distraccion que no era natural.

Las mugeres tienen tan buena vista cuando se les oculta algo, que es muy difícil á un hombre engañar á la que no quiere que la engañen.

Despues que Gaston dejó á Felicia, empezó á recordar varias circunstancias que la llamaron la atencion; y no viéndole volver á su casa, á eso de las tres y media habia bajado para informarse de si habia vuelto, y estaba inquieta sin saber por qué; despues de haber llamado inútilmente en casa de Gaston, Felicia se disponia ya á subir á su cuarto cuando la señora Montenlair, que estaba ataviada, como suele decirse, *de tiros largos*, habia abierto su puerta y salido al pasillo, esclamando:

—Es estraordinario!.... no comprendo una palabra!.... un hombre que generalmente es tan exacto como un reloj de sol... me hace esperar desde las dos.... y han dado ya las tres y media!... qué decis de esto, señorita?

—A quién esperais, señora?

—Qué!... no lo adivinais?... al tiernísimo Mr. Beugle... esclama sentimentalmente, que me adora como un verdadero Werther... qué tal os parece!.. Debia venir á bus-

carme á las dos para acompañarme á pasear á los boulevards... ya veis... estoy vestida... como que le estoy esperando!.... no vendrá tal vez?... calla!.... yo le prometo desquitarme.

—Pues el tiempo no está muy bueno para paseo.

—Hace acaso mal tiempo nunca para los enamorados?... Además, se os figura que los carruajes no se han inventado para que no vayan á pié los que tienen proporcion?... me hubiera alegrado estraordinariamente de pasear en ellos... no conozco todavía ese cabriolé que se parece á un cacis... es menos peligroso para las señoras que los carruajes cerrados... Cá!... y no parece!.. estaba por llamar á su casa!... qué os parece, señorita?

—Señora, vos debeis saber mejor que yo lo que habeis de hacer.

—Ese Mr. Beugle es capaz de haberse dormido fumando!... muchas veces le sucede!... Tanto peor para él!... yo voy... me decido á llamar en su casa... al cabo es soltero... dueño de su voluntad, libre, y yo tambien.

La señora Montenlair baja en efecto al tercer piso, llama en casa de Mr. Beugle; la señorita Krettly abre, hace un gesto al reconocer á la señora á quien acompaña su amo hace algun tiempo, se siente hasta con deseo de enseñarla la lengua, pero se contenta con recibirla en su casa.

—Tened la bondad de decir á Mr. Beugle que le estoy esperando hace ya un gran rato. Sin duda habrá olvidado la cita que me ha dado... se ha dormido quizás?... ó es que todavía no se ha vestido para salir?

A todas estas preguntas que Mad. Montenlair ensarta con estremada curiosidad, la criada responde con aire regañon:

—Durmiendo mi amo!... yo no sé si os ha dado alguna cita... él á lo menos no me ha hablado de tal cosa..... pero por su cuenta, ó no se acordaba, ó no pensaba en eso; lo que sí puedo deciros, es que ha salido hace ya mas de dos horas.

—Que ha salido?... y cuando yo le estoy esperando!... eso no es cierto... es imposible.

—Cómo que no es cierto?... sabeis, señora, que sois muy política?

—Vos me negais á vuestro amo... me lo ocultais.

—Ocultarlo?... seria menester para eso que estuviera yo doble gorda de lo que estoy.

—Vaya, Krettly... he dicho mal... soy demasiado viva de genio... pero toda vez que Mr. Beugle ha salido, os habrá dejado algun aviso para mí!...

—No me ha dicho una palabra... El señor Gaston y el señor Alejandro vinieron á buscarle... y salió con ellos en carruaje.

—Con mis jóvenes vecinos?... ah pícaros!.. habrán venido á pervertírmelo... Dios sabe dónde le llevarán!... Y ese grandísimo picaron de Alejandro será el que habrá ocasionado todo esto.... Y decís que estuvieron á buscarle?...

—Oh, sí!... necesitaban llevársele.... ha ido con ellos muy contento... y como ya estaba vestido...

—Estaba ya vestido?... y ese coqueton no os ha dicho una palabra para mí?

—Nada absolutamente... Ah!... ahora me acuerdo de una cosa que me ha sorprendido mucho por cierto.

—Decidla, Krettly, decidla... ya que habeis empezado, no temais clavar el puñal!...

—No se trata de puñal!... es su caja de pistolas lo que buscó!... tomó las armas que estaban dentro, se las metió en el bolsillo... y otro par de pistolas que tiene en su escribanía se lo dió al señor Alejandro.

—Ay Dios mio! qué es lo que me estais diciendo, Krettly?... eso ya cambia de aspecto!.... entonces se trata de un duelo.. Mr. Beugle ha ido á batirse... tal vez por mí... no hay duda... probablemente este lance será con el señor Filoséles!... Ah!... querido Beugle!... infame Filoséles!.... esponer su vida por mí!... es esactamente como en el tiem-

po que yo estaba en Bordeaux!... cuántas veces se han batido por mí!... en aquel tiempo, eso me divertia... pero hoy me toco de los nervios. Ah desgraciada!.. por qué me aman tanto?... *Ay infeliz de la que nace hermosa!*

Y la señora Montenlair sube al lado de Felicia, gritando de manera que la oigan en toda la casa:

—Es un duelo, vecinita... Mr. Beugle ha ido á batirse por mí... vuestros vecinos el señor Gaston y el señor Alejandro son sin duda los testigos!...

—Cómo, señora!.. el señor Gaston ha ido con el señor Beugle?...

—Sí, hija mia; no oís lo que os digo?.. han ido los dos á buscarle... todos llevan su par de pistolas en los bolsillos... Mr. Beugle se bate por mí con un miserable, Felicia.

—No es posible! murmura Mariquita que ha salido á su puerta: está demasiado gordo y es muy cachazudo ese aleman para ponerse á batir.

—Cá!... habrán ido á tirar al blanco con muñecos de yeso, añade Ceferina.

—Pero, qué hacer, Dios mio?.. esclama Rosinita abriendo los brazos; á qué sitio podré dirigirme para arrojarme en medio de los combatientes?..

La presencia de la conserje interrumpió los clamores de esta señora; la portera subia con una carta en la mano.

—Ah!... aquí hay noticia!... esclama Mad. Montenlair; apuesto á que esa nueva es para mí.

—No, señora; un mandadero... chiquillo... la acaba de traer, encargándome que se la entregue al punto á la señorita Felicia.

—A mí?.. dice Felicia tomando la carta.

—Leed, leed!... dice la ex-actriz con impaciencia: tal vez serán noticias de Beugle!.. tal vez el desgraciado no estará en estado de escribir!..

Felicia abre la carta y se estremece al reconocer la letra: despues de leer, su rostro se cubre de una mortal pa-

lidez, y apenas puede balbucear, dirigiéndose á la portera:

—Dios mio!... esta carta... me dicen en ella que vaya á un sitio á las dos!... y decís que acaban de traerla?

—En este mismo instante.

—Dónde está el portador?

—Oh! el chicuelo se marchó en seguida sin esperar mas respuesta.

—Se trata del duelo, no es verdad?... pregunta Mad. Montenlair.

—Del duelo!... sí, señora... pero, cómo impedirlo ya?.. estar á las dos en la puerta de Saint-Mandé?...

—Eso es imposible!... si son ya mas de las cuatro!...

—Dios mio!... y ese horrible combate debia verificarse á las tres!... no importa!... es preciso partir... es preciso que vaya en seguida donde me dicen.

—Es el señor Gaston quien os escribe?

—Gaston?.., ay!... no señora!... él no me ha dicho nada... me ha ocultado que se batia... yo no le hubiera dejado ir... Ah!... qué desgraciada soy!.. y por mi causa...

—Vos?... cómo... no es por mí?... Mr. Beugle se bate por vos?...

—Oh!.., no señora... no es Mr. Beugle, es Gaston el que se bate.

—Es el señor Gaston?.. y no es por mí?.. pero entonces por qué Mr. Beugle ha ido allá?... á qué se mete en estos *belenes*... en lugar de acompañarme á paseo?.... Es igual, hija mia!... yo iré con vos á separar á los combatientes.

Felicia no escucha á la señora Montenlair. Desolada, loca, se dispone á partir, cuando la señorita Amanda grita desde abajo:

—Tia, tia! bajad aprisa!... hay aquí un carruaje que trae á un vecino de la casa herido.

—Dios mio!... es él!.... esclama Felicia bajando precipitadamente la escalera.

Todos la siguen.

Era en efecto Gaston: Alejandro y Mr. Beugle le sacaron del coche y ya trataban de subirle á su cuarto cuando todos llegan.

De todos lados se oye gritar, y como es natural, en este caso las personas á quienes interesa menos, gritan mas fuerte:

—Es el señor Gaston!...

—Está herido!...

—Pobre jóven!...

—Qué pálido está!

—Está moribundo!

—Tal vez haya muerto!...

—Eh!... no... rayo de Dios! gritó Alejandro con una voz estentórea que domina todas las demás: no está muerto... la herida no es de muerte!... curará... pero, por las barbas de San Pedro!... si chillan de ese modo junto á sus oidos, antes de curarse, se va á quedar sordo!... Vamos, sitio!... á un lado!

Gaston, á quien el dolor hace entreabrir los ojos, distingue á Felicia y trata de sonreirse, diciendo:

—Esto no será nada!...

—Estais seguro de que la herida no será grave? pregunta Felicia con los ojos bañados en lágrimas.

—Oh! sí, si!... dice Mr. Beugle: es tecir... yo no sape pien gomo será... mas el mético lo tirá tesbues que le jaya fisto!

El herido es trasportado á su cuarto, acostado en su cama, y mientras viene un cirujano á quien se ha mandado buscar, sube el doctor Urtuby á ver á Gaston, examina la herida, y dice:

—No creo que el arma haya interesado nada esencial... sin embargo, las heridas del florete son siempre malas.... estos jóvenes son locos!... no valiera infinitamente mas tocar el violin?...

Por fin, llega el cirujano, que es un hombre esperto y no se ocupa de la música.



V. Urrabieta, dib.º y litº.

Lit. de S. Gonzalez, S. Clara 8, Madrid.

Eh señores! no está muerto¡ grita Alejandro dominando con su voz las voces de todos.

Felicia, Alejandro y el buen aleman se interesan por Gaston, esperando con gran ansiedad sus palabras.

—Curará!... respondo de él!... dice el facultativo: pero puedo decir que escapa de milagro... con que la herida se hubiera inclinado algunas líneas mas á la derecha, su muerte era segura... mas ahora, lo repito, sanará.

Estas palabras vuelven la vida á la que conocia el motivo del combate, y que no hubiera podido perdonarse á sí misma el haber causado la muerte de Gaston. Alejandro da un grito de alegría, y en su entusiasmo agarra á Mr. Beugle por la cintura y le hace dar una vuelta de wals. La señora Montenlair se limpia los ojos diciendo por lo bajo á Mr. Beugle:

—Qué imprudente sois!... por qué os mezclais en estos duelos?

El aleman se contenta con responder:

—Oh!.... yo... no mi fastitia!.... isto no fastitia á mí ya!

La sobrina de la portera va diciendo á todas las criadas de la casa que el señor Gaston sanará, y esta noticia alegra todo el mundo, porque Gaston es guapo, amable, y sabe hacerse querer de cuantos le conocen. La curacion del herido dependia solo de que se le cuidase bien y asiduamente. Felicia se instala á su lado y quiere absolutamente constituirse en su enfermera. No la importa nada al presente las murmuraciones, porque nunca cree que hará bastante por el que ha espuesto su vida por su causa.

Por otra parte, la jóven ya no hacia un misterio de su amor á Gaston.

Al cabo de tres dias, ya Gaston se sentia suficientemente restablecido para espresar su reconocimiento á la que no se habia separado de él ni un momento desde que estaba herido; porque Felicia no habia querido descansar ni confiar á nadie el cuidado de su amante. La señora Montenlair, Alejandro y Mr. Beugle se habian ofrecido en vano para reemplazarla; no queria alejarse del enfermo

hasta tanto qué estuviese cierta de que se hallaba ya fuera de peligro.

Mientras que Gaston descansaba, Felicia habia rogado á Alejandro varias veces que la dijera lo que habia motivado el duelo de su amigo y Bodinet; pero Alejandro se habia limitado siempre á responderla:

—Ya os contaremos eso mas tarde.... no fué mas que una habladuría infame de ese bribon Dufortier, de ese pillastre tan consumado; no debe sorprenderos... pero ya era demasiado...

Felicia no se atrevia á insistir, y sin embargo la devoraba la impaciencia de saberlo todo.

Desde que se habia dedicado á velar á Gaston, no habia ido á casa del señor Loupard; no habia vuelto á abrazar á Arístides, al cual siempre llevaba alguna golosina; pero aun cuando no haya bajado, ha sabido del niño por el maestro de escuela, que al punto que supo la ocurrencia de Gaston se habia apresurado á venir á informarse de su estado.

—Y vuestro inquilino?... preguntó un dia Alejandro á la señora Ador; dónde anda ese respetable señor Dufortier Bodinet de Carpentras?... Le habeis vuelto á ver desde el dia que se batió con Gaston?

—No, señor... no le he vuelto á ver... yo creo que no ha vuelto á casa ni aun á dormir.

—Así lo creo... y es mas, que ni volverá!

—Afortunadamente, tiene ahí sus muebles que responderán del alquiler.... porque, aunque tiene pocos, en cambio trajo en unas espuertas grandes mucha ropa blanca.

—Yo no sé lo que tendria, señora Ador; pero desde ahora me atrevia á apostar que no alcanza á pagar el mes vencido.

Pasa el noveno dia; Gaston continúa perfectamente; Felicia ya algunas veces le deja solo, y entonces corre á casa del señor Loupard á abrazar á Arístides, á llevarle mil

juguetes y chucherías, y se aleja, siempre recomendando al buen profesor el mas absoluto silencio respecto de sus visitas.

Era el décimo dia. Felicia llegaba de ver á Arístides y volvia al lado de Gaston, que ya podia levantarse, y se habia instalado en un gran sillon. Mr. Beugle y Mad. Montenlair habian venido á visitar al convaleciente, cuando el célebre Alejandro llegó tambien á completar la reunion.

—Sabeis, dijo Gaston, que me felicito por haber sido herido?

—Cómo!..

—Sí, porque esta circunstancia me ha valido los mas tiernos cuidados de la muger que adoro... y las mas cariñosas muestras de amistad y deferencia por parte de todos vosotros.

—No hay nada en eso que deba sorprenderos, repuso Mad. Montenlair; nada mas natural que el que se interesen por vos... pero tendria yo gusto en saber lo que pudo promover ese duelo entre vos y el señor Carpentras... He preguntado varias veces á Mr. Beugle sobre esto, y se limita á contestarme que no se ha fastidiado.

—Oh!.. es que yo no sape mas!

—Yo tambien, balbuceó Felicia, he preguntado algunas veces al señor Alejandro la causa de este duelo... y no ha querido decírmela!

—Pues bien, querida Felicia, interrumpe Gaston: yo os lo diré todo, porque cuantos os conocemos estamos convencidos de que las calumnias de Mr. Bodinet no pueden heriros en lo mas mínimo; además, ni yo podia ni debia consentir tan indecentes suposiciones ni mucho menos dejarlas sin correctivo. Sabed que aquel dia estaba Alejandro reprendiéndole la ratería que habia verificado con el señor Loupard cuando fué á decirle que él habia sido quien le envió los quinientos francos, suma que ya habíais convenido con nosotros que procedia de vos, cuando este individuo contestó con la mayor insolencia: «Vaya unas recri-

minaciones por este dinero! que proceda de mí ó de la señorita Felicia, no es exactamente lo mismo? si el padre no quiere ó no puede pagar la pension. de su hijo, no es lo mas natural que la madre se encargue de ello?»

—Miserable!... esclamó Mad. Montenlair.

Felicia nada dijo, pero palideció mortalmente y sus ojos se cerraron.

—Dios mio!... se pone mala!... dijo Gaston: he hecho mal en contarla estas infamias.

—Es la cólera... la indignacion!.... contestó la exactriz.

—No hay cuidado... pasará!... dijo Alejandro haciendo respirar á Felicia el contenido de un frasco.

En efecto, á los pocos momentos empieza á abrir los ojos la interesante jóven y los eleva al cielo como para pedirle valor.

—Mi amada Felicia, dice Gaston: no os afecteis de ese modo!... olvidad la infamia de ese malvado: todos estamos convencidos de que es una indigna y cobarde mentira.

—No, ese hombre no ha mentido!... murmura la jóven: cuanto ha dicho es verdad!... yo soy la madre de Arístides.

La consternacion se pinta en todos los semblantes: Gaston baja los ojos y parece aterrado con esta revelacion; pero Felicia continúa despues de tomar aliento:

—Sí, yo soy la madre de Arístides, y sin embargo no soy culpable... no tengo faltas ni ligereza ninguna que reprocharme... vais á conocer este secreto que hace mucho tiempo pesa sobre mi existencia: á mis mas puras alegrías se han mezclado siempre pensamientos de tormentos y tristezas... Tal vez lo hubiera confiado á Gaston que me ofrecia el título de esposa suya... pero siempre he vacilado, porque... hay crímenes que, aunque sea una inocente de ellos, hacen ruborizarse de haber sido víctima.... Hoy ya no debo ocultaros nada... señora... y á vosotros tambien, señores... os he dicho que era la madre de Arístides... es preciso que sepais cómo ha sido esto... escuchadme, pues, y juzgad.

XLIV.

HISTORIA DE FELICIA.

«A la edad de quince años y medio tuve la desgracia de perder á mi padre: mi madre habia muerto al darme á luz.»

«Me encontré, pues, muy jóven todavía, y sola en París, con cerca de tres mil francos de renta que mi padre me habia dejado; pero tenia una hermana de siete ú ocho años mayor que él, y que habitaba en las cercanías de Grenoble.»

«Esta hermana permanecia soltera, y á consecuencia de una acertada intervencion de sus fondos, poseia de ocho á nueve mil francos de renta.»

«Mi padre me habia dicho muchas veces: «Mi hermana Ursula economiza para tí; algun dia serás su única heredera, y si yo llegase á morir, antes de haberte casado, te seria preciso ir al lado de esa buena tia que tanto te ama, y que en todas sus cartas me manifiesta el mas vivo interés en conocerte.»

«Seguí, pues, las órdenes de mi padre, y en breve me hallé en casa de mi tia, escelente muger que me recibió y trató como si fuera su hija.»

«La señora Danglade habitaba una linda casita que estaba á un cuarto de legua de Grenoble. Además del cuerpo principal del edificio, que era bastante grande, habia á la entrada del jardin un bonito pabelloncito, y un piso alto, desde donde se dominaba una gran estension del jardin.»

«Esta vista era magnífica y yo no me cansaba de admirarla; generalmente junto á esta ventana me sentaba yo á ver trabajar, cuando un dia me dijo mi tia:»

«Querida Ernestina, puesto que tanto te agrada el pabelloncito, voy á destinarle para que habites en él, y de esa suerte no tendrás necesidad de llevar allí todos los dias tus libros y tu labor. Antonia dormirá en el piso bajo, á fin de que no estés sola.»

«Acepté con gusto la proposicion de mi tia, y á los dos dias me hallé instalada en el pabellon.»

«Las personas que á mi llegada hallé en casa de mi tia solo eran tres: ella, su criada Antonia, buena y gruesa aldeana de unos treinta años, cuyo solo placer era dormir, y el jardinero, hombre de sesenta años, que servia tambien de conserje y no le gustaba mas que beber.»

«Perdonadme que entre en todos estos detalles, pero es forzoso que conozcais toda nuestra servidumbre.»

«Para mugeres solas, nuestra morada, bastante separada de las casas de campo del contorno, no era quizás una habitacion muy segura; pero en el pais no se oia hablar de ladrones, y así nos paseábamos á todas horas y á menudo por los campos sin tener malos encuentros.»

«Hacia seis meses que estaba en casa de mi tia, cuando se presentó allí Mr. Dufortier provisto de una carta de recomendacion, suponiendo ser corredor de vinos, y ofreciendo sus servicios á la buena señora.»

«Mi tia le hizo presente que no necesitaba vinos, y en-

tonces este señor la dijo que tambien era arquitecto: examinando la casa, la encontró grietas, paredes desniveladas, y aseguró que necesitaba reparaciones urgentes, y se ofreció á dirigirlas gratis.»

«Mi tia, que era demasiado confiada, creyó ciegamente cuanto la decia este señor, bien agena de sospechar en él un intrigante que solo buscaba el estar en la casa mantenido y bien tratado; yo, al contrario, no sé por qué, sentí un impulso de repugnancia y disgusto hácia él desde el momento en que le ví. El hacia por agradarme, sin embargo, pero todos sus esfuerzos no lograban inspirarme mas que una aversion creciente de que yo misma no me podia dar razon. No parece sino que adivinaba que el conocimiento de este hombre me habia de ser fatal.»

«Mi tia emprendió en su casa la reparacion que le habia aconsejado el tal Dufortier, y esto le proporcionó á él ocasion de venirnos á ver frecuentemente.»

«Hacia por parecer amable, servicial, útil, pero pronto me apercibí de que este hombre me miraba de un modo singular: veia brillar en sus ojos un fuego que me espantaba.»

«Evité cuanto pude encontrarme con él; mas un dia, habiéndome sorprendido sola en el jardin, no temió dirigirme una brusca declaracion de amor, á la cual contesté echándome á reir.»

«Mr. Dufortier tenia entonces cuarenta años cumplidos, y yo apenas contaba diez y seis; un novio de su edad me parecia una solemne anomalía.»

—«No os ofendais de mi amor, señorita, me dijo: os lo declaro con miras honradas, aspiro al dulce título de esposo vuestro, solicito vuestra mano con vuestro corazon.»

—«Caballero, le contesté, no obtendreis ni una cosa ni otra... no os amo ni podré amaros nunca... por consiguiente, debeis renunciar á toda esperanza... no seré jamás esposa vuestra.»

—«Lo veremos, dijo entonces: tal vez vuestra tia os ha-

ga cambiar de resolucion.»

«Creeis que á pesar de mi negativa tan francamente formulada, tuvo este miserable la audacia de ir á pedir mi mano á mi tia?»

«Afortunadamente, esta me conocia mas que él, y léjos de obtener el resultado que esperaba, disminuyó mucho la confianza que tenia en él mi tia.»

«Yo por mi posicion debia tener un buen partido: poseia ya tres mil francos de rénta, y mi tia me daba cien mil de dote, dejándome por única heredera en su testamento. Mr. Dufortier lo sabia, porque esto no era un misterio en el pais, y al solicitar mi mano, no pretendia en ello mas que mis riquezas.»

«Mi buena tia se decidió á tomar informes sobre este personage, y no habiéndole sido nada favorables, le cerró sus puertas.»

«No puedo esplicaros cuál fué su cólera, cuando una mañana al venir á visitarnos le hice comprender que era preciso que no volviera.»

—«Ah!.... esclamó: de esa suerte me tratais?.... pues bien, os aseguro que ya me conocereis!... habeis rehusado ser mi esposa, pero os juro que llegará un dia en que os tendreis por dichosa en que yo quiera daros mi nombre.»

«Tal fué la despedida de este hombre.»

«Yo me cuidé poco de sus amenazas: estaba tan contenta con la idea de que no volveria á vernos, que no cabian en mi mente ideas tristes.»

«Habian trascurrido cuatro dias desde la despedida de Mr. Dufortier. Estábamos en pleno verano; el dia habia sido caloroso en estremo, y habiamos pasado gran parte de la tarde en el jardin, que era bastante grande, y tenia sombras deliciosas.»

«A eso de las diez y media abracé, como de costumbre, á mi tia, y me retiré á mi pabellon: á las once estaba acostada, y no habian dado las once y media cuando ya dormia yo tan apaciblemente como todas las noches....

Dios mio!... no podia precaver qué horrible despertar me aguardaba!...»

«Eran las altas horas de la noche cuando me sentí estrechada por unos brazos de hierro... dí un grito.... creí que soñaba... pero no; era Dufortier!... quise llamar, gritar, defenderme.... pero este miserable sofocaba mis gritos... rogué, supliqué... fué sordo!... el infame!... no le conmovieron ni mis ruegos, ni mis lágrimas!...»

El auditorio de la jóven no puede reprimir un movimiento de horror, y todas las miradas, fijas en ella, espresaron la mas afectuosa compasion por su desgracia.

Felicia continúa:

«Perdí el sentido!... cuando volví en mí, el infame, queriendo añadir al oprobio el insulto, estaba todavía en mi habitacion, aunque dispuesto á alejarse.»

—«Ya veis, me dijo, que no es prudente rechazar á nadie como lo habeis hecho conmigo... no me ha costado gran trabajo introducirme en este pabellon... mientras que estábais todos en el jardin me introduje; me eran conocidas todas las localidades y las costumbres de la familia, y cuando fuísteis á acostaros estaba escondido... He querido obligaros á que me acepteis por esposo.... Consentís?...»

—«Jamàs!... antes la muerte!... esclamé apartando la vista de él con horror.»

«Dufortier se encojió de hombros, y dijo sonriendo:»

—«Bien!... allá veremos!... tal vez no direis siempre lo mismo.«

«Y se alejó.»

«Cuando me ví sola, corrí á llamar á Antonia.... esta dormia con la mas completa tranquilidad, y no habia oido nada de cuanto habia pasado; desesperada de no haber sentido ni mis palabras, ni mis gritos agudos, me suplicó que ocultara á mi tia este fatal acontecimiento, pero no quise seguir sus consejos.»

«Yo no era culpable, nada tenia que reprocharme; no

quise hacerme cómplice de ese miserable Dufortier guardando el secreto de su crímen, y á la mañana siguiente se lo referí todo á mi tia.»

«Pobre muger!... no puedo esplicaros cuál fué su dolor, su pena!... se acusaba en su desesperacion de ser ella la causa de mi desgracia.»

—«Despues de las amenazas de ese mónstruo, decia, hubiera yo debido velar por tí.... tomar precauciones... ponerte á cubierto de sus tentativas... no lo he hecho!... yo sola soy la culpable.»

«Y se deshacia en lágrimas, de tal modo que yo era la que tenia que consolarla.»

«Quiso primero ir á dar parte, hacer patente ante los tribunales la conducta del miserable Dufortier... pero esto era publicar mi deshonra en el pais, y comprendimos que el mejor medio era el silencio sobre tal aventura y procurar que nadie conociera este horrible acontecimiento.»

«Ay!... pronto nos vimos precisadas á redoblar nuestras precauciones!...

«Comprendí que era madre, y este conocimiento fué para mí causa de una cruel desesperacion.»

«Un hijo de este hombre execrable era para mí un pensamiento horrible, un continuo suplicio; no cesaba de repetir que aborreceria á este hijo del crímen, que no me consideraria madre suya: desde este momento cobré ódio á todos los niños.

«Mi tia recibia muy pocas visitas, pero durante este tiempo no recibia mas que á mí.»

«Yo habia abandonado aquel malhadado pabellon, testigo de mis desventuras; y ocupaba una habitacion al lado de la de mi tia: Antonia estaba al otro lado, y no habia medio de llegar hasta donde yo estaba. Precauciones tardías!... generalmente siempre sucede así!...»

«Sin embargo, Dufortier pudo comprender el secreto de mi estado, porque tuvo la audacia de escribir á mi tia una carta concebida en estos términos:»

«Continúo ofreciendo mi mano á vuestra sobrina: sé cuál es su posicion; pero el matrimonio lo repara todo. Contestadme al punto á Grenoble.»

«Comprendereis que no se contestó á este infame, cuya impudencia pasaba todos los límites imaginables.»

«Llegó al fin el término de mi sufrimiento: cuando me preguntaron si queria abrazar á mi hijo, lo rehusé; se me figuraba que iba á encontrar en él las facciones de su padre.»

«Solo consentí en verle una vez antes que se lo llevaran á la que debia criarle, y Antonia me hizo observar que tenia en el lado izquierdo del cuello un lunar rojo que parecia exactamente una grosella.»

«La aldeana á quien se le habia confiado, habitaba á dos leguas de la casa de mi tia: Antonia se lo habia llevado.»

«Esta muger, perfectamente pagada, creia que el niño pertenecia á un comerciante de París, y no procuraba saber mas.»

«Trascurrió un año; ya no oíamos hablar de Dufortier, y yo empezaba á respirar con mas libertad.»

«Antonia únicamente iba á ver al niño: varias veces me habia propuesto que la acompañase, pero yo me negaba siempre; conservaba siempre en el fondo de mi corazon una aversion injusta hácia esta desgraciada criatura.»

«Un dia recibí una carta: sentí helárseme la sangre en las venas al reconocer la letra del miserable autor de todos mis males.»

«Esta vez se dirigia á mí: ved aquí lo que me escribia:»

«Habeis persistido en vuestra negativa, y me llevo vuestro hijo: algun dia me servirá para triunfar de vuestra resistencia. Acordaos que puedo, cuando me acomode, perder vuestra reputacion haciendo saber que sois su madre. No me despido. Nos volveremós á ver.»

«Al oir el contenido de esta carta, Antonia dió un gri-

to de espanto y corrió á casa de la buena aldeana á quien habia confiado mi hijo.»

«Mr. Dufortier no habia mentido; se habia introducido en la casa de aquella muger, anunciándose como padre de la criatura, y despues de prodigar mil elogios á la nodriza por el interés que se habia tomado por el niño, se lo habia pedido para enseñarle á un amigo que habitaba en una quinta inmediata, y que probablemente la tendria presente para algun hijo suyo.»

«La buena muger habia consentido, pero habia esperado inútilmente la vuelta del padre y del hijo, y estaba llorando amargamente su imprudencia cuando llegó Antonia.»

«Al saber el robo de mi hijo, no sé esplicar lo que sentí..., pero la aversion que tenia á aquel infame triunfó y al fin dije:»

—«Ese miserable ha creido darme un golpe terrible llevándose el niño!... se ha engañado, porque jamás podria amar á su hijo.»

«Mi tia y Antonia sin duda alimentaban en su corazon menos ódio que yo, y lloraban el robo de Arístides.»

«Trascurrieron tres años, y yo era tan jóven aun que llegué á olvidar, ó al menos á consolarme de una desgracia de que realmente yo no podia acusarme.»

«Mi tia murió, y yo no podia vivir sola en una casa de campo aislada y apartada de poblado, en la cual no hallaba ninguna seguridad: Antonia se habia casado y no podia acompañarme.»

«Partí, pues, sola; mas en el camino me acordé de las amenazas de este miserable Dufortier.»

«Si me presentaba en la sociedad, podria encontrarme fácilmente... podria decir... lo que últimamente os ha dicho:»

«Esta señorita es la madre de mi hijo.»

«Aun cuando no soy culpable, yo sé bien que el mundo injusto y egoista empieza por despreciar. Así que, para

huir de este peligro y de las pesquisas que ese hombre pudiera hacer, al llegar á París tomé el nombre de Felicia, y alquilé en esta casa una modesta habitacion amueblada.»

«Esta es mi historia... ahora ya lo sabeis todo.... Me juzgais todavía indigna de vuestro amor.... de vuestra amistad?»

Por única respuesta, se apresuran todos á abrazar á la amable jóven, y Gaston, estrechándola la mano contra su corazon, la dice:

—Prometedme que os casareis conmigo.

—Es preciso confesar, dijo Mad. Montenlair, que hay hombres que son unos bribones.... Y bien, Mr. Beugle, hombre impasible; qué decís de la historia de esta apreciable señorita?

—Ista jistoria no fastitia á mí!..

—Ya lo creo!.. pero cuando pienso que ese bandido de Dufortier ó Bodinet... ó Carpentras... vive en el mismo piso que yo... gran Dios!... si durante la noche... este hombre fuera á entrar en mi casa...

—Oh!... contestó Mr. Beugle; si mí encuentra un tia á isto senior... no... á isto pripon en la escalera, mi jará á él otra gosa... mí jará á él ablastarle!

—Me lisonjeo que no le veremos mas, dijo Alejandro, porque yo tengo un apremio para prenderle, y debe calcular que lo que es ahora lo voy á poner al punto en ejecucion.

—De suerte, que ese pobre Arístides es hijo vuestro? dijo Gaston; y le seguís aborreciendo?

—Oh!... no!.... desde que ví en él aquella señal que habia visto en mi hijo, no puedo esplicaros la revolucion que se operó en mí... Por la primera vez esperimenté ese dulce sentimiento maternal.... traté primero de combatirlo... no queria absolutamente amar á ese hijo de la violencia... pero no he podido menos de ceder á ese amor que la naturaleza ha colocado en el corazon de una madre.

—Y además, amable vecinita, añadió Alejandro, tened siempre presente que los hijos no son responsables de las faltas de los padres.

XLV.

UNA MUDANZA ECONÓMICA.

Despues que Felicia terminó la narracion de sus aventuras, corre Alejandro á casa del señor Loupard á buscar á su pequeño protegido, y le trae al cuarto de Gaston, donde la jóven puede llenarle de caricias á su satisfaccion.

El travieso Arístides, contento de verse festejado por todos, no hace mas que ir hácia Felicia, diciéndola:

—Ahora sí que me quieres tú tambien!... ya no tienes miedo de abrazarme?... no tienes ya calentura?...

Conservan allí al niño hasta la noche: los dos amantes hacen ya mil proyectos para el porvenir, y Gaston insta á Felicia, hasta que le promete que ya no pondrá ningun obstáculo á su union.

En el mismo dia, salen de casa de Gaston conmovidos por lo que acaba de contar Felicia Mr. Beugle y Mad. Montenlair.

El galante aleman ha propuesto á su vecina un paseito. La vecina acepta esclamando:

—Oh, sí!... tengo necesidad de distraerme... la historia de esa jóven me ha impresionado de tal modo!.... llevadme al bosque de Boulogne... en cab... vamos á dar una vuelta en redondo al lago: está tan bonito, tan ameno ahora el bosque de Boulogne!.. Mr. Beugle!... vamos, mostraos hoy sumamente obsequioso... porque.... la verdad.... lo que acabo de oir me ha inspirado una terrible aversion hácia todos los hombres!

—Oh, sí!... y tesbues nosotros iremos totos juntos á los Elíseos gambos... y los tos peperemos tesbues Champertin.

—Ay!... decís bien!... Necesito beber Chambertin para olvidar que vos perteneceis á ese sexo criminal.

—Y tesbues nosotros peperemos Chambagne...

—Sí, sí!... mucho Champagne... á ver si de ese modo se disipa mi aversion.

La pareja tomó un cab, porque Mad. Montenlair queria á toda costa pasear en ese carruaje, al cual jamás habia subido; mas al cabo de algunos minutos de paseo en aquel cabriolé inglés, el caballo se paró, y no fueron bastantes los mas tremendos latigazos para hacerle adelantar un paso.

Era que el peso del aleman habia inclinado la caja hácia la trasera, de tal modo que las varas iban á levantar al caballo en el aire.

Fué preciso, pues, bajar del cab, lo cual no disgustó del todo al aleman, que dijo:

—A mí no me justa isto capriolé.... fa gualguiera esbuesto á tar un fuelgo.

Este incidente no habia turbado la tierna armonía que reinaba entre el vecino y la vecina. Tomaron otro carruaje.

Rosinita habia ido á dar un paseo *marítimo* en el bosque de Boulogne: tuvo por un momento el capricho de pasear por el lago en una barquilla; pero reflexionando que el peso de aquel caballero podria hacerla zozobrar, como habia pasado con el cab, renunció á aquella idea.

Despues del paseo, fueron á comer á la fonda.

Las viandas habian sido suculentas y el vino generoso; y despues de haber pasado allí mucho tiempo, la pareja salió con las narices muy coloradas y los ojos muy brillantes: Rosinita se balanceaba agarrada al brazo de su caballero, que no cesaba de repetir:

—Oh!... yo mi fastitia no!

—Fastidiarse!... vaya una palabra bonita!... respondió la señora Montenlair. Decid mas bien que sois el mas afortunado de los mortales... No os he confesado que no era insensible á vuestro amor?

—Oh!... si, si!... me japia olfitato!.... bensapa no en ista gosa!...

Para acabar de pasar el resto de la velada agradablemente, el vecino y la vecina se fueron al teatro: la señora Montenlair exigió que se tomara un palco cerrado, porque temia que el público echara de ver en su semblante los efectos del Champagne.

Concluido el espectáculo, se dirigieron á su casa, corriendo.

La funcion se habia acabado tarde; el aleman y su amada iban muy de prisa; ya eran las doce y media cuando llegaban cerca de su domicilio.

Dos hombres estaban apostados en la calle hacia ya un rato: el uno no hacia mas que mirar á la ventana del cuarto piso, que era la habitacion del señor Bodinet; el otro estaba de acecho observando á derecha é izquierda, para ver si venia gente, y de vez en cuando decia á su compañero:

—Todavía no... ahí viene alguien... no dés todavía la señal!

El primero de estos individuos era el célebre Gueuletard; el segundo el hombrecillo del sombrero de color de vino.

Por fin, la calle quedó desierta; no parece nadie mas que Mr. Beugle dando el brazo á la señora Montenlair, que marchan bastante despacio como amantes tiernos, hablándose casi cara con cara.

—Bah!... dijo Putois: no viene nadie mas que esa pareja enamorada... no lo verá!... porque los enamorados no ven nada!... concluyamos!... Dá la señal.

Entonces Gueuletard imita el maullido del gato.

Inmediatamente se abre la ventana de Bodinet y cae al suelo la cama de hierro que está desarmada; por consiguiente, al caer en el suelo arma un estrépito horroroso.

Mr. Beugle y su amante, que llegaban entonces, y á unos diez pasos, se paran inmediatamente.

—Dios mio!.. esclama Mad. Montenlair; no veis?... Un hombre que se echa por la ventana!... si será tal vez Filoséles?

—Oh! no, no!... no puete ser él... es mas solamente alcunos rotos gristales...

Pocos segundos ha gastado Gueuletard para levantar la cama de hierro y trasportarla á un carretoncillo de mano que se hallaba á algunos pasos medio oculto por una esquina.

Cuatro sillas han seguido á la cama de hierro, sin hacer el ruido que este mueble al caer, desapareciendo del mismo modo, y tras ellas una mesa y fragmentos de un est ante.

El aleman y su compañera, que no comprenden nada de cuanto están viendo, continúan avanzando hácia su casa.

—Fuera de debajo! les gritó Putois en el momento que llegaron á la puerta de la calle; pero el aviso llegó demasiado tarde; el colchon tirado al aire por Mr. Bodinet, cae de lleno sobre los dos amantes.

Rosinita cae al golpe; Mr. Beugle permanece impasible, firme como una roca, pero su sombrero se le ha encasquetado de tal suerte, que tiene toda la cara dentro de él; el sombrero de Mad. Montenlair se ha roto, y se la ha quedado en el cuello á guisa de corbata.

Los dos lanzan un lamentable grito: durante este tiempo, Putois se habia llevado igualmente el colchon con los demás muebles en la carretilla, que desaparece con los individuos.

Algunas personas que pasaban, atraidas por los gritos de Mad. Montenlair, vienen á ayudarla á levantar, y consiguiendo al fin desembarazarse de su sombrero Mr. Beugle, preguntan todos qué habia sucedido.

—Qué sé yo! contestó la señora Montenlair; tiran colchones de esta casa!... Mirad, señores, mirad mi sombrero!... un sombrero nuevo!... que apenas hace dos meses que le compré... todo, todo estropeado, roto, desgarrado, hecho añicos!... veinte y cinco francos perdidos!... esto es atroz!...

—Oh!... el mio somprero está dampien tesgombuesto!... es una gran pestialitad echar istos baguetes bor la fentana!

—Han tirado un paquete? preguntó un curioso.

—Sí, sí!... un enorme baguete.

—Pues es singular!... no se ve nada en el suelo!

Como no ha resultado herida ni accidente grave, el acontecimiento produce risa, como de costumbre, y la gente se aleja divirtiéndose á costa de las víctimas de esta mudanza nocturna.

Mr. Beugle y Mad. Montenlair se deciden á entrar en la consergería y contar lo que acababa de sucederles; pero no pueden decir precisamente qué es lo que han echado sobre sus cabezas, porque desde aquel momento no habian visto nada.

La señora Ador, medio dormida, no comprendió bien lo que habia sucedido á sus inquilinos.

—Habrá sido ese truan del cuarto piso que estaria desocupando su casa? pregunta Rosinita.

—Mas si isto senior á la gasa de él finiera...

—Sí tal, dice la conserje: esta noche ha entrado á eso de las diez, y ha subido corriendo, como si tuviera miedo de que le vieran.

—Ah!... si es él el que ha hecho eso porque se muda, bendito de Dios vaya!... una mala vecindad menos!

—Todo está muy bien, señora; yo tambien deseo que se vaya, pero que pague antes su alquiler... Vaya, vaya! pues ya me habeis puesto en cuidado con lo que me habeis dicho... en fin, yo aclararé eso mañana.

Mr. Beugle tranquiliza á la señora Montenlair, que se aflige por la pérdida de su sombrero, ofreciendo comprarla otro, y se despiden, entrando cada cual en su casa respectiva.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, Felicia, que no puede resistir al deseo de ir antes de desayunarse á abrazar al que todavía no se atreve á llamar abiertamente su hijo, aunque profesándole un tierno cariño de madre, se encamina á casa del buen señor Loupard.

Al entrar en la clase, busca en vano con la vista á Arístides, y no viéndolo, se aproxima al maestro de escuela para preguntarle dónde está el niño; entonces observa la fisonomía desencajada del honrado señor Loupard, y cuyos ojos están llenos de lágrimas.

—Qué ha sucedido, señor?... pregunta Felicia. No veo por aquí á Arístides... está enfermo acaso?...

—Dios mio!... señorita, estoy desconsolado!... contesta el profesor enjugándose las lágrimas. Yo que hoy... iba á llegarme á vuestra casa... y á la de esos jóvenes amables, para contaros una ocurrencia que me dá tanto pesar!.... Dios mio!... no podré consolarme jamás!...

—Acabad, acabad pronto... y Arístides?...

—Ay, señorita!.... su padre.... ese señor Bodinet.... ó Dufortier ó Carpentras... porque ni sé qué nombre darle...

ha venido esta mañana.... antes de las siete.... apenas era de dia... ha preguntado por su hijo... me ha ordenado que hiciera un paquete con todos sus efectos... y me ha anunciado que se lo llevaba...

—Cielo santo!...

—Quise hacerle observaciones diciéndole que el niño estaba contento conmigo... que le trataba bien.... hasta le dije: «Dejádmele, caballero... permitidme que le conserve á mi lado y le eduque hasta que sea grande, y os prometo no pediros un céntimo por su pension...» Nada!... todo ha sido inútil!... ese hombre es cruel!... me contestó con un tono arrogante... «No quiero dejaros mi hijo!.... soy su padre, y me parece que tengo derecho á hacer lo que se me antoje... no os debo nada... dadme sus efectos... y pronto!.. no quiero conversaciones. .» Es su padre, y estaba efectivamente en su derecho.... El pobre chiquitin lloraba... Cuando su padre le agarró de la mano, gritaba que daba lástima... me partia el corazon!.... me decia que le defendiera.... os llamaba á vos.... llamaba á sus protectores....

—Ay!... basta!... me estais matando!.... hijo mio!.... me ha robado mi hijo!..

—Vuestro hijo!... murmuraba estupefacto el buen profesor, que el dia anterior no habia oido la narracion de Felicia. Dios mio!... señora... yo ignoraba... como no me habíais dicho nada... ah!... pero hubiera debido adivinarlo por la ternura que le profesábais!.. . vamos, no os apureis!.. qué adelantais con desesperaros?.. Aun no está todo perdido!... será fácil indudablemente averiguar á qué otro colegio le ha llevado su padre, porque no es probable que conserve á su lado á un niño tan pequeño!...

Felicia no escucha ya á Mr. Loupard; sale precipitadamente de la clase, y corre á noticiar á Alejandro y Gaston la horrible desgracia que acaba de caer nuevamente sobre ella.

Los dos jóvenes participan de su dolor, porque los dos

profesaban el mas tierno cariño á aquella angelical criatura.

—Imbécil Loupard!... esclama Alejandro dando colérico una patada en el suelo.

Es un escelente hombre... pero es un alma de cántaro... se está dejando siempre robar por ese hombre!... porque, lo repito... el que no cuida de su hijo.... el que le abandona á la caridad del primero que se presente, debe perder el título de padre.... y decir que le hemos tenido aquí... En fin, veamos si esto puede arreglarse.... Si estuviera todavía por casualidad!... oh!... entonces.... aunque dijérais lo que quisiérais, os prometo que no le dejaba escapar!...

Alejandro corre á llamar á la puerta de Bodinet, pero nadie le contesta. La señora Montenlair pue salia en aquel momento de su cuarto, cuenta al jóven lo que la habia sucedido la noche anterior, asi como á Mr. Beugle, en el momento de ir á entrar en su casa.

—Entonces fué el colchon el que os cayó sobre la cabeza, vecina, dijo Alejandro.

—Dios mio!... no podré decir á punto fijo lo que era... porque me quedé aturdida del golpe.... me tiró al suelo.... me hizo añicos el sombrero... Mr. Beugle resistió.... pero, en fin... tambien á él le echaron á perder su sombrero.... Ay!.. Mr. Beugle es un hombre de piedra.... se le puede envidiar su solidez!

—En fin, cuando no habeis resultado heridos ni uno ni otro, es prueba que el mueble no era muy duro.

—Pocos momentos antes habiamos oido un ruido espantoso... un estrépito horrible.... habian tirado sin duda alguna otra cosa á la calle.

—Entonces era ese tunante de Bodinet que estaba desalojando su habitacion por la ventana!

Alejandro baja á informarse de la portera.

La señora Ador le dice que le vió entrar el dia antes y no le ha visto salir; pero su sobrina, que estuvo sumamen-

te temprano hablando con la lechera á la puerta, ha visto á Mr. de Carpentras que salia del patio interior, llevando de la mano á un niño que iba llorando, y al cual dió un cachete á la misma puerta, diciéndole:

—Y como no calles, te sacudo uno cada minuto!

—Pobre niño!... murmura Alejandro apretando los puños con corage: esa es la parte que si no calla, le reserva... pero yo le encontraré... oh... sí... yo le encontraré.... aun cuando para ello tenga que revolver todo París!

Gaston decia otro tanto á Felicia que vertia abundantes lágrimas y se acusaba de la desgracia que la sobrevenia, diciendo:

—Dios me castiga, porque he tardado demasiado en amar á mi hijo!.. porque habia querido envolverlo en el ódio que profesaba á su padre!

—Consoláos!... la dice Gaston. Por vuestros cuidados he recobrado las fuerzas, la salud... no he de descansar un momento hasta que averigüe lo que ha sido de esta pobre criatura... No es probable que su padre haya salido de París... un canalla como él no encuentra medio de existir sino aquí!... ni puede educar á su hijo.... ni tampoco llevarle consigo constantemente.... Alejandro y yo llegaremos á encontrarle!

—Ah!... que me lo vuelva su padre, esclama Felicia, y que me exija por ello el precio que quiera!.. estoy pronta á darle cuanto me pida!.... He rehusado darle dinero á ese hombre cuando solamente se trataba de mí.... pero por recobrar á mi hijo, daria todo cuanto poseo!

Pasan tres dias; ni se ha vuelto á oir hablar de Bodinet, ni se ha podido adquirir noticia del pequeño Aristides.

La señora Ador va tres veces al dia á llamar á la puerta de la habitacion de Mr. de Carpentras, en la cual no se oye el mas leve ruido; esta circunstancia, unida á lo que le han dicho de los muebles echados por la ventana, determinan á la conserje á ir á ver al señor Borrego, el propietario, y

darle parte de sus recelos é inquietudes.

El señor Borrego, que no escucha razones cuando se trata de alquileres, empieza por dirigir una severa reprimenda á la portera, que no debia, segun él, haber dejado salir mueble ninguno ni por la ventana ni por la puerta sin que antes hubiese pagado religiosamente.

—Esperamos, dice la señora Ador, que no habrá tirado tambien su ropa blanca... tenia tres espuertas muy grandes, que un mandadero de los mas forzudos apenas podia levantar del suelo.

—Pues es preciso saber á qué atenerse: vuestro inquilino no dá señal de vida hace tres dias... id á decírselo al comisario de policía, y pedidle que haga abrir la puerta del cuarto de ese señor Bodinet.

—Y si el comisario dice que no hay razon para allanar el domicilio de ese señor?...

—Le direis que huele á carbon en la escalera, y que temeis que ese individuo se haya asfixiado.

La señora Ador hizo exactamente cuanto la ordenó el señor Borrego, y en seguida hizo el comisario que un cerrajero abriera la puerta de la habitacion del señor Bodinet, en la cual penetra acompañado del secretario y de la portera.

El mas completo vacío reina en el interior de este cuarto, en el cual no se encontraban mas que algunos ladrillos rotos y las tres espuertas tan pesadas de que la conserge habia hecho mencion.

—Dios sea loado!... esclama la buena muger: está visto que aun cuando ha *desocupado* todos sus muebles por la ventana, no se ha atrevido á tirar la ropa blanca.

—Cómo!... dice el comisario: creeis que estas tres espuertas contienen ropa blanca?

—Ay, señor!... eso al menos fué lo que me dijo cuando vino á vivir á esta casa ese señor Carpentras.

—Pero estas espuertas están cerradas y cosidas.

—Es verdad!... del mismo modo estaban cuando vino

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

aquí... y sin embargo, desde ese dia ha debido mudarse de camisa y calzoncillos.

El comisario hace abrir las espuertas: despues de separar la paja de que están atestadas, se encuentran en cada una... una enorme piedra perfectamente empajada, como pudiera estar una botella de vino añejo y generoso!

—Ah pillo!... ladron!..: esclama la conserje: es esta ropa blanca?... digo!... para indemnizarse una del alquiler!... Dios mio, me ha robado!.... me ha robado ese bribon!...

—Señora, dice el comisario, que no ha podido contener una sonrisa al ver lo que las espuertas contienen dentro; es menester que, por regla general, desconfieis del contenido de esos cofres ó de esas maletas que pesan tanto que apenas se pueden levantar... desde hoy no solo desconfiaremos de esos cofres, maletas, y sacos de noche, sino añadiremos tambien,«y las espuertas!...»

XLVI.

JUNTO AL FOSO.

Al salir de casa del señor Loupard Mr. Bodinet llevando de la mano al pequeño Arístides, y debajo del brazo el lio de la ropa del niño, se dirige hácia la parte alta del arrabal y gana la barrera Rochechouart.

El niño, al cual su padre habia administrado un bofeton porque lloraba al salir de su colegio, procuraba á medida que se iban alejando contener sus lágrimas y ahogar sus sollozos.

De vez en cuando dirigia á Mr. Bodinet una mirada temerosa y suplicante; pero este hombre, que no conocia ningun sentimiento bueno, y que ni aun era digno del nombre de padre, no fijaba la mas leve atencion en los suspiros de su hijo, ó se contentaba con tirarle rudamente del brazo, diciéndole:

—Vamos, vamos!.. anda mas aprisa!.. no me gustan los perezosos!... y sobre todo, basta de lloriqueos, ó te planto este *manojo de dedos en la fila!*

Llegados á la barrera Rochechouart, Mr. Bodinet encuentra allí á sus dos íntimos amigos Gueuletard y Putois

que le esperaban fumando sus pipas atascadas hasta la boca.

—Ya me teneis aquí, *viejecitos!*... dice Bodinet dándoles un espresivo apreton de manos; os presento á mi heredero...

—Ah!... es este el chiquillo de que nos has hablado?

—Es verdaderamente tuyo este muñeco?

—Sí, es mio!... completamente mio!... todo lo mas mio que pueda yo pensar!... tanto mas, cuanto que su madre me detesta cordialmente y lo confiesa con toda franqueza.

—Tiene buenas trazas!... Por qué lloras, *pequeño?*

Arístides responde temblando:

—Porque yo no quiero chocolate!

—Qué dice éste?

—No le hagais caso!... Hablemos primero de negocios!... En primer lugar, se hizo la traslacion sin inconvenientes?

—Ni el mas mínimo!... no hubo mas que un señor y una señora que recibieron tu colchon sobre sus cabezas.... allí se pusieron á rebuznar como asnos... y mientras tanto nosotros nos largamos con la carretilla... ni fuimos vistos ni oidos!...

—Y os lo trajísteis todo?..

—Donde dijiste.... á la casa de la calle de Constantina.

—Perfectamente!... Escucha, Putois; no me dijiste tú que conocias por aquí á un revendedor que me lo compraba todo al contado?

—Sí... ahí abajo... el tio Lariflá... un viejo tunante...

—Pues mira; por el pronto, toma este lio, y vende lo que contiene... lo que importa es que no te vengas sin dinero... porque no tengo un céntimo... entre tanto nosotros te esperamos en esa taberna de en frente... ahí almorzaremos... yo pago.

—Bueno!... andad, que no me volveré sin monedas.

Mr. Bodinet entra en la taberna llevando de la mano á

Arístides y seguido de su amigo Gueuletard, y allí se sientan á la mesa en el fondo de una gran sala, haciendo tambien sentar al niño.

Mr. Bodinet pide vino, encarga un abundante almuerzo, llenando los vasos, y coloca uno delante de su hijo, diciéndole:

—Toma!... bebe, mientras viene lo sólido!... y no tengas cuidado, chiquillo!... conmigo se está perfectamente... cuando tengo fondos.

—Yo no bebo vino, dice Arístides: mi buen amigo Loupard me lo ha prohibido!...

—Tu buen amigo Loupard es un estúpido!.... y dice que sabe educar bien á los chicos!.... yo soy tu padre y quiero hacerte hombre.

—Si tu profesor hubiera conocido la historia de Francia, hubiera sabido que Enrique IV bebió vino al nacer... por consiguiente, todo muchacho que tiene mas de cinco años, debe beber su vinito!.... yo completaré tu educacion.

No tardó Putois en reunirse á sus compañeros, poniendo veinte y dos francos en la mano de Bodinet, y diciéndole:

—Ahí tienes el producto de tus *trapajos!*.... no he podido sacarle ni un céntimo mas!... el tio Lariflá dijo: «Todo esto son cosas de niño... están usadas... y no se venden!...»

—Pues bien!... por ahora nos contentaremos con esto... luego ya pensaremos en obtener mas... llamaremos!... que nos traigan el almuerzo!....

—Eso es!... eso es!...

Piden el almuerzo, que al punto les es servido.

Los tres atacan con avidez á las patas de carnero, y á las costillas de puerco fresco con pepinillos en vinagre que habian colocado delante de ellos.

Mr. Bodinet pone delante de Arístides un enorme pedazo de pan y un plato lleno hasta los bordes, y le dice:

—Come!.. atrácate de guisado ahora... come para no te-

ner hambre en algun tiempo.... porque conmigo, cuando se almuerza bien, no siempre se está seguro de comer lo mismo.

—Viene á ser igual! dice Putois bebiendo su cuarto vaso de vino. Lástima que el negocio no haya salido bien!... si hubiera pintado como tú esperabas, Bodinet, y tu señorita te hubiera llevado los fondos que le pedias, algo mas de veinte y dos francos tendrias ahora.

—Cuerpo del diablo!... ya lo creo!... tendria veinte mil francos!... con eso contaba al menos!

—Veinte mil francos!... esclama Gueuletard: rayo del cielo!... ese sí que es un magnífico negocio!..

—Algunos pies de carnero se podian comer con esa cantidad.

—En fin, no hay que desesperarse, señores!... todavía no está todo perdido!... he reservado *triunfos*, como se dice en los cientos.

—Oh!... ya lo creo!... tú éres el diablo!.... para todo encuentras recurso!...

—Quieres batirte otra vez con el jóven?

—No; qué me importa á mí ese imbécil?... ya está curado de la herida, pero me es igual... no es ese mi pensamiento para buscarme dinero... mirad... aquí teneis mis *triunfos!*

Y señala con el dedo al niño, que para consolarse ha tomado el partido de comer y beber todo lo mas posible.

—Ah!... qué!... *es el pequeño?* parece que se esplica.... al menos muestra buenas disposiciones *mandibularias*.

—Y qué producto piensas sacar de este mozuelo?... baila en la cuerda floja?

—Me parece que no; pero estoy seguro de que su madre, que en otro tiempo ni pensaba en él, y la importaba un comino que existiera ó no, desde hace algun tiempo le manifiesta una ternura estremada... yo lo ignoraba completamente... no lo he sabido hasta hace dos dias, y por casualidad; pero otro pilluelo de su escuela me dijo que ella

iba muy á menudo á la clase del chiquitin, para verle, para abrazarle, y para llevarle golosinas.

—Sabe que es su hijo?

—Justamente desde que lo sabe es cuando hace todos esos estremos.

—Aaah!...

—Comprendeis ahora?... Justamente en eso he basado todo mi plan... he dicho para mi capote: «Voy á apoderarme del chiquillo... y si ella quiere volverle á ver, lo ha de pagar, y bien caro!»

—Divinamente proyectado!...

—Y vas á hacerla proposiciones?

—Oh!... no quiero apresurarme... es preciso que la vea desolarse... llorar... hay que dejarla que se fatigue... que le vea en una posicion poco agradable... y que esta la haga sentir mas vivamente el deseo de sacarle de ella... entonces todo lo sacrifica, y yo tendré todo el dinero que quiera.

—Bravo!... Decididamente eres un hombre de talento superior.

—Je, je, je!... qué lástima que nuestro amigo no haya sido banquero!... qué grandes cosas hubiera hecho!...

—Entretanto, es preciso que yo vea en qué empleo á este pillastre... como para interesar...

—Ponle con unos titereros.... que lo enseñen á que ande de cabeza... que dé saltos mortales... á que haga la plancha y el brazo de hierro.

—Eso, no, diablo!... eso podria ocasionarle algun mal.. y yo quiero que esté bueno y sano.

—Entonces dedícalo á hacer mandados.

—Eso es pasearse, ser un holgazan, y entonces no puedo hacerle interesante á quien yo quiero... ya encontraremos despacio á qué dedicarle!...

Los tres individuos continuaban bebiendo y pensando qué harian del pequeño Arístides, que habia cesado de comer y los miraba alternativamente de hito en hito, como

si hubiese adivinado que era de él de quien se estaban ocupando.

En este momento un limpia-chimeneas que acababa de trabajar en la chimenea de la taberna, atraviesa el salon cubierto todavía de polvo y hollin.

Mr. Bodinet ve al muchacho, que apenas tiene siete años, y se dá una palmada en la frente, esclamando:

—Oh!... cuerpo de tal!... ya *pareció aquello!*... ya le encontré ocupacion.... esto se llama estar de suerte!.... hola!... eh!... muchacho!... ven aquí!...

El rascador se aproxima á la mesa en que le llaman, diciendo:

—Aquí estoy, mi señor... es por mí por quien preguntais?

—Sí, por tí es.... escucha un trato que voy á proponerte.

—Es alguna chimenea que limpiar?...

—No; es otra cosa.... quieres cambiar esa vieja chaqueta rota y remendada por esta blusa nueva de este pilluelo que ves aquí junto á la mesa?... es un poco mas pequeño que tú, pero no importa.... te estará bien la ropa...

—Mi chaqueta por su blusa?

—Sí; pero no es eso todo... le darás tambien tu gorro de lana, y tomarás su gorra, que ya ves que es bonita... y además me cederás tu saco, las rodilleras, y la rasqueta.

—Todo eso?...

—Demonio!... no creo que te costará mucho trabajo encontrar otras...

—Oh!... pero es cosa rara esa!...

—Veremos!.... cuánto quieres por todo, contando con que vas á tener blusa y gorra nueva?

El rasca-chimenea reflexiona un momento, y contesta:

—Todo valdrá... cuatro francos!...

—Pues yo te voy á dar cincuenta sueldos.... pero vamos á hacer al punto el cambio.

El rascador se quita al punto su chaqueta. su gorro y sus rodilleras.

Arístides le miraba estupefacto y sin hablar una palabra; pero cuando el muchacho ennegrecido por el hollin se acerca á él diciéndole:

—Dadme vuestra blusa y vuestra gorra.

El alumno del señor Loupard hace un movimiento de cabeza, y contesta:

—En seguida!

Mr. Bodinet se levanta y se aproxima á su hijo, didiéndole:

—A ver si te quitas la blusa y la gorra!... y pronto!... y no hay que hacer muecas!... ya sabes que no me agradan!

Arístides asustado se quita la gorra y la blusa, pero cuando su padre le obliga á vestir la viejísima chaqueta y á ponerse el horrible gorro de lana del rasca-chimeneas, empieza á gritar esclamando:

—No, no!... yo no me quiero poner eso!... mejor quiero el papel de estraza!... ponedme papel de estraza!

Bodinet triunfa con facilidad de la resistencia de su hijo, y cuando ya le ha vestido como un verdadero limpiachimeneas, le dice:

—De qué te quejas, tunante?.... te doy una profesion honrada, con la cual puedes ganar tu vida, y todavía no estás contento?... El oficio de rascador es magnífico para la salud!... mira ese jóven industrial!.... hermosas mejillas, rosadas y negras.. te ataca acaso á los nervios el limpiar chimeneas, chiquillo?... pues no es tan mal oficio como crees!.. y si no ahora verás... Dime, muchacho, te causa algun mal el limpiar chimeneas?...

—Ninguno, señor; yo estoy bueno como la luna!

—Ya lo oyes... está tan bueno como la luna... qué mas se puede desear? Es difícil limpiar una chimenea?...

—No señor!... pasar la rasqueta á lo largo del muro....

—Ya lo ves, Arístides... es un trabajo que le hacecual-

quiera... un burro seria capaz de limpiar las chimeneas.... si no lo hace, es porque tiene cuatro patas y es demasiado grande... Y cuánto vienes á ganar al dia en tu trabajo?...

—Ah, señor!... nos dan doce ó quince sueldos por chimenea; limpiamos cuatro por dia... y á veces mas...

—De manera que es una profesion bastante lucrativa!... pongamos solo cuatro chimeneas por dia... á quince sueldos.... son tres francos diarios... son mil y doscientos francos al año los que puede ganar un muchacho.... Muchos empleados.... escribientes hay que no ganan ni aun eso, y están clavados en las sillas desde la mañana hasta la noche... palabra de honor; en su lugar, mejor me meteria á limpia-chimeneas... algun dia, señorito... algun dia sabreis apreciar todo lo que hago por vos en este momento!...

—Yo no quiero rascar chimeneas!... dice Arístides tirando su nuevo gorro con cólera al suelo.

Però Mr. Bodinet le recoje y se lo encasqueta hasta los ojos, diciéndole:

—Caballerito, os prohibo hacer eso... tratad de obedecerme, ó hay *solfeo!*... toma tú, muchacho.... ahí tienes tus cinco francos, y lárgate ya!

Mr. Bodinet y sus amigos juzgan conveniente prolongar el desayuno todo el dia.

El pobrecito Arístides, despues de haber llorado y suspirado medio envuelto en su gorro de lana, concluyó por dormirse, dejando caer su cabeza sobre la mesa.

En fin, ya al anochecer, los tres individuos, mas que medianamente ébrios, se levantan, y Gueuletard dice:

—Vamos á echar un partidito allá abajo?...

—Dónde?...

—A nuestro *bujío* acostumbrado.

—No; contesta Bodinet: no quiero ir allí!.... el señor Alejandro Grandmoulin conoce el sitio y me conoce á mí, y podria atraparme... hay otro sitio, chiquito, pero precioso... á doscientos pasos de aquí, subiendo.... á la dere-

cha... instaláos allí vosotros... yo voy á dar una vuelta, y un vistazo á mi nueva habitacion de la calle de Constantina, y á dejar allí este embeleco... no es cosa de llevarle constantemente conmigo... en seguida iré á reunirme con vosotros, y acabaremos alegremente la noche.

Mr. Bodinet despierta á su hijo sacudiéndole fuertemente el brazo.

El pobre niño soñaba en aquel momento que estaba en su colegio rodeado de sus compañeros: al verse vestido con los harapos del limpia-chimeneas, cree soñar todavía, pero la voz de su padre le trae bien pronto á la realidad.

El niño se levanta, Bodinet le toma de la mano, y se separan de los dos compañeros, dirigiéndose cada uno á su sitio respectivo.

La calle de Constantina está situada fuera de París junto á la barrera de Menilmontant.

Desde la calle de Rochechouart, donde estos tres ganapanes habian pasado el dia, habia gran distancia que atravesar; pero Mr. Bodinet anda muy despavorido, y sin cuidarse siquiera que el que lleva de la mano solo tiene cinco años, y que para seguir el paso de su padre tiene que ir corriendo la mayor parte del tiempo.

No es él solo, sin embargo; hemos observado que realmente hay esa misma indiferencia en muchas personas mayores que llevan niños de la mano: niños que creemos que son mas amados que lo era Arístides de Mr. Bodinet, pero de los que se cuidan bien poco.

Nunca podrá encarecerse bastante lo fatal que podrá ser una marcha como esa á la salud de esa criatura; pero sí diremos que cuando á media noche hemos visto entrar en su casa personas que llevaban de la mano á un niño de tres ó cuatro años, á quien han hecho andar durante el tiempo que deberia dormir, hemos sentido oprimírsenos el corazon y no hemos podido menos de dudar de la sensibilidad de estas personas.

Mr. Bodinet, que probablemente no hacia estas reflexio-

nes, continúa su marcha acelerada hasta que llegan á la calle de Constantina, y Aristides le sigue corriendo sin quejarse, porque ha llegado ya á convencerse de que todo seria inútil.

El nuevo domicilio de este individuo se compone de un horrible cuartucho donde apenas se vé claro, y que se halla situado en el último piso de una casa destartalada y todavía en construccion.

Mr. Bodinet instala al chiquitin en su habitacion, diciéndole:

—Ya estamos en casa!

—Aquí no se vé, murmura Aristides.

—Bah!... ya te acostumbrarás... cuando se entra de la calle, parece un poco sombrío; pero pronto verás como si estuviera alumbrado por el sol... Además, como no tengo costumbre de anochecer en casa, y tú, cuando tomes completa posesion de tu nuevo destino, no has de estar mas que para acostarte... para qué sirve una habitacion lujosa, cuando no se viene á ella mas que para dormir?.... eso es supérfluo!... Por esta noche te prometo acostarte en mi cama... mañana te compraré tres ó cuatro haces de heno, sobre los cuales dormirás diariamente... no hay cosa mejor que el heno para fortificar á los niños.... vamos, duerme, descansa, y mañana empezarás tu nuevo estado.

—Qué estado?

—Pardiez!... el estado cuyas insignias llevas... rascachimeneas.

—Y qué tengo que hacer?...

—Mañana te se esplicará.

Mr. Bodinet parte, dejando á su hijo encerrado. Aristides, al verse solo y en aquel sucio caramanchon, empieza á llorar, concluyendo por dormirse.

Este generalmente es el recurso de los niños cuando tienen alguna pena, y se procuran el sueño con mas facilidad á veces que los adultos que suelen buscarlo en vano: pero es preciso que tambien los niños tengan su instinto.

Mr. Bodinet pasa toda la noche con sus dignos amigos: entra en su casa por la mañana, y duerme todo el dia, sin responder á su hijo que le pide de almorzar.

Por fin, despierta, se registra los bolsillos, se acuerda de que el dia anterior ha gastado cuanto poseia, y esclama:

—Diablo!... no tengo un sueldo!... he dormido demasiado, pardiez!... no vas á encontrar ya chimeneas que limpiar hoy. Vamos á comer allá abajo... á mi bodegon.... me fiarán... pero desde mañana es preciso ganar *conquibus* para dar de comer á papá, niño!... es el deber de todo buen hijo... y me complazco en creer que harás cuanto esté de tu parte para llenarle con el celo que corresponde.... suénate las narices, y partamos!...

El bodegonero recibe bastante mal á Mr. Bodinet, y por deferencia al niño solamente, cuya simpática fisonomía le interesa, consiente todavía en darle de comer fiado. Esto, sin embargo, no impide al caballero de industria comer como cuatro, y aconsejar á su hijo que haga otro tanto.

Al dia siguiente, desde las siete de la mañana, Mr. Bodinet hace á Arístides que se levante, que tome su saco, su rasqueta y sus rodilleras, y le lleva á la calle de Menilmontant, diciéndole:

—Grita ahora con toda tu fuerza: «Limpiar chimeneas!»

—Y para qué?

—No permito preguntas, ni reflexiones... obedece, sin replicar... grita!...

El niño se decide á hacerlo, y grita:

—Limpiar chimeneas!

—Mas fuerte!

—Limpiar chimeneas!...

—Todavía mas fuerte!

—Si no puedo.

—Pues es preciso que te acostumbres á tomar la voz de

cabeza... una voz aguda... chillona.... yo te enseñaré.... grita...

—Limpiar chimeneas!...

Hacia tres cuartos de hora que Mr. Bodinet hacia gritar inútilmente á su hijo, cuando al fin se abre una ventana, y dicen:

—Sube, chiquillo!

—Vamos!... adelante!... dice Mr. Bodinet al pequeño Arístides; y sobre todo, audacia... descaro!.... no retrocedas, porque te sacudo!

Llegan á la casa de los que habian llamado.

—Calla!.... estais con el limpia-chimeneas, caballero? pregunta una criada al ver á un hombre no mal vestido que acompaña al chiquillo.

—Sí, señorita, contesta Mr. Bodinet dándose cierto tono de importancia: soy empresario de una nueva sociedad de limpieza... por acciones... con primas... No admitimos mas que muchachos pequeños, porque trepan mejor por las chimeneas... y yo les acompaño para vijilar el trabajo.

—Áh!... eso es diferente.... Mira, niño, esta es la chimenea.

Arístides mira la chimenea, y no se mueve; pero Mr. Bodinet le ata las rodilleras, diciéndole en voz baja:

—Vamos á ver si subes pronto por ahí adentro!.... eso es gimnasia... es entretenido... si te se prohibiera querrias trepar... yo te lo permito... y con la rasqueta arañarás las paredes y harás caer el hollin.

—Yo no puedo... está muy oscuro ahí dentro.

—Otros suben tambien... pronto!... anda!...

—Yo no quiero ir por la chimenea....

Mr. Bodinet pellizca á su hijo de tal modo que le hace quejarse y gritar.

—Qué es eso?... pregunta la criada: qué tiene ese chico?... por qué grita?...

—Oh!... no es nada... creia que iba yo á subir en lugar suyo, y esto le afligía... Vamos, sube, chiquillo!.... y tén

en cuenta que el fruto de tu trabajo será un abundante almuerzo.

Arístides deja escapar un profundo suspiro, pero se decide, y despues de algunos momentos de vacilacion, desaparece por el cañon de la chimenea.

—Me parece que no rasca mucho, dice la criada; y no le oigo arañar.

—Os diré... nuestros operarios limpian por un nuevo sistema, que no hace absolutamente ruido ninguno!...

—No cae apenas hollin...

—Es que se os figuraria que la chimenea estaba mas sucia que lo que en realidad está...

—Eh, niño!... sube bien hasta arriba!...

—No tengais cuidado.... no se quedará en un sitio.... subirá hasta el mismo tejadillo...

A poco rato baja Arístides todo sofocado, negro, y diciendo que no vé.

Mr. Bodinet le limpia los ojos, le manda callar, le hace recojer el hollin, y la criada dá quince sueldos al empresario de la limpieza de las chimeneas.

Cuando ya están en la calle, dice Mr. Bodinet á su hijo:

—Vamos, pillete!... Bien ves que limpiar una chimenea no es ninguna *obra de romanos*... ahora, apenas has arrancado el hollin... estoy seguro que no has llegado á la mitad del cañon.. te perdono, porque empiezas... pero como no siempre tropezaremos con criadas tan imbéciles, será preciso que en adelante limpies mejor.

Arístides no contesta una palabra; está colérico de verse con la cara y las manos negras; quiere ir á lavarse en el pilon de la primera fuente que vé, pero Mr. Bodinet se lo impide diciéndole:

—El hollin es la pomada de los limpia-chimeneas.... si no estuvieras tan negro, creerian que no las limpiabas... ya te lavarás los domingos por la tarde, y basta.... Vamos, vuelve á gritar!.. y si te es posible, con voz de cabeza!

Este dia no encontró el niño mas que dos chimeneas que limpiar, pero Mr. Bodinet se contenta con tomar treinta sueldos, y dice:

—En el comercio no todos los dias son ganancias.... mañana tal vez pintará mejor..... hoy comeremos como treinta sueldos.... es preciso amoldarse á las circunstancias...

El dia siguiente, en efecto, limpia Arístides hasta cinco chimeneas: llega á vencerse su repugnancia: ya penetra sin mostrar el menor miedo en el interior de los cañones: empieza á servirse bastante bien de su rasqueta, y á arrancar el hollin sin que le ciegue; pero lo que no ha hecho todavía, es subir hasta el caballete de la chimenea y cantar allí la cancion del saboyano.

Cuando llega á los dos tercios del cañon, no tiene valor nunca para subir mas; calcula que ha limpiado bastantante y se apresura á bajar, diciendo que ha llegado hasta arriba.

Pero Mr. Bodinet no se deja engañar por el niño. Pasan de este modo quince dias, y este señor repite sin cesar á su hijo:

—Tú estás engañando á los parroquianos.... tú no subes hasta lo alto de las chimeneas... á mí no me dá cuidado... pero esto puede perjudicarnos... dirán que no limpias bien... y no te ocuparán... eso es lo que hay que evitar... por esa razon, es preciso que te acostumbres á subir hasta arriba.

—Ya subo...

—Niño!... estás mintiendo en este momento, y eso no está bien con tu padre!... Pero no tengas cuidado.... para que veas que á mí no me puedes engañar, la primera vez que limpies, tengo un medio seguro de cerciorarme de tu trabajo... ese medio es ir á esperarte al tejado... verás entonces como no tienes escapatoria...

Mientras que Mr. Bodinet ha hecho de su hijo un limpia-chimeneas, y le obliga á ejercer este oficio, Felicia

continuaba llorando, y Gaston y Alejandro pasaban una gran parte del tiempo en indagar el paradero de Arístides.

Cuando por la noche volvian los dos jóvenes al lado de la desconsolada madre, los ojos de Felicia les interrogaban; al punto leia en sus tristes miradas que nada habian sabido, ni nada descubierto; entonces dejaba caer su cabeza sobre el pecho y balbuceaba:

—He perdido á mi pobre hijo!... ya no le veré mas!.... el cielo me castiga por haber tardado demasiado en amarle!

Lo que aumentaba la pena de Felicia era la idea de que su hijo seria desgraciado, y su temor era natural, conociendo como conocia á Mr. Bodinet.

Gaston hacia cuanto le era posible por ver una sonrisa en los labios de la que adoraba; pero por mas que la renovaba sus protestas de amor, por mas seguridad que la ofrecia, no podia disipar su melancolía, y leia en sus ojos que no seria completamente dichosa en tanto que estuviera separada de su hijo.

Tres semanas habian pasado de este modo.

Una mañana, Alejandro, despues de haber reconocido una parte del arrabal de S. Antonio sin haber obtenido ninguna noticia sobre lo que buscaba, llega ya cerca del baluarte, cuando una porcion de gente le impide el paso.

El jóven se detiene para saber lo que ha sucedido: el portero de la casa, delante de la cual se habia detenido la turba, decia á los curiosos:

—El médico, que acaba de verle, asegura que es *hombre muerto*... Demonio!... culpa suya es.... yo demasiado se lo advertia... Figuráos que trae consigo un chiquillo de esos rasca-chimeneas... sube á limpiar la del segundo piso... en casa de Mr. Fonillot... y ved aquí á mi hombre que me dice: »Se puede subir al tejado de la casa?... quiero asegurarme de si el chiquillo sube hasta arriba....» Yo le contesté: «Sí, señor, se puede subir, porque hay una

parte que es terrado... pero la chimenea del señor Fonillot cae al lado opuesto del tejado, y es espuesto el aventurarse á ir á ese sitio á menos que no seais retejador....» Entonces me dice muy satisfecho: «Perded cuidado!... indicadme el camino...» Yo se lo indiqué!... sube... y en lugar de permanecer en el terrado, quiere atravesar y subir al tejado por la otra parte... preciso!... lo que yo le dije; como no es retejador... se resbaló... y patatrás! al patio... no he tenido yo mala suerte que no cayó sobre mí!

Alejandro ha oido solo una parte de las palabras del portero, y un sentimiento que no puede esplicarse le impulsa á separar la gente que le rodea, á fin de penetrar en el patio de la casa... llega por fin junto al herido, y lanza un grito al reconocer á Mr. Bodinet.

Este ha abierto los ojos, ha reconocido tambien á Alejandro, y le hace seña de que se le acerque.

Alejandro se inclina hácia este desgraciado que apenas puede hablar, pero reune todas sus fuerzas para decirle:

—Voy á morir.... lo merezco.... Rogad á la señorita Danglade que me perdone... me arrepiento.... mi hijo.... mi hijo....

Y no pudo decir mas.

Alejandro siente brotar dos lágrimas de sus ojos, porque cuanto mas culpable ha sido un hombre, mas se conmueve nuestro corazon á la vista de su arrepentimiento.

—Dios mio!.... dice Alejandro al separarse del cadáver: y ha espirado este infeliz sin decirme dónde estaba su hijo!

En este momento un chiquillo con el traje de rascachimeneas se aproxima á él, le tiende los brazos y le dice:

—Mi buen amigo.... amiguito Alejandro.... llévame contigo... soy yo... llévame, ahora que él no lo vé...

Alejandro ha reconocido á Arístides; le toma en sus brazos y se apresura á alejarse con el niño, á fin de sustraerle del triste espectáculo que se vé á algunos pasos.

Gaston estaba al lado de Felicia: se esforzaba por dis-



LA SEÑORITA DEL QUINTO PISO



V. Urrabieta, dib.º y lit.º

Lit. de S. Gonzalez, S. Clara 8, Madrid

¡HAY ESTÁ!

traer su dolor; suenan unos pasos precipitados, y la puerta se abre con violencia.

Alejandro aparece.

Lleva de la mano un limpia-chimeneas que impele á los brazos de Felicia, gritándola:

—Aquí está!

Ébria de gozo la jóven, estrecha á su hijo contra su corazon, esclamando:

—Ah!... por fin le he recobrado....

—Sí, y ahora para siempre, porque el que os lo había arrebatado, y como veis, le habia dedicado á este innoble oficio, no os dará nuevos temores... ha muerto!

—Muerto!

—Sí... y arrepentido.... perdonadle, pues, todo el mal que os haya hecho!

Alejandro cuenta como ha encontrado al niño, y cual ha sido el castigo de aquel hombre que no habia querido ser padre mas que por especulacion. Pero todos le perdonan, y Felicia enseña á Arístides á rogar por él.

El buen señor Loupard, sabedor del regreso de su alumno, corre á abrazarle aun antes de que el niño se haya quitado todos los accesorios de su oficio de rasca-chimeneas.

Al cabo de algunas semanas Felicia, ó mas bien Ernestina Danglade, que ha alquilado el partido ocupado anteriormente por la bella bailarina, se casa con Gaston y se instala allí con su marido, con gran sorpresa de todas las criadas de la casa, que no pueden explicarse este cambio de fortuna de la señorita del quinto piso.

Dejan todavía algun tiempo mas á Arístides en casa de su amigo Loupard, y tal vez le dejaran hasta su adolescencia.

Hay personas que encuentran mas útil formar el corazon que el talento: tienen tanta mas razon, cuanto que el talento se forma por sí mismo.

La señorita Montenlair ha sabido hacerse tan precisa á

Mr. Beugle, que al fin, este, animado por el ejemplo no tarda en darla su mano.

El primer acto de dominacion de Rosinita es plantar á Krettly en la calle.

Sin embargo, á los pocos meses de la boda ya se le volvió á oir decir al aleman:

—Yo mi fastitia!... yo mi fastitia mocho!

Alcibiades Collinet llega á hacerse escribano, y continúa haciendo prender á sus amigos siempre que halla ocasion.

El doctor Urtuby sigue tocando el violin, y curando á sus enfermos con sonatas: estos las prefieren á las recetas y á los lancetazos, porque lo encuentran mas divertido y sobre todo mas barato.

El célebre Alejandro queda siempre siendo el fiel amigo de los jóvenes esposos, y á pesar de la intimidad de que goza en la casa de Gaston, no hace el amor á su mujer.

Es el mayor y mas bello elogio que podemos hacer de él.

FIN.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA

